

F. NAVARRO Y LEDESMA

---

TEMAS

DE

LITERATURA CLÁSICA

ANTIGUA Y MODERNA

PARA EL ESTUDIO PRÁCTICO DE LA HISTORIA LITERARIA

---

MADRID

ADMINISTRACIÓN: HORTALEZA, 132, BAJO

1903



TEMAS

DE

LITERATURA CLÁSICA

ANTIGUA Y MODERNA





F. NAVARRO Y LEDESMA

---

TEMAS

DE

LITERATURA CLÁSICA

ANTIGUA Y MODERNA

PARA EL ESTUDIO PRÁCTICO DE LA HISTORIA LITERARIA

---

MADRID

ADMINISTRACIÓN: HORTALEZA, 132, BAJO

1903



TEMAS

DE

LITERATURA CLÁSICA

ANTIGUA Y MODERNA



F. NAVARRO Y LEDESMA

---

TEMAS

DE

LITERATURA CLÁSICA

ANTIGUA Y MODERNA

PARA EL ESTUDIO PRÁCTICO DE LA HISTORIA LITERARIA



MADRID

ADMINISTRACIÓN: HORTALEZA, 132, BAJO

1903

---

Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

---

808.8  
N22t

## PRIMERA PARTE.—LITERATURA GRIEGA

### I. ÉPOCA PRECLÁSICA Ó HERÓICA

#### A. POESÍA ÉPICA

#### HOMERO.—ILIADA

#### Canto IV.—Combate de Griegos y Troyanos.

Y Diomédes,  
con torva faz á Esténelo mirando,  
iracundo le dijo: "Calla, joven,  
y obedece á mi voz. Yo no me ofendo  
de que así Agamenón á las escuadras  
anime á pelear. Suya la gloria  
será, si los Aquivos campeones  
vencen á los Troyanos y conquistan  
la fuerza de Ilión; mas si vencidos  
los Griegos fueren, la deshonra, suya  
habrá de ser también. Así, nosotros  
sólo en mostrar nuestro valor pensemos".  
Así dijo: y cubierto con sus armas,  
desde el carro saltó sobre la arena;  
y al dar el salto, el sonoro bronce  
con espantable ruído sobre el pecho  
del Príncipe crugió, y el más valiente  
temblado habría si el estruendo oyera.  
Como del mar en resonante playa  
las olas se suceden y amontonan,  
por el soplo del céfiro impelidas,  
y lentamente en alto se levantan,

hasta que rotas en las altas peñas  
enfurecidas braman, y en hinchado  
remolino á las puntas se subliman  
y de cándida espuma las coronan;  
lo mismo entonces las falanjes griegas,  
una en pos de otra, sin cesar marchaban  
al combate. Regía cada jefe  
su propia escuadra; y los demás guerreros,  
en su mudo silencio, demostrando  
reverencia y temor á los caudillos,  
sin hablar les seguían; ni dijeras  
que de los numerosos combatientes  
que en pos de ellos marchaban, uno solo  
la voz humana articular sabía.  
Y en torno de ellos el arnés bruñido,  
de que todos cubiertos caminaban,  
resplandecía en hórridos fulgores.  
Marchaban los Troyanos, semejantes  
de ovejas al rebaño numeroso,  
que en establo de rico ganadero,  
mientras la blanca leche las ordeñan,  
balan y balan sin cesar, si escuchan  
la voz de los corderos. Tal se alzaba  
clamorosa, confusa vocería  
en el campo anchuroso de los Teucros;  
porque siendo compuestas las escuadras  
de diversas naciones, ni uniforme  
era el sonido, ni la misma lengua  
hablaban todos, y en ingrato ruido  
sus variados dialectos se mezclaban.  
A los Troyanos el furioso Marte  
animaba á la lid; á los Aquivos  
la fuerte Diosa de brillantes ojos,  
Minerva. Y ambos campos recorrían  
el Terror y la Fuga, y la Discordia,  
del homicida Marte compañera  
y hermana; la Discordia, que al principio  
es de corta estatura, pero luego,  
creciendo lentamente, su cabeza  
en los cielos afirma, y con su planta  
huella la tierra, y en furor insano  
nunca se sacia de dañar. Y entonces,  
atravesando las espesas filas,  
en medio de ellas la obstinada lucha



arrojó, para todos luctuosa,  
y el afán aumentó de los guerreros.  
Cuando ya las escuadras á encontrarse  
en su marcha vinieron, los escudos  
se entrechocaron, y en el aire alzadas  
se cruzaron las picas, y el aliento  
se mezclaba también de los armados.  
Y al oponer los cóncavos broqueles  
el uno al otro, inmensa vocería  
se alzó en el campo; y juntos resonaban  
del ruidador el insolente grito  
y el triste lamentar del moribundo,  
y de sangre la tierra fué inundada.  
Y como en el invierno dos torrentes,  
saliendo de abundosos manantiales  
y de altísima sierra derrumbados,  
sus espumosas resonantes aguas  
juntan del valle en el profundo seno,  
y á lo lejos el ruido estrepitoso  
oye el pastor desde las altas cumbres  
de los montes vecinos, tal se oía  
espantoso clamor en la llanura,  
cuando el choque empezó de las escuadras.  
Fué Antíloco el primero que animoso  
á Equépolo mató, de los Troyanos  
valiente campeón y de Talisio  
esclarecida prole. Combatía  
este adalid en la primer escuadra,  
y adelantado Antíloco á la suya,  
la pica le tiró, y en la cimera  
le hirió del morrión que sombreaba  
gracioso airón de crines de caballo,  
y le partió la frente. La afilada  
punta del bronce penetró en el hueso,  
y la tiniebla obscureció los ojos  
del infeliz Troyano, que en la arena,  
en medio de los otros campeones,  
cayó cual suele torreón soberbio.  
No bien cayó por tierra, cuando el hijo  
de Calcodonte, Elefenor, el jefe  
y Rey de los magnánimos Abantes,  
asióle por los pies y le arrastraba  
lejos de la pelea, codicioso  
de quitarle sus armas; pero breve

é inútil fué su arrojo. Porque viendo el valiente Agenor cómo arrastraba el sangriento cadáver, el costado que al inclinarse al suelo descubría desnudo del broquel, le hirió de cerca con un herrado astil, y de la vida le despojó. En el polvo derribado el Rey Elefenor, luégo terrible combate se trabó por su cadáver entre Aquivos y Teucros, que furiosos cual lobos se embistieron, y mataban en ambos escuadrones los caudillos al guerrero que en suerte les cabía.

.....

### **Canto VI. — Despedida de Héctor y Andrómaca.**

Héctor, que presuroso de su alcázar salió para volverse, por el mismo camino que viniera, recorría las anchurosas calles. Y la inmensa ciudad atravesando, ya llegaba junto á la puerta Escea, que salida daba á la gran llanura, cuando triste á encontrarle corrió su tierna esposa, Andrómaca, nacida del valiente Etion de Cilicia, soberano que en Teba, capital de la selvosa Hipoplacia, habitó cuando vivía. Hija de este gran Rey, y con riqueza mucha dotada, la feliz esposa era Andrómaca de Héctor, y á encontrarle entonces vino acompañada sólo de la nodriza, que arrimado al seno á Astianacte llevaba. Era este niño de Héctor única prole, y parecía un lucero, y su padre le pusiera el nombre de *Escamandrio*; pero todos los Teucros *Astianacte* le llamaban porque Héctor era el baluarte firme que á Ilion defendía. Cuando el héroe al niño vió, se sonrió en silencio; y Andrómaca, acercándose afligida,

lágrimas derramaba. Y al esposo  
asiendo de la mano y por su nombre  
llamándole, decía acongojada:

„¡Infeliz! Tu valor ha de perderte:  
„ni tienes compasión del tierno infante,  
„ni de esta desgraciada, que muy pronto  
„en viudez quedará; porque los Griegos,  
„cargando todos sobre tí, la vida  
„fieros te quitarán. Más me valiera  
„descender á la tumba, que privada  
„de tí quedar; que si á morir llegases,  
„ya no habrá para mí ningún consuelo,  
„sino llanto y dolor. Ya no me quedan  
„tierno padre ni madre cariñosa.  
„Mató al primero el furibundo Aquiles,  
„mas no le despojó de la armadura  
„aun saqueando á Teba; que á los Dioses  
„temía hacerse odioso. Y el cadáver  
„con las armas quemando, á sus cenizas  
„una tumba erigió, y en torno de ella  
„las ninfas que de Júpiter nacieron,  
„las Oréades, álamos plantaron.  
„Mis siete hermanos en el mismo día  
„bajaron todos al averno oscuro;  
„que á todos de la vida despiadado  
„Aquiles despojó mientras estaban  
„guardando los rebaños numerosos  
„de bueyes y de ovejas. A mi madre,  
„la que antes imperaba poderosa  
„en la rica Hipoplacia, prisionera  
„aquí trajo también con sus tesoros,  
„y admitido el magnífico rescate,  
„la dejó en libertad; pero llegada  
„al palacio que fuera de su esposo,  
„la hirió Diana con suave flecha.  
„¡Héctor!, tú sólo ya de tierno padre,  
„y de madre me sirves y de hermanos,  
„y eres mi dulce esposo. Compadece  
„á esta infeliz; la torre no abandones  
„y en orfandad no dejes á este niño  
„y viuda á tu mujer. En la colina  
„de silvestres higueras coronada  
„nuestra gente reune, que es el lado  
„por donde fácilmente el enemigo

„penetrar puede en la ciudad, y el muro  
„escalar de Ilión. Hasta tres veces  
„por esta parte acometer tentaron  
„los más ardidos de la hueste aquea:  
„los Ayaces, el rey Idomeneo,  
„los dos Atridas y el feroz Diomedes;  
„ó ya que un adivino este paraje  
„les hubiese mostrado, ó que secreto  
„impulso los hubiese conducido.»

Respondió el héroe á su afligida esposa:

„Nada de cuanto dices se me oculta,  
„pero temo también lo que dirían  
„contra mí los troyanos y troyanas,  
„si cual cobarde de la lid huyera.  
„Ni lo permite mi valor, que siempre  
„intrépido he sabido presentarme  
„en la liza, y al frente de los teucros  
„pelear animoso por la gloria  
„de mi padre y la mía. Bien conozco  
„y el corazón y el alma lo presienten  
„que ha de llegar el día en que asolado  
„será el fuerte Ilión y en que perezcan  
„Priamo y su nación tan poderosa.  
„Pero no tanto la común ruína  
„que á los demás troyanos amenaza,  
„ni de Hécuba la suerte, ni mi padre,  
„el rey Priamo siento y mis hermanos,  
„que muchos y valientes por la diestra  
„de nuestros enemigos en el polvo  
„derribados serán, como la tuya;  
„que algunos de los príncipes aqueos,  
„dejándote la vida, por esclava  
„á Argos te llevará bañada en lloro.  
„Y allí, de una extranjera desdeñosa  
„obediente á la voz, apesar tuyo  
„y á la necesidad cediendo dura,  
„la tela tejerás é irás por agua  
„á la fuente Meseida ó Hiperea.  
„Y cuando vayas los argivos todos  
„que te vean pasar triste y llorosa,  
„el uno al otro se dirán alegres:  
„*esa es la viuda de Héctor el famoso*  
„*campeón que de todos los troyanos*  
„*era el más fuerte cuando en torno al muro*

*„de Ilión con los Griegos peleaba.*

„Así alguno dirá y al escucharle  
„nuevo dolor afligirá tu pecho,  
„y mucho entonces sentirás la falta  
„de tu Héctor, el solo que podría  
„de esclavitud sacarte, si viviese.  
„La tierra amontonada mi cadáver  
„antes oculte, que llevarte vea  
„por esclava y escuche tus gemidos.»

Así decía, y alargó la mano  
para tomar en brazos al infante;  
pero asustado el niño, sobre el pecho  
de la nodriza se arrojó gritando;  
porque al ver la armadura refulgente  
y la crin de caballo que terrible  
sobre la alta cimera tremolaba  
se llenó de pavor. Su tierno padre  
y su madre amorosa se reían  
y el héroe se quitó de la cabeza  
el casco reluciente, y en el suelo  
poniéndole, en sus brazos al infante  
tomó y acarició. Y el dulce beso  
imprimiendo en su cándida mejilla,  
esta plegaría al soberano Jove  
dirigió y á los otros inmortales:

„¡Padre Jove y vosotras bienhadadas  
deidades del Olimpo! Concededme  
que mi hijo llegue á ser tan esforzado  
como yo y á los teucros aventaje  
en fuerzas y en valor y que algún día  
sobre Ilión impere poderoso;  
y que al verle volver de las batallas,  
trayendo por despojo en sangre tinto  
el arnés de un guerrero á quien la vida  
él mismo haya quitado, diga alguno:  
*¡Este es más valeroso que su padre!*  
y Andrómaca se alegre al escucharlo.»

Así dijo, y en manos de su esposa  
al niño puso; y la doliente madre,  
mezclando con sus lágrimas la risa  
le recibió en el seno, que fragancia  
depedía suave. Al ver su lloro,  
enternecióse el héroe, y con la mano  
la acarició y la dijo estas palabras:



á las escuadras griegas el cadáver  
entregaré. Si vencedor tú fueres  
envía el mío á los troyanos muros.»  
Con torva faz habiéndole mirado  
Aquiles respondió: «No de convenios  
hables, Héctor, conmigo; pues ofensa  
me hiciste que jamás el alma mía  
olvidará.» Si entre hombres y leones  
no puede haber contratos, ni concordia  
entre lobo y cordero, y enemigos  
eternos son los unos de los otros;  
es imposible ya que amigo tuyo  
pueda yo ser, ni que tratados fieles  
los dos hagamos nunca hasta que muerto  
uno de los dos caiga y con su sangre  
la sed haya apagado de Mavorte.

Todo el valor que puedas en el pecho  
recoge; la ocasion es ya llegada  
de que te muestres adalid valiente,  
y esforzado guerrero. No te queda  
camino para huir; y pronto Pálas,  
empuñando mi lanza, de la vida  
te privará, y ahora cuantos males  
hiciste á los Aquivos, cuando ciego  
de furor los seguías con tu lanza,  
me pagarás.» Aquiles así dijo;  
y revolviendo la terrible pica,  
contra Héctor la arrojó; pero en el aire  
éste la vió venir, y evitó el golpe  
inclinándose al suelo; y por encima  
pasó de su cabeza, y en el césped  
quedó clavada. En presurosos pasos  
allí acudió la Diosa, y sin esfuerzo  
la arrancó de la tierra, y al Aquivo  
otra vez se la dió sin que lo viese  
Héctor; y éste, al Aquivo desarmado  
de su lanza creyendo, le decía:  
¡Erraste el golpe, Aquiles!, y aunque seas  
de los Dioses amado, nada Jove  
te reveló de mi fatal destino  
como osaste afirmar. Artificioso  
fuiste y engañador en tus palabras,  
para que acobardado me olvidase  
del antiguo valor y fortaleza.

Pues no cobarde huyendo, en las espaldas me clavarás la pica; por el medio pásame el corazón cuando animoso frente á frente acometa, si es que Jove esta gloria te diere. Mas ahora el golpe evita de mi lanza. Al cielo pluguiese que su luenga y ancha punta toda entrase en tu cuerpo. Más liviana esta guerra se haría á los Troyanos, si tu murieses, que su azote has sido. Dijo: y la diestra rodeando fuerte tiró su enorme lanza, que al escudo fué derecha del hijo de Peleo y en el centro le hirió; ni errado el tiro fué del Troyano; más el duro cobre lejos la rechazó. Bramó de enojo Héctor al ver que la acerada pica en vano fuera por su fuerte brazo arrojada esta vez. Paróse triste, bajos los ojos porque no podía otra lanza tomar, y á Deífobo en alta voz llamando le rogaba que una robusta pica le alcanzase; pero ya no le vió. Conoció entonces de Minerva el engaño, y así dijo: ¡Ay de mí!, ya los Dioses á la muerte me llaman. Yo creía que Deífobo á mi lado asistía; pero dentro aquél está del muro, y fué Minerva la que así me engañó. Cerca la triste muerte ya tengo; ni evitarla es fácil, ni tardará en venir. Hace ya tiempo que así lo decretaron el potente Jove y Apolo, que benignos antes me defendían... Mi fatal destino ya se cumplió; pero morir conviene con gloria y con valor, antes haciendo heroica hazaña que por siempre dure en la memoria de los hombres todos.

Dijo, y la aguda espada desnudando que pendiente llevaba, hacia el Aquivo se encaminó derecho. Como suele el águila que vuela en las alturas, atravesando arbolada nube



para coger la tierna corderilla  
ó la tímida liebre, á la llanura  
rápida descender; así, empuñada  
la espada cortadora, contra Aquiles,  
Héctor marchaba. Adelantóse el Griego,  
y de terrible cólera llenando  
su corazón, con el brillante escudo  
cubrió su pecho todo; y ondeaba  
en la cimera del luciente yelmo  
el penacho, agitadas blandamente  
las crines de oro que flexibles hizo  
el Dios Vulcano. Cual brillante marcha  
en noche oscura entre los otros astros  
la estrella matutina, que de todas  
cuantas ostenta el azulado cielo  
es la más refulgente y más hermosa,  
así lucía la brillante punta  
de la terrible lanza que en su diestra  
para mal del Troyano ya blandía  
Aquiles, observando cuidadoso  
por qué parte del cuerpo fácilmente  
podía herirle. De las ricas armas  
todo estaba cubierto que á Patroclo  
ya cadáver quitara; y solamente  
un poco descubierta se veía,  
en el paraje que del hombro el cuello  
divide, la garganta; y es el sitio  
por do la vida de los hombres pronto  
sale del cuerpo. Con su fuerza toda  
allí, pues, le clavó la aguda pica  
sonriéndose Aquiles, y la punta,  
atravesando el vigoroso cuello,  
por la nuca salió, mas la garganta  
no le quiso cortar, para que hablase  
unas breves palabras todavía.

Cayó Héctor en la arena, y ufano  
así le dijo el vencedor Aquiles:  
“¡Héctor!, cuando el cadáver de Patroclo  
de mi rica armadura despojabas,  
seguro ya sin duda te creíste  
y porque estaba ausente, imaginaste  
que nunca yo su muerte vengaría.  
¡Necio!, en las griegas naves á Patroclo  
un vengador quedaba, muy más fuerte

y valeroso que él, aunque estuviera  
lejos entonces; yo, que moribundo  
ya te miro á mis pies. Tú de los perros  
y carnívoras aves el ludibrio  
serás; pero los Griegos á Patroclo  
honrarán con magníficas exequias.”  
Y con lánguida voz Héctor le dijo:  
“Por tu vida te ruego, y por tus padres,  
que en las naves aqueas no permitas  
que mi triste cadáver, de los perros  
hórrido pasto sea. Cuanto pidas  
de bronce y oro te darán mi padre  
y mi madre infeliz, si les entregas,  
para que los Troyanos y Troyanas  
le quemén en la pira, mi cadáver.”  
Con torva faz habiéndole mirado  
Aquiles respondió: “¡No me supliques,  
perro, ni por mi vida ni mis padres!  
Ojalá, de furor arrebatado  
á cortar en pedazos me atreviera  
por mi mano tu carne, y á comerla  
cruda; tales agravios recibidos  
tengo de ti. No esperes que tu cuerpo  
nadie en el mundo defender ya pueda  
de los voraces perros. Si diez veces,  
veinte veces, mayor de lo que es justo  
un rescate me dieran aquí mismo  
trayendo las riquezas, y otras muchas  
me prometiesen: si tu anciano padre  
á peso de oro redimir quisiera  
tu cuerpo, ni el consuelo así tendría  
tu infeliz madre de llorar al hijo  
de sus entrañas, en dorado lecho  
poniendo su cadáver; que pedazos  
antes le harán los perros y los buitres.”

Exhalando los últimos alientos,  
Héctor le respondió: “Bien conocido  
me eras ya, cuando ahora á suplicarte  
me resolví. No me engañé; sabía  
que era inútil hablarte, y que es de hierro  
tu corazón. Y entiendo que los Dioses  
mi muerte vengarán, cuando de Paris  
las flechas por Apolo dirigidas,  
por más que tan valiente hayas nacido,

te matarán ante la puerta Escea.»  
Al decir estas últimas palabras,  
oscura sombra le cubrió de muerte,  
y el cuerpo abandonando, en raudo vuelo  
descendió el alma á la región sombría,  
su fatal suerte lamentando triste,  
porque muriera en juveniles años  
y un cuerpo vigoroso abandonaba.  
Y Aquiles, aunque muerto le veía,  
así le dijo en arrogantes voces:  
“Muere tú ahora; y cuando Jove quiera,  
y las otras Deidades, que se cumplan  
los decretos del Hado, yo la muerte  
recibiré también.» Así decía,  
y sacando su lanza del cadáver  
y poniéndola al lado de los hombros  
tintas en sangre le quitó las armas.  
Y los otros Aquivos acudieron,  
y en torno del cadáver admirados  
sus miembros tan fornidos contemplaban  
y la belleza del gracioso rostro;  
y entre tantos millares de guerreros  
no hubo quien no le diese su lanzada,  
y alguno así decía al más cercano:  
“Héctor ahora que le palpen deja,  
y se muestra más blando que aquel día  
en que nuestros bajeles incendiaba.»  
Así algunos dijeron, y de paso  
con su lanza le herían. Mas Aquiles,  
cuando ya le quitaron la armadura,  
á todos los Aqueos reunidos  
así dijo en palabras voladoras:  
“¡Príncipes y adalides de la Grecia,  
dulces amigos!, pues los altos Dioses  
nos han dado vencer á este guerrero,  
el cual sólo más daño nos hacía  
que todos los demás, en numerosa  
hueste y con armas la ciudad cerquemos  
para ver lo que piensan los Troyanos:  
si ya su capital y fortaleza  
quieren abandonar, viendo caído  
en tierra á su adalid, ó si se atreven  
á esperar todavía, aunque no vive  
Héctor ya... Mas ¿qué digo? En nuestras naves

yace muerto, insepulto y no llorado  
Patroclo, y olvidarle yo no puedo,  
mientras en la región de los vivientes  
habite. Y aunque dicen que en el Orco  
toda memoria pierden los finados,  
aun allí yo del infeliz amigo  
me acordaré. Y así, Griegos valientes,  
el alegre Peán cantando todos,  
volvamos á las naves, y llevemos  
este frío cadáver. Alcanzado  
hemos glorioso triunfo al aguerrido  
Héctor matando, al cual, como si fuese  
una Deidad, los Teucros dirigían  
dentro de Troya sus humildes votos.”  
Así Aquiles decía, y despiadado  
se proponía al infeliz cadáver  
tratar indignamente. Los tendones  
de ambos pies le horadó junto al tobillo  
detrás hacia el talón, y atravesadas  
por la abertura sólidas correas  
hechas con piel de buey, detrás del carro  
le ató de modo que arrastrando fuese  
la cabeza. Y subiendo en la carroza,  
y colocando en ella la armadura,  
aguijó los caballos, que gozosos  
volaban á las naves. Arrastrado  
así el cadáver, que de polvo alzaba  
al aire espesa nube, y esparcida  
la negra cabellera por el suelo,  
el camino barría, y la cabeza,  
tan gallarda otro tiempo, en hondo surco  
iba abriendo la arena; porque Jove  
á fieros enemigos le entregara  
para que así afearan su hermosura,  
allí, en su misma patria. De este modo  
era de Héctor manchada la cabeza.  
Cuando la infeliz madre desde el muro  
al hijo vió arrastrar, con ambas manos  
ella misma las canas se arrancaba;  
y la augusta diadema de la frente  
lejos de sí arrojando, en alaridos  
espantosos rompió. También el padre  
lastimeros suspiros exhalaba,  
y en derredor y en la ciudad entera

el pueblo todo á doloroso llanto  
se abandonó y gemido, y parecía  
que en fuego abrasador los altos techos  
todos ardían, desde el regio alcázar  
hasta la humilde choza. Los caudillos  
de las tropas apenas al anciano  
podían contener; que de los muros  
salir quería, é impaciente á todos,  
por el lodo arrastrándose, rogaba  
á cada cual llamando por su nombre,  
y en dolorido acento les decía:  
“¡No ya me detengáis, caros amigos!  
y aunque por mí temáis, dejad que solo  
salga de la ciudad y á los bajeles  
vaya de los Aquivos, y que humilde  
á ese feroz indómito guerrero  
allí suplique, para ver si acaso  
él mis canas respeta, y compadece  
mi ancianidad. En suerte le ha cabido  
un padre anciano como yo, Peleo,  
que le engendró y crió para que fuese  
el exterminador de los Troyanos;  
pero de todos ellos á ninguno  
con tan amargas numerosas cuitas  
el alma entristeció como á mí solo.  
El ha matado á muchos de mis hijos  
en la flor de su edad; pero la muerte  
de todos, aunque mucho dolorosa  
ha sido y es al paternal cariño,  
no tanto ya mi corazón aflige  
como la de uno sólo, y el agudo  
pesar que ella me causa en amargura  
me hará bajar á la región del Orco:  
la de Héctor. Si á lo menos en mis brazos  
hubiese fallecido, yo y su madre,  
¡madre infeliz! sobre el cadáver frío  
triste llorando su temprana muerte,  
y exhalando gemidos numerosos,  
nuestro dolor hubiéramos templado.”

*(Traducción de D. José Gómez Hermosilla.)*

## HOMERO.-LA ODISEA

### Canto VI.—Nausicaa.

Salió la hija del Rey, dejando el tálamo,  
llevando una lucida vestidura,  
la cual puso en el carro muy pulido.  
Puso también su madre en una cesta  
manjares agradables y diversos:  
púsoles tambien vino muy süave  
en un cuero de cabra, y también olio  
en una alcuza de oro, para que ella  
se ungiese con sus dueñas y criadas.  
Subió, pues, la doncella al alto carro,  
tomó en la mano blanda el duro azote  
y en la otra las dos riendas relucientes  
y comenzó á herir á las dos mulas  
para que caminasen á gran prisa,  
y así movieron luego con estruendo  
y su camino en breve prosiguieron,  
llevando los vestidos y á la hija  
del Rey, que no iba sola, antes llevaba  
consigo sus criadas y doncellas.  
Luego, como llegaron al gran río  
y á su corriente clara y muy hermosa  
adonde había muchos lavaderos  
de obra muy perfecta bien labrados  
y corría mucha agua, en que podía  
lavarse cualquier cosa, aunque estoviese  
de mucho tiempo sucia y no lavada,  
soltaron del gran carro las dos mulas  
y hacia el fresco río las echaron  
que fuesen á pacer la dulce grama.  
Otras toman del carro los vestidos  
y llévanlos al agua y en las pilas  
comienzan á pisarlos con presteza,  
con muy gran regocijo y á porfía.  
Después que los lavaron y tuvieron  
quitada la inmundicia que traían  
van á tenderlos luego junto al río  
en unas chinias blancas que lavaba  
el agua de la mar algunas veces.  
Hecho esto, se lavaron todas ellas

y ungieron con el olio y comenzaron  
á comer en la orilla, junto al agua,  
esperando que se enjuguen los vestidos  
á los rayos del sol claro y luciente.  
Y después que se hubieron recreado  
comiendo á su placer, ella y las otras,  
quitándose los mantos, juegan juntas  
á la bola, y entre ellas la primera  
Nausicaa dió principio al juego y canto.  
Así como Diana (cuyo oficio  
es holgar con el arco y las saetas)  
por el monte Taigeto ó Erimanto  
va, por seguir las cabras ó los ciervos  
en que está su deleite, y se recrea  
y van con ella muchas de las ninfas  
silvestres, hijas del eterno Jove,  
jugando, y de ver esto está Latona,  
su madre, muy alegre y muy contenta,  
y se muestra Diana más dispuesta  
y á todas la cabeza sobrepuja  
y en hermosura va más conocida,  
por mucho que las ninfas son hermosas:  
así sobrepujaba esta doncella  
á las suyas en cuerpo y hermosura.  
Pero cuando ya fué llegado el tiempo  
que habfan de volverse á su alta casa,  
unciendo las dos mulas y plegando  
las vestiduras limpias y preciosas,  
entonces, pues, Minerva, que de Ulises  
estaba con cuidado, pensó luego  
otra cosa muy nueva en su provecho  
para que despertase y viese aquella  
doncella de tal gracia y lindos ojos,  
porque ella le encamine al pueblo ilustre  
do espera su remedio, en los feaces.  
Arrojóle la bola á una doncella  
la Reina, y no acertó y cayó de golpe  
en el río en un hondo remolino.  
Fué tan grande la grita que de verlo  
alzaron las doncellas, que al rüido  
despierta el buen Ulises y asustado  
revuelve entre sí mismo muchas cosas  
en su mente y su ánimo, diciendo:  
— ¡Ay de mí! ¿A qué tierras soy venido?

¿Qué hombres, de qué suerte en ellas viven?  
¿Si son fieros ó injustos ó salvajes?  
¿Si tratan bien aquí á los forasteros?  
¿Si tienen condicion y alma piadosa?  
que si yo no me engaño, á mis oídos  
llegó una voz sutil y delicada:  
pareció de mujer, de aquellas ninfas  
que habitan las alturas de los montes  
ó viven en las fuentes de los ríos  
ó gozan de los valles y frescuras.  
¿Si estoy cerca de hombres que acostumbran  
usar de humanidad en sus palabras?  
Mas yo lo probaré y veré si puedo...  
Hablando así, salió de entre las hojas  
del árbol donde estaba y de la selva  
espesa, y con su mano fuerte rompe  
un ramo, por cubrirse con las hojas...  
Comienza á caminar como un silvestre  
león que confiado de sus fuerzas  
va sin temer las aguas ni los vientos,  
por más que le molesten, y sus ojos  
le arden del furor, y así á los toros  
con ímpetu acomete, y las ovejas  
degüella ó á las ciervas montesinas,  
porque forzado el vientre de la hambre  
le manda que acometa á los carneros  
y le hace entrar en los cerrados setos.  
Así se había Ulises el divino  
de hallar con las doncellas de cabellos  
tan rubios, aunque el pobre iba desnudo,  
porque necesidad, que ley no guarda,  
le tenía forzado y oprimido.  
Así á primera vista parécióles,  
como le descubrieron, muy terrible,  
porque de la salada mar quedara  
cubierto de un gran moho y de salmuera.  
Huyeron por su cabo cada una,  
sin esperar concierto ni aguardarse,  
á las riberas altas de aquel río:  
la hija del gran Rey dejaron sola,  
la cual no le temió, porque Minerva  
le puso gran valor y le dió esfuerzo  
y le quitó el temor que haber pudiera.  
Ulises se le puso enfrente y piensa



entre sí como tiene que hablarla,  
si sería humillado por el suelo  
y echado á las rodillas de la Reina  
y asiéndole por ellas muy humilde  
ó si sería mejor estar de lejos  
y con palabras dulces suplicarla  
que la ciudad mostrarle y juntamente  
algun vestido darle le pluguiera.  
Pensando bien, vió ser mejor consejo  
hablarla desde lejos, con palabras  
humildes y muy blandas, porque asiendo  
así de las rodillas, por ventura  
la doncella con él se enojaría.  
Comienza, pues, humilde á suplicarla,  
con palabras prudentes y súaves:  
—Reina, yo te suplico que me quieras  
decir si eres diosa, como creo,  
ó si eres de mortales engendada,  
porque si de los dioses que poseen  
el espacioso cielo eres, yo quiero  
compararte á la gran diosa Diana,  
hija del grande Júpiter eterno,  
así en la hermosura y la presencia,  
como en la gracia y aire y la grandeza.  
Pero si tú naciste de los hombres  
que viven en la tierra y la trabajan,  
¡oh bienaventurado muchas veces  
el padre que te hizo, y más felice  
la madre que parió tal fruto al siglo!  
¡Oh más y más felices tus hermanos  
por tí, pues pueden ver á la continua  
tal flor cuando á las danzas salir suele!  
Pero aquel sobre todos felicísimo  
que, con dar muy gran dote, mereciere  
llevarte por su dulce compañera.  
Que cierto yo no he visto de mis ojos  
persona tal, mujer, ni menos hombre,  
que en gran manera estoy dello admirado.  
Acuérdaseme á mí que ví allá en Delo  
junto al altar de Apolo un nuevo ramo  
de palma, que nacía hermoso y fresco,  
cuando allí fui y conmigo fué gran gente  
siguiendo mi camino, donde supe  
que me habían de avenir diversos males.

Y cierto cuando ví aquel grande ramo,  
yo me admiré y estuve embebecido  
por un gran rato, en ver que de la tierra  
nunca salió otro tal, ni nacer pudo.  
Así me admiro ahora y quedo atónito  
de ver una mujer de tal grandeza,  
y temo de llegarme á tus rodillas  
á suplicarte, aunque en verdad me tiene  
un gran dolor el ánimo ocupado.  
Ayer, que fué el veinteno día que andaba  
perdido por la mar larga y profunda,  
me escapé por gran dicha y salí de ella.  
En todo aqueste tiempo el agua brava  
me trujo, arrebatándome los vientos  
y las soberbias olas y borrascas,  
desde la isla Ogigia, y arrojóme  
el ímpetu del mar y la fortuna  
á esta tierra, donde aun Dios no quiere  
que mis males acaben, antes nazcan  
de nuevo otros mayores, que no pienso  
que se me han de acabar así de presto,  
antes me están guardados adelante  
otros males, que quieren que padezca  
los dioses sempiternos, muy mayores.  
Pero tú, Reina grande y piadosa,  
ten de mí compasión, que he padecido  
males que son sin cuento, y la primera  
á quien pido socorro es á tí sola,  
que aún no he visto hombre alguno, ni persona  
de los que en esta fértil tierra viven.  
Muéstrame la ciudad, si no te es grave;  
dame una vestidura con que pueda  
cubrirme, pues que ves que estoy desnudo,  
si alguna aquí por caso está sobrada.  
Así los sempiternos dioses quieran  
darte cuanto les pides y deseas:  
marido á tu contento y buena casa  
y felice concordia para siempre,  
que la mayor merced que ellos dar pueden,  
es cuando dos casados muy conformes  
de un ánimo y querer viven contentos;  
de esto tienen pesar sus enemigos  
y placer sus amigos que los aman,  
y suele darles honra y fama grande.

A esto, pues, Nausicaa le responde:  
—Huésped, pues no pareces hombre malo,  
ni menos imprudente en tus razones,  
bien debes de saber que Jove Olímpio  
da cómo y cuándo quiere las fortunas  
á buenos y á los malos, á cada uno  
como es su voluntad larga y divina;  
y pues que á tí te ha dado tantos males,  
conviénete pasarlos con paciencia,  
y ya que á nuestra tierra eres llegado,  
yo no permitiré que vestiduras  
te falten ni otra cosa que convenga  
tener el que con tanta desventura  
y con tanta aflicción aquí ha venido.  
Mostrarte he la ciudad, decirte el nombre  
de aquestos pueblos grandes y soberbios.  
Llámanse los Feaces, los que habitan  
en esta ciudad alta y esta tierra.  
Yo soy hija del rey Alcinoo ilustre,  
de quien depende el ser y la potencia  
de todos los Feaces valerosos.—  
Dijo; y á sus criadas les hablaba:  
—Venid acá, doncellas, ¿dónde os fuísteis?  
¿Por qué huís de ver un hombre solo?...

### Canto X.—Circe.

Así les dijo, y ellos á la hora  
llegaron á llamar y respondióles  
la Circe, y ella misma abrió las puertas  
y salió á recibirlos y llamólos  
con gesto tan alegre, que los bobos  
sin más mirar se entraron en la casa.  
Euríloco quedó de fuera solo  
temiendo que allí habla algun engaño.  
Como estuvieron dentro, mandó luego  
que se asentasen todos en sus sillas  
y asientos admirables: y un potaje  
hizo de harina y queso y miel reciente  
con vino Prámneo dulce: y con los panes  
les dió á comer aquel veneno triste,  
de tal vigor, con que olvidaron luego  
el amor y cariño de su tierra. —

Como hubieron comido y bien bebido,  
diólos con una vara y aviólos  
á unas pocilgas grandes, y á la hora  
comienzan las cabezas á crecerles  
y á hacerseles de puercos, y los cuerpos  
y la voz y las cerdas juntamente.  
Todo se les mudó, sino las mientes  
que les quedaron firmes como estaban.  
Así llorando, tristes, detenidos  
fueron por esta diosa, manteniéndolos  
de cerezas silvestres y bellotas.  
Euriloco volvió luego huyendo,  
y vino á mi galera con la nueva  
de aquel caso tan triste y miserable.  
Venía tal, que cuasi no podía  
decir palabra alguna, con la pena  
que el gran dolor causaba en sus entrañas:  
sus ojos eran fuentes, y su alma  
venía más oscura que la noche;  
Nosotros espantámonos de verle  
tan triste y afligido, y él contónos  
el hado miserable de la pérdida  
de aquellos desdichados compañeros.

.....  
Como hubo dicho aquesto, tomé luego  
mi espada de metal, bien guarnecida  
con clavazon de plata muy cendrada,  
y echándomela al hombro, tomé el arco  
y dije á aquel que á la hora me guiase  
por el camino donde había venido.  
El se echó de rodillas por el suelo  
y asíóme de las mías con las manos,  
y díjome llorando de esta suerte:  
— Oh, valeroso Ulises, no me llesves  
allá contra mi grado, antes me deja  
aquí, porque yo sé que no es posible  
que vuelvas tú ni traigas á ninguno  
de aquellos desdichados compañeros,  
y sería muy mejor que con presteza  
huyésemos de aquí los que quedamos,  
por evitar el hado y triste muerte.  
Así me dijo, y yo le respondía:  
—Euriloco, tú bien podrás quedarte  
á comer y beber en la galera,

mas yo allá tengo de ir, porque conviene  
y la necesidad me obliga á ello.  
Diciendo así, salté de presto en tierra  
y seguí mi camino, y ya que estaba  
muy cerca de llegar á las honduras  
donde la casa estaba edificada  
de Circe, encantadora poderosa,  
Mercurio se me hizo encontradizo  
en hábito y figura de un mancebo  
que comienza á barbar, cuya florida  
edad aplace á todos, y tocándome  
la mano, me llamó y me habló diciendo:  
— ¿A do vas, desdichado, por los montes  
tan solo y sin saber por qué camino  
has de ir, ni aun el lugar donde te hallas?  
Y están tus compañeros detenidos  
por el poder de Circe, en las pocilgas  
hechos puercos, hozando por la tierra.  
oPor dicha piensas tú poder librarlos?  
No lo podrás hacer: antes te digo  
que tú no volverás, si allá llegares,  
y quedarás con ellos hechizado.  
Mas yo quiero librarle, de manera  
que vayas muy seguro y sin peligro.  
Toma esta hierba, llévala contigo  
el tiempo que estuvieres en la casa  
de Circe poderosa, que esto basta  
para que mal alguno no te empeza.

.....  
Diciendo esto Mercurio, dióme luego  
la hierba que arrancó allí en mi presencia  
de tierra, y me mostró la virtud de ella.  
Negra era la raíz y como leche  
la flor, y entre los dioses es llamada  
*moli*, que es muy difícil arrancarla  
ningun hombre mortal, pero los dioses  
eternos pueden todo lo que quieren.  
Mercurio se fué luego al largo Olimpo,  
volando sobre la isla, y yo siguiendo  
mi fin á que venía, fui á la casa  
de Circe, y no iba ocioso el pensamiento,  
que mil cosas diversas me ocurrían.  
Paréme ante la puerta de la Diosa  
y comencé á llamar, y ella, en oyéndome,

salió y abrió las relucientes puertas  
y díjome que entrase. Yo seguía,  
más triste el corazón que la tristura.  
Metióme por la mano, y asentóme  
en un muy rico asiento, guarnecido  
de clavazón de plata, muy hermoso  
y con la variedad más adornado.  
Pusieronme, asimismo, un banquillo  
debajo de los pies, y luego tuvo  
á punto la bebida, en un gran vaso  
de oro, para dárme la, y en ella  
mezcló aquellos hechizos venenosos,  
queriendo ejecutar su mal intento.  
Y diómela á beber, y yo bebía,  
mas no me transformó, aunque me hería  
con su vara eficaz y poderosa,  
y hablando me decía de esta suerte:  
-- Ve presto, ve á dormir á la pocilga  
con los puercos, tus caros compañeros. --  
No lo hubo dicho, cuando desenvaino  
mi espada muy aguda y fuíme á ella,  
con ánimo furioso y denodado,  
mostrando que quería degollarla.  
Ella se echó á mis pies, muy temerosa,  
llorando á grandes voces, y decía:  
— ¿Quién eres? ¿Dónde vienes? ¿De qué gentes?  
¿En qué ciudad naciste, ó quiénes fueron  
tus padres? Que yo estoy embelesada  
de ver que con beber de este veneno,  
no te has mudado, y puedes alabarte  
que no ha habido otro alguno entre los hombres  
que sólo lo probase, con llegarlo  
al cerco de los dientes, que pudiese  
resistir á su fuerza poderosa.  
Mas tú debes tener un alma pura,  
sin mácula ninguna en ese pecho.  
Tú debes cierto ser aquel Ulises  
tan sabio en todas cosas y discreto,  
de quien me habla Mercurio muchas veces  
certificado y dicho que vendrías  
de Troya, cuando fuese destruída,  
por esta isla mía, en tu galera.  
.....  
Diciéndole yo aquesto, hizo luego

el juramento fuerte: y en jurando,  
fúme con ella solo á su aposento...  
Andábanla sirviendo sus doncellas,  
cuatro, que la gran casa aderezaban,  
nacidas en las fuentes y florestas  
y en los sagrados ríos que corriendo  
van al profundo mar con curso eterno.  
Una de ellas cubrió los ricos strados  
con unas alcatifas delicadas  
de púrpura finísima, olorosa,  
y echó debajo telas muy sutiles.  
Qtra puso allí cerca largas mesas  
de plata, y de oro fino canastillos.  
La otra trujo vino muy süave  
en un vaso de plata bien labrado  
y dello repartió en los vasos de oro;  
la cuarta, trujo el agua y encendida  
la lumbre y puso en ella un caldero  
en que se calentaba el agua clara.  
Despues que estuvo tibia, echóla luego  
de allí en una bacía y de la mano  
me llevó dentro al baño, y asentado,  
echábame del agua blandamente  
por la cabeza y hombros, recreándome  
los miembros que traía quebrantados  
del trabajo que el ánimo consume.  
Despues que me lavó y ungió con olio  
süave y oloroso, una camisa  
delgada me vistió y cubrióme un manto  
muy rico y muy hermoso, y asentóme  
en su asiento de plata muy pulido,  
y á los pies un banquillo me ponía.  
Llega luego una de ellas, que traía  
un rico aguamanil, de oro fino  
con agua, para darnos á las manos  
sobre unas fuentes ricas y la misma  
puso luego la mesa muy pulida.  
Vino otra con el pan, y otra servía  
manjares muy diversos y escogidos.  
Tratándonos muy bien y regalándonos,  
decíame que comiese, y yo no estaba  
en ello, antes pensaba en otras cosas  
que entre mí de dolor me consumían.  
Mas como Circe vió que así sentado

me estaba, sin comer ni poner mano á cosa de las que me habían servido y que mi mal y pena era tan grave, llegóse á mí y hablóme de esta suerte:  
— Ulises ¿por qué estar así sentado tan mudo y congojado, consumiéndote el ánimo de pena? ¿Por qué causa ni comes ya ni bebes? ¿Por ventura piensas que hay otro engaño? No es honesto temerlo ni creerlo, pues yo hice el juramento fuerte que pediste. —  
Así me dijo y luego respondióle:  
— ¡Oh, Circe ¿qué varón habrá que sea ó justo ó razonable que se pueda poner así á comer y á recrearse sin ver primero libres á los suyos? De suerte, que si quieres que yo coma y beba como mandas, ve primero, suelta mis compañeros tan queridos para que de mis ojos yo los vea. Ella en oyendo aquesto, salió fuera de casa y en la mano se llevaba la vara y abrió luego aquellas puertas de la pocilga donde los tenía. Echólos fuera de ella con figuras de puercos de nueve años muy valientes: pusieronse enfrente, y ella anduvo entre ellos y á cada uno otra bebida les daba de una fuerza muy extraña, con que al instante mismo se cayeron las cerdas, que criado les había aquella otra bebida tan dañosa. Tornaron á ser hombres en un punto más mozos que primero habían venido y mucho más hermosos y dispuestos. Como me conocieron y tocaron las manos cada uno, levantóse entre ellos un gran llanto así á deshora tan recio, que la casa estremecía. Tal fué que estuvo á gran piedad movida la diosa y allegándose me dijo:  
— Ulises generoso y muy prudente, ve luego al mar adonde está tu nave y sácala en la arena.....



Como me dijo aquesto, persuadióme  
y fuí luego á do estaba en la ribera  
mi nave, en la que hallé á mis compañeros  
llorando muy de veras por mi ausencia.  
No de otra suerte como venir suelen  
las blandas ternerillas, que han estado  
sin sus madres, que al campo eran idas,  
cuando las ven volver, saltan y corren  
con el cariño grande y no las pueden  
tener en los corrales, antes sueltas  
van dando los bramidos y corriendo  
por cerca de sus madres: así andaban  
mis dulces compañeros, cuando vieron  
que yo llegaba á ellos, que llorando  
de puro regocijo, se venían  
corriendo hacia mí, con un semblante  
tan ledo y apacible, que si fueran  
llegados á su tierra y dulces casas  
donde nacidos fueran y engendrados,  
no se holgarían más que con mi vista.....

.....  
*(Traducción del Secretario Gonzalo Pérez,  
arcediano de Sepúlveda.)*

## HESÍODO.-LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

(DEL LIBRO SEGUNDO)

... Cuando ya la fuerza cesa  
del sol ardiente y Jove poderoso  
con húmedo calor por el otoño  
llueve, es torna el cuerpo á los nacidos  
muy más leve y entonces ya la estrella  
Siria viene más poco á la cabeza  
de los hombres sujetos á la muerte.  
De día y mucho más de noche goza,  
cuando la selva de segur cortada  
está sana y las hojas por el suelo  
esparce y ya se acaban en las ramas,  
corta entonces los leños, no olvidado  
del tiempo del trabajo y á un mortero  
de tres pies y la mano de tres codos,  
eje de siete pies, que así conviene

y si de ocho pies fuere, el mazo de éste  
cortarás para rueda de tres palmos:  
diez para carro corta y otros muchos  
corvos maderos y si acaso hallares  
algún dental, llevártelo has á casa,  
buscando por el monte ó por la vega  
encina la más firme á los arados  
de los bueyes, y más si por el mozo  
arador es clavado y avenido  
en el timon con clavos á la esteva  
y trabajando en casa dos arados  
harás adelantados y compuestos,  
pues es así mejor, y si quebraras  
el uno, el otro pongas á los bueyes.  
De olmo ó laurel son firmes las estevas  
y de encina el timon, de la coscoja  
el dental: yuntarás dos bueyes machos  
de nueve años, que de estos no es pequeña  
la fuerza, ya de mocedad cumplida  
y es esto lo mejor para el trabajo.  
Estos nunca en el sulco conteniendo  
romperán el arado trabajando,  
ni dejarán su obrada descompuesta,  
los seguirá un varón de cuarenta años  
que se cene un cuartal de ocho bocados,  
que cuidando el trabajo, abra derecho  
el sulco sin mirar á sus iguales  
mas teniendo su ánimo al trabajo;  
ni otro mozo será mejor que aqueste  
para esparcir semillas, no dejando  
sobre siembra, que al mozo muy muchacho  
á sus iguales su ánimo le lleva.  
Atiende cuando oyeres los graznidos  
de la grulla, que llama en todos años  
desde las altas nubes y señala  
el tiempo de arar y del invierno  
y las lluvias y roe las entrañas  
del que se está sin bueyes.....  
..... y cuando llegue  
el tiempo que á los hombres aparece  
la sazon del arar, sal juntamente  
entonces con los siervos y ya arando  
en húmedo ó en seco, en este tiempo  
del arar, levantándose cuidadoso

muy de mañana, porque así se llenan  
tus campos, dales vuelta en primavera  
para que no te falten al estío  
los renovados, siembra los barbechos  
de descansada tierra, que la nueva  
es remedio de males, y esta misma  
acalla los lamentos de los hijos.  
Suplicarás á Júpiter terreno  
y casta Ceres que colmados sean  
los frutos y el sagrado don de Ceres,  
á lo primero cuando á arar comiences,  
y cogiendo del cabo de la esteva  
con la mano y punzando las espaldas  
de los bueyes que arrastran de la cuerda  
el timon encinoso, pon un siervo  
muchacho que detrás, con una hazada  
dé trabajo á las aves, escondiendo  
las semillas (la industria al hombre es buena  
mas la pereza mala) de abundancia  
doblar se han las espigas hacia el suelo  
si luego el mismo Olympio buen fin diere...

.....  
Cuando florece el cardo y la cigarra  
canora por los árboles sentada  
forma su dulce canto de continuo  
debajo de las alas, en el tiempo  
del verano afanoso, son entonces  
las cabras gruesas y los vinos buenos,  
las mujeres lascivas y los hombres  
muy flacos, porque entonces la cabeza  
y rodillas deseca el astro Syro  
al cuerpo desecado del verano.  
Mas hay entonces ya sombrasa peña,  
vino de Byblis, tortas enlechadas  
y leche de las cabras que no crían,  
carne de vaca que los ramos come,  
la cual no fué preñada, y de los tiernos  
cabrillos: y adeinás el negro vino  
beberás, en la sombra recostado,  
harto tu vientre de comida, estando  
vuelta la cara al apacible viento  
cabe la fuente pura y abundante:  
Echa tres partes de agua y más de vino  
mezcla cuatro y encarga á los criados

que de Ceres te muelan el don santo  
cuando primera vez apareciese  
del Oríon la fuerza, en sitio airoso  
y en allanadas eras la medida  
en los vasos pondrás cuidadosamente,  
mas después que has repuesto lo bastante  
para la casa, buscarás un siervo  
sin casa y una sierva sin hijitos:  
éstos mando tomar, que es enfadosa  
la criada con hijos: también cría  
un can de ásperos dientes. Ni escasées  
su comida, no sea que te robe  
tus haberes ladron que está dormido  
entre el día: y también guardarás heno  
y paja que les sirva de sustento  
á tus bueyes. . . . . pero luego  
refocilen los siervos sus rodillas  
ancadas y los bueyes vayan sueltos.

*(Traducción de D. José Antonio Conde.  
MS. de la Academia de la Historia.)*

## HESIODO.-LA TEOGONÍA

### LAS MUSAS

Así, pues, de las Musas comencemos  
que en el Olympo con su dulce canto  
del padre Jove el ánimo recrean  
lo pasado y presente recordando  
y una incansable voz armoniosa  
de sus süaves labios sale siempre.  
Llénase de alegría el alto Alcázar  
del padre Jove el de estruendoso rayo,  
con las süaves voces esparcidas  
de las Diosas y al eco resonando  
las altas cumbres del nevado Olympo  
morada de los Dioses inmortales;  
éstas con voces llenas de ambrosía  
la casta venerable celebraron  
de los Dioses, y cantan lo primero  
los del cielo y la tierra producidos,  
y los que luego de ellos descendieran  
dadores de los bienes y riquezas:  
luego tambien á Jove poderoso,

padre inmortal de dioses y de hombres,  
comienzan de él su canto y de él acaban  
las sabias Diosas: cómo él mismo sea  
el poderoso y grande entre los Dioses.  
También de Jove el ánimo recrean  
en el excelso Olympo celebrando  
de los hombres las castas venturosas  
y razas gigantescas esforzadas,  
las olímpicas hijas del Egiocho,  
las que en Pieria pariera Mnemosyne,  
fruto de los abrazos amorosos  
del padre Cronio, allá cuando reinaba  
en los collados de Halethir excelsos:  
por dulce olvido de sus duros males  
y por consuelo en tristes desventuras,  
pasó en sus brazos el prudente Jove  
nueve noches de lecho delicioso,  
de los eternos dioses apartado.  
Mas ya pasado el año, y retornadas  
las estaciones, en cumplidos meses  
y muchos días, ya por fin llegóse  
el parto, y nueve niñas muy iguales  
parió, las cuales en cantar se ocupan,  
siempre gozosas, siempre descuidadas,  
que un ánimo seguro han en el pecho.  
Pariéralas no lejos de la cima  
de la alta cumbre del nevado Olympo,  
en donde tienen su apacible estancia  
y en donde forman los hermosos coros.  
Cerca de ellas las Gracias y Cupido  
para festines tienen sus moradas,  
y amable voz de sus rosados labios  
saliendo está, las leyes celebrando  
de los pueblos felices, cuando cantan  
las sagradas costumbres de los Dioses.  
Iban ellas entonces al Olympo,  
regocijadas con la voz sūave  
y cantar de ambrosía, y resonaba  
la negra tierra, y apacible ruído  
levantaban sus pies cuando corrían  
á la mansion del padre soberano.  
Reinaba él en el cielo, y con su trueno  
horrisono y el presto ardiente rayo  
temer se hacía ya, cuando venciera

al padre Cronio, y sabiamente daba  
el asiento y lugares convenientes  
á los eternos Dioses; y las Musas  
que en celestes moradas se recrean,  
cantaban estas cosas, todas nueve  
hijas del poderoso eterno Jove,  
Clío, Euterpe, Erato, Terpsichore,  
Talía, Melpomene, Calliope  
Polymnia y Urania.....

*(Traducción de D. José Antonio Conde,  
MS. de la Academia de la Historia.)*

## - FÁBULAS ESÓPICAS

---

### EL CAMINANTE

Un caminante, habiendo andado largo camino, ofreció que si algo se hallaba daría á Mercurio la mitad dello. Hallándose, pues, un zurrón lleno de dátiles y almendras, tomólo y comióse así los dátiles como las almendras. Y á Mercurio dióle de los dátiles los cuescos y de las almendras las cortezas, poniéndolas sobre su altar, y díjole:—Ya tienes, Mercurio, lo que te ofrecí: pues de lo que me hallé parto contigo, así lo de dentro como lo de fuera.

### LAS AVISPAS Y LAS PERDICES

Las avispas y las perdices, muertas de sed, fueron á un labrador, rogándole les diese con qué matar la sed y prometiéndole que en recompensa del agua que les diese le harían este servicio: las perdices, que le cavarían sus viñas, y las avispas, que yendo alrededor de las viñas con sus guizques, le echarían de allí á los ladrones. A las cuales respondió el labrador:—Pues yo tengo un par de bueyes que no me ofrecen nada, pero que todo lo hacen. Mejor será, pues, dár-sela á ellos que á vosotras.

### EL HOMBRE Y EL SÁTIRO

Un hombre, tomando amistad con un sátiro, comía con él. Como era invierno y hacía frío, el hombre allegábase las manos á la boca y soplábala. Preguntándole el sátiro por qué lo hacía, respondió el hombre:—Caliéntome las manos contra el poder del frío. Pero trayendo al cabo de un poco una vianda caliente, el hombre, llegándose á la boca, soplábala. Preguntándole otra vez el sátiro por qué lo hacía, respondió:—Refresco esta vianda. Respondiendo el sátiro, le dijo:—A buena fe que yo de hoy más renuncio la amistad que contigo tengo, pues de una misma boca soplas aire caliente y también frío.

*(Traducción del maestro Pedro Simón Abril.)*

## B. POESÍA LÍRICA

---

### TIRTEO.-ODA IV

Jóvenes, ¿hasta cuándo adormecidos  
y en ocio vil el pecho generoso?  
Pudorosos dejad los torpes brazos  
de muelle liviandad. ¿No estais oyendo  
el alarido de la cruda guerra?  
¿No veis entrar al áspero combate  
al fronterizo pueblo denodado?  
¿Pensáis estar en dulce paz ahora?  
La desolada guerra sus furores  
va por todas las tierras esparciendo.  
Vueia el ardiente joven á las armas,  
y entre mortales ansias busca sólo  
teñir su espada en el contrario pecho.  
Preciada y noble acción es la pelea  
digna del generoso y fuerte joven  
que desprecia su vida en los combates  
por sus hijos, su patria y dulce esposa.  
Ni en ofrecerse á las contrarias lanzas  
apresura su fin, inexorables  
los Hados su destino señalaron.  
Alzando el brazo la sangrienta espada,  
cubierto el pecho del luciente escudo  
intrépido se arroja al enemigo  
en lo revuelto del combate fiero.  
Nadie puede evitar la cierta muerte  
ni el eterno decreto de los Hados:  
aunque los dioses que el Olympo moran  
hayan sido sus padres, muchas veces  
quien la sangrienta mortandad de guerra  
huyendo fué y el ruido de las lanzas,  
llegó al amado umbral despavorido  
hallando el fin que le fijara el hado,  
mas éste no es amado por el pueblo  
ni su muerte sentida: sin ventura,  
de pocos es llorado. Al varon fuerte  
que pugnando perdió la dulce vida,  
en toda la ciudad, el pueblo todo

lo lamenta, y si vive es celebrado  
como un héroe divino entre los hombres.  
Alzan los ojos todos á mirarle  
cual si miraran una alzada torre  
pues con propio valor él sólo hiciera  
grandes hazañas, dignas de infinitos.

ODA I

Al varon esforzado que pelea  
por defender su casa y dulce patria,  
glorioso es el morir en el combate,  
cayendo en los primeros combatientes.  
Mas el dejar de su ciudad los muros  
abandonando los feraces campos  
y mendigar es torpe y vergonzoso,  
vagando errante con la cara madre,  
con el anciano padre y tierna esposa  
y con los dulces pequeñuelos hijos.  
Despreciado y odioso á cuantos llega  
es el mezquino de indigencia cruda  
y mísera pobreza violentado:  
él avergüenza su prosapia ilustre  
que cubre de rubor la noble frente  
y á todas partes mezquindad y oprobio  
le sigue, y nunca generoso aspecto  
ni preciada honradez en él se mira.  
Ea, pugnad, mancebos, al combate,  
por esta tierra, por los dulces hijos,  
volemos á la muerte, no esquivando  
del Hado inexorable nuestra vida;  
mas pelead y mantened el orden  
del dispuesto escuadron que nos sostiene  
y ni al temor ni á la cobarde fuga  
les deis entrada nunca, denodados.  
El esforzado generoso aliento  
en nuestro bravo corazon anide,  
seguro siempre confiado y fuerte.  
Con hombres como vos es el combate,  
no huyais dejando á los honrados viejos.

*(Traducción de D. José Antonio Conde.  
MS. de la Academia de la Historia.)*



## ARQUÍLOCO

### SOBRE LA FORTALEZA

¿Por qué te das tormento  
Con ásperos cuidados? Cobra, amigo,  
Cobra vigor y aliento;  
Y opón como te digo,  
A la desgracia y mal pecho enemigo.  
Entre las rudas lanzas  
Del contrario feroz, mantente osado,  
Sin miedo ni mudanzas  
Y ni el triunfo logrado  
Aplaudas en extremo alborozado,  
Ni si te ves vencido,  
En casa reclinado des al lloro  
El ánimo afligido;  
Y alegre, con decoro  
De los que dignos son, aumenta el coro.  
Pero con los malvados  
No te contristes nunca en demasía  
Y de los desgraciados  
Hombres, más cada día  
Conoce la infelice suerte impía.

*(Traducción de D. José y D. Bernabé Canga-Argüelles.)*

## ALCEO

### Á HARMODIO Y ARISTOGITÓN

Yo llevaré mi espada  
De mirto coronada,  
Como Aristogitón y Harmodio hicieron,  
Cuando el fiero tirano  
Mataron, y en Atenas  
La igualdad de la ley establecieron.  
¡Oh, Harmodio!, tú no has muerto;  
Tú estás, segun se dice,  
En la isla de los bienaventurados,  
Do están los esforzados  
Aquiles el ligero,  
Y el gran Diomedes, hijo de Tideo.  
Yo llevaré mi espada  
De mirto coronada,

Como Aristogitón y Harmodio hicieron,  
Cuando al tirano Hiparco  
En las solemnes fiestas  
De la sacra Minerva muerte dieron.  
Será entre los mortales  
Eterna vuestra gloria,  
Caro Aristogitón y Harmodio amado,  
Porque al tirano airado  
Matasteis; y en Atenas  
La igualdad de la ley establecisteis.

*(Traducción de Canga-Argüelles.)*

### Á LOS COMPAÑEROS

Bebamos, pues, bebamos:  
La lámpara luciente  
¿A qué fin la esperamos?  
El día va volando brevemente,  
Y el vino ya en las tazas derramado,  
Formando mil colores,  
Brinda y convida al paladar cansado.  
El vino delicado,  
Cuyos dulces favores  
Debidos son al hijo de Semele,  
Y Jove soberano,  
Que de los males bárbaros se duele,  
Y al olvido los da con franca mano.  
Derrama, pues, derrama:  
Colma este vaso, aquél al punto llena,  
Que el uno al otro llama,  
Y haz una mezcla buena  
A dos de vino ardiente  
Juntando uno de agua solamente.

*(Traducción de Canga-Argüelles.)*

### SAFO

#### ODA 1.ª—Á VENUS AFRODITA

¡Oh tú en cien tronos Afrodita reina,  
Hija de Zeus, inmortal, dolosa:  
No me acongojes con pesar y tedio  
Ruégote Cipria!

Antes acude como en otros días,  
Mi voz oyendo y mi encendido ruego;  
Por mí dejaste la del padre Jove

Alta morada.

El áureo carro que veloces llevan  
Lindos gorriones, sacudiendo el ala  
Al negro suelo, desde el éter puro

Raudo bajaba.

Y tu, oh dichosa, en tu inmortal semblante  
Te sonreías: “¿Para qué me llamas?  
¿Cuál es tu anhelo? ¿Qué padeces hora?”

Me preguntabas.

“¿Arde de nuevo el corazón inquieto?  
¿A quién pretendes enredar en suave  
Lazo de amores? ¿Quién tu sed evita,

Misera Safo?

“Que si te huye tornará á tus brazos,  
Y más propicio ofreceráte dones,  
Y cuando esquives el ardiente beso,

Querrá besarte.”

Ven, pues, oh Diosa, y mis anhelos cumple,  
Liberta al alma de su dura pena;  
Cual protectora en la batalla lidia

Siempre á mi lado.

## ODA 2.ª — Á SU AMADO

Igual parece á los eternos dioses  
Quien logra verse frente á tí sentado:  
¡Feliz si goza tu palabra suave,

Suave tu risa!

A mí en el pecho el corazón se oprime  
Solo en mirarte: ni la voz acierta  
De mi garganta á prorrumpir; y rota

Calla la lengua.

Fuego sutil dentro mi cuerpo todo  
Presto discurre: los inciertos ojos  
Vagan sin rumbo: los oídos hacen

Ronco zumbido.

Cúbrome toda de sudor helado:  
Pálida quedo cual marchita yerba;  
Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte,

Muerta parezco.

*(Traducción de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.)*

## ODAS ANACREÓNTICAS

### DE LA LIRA

Quiero cantar de Cadmo,  
Quiero cantar de Atridas,  
Mas ¡ay! que de amor sólo,  
Sólo canta mi Lira,  
Renuevo el instrumento,  
Las cuerdas mudo aprisa;  
Pero si yo de Alcides,  
Ella de amor suspira,  
Pues, héroes valientes,  
Quedáos desde este día,  
Porque ya de amor sólo,  
Sólo canta mi lira.

### DE UNA TAZA DE PLATA

Una taza me forja  
De plata; pero en ella,  
Vulcano, ni me pintes  
Armadas ni peleas,  
Porque yo ¿qué he con Marte?  
Sólo harás que ella sea,  
Ya que no la más ancha,  
La más honda que pueda.  
Ni tampoco me esculpas  
Las lucientes estrellas,  
Ni el carro de las osas,  
Ni el Oríon, que hiela,  
Pues ¿qué á mí las pleyadas,  
O el Bootes me prestan?  
Pero grábame vides  
Con racimos que pendan,  
Y á Baco juntamente  
Que los esprima en ella,  
Con Venus y Cupido,  
Sin arco ni saetas.

*(Traducción de D. Estéban Manuel de  
Villegas.)*

## ÉPOCA CLÁSICA

### A. DIDÁCTICA

#### PLATÓN.—LA REVELACIÓN DE DIÓTIMA

(EL CONVITE, Ó DIÁLOGO DE AMOR)

SÓCRATES.—Has dicho bien, Agatón, pero respóndeme todavía á una pregunta: ¿no te parece que lo bueno es también bello?

AGATÓN.—Así me parece.

SÓCRATES.—Luego si el Amor carece de belleza y todo lo bueno es bello, el Amor carecerá de bondad.

AGATÓN.—No puedo contradecirte, Sócrates: sea así como dices.

SÓCRATES.—No podrás, amado Agatón, contradecir á la verdad, porque contradecir á Sócrates no es nada difícil. Pero te dejaré ya, Agatón, y contaré el discurso que acerca del Amor oí en otro tiempo á una mujer de Mantinea llamada Diótima. Era esta mujer docta en esta y otras muchas materias, y por haber hecho los atenienses sacrificios antes de la peste, segun su consejo, logró que se suspendiese este azote por espacio de diez años: esta fué tambien la que me instruyó en materia de amor. Probaré á exponer la doctrina que me enseñó, partiendo de lo que hemos confesado Agatón y yo, y lo haré refiriéndolo yo solo lo mejor que pueda. Conviene ¡oh, Agatón! que, como tú lo hiciste, explique en primer lugar quién y qué cosa es el Amor y después cuáles son sus efectos. Creo que ha de ser más fácil para mí referirlo del mismo modo que lo expuso la extranjera al examinarme con sus preguntas. Había yo dicho á ésta poco más ó menos lo mismo que ahora me ha respondido Agatón, esto es, que el Amor era un gran dios y que era amor de los objetos bellos. Me arguyó con las mismas razones que yo á éste, probando que segun mi razonamiento no era el Amor ni bello ni bueno. —¿Qué es lo que dices, Diótima?—repliqué—¿por ventura es el Amor feo y malo?—¿Quieres hablar con propiedad?—dijo ella—piensas acaso que lo que no es bello necesariamente ha de ser feo?—Ciertamente que sí.—¿Y crees tambien que lo que no es sabio es ignorante? ¿No conoces que hay un medio entre la sabiduría y la ignorancia?—¿Y qué medio es ese?—¿No sabes—dijo—que el opinar acertadamente, sin saber dar razon de ello, no es ciencia?—¿Cómo podría ser ciencia una cosa sin saber su razon?—Pero tampoco es ignorancia, porque ¿cómo ha de ser ignorancia el poseer la verdad? Luego una opinion conforme á la verdad es una especie de medio entre la ciencia y la ignorancia.—Verdad dices—respondí.—Por consiguiente, no juzgues que lo que no es bello ha de ser necesariamente feo, y lo que no es bueno, ne-

cesariamente malo. Y del mismo modo, aunque confieses que el amor no es ni bueno ni bello, no por eso juzgues que es de necesidad que sea feo y malo, sino un medio entre estas dos cosas. — Pero aun así — repliqué — todos confiesan que el Amor es un gran dios. — ¿Te refieres — me preguntó — á todos los doctos ó á todos los ignorantes? — A todos indistintamente. — Y ella, riéndose, me dijo: — Pues ¿cómo, Sócrates, han de confesar que es un gran dios los que afirman que ni aun es dios? — ¿Y quiénes son estos? — Uno — dijo ella — que eres tú y una que soy yo. — ¿Por qué dices eso — pregunté. — Fácilmente te lo haré ver — respondió: — dime, no afirmas que todos los dioses son bellos y dichosos? ¿O te atreverías á decir que alguno de los dioses no es ni bello ni dichoso? — No, por Jove. — ¿Y no es á los que poseen cosas buenas y bellas á los que llamas dichosos? — Ciertamente. — Pues bien, has confesado que el Amor, por carecer de lo bueno y lo bello desea eso mismo de que carece. — Efectivamente, lo he confesado. — ¿Y cómo ha de ser dios el que no participa de lo bueno ni de lo bello? — De ningun modo, segun parece. — ¿Ves — añadió — cómo tampoco tú tienes por dios al Amor? — ¿Y qué será el Amor? — dije — ¿será mortal? — De ningun modo. — Pues entonces, ¿qué podrá ser? — Como antes dijimos — respondió — un medio entre mortal é inmortal. — Pero ¿qué cosa es, oh Diótima? — Un gran demonio, Sócrates, porque todo demonio es un ser intermedio entre dios y mortal. — ¿Y qué poder tiene? — pregunté. — El de servir de intérprete y transmitir á los dioses los deseos de los hombres, y á éstos las voluntades de los dioses; de parte de los hombres, las súplicas y los sacrificios, y de parte de los dioses, los mandatos y la remuneracion por los sacrificios. Hallándose en medio de ambos, llena un vacío, de modo que la universalidad de los seres queda entre sí enlazada formando un todo. Por medio de él viene todo el arte de la adivinacion y el arte de los sacerdotes relativo á sacrificios, iniciaciones, encantamientos y toda predicción y magia. Dios no se mezcla con el hombre, sino que por medio del demonio se verifica toda comunicacion y coloquio de los dioses con los hombres, así en la vigilia como en el sueño. El que es entendido de tales cosas es un varon divino; y el que es perito en alguna otra cosa, sea en las artes ó en obras de mano, es un artesano. Estos demonios son muchos y de varias especies, y uno de ellos es tambien el Amor.... He aquí de qué cualidades está dotado. En primer lugar es siempre pobre y dista mucho de ser tierno y bello, como el vulgo piensa, sino que es seco y consumido; anda descalzo y no tiene casa ni hogar; se acuesta siempre en el suelo y sin manto con que cubrirse, durmiendo al sereno á las puertas de la calle ó en los caminos, y como participa de la naturaleza de su madre, es siempre su compañera la indigencia. Por lo que recibió de la naturaleza paterna, anda siempre en acecho de lo que es bello y bueno; es varonil, audaz y porfiado, cazador astuto, siempre tejiendo enredos, amante de la pendencia, ingenioso en recursos, que pasa toda la vida filosofando, hábil encantador, mago y sofista. Su naturaleza no es ni de un inmortal ni de un mortal, sino que á veces en el mismo día está en toda su lozanía y lleno de vida, mientras está en la abundancia; á veces está á punto de morir, pero de nuevo vuelve á la vida. Lo que adquiere, continuamente se le va; de suerte que el Amor no

es ni muy pobre ni opulento. Ocupa un lugar medio entre la sabiduría y la ignorancia.

.....

Todo esto me enseñaba Diótima en las conversaciones que conmigo tenía sobre el amor, y en una ocasion me preguntó: — ¿Cuál crees, Sócrates, que es la causa de este amor y de este deseo? ¿Has observado con qué vehemencia son afectados todos los animales, lo mismo los cuadrúpedos que los volátiles, cuando tienen ardientes deseos, que todos están como enfermos, poseídos de amor, primeramente por verificar la union sexual, y despues por la alimentacion de sus hijuelos, y que están dispuestos aun los más débiles á luchar con los más fuertes, y hasta á morir por defenderlos; que resisten el hambre para alimentarlos y hacen todo género de sacrificios? Respecto del hombre, podría pensarse que obraba así en virtud de la razon, pero respecto de los animales, ¿cuál puede ser la causa de que se hallen poseídos de tan vehemente amor? ¿Puedes explicármelo? — Yo dije de nuevo que no lo sabía. — ¿Y piensas, dijo ella, que has de ser entendido en materia de amor mientras no conozcas esto? — Por eso, Diótima, vengo á tí, porque conozco que necesito de maestros. Explicame la causa de esto y de las demás cosas que se refieran al amor. — Si crees, dijo, que el objeto natural del amor es aquello que muchas veces hemos confesado, no te admirarás. Porque la naturaleza mortal tiende á perpetuarse en cuanto es posible y á ser inmortal, y el único medio para esto es la generacion, porque deja siempre despues de sí un sér nuevo en vez de uno viejo. Y aun durante el tiempo en que se dice que un individuo animal vive, y que es el mismo, esto es, desde pequeño hasta viejo, aunque se dice que es el mismo, sin embargo, jamás tiene en sí lo mismo, sino que continuamente pierde unas partes y adquiere otras nuevas, así en el cabello como en la carne, en los huesos, en la sangre y en todo el cuerpo. Y no solo en cuanto al cuerpo sino en cuanto al alma, los hábitos, las costumbres, las opiniones, los deseos, los placeres, los dolores y los temores, todas y cada una de estas cosas, jamás son las mismas en un individuo, sino que nacen unas y perecen otras. Y es todavía mucho más extraño que esto que nuestros conocimientos cambian, no solo porque adquirimos uno y perdemos otros, y jamás somos los mismos en orden á los conocimientos, sino que cada uno de estos pasa por las mismas vicisitudes.....

Y si quieres reflexionar sobre el deseo de gloria que tienen los hombres, te admirarás de que no guarde proporcion con lo que antes he dicho, si no piensas y meditas con qué vehemencia son agitados por el deseo de hacer célebre su nombre y de adquirir una gloria para siempre inmortal, y que por ello están dispuestos á arrostrar todos los peligros, más aún que por los hijos, á consumir su fortuna, á sufrir todo género de trabajos, y á morir por conseguirlo... Y cuanto mejores son, tantos más esfuerzos hacen, porque aman la inmortalidad; los unos, siendo fecundos en cuanto al cuerpo, se inclinan más bien á las mujeres y son apasionados por ellas, porque engendrando hijos, han de lograr, según creen, la inmortalidad, la fama y la felicidad para todo el tiempo posterior. Los otros son fecundos en cuanto al alma, más aún que en cuanto al cuerpo, y

conciben lo que conviene al alma concebir. ¿Y qué es lo que la conviene concebir? La prudencia y las demás virtudes de las cuales son generadores todos los poetas y de los artífices, aquéllos á quienes se llama inventores. Pero la prudencia más bella y mejor de todas, añadió, es la que se refiere al buen orden y régimen de la ciudad y de la familia, y á la cual se da el nombre de templanza y justicia. Cuando uno de los que tienen esta fecundidad, siendo divino, lleva en su alma desde joven el germen de estas virtudes, luego que llega á la edad conveniente, desea ya producir y anda buscando por todas partes un ser bello en el que engendre. Adhiriéndose á este ser bello, y viviendo en familiaridad con él, hace fecundo el germen de que estaba llena su alma, está siempre pensando en él, ya esté presente ó ausente, y nutre en comun con su amado el fruto que engendró, de suerte que estos tales mantienen entre sí una union mucho más íntima y una amistad más firme que la de los hijos y los padres, como que están afectuosamente unidos con hijos más bellos é inmortales. Y cualquiera preferiría haber engendrado semejantes hijos, más bien que hijos, humanos, y miraría con noble emulacion á Homero, á Hesiodo y á otros buenos poetas, atendiendo á las producciones que han dejado, que siendo ellas por sí inmortales prestan á sus autores gloria y fama inmortal; y tales como son los que en Lacedemonia dejó Licurgo, que fueron los salvadores de Lacedemonia y de toda la Grecia. Digno de veneracion es tambien, entre vosotros, Solón, por haber instituido vuestras leyes, y otros varones en otras muchas partes, así entre los helenos como entre los bárbaros que mostraron al mundo muchas y bellas obras y engendraron virtudes de todo género. Por causa de tales hijos se han erigido templos; pero por engendrar hijos humanos no se han erigido á nadie en ninguna parte.

En estos primeros grados de los misterios de amor, quizá también tú, Sócrates, puedas iniciarte, pero no sé si serás capaz de conseguirlo respecto á los últimos grados y revelacion de los arcanos, á cuyo fin están destinados aquellos si uno ha de pasar á estos últimos con la preparacion debida... Conviene que el que quiera proceder con acierto en este negocio, comience desde que es joven por dirigirse á los cuerpos bellos; y que en primer lugar, si el que guía dirige bien, ame un sólo cuerpo y siembre allí bellas máximas; despues debe comprender que la belleza que hay en un cuerpo cualquiera es hermana de la de otro cuerpo, y que si ha de ir en persecucion de la belleza, en su idea misma sería mucha necesidad no considerar como una sola y una misma la belleza que existe en todos los cuerpos.

Cuando se haya penetrado de este pensamiento, se constituirá en amante de todos los cuerpos bellos y cederá en la vehemencia de su amor á uno solo, despreciando y teniendo en poco este amor exclusivo; despues de esto deberá reputar la belleza del alma como más estimable que la del cuerpo, de modo que si encuentra un alma convenientemente arreglada, aunque su cuerpo no sea de gran hermosura, debe ser bastante para atraer su amor y solícitos cuidados, y excitarle á producir bellas máximas y buscar aquellas que sean más apropósito para hacer mejores á los jóvenes á fin de que se vea precisado á contemplar la



belleza en las acciones y en las leyes, y á conocer que toda belleza es congénere consigo misma para que estime como muy poca cosa la belleza del cuerpo. Después de las acciones pasará á las ciencias á fin de que vea también la belleza de las ciencias; y dirigiendo su mirada á una más amplia belleza, no se esclavice limitándose á la belleza de uno solo como el amante servil que ama la belleza de una joven ó de una sola accion, ni se haga un vil y mezquino amante, sino que volviéndose á contemplar el inmenso piélago de belleza, produzca numerosos, bellos y magníficos pensamientos y discursos en una abundante y rica filosofía, hasta que robusteciéndose y creciendo en ella llegue á contemplar una sola ciencia, que es la ciencia de la belleza. Procura —añadió— prestarme ahora la mayor atencion que te sea posible.

El que contemplando por su orden y como es debido los objetos bellos haya sido conducido hasta aquí en los misterios del amor, llegando ya entonces al último grado de la iniciacion, de pronto verá presentarse á su vista una belleza de naturaleza admirabilísima. Esta es, Sócrates, aquella por la que han sido todas nuestras precedentes fatigas: ella, en primer lugar, existe siempre y ni nace, ni perece, ni crece, ni decrece; además, no es en parte bella y en parte fea: ni bella con relacion á una cosa y fea con relacion á otra: ni bella aquí y allí fea; ni bella para unos y fea para otros. Ni se le representará la belleza como una cara, ni como manos ni como ninguna de las formas que tiene el cuerpo; ni es un pensamiento cualquiera, ni una ciencia determinada, ni se halla subsistiendo en otra cosa, como, por ejemplo, en un animal, en la tierra, en el cielo ó en otra parte alguna, sino que subsiste ella en sí misma y es siempre uniforme; y todas las demás cosas bellas participan de esta belleza de una manera tal, que ya nazcan ó perezcan todas ellas, no por eso la belleza es en sí mayor ni menor, ni sufre variacion alguna. Cuando uno por un amor bien entendido á la juventud va ascendiendo desde aquí y comienza á ver aquella belleza, ya está á punto de llegar al fin. Porque el verdadero modo de caminar rectamente por la senda del amor ó de ser conducido por otro es que, teniendo como punto de mira la belleza, comience á elevarse desde estas cosas bellas, y sirviéndose de ellas como de gradas, vaya ascendiendo desde uno á dos, desde dos á todos los cuerpos bellos, desde los cuerpos bellos á las bellas acciones y desde éstas á los conocimientos bellos, hasta que de conocimiento en conocimiento acabe por llegar á aquella ciencia que no tiene por objeto otra cosa que la belleza en sí misma y conozca por último lo que es la belleza. Si hay algun momento de la vida, amigo Sócrates, dijo la extranjera de Mantinea, en que pueda decirse que hay vida verdadera para el hombre, es este en que contempla la belleza en sí misma. Y si alguna vez llegas á verla te parecerá que es mucho más preciosa que el oro y los vestidos y los mancebos bellos.....

¿Qué debemos pensar que sucedería si uno contemplase la belleza en sí misma, simple, pura, sin mezcla, no revestida de carnes y colores humanos ni de ninguna otra superfluidad mortal, sino lo bello en sí mismo, divino y uniforme? ¿Pensas que sería vida despreciable la del hombre que contemplase allí aquello que debe contemplar y con lo que debe estar unido? ¿No comprendes que sólo

entonces, cuando vea la belleza con el único órgano con que es visible, será cuando produzca, no imágenes de virtudes, porque no son imágenes las que percibe, sino verdaderas virtudes, porque la verdad es lo que alcanza su inteligencia; y que el que produce verdaderas virtudes y las cultiva viene á ser amigo de Dios y que si algun hombre ha de llegar á ser inmortal, ese vendrá á serlo?— Esto ¡oh, Fedro y demás convidados! dijo Diótima y yo quedé persuadido: una vez persuadido, procuro persuadir á otros de que ninguno hallará fácilmente otro auxiliar más poderoso que el Amor para que la naturaleza humana llegue á la posesion de este bien. Por todo lo cual, yo por mi parte afirmo que todo hombre debe honrar al Amor y yo mismo tengo en estima las cosas de Amor, las ejercito con singular preferencia, exhorto á ello á los demás y ahora y siempre encomio en cuanto soy capaz el poder y fortaleza del Amor. Si quieres, Fedro, considera este discurso como dicho en elogio del Amor ó llámalo como quieras, si te agrada más llamarlo de otro modo.....

*(Traducción por D. Anacleto Longué y Molpeceres.)*

## ARISTÓTELES.-LOS LIBROS DE LA HISTORIA NATURAL

### LIBRO II.-CAPÍTULO XVII

#### **Del corazon y del estómago y del hígado y del liviano y del vientre.**

Está el corazon en el medio, excepto en el hombre, porque éste más principalmente le tiene en la parte siniestra, como ya queda dicho primero. Tiene, pues, la parte aguda el corazon de todos á la parte delantera; sino que en los peces no se parece esto, porque no tiene en el pecho la parte aguda, sino en respecto de la cabeza y hacia la boca. Está pendiente al extremo dellos en aquello en que se conjuntan y adaptan las branquias entre sí, tanto las diestras como las siniestras.....

Los animales, pues, corníferos y que no tienen dientes en entrambas partes tienen semejantemente el vientre, pero difieren entre sí en las figuras y en las magnitudes, con esta y esta razon: en que extienden el estómago hasta el medio ó hasta el oblicuo ventrículo. Pero los que tienen dientes á entrambas partes tienen un ventrículo, como el hombre, el puerco, el perro, el oso, el leon y el lobo. Todos, pues, tienen un ventrículo y despues el intestino; pero algunos tienen mayor el ventrículo, como el puerco y el oso. Y el ventrículo del puerco tiene pocos pliegues. Pero algunos mucho menores, y no mucho mayores que el intestino, como el perro y el leon y el hombre; y de los otros tambien las especies difieren en respecto de los ventrículos, porque unos lo tienen semejante al puerco y otros al perro. Y los mayores y los menores animales, de la misma manera. Pero hay diferencia en esto segun las magnitudines y segun las figuras y segun las crasicies y tenuidades... Porque todas las partes de los que no tienen dientes en entrambas partes son mayores... Porque las pequeñas son pocas... Porque del todo ninguno de los corníferos es pequeño. Pero tienen algunos

ciertos aditamentos y apéndices de los intestinos. Pero ninguno tiene el intestino recto que no tenga dientes en entrambas partes. Pero el elefante tiene intestino sinuoso de tal manera, que parece tiene cuatro ventrículos. En éste se recibe el mantenimiento, pero separadamente no tiene algun receptáculo; y tiene tambien las entrañas semejantes á las del puerco, excepto el hígado, el cual es cuatro veces mayor que el del buey, y las demás partes; pero el liviano menor de lo que quiere la razon y proporcion. Y de la misma manera con las partes que pertenecen al ventrículo y á la naturaleza de los intestinos; y en los cuadrúpedos realmente que paren y engendran animal y en los que engendran huevo como en la testudo terrestre y en la testudo marítima y en los lacertos y en los crocodilos, unos y otros .....

(Traducción del maestro Vicente Mariner.  
MS. de la Biblioteca Nacional.)

## ARISTÓTELES.-LÓGICA

### Las categorías que vulgarmente llaman predicamentos. — Parte segunda.

De las cosas que se dicen sin ninguna conjuncion, cualquiera ó significa substancia, ó cantidad, ó cualidad, ó relacion á alguna cosa, ó lugar que significa *adónde* ó tiempo que significa *cuándo* ó estar yacente, ó tener ó hacer, ó padecer. Es, pues, la substancia (como digo por ejemplo) como *el hombre ó el caballo*; y la cantidad como *lo que es de dos codos ó de tres codos*; y la cualidad, como *ser blanco, ser gramático*; y la relacion á alguna cosa, como *lo que es doblado, lo que es mitad, lo que es mayor*; y el lugar que significa adonde como *en la plaza, en el liceo*; y el tiempo que significa cuando, como *ayer, el año pasado*; y esto que es estar yacente, como *estar sentado, estar echado*; y tener, como *estar calzado, estar armado*; y hacer, como *partir, quemar*; y padecer, como *ser partido, ser quemado*. Cualquiera, pues, de las cosas dichas, ella sola de por sí ni afirma ni niega, pero con la recíproca conjuncion se hace la afirmación ó la negacion. Porque toda afirmacion ó negacion parece ó ser verdadera ó falsa. Pero de las cosas que se dicen sin ninguna conjuncion, ninguna hay verdadera ni falsa, como hombre, blancura, corre, vence.....

### De la cualidad y de cual es la cosa. — Capítulo VIII.

Llamo cualidad aquello con lo cual algunos se llaman cuales. Es, pues, la cualidad de aquellas cosas que se dicen de muchas maneras. Llámase hábito y afeccion. Pero difiere el hábito de la afeccion en esto que es ser mas perpetua y mas permanente; tales son las ciencias y las virtudes, porque la ciencia parece pues de las cosas que son mas durables y que con dificultad se permutan. Pero si alguno usurpare la ciencia, mediocrementemente será... Y de la misma manera es

en respecto de la virtud, como la justicia y la temperancia, y cualquiera de dichos semejantes no parece que son fáciles de mudarse ni de moverse. Pero llámense afecciones aquellas cosas que fácilmente se pueden mover y velozmente se pueden mudar, como el calor y la frialdad, y la enfermedad y la salud y otras cosas semejantes. Porque el hombre en alguna manera es afecto destas cosas, pero velozmente se muda, hecho frío de caliente y de la salud á la enfermedad. Y de la misma razon es en respecto de las otras cosas, si ya no es que alguna dellas por la largueza del tiempo quede como natural é incurable ó que de ninguna manera se pueda mover, á la cual alguno ya puede llamarla hábito. . .

Hay otro género de cualidad en cuyo respecto llamamos *los luchadores, los corredores, ó los que tienen salud ó los que están enfermos*; y simplemente todas las cosas que se dicen segun la potencia natural ó segun la impotencia. Porque no en aquesto que es estar afecto en alguna manera se dice cualquiera destes, sino con ello que es tener potencia natural ó impotencia para hacer alguna cosa fácilmente ó para padecer nada, como se llaman los luchadores y los corredores, no con esto que es ser en alguna manera afectos, sino con esto que es tener potencia natural para hacer alguna cosa fácilmente. . . Y semejantemente á estos casos es lo duro y lo blando, porque lo duro se dice con esto que es tener potencia para que no se divida ni parta fácilmente. Y se dice lo blando con esto que es tener impotencia para esto mismo.

El tercer género de la cualidad son las cualidades pasibles y las pasiones. Son, pues, estas cosas tales como la dulzura, la amargura y la acerbidad y todas las cosas que son congénitas á estas, y tambien el calor y la frialdad y la blancura y la negrura. De que aquestas cosas son cualidades, es manifiesto porque las cosas que las reciben á ellas se llaman *cuáles*: como la miel con esto que es recibir la dulzura se llama dulce y el cuerpo se llama blanco con esto que es recibir la blancura. . . . .

(Traducción del maestro Vicente Mariner.  
MS. de la Biblioteca Nacional.)

## ARISTÓTELES.-ÉTICA

### CAP. VI.-LIBRO II

Es, pues, la virtud hábito voluntario que, en respecto nuestro consiste en una medianía tasada por la razón y como la tasaría un hombre dotado de prudencia y es la medianía de dos extremos malos, el uno por exceso y el otro por defecto.

.....No todo hecho ni todo afecto es capaz de medio. Porque algunos luego en oírlos nombrar los contamos entre los vicios como el gozarse de los males ajenos, la desvergüenza, la envidia y en los hechos el adulterio, el hurto, el homicidio. Porque todas estas cosas se llaman tales por ser ellas malas de suyo y no por consistir en exceso ni en defecto, de manera que nunca en ellas se puede acertar, sino que siempre se ha de errar de necesidad. Ni en semejantes cosas

consiste el bien ó el mal en adular con la que conviene ni cuando conviene, ni como conviene, sino que generalmente el hacer cualquier cosa de estas es errar. De la misma manera es el pretender que en el agraviar y en el cobardear y en el vivir disolutamente hay medio y exceso y asimismo defecto: porque de esta manera un exceso sería medio de otro exceso y un defecto de otro. Pues así como en la templanza y en la fortaleza no hay exceso ni defecto por ser en cierta manera medio entre dos extremos, de la misma manera en aquellas cosas ni hay medio, ni exceso, ni defecto, sino que de cualquiera manera que se hagan es errarlas. Porque generalmente hablando ningún exceso ni defecto tiene medio ni ningún medio exceso ni defecto.

## CAP. VII

Todo esto conviene que se trate no solamente así en comun; pero que se acomode también á las cosas en particular. Porque en materia de hechos y negocios lo que se dice así en comun es más universal, pero lo que se trata en particular tiene la verdad más manifiesta, porque los hechos en las cosas particulares acaecen. Conviene, pues, que la verdad cuadre también con éstas y concorde. Estas, pues, hanse de tomar contándolas de una en una por menudo.

Es, pues, la fortaleza una medianía entre los temores y los atrevimientos. Pero de los que della exceden el que excede en no tenerla no tiene vocablo propio (y aun otras muchas cosas hay que no tienen propio nombre); el que excede en el osar llámase atrevido. Mas el que excede en el temer y falta en el osar llámase cobarde. Pero entre los placeres y tristezas no se halla siempre medio, porque solamente se halla entre los placeres y pasatiempos del cuerpo y entre éstos señaladamente en aquellos que consisten en el acto y en las molestias ó tristezas, no tanto. Es, pues, el medio entre éstos la templanza y el exceso la disolución. Faltos en el tomar y gozar de los placeres no se hallan así: y por esto, ni éstos tampoco tienen nombre; pero llámense insensatos ó gente falta de sentido. Asimismo en el dar y recibir dineros es el medio la liberalidad y el exceso y defecto la prodigalidad y la escaseza. Estas dos se han contrariamente en el exceso y el defecto. Porque el pródigo excede en el dar y falta en el recibir; pero el escaso, por el contrario, es falto en el dar y demasiado en el recibir... Hay asimismo en las cosas del interese y dinero otros afectos. Porque la generosidad es medianía y difiere del generoso del liberal en esto que el generoso es el que bien emplea su dinero en cosas graves y el liberal el que hace lo mismo en cosas de no tanto tomo ni de tanta calidad. El exceso de la generosidad llámase en griego muy bien *apiroxalía*, que es como si dijésemos ignorancia de lo que es perfecto ó falta de experiencia de lo bueno y también *banaugia*, que es huequeza (1) y el defecto es vileza y poquedad de ánimo... En lo de la honra y afrenta la medianía es la magnanimidad ó grandeza de ánimo, el exceso aquel vicio que llamamos hinchazon de ánimo y el defecto abatimiento de ánimo. De la misma

(1) Nota de mano del mismo Simón Abril.

manera que dijimos que se había la liberalidad con la generosidad ó magnificencia, que diferían en emplearse la una en cosas de más calidad, y la otra en cosas de ménos, de la misma se há otra medianía que en honras pequeñas se emplea con la magnanimidad que consiste en honras de gran tomo. Porque acontece pretenderse una honra como conviene, y más y ménos de lo que conviene. Y el que en los deseos de la honra excede llámase ambicioso y el que falta despreciador de honra, y el que entre estos es medio no tiene nombre propio, ni menos lo tienen tampoco los afectos mismos, sino es la ambicion del ambicioso. De do sucede que los extremos se usurpan el derecho del medio y nosotros al que en esto sigue el medio algunas veces lo llamamos ambicioso y otras veces despreciador de la honra, y unas veces alabamos al que pretende las honras y otras al que las desprecia... En la ira hay tambien su exceso, su defecto y su medianía, y, como casi todos, carecen de nombre; pues al que en esto tiene el medio llamamos manso, la medianía dello llamarla hemos mansedumbre, y de los extremos el que excede llámase colérico y el vicio dello cólera, y el que falta, simple y el vicio simplicidad. Hay asimismo otras tres medianías que se parecen mucho las unas á las otras, aunque difieren entre sí, porque todas ellas consisten en obras y palabras y en el uso dellas, pero difieren en que la una consiste en la verdad que en ellas hay y las otras en la suavidad. De esto, parte consiste en la conversacion y parte en las demás cosas tocantes á la vida. Hemos, pues, de tratar tambien de todo esto para que mejor entendamos cómo en todo es de alabar la medianía y que los extremos ni son buenos ni dignos de alabanza, sino de reprehension... Pues en cuanto á la verdad, el que tiene la medianía llámase verdadero ú hombre de crédito y verdad y la que la quiere remedar en lo que excede, fanfarronería y el que della usa fanfarrón: y el que en lo que es menos la quiere remedar, disimulado y el vicio disimulacion. En lo que toca á cosas de suavidad, lo que es cosa de burlas ó gracias, el que en ello guarda medianía llámase gracioso ó cortesano y el tal afecto cortesanía, pero el exceso truhánería y el que la trata, truhán: y el defecto grosería y el que en él cae, rústico ó grosero. En la tercera suavidad que hay en la vida, el que en lo que es bien da gusto y contento dicese amigo y la medianía en esto amistad. Pero el que excede, si por su propio interese no lo hace, llámase halaguero y si por su propio interese, lisonjero: y el que falta y en ninguna manera es amigo de dar contento á nadie, dicese terrible é inoportable.....

*Traducción de Pedro Simón Abriú.  
MS. de la Biblioteca Nacional.*

## ARISTÓTELES.-LA REPÚBLICA

### En que se muestra cuál es el mejor Gobierno en la República y por qué causa.

(LIBRO IV.-CAPÍTULO XI)

Pero cuál sea la mejor manera de República y cuál la mejor manera de vivir y más conveniente para las más de las ciudades y para los más de los hombres, ni lo reglan los hombres conforme á la virtud que excede á la capacidad del vulgo, ni conforme á doctrina; que son cosas que tienen necesidad del buen juicio natural y del favor y ayuda de la fortuna.....

No es otra cosa el público gobierno sino una vida de la ciudad. En todas las ciudades, pues, hay tres partes de ciudad: unos muy ricos, otros muy pobres y otros que entre éstos tienen cierto medio. Y pues todos confiesan que la regla y el medio es lo mejor, consta claramente que en las prosperidades la medianía de las posesiones es la mejor de todas, porque fácilmente esta tal se sujeta á la razon. Pero cuando uno es muy ilustre en hermosura, ó muy poderoso, ó muy noble en linaje, ó demasíadamente rico, ó, por el contrario, excesivamente pobre, ó excesivamente flaco, ó muy abatido en dignidad, con dificultad deja regirse con razon. Porque aquellos primeros tórnanse muy injuriosos y osados en cometer grandes maldades más que los demás; y estos postreros, tacaños y muy curtidos en el hacer menudas ruindades. Asimismo, los que están muy encumbrados en la prosperidad de la fortuna, del señorío, de las riquezas, de muchedumbre de amigos y de cosas semejantes, ni quieren ni se les puede persuadir á que se sujeten al público gobierno; el cual afecto y rebeldia, naturalmente le tienen todos desde los tiernos años y la niñez. Porque por ser criados en regalos ni aun en los estudios no están vezados á tener á nadie sujeción. Por el contrario, los que excesivamente son faltos y necesitados de estas cosas, críanse muy serviles y abatidos. De manera que los unos son inútiles para regir ninguna manera de gobierno, ni han aprendido á gobernarla, sino á obedecer como siervos. Tampoco los otros saben estar sujetos á ninguna manera de gobierno, sino mandar como señores. De manera que tal ciudad como aquélla es ayuntamiento de señores y no de gente libre, sino tal, que los unos tienen á los otros envidia y los otros á ellos en menosprecio; lo cual, así lo uno como lo otro, está lejos de la amistad y comunidad de la República. Porque la comunidad es cosa que consiste en amor. Porque un enemigo con otro no quiere ni aun ir camino juntamente. Y la ciudad requiere que cuanto posible fuere conste de iguales y semejantes ciudadanos; lo cual más de veras acaece á los que consisten en el medio. De lo cual se colige que semejante ciudad de necesidad ha de ir muy bien regida, y de estos tales decimos que consta naturalmente la ciudad. Y los

que más en la ciudad se conservan estos tales son. Porque ni estos codician lo ajeno como los necesitados, ni otros les codicia á ellos como les acaece á los ricos. Y como nadie les urde traiciones ni ellos á nadie, viven sin peligro. Por esto era muy buena aquella oracion de Focílides que suplicaba á Dios que á los de mediano estado repartiase muchos bienes, porque quería ser él en la ciudad de los medianos. Consta, pues, que la mejor de las comunidades de República es la que se hace entre los de mediano estado, y aquellas ciudades pueden regirse y gobernarse bien, en las cuales los de mediano estado son más y pueden más que ambos los otros dos estados, ó si no, á lo ménos más que el uno. Porque arrimándose al otro, ayudan mucho para prohibir que no se hagan excesos en contrario. Por esto es muy buena dicha y ventura muy grande de los pueblos que los que gobiernan tengan mediana hacienda y que les baste para su sustento. Y donde unos son excesivamente ricos y otros extrañamente pobres, ó sucede aquella última especie de democracia ó una desenfrenada oligarquía ó tiranía por causa de ambos aquellos dos excesos. Porque la tiranía redundando del estado popular regido con poca discrecion y de la oligarquía; pero del gobierno de gente de mediano estado y de los que entre sí tienen poca diferencia no tanto... Consta, pues, que la República de gente de mediano estado es la mejor, porque sola ésta es más libre de alteraciones. Porque donde lo que es medio es mucho, ménos discordias hay y menos alteraciones en la manera del gobierno. Por la misma razon, las grandes ciudades son más libres de discordia, porque en las pequeñas fácil cosa es dividirse los moradores en dos parcialidades de tal manera que ningun medio quede entre ellos, y tambien porque casi todos ó son pobres ó son ricos. Tambien son más seguras las democracias que las oligarquías, y más tiempo se conservan por los de mediano estado, los cuales en las democracias son más y participan más de las honras públicas que en las oligarquías. Porque cuando sin los medianos la gente vulgar excede en muchedumbre anda toda disolucion y tendencia á arruinarse de presto las ciudades... Demás de esto, como la gente popular y los ricos tienen entre sí riñas y motines, cualquiera de las dos partes que venza á sus contrarios no funda República común é igual á todos, sino que tienen por premio de la victoria el tener señorío en la República, y así los unos introducen la democracia y los otros la oligarquía .....

*(Traducción de Pedro Simón Abril.)*



## HIPOCRATES.-AFORISMOS

Si la cabeza, las manos y los pies se pusieren fríos, estando el vientre y los lados calientes, es malo.

Así es muy bueno que todo el cuerpo esté caliente é igualmente blando.

Es conveniente que los enfermos oprimidos del mal se vuelvan de una parte á otra en la cama con facilidad, y estén ligeros para levantarse.

Pero si todo el cuerpo estuviese pesado y tambien las manos y los pies, es más peligroso.

Y si además de la pesadez del cuerpo las uñas tambien y los dedos se pusiesen amarrotados, débese temer una muerte cercana.

El sueño es conveniente le tenga el enfermo según lo natural y la costumbre de cuando estaba sano, de modo que de día esté despierto y duerma de noche, pero si no lo hiciese así, es malo; bien que no lo es el que duerma desde el amanecer hasta la tercera parte del día, mas en las otras horas del día es peor.

Lo que se ha de tener por cosa muy mala, es que el enfermo no pueda dormir ni de día ni de noche, porque este desvelo dimana, ó de dolor, ó de trabajo grande, que el paciente tiene, ó es significativo de perturbacion de la mente...

Si el romadizo y los estornudos anteceden á la enfermedad de los pulmones es malo; como lo es tambien el que sucedan en el tiempo de ella. Pero en otras enfermedades de suyo perniciosísimas, los estornudos son provechosos.

Cualesquiera dolores que haya en el pecho y pulmones, si no se mitigan ó con el esputo, ó con las sangrías, ó con la dieta, ó con las medicinas, se debe saber que van á supuracion.

Si á los enfermos que padecen inflamacion en los pulmones les salen tumores cerca de los oídos y se supuran, ó á las partes inferiores del cuerpo, induciendo allí fístulas, se libran de la enfermedad.

*(Traducción de Andrés Piquer.)*

## HERÓDOTO DE HALICARNASO

### LIBRO VII.—BATALLA DE LAS TERMÓPILAS

CCXIX. El primer aviso que tuvieron los griegos que se hallaban en las Termópilas, fué el que les dió el adivino Megistias, quien, observando las víctimas sacrificadas, les dijo que al asomar la aurora les esperaba la muerte. Llegáronles despues unos desertores, que les dieron cuenta del giro que hacian los Persas, aviso que tuvieron aún durante la noche. En tercer lugar, cuando iba ya apun-

tando el día, corrieron hacia ellos con la misma nueva sus centinelas diurnas, bajando de las atalayas. Entrando entonces los Griegos en consejo sobre el caso, dividiéronse en varios pareceres; los unos juzgaban no convenía dejar el puesto, y los otros porfiaban en que se dejase; de donde resultó que, discordes entre sí, retiráronse los unos y separados se volvieron á sus respectivas ciudades, y los otros se dispusieron para quedarse á pie firme en compañía de Leónidas.

CCXX. Corre, no obstante, por muy válido, que quien les hizo marchar de allí fué Leónidas mismo deseoso de impedir la pérdida común de todos, añadiendo que ni él ni sus Espartanos allí presentes podían sin falta á su honor dejar el puesto para cuya defensa y guarda habían una vez venido. Esta es la opinion á que mucho más me inclino, que como viese Leónidas que los aliados no se quedaban de muy buena gana, ni querían en compañía suya acometer aquél peligro, él mismo les aconsejaría que partiesen de allí, diciendo que su honor no le permitía la retirada, y haciendo la cuenta de que con quedarse en su puesto moriría cubierto de una gloria inmortal, y que nunca se borraría la feliz memoria y dicha de Esparta; y así lo pienso por lo que voy á notar. Consultando los Espartanos el oráculo sobre aquella guerra en el momento que le vieron emprendida por el Persa, respondióles la Pythia, que una de dos cosas debía suceder: ó que fuese la Lacedemonia arruinada por los bárbaros, ó que pereciese el rey de los Lacedemonios; cuyo oráculo les fué dado en versos exámetros con el sentido siguiente: “Sabed vosotros, colonos de la opulenta Esparta, que ó bien la patria ciudad grande, colmada de gloria, será presa de manos persas, ó bien si dejare de serlo verá no sin llanto la muerte de su rey el país lacedemonio. Inclita prole de Hércules, no sufrirá este rey de toros ni de leones el ímpetu duro, sino ímpetu todo del mismo Jove; ni creo que alce Júpiter la mano fatal, hasta que lleve á su término una de dos ruinas.” Contando Leónidas, repito, con este oráculo, y queriendo que recayese la gloria toda sobre los Espartanos únicamente, creo más bien que licenciaría á los aliados, que no que le desamparasen tan feamente por ser de contrario parecer los que de él se separaron.

CCXXI. No es para mí la menor prueba de lo dicho la que voy á referir. Es cierto y probado que Leónidas no solo despidió á los otros, sino tambien al adivino Megistias que en aquella jornada le seguía, siendo natural de Acarnania y uno de los descendientes de Melampo, á lo que se decía, quien por las señales de las víctimas le predijo lo que les había de acontecer; y le despidió para que no pereciese en su compañía. Verdad es que el adivino despedido no quiso desampararle, y se contentó con despedir á un hijo suyo, único que tenía, el cual militaba en aquella jornada.

CCXXII. Despedidos, pues, los aliados obedientes á Leónidas, fuéronse retirando, quedando solo con los Lacedemonios, los Tespienses y Tébanos. Contra su voluntad y á despecho suyo quedaban los Tebanos, por cuanto Leónidas quiso retenérselos como en rehenes; pero con muchísimo gusto los Tespienses, diciendo que nunca se irían de allí dejando á Leónidas y á los que con él esta-

ban, sino que á pie firme morirían con ellos juntamente. El comandante particular de esta tropa era Domófilo, hijo de Diadromas.

CCXXIII. Entretanto, Jerges, al salir el sol hizo sus libaciones, y dejando pasar algun tiempo á la hora que suele la plaza estar llena ya de gente, mandó avanzar, pues así se lo había mandado Epialtes, puesto que la bajada del monte era más breve y el trecho mucho más corto que no el rodeo y la subida. Ibanse acercando los bárbaros salidos del campo de Jerges, y los griegos, conducidos por Leónidas, como hombres que salían á encontrar con la muerte misma, se adelantaron mucho más de lo que antes hacían, hasta el sitio más dilatado de aquel estrecho, no teniendo ya como antes guardadas las espaldas con la fortificacion de la muralla. Entonces, pues, viniendo á las manos con el enemigo fuera de aquellas angosturas los que peleaban en los días anteriores contenidos dentro de ellas, era mayor la riza y caían en más crecido número los bárbaros. A esto contribuía no poco el que los oficiales de aquellas compañías, puestos á las espaldas de la tropa con el látigo en la mano, obligaban á golpes á que avanzase cada soldado, naciendo de aquí que muchos caidos en la mar se ahogasen, y que muchos más, estrujados y hollados los unos á los pies de los otros, quedasen allí tendidos sin curarse en nada del infeliz que perecía. Y los griegos, como los que sabían habían de morir á manos de las tropas que bajaban por aquel rodeo de los montes, hacían el último esfuerzo de su brazo contra los bárbaros, despreciando la vida y peleando desesperados.

CCXXIV. En el calor del choque, rotas las lanzas de la mayor parte de los combatientes Espartanos, iban con la espada desnuda, haciendo carnicería en los Persas. En esta refriega cae Leónidas peleando como varón esforzado, y con él juntamente muchos otros famosos Espartanos, y muchos que no eran tan celebrados, de cuyos nombres como de valientes campeones procuré informarme, y así mismo del nombre particular de los trescientos. Mueren allí tambien muchos Persas distinguidos é insignes, y entre ellos dos hijos de Darío, el uno Abrocomas y el otro Híperantes, á quienes tuvo en su esposa Fragatuna, hija de Artanes; el cual, siendo hermano del rey Darío, hijo de Histaspes y nieto de Arsames, cuando dió aquella esposa á Darío, le dió con ella, pues era hija única y heredera, su casa y hacienda.

CCXXV. Allí murieron peleando estos dos hermanos de Jerges. Pero muerto ya Leónidas, encendióse cerca de su cadáver la mayor pelea entre Persas y Lacedemonios, sobre quienes le llevarían, la cual duró hasta que los Griegos, haciendo retirar por cuatro veces á los enemigos, le sacaron de allí á viva fuerza. Perseveró el furor de la accion hasta el punto de que se acercaron los que venían con Epialtes, pues apenas oyeron los Griegos que ya llegaban, desde luego se hizo muy otro el combate. Volviéndose atrás el paso estrecho del camino y pasada otra vez la muralla, llegaron á un cerro, y juntos allí todos menos los Tebanos, sentáronse apiñados. Está dicho cerro en aquella entrada donde se ve al presente un leon de piedra sobre el túmulo de Leónidas. Peleando allí con la espada los que todavía la conservaban, y todos con las manos y á bocados defendiéndose de los enemigos, fueron cubiertos de tiros y sepultados bajo los

dardos de los bárbaros, de quienes unos les acometían de frente echando por tierra el parapeto de la muralla, y otros, dando la vuelta, cerrábanles en derredor.

CCXXVI. Y siendo así que todos aquellos Lacedemonios y Tespienses se portaron como héroes, es fama con todo que el más bravo fué el Espartano Dieneces, de quien cuentan que como oyese decir á uno de los Traquinios, antes de venir á las manos con los Medos, que al disparar los bárbaros sus arcos cubrirían al sol con una espesa nube de saetas, tanta era su muchedumbre, dióle por respuesta un chiste gracioso sin turbarse por ello; antes haciendo burla de la turba de los Medos, díjole: — Que no podía el amigo Traquinio darle mejor nueva, pues cubriendo los medos el sol, se podría pelear con ellos á la sombra sin que les molestase el calor. Este dicho agudo y otros como éste, dícese que dejó á la posteridad en memoria suya el Lacedemonio Dieneces.

CCXXVII. Despues de este señaláronse mucho en valor dos hermanos Lacedemonios, Alfeo y Marón, hijos de Orisanto. Entre los Tespienses, el que más se distinguió aquel día fué cierto Detirambo, que así se llamaba, hijo de Amártidas.

CCXXVIII. En honor de estos héroes enterrados allí mismo donde cayeron, no menos que de los otros que murieron antes que partiesen de allí los despachados por Leónidas, pusiéronse estas inscripciones: *Contra tres millones pelearon solos aquí, en este sitio, cuatro mil Peloponesios.* Cuyo epígrafe se puso á todos los combatientes en comun, pero á los Espartanos se dedicó este en particular: *Habla á los Lacedemonios, amigo, y díles que yacemos aquí obedientes á sus mandatos.* Este á los Lacedemonios: al adivino se puso el siguiente: *Hé aquí el túmulo de Megistias, á quien dió esclarecida muerte al pasar el Sperquio el alfanje medo: es túmulo de un adivino que supo su hado cercano sin saber dejar las banderas del jefe.* Los que honraron á los muertos con dichas inscripciones y con sus lápidas, excepto la del agorero Megistias, fueron los Amficciones, pues la del buen Megistias quien la mandó grabar fué su amigo y huesped Simónides, hijo de Leoprepes.

(Traducción del P. Bartolomé Pou.)

## TUCÍDIDES.-HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

### LIBRO II, CAPÍTULO VII

#### Oracion de Pericles en loor de los muertos.

Muchos de aquellos que antes de ahora han hecho oraciones en este mismo lugar y asiento, han loado en gran manera esta costumbre antigua, que es alabar delante del pueblo aquellos que murieron en la guerra; mas á mi parecer basta declarar por la obra que haceis las alabanzas de aquellos que por sus hechos las han merecido, como se ve en esta solemnidad de obsequias que públicamente hacemos el día de hoy. Y tambien me parece que no se deben dejar al al-

bedrio de un hombre solo que hable las virtudes y loores de tantos buenos hombres, ni menos dar crédito á lo que este solo dijere, hora sea bien hablado, hora sea malo. Porque es muy dificultosa cosa moderarse en los loores hablando de tales cosas, de que apenas se puede tener firme y entera opinion de la verdad. Porque si el que oye hablar tiene buen conocimiento del hecho, y quiere bien á aquel de quien se habla, siempre le parece que se dice menos en su loor de lo que debieran y él querría que dijesen. Y por el contrario, el que no ha noticia dello, le parece, por la envidia que tiene, que todo lo que se dice de otro, más adelante de donde sus fuerzas y poder deste tal que oye podrían llegar, sea fuera de verdad. Y paréceles á cada uno de los oyentes, que no deben loar á otro allende de aquello que él mismo hiciera, teniéndose por igual, y si pasan adelante tiene envidia dello y no cree nada. Empero porque de mucho tiempo acá está recebida y aprobada esta costumbre, y se debe así hacer, me conviene, por obedecer las leyes lo mas que yo pudiera, allegar mis razones á la voluntad y parecer de cada uno de vosotros, comenzando á loar desde el principio á nuestros mayores y antepasados. Porque es justo y conveniente dar honra á la memoria de aquellos que primeramente habitaron esta regiõn, y sucesivamente de mano en mano, por su virtud y esfuerzo, nos la dejaron y entregaron libre hasta hoy. Y si aquellos antepasados son dignos de loa, mucho más lo serán nuestros padres, que vinieron despues dellos. Los cuales demás y allende de aquello que sus ancianos les dejaron, por su trabajo adquirieron y aumentaron el mando y señorío que nosotros tenemos de presente. Y aun tambien despues de aquellos, nosotros los que al presente vivimos y somos de legítima edad, le habemos ensanchado y aumentado, y proveído y abastecido nuestra ciudad de todas las cosas necesarias, así para la paz como para la guerra. Dejo ahora de contar las proezas y valentías que nos y nuestros antepasados habemos hecho defendiéndonos así contra los Bárbaros como contra los Griegos, que nos han movido guerra, por las cuales hemos adquirido todas nuestras tierras y señorío: porque no quiero ser prolijo en cosas que todos sabeis. Mas quando hubiera declarado con qué prudencia, y con qué industria, y con qué artes y modos nuestro imperio y señorío fué establecido y aumentado, vendré á las alabanzas de aquellos de quien aquí debemos hablar. Porque me parece que no va fuera de propósito al presente traer á la memoria estas cosas; y que será provechoso oirlas á todos aquellos que aquí están presentes, ora sean naturales ora forasteros. Porque tenemos una república que no sigue las leyes de las otras ciudades vecinas y comarcanas; antes ella da leyes y ejemplo á los otros, sin tomarlo dellos. Y nuestro gobierno se llama Democracia, porque la administracion de la república no pertenece ni está en pocos sino en muchos. Por razon de lo cual cada uno de nos, de cualquier estado ó condicion que sea, si tiene algun conocimiento de virtud, es tan obligado á procurar el bien y honra de la ciudad como los otros. Y no será nombrado al cargo, ni honrado ni atacado por su linaje ni solar, sino tan solamente por su virtud y bondad. Que por pobre ó de bajo suelo que sea, con tal que pueda hacer bien y provecho á la república, no será excluído de los cargos y dignidades públicos. Pues nosotros, en lo que toca

á nuestra república, gobernamos libremente: y asimismo en los tratos y negocios que tenemos cada día con nuestros vecinos y comarcanos, sin nos airar ni ensañar, porque alguno dellos se alegre de alguna fuerza ó demasía que nos haya hecho, sino que cuando ellos se gozan y alegran, entonces nosotros guardamos una severidad honesta y disimulamos nuestro pesar y tristeza. Y comunicamos sin pesadumbre los unos á los otros nuestros bienes particulares, y en lo que toca á la república y al bien comun de todos, no traspasamos cosa alguna, no tanto por el temor del juez, quanto por obedecer á las leyes, mayormente aquellas que son hechas en favor de los que son injuriados: ó ya que no sean hechas en su favor, importan de sí mismas afrenta al que las traspasa. Despues desto para los trabajos tenemos muchas recreaciones: conviene á saber los juegos y contiendas públicas, que llaman sacras; los sacrificios y aniversarios que se hacen con aparatos honestos y placenteros, para que con el deleite destes se quite ó disminuya el pesar ó tristeza de las gentes. Allende desto, por la grandeza y nobleza de nuestra ciudad, se traen á ella de todas las otras tierras y regiones, mercaderías y cosas de toda suerte.

De manera que no nos servimos y aprovechamos menos de los bienes que nacen en otras tierras que de los que nacen en la nuestra. En los ejercicios de guerra somos muy diferentes de nuestros enemigos, porque nosotros permitimos que nuestra ciudad sea comun á todas gentes y naciones, sin vedar ni prohibir á persona natural, ó extranjera, ver ni aprender lo que bien les pareciere, no escondiendo nuestras cosas, aunque puedan aprovechar á los enemigos, viéndolas y aprendiéndolas. Porque no confiamos tanto en los aparatos de guerra, y en los engaños y cautelas, quanto en nuestros ánimos y esfuerzo, los cuales podemos siempre mostrar muy conformes á la obra. Y aunque otros muchos en su mocedad se ejercitan en disciplinas para cobrar fuerzas, hasta que vienen á ser hombres, no por eso somos menos osados, ó determinados que ellos para nos poner á los peligros, cuando hay necesidad. De lo cual es buena señal que nunca jamás los Lacedemonios solos han osado entrar en nuestra tierra á hacernos guerra, sin venir acompañados de todos sus aliados y confederados. Y nosotros sin ayuda de otros hemos entrado en la tierra de nuestros vecinos y comarcanos, y muchas veces sin gran dificultad hemos vencido á aquellos que se defendían peleando muy bien en sus casas. Y ninguno de nuestros enemigos han osado acometernos, cuando quiera que todos estábamos juntos, así por la esperiencia y ejercicio que tenemos en las cosas de mar, como por la mucha gente de guerra que tenemos en diversas partes. Y si acaso nuestros enemigos vencen alguna vez una compañía de las nuestras, se alaban que nos han vencido á todos. Por el contrario si son vencidos de alguna gente de los nuestros dicen que fueron sobrepujados de todo el ejército. Y en efecto más queremos el reposo y sosiego cuando no somos constreñidos por necesidad, que no los trabajos continuos. Y queremos ejercitarnos antes en buenas costumbres y loable policía, que vivir siempre con el temor de las leyes; de manera que no nos ponemos á peligros pudiendo vivir quietos y seguros; sino usamos antes del vigor y fuerza de las leyes que no del esfuerzo y ardor del ánimo. Ni nos fati-

gamos con las miserias y trabajos antes que vengan. Pero cuando nos vienen las tomamos, y sufrimos con buen ánimo y corazón, como aquéllos que siempre están ejercitados en ellas. Y por una cosa así como por otras muchas, podemos tener en grande estima y en admiración esta nuestra ciudad, porque viviendo en riqueza y en suntuosidad usamos de templanza, y hacemos una vida templada y filosófica, es á saber, que sufrimos y toleramos la pobreza, sin nos mostrar tristes ni abatidos, y usamos de las riquezas, más para las necesidades y oportunidades que se puedan ofrecer, que para la pompa y ostentación y vanagloria. Y ninguno tiene vergüenza de confesar su pobreza de palabra, pero tiénela muy grande de no huir della por obra. Y tiene el mismo cuidado de las cosas de la república que tocan al bien común de todos, como de las suyas propias. Y estando ocupados en sus negocios particulares tienen una buena noticia de los del común, y solo nosotros juzgamos y tenemos al que no tiene cuenta con la república, no solamente por ciudadano ocioso, y negligente, pero tambien por hombre inútil sin provecho. Y cuando alguna cosa buena nos viene al pensamiento, tenemos por cierto, que coniecir y razonar sobre ella no impide para la obrar bien, sino que antes conviene no querer ser enseñados por razón cómo se debe de hacer la obra antes que se ponga en efecto y en ejecución. De aqui viene á ser que en las cosas que emprendemos usamos juntamente de la osadia, y de la razón, mas que en otra ninguna nación; porque los otros algunas veces por ser ignorantes toman más osadia que la razón requiere, y otras veces por quererse fundar mucho en razones, son más tardíos á poner en ejecución sus cosas. Mas todos aquellos seran tenidos por magnánimos que calaren de presto las cosas que pueden acarrear tristeza ó alegría, juzgaran derechamente dellas, y por lo uno ni por lo otro no rehuirán los peligros cuando les avinieren. Ya pues en las obras de virtud somos muy diferentes de los otros, porque procuramos de ganar amigos haciéndoles beneficios y buenas obras antes que recibíéndolas dellos. Que el que hace bien á otro, está en mejor estado que no el que lo recibe, porque el que hace beneficio es más bastante á conservarlo con amistad, y benevolencia que no el que lo recibe; porque este tal sabe muy bien, que ya que haga lo semejante restituye el beneficio no por gratificar al bienhechor, sino solamente por pagar lo que debe. Tambien nosotros solos usamos de magnificencia y liberalidad, con nuestros amigos con razón y discreción, es á saber, por aprovecharlos antes que con ostentación y vanagloria por cobrar fama de liberales. Y en suma esta nuestra ciudad totalmente es una escuela de doctrina y una regla para toda Grecia, y un cuerpo bastante y suficiente para administrar y repartir sus miembros en todas las gentes, en cualquier género de cosas con buena gracia. Y que todo eso se muestra por la verdad de las obras antes que por palabras afeitadas, parece claramente, y se conoce por la grandeza de esta ciudad, que por estos medios habemos puesto y establecido en el estado que ahora veis: pues sola ella tiene más fama en todo el mundo que todas las otras juntas. Y sólo ella no da ocasión á los enemigos que la vengan á enojar, aunque reciba dellos mal y daño; ni permite que se quejen della los súbditos como si fuese no merecedora de

mandarlos. Y no se puede decir que nuestro poder no se parezca por señales é indicios, porque hay tantas, que los que ahora viven de presente, y los que vendrán despues dellos, nos tendrán en grande admiracion. Ni hemos menester al poeta Homero, ni á otro alguno, para encarecer nuestros hechos por colores poéticos, pues la verdad pura de las cosas deshace la duda, y falsa opinion y la lanza por tierra, porque por nuestro esfuerzo, y osadía hemos hecho que toda la mar se pueda navegar, y toda la tierra se pueda andar, dejando en todas partes memoria de los bienes, ó de los males que hicimos. Y pues por tal ciudad como esta, los difuntos cuyas obsequias, hoy celebramos, son muertos peleando esforzadamente, porque les parecía dura cosa verse privados della, por eso mesmo debemos trabajar los que acá quedamos vivos. Y esta ha sido la causa, porque he sido algo prolijo en hablar desta ciudad, para mostrarnos que no contendemos por cosa igual con los otros, sino por cosa tan grande que ninguna le es semejante, y tambien porque los loores de aquellos, de quien hablamos, fuesen más claros y manifiestos. Pues las alabanzas, excellencias y grandeza desta nuestra ciudad, de que arriba hemos razonado, se deben á la virtud, y esfuerzos destos muertos, y á los otros semejantes; porque en pocos pueblos de Grecia, hay razón igual en que funden sus obras los naturales dellos; y á mí parecer el primero y principal juez de la virtud del hombre es la vida buena, y virtuosa, y el postrero que la confirma, es la muerte honrosa, como ha sido la destos. Y es justo que aquellos que no pueden hacer otro servicio á la república, se muestren animosos en los hechos de guerra, para su defensa; porque haciendo esto, merezcan el bien de la república en comun, que no merecieron antes en particular, por estar ocupados entendiendo cada cual en sus negocios propios: y recompensen esta falta con aquel servicio, y lo malo con lo bueno, como hicieron estos, de los cuales ninguno se mostró cobarde por gozar de sus riquezas, queriendo más el bien de su patria, que el gozo de poseerlas, ni menos dejaron de se poner á todo riesgo por su pobreza, esperando venir á ser ricos, antes quisieron más el castigo y venganza de sus enemigos, que su propia salud. Y escogiendo este peligro por muy bueno, quisieron convengarse dellos; venir á este fin que vinieron, con esperanza de alcanzar la gloria y honra que nunca vieron: por las cuales les pareció, juzgando lo que habian visto por otros, que debían aventurar sus vidas, y que valía más la muerte honrosa, que la vida deshonorada: y por evitar la infamia la padecieron en sus cuerpos, y en breve espacio de tiempo quisieron ántes con honra atreverse á la fortuna, que valerse del miedo y temor. Y haciendo esto se mostraron tales para con su patria cual les convenía que fuesen. Los que quedan vivos deben desear lo seguro, pero no por eso han de tener ménos ánimos para contra sus enemigos, considerando, que la utilidad y provecho no consiste solamente en las razones que os he dicho, porque tambien hay muchos de vosotros que lo conocen y entienden, y podrán más largamente declarar los bienes que se siguen en expeler los enemigos. Empero más consiste, y lo conoceréis mejor, si contemplárais cada día la grandeza desta vuestra ciudad en sus obras y tomárais más amor con ella. Y cuanto más grande os pareciere, pensad que hubo hombres magnánimos y osados:



los cuales conociendo y entendiendo lo bueno, y teniendo vergüenza de lo malo, por su esfuerzo y virtud, la ganaron y adquirieron. Y todas cuantas veces las cosas no sucedían segun que deseaban, no por eso quisieron defraudar la ciudad de su virtud, antes le ofrecieron el mejor premio y tributo que podían pagar, conviene á saber sus cuerpos en común, y cobraron en particular por ellos gloria y honra eterna, que siempre sea nueva y muy honrosa sepultura, no tan solamente para ser sepultados pero tambien para ser en ella celebrada y ensalzada su virtud y su fama, para que de aquí adelante para siempre jamás puedan hablar de sus hechos, ó imitarlos. Que toda la tierra es sepultura de los hombres famosos y señalados, cuya memoria no solamente se conserva por los epitafios y letreros de sus sepulturas, sino por la fama que sale y se divulga, en gentes y naciones extrañas. Las cuales consideran y revuelven en su entendimiento mucho más la grandeza y magnanimidad de su corazón, que no el caso y fortuna que les avino. Estas tales razones os ponemos delante de los ojos, dignos ciertamente de ser imitados de vosotros para que conociendo que la libertad es felicidad, y la felicidad es libertad, no rehuyais los trabajos y peligros de la guerra; y para que no penseis que los ruines y cobardes que no tienen esperanza de bien ninguno, son más cuerdos en guardar su vida, que aquellos, que por ser de mejor condición, la aventuran y ponen á todo riesgo. Porque á un hombre sabio y prudente más le pesa y más vergüenza tiene de la cobardía, que de la muerte. la cual no siente por su proeza y valentía, con la esperanza de la gloria, y honra pública. Por ende los que aquí estais presentes, padres destos difuntos, antes os debeis consolar con su muerte, que no llorar. Porque sabiendo las desventuras y peligros á que estan sujetos los niños mientras se crían, tendreis por bien afortunados aquellos que alcanzaron muerte honrosa, como ahora lo son estos: y vuestro lloro y lágrimas por dichosas. Aunque yo sé ser cosa muy difícil de persuadiros que no sintais tristeza y pesar todas las veces que os acordáreis dellos, viendo á los otros en prosperidad con los cuales algunas veces os habeis alegrado en semejante caso, y cuando pensáreis que fueron privados no solamente de la esperanza de los bienes que por aventura jamás gozaran, mas tambien de aquellos que habian gozado largo tiempo. Mas empero conviene sufrirlo pacientemente, y confortaros la esperanza de engendrar otros hijos, los que estais en edad para ello. Porque á muchos, los hijos que habrán de aquí adelante les harán olvidar la cuita y el duelo que tienen destos que son muertos, y aprovecharán á la república en dos maneras: la una que no la dejarán desconsolada, y la otra que la tendrán en seguridad. Los que ponen sus hijos á peligros por el bien de la república, como han hecho estos que perdieron los suyos en esta guerra, pueden dar mejor consuelo que no aquellos que no lo hacen así. Y los de vosotros que pasais de edad para engendrar hijos, tendreis de ventaja á los otros que habeis vivido la mayor parte de la vida en prosperidad, y que lo restante della que no puede ser mucho pasareis con más alivio acordándoos de la gloria y honra que éstos alcanzaron, pues solo la codicia de la honra nunca envejece; y segun algunos dicen que no hay cosa que tanto deseen los hombres en su vejez como ser honrados. Y á vos-

otros los niños y hermanos destos muertos, os convidan y ponen delante una contienda y competencia muy difícil; porque no hay hombre que no loe de palabra la virtud y esfuerzo de aquellos que son muertos, de manera que apenas vosotros los que acá quedais, por valientes que seais, sereis tenidos por iguales á ellos, antes siempre os juzgarán por inferiores. Porque entre los vivos hay siempre envidia; mas despues de muerto el hombre, todos los de su acuerdo loan su virtud y esfuerzo. Pues si tambien me conviene hacer mencion de las mujeres que al presente quedan viudas, concluiré en este caso con una breve amonestacion; y es que debeis tener por gran gloria no ser más flacas, ni para ménos de lo que requiere vuestro natural y condicion mujeril; pues no es pequeña vuestra honra delante de los hombres, sin tener que vituperar en vosotras. Yo he relatado en esta mi oracion que me fué mandado decir, segun ley y costumbre, todo lo que me pareció ser útil y provechoso, y destos que aquí yacen sepultados, que han sido más honrados por sus obras que por mis palabras. Cuyos hijos si son menores criará la ciudad hasta que vengan á ser de edad de mancebos, poniendolos delante una corona de loor para los muertos, y para todos aquellos que bien sirvieron á la república, como galardón bastante de sus trabajos, porque doquier que hay premios grandes para la virtud y esfuerzo, allí se hallan los hombres buenos y esforzados. Ahora, pues, que todos habeis llorado como convenia á vuestros parientes, lijos y deudos, tornaos á vuestras casas. De esta manera fueron celebradas las honras y exequias de los muertos aquel invierno, que fué al fin del primer año de la guerra.

*(Traducción del Secretario Diego Gracián de Alderete.)*

## JENOFONTE

### **Historia de la entrada de Ciro el menor en Asia y de la retirada de los Diez mil griegos que fueron con él.**

#### LIBRO III.-CAPÍTULO I

Lo que los Griegos hicieron en la pasada de Asia con Ciro, hasta la batalla en que él murió, y lo que despues de la muerte de Ciro acaeció, cuando los Griegos se partieron con Tisafernes, debajo de treguas, en el primero y segundo libro fué declarado.

Despues que los caudillos principales fueron presos, y los otros capitanes y cabos de escuadras y soldados que los siguieron, muertos, quedaron los Griegos en gran cuidado y solicitud, pensando en sus corazones que estaban á las puertas del Rey, y que de todas partes se veían cercados de muchas gentes y ciudades de los enemigos, que no habría ninguno que los diese mercado libre para comprar mantenimientos, y que estaban alejados de Grecia más de diez mil estadios, y que ya no tenían caudillo que les guiasse para el camino, y que para haber de tornar á sus casas había en medio muchos ríos grandes y difíciles

de pasar. Demás de esto, veíanse vendidos de los bárbaros que habían venido en compañía de Ciro, y que se quedaban solos y desamparados, y que no tenían gente de caballo para ayudarse. De manera que estaba claro que, aunque venciesen, no podrían ir en el alcance á los enemigos, para poder matar uno dellos: y si fuesen vencidos, ninguno dellos se podría escapar.

Considerando estas cosas perdían el corazón y desmayaban; y pocos dellos se desayunaron aquella noche, y menos fueron los que osaron encender fuegos; y muchos no cuidaron de ponerse en armas aquella noche en sus estancias, sino que cada cual reposaba donde le tomaba el sueño, no pudiendo dormir de tristeza y congoja, con el deseo de su patria y de sus padres y de sus mujeres é hijos que dejaban, pensando que nunca más los verían.

Y estando así todos apasionados se fueron á reposar aquella noche. Había en el ejército de los Griegos un varon ateniense llamado Jenofonte, que les seguía, no como caudillo ni capitan, ni cabo de escuadra ni soldado; sino que Próxeno, su huesped muy antiguo, le había sacado de su casa, prometiéndole que si venía con él le haría muy gran amigo de Ciro, “cuya amistad, decía, pienso que te será más útil y ventajosa que la de tu patria.”

Así que Jenofonte cuando leyó su carta en que le enviaba á llamar, comunicó la partida con Sócrates Ateniense, el cual, temiendo que Jenofonte vendría en sospecha de haber cometido el crimen contra la república de Atenas, si se hiciese amigo de Ciro (porque, segun parece, Ciro se había mostrado por los Lacedemonios, cuando tenían guerra con los atenienses), aconsejó á Jenofonte que se partiese para Delfos y consultase la partida con el oráculo de Apolo. Venido Jenofonte á Delfos, preguntó al oráculo á cual de los Dioses sacrificaría y haría sus votos y plegarias, para que pudiese ir seguramente aquel camino que pensaba hacer, y acabado con prosperidad tornar salvo á su patria. Apolo le declaró los Dioses á quien le convenía sacrificar.

Con esto se tornó á Atenas y declaró su oráculo á Sócrates, el cual, como se le oyese, le culpaba mucho porque no había preguntado primero cual de dos cosas le sería mejor, ir ó quedarse, sino que determinado de ir, había preguntado si iría seguro. Mas pues, que así había hecho la pregunta, “conviene, dice, hacer todo lo que mandó el dios Apolo.”

Por tanto, Jenofonte, despues que hubo hecho sacrificio á los dioses que le declaró el oráculo de Apolo, partió de allí navegando y alcanzó en Sardis á Próxeno y á Ciro que aparejaban su camino para pasar á Asia. Y allí Próxeno le encomendó á Ciro; el cual, por lo mucho que veía que Próxeno le quería, tambien él deseaba que se quedase, prometiéndole que acabada la guerra luego le tornaría á su tierra; porque todos decían que aquella armada que hacía era contra los Pisidas.

Así que Jenofonte fué con ellos en aquella guerra engañado como los otros no por cierto de Próxeno, porque ni este ni ninguno de los Griegos sabía que aquellos aparejos se hacían contra el Rey, excepto Clearco. Despues que llegaron á Cilicia, fué manifiesto á todos que aquella armada era para contra el Rey. Entonces algunos por miedo del trabajo del camino largo si se tornasen, aunque

contra su voluntad, otros de vergüenza de los otros, queriendo ó no queriendo, forzados siguieron á Ciro, y entre estos fué uno Jenofonte.

\*Tornando, pues, al propósito, estando él en la misma congoja que los otros, no podía dormir, sino que vencido poco á poco del sueño, se durmió; y parecióle entre sueños que veía caer un trueno en la casa de su padre, y que con él toda la casa se ardía. Así que despertó despavorido, y por una parte interpretó su sueño por buen agüero. Porque estando en trabajos y peligros parecía que le venía de mano de Dios aquel fuego; y en parte le puso temor, porque vieniendo aquel sueño de Dios, y ardiendo de todas partes el fuego, no veía como podría salir de las tierras del Rey, sino que se veía cercado de todas partes de angustias y dificultades.

Y como quiera que este tal sueño se hubiese de tomar, de lo que despues de él acaeció se puede así declarar. Porque luego el suceso acreditó esto mismo: así que siendo despierto comenzó á pensar entre sí mismo: ¿Qué es lo que yo hago aquí?, ya la noche se pasa; luego que sea de día, de creer es que serán aquí los enemigos. Pues si venimos á poder del Rey, ¿quién duda sino que veremos todos las desventuras que se pueden decir, y padeceremos todos los males que se pueden pensar, y despues de muchas injurias y tormentos, al fin nos darán la muerte? Ninguno veo que se apareja para resistir, ni tiene cuidado dello, sino que nos estamos aquí todos ociosos y sin cuidado. ¿Pues de qué ciudad esperaré caudillo que venga para esta hazaña tan grande, ó á que edad esperaré que me ha de venir conveniente para hacer grandes hechos?, porque si hoy me entrego á mi mismo á los enemigos, nunca veré la vejez.

Con estos pensamientos alterado el corazon, se levantó, y llamó á los capitanes que habían sido de Próxeno, y cuando todos fueron juntos, les hizo esta oracion: «Varones y capitanes: yo ni puedo dormir tampoco como vosotros, ni reposar, viendo el peligro en que estamos. Porque veo que los enemigos no nos han declarado la guerra antes de tener sus cosas bien aparejadas. Y ninguno hay de nosotros que piense siquiera como podremos pelear con ellos.»

«Pues si nos sometemos al Rey, ¿qué misericordia pensais que usará con nosotros aquél que á su propio hermano de un padre y una madre, aun despues de muerto, le cortó la cabeza y la mano y le puso en un palo? No tenemos patrón ni abogado ninguno por nosotros, porque le hicimos la guerra con pensamiento de hacer de un Rey un siervo, y matarle, si pudiésemos. ¿Pues cómo no pensais que vendrá con la misma intención contra nosotros, para que atormentándonos lo más cruelmente que pueda, á todos los hombres ponga miedo que no quieran mover guerra contra él? Así que nos conviene hacer cuanto pudiéramos, por no venir á su poder.

«Yo por mi parte, aun cuando teníamos treguas con el Rey, no podía sosogar, sino que tenía lástima y compasion de nosotros mismos, juzgando al Rey y á los suyos por dichosos y bienaventurados, porque le veía tener tantas tierras, y todos los mantenimientos y provisiones necesarias en abundancia, tantos ministros, tantos ganados, tanto oro, tantas vestiduras; y á nosotros, por el contrario, tenía por desventurados cuando pensaba que de ninguno de aquellos bie-

nes éramos participantes, sino que habíamos de comprar todo lo que hubiésemos menester; y esto lo podían hacer muy pocos, porque no tenían dineros. De manera, que si no fuese comprado no podíamos haber por otra vía lo necesario, por temor y vergüenza de traspasar el juramento hecho en las treguas. Así que, considerando todo esto conmigo mismo algunas veces, temía más entonces las treguas que ahora temo la guerra.

„Mas ahora que ellos han rotpido las treguas, y su injuria y soberbia anda muy de rota, tambien debemos romper nuestra vergüenza. Todos los bienes que arriba dije están puestos como de por medio para ser premios y joyas, de los cuales serán señores los que de nuestra parte ó de la suya se mostraren más buenos y esforzados en la contienda. Los jueces della son los Dioses, que sin duda serán con nosotros, pues no fuimos contra la religión, ni quebrantamos los juramentos, como ellos lo hicieron. Sino que viendo muchos bienes que pudiéramos haber, nos refrenamos dellos por guardar el juramento. Por tanto, me parece que debemos ir á esta contienda con mayor osadía y confianza que no ellos.

„Pues demas de esto tenemos los cuerpos más acostumbrados que ellos para sufrir el calor y los trabajos, y los ánimos y corazones muy mejores que los suyos con la ayuda de Dios. Porque estos son más aparejados para ser heridos ó muertos en batalla que nosotros, y Dios nos dará victoria de ellos, como de antes. Y por ventura, esto mismo piensan ahora todos los otros de nuestro ejército.

„Así que por Dios no esperemos que los otros nuestros vengan á amonestarnos lo que nos cumple, sino que nosotros comencemos á mover y animar los otros para estas obras de fuerza y de virtud. Mostraos ahora valientes y esforzados capitanes y merecedores de los cargos que teneis más que otros ningunos. Yo, si vosotros quisiéredes comenzar primero, os seguiré, y si me ordenáredes por caudillo y guía, no pondré excusa de la edad; pues la juventud pienso es más aparejada para estos trabajos.”

Y así dió fin Jenofonte á su razonamiento, el cual, como los capitanes oyeren, todos determinaron de tomarle por caudillo, excepto un tal Apolonides que en lengua beocia dijo, que le parecía devaneo, si alguno esperase la salud de otro que de mano del Rey, y juntamente con esto les ponía delante las dificultades que había de todas partes. Entonces, atajándole Jenofonte, le dijo:

„Buen hombre, paréceme que habiéndolo visto no lo sabes, y habiéndolo oído no te acuerdas de aquello á que estuviste presente tambien como nosotros, y es que el Rey, cuando supo que Ciro era muerto, se ensoberbeció en tanta manera por ello que nos envió á mandar le entregásemos las armas. Mas despues que le respondimos que no las queríamos dar y nos armamos todos y venimos cerca de sus tiendas armados á punto de pelear, dime, ¿qué es lo que dejó de hacer de todo lo que nos cumplía? Enviando sus embajadores y pidiendo treguas y mandándonos socorrer con las provisiones necesarias.

„Pero cuando los capitanes y cabos de escuadra (como tu ahora nos aconsejas que hagamos) vinieron sin armas á las hablas y conciertos, confiados en las treguas, veamos, ¿no fueron heridos, punzados, maltratados, injuriados, deshon-

rados y atormentados, de manera que no podían morir los mezquinos, aunque mucho lo deseaban, según pienso? ¿Pues sabiendo tu todo esto, dices que devanean los que determinan de defenderse y nos mandas que vayamos á rogar al Rey que nos deje las vidas?

„A mí por cierto, varones griegos, me parece que no debemos admitir este hombre á consejo, sino quitarle la capitania y mandarle á que vaya á llevar cargas, pues para esto sólo es bueno; porque este deshonra á su tierra, y á toda la Grecia, pues siendo Griego es tal como veis.“

A esto replicó Agyas Styntalio y dijo: „este ni tiene que ver con Beocia ni con Grecia porque yo sé bien que á la manera de los idios, tiene la una y la otra oreja horadada, y así es la verdad.“

Así que, despues que todos le desecharon de sí, comenzaron á andar por todas las compañías, y donde hallaban que habia quedado capitán ó cabo de escuadra salvos, los mandaban llamar; y donde no al sota-capitán ó teniente. Despues que todos fueron juntos, se sentaron delante los escuadrones, y serian todos los capitanes y cabos de escuadra que se allegaron allí hasta ciento. Y cuando esto se hacía era cerca de media noche. Había en aquel ayuntamiento un varón nombrado Hierónimo Cleo, el más anciano de todos los capitanes de Próxeno, que tomando la mano, comenzó á hablar desta manera: „Considerando el estado presente, varones capitanes y cabos de escuadra, nos pareció sería bien ayuntarnos, y llamaros también á vosotros, para que consultemos juntamente lo que será en bien de todos. Por tanto tu, Jenofonte, dínos aquí en general lo que poco ha trataste particularmente con nosotros.“

Entonces Jenofonte les hizo el razonamiento siguiente: „Varones griegos, todos sabemos muy bien que el Rey y Tisafernes prendieron todos los que pudieron de nosotros, y ahora procuran por traición de matar si pueden á los demás. A nosotros, según pienso, nos cumple hacer cuanto pudiéramos por no venir á manos de los bárbaros, sino que antes ellos vengan á las nuestras.“

„Asimismo sabed que nunca tendremos mejor tiempo que ahora para declarar quien somos los que aquí nos ayuntamos; porque todos los soldados tienen puestos los ojos en nosotros y si nos ven desmayar, todos serán ruines y cobardes; y si nos ven aparejados para ir contra los enemigos, y saber animar á los amigos, creedme, que nos seguirán y procurarán de imitarnos.“

„Y por cierto que es cosa justa que les excedais en gran manera en todo; porque vosotros sois caudillos, vosotros coroneles y capitanes, y en tiempo de paz teniais más bienes y honra que todos estos; pues ahora en tiempo de guerra es razón que seais mejores que los del vulgo en aconsejar y procurar todo lo que conviene, y tomar los trabajos los primeros, si fuere menester.“

„Ante todas estas cosas pienso será muy provechoso para todo el ejército proveer de coroneles y capitanes en lugar de los muertos; porque si falta quien mande en el ejército, no se puede hacer nada bueno ni de provecho. Y para decirlo en suma, en todas las cosas de guerra la orden la conserva y guarda, y la desorden la pierde y destruye.“

„Cuando hubiéreis nombrado los capitanes que son necesarios, debéis hacer alarde de toda vuestra gente de guerra, y amonestarlos y animarlos como conviene. Porque esto pienso que es lo mejor que podeis hacer al presente. Porque bien podéis sentir cuán desmayados vienen á tomar las armas, y cuán flojos y perezosos á tener las guardias y centinelas. De manera que, estando como ahora están, no sé quien se podrá aprovechar dellos para cosa alguna que sea menester de noche ó de día.

„Mas si alguno les puede mandar los corazones á que piensen, no solamente los males que padecerán, sino tambien lo que deben hacer como buenos y esforzados, serán más osados y animosos que de antes. Por lo cual es bien que sepaís que no los muchos ó más robustos son los que alcanzan la victoria en la guerra, sino aquellos que con la ayuda de Dios acometen á los enemigos con mayor ánimo y osadía; y estos son por la mayor parte aquellos á quienes no osan esperar los contrarios.

„Y considerando juntamente con esto que todos cuantos procuran por todas vías que los enemigos les otorguen la vida, estos por la mayor parte mueren mala y deshonorada muerte; y por el contrario, los que teniendo la muerte por comun y necesaria á todos los hombres, trabajan por morir con honra, estos veo que llegan más bien á la vejez; y mientras la vida les dura viven siempre bienaventurados. Pues teniendo esto por muy cierto, conviene al presente que os mostreis valerosos y esforzados, y amonestéis y animeis á los otros que lo sean.

Y así acabó Jenofonte su razon. Y luego tras él Cherisofa comenzó á decir así: „yo ciertamente, Jenofonte, te conocía hasta aquí, solo porque oía decir que eras Ateniese: mas ahora tengo razon de alabarte por tus dichos y hechos; y querría que hubiese en el ejército muchos tales como tú para el bien comun de todos.” Y vuelto á los que allí estaban, dijo: „¿Qué estamos aquí esperando y no vamos á elegir los capitanes que son menester? Y cuando fueron elegidos, venid en medio del ejército, y traedlos ante nos. Y para llamar los otros soldados, venga aquí luego Tolmides el pregonero.....

*(Traducción del Secretario Diego Gracián, enmendada por Flórez Canseco.)*

## B. ORATORIA

### ISÓCRATES.—DE LA ORACIÓN SOCIAL Ó DE LA PAZ

#### FRAGMENTOS

De tal suerte nos trae alborotados la esperanza, y somos tan insaciables para todo lo que lleva visos de ganancia, que ni los que tienen mayores riquezas se quieren contentar con ellas, sino que deseando siempre más y más, aun estas mismas las arriesgan. Por lo cual es de temer no sea que nosotros demos tambien ahora en estos devaneos.

Porque me parece que algunos están demasiado declarados por la guerra, como si no fueran unos cualesquiera los que se la aconsejan, y hubieran oído de boca de algun Dios, que todo lo sojuzgaremos y venceremos con gran facilidad á nuestros enemigos. Y los que tienen juicio, conviene que sobre lo que ya saben de ninguna manera tomen consejo (porque es cosa supérflua), sino que ejecuten lo que resolvieron; mas que en aquello de que todavía consultan, no piensen que ya saben que es lo que importa, sino que valiéndose de conjeturas, piensen de ello como que pende del acaso. De todo lo cual nada haceis vosotros; antes en ello os conducís con el mayor desorden. Porque os habeis congregado como para escoger, segun es justo, lo más conveniente de cuanto se proponga; y como si ya estuviéseis enteramente ciertos de lo que es de hacer, no quereis dar oídos sino á los que os hablan á medida de vuestro gusto. Cuando era razón, si es que quereis acertar con lo que ha de ser á la ciudad más conveniente, que con mayor atencion escuchaseis á los que se oponen á vuestro dictamen, que no á los que le aprueban: conociendo que entre los que aquí se presentan, á los que os dicen lo que apeteceis, les ha de ser fácil seduciros, porque el discurso que nos acomoda nos sirve como de nube para no ver lo mejor. Mas de los que no os hablan á vuestro gusto nada de esto hay que temer, porque no habrá como puedan disuadirnos si no os hacen bien patente lo más útil.

Y fuera de esto, ¿cómo podrán los hombres, ó juzgar bien de lo pasado, ó deliberar con acierto en lo futuro, si no confrontan los discursos de los que se contradicen y escuchan con igualdad á los unos y á los otros? Yo estoy además maravillado de cómo los ancianos no tienen presente y los jóvenes no han oído alguna vez decir que nunca por causa de los que nos movieron á mantener la paz nos vino daño alguno, y que por causa de los que con ligereza se declararon por la guerra nos ha sucedido caer en muchos y más graves desastres. De los cuales ya nosotros ninguna memoria conservamos, sino que estamos dispuestos, sin procurar para nosotros en ello ninguna utilidad, á armar galeras, imponer contribuciones y ayudar ó hacer la guerra al que se ofrezca, como si nos fuese ajena la ciudad que aventuramos.

Y la causa de esto es que vosotros debfais cuidar de las cosas del común como de las propias vuestras y con todo no las miráis del mismo modo, sino que cuando deliberáis sobre las vuestras, buscáis para aconsejaros á los que tienen más prudencia que vosotros mismos; mas cuando os congregáis á tratar de las del público, desconfiais de estos y los miráis con envidia, y á los más perdidos de todos cuantos suben á este lugar los aplaudís y celebráis, teniendo por más populares á los desarreglados que á los sobrios, á los necios que á los prudentes, y á los que se comen los caudales públicos que á los que son con vosotros liberales de su propia hacienda. Así es de admirar que haya quien espere que una ciudad que se vale de tan malos consejeros pueda llegar á mejorar de condicion.

Yo bien conozco lo expuesto que es oponerse á vuestro parecer, y que con vivir en democracia sólo gozan de libertad, en este puesto, los necios y los que en nada os tienen, y en el teatro los representantes de comedias; siendo lo más



insufrible de todo que los que publican por toda la Grecia los yerros de nuestro pueblo os den tanto placer y aun más que los que le hacen algún servicio, y que á los que os amonestan y corrigen los hayais de mirar con el mismo encono que á los que han hecho algún daño á la ciudad.

Mas á pesar de ser todo esto así, yo ya no he de apartarme de lo que me he propuesto. Porque he venido, no á lisonjearos, ni á solicitar ningún empleo, sino á haceros presente lo que entiendo, en primer lugar, acerca de lo que los Senadores han propuesto, y después acerca de todos los demás intereses de nuestra patria. Porque de nada serviría lo que sobre la paz se ha decretado, si en todo lo demás no deliberáramos con acierto.

Digo, pues, que nos importa hacer la paz, no precisamente con los Chios y Rodios, con los de Bizancio y Coos, sino con todos los hombres, y guardar y cumplir los tratados; no aquellos que ahora dictan algunos, sino los ajustados con el Rey y los Lacedemonios, en que se manda que los Griegos sean de su derecho; que se quiten las guarniciones de las ciudades ajenas y que sólo reten-gan la suya cada uno. Porque no es posible escogitar unas capitulaciones, ó más justas, ó más adecuadas para el bien de la ciudad.

Y como aquí acabara mi discurso, bien conozco que se había de pensar que hablaba en menoscabo de nuestra patria, si reteniendo los Tebanos á Tespia y á Platea, y todas las demás ciudades de que contra los pactos se han apoderado hubiéramos de evacuar nosotros, sin haber ninguna necesidad, aquellas que tenemos. Mas si me escuchárais hasta el fin, prestándome atentos oídos, juzgo que habéis de reprender la necedad y locura de los que hallan utilidad en la injusticia, y retienen por fuerza las ciudades ajenas, sin reparar en las calamidades que de aquí comúnmente se originan; que todo esto es lo que procuraré manifestaros en este discurso.

Y ante todas cosas hablemos de la paz y veamos qué es lo que á la hora de ahora apeteecemos; porque si tratamos bien esto y con prudencia, teniendo presente nuestro intento, con mucho mayor tino deliberaremos acerca de todo lo demás. Así que, ¿no nos tendríamos por bien librados si viviésemos en nuestro pueblo con seguridad, abundásemos de lo necesario para la vida, tuviésemos entre nosotros unión y concordia y mercciésemos la estimación de los demás Griegos? Porque yo creo que logrando estas cosas volvería á ser completamente feliz nuestra ciudad. Pues la guerra, de todo lo dicho nos ha privado; porque nos ha empobrecido, nos ha hecho padecer muchos trabajos, nos ha desacreditado con los Griegos y por todos caminos nos ha hecho miserables. Mas si hiciéramos la paz y fuéramos tales cuales previenen los tratados, viviremos con la mayor seguridad en nuestras casas, libres de los combates, peligros y alborotos en que nos hallamos enredados; cada día gozaremos de mayor abundancia, aliviados de los tributos y de las gabelas marítimas, y de todas las demás contribuciones para la guerra, cultivando ya con gusto los campos, navegando los mares y volviendo á entrar en todas las demás negociaciones que estaban por la guerra abandonadas; veremos á nuestro pueblo al doble prosperado en sus arbitrios, lleno de comerciantes, extranjeros é inquilinos, cuando ahora por la

guerra está desierto; y lo que es más que todo, tendremos por aliados á todos los hombres, y no por necesidad, sino muy de su grado; ni de modo que en el tiempo feliz nos tengan respeto por nuestro poder y en los peligros nos desamparen, sino portándose con nosotros como deben los confederados y amigos verdaderos.

Y además de eso, aquello que ahora no podemos recuperar, ni con la guerra ni con grandes gastos, fácilmente por medio de una embajada podremos conseguirlo. Porque no penseis que ó Quersobleta por el Quersoneso, ó Filipo por Anfipolis, nos han de incomodar con nueva guerra, cuando vean que nada codiciamos de lo ajeno. Mas ahora, con razon temen tener á nuestra ciudad por vecina á sus dominios, pues que nos ven no estar contentos con lo que poseemos y aspirar siempre á más y más.

Pero si mudamos de conducta y procuramos ganar mejor concepto, no sólo se abstendrán de tomarnos lo que es nuestro, sino que aun han de darnos algo de sus bienes. Porque el reconocer el poder de nuestro pueblo puede importarnos para tener sus reinos más seguros. Y más que podemos nosotros tomarnos de la Tracia tanta parte cuanta baste, no sólo para estar nosotros sobrados, sino aun para dar á aquellos Griegos pobres, y que por su miseria andan errantes, lo que hayan menester.....

*(Traducción de D. Antonio Ranz Romanillos.)*

## DEMÓSTENES.-DISCURSO DE LA CORONA

Primeramente ruego, atenienses, á todos los dioses y diosas que os inspiren hacia mí en esta causa la misma benevolencia que he tenido siempre hacia vosotros y hacia toda la República y que no haciendo caso de mi adversario, me dejéis en libertad de defenderme, siguiendo el orden que tenga por conveniente. Mayormente, que no es mi posición la misma que la de mi adversario. Él arriesga solo un poco de reputación sucumbiendo en su demanda: yo, perder vuestra benevolencia, que para mí es lo más terrible y además... pero no quiero anticipar nada funesto en el principio de mi discurso. Él, siendo acusado, ha hablado mal de mí, cosa que naturalmente gusta más que oír elogios: así me ha dejado solo la parte odiosa, pues para defenderme tendré que hablar muchas veces de mí mismo, pero procuraré hacerlo con toda la circunspección posible. Comprendéis bien, atenienses, que aun cuando suena el nombre de Ctesifon en la acusacion de Esquines, el punto de mira soy yo y así me defenderé confiando en vuestra imparcialidad, y en que cumplireis con vuestro deber. Si Esquines se hubiese limitado al punto jurídico de la acusacion, sin entrar en el terreno de mi vida privada y pública, yo empezaría mi discurso por la parte legal del decreto de Ctesifon; pero puesto que me ha calumniado en muchas cosas, es preciso desvanecer antes la mala impresión que puede haber hecho en vuestro ánimo. Si en mi vida privada fuese yo lo que supone mi acusador, os suplicaría que os levantáseis, y me condenáseis al instante. Pero vosotros me conoceis,

siempre he vivido entre vosotros. Si soy algo más que él, si mi familia no tiene que ocultar la cara, si puede ponerse al lado de las más honradas de mi clase, como sabeis, os pido que no deis crédito á sus palabras en cuanto ha dicho. Tienes sobrado mal corazón, pero poco talento, Esquines, si has creído que, dejando yo á un lado mis actos públicos, me ensañaría desde luego contra tí por tus embustes y denuosos. Dejándolo para su tiempo, examinaré antes mi conducta pública, porque si fuesen ciertos los delitos que me imputas bajo este concepto, no habría penas bastantes en nuestro código para castigarme. ¿Cómo había yo de impedir, atenienses, como este dice, á nadie el hablar en las asambleas y aconsejaros lo mejor? Si tan evidentes eran mis infracciones de ley, ¿por qué no me citaba ante vuestro tribunal? Ha podido acusar á Ctesifon, y ¿no ha podido acusarme á mí? Esta es una especie de comedia, en la que yo soy el pie de banco; él me odia, y no contento con dañarme, quiere arrastrar á otro en mi ruina. Sería bueno, atenienses, ventilar la cuestion entre los dos; ¿para qué perjudicar á un tercero?.....

.....

“Pero vengo á la misma acusacion para refutarla siguiendo el mismo órden que ha observado Esquines al formular el pedimento. Dice que Ctesifon obra contra las leyes, alegando méritos míos falsos, proponiendo que se me corone antes de dar cuentas, y que se verifique la preconización en el teatro durante las fiestas Dionisiacas. Necesito para esto explicar mi conducta política, pues mis méritos dependen de ella, y si son tales, cuales espero manifestaros, Ctesifon no se ha estralimitado proponiendo el premio que ha propuesto, pues lo de las cuentas y el lugar queda á mi cargo desvanecerlo. Que yo he dicho, y obrado, y tengo intencion de decir y obrar conforme crea mas conveniente á los intereses de la república, que es lo que alega Ctesifon, doy por garantes mis actos de los cuales voy á daros cuenta. No hablaré de los tiempos anteriores á mi entrada en la vida pública, pues no me corresponde. Os diré primeramente, que ha sido una gran felicidad para Filipo el encontrar la Grecia tan dividida entre sí, y tan llena de hombres venales, de quienes se ha servido, engañando á unos, regalando á otros, y corrompiendo á todos. En tal estado, é ignorando los demás griegos las intenciones de Filipo, ¿qué debía hacer nuestra república, ó qué debía hacer yo que la dirigia, pues quiero toda la responsabilidad? ¿Debia por ventura colocarse tras los tésalos y dólopes, y renegando de su dignidad y de la gloria de sus antepasados, ayudarle á avasallar á la Grecia? ó ya que no hiciese esto, previendo mucho tiempo antes lo que habia de suceder, ¿dejarle y contemporizar con él? Yo pregunto al severo censor de mis actos, ¿de qué parte debía colocarse la república? de aquellos que cooperaron con Filipo á las desgracias de la Grecia como los de Tesalia, ó de los que estuvieron neutrales por conveniencia propia, como los árcades, mesenios y argivos? Si Filipo hubiera respetado á todos estos, dejándoles su independencía y sus leyes, y maltratando solo á los que le hubiesen resistido, habria alguna razon para condenar nuestra conducta; pero si ha sucedido al revés, si nosotros hemos sido los mejor libra-

dos, ¿no es evidente que vosotros siguiendo mis consejos habeis obrado mejor que los demás?»

“Díme, Esquines, ¿qué debía hacer nuestra república al ver que Filipo aspiraba á tiranizar á toda la Grecia? ¿Qué debía aconsejar yo en Atenas, que habia siempre combatido por el honor, por la gloria y por la supremacía, que habia gastado mas dinero y empleado mas hombres que los demás griegos por sus estados respectivos, al ver que Filipo por este imperio ó primacía sacrificaba un ojo, la clavícula, una mano, un pie, y cualquiera otra parte del cuerpo, con tal que con lo restante pudiese llegar á dominar y vivir con gloria? No era decente que un hombre educado en Pella, pueblo entónces pequeño y oscuro, llevase sus aspiraciones hasta querer mandar á toda la Grecia, y que Atenas llena de monumentos y de escritos que atestiguan el valor de nuestros padres le entregase cobarde la libertad de la misma Grecia. Vosotros comprendísteis desde luego vuestro deber y obrásteis en consecuencia, proponiéndoos yo lo que creia mejor.

.....

Filipo no veia el fin de la guerra que tenia con vosotros si no lograba interesar en ella á los tésalos y tebanos; pues aunque salia casi siempre con ventaja de las acciones de guerra, nuestro poder marítimo y la piratería le incomodaban mucho, de modo que ni podia exportar nada de su reino, ni importar lo necesario.

Obstruyéndole el paso dichos pueblos, no podia pensar en venir á Ática. Si les hubiese dicho: “declaraos contra Atenas”, no lo habrian hecho solo por su interés; así buscó medio para comprometerlos por una causa de interés comun. ¿Cuál fué esta causa?, la de los Anfictions con motivo de los anfisenses. Si él hubiese encargado el negocio á alguno de los miembros del Consejo adictos á su persona, luego se hubiera sospechado; pero si podia ganar á algun ateniense, era asunto concluído. Se manejó de modo que salió nombrado Esquines para representar á la república en dicho Consejo. Llegado allá, dejando á un lado todos los negocios que se le habian confiado, empezó á hablar del campo Cirreo, y de los anfisenses, y de las imprecaciones, y de la consagración, con tanta vehemencia y estrépito, que aquellos hombres no acostumbrados á las astucias oratorias se dejaron sorprender, y llenos de entusiasmo religioso, intentaron echar á la fuerza á los anfisenses del terreno en cuestion. Ellos se defendieron, é hiriendo á algunos de los Anfictions los obligaron á volverse más que de prisa. Se les declaró la guerra, pero por la dificultad de reunir los contingentes de cada pueblo, é imposibilidad de obligarlos á la fuerza, se pensó en confiarlo á Filipo, y como él ya habia dirigido todas sus baterías para que la cosa tuviese este desenlace, así se acordó. Hé aquí á Filipo en campaña, y franqueados los pasos que antes le impedían penetrar hasta el Ática. Dirige su ejército á la Fócida, y dejando tranquilos á los anfisenses, ocupa Elatea, toma posicion allí, y amenaza al mismo tiempo á Tebas y al Ática. Los tebanos conocieron entonces el peligro, y estraron en nuestras miras, así como antes nos eran contrarios. Se debió sin duda á la especial proteccion de alguna divinidad el no verse invadida entonces el Ática, pero si algo debe atribuirse á lo humano, yo soy el que lo

impedí. Léanse los decretos de los Anficciones y cartas de Filipo. Por los primeros se condena el hecho de los anfisenses, y se suplica á Filipo que se encargue de castigarlos. En las segundas manda él á los del Peloponeso que acudan con sus tropas á la Fócida con dicho objeto. Se guarda muy bien de manifestar cuáles son sus proyectos que encubre con el motivo de religión. ¿Quién llevó las cosas á tal estado? No diré que fuese solo este, pues habia en cada ciudad muchos malvados; pero me atrevo á asegurar que él fué el primer móvil, y extraño como vosotros no le hundisteis desde luego, lo que solo puede atribuirse á que se os ofuscaba la verdad. Viéndoos pues yo casi indiferentes, y que muchos en lugar de llamaros la atencion sobre los hechos de Filipo, trataban de azuzáros contra los tebanos, y comprendiendo la grande utilidad de la union de las dos repúblicas, me esforcé en procurarla, arrojando las iras de este y compañeros, y siguiendo antes la política de Aristofon y Éubulo que siempre habian opinado por dicha unión: digo estos, porque tú, ó zorra, mientras vivieron, los seguiste; muertos, los afrentas. Léanse los dos decretos de nuestro pueblo, por los que se mandaron embajadores á Filipo para pedirle esplicaciones por su proximidad á las fronteras de Ática, y treguas en caso de querer romper los tratados; y dos cartas del mismo, la primera otorgando lo que pedia la república, aunque dice que no tenia motivos para alarmarse, y él sí para estar quejoso de ella: la segunda al pueblo de Tebas, felicitándole por no haber querido dar oídos á las proposiciones de Atenas, prefiriendo continuar en paz con él. Con tales seguridades se echa de improviso sobre Elatea antes que los tebanos y nosotros tuviésemos tiempo de tomar ningun acuerdo. Vosotros recordais la alarma que produjo tal noticia.

Al difundirse por la ciudad, los que estaban ya cenando echaron de sus tiendas á los que las tenian en la plaza, y quemaron sus cubiertas de tejidos de mimbres; se buscaba al pregonero, y todo era alboroto y gritos. Muy temprano al dia siguiente se reunía el senado, el pueblo se dirigia á la junta: así que los pritanes á la cabeza del senado llegaron á la asamblea popular, el pregonero invitó á los concurrentes á subir á la tribuna. Allí estaban los jefes militares, allí estaban los oradores, y nadie acudia al llamamiento de la patria, pues que cuando el pregonero hace aquella invitacion, la hace en nombre de la patria. Si hubiesen tenido que levantarse los que deseaban salvarla, todos vosotros y demás atenienses se hubieran levantado: se hubieran levantado los 300 ricos, y hubieran ofrecido sus servicios y su dinero, como se vió despues. Pero entonces no bastaba el patriotismo ni la riqueza: era necesario uno que hubiese seguido paso á paso todos los actos de Filipo, y los hubiese comprendido para poder aconsejaros lo mas conveniente. Yo fuí el que me presenté en aquellos momentos de turbacion y de peligro; yo fuí el único de todos los oradores y hombres de estado que os hablé sustancialmente en estos términos: "Se engañan los que temen que los tebanos sean partidarios de Filipo; pues á ser así, no estaria él en Elatea sino en nuestros confines. El motivo de detenerse allí es por sondear á los tebanos: entre ellos los hay amigos y enemigos suyos; para unos y otros ha asentado allí sus reales, á saber, para animar á los primeros, y para obligar á los segundos

á que por temor hagan lo que no quieren. Si en algo os han faltado los tebanos, olvidadlo, y no sospecheis de ellos en el estado presente, porque de otro modo haríais que todos se ladeasen por Filipo, y juntos atacasen el Ática. Creo pues que para conjurar el peligro debemos primeramente desechar dicho temor, y despues temer por los tebanos como mas cercanos al peligro, y para esto apostar infantería y caballería en Eleusis para reanimar á los que hay en Tebas de nuestro partido, y hacer ver á los opresores de la libertad que hay quien empuña las armas para defenderla. A mas de esto nómbrense diez embajadores que vayan á Tebas, entendiéndose antes con los jefes militares para escoger el tiempo oportuno de la salida. Llegados allá no hagan ninguna reclamacion, sino ofrezcan solo el auxilio de la república; si le aceptan, esta obrará conforme á su honor; si no, les dejará toda la responsabilidad de lo que les sobrevenga.» Esto fué lo que dije mas extensamente, y todos lo aprobaron: lo dije, escribí el decreto, fuí de la embajada, persuadí á los tebanos, los llevé hasta el cabo, y me engolfé en los mayores peligros por vosotros. Ahora bien, ¿qué nombre nos corresponde á los dos, Esquines, por lo de aquel dia? ¿Seré yo el afeminado ó Bátalo como me llamas por escarnio, y tú Cresfonte ó Creon ú otro de los personajes vulgares de las tragedias, ó aquel Enomao que representaste tan mal en en el Colyto? Enhorabuena, pero yo Bátalo Peaniense fuí mas útil á la república que tú Enomao Cotocide; pues hice todo lo que debe un buen ciudadano. Léase el decreto que está conforme con lo expuesto, y que fué aprobado. Este decreto conjuró el peligro que amenazaba á la república, y que se desvaneció como una nube. Entonces era ocasion de hablar y proponer si algo mejor se discurría. Hay esta diferencia entre el que aconseja de buena fe, y el calumniador: aquel saca la cara, y antes de poderse saber el resultado que ha de tener lo que aconseja, espone su parecer lo mejor que sabe, atendidas todas las circunstancias: el otro espera el resultado, y si es adverso, entonces se desgañita contra el que ha aconsejado, habiéndose antes mantenido mudo. Aun ahora reto á cualquiera que diga, si algo podia haberse hecho mejor, y que vea lo que yo no ví, en cuyo caso me confesaré culpable. Pero si esto no es posible, ¿qué debia hacer el consejero de la república? ¿No debía escoger entre todos los medios que se ofrecian el que juzgase mejor? Esto hice, Esquines, despues de oir al pregonero que decia: *¿quién quiere hablar?* y no *¿quién quiere acriminar lo pasado?* ni *¿quién quiere responder de lo porvenir?* Ya que no hablaste entonces, dí, ¿qué partido debíamos tomar?

En las asambleas no suele hablarse de lo pasado, sino de lo presente y de lo que ha de venir. Los males de que nos ocupamos entonces, unos pesaban ya sobre nuestras cabezas, otros nos amenazaban de cerca. No hay que echarme en cara la derrota que sufrimos, pues el éxito de las empresas está en manos de la Providencia. Tú mira si se dejó algo por hacer que entrase en los cálculos humanos, y entonces critica y acusa. Como si debiese hacerse cargo á un capitán de buque, porque una furiosa tempestad le ha echado á pique, cuando por su parte no había descuidado ninguno de los aparejos necesarios. A más de que él no dirigió el timon, sino el piloto, como yo tampoco estuve al frente de

las tropas. Sin la alianza tebana, dime por vida tuya, ¿qué hubiera sido de nosotros? ¿Si en vez de amigos los hubiésemos tenido enemigos? ¿Si el combate se hubiese dado en nuestro territorio? Pues la distancia de tres días de camino nos permitió respirar y tomar algunas precauciones. De otro modo... se resiste mi lengua á expresar lo que hubiera sido de nosotros. Me detengo tanto en esto, jueces, por vosotros y por la multitud que nos rodea. Pues en cuanto á este indigno, pocas palabras bastan para confundirle. Si tu sabías, Esquines, lo que iba á suceder, ¿por qué no lo decías? Si no lo sabías, ¿por qué acusas á otros por su ignorancia, pudiendo hacésete á tí el mismo cargo? Tu política es la de un enemigo de la república. ¿Trátase de tomar alguna resolución que pueda convenirla? Esquines no despliega los labios ¿Ha tenido ella mal resultado? Ahí está Esquines, como las quebraduras del cuerpo humano ú otras partes enfermas que se resienten cuando sobreviene otra enfermedad.

Aun supuesto que todos hubiesen previsto de antemano que era una temeridad resistir, y que tú, Esquines, hubieses euronquecido gritando que nos perdiáramos, no debíamos obrar de otra manera conforme á las tradiciones gloriosas de nuestros mayores. Ahora por fin no puede culpárenos por descuido, y lo sucedido es obra de la Providencia; pero si á píe juntillas nos hubiésemos entregado á Filipo sin oponerle ninguna resistencia; ¿quién no te hubiera escupido á la cara? á tí digo, no á la república ni á mí. ¿Qué rubor nos hubiera causado el ver que otros quizá hubieran tomado las armas para defender nuestra libertad, cuando nuestra república siempre las tomó para asegurar la de los demás? ¿Cuántos disgustos podíamos ahorrarnos cediendo á las proposiciones al parecer favorables á nosotros, hechas por los mismos tebanos, ó los lacedemonios, ó los persas, pero impuestas á la fuerza? Pero como siempre se consideró poco conforme á nuestras costumbres patrias y á nuestro honor el aceptar condiciones humillantes, fueron rechazadas. Y de ahí vienen los elogios que tributais á los que obraron de este modo, como Temístocles que prefirió abandonar la ciudad, y trasladar sus habitantes á frágiles leños, y los que apedrearon á Circilo y á su mujer porque aconsejaba ceder á los persas. Aquellos hombres sabían que nacemos para la patria, y que no siendo ella libre, debe preferirse la muerte.

Si yo me empeñase en probar que traté entonces de excitar vuestro entusiasmo, para que hicieseis cosas dignas de vuestros antepasados, nadie podría criticarme. Pero digo y declaro, que vosotros estábais ya animados de estos sentimientos, y yo no hice más que secundarlos. Acusándome pues este como autor de todos los males, no solo pretende arrebatarne este honor, sino también á vosotros los elogios de la posteridad. Pues si yo sucumbo en esta causa, parecerá que vosotros obrasteis con poco seso, y que la desgracia ha acontecido por vuestro yerro, no por disposición de la Providencia. Pero no es posible, no es posible, atenienses, que os equivocáseis, habiendo tomado la defensa de la libertad y del bien general, lo juro por nuestros antepasados que pelearon en Maraton en favor de los demás; por los que formaron en las filas en Platea; por los que combatieron en Salamina, en Artemisio, y por los que están sepultados

en panteones públicos, que murieron con valor, aunque no siempre con felicidad. Y tú, maldito escribiente, para quitarme el premio contabas hazañas antiguas, y pregunto, ¿qué tienen que ver con la presente causa? Al aconsejar á la república, ó cómico de terceros papeles, en asunto tan importante, ¿debía proponerle cosas indignas de ella? En asuntos de interés particular os gobernais por leyes particulares, pero cuando tomáis la vara y la contraseña para deliberar sobre cuestiones de alto interés social, parece que tomáis también la magnanimidad de la república y los grandes ejemplos de nuestros mayores.

El haberlos mentado me ha hecho desviar de lo que estaba explicando. Vuelvo á ello. Así que llegamos á Tebas encontramos á los embajadores de Filipo y de sus aliados, y á nuestros partidarios aterrados, y á los suyos animosos. Léanse las cartas que enviamos acá, en que os dábamos cuenta de que aquellos hablaron los primeros delante del pueblo reunido, y ponderaron los agravios que este había recibido de nosotros, y al contrario lo mucho que le había favorecido Filipo; que si no querían unirse á él para hacernos la guerra, diese paso á sus tropas para hacerla solo; y que si se aliaban con nosotros, la Beocia seria el teatro de ella, y la que sufriría todas sus consecuencias. Yo refuté todas las razones de aquellos enviados, y creo que conseguí el mayor triunfo que jamás hubiese conseguido. Los tebanos llamaron á vuestras tropas, á las que dieron una prueba de la confianza que tenían en ellas admitiéndolas en sus propias casas, y uniéndose con las mismas para combatir al enemigo común, con lo que declararon que la justicia estaba de nuestra parte. Cuando el pueblo ateniense ofreció sacrificios para dar gracias á los dioses por la felicidad con que se había llevado á cabo la alianza, ¿te hallaste presente, Esquines, y tomaste parte en el comun regocijo? Si dices que sí, ¿por qué ahora repruebas lo que entonces aprobaste? si dices que te estuviste oculto en tu casa, ¿qué castigo no mereces por no haber querido participar de las públicas demostraciones? Filipo al saberlo se puso furioso, como lo prueban las cartas que escribió á los del Peloponeso, y á vosotros.

Muchos oradores habeis tenido, atenienses, escelentes, como Calistrato, Aristofon, Céfalo, Trasíbulo y otros mil: ninguno de ellos se entregó en cuerpo y alma á la república. Quien proponia un proyecto, no se encargaba de una embajada: el embajador no era el que la había propuesto, porque se reservaban siempre un medio de excusarse, si algo acontecia. Dirá alguno: ¿te crees tú de tantas fuerzas y atrevimiento, que solo quieras cargar con todo? No digo esto, sino que comprendí que era tan grande el peligro que era necesaria una persona decidida, que no mirase por su seguridad propia, sino que se consagrara enteramente al bien de la patria. Yo propuse lo que en conciencia creí mejor, y desempeñé las comisiones que me confiásteis con entereza y lealtad. Filipo lo conoció, y dió á entender en sus escritos, que toda su ira iba dirigida contra mí. Por esto vosotros me coronásteis á propuesta de Demomeles. Diondas se opuso pero no llevó la quinta parte de votos. El decreto estaba concebido en los mismos términos, que el anterior de Aristónico, y el actual de Ctesifon, y sin embargo Esquines no le atacó pudiendo hacerlo con más probabilidad de éxito.



porque ahora tiene contra él la autoridad de cosa juzgada, como si se hubiese propuesto dar un espectáculo de un certamen entre oradores, en que vosotros debiéseis juzgar de los respectivos discursos, y no de los intereses públicos.

Os pide que os despojéis de toda prevención en mi favor, y que deis crédito á sus razones, como á una cuenta despues de haberse examinado. Lo mismo que dice prueba que teneis formada opinion de mí, opinion fundada no en números sino en hechos, que es la manera de juzgar á los hombres. Hélos aquí. Mi política hizo que los tebanos no se uniesen con Filipo, é invadiesen juntos nuestro territorio, que se alejase la guerra 700 estadios de distancia, que la Eubea no nos molestase con sus piraterías, que Bizancio unida con nosotros impidiese á Filipo ocupar el Helesponto, y que fuésemos tratados por él con bastante consideracion. Cuando se hace una acusacion séria y no se trata de calumniar, no se buscan pelillos, como si yo me serví de tal ó cual palabra, si hice tal ó cual gesto, si extendí la mano de esta ó aquella manera. Mejor era detenerse en consideraciones sobre los recursos de la república y sus fuerzas cuando entré en la administracion para hacerme cargos si por mi culpa se habian disminuido. Lo que, pues él no hizo, yo haré.

Atenas no podía casi contar con las islas: las principales estaban por Filipo. Las rentas públicas eran 45 talentos, que estaban ya cobrados: milicia extranjera de armas pesadas, ninguna; caballería, sólo la ciudadana: los vecinos poco seguros. ¿Cuál era el estado de nuestro enemigo? Era el jefe supremo y único de sus tropas, lo que es una gran ventaja para la guerra. Ellas estaban aguerridas: abundaba en dinero: no tenía que dar cuenta á nadie de sus operaciones, no debía prepararlas, y anunciarlas con proyectos para discutirse en una asamblea, no estaba expuesto á acusaciones de infracciones de ley, ni á la malicia de los calumniadores; en una palabra, era soberano, general en jefe, y señor de todo. ¿Qué poder tenía yo, que era su contrario? Ninguno. Pues la facultad de emitir mi voto en la asamblea la tenían tambien los pensionados de Filipo. Y sin embargo, os procuré aliados á los de Eubea, á los Aqueos, los Corintios, los Tebanos, los Megarenses, los de Léncada y los Corcirenses, de los cuales conseguí quince mil soldados extranjeros, y ós mil de á caballo, á mas de nuestras fuerzas, y junté todo lo que pude de contribuciones. No debíamos andar con dichos pueblos en dimes y diretes, ni en tanto mas cuanto, porque si se hubiesen unido á Filipo, entonces hubiérais dicho que los habíamos abandonado, y que por esio el Helesponto estaba en su poder, que se habia apoderado del transporte de cereales, que los tebanos nos amenazaban con la guerra, que no podia navegarse por la piratería de los Eubeos, y otras cosas semejantes. Es triste, atenienses, tener que habérselas con un calumniador, que siempre está acechando y buscando que reprender, como esta zorra que nunca ha hecho cosa buena, mono de teatro, Enomao grosero y orador de mal quilate. Ahora nos viene con cuentos pasados, como el médico que cuando llevan al difunto á enterrar, dice: si hubieseis hecho esto y lo otro, no hubiera muerto. ¡Aturdido! ¿Ahora lo dices?

La desgracia, de que andas tan ufano, y que mas bien debieras lamentar, no

estuvo en mi mano evitarla. En todas las conferencias que tuve con los enviados de Filipo salí airoso, lo demás lo hicieron sus armas. ¿Podía yo oponerme sólo con mis palabras á sus ejércitos? Lo que incumbe á un orador, prever los sucesos, anunciarlos, quejarse de la lentitud, instruir á sus conciudadanos, procurar la buena armonía entre ellos, quitar las disputas, y corregir los demás defectos que hay en un estado libre, yo lo desempeñé y no falté á mi deber. ¿Cómo logró Filipo lo que conquistó? Con sus soldados y con sus dádivas. En los ejércitos no mandaba yo, y así no tuve que ver. A las dádivas resistí, y quedé superior á Filipo. Despues de la derrota, asediados como estábais de peligros y llenos de temor, era fácil que os airáseis contra mí: sin embargo, sucedió todo lo contrario. Yo fui el encargado de proveer á las fortificaciones, á los cuerpos de guardia, á los alimentos. Mis enemigos refunfuñaron, y me atacaron por todos lados, por los consejos dados al pueblo, por mis comisiones, por las cuernas. Entonces tuve que defenderme de Sosicles, de Filocrates, de Diondas y de Melanto: y vosotros me apoyásteis, y me sacásteis siempre á salvo. Prefiero, dice este, á Céfalo, que nunca se vió acusado. Glorioso es ciertamente para él, pero no lo es menos el ser muchas veces acusado y nunca condenado.

Lo que añade de la fortuna no es de cabeza sana. ¿Quién puede prometérsela siempre favorable? Sin embargo, en medio de vuestras desgracias hallo que vosotros habeis sacado mejor partido que aquellos que se creían felices, con tal que os viesen humillados. Por lo que toca á la fortuna particular, compara la tuya con la mia, Esquines, y verás cuanto me ha favorecido mas á mí. Pero dejando esto, particular á nosotros, dime, Esquines, si sabes algun griego ó bárbaro, ó algun pueblo, que no haya sufrido nada de Filipo ó de Alejandro; y como no podrás citar ninguno, dime tambien si te parece que esta general calamidad debe atribuirse á una causa superior y no á mí, y si es justo que yo solo sea el responsable, cuando todos estabais presentes en los acuerdos que se tomaban, y no os oponiais. En el curso regular de las cosas, el que delinque con conocimiento, es castigado; el que contra su voluntad, no: el que con la mejor intencion acomete una empresa en provecho de los demás, no descuida nada, y se dedica enteramente á ella, y no obtiene el resultado que esperaba, ¿es justo que se le moleste con críticas y con dicerios?

Esquines os advierte que no os dejeis seducir por mis palabras, como si él hubiese sido siempre sincero con vosotros en sus discursos, y como si no estuviéseis enterados de quien es él. El efecto de la elocuencia depende siempre de la aceptación que merece el orador á sus oyentes, mas bien que de su habilidad. Cualquiera que sea la mia, declaro, que la he empleado siempre en interés de la república, no por odio á los particulares; pues creo que las cuestiones que puede haber entre estos han de ventilarse en vuestro tribunal, no para que vosotros sancioneis la cólera de que está poseido el orador, sino para que administreis justicia. La cólera y la vehemencia están bien cuando se han de defender los intereses de la patria contra sus enemigos. Pero venir á un juicio solemne por una corona, es prueba de ánimo rencoroso, envidioso, vil, bajo y mezquino. De modo que creo que no has tenido otra intención sino hacer alarde de tu elo-

cuencia y de tus pulmones. Un hombre público, y sobre todo un orador, estudia lo que quiere el pueblo, y lo que le conviene: en persuadirle, ó disuadirle emplea su elocuencia. Antes de la batalla tú jurabas por todos los dioses, que no tenías ninguna relación con Filipo: después no te cansabas de repetir que eras su huésped y amigo, mudando el nombre de mercenario ó pensionado. El hijo de Glaucotea timbalero, amigo, huésped ó familiar de Filipo? El pueblo no se engaña en sus juicios: conocía bien la línea que nos separaba á tí y á mí. Por esto cuando se trató de nombrar un panegirista de las virtudes de los valientes que perecieron en Queronea no pensó en tí, ni en Démades, ni en Egemon, ni en otro de los vuestros, aunque ambicionáseis mucho este honor, é hiciéseis todo lo posible por desacreditarme. Porque no quiso valerse de uno que hubiese dado muestras de hacer causa común con los enemigos. Los mismos parientes me dispensaron también el honor de crearme si no el más cercano en sangre, á lo menos en afecto, y el más penetrado de dolor. Se vió bien qué ciudadano era Esquines, cuando al referir las desgracias de la patria, lo hizo sin derramar una lágrima, y con la misma entonación de voz, que si hubiese contado una cosa indiferente.

¿Y este tal se atreve á mentir y calumniarme, suponiéndome afecto á Filipo? ¡O tierra, ó dioses! ¿qué no es capaz de decir? Por Hércules y por todos los dioses, que yo voy á nombrar á todos aquellos que como este, en sus respectivos países han favorecido la causa de aquel, y los han esclavizado. (Dice los nombres.) Estos son los traidores, los que han vendido la libertad á Filipo primeramente, después á Alejandro, y que por satisfacer á sus liviandades han destruido la cosa en que cifraban su honor y regla de conducta todos los griegos. En este tráfico infame no tuvimos parte ni la república ni yo. Se me brindó con muchos ofrecimientos y promesas, y no me dejé seducir. Y tú preguntas, ¿por qué ha de dárseme la corona? No tengo en cuenta para ella la reparación de los muros y abertura de zanjas: la verdadera fortificación y las verdaderas murallas las levanté proporcionándoos la amistad de los pueblos. Si hubiese habido un ciudadano decidido, como yo lo he sido entre vosotros, en cada ciudad de Grecia, ó á lo menos en Tesalia y en Arcadia, ningún griego de la parte de acá de las Termópilas, ni de la parte de allá, se vería privado de su libertad, y todos vivirían seguros y tranquilos en su patria. Léanse los auxiliares que procuré á la república. Hé aquí los méritos que puede alegar un buen ciudadano, que está siempre atento á sus necesidades, y que no espía la ocasión de poder servir á los enemigos y zaherir á los que trabajan y exponen francamente su opinión en las asambleas presentando proyectos útiles, y que no está ocioso como Esquines, que parece no sale de su retiro sino cuando os ve á vosotros cansados de un orador que os está siempre hablando en interés vuestro, ó cuando sucede algun caso adverso, para echar la culpa al que ha andado en ello. Entonces saca su repuesto de frases, entonces emplea aquella su voz clara y sonora para hablaros de cosas impertinentes. Cuando nos afanábamos por buscar aliados, dinero, provisiones, cuando habla que contrarrestar los proyectos de nuestros enemigos, entonces podías, Esquines, mostrar tu patriotismo, y aplicar

tu hombro en auxilio de la república. ¿A qué alianza has cooperado tú? ¿qué embajada ó qué comisión la ha traído algún provecho y honor? En los asuntos confiados á tí, ó nuestros, ó de los griegos, ó de los extranjeros, ¿qué arreglo útil has hecho? ¿Qué armas? ¿qué buques? ¿qué arsenales? ¿qué reparación de murallas? ¿qué caballería? ¿qué utilidad ha sacado de tí la república? ¿En qué has contribuido al bien general ó particular? En nada. Pero, ó caro, dirás, tenía buena voluntad. ¿En dónde? ¿cuándo? ó desalmado, mientras todos dieron algo para las necesidades urgentes de la ciudad, y Aristónico estaba encargado de recogerlo, no te presentaste á ofrecer también por tu parte. Es que habrías disgustado á aquellos á cuyo servicio están subordinados todos tus actos. ¿En qué muestras tu valentía y esplendidez? en dañar al pueblo. Entonces tu voz es clarísima, tu memoria felicísima, eres un cómico excelente, y el trágico Teocrines.

Has citado los grandes hombres, y has hecho bien; pero no es justo atenienses, entrar en comparaciones con ellos. ¿Quién ignora que los que viven están sujetos á envidias y críticas, y que hasta los enemigos respetan á los muertos? Yo vivo y estoy entre vosotros, comparadme con los vivientes, con Esquines y cualquier otro: no rehuyo la comparación. Los que nos precedieron prestaron inmensos servicios á la patria, ¿quién lo duda? pero qué te parece, Esquines, ¿debe ella ser ingrata con aquellos que actualmente la sirven con esmero, ó bien apreciar y honrar sus méritos conforme sean? Digo más, si se examinan mis actos, se encontrará que yo he procurado imitar el celo de aquellos grandes hombres: al contrario si se observan los tuyos, se verá que has imitado á aquellos de su tiempo que los censuraban, porque nunca han faltado de éstos, y que han citado como tú á los más antiguos por envidia de los contemporáneos. ¿No soy semejante á ellos? ¿Y tú, Esquines? ¿y tu hermano? ¿y cualquier otro de nuestro tiempo? no hay ciertamente ninguno. No porque Filamon fuese inferior á Glauco y otros antiguos atletas salió sin corona de los juegos olímpicos, sino que la recibió porque venció á sus competidores. Mientras yo discurría y proponía medios para salvar á la patria, tú y los de tu bando os estabais silenciosos. Cuando aconteció lo que ojalá no hubiese acontecido, héos ahí en el puesto, y en soberbios caballos ostentar vuestra grandeza, y yo desvalido, lo confieso, pero más amigo del pueblo. Dos cualidades debe tener un buen ciudadano, decisión y valor para defender la independencia y dignidad de la patria, y buena voluntad en todas las ocasiones y actos. Esta está en el carácter, lo demás depende de otros. Que á mí no me ha faltado jamás, os lo pruebo, citándoos cuando fuí reclamado para ser entregado, cuando me obligaron á comparecer en el tribunal de los Anfictions, cuando me amenazaron, cuando desencadenaron como fieras á estos infames contra mí. Desde un principio me propuse seguir los más sanos principios en política, conservar y aumentar el honor, la gloria y el poder de la patria. No voy dando vueltas por la plaza alegre y triunfante, tomando la mano á éstos y á aquéllos, y comunicándoles noticias favorables de otros, que comunicarán á su vez; ni oigo con terror y la cabeza baja las de nuestra república como estos impíos, que alaban los

sucesos prósperos que van unidos con las desgracias de los griegos, y dicen que se ha de procurar que duren siempre.

Que no les deis oídos, ó dioses todos, antes bien, inspiradles mejores sentimientos; y si son incorregibles, perezcan por tierra y por mar ellos solos, y á los demás dadnos seguridad y un pronto término á los temores que nos sobresaltan.

*(Traducción de D. J. Díaz.)*

## C. POESÍA LÍRICA

### SIMÓNIDES

#### SOBRE LA VIDA DEL HOMBRE

No hay estabilidad en las humanas  
Cosas, como lo dijo el excelente  
Varón de Chío; y cual las hojas vanas  
Descienden volteando lentamente  
Cayendo de las ramas elevadas,  
Así cae también la humana gente  
Pocas estas verdades veneradas,  
Después que las oyeron, las mantienen  
Dentro del recto corazón guardadas.  
Pues la esperanza que los hombres tienen  
De larga vida, el ánimo fomenta;  
Y porque los deleita la sostienen.  
Mientras la flor de juventud se ostenta  
En el varón, de cualquier leve cosa  
Su espíritu ligero se alimenta.  
Por la esperanza, la vejez rugosa  
Desprecia: ni se cura de la muerte,  
Ni cuando goza de salud hermosa  
Piensa en la enfermedad aguda y fuerte.  
Necio de aquél que así se lo imagina;  
Pues ignora cuán corta, y de qué suerte  
Será la edad de juventud benina,  
Y cuán breve es el tiempo concedido  
A la vida del hombre que declina.  
Pero tú de estas cosas instruido,  
Cuando ya de vivir el fin se llegue,  
De alborozo y de júbilo ceñido,  
Sufre como virtuoso el fin que allegue.

## DE LOS QUE MURIERON EN LAS TERMÓPILAS

De los que en muerte generosa y clara  
En las altas Termópilas cayeron,  
Y venturosa suerte así tuvieron,  
Se venera el sepulcro como un ara.  
No le oscurecerá la edad avara  
Que todo lo consume; y los que fueron  
Capaces de un tal hecho, y tal pudieron,  
Gozan una alabanza eterna y rara.  
La religiosa tumba do hora posa  
De estos varones ínclitos la llama,  
Que en lúgubre silencio y paz reposa,  
A una jamás percedera fama  
Elevará la Grecia gloriosa  
Do quier que el nombre de la patria se ama.

*(Traducción de Canga-Argüelles.)*

## PÍNDARO

### ODA 1.ª--OLIMPIACA

El agua es bien precioso,  
Y entre el rico tesoro  
Como el ardiente fuego en noche oscura,  
Ansí relumbra el oro,  
Mas, alma, si es sabroso  
Cantar de las contiendas la ventura,  
Ansí como en la altura  
No hay rayo mas luciente  
Que el sol, que, rey del día,  
Por todo el yermo cielo se demuestra,  
Ansí es mas excelente  
La olímpica porfia  
De todas las que canta la voz nuestra,  
Materia abundante,  
Donde todo elegante  
Ingenio alza la voz, ora cantando  
De Rea y de Saturno el engendrado,  
Y juntamente entrando  
Al techo de Hierón alto preciado,  
Hierón, el que mantiene

El cetro merecido  
Del abundoso cielo siciliano,  
Y dentro en si cogido  
Lo bueno y la flor tiene  
De cuanto valor cabe en pecho humano;  
Y con maestra mano  
Discanta señalado  
En la más dulce parte  
Del canto la que infunde más contento,  
Y en el banquete amado  
Mayor dulzor reparte,  
Mas toma ya el laúd, si el sentimiento  
Con dulces fantasías  
Te colma y alegrías  
La gracia de Fernico, el que en Alfeo  
Volando sin espuela en la carrera,  
Y venciendo el deseo  
Del amo, le cobró la voz primera.

Del amo glorioso  
En la caballería,  
Que en Siracusa tiene el principado,  
Y rayos de sí envía  
Su gloria en el famoso  
Lugar que fué por Pélope fundado;  
Por Pélope, que amado  
Fué ya del gran Neptuno,  
Luego que á ver el cielo  
La Cloto le produjo, relumbrando  
En blanco marfil uno  
De sus hombros, al suelo  
Con la extrañez jamás vista admirando,  
¡Ay espantosos hechos!  
Y en los humanos pechos,  
Mas que no la verdad desafeitada,  
La fábula, con lengua artificiosa  
Y dulce fabricada,  
Para lanzar su engaño es poderosa.

Merced de la poesía,  
Que es la fabricadora  
De todo lo que es dulce á los oídos,  
Y así lo enmiela y dora  
Que hace cada día  
Los casos no creíbles ser creídos;  
Mas los días nacidos

Despues ven el engaño,  
Lo que al hombre conviene  
Es fingir de los dioses lo que es dino;  
Siquiera es menor daño,  
Por donde á mí me viene  
Al ánimo cantar de tí, divino  
Tantálides, diverso  
De lo que canta el verso  
De los antepasados, y es, que habiendo  
A los dioses tu padre combinado  
Y en Sipilo comiendo,  
Neptuno te robó, de amor forzado.  
Domóle amor el pecho,  
Y en carro reluciente  
Te puso adonde mora *el Jove magno*;  
A dó en la edad siguiente  
Vino al saturnio lecho  
En vuelo el Ganimedes soberano  
Mas como el ojo humano  
Huiste, y mil mortales,  
Que luengo te buscaron,  
A tu llorosa madre no trajeron  
Ni rastro ni señales;  
Por tanto, no faltaron  
Vecinos envidiosos que dijeron  
Que por cruel manera  
En ferviente caldera  
Los dioses te cocieron, y traído  
A la mesa de esta arte,  
Entre ellos te comieron repartido.  
Mas tengo por locura  
Hacer del vientre esclavo  
A celestial alguno, y carnicero  
Yo al fin mis manos lavo,  
Qué de la desmesura  
El daño y el desastre es compañero;  
Y mas que de primero  
El Tántalo fué amado  
De los gobernadores  
Del cielo, si lo fué ya algun terreno  
Bien que al amontonado  
Tesoro de favores  
No le bastando el pecho, de relleno,  
Rompió en un daño fiero,



Que el Júpiter severo  
Le sujetó á la piedra caediza;  
Y ansí, el huir que siempre fantasea  
Y el miedo que le atiza,  
Ajénanle de cuanto se desea.  
Y de favor desnudo,  
Padece otros tres males  
Demás, deste mal crudo; porque osada-  
Mente dió á sus iguales  
La ambrosia que no pudo,  
Y el néctar do los dioses colocada  
Tienen su bienhadada  
Y no finible vida,  
Mas, ¡cuánto es loco y ciego  
Quien fia de encubrir su hecho al cielo!  
Despues desta caída,  
Tambien el hijo luego  
Tornaron al lloroso y mortal suelo,  
Y como le apuntaba  
La barba ya, y estaba  
el mozo en su vigor y florecía,  
Al rico y generoso casamiento  
Que entonces se ofrecía  
El ánimo aplica y pensamiento,  
Ardiendo pues desea  
A la Ipodamía,  
Del claro Pisadon ilustre planta;  
Ya do la mar batía,  
Cuando la noche afea  
Al mundo, solo busca al que quebranta  
Las ondas y levanta;  
Al cual, que continente  
Junto dél aparece,  
Le dice: "Si contigo aquel pasado  
Tiempo sabrosamente  
Algo puede y merece,  
Y si ya mi dulzor te vino en grado,  
Enflaquece la mano  
Y lanza del Pisano,  
Y dame la vitoria en Elis puesto,  
Que á dilatar las bodas y concierto  
El padre está dispuesto,  
Dado que son ya trece los que ha muerto.  
"Lo grande y peligroso

No es para el cobarde,  
El alto y firme pecho lo presume;  
Y pues temprano ó tarde  
Es el morir forzoso,  
¿Quién es el que sin nombre y vil consume,  
Y en honda noche sume  
El tiempo de la vida  
De toda prez ajeno?  
Al fin estoy resuelto en esta empresa,  
Y tuya es la salida  
Y el dar suceso bueno..”  
Y dicho esto calló, mas no fué aviesa  
De aquesta su recuesta  
La divinal respuesta;  
Porque dándole nueva valentía,  
Le puso en carro de oro, en los mejores  
Caballos que tenía,  
Con alas no cansadas voladores.  
Y así alcanzó vitoria,  
Y fué suya la virgen; y casados,  
De alto fecho y gloria,  
Seis príncipes, seis hijos engendrados  
Dejaron. Y pasados  
Los días, yace agora  
En tumba suntuosa  
A par del agua alfea, á par de la ara,  
De las que el mundo adora  
La más noble y gloriosa;  
Y hace que su nombre y fama clara  
Por mil partes se extienda  
La olímpica contienda  
Que se celebra allí, do el pie ligero,  
Do hacen las osadas fuerzas pruebas,  
Y quién sale el primero,  
Dulcísimo descanso y gozo lleva  
Para toda la vida;  
Tanto es precioso y caro  
El premio que consigue, y siempre aviene  
Ser excelente y raro  
El bien que de avenida  
Y junto y en un día al hombre viene,  
Mas á mí me conviene  
Con alto y noble canto,  
Por más aventajado,

En el veloz caballo coronarte;  
Hierón ilustre. Y cuanto  
A todos en estado  
Vences y en claros hechos, celebrarte,  
Tanto con más hermosas  
Y más artificiosas  
Canciones yo presumo. Vive y crece,  
Que Dios tiene á su cargo tu ventura,  
Y si no desfallece,  
Aun yo te cantaré con más dulzura.  
Cantarte he vitorioso  
En voladora rueda;  
Y Cronio, que hacia el sol contino mira,  
Para que tanto pueda,  
Me infundirá copioso  
Don de palabras vivas. Que en mí inspira  
Fortísima y me tira  
Así, hecha señora  
La musa poderosa;  
Que cada uno en uno se señala,  
Y todo al Rey adora,  
No busques mayor cosa;  
Y el cielo que en lo alto de la escala  
Te puso, te sustente  
Allí continuamente;  
Y yo de tan ilustre compañía  
Me vea de contino rodeado,  
Y claro en poesía,  
Por todo el griego suelo andar nombrado.

*(Traducción de Fray Luis de León.)*

## D. POESÍA DRAMÁTICA

### ESQUILO.-LOS SIETE SOBRE TEBAS

CORO . Nuestros ruegos oid, Inmortales;  
Buena suerte otorgad á este pueblo,  
Y los males que trajo la guerra  
el extraño tan sólo reciba:  
De los muros el rayo los lance,  
Que fulmine la diestra de Zeus.

NUNCIO. El sétimo... ¿dírelo?... es él... tu hermano,  
 Que á la ciudad impreca y la maldice,  
 Y jura hundir sus torres, y aclamado  
 Con festivo *Peán*, canto del triunfo,  
 Ir á encontrarte y pelear contigo,  
 Y matarte ó morir. Y si la vida  
 Te perdonare, con destierro largo  
 Vengar la afrenta que le hiciste un día.  
 Y porque cumplan sus fervientes votos,  
 A la patria y los Dioses gentilicios,  
 Invoca el esforzado Polinice.  
 Lleva un reciente bien labrado escudo,  
 Con dos figuras cinceladas de oro;  
 Una mujer que por la mano guía  
 A un armado campeón: es la Justicia,  
 Así la misma letra lo declara:  
 "Volveré á este hombre su pérdida Tebas  
 Y á dominar en la paterna casa."  
 Mira quien le opondrás...

ETEOCLES. ¡Raza de Edipo

Maldita, por las Furias perseguida,  
 Odiada por los Dioses! Ya se cumple  
 La maldición terrible de mi padre.  
 Mas no gemir ni lamentarme debo;  
 ¡No suenen otra vez vuestros sollozos!  
 Es digno de su nombre Polinice;  
 Mas de esa audaz divisa de su escudo  
 Los áureos rutilantes caracteres,  
 Que cual su mente bullen y deliran,  
 Presto vereis si á Tebas le conducen.  
 Si la virgen Justicia, hija de Zeus,  
 Sus obras y consejos inspirara,  
 Conseguirlo podría. Pero nunca  
 Le saludó ni penetró en su techo,  
 Ni cuando abandonaba las tinieblas  
 del seno maternal, ni cuando niño,  
 Ni en su primera juventud, ni cuando  
 Ornó su barba innumerable pelo.  
 Y ahora que aflige á su nativa tierra,  
 ¿Le ayudará? ¿Merecerá su nombre  
 Si á tan audaz razón une su esfuerzo?

CORO. ¡Oh el más amado de los hombres todos,  
 Hijo de Edipo! En su furor no imites  
 A tu iracundo hermano. Que combatan

Entre sí los Argivos y Cadmeos:  
Su sangre es expiable. Mas no hay siglos  
Que basten á lavar la negra mancha  
De un doble fratricidio.

- ETEO. ¿Quién tolera  
Sin honra ni venganza la victoria?  
Yo prefiero la muerte. Los cobardes,  
¿Qué gloria dejan tras su torpe vida?
- CORO. ¡Hijo! En qué piensas? El furor te ciega,  
Avido de combate. Esa iracundia  
Aún puedes refrenar.
- ETEO. Un Dios me arrastra...  
¡Vete á surcar las ondas del Cocito,  
Con favorable viento, maldecida  
Raza de Layo, que aborrece Febo!
- CORO. Ciego furor á derramar te impele  
¡Fruto nefando! la fraterna sangre.
- ETEO. Ved... de mi padre la enemiga sombra  
Ya con los ojos secos se levanta:  
Ella me manda consumir el crimen,  
Y vengarme y morir...
- CORO. Tú no la invoques,  
Que no es cobarde quien justicia guarda;  
Si los Dioses tus víctimas aceptan,  
Nunca la negra Erinnis vengadora  
Afirmará sus plantas en tu techo.
- ETEO. Los Dioses... ¡Cuánto tiempo ha que dejaron  
Del todo nuestra casa! En nuestra ruina  
Ellos se aplacen. No aduléis al hado.
- CORO. Aún es tiempo... Si un Numen se aplacase,  
En favorable viento se tornara  
El soplo abrasador que te consume.
- ETEO. ¡Aún arde más la imprecacion de Edipo,  
Y nocturna vision veraz me dice  
Cuál serán divididos los tesoros  
De mi padre infeliz!...
- CORO. A las mujeres  
Oye, aunque las desprecies.
- ETEO. Es inútil...  
Decidlo, pero en breve...
- CORO. No combatas  
En la sétima puerta.
- ETEO. Con palabras  
Doblegarme quereis ¡Empeño vano!

- CORO. Honran tambien los Dioses la victoria  
Que sin lidiar se alcanza
- ETEO. De un guerrero  
Tal palabra es indigna...
- CORO. ¿Y en la sangre  
Quieres bañarte de tu hermano?
- ETEO. Quiero;  
Y no se salvará si un Dios me ayuda,
- CORO. ¡Ay de nosotros, si la horrenda Erinnis,  
No á los Dioses igual, devastadora  
De pueblos, y de males adivina,  
Viene á cumplir la imprecación del Padre,  
Y á saciarse en la sangre de los hijos,  
Cuyo ciego furor arde y atiza. (*Se vá Eteócles.*)
- CORO. — *Antiestrofa a.* — El de la Escitia peregrino hierro  
Que forjara el Calibe,  
El reino parte de los dos hermanos,  
Y por iguales suertes,  
Tan sólo aquella tierra.  
Que sus despojos cubra,  
En vez de ricos campos, les divide.
- Estrofa b.* — Cuando sucumban en nefanda guerra,  
Con recíproca herida,  
Y de su negra sangre se saciare  
El profanado suelo:  
¿Quién lustrarle podrá? ¿Qué espiaçiones  
El fratricidio lavan? Desventura  
Mayor se junta á los antiguos males.
- Anti. b.* — Ya tres edades corren,  
Desde que Layo consultara á Apolo  
En su oráculo Pitio, levantado  
De la tierra en el centro;  
En vano le gritó: "¡Tebas perece,  
Si de tí nace un hijo!"
- Estrofa g.* — La celeste amenaza  
Venció de amigos el falaz consejo,  
Y engendró Layo al parricida Edipo,  
Que fecundó incestuoso  
El seno mismo do nació su vida.  
De aquel consorcio insano  
Esta sangrienta estirpe ha procedido.
- Anti. g.* — Los males, cual las olas,  
En su curso se alcanzan: una cede,  
Cuando la otra vencedora se alza,

Y de la rota nave,  
Como de la ciudad, en torno ruge.  
Frágil reparo la muralla ofrece:  
¿Sucumbirá este pueblo  
Vencido con sus reyes?

*Estrofa d.*— Cúmplese ya la execración antigua:  
Nunca de paso el infortunio viene;  
Siempre descarga á plomo:  
Si la tormenta brama,  
Fuerza es lanzar riquezas y tesoros,  
y aligerar la nave.

*Anti. d.*— ¿A quién honraron los celestes Dioses?  
¿A quién el pueblo inmenso,  
En la Agora sonante congregado,  
Como al prudente Edipo,  
Cuando venciera á la voraz Esfinge  
Que asoló nuestra tierra?

*Estrofa e.*— Mas luego que el enigma  
Llegó á saber de su fatal incesto,  
Con enemiga mano,  
La misma de su padre matadora,  
Arrancóse los ojos, aún más caros  
Que el amor de sus hijos.

*Anti e.*— Y con horrendas voces  
Las vengadoras Furias invocaba,  
Porque sus hijos con armada mano  
Su herencia dividieran. Ora temo  
Que su delirio las Erinis cumplan.

NUNCIO. ¡Buen ánimo! Alentad, tiernas alumnas  
De vuestras madres. Ya está libre Tebas  
De yugo y servidumbre: ya perece  
De estos varones la jactancia altiva.  
En calma la ciudad... Y no se ha abierto  
La nave contrastada por las olas;  
Las torres nos protegen; cada puerta  
Tiene un guerrero de pujante brio:  
En las seis puertas la victoria es nuestra;  
La séptima domina el rey Apolo;  
Que en la raza de Edipo la venganza  
Quiere tomar de la impiedad de Layo.

CORO. ¿A la ciudad qué nueva desventura?...

NUNCIO. Salva está la ciudad; pero los reyes...

Los de una misma sangre procedidos...

CORO. ¿Qué dices? A escucharte ni aun me atrevo.

- NUNCIO. Los hijos ¡ay! del infeliz Edipo...  
Oye tranquila.
- CORO.                                ¡Miserá! Adivino  
Lo que á contarme vas.
- NUNCIO.                                Los dos cayeron,  
Y con mutuas heridas traspasados...
- CORO.                                ¿A tal punto llegaron?
- NUNCIO.                                Y de entrambos  
Bebió la tierra la caliente sangre.
- CORO.                                ¿Entre sí los hermanos combatieron?
- NUNCIO. Entrambos en el polvo se revuelcan.
- CORO.                                ¡A entrambos ha cabido igual fortuna!
- NUNCIO. Muertos quedan los dos: el hado quiere  
Exterminar de Edipo la progenie.  
¡Lágrimas y alegría juntas llegan!  
En salvo la ciudad, mas sus caudillos  
Con el hierro en Escitia martillado,  
Quisieron dividirse los despojos.  
La tierra poseerán que sus cadáveres  
Pueda cubrir, tras de la horrenda liza:  
¡Cumplida está la maldición del padre!

(Traducción de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.)

## SÓFOCLES.-ELECTRA

*Electra.* — No me prives del gusto de ver tu cara; déjame abandonarme á él.

*Orestes.* — Mucho me irritaría el que otros te lo impidiesen.

*Electra.* — Luego ¿te parece bien?

*Orestes.* — ¿Por qué no?

*Electra.* — ¡Oh, amigas mías, la voz que no esperaba oír le he escuchado y oyéndola, desdichada de mí!, tuve miedo á mi cólera y no grité. Pero ahora (*A Orestes*) ya te tengo: me has mostrado tu amado rostro, que los mayores infortunios no me han de hacer olvidar...

*Orestes.* — Déjate de vanas lamentaciones y ni me digas cómo nuestra madre Clitemnestra infamemente se porta, ni cómo el adúltero Egisto deshonra con su presencia el palacio de nuestro padre, despilfarra sus riquezas, derrocha locamente su heredada fortuna. Acaso tus palabras nos harían perder esta sazón oportuna. Dime pronto lo que en este instante nos conviene hacer, dónde y cómo nos esconderemos ó nos presentaremos para hacer callar por siempre las risas de nuestros enemigos. Pero haz de suerte que la madre culpable no eche de ver tu alegría cuando entremos en palacio, sino finge sollozos y lamentos por la falsa noticia de mi muerte, que hora llegará en que, logrado nuestro deseo, podamos alegrarnos y reír con toda libertad.



*Electra.* — ¡Oh!, hermano mío, cuanto á tí te sea agradable, para mí lo será, pues tú me trajiste la felicidad y mi dicha tuya era y no mía. Ni querría afligirte ni contrariarte en lo más mínimo, aun á costa de mi ventura, pues de tal suerte no ayudaría al favorable hado que hoy nos ampara. Lo que ahora se ha de hacer bien lo sabes, ¿cómo no? Egisto, ya lo has oído, no está en palacio. Nuestra madre, sí y no temas que vea mi cara radiante de risa, no, que ya es viejo el rencor que la guardo, y además, desde que te ví, no he hecho sino derramar lágrimas de alegría. Cómo podría enjugarlas, si en un instante acabo de llorarte muerto y de verte vivo, lo que para mí es tan prodigioso, que si el padre querido volviese á la vida no me causaría mayor maravilla el verle ante mis ojos. Pero, pues, tras tan largo viaje has llegado hasta nosotros, guíanos tú mismo, según tu ánimo: que si yo sola me hubiese encontrado, no hubiera dejado de salvarme con nobleza ó de perecer con honra.

*Orestes.* — Calla... Oígo alguien que anda buscando la salida.

*Electra.* — Entrad, oh, extranjeros, pues no traéis á esta morada ni alegría ni tristeza. (*Entran el Pedagogo y Pilades.*)

*Pedagogo.* — ¡Oh locos, locos, faltos de seso!, ¿acaso habéis perdido el juicio del todo ó no os preocupáis ya nada de vuestra vida? ¿Acaso no véis que os halláis no ya cerca de la desgracia, sino sumidos irremisiblemente en ella? Que si yo en persona no hubiese estado largo tiempo vigilando estas puertas, vuestras palabras, imprudentes reveladoras de vuestros designios habrían entrado en palacio antes que vosotros mismos. Pero mi prudencia se puso por medio. Y ahora, dejaos de largos coloquios y de insaciables lamentaciones y de alegres discursos y entrad pronto, porque el vacilar en estas circunstancias mala cosa es y ha llegado la ocasión propicia para llevar á cabo con felicidad la empresa.

*Orestes.* — ¿Cómo, pues, y de qué manera hallaré las cosas al entrar?

*Pedagogo.* — Admirablemente: nadie te conoce.

*Orestes.* — ¿Luego tú anunciaste mi muerte?

*Pedagogo.* — Has de saber que te creen habitante del Hades.

*Orestes.* — ¿Y ellos se alegrarán? ¿Cuáles son sus palabras?

*Pedagogo.* — Déjate de palabras y vamos á las obras. En este instante, todo va bien para nosotros y mal para ellos.

*Electra.* — ¿Quién es este hombre?, hermano, dí, por los dioses.

*Orestes.* — ¿No le conoces?

*Electra.* — No lo recuerdo.

*Orestes.* — ¿No recuerdas en manos de quién me entregaste en los tiempos de antaño?

*Electra.* — ¿A quién?... ¿Qué estás diciendo?

*Orestes.* — Aquel en cuyos brazos fui llevado á hurto, gracias á tu previsión, hasta la tierra llana de los focenses.

*Electra.* — ¿Este es aquél, único fiel entre tantos traidores, á quien hallé cuando la muerte de nuestro padre?

*Orestes.* — El mismo: no preguntes más.

*Electra.* — ¡Oh, día gratísimo! ¡Oh, único salvador de la casa de Agamemnon! ¿Cómo viniste? ¿Con que eres tú quien salvó de tanta desventura á mi hermano y á mí? ¡Oh, manos queridísimas! ¡Oh, diligentes pies que tan gran servicio nos hicieron! ¿Cómo has podido tanto tiempo pasar sin descubrirte, hallándote á mi lado, y sin declararte, sabiendo que me matabas con tus palabras, cuando tenías para mí los hechos más dulces? ¡Salud, salud, oh, padre!, porque en tí creo contemplar á mi pobre padre muerto, salud. ¡Pero has de saber que en un solo día he sentido por tí más odio y más amor que por ningún hombre del mundo!

*Pedagogo.* — Basta, basta. Muchas noches y no ménos días será menester para contar lo pasado, desde entonces hasta hoy. Entonces, oh Electra, verás claro todo cuanto te muestro. Pero ahora, á vosotros dos digo que es el tiempo de los hechos. Clitemnestra está sola, ningun hombre hay dentro. Si os tardais, pensad que habreis de combatir con los que sobrevengan y con otros, diestros, fuertes y numerosos.

*Orestes.* — Esta empresa, ¡oh Pílates! para nosotros estaba guardada: dejémos de discursos prolijos y entremos rápidamente, no sin prosternarnos ante las imágenes de los lares paternos que habitan estos pórticos. (*Entran.*)

*Electra.* — Soberano Febo, acoge propicio á entrambos, y tambien á mí, ya que tantas veces te dirigí mis ruegos en mis tristezas. A tí, Febo Licio, ahora, con todas las fuerzas de mi alma, ruego é imploro, de rodillas. Auxílianos con tu benevolencia en este trance y muestra á los hombres cuál es el premio que los dioses dan á la iniquidad. (*Vase.*)

## CORO

*Estrofa 1.<sup>a</sup>* — Ved ya cómo Ares, respirando sangrienta venganza se acerca. Las perras furias á quienes nadie huyó han pisado ya el umbral del palacio; ya corren, olfateando el crimen, ladrando la venganza. No pasará mucho antes que mi sueño se realice.

*Antistrofa 1.<sup>a</sup>* — Con pasos cautelosos, el vengador de los ofensos manes se introduce en la casa; en las manos lleva el acero recién afilado: con él penetra en los lugares que la grandeza del padre señoreó, y Hermes, el propio hijo de Maya le guía, escondiendo entre las penumbras su astucia, hasta el término fatal. Ya llega el instante fiero.

*Estrofa 2.<sup>a</sup>* — *Electra.* — ¡Oh, carísimas compañeras! Los hombres ya están realizando la obra: esperemos en silencio.

*Coro.* — ¿Cómo? ¿Qué están haciendo?

*Electra.* — Ella, mi madre Clitemnestra está preparando la urna cineraria para el sepulcro. Ellos dos la ayudan, Orestes y Pílates.

*Coro.* — Pero tú ¿por qué has salido?

*Electra.* — Para vigilar: para que Egisto no se nos escape.

*Clitemnestra, grita dentro.* — ¡Ay! ¡Oh moradas desiertas de amigos, llenas de asesinos!

*Electra.* — Alguien grita dentro. ¿No oís, amigas?

*Coro.* — ¡Cosas espantables oí! ¡Muerta de horror estoy!

*Clitemnestra, dentro.* — ¡Ay, mísera! ¿Dónde estás, Egisto? ¡Egisto!...

*Electra.* — Otra vez gritan.

*Clitemnestra.* — ¡Oh, hijo, hijo, ten piedad de la que te parió!

*Electra.* — ¡Ah! ¿Tuviste tú piedad de él y del padre que le engendró?

*Coro.* — ¡Oh ciudad, oh raza infortunada! Hoy te destruye, te aniquila el Destino!

*Clitemnestra, dentro.* — ¡Ay de mí, que me hieren!

*Electra.* — Otra vez, otra vez, hasta que la mates.

*Clitemnestra.* — ¡Ay de mí! ¡Muerta soy!

*Electra.* — ¡Oh, si al par pareciese Egisto!

*El coro.* — ¡Cumplida es la venganza! Vivos están los que yacían bajo tierra la sangre vertida en holocausto de los muertos los hace revivir.

*Antístrofa 1.<sup>a</sup>* — Helos aquí: por la mano chorrea sangrienta la ofrenda de Ares. No sé qué decir.

*Electra.* — ¡Orestes! ¿Qué ha sucedido?

*Orestes.* — Ahí dentro, todo acabó. Febo dispuso la justicia, yo la cumplí.

*Electra.* — ¿Ha muerto la desdichada?

*Orestes.* — No temas ya que la impúdica insolencia maternal vuelva á ultrajarte.

*Coro.* — Retiraos: Egisto viene.

*Electra.* — Sí, entrad, entrad en palacio.

*Orestes.* — ¿Dónde está ese hombre?

*Electra.* — Viene por allí, del lado del arrabal...

*Coro.* — Idos hacia los pórticos, á fin de acabar bien lo que bien se comenzó.

*Orestes.* — Ten confianza. Todo se hará.

*Electra.* — Sea, pues. ....

.....  
.....  
.....  
*Egisto.* — ¿Dónde están esos extranjeros? Dímelo.

*Electra.* — Dentro están, á decir la noticia de la muerte de Orestes.

*Egisto.* — Pero esa noticia ¿es verdaderamente cierta?

*Electra.* — Y no solo con palabras la han mostrado.

*Egisto.* — ¿Cómo? ¿Podré yo ver con mis ojos su cuerpo muerto?

*Electra.* — Podrás; y por cierto que es tristísimo espectáculo.

*Egisto.* — Verdaderamente algo placentero para mí has dicho, contra tu costumbre.

*Electra.* — Alégrate, pues, si tales desdichas te alegran.

*Egisto.* — Calla, te mando. Abrid las puertas para que todos, Miceños y Argivos lo vean: y si algún ciudadano fundaba necias esperanzas en este hombre, ahora viéndole muerto, muerta vea su esperanza y acate mis leyes, sin que me tache de cruel ni de vengador.

*Electra.* -- Cuanto en mí consistía, hecho está: pues el tiempo y la experiencia me han enseñado á obedecer á los poderosos. (*Sacan el cadáver, envuelto en una túnica.*)

*Egisto.* -- ¡Oh, Zeus! ¡Hermoso espectáculo, por vida mía el que contemplo! Pero si alguien achaca á Nemesís, la diosa de la venganza, estas mis palabras, as retiro. Levantad el velo, descubrid el cadáver, para que yo mismo ofrezca al pariente el tributo de mis lágrimas.

*Orestes.* -- Descúbrelo tú mismo, pues á tí pertenece hacerlo y dirigir una amigable salutación á estos restos.

*Egisto.* -- Bien dices y te obedezco. Pero tú, *Electra*, mira dónde, en qué parte del palacio está *Clitemnestra*: anda dí que la llamo.

*Orestes.* Aquí la tienes, bien cerca, inútil es que la busques en parte alguna.

*Egisto descubre el cadáver y ve que es el de Clitemnestra.* -- ¡Oh! ¿Qué veo, dioses?

*Orestes.* -- ¿A quién temes? ó ¿á quién desconoces?

*Egisto.* -- ¡Desdichado de mí! ¿En qué redes he caído? ¿En manos de qué hombres estoy?

*Orestes.* -- ¡Necio! ¿No conoces, al fin, que estás hablando á vivos como si fuesen muertos?

*Egisto.* -- ¡Ah! ya comprendo, *Orestes* es quien me habla.

*Orestes.* -- ¡Donoso adivino, que tanto tiempo vivió engañado!

*Egisto.* -- Perdido soy: pero déjame un momento... una palabra.

*Electra.* -- Ni una sola, por los dioses ¡oh hermano mío! ¿Qué podrá decir, para ganar tiempo ese miserable manchado con todos los crímenes? Mátale, mátale enseguida y arrójale á los enterradores que se merece, á los perros y á los buitres, lejos, lejos de nosotros. Es la única recompensa de tanta desventura.

*Orestes (A Egisto.)* -- Ea, entra presto, que ahora no hemos de luchar con palabras: echa fuera esa alma.

*Egisto.* ¿Y por qué adentro, en el palacio? ¿Por qué, si es justo que me mates hacerlo en la oscuridad y no aquí?

*Orestes.* -- No mandes: sino marcha, anda, que has de morir en el mismo sitio donde mataste á mi padre.

*Egisto.* -- ¡Fatal ha de ser que este palacio vea los males presentes y los futuros de la raza de Pélope!

*Orestes.* -- Por lo menos, los tuyos: en esto soy mejor adivino que tú.

*Egisto.* -- Pues no heredaste de tu padre esa ciencia.

*Orestes.* -- Respondón estás. Anda, marcha.

*Egisto.* -- Tú delante.

*Orestes.* -- Anda, anda.

*Egisto.* -- ¿Temes que me escape?

*Orestes.* -- Debes morir según mi gusto, no según el tuyo: quiero reservarte

la última amargura, si las penas se aplicasen sin tardanza, nadie osaría violar las leyes. (*Vanse.*)

*Coro.* -- ¡Oh raza de Atreo! ¡Cuán cara te ha costado la libertad!

(*Traducción de Emeterio Mazorriaga y F. N. L.*)

## EURÍPIDES

### MEDEA

*El Coro.* -- No parece sino que un dios ha acumulado en este solo día merecidos males contra Jasón. Oh, hija desventurada de Creonte, ¡cuánto deploramos tu desdicha, pues que por casarte con Jasón, has bajado al palacio de las tinieblas!

*Medea.* -- He resuelto, oh amigas, matar cuanto antes á mis hijos, y huir de esta tierra, y no perderé el tiempo encomendando su muerte á manos más enemigas; sin remedio deben morir, y como es preciso, yo, que los procreé, los mataré también. Ea, pues, ármate de valor. ¿Por qué titubeo en perpetuar males crueles, pero necesarios? Anda, mísera mano mía, empuña, empuña el acero, huella la triste meta de la vida y no seas cobarde, ni te acuerdes de tus hijos, á quienes tanto amas porque los diste á luz: olvídate en este breve día de que los tienes, y llora despues, que aun cuando los mates, siempre te fueron caros, y siempre fuiste una mujer infeliz.

*El Coro (Estrofa.)* -- Victoreemos á la Tierra y á los rayos del Sol, que todo lo alumbran: ved, contemplad aquella mujer desventurada antes que llene sus manos de sangre infanticida. De ti descienden sus hijos, Febo de cabellos de oro, y es horrible que la mano de los hombres derrame sangre de Dioses. Refré-nala, oh luz divina, deténla, arroja de este palacio á la sanguinaria y mísera Furia, inspirada por fatídicas deidades.

(*Antístrofa.*) -- En vano les dió á luz con dolores, en vano fuiste tronco de amada prole, oh tú, que atravesastes los escollos inhospitalarios de las cerúleas Simplégadas. ¡Oh, infortunada! ¿Qué grave ira se ha apoderado de tu corazón, qué rabia fatal, sedienta de sangre, te ha trastornado? Funesta expiación amenaza á los mortales, cuando riegan la tierra con sangre de sus parientes, y para castigo de los parricidas el cielo envía á las familias calamidades proporcionadas á la pena que merecen:

*Primer niño. (Desde dentro.)* -- ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿A dónde huiré de mi madre?

*Segundo niño.* -- No lo sé, hermano muy querido. ¡Vamos á morir!

*El Coro.* -- ¿Oyes, oyes el clamor de sus hijos? ¡Oh mísera é infeliz mujer! ¿Entraré en el palacio? Salvemos á sus hijos de la muerte. (*El coro se detiene viendo cerradas las puertas.*)

*Los niños.* -- ¡Pero socorrednos, por los dioses! ¿vendreis á tiempo? Va el puñal nos amenaza de cerca.

*El Coro.* — ¿Eres, oh miserable, piedra ó hierro, para segar con tu mano infanticida la vida de los hijos que diste á luz? Solo sé de una, solo sé de una mujer de los pasados tiempos que matase á sus hijos; solo sé de Ino, furiosa por orden divina, cuando la esposa de Júpiter la arrojó de su palacio, y trastornó su juicio, y la miserable cayó en la mar por el impío asesinato de sus hijos, saltando desde la orilla, y pereciendo al mismo tiempo que ellos. ¿Puede suceder nada más horrible? ¡Oh funestos casamientos, cuántos males habeis ocasionado á los hombres!

*Jasón.* — Mujeres que rodeais á ese palacio, ¿está en él esa Medea que ha cometido tantos horrores? Menester es que se esconda en los abismos de la tierra, ó que, cual ave, se lance á las aéreas regiones, para que no pague la pena que merece por su delito contra la real familia. ¿Crec, acaso, despues de dar muerto á los soberanos de esta región, que podrá escaparse impune? Pero no tanto venge por ella, como por mis hijos: castiguenla los que han sufrido esos males. Mi objeto es salvar la vida de mis hijos, no se venguen en ellos los parientes de Creonte en represalias de la nefanda maldad que ha cometido su madre.

*El Coro.* — Oh infeliz Jason, aún ignoras, sin duda, las desdichas que te aguardan; á no ser así, no hablaras como hablas.

*Jasón.* — ¿Qué hay? ¿Quiere matarme tambien?

*El Coro.* — Tus hijos han muerto á mano de su madre.

*Jasón.* — ¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¡Oh, mujer, cómo me has afligido!

*El Coro.* — No olvides que ya murieron tus hijos.

*Jasón.* — ¿En dónde los ha asesinado, dentro ó fuera del palacio?

*El Coro.* — Abre las puertas, y los verás muertos.

*Jasón.* — Abrid cuanto antes las puertas, servidores; quitad las barras para que contemple dos males á un tiempo; y vea á mis dos hijos muertos, y para que los vengue y muera también á mis manos.

*Medea.* — (*Que aparece en un carro tirado por dragones con los cadáveres de sus hijos.*) — ¿Por qué sacudes y das golpes en las puertas buscando los cadáveres de tus hijos, y á mí que los he asesinado? No te molestes. Si me necesitas, dime lo que quieres: jamás me tocarán tus manos, porque el Sol, padre de mi padre, me ha dado un carro que me protegerá contra mis enemigos.

*Jasón.* — ¡Oh, rabia! mujer odiosa, mujer la más detestada de los dioses, de mí y de toda la especie humana, que has osado hundir el puñal en el corazón de tus propios hijos, en los mismos que diste á luz, y me dejas huérfano y ves la tierra y el sol á pesar de tu impiedad maldita! ¡Ojalá que mueras! Ahora te conozco, no cuando de un palacio y de un país bárbaro te traje á la Grecia, á tí que eres el más terrible azote, y has hecho traición á tu padre y á la tierra que te crió. Obra es de los dioses que me arrastrara tu fatal destino cuando asesinaste á tu hermano junto á los altares, y te embarcaste en la nave *Argos*, de bella proa. Tales fueron tus primeras hazañas: te casaste conmigo, y después que diste á luz mis hijos, los mataste llevada de tu odio y de tu envidia á mi segunda esposa. Ninguna griega lo hubiese osado jamás: te preferí á ellas, y fuiste mi compañera; enlace fatal y pernicioso para mí, que eres leona, no mujer, de ín-

dole más fiera que la Tyrrhena Scyla. Pero (vanamente te insultaría con millares de lenguas, siendo tan grande tu impudencia) ojalá que mueras, infame como ninguna, y además manchada con la sangre de tus hijos. Sólo puedo ahora deplorar mi suerte, porque ni he disfrutado de mi segundo himeneo, ni podré ya hablar con los hijos, que engendré y eduqué, habiéndolos perdido.

*Medea.*—Largamente replicaría á cuanto acabas de decir si el padre Júpiter no conociera los beneficios que de mí has recibido, y tu negra ingratitud. El destino no podía permitir que despreciándome, tú y tu real cónyuge viviérais felices, insultándome ambos, ni tampoco que Creonte, que te dió la mano de su hija, me desterrara de aquí impune. Si te agrada, llámame, pues, leona ó Scyla, que habita en la costa Tyrrhena, pues te he herido en el corazón como merecías.

*Jasón.*—Tú también sufres y participas de mis males.

*Medea.*—Puedes estar seguro de ello: sin embargo, es dolor que me agrada porque no te ries.

*Jasón.*—¡Oh, hijos!, ¡qué madre tan perversa os tocó en suerte!

*Medea.*—¡Oh, hijos, cómo habeis muerto por culpa de vuestro padre!

*Jasón.*—Pero seguramente no le mató mi diestra.

*Medea.*—No tu diestra; pero sí tu injusticia y tu segundo matrimonio.

*Jasón.*—¿Y te resolviste á asesinarlos para vengarte de mi enlace?

*Medea.*—¿Es acaso leve desdicha para una mujer?

*Jasón.*—Sí, si es modesta, pero para tí todo es grave.

*Medea.*—Ya murieron: bastante será tu tormento.

*Jasón.*—Dioses hay vengadores, que te castigarán.

*Medea.*—Ellos saben á quien ha de imputarse todo.

*Jasón.*—De seguro conocen á fondo tu abominable corazón.

*Medea.*—Te odio y me burlo de tus palabras amargas.

*Jasón.*—Y yo de las tuyas: fácil es nuestra separación.

*Medea.*—¿Con que eso dices? ¿Qué haré yo ahora? También lo deseo ardientemente.

*Jasón.*—Déjame sepultarlos y llorarlos.

*Medea.*—De ningún modo: yo los enterraré y los llevaré al bosque sagrado de Juno, diosa de Acra, para que ninguno de sus enemigos los insulte; removiendo su sepulcro; en este país de Sísifo instituiré fiestas solemnes y sacrificios para lo futuro, en expiación de tan impío asesinato. Yo iré á la tierra de Erechteo, y habitaré con Egeo, el hijo de Pandion. Tú, que eres perverso, tendrás mala muerte, aunque justa, y los restos de la nave *Argos* herirán tu cabeza, ya que has sido testigo del amargo fin de mis bodas.

*Jasón.*—Acabe contigo la Furia vengadora de tus hijos asesinados, y la justicia castigue tu crimen.

*Medea.*—¿Qué dios, qué divinidad podrá escucharte, cuando eres perjuro y traidor á quienes te dieron hospitalidad?

*Jasón.*—Fuera, fuera de aquí, malvada, asesino de tus hijos.

*Medea.*—Vete al palacio y entierra á tu esposa.

*Jasón.* — Allá voy, huérfano de mis dos hijos.

*Medea.* — Aún no has gemido bastante; la vejez te aguarda.

*Jasón.* — ¡Oh, hijos muy amados!

*Medea.* — De su madre, no de tí.

*Jasón.* — Y sin embargo, los mataste.

*Medea.* — Para ofenderte.

*Jasón.* — ¡Ay de mí, desventurado! Solo deseo besar mis hijos queridos.

*Medea.* — Ahora los llamas, ahora deseas verlos, y antes los rechazabas.

*Jasón.* — Concédeme, por los dioses que toque siquiera sus infantiles cuerpos.

*Medea.* — No: vanos son tus ruegos.

*Jasón.* — ¿Oyes, Júpiter, como desoyen mis súplicas? ¿Ves lo que sufro de esta execrable leona, asesino de sus hijos? Pero en cuanto pueda y me sea lícito, me lamentaré así y daré gritos, poniendo á los Dioses por testigos que me prohibes tocar con mis manos, y sepultar los cadáveres de los hijos, que mataste; ¡ojalá que nunca los viese si habian de perecer á tus manos!

*El coro.* — Júpiter, desde el Olimpo, gobierna al mundo, y muchas veces hacen los dioses lo que no se espera, y lo que se aguarda, no sucede, y el cielo da á los negocios humanos fin no pensado. Así ha acontecido ahora.

(Traducción de D. Eduardo de Mier.)

## ARISTÓFANES.-LAS NUBES

*Estrepsiades.* — ¿Por qué me detengo y no llamo á la puerta? ¡Esclavo! ¡Esclavo!

*Un discípulo de Sócrates.* — ¡Vaya al infierno! ¿Quién golpea la puerta?

*Estrep.* — Estrepsiades, hijo de Fidón, del cantón de Cicinno.

*El disc.* — ¡Por Júpiter! Campesino habias de ser para golpear tan brutalmente la puerta y hacerme abortar un pensamiento que habia concebido.

*Estrep.* — Perdóname, porque habito lejos de aquí, en el campo; pero dime ¿cuál es el pensamiento que te he hecho abortar?

*El disc.* — No me es permitido decirlo más que á los discípulos.

*Estrep.* — Dímelo sin temor, porque vengo á la escuela como discípulo.

*El disc.* — Lo diré, pero ten en cuenta que esto debe ser un misterio. Preguntaba ha poco Querefón á Sócrates cuántas veces saltaba lo largo de sus patas una pulga que habia picado á Querefón en una ceja y se habia lanzado sobre la cabeza de Sócrates.

*Estrep.* — ¿Y cómo ha podido?...

*El disc.* — Muy ingeniosamente. Derritió un poco de cera y cogiendo la pulga sumergió en ella sus patitas. Cuando se enfrió la cera, quedó la pulga con una especie de borceguíes pérsicos. Se los descalzó Sócrates y midió con ellos la distancia recorrida por el salto.

*Estrep.* — ¡Supremo Júpiter, qué inteligencia tan sutil!

*El disc.* — Pues ¿qué dirás si te cuento otra invencion de Sócrates?



*Estrep.* — ¿Cuál? Dímelas, te lo ruego.

*El disc.* — El mismo Querefón le preguntó si creía que los mosquitos zumbaban con la trompa ó con el trasero.

*Estrep.* — ¿Y qué dijo de los mosquitos?

*El disc.* — Dijo que el intestino del mosquito es muy angosto y que á causa de su estrechez el aire pasa con gran violencia hasta el trasero y como el orificio de este comunica con el intestino, el trasero produce el zumbido por la violencia del aire.

*Estrep.* — Por lo tanto, el trasero de los mosquitos es una trompeta. ¡Oh, tres veces bienaventurado el autor de tal descubrimiento! Fácilmente obtendrá la absolución de un reo quien conoce tan bien el intestino del mosquito.

*El disc.* — Poco ha una salamandra le hizo perder un gran pensamiento.

*Estrep.* — Dime ¿de qué manera?

*El disc.* — Observando de noche el curso y las revoluciones de la luna, miraba al cielo con la boca abierta y entonces una salamandra le arrojó su excremento desde el techo.

*Estrep.* — ¡Linda salamandra, que hace sus necesidades en la boca de Sócrates

*El disc.* — Ayer por la tarde no teníamos cena.

*Estrep.* — ¡Zeus! Y ¿qué inventó para encontrar comida?

*El disc.* — Extendió polvo sobre la mesa, dobló una barrita de hierro y, recogiendo despues el compás, escamoteó un vestido de la palestra.

*Estrep.* — ¿Por qué admiramos ya á Tales? Abre, abre prontamente la escuela y preséntame á Sócrates cuanto antes. Me impaciento por ser su discípulo. ¡Vivo! Abre la puerta... ¡Oh, Hércules! ¿de qué pais son estos animales? (*Viendo á Sócrates y á sus discípulos.*)

*El disc.* — ¿De qué te admiras? ¿Con quiénes les encuentras semejanza?

*Estrep.* — Con los Lacedemonios hechos prisioneros en Pilos. ¿Pero por qué miran esos á la tierra?

*El disc.* — Investigan las cosas subterráneas.

*Estrep.* — Entonces buscan cebollas. No os cuideis más de eso: yo sé dónde las hay hermosas y grandes. ¿Y qué hacen esos otros con el cuerpo inclinado?

*El disc.* — Investigan los abismos dei Tártaro.

*Estrep.* — ¿Para qué mira al cielo su trasero?

*El disc.* — Es que aprende Astronomía por su parte. Pero entrad, no sea que el maestro nos sorprenda.

*Estrep.* — No, todavía no; que estén ahí: tengo que comunicarles un asunto mio.

*El disc.* — Es que no pueden permanecer largo tiempo al aire y en el exterior.

*Estrep.* — ¡En nombre de los dioses! ¿Qué son estas cosas? Decídmelo.

*El disc.* — Esta es la Astronomía.

*Estrep.* — ¿Y esta?

*El disc.* — La Geometría.

*Estrep.* — ¿Para qué sirve la Geometría?

*El disc.* — Para medir la tierra.

- Estrep.* — ¿La que se distribuye á la suerte?
- El disc.* — No, toda la tierra.
- Estrep.* — ¡Gracioso dicho! He aquí una idea muy popular y útil.
- El disc.* — He aquí todo el circuito de la tierra. ¿Ves? Aquí está Atenas.
- Estrep.* — ¿Qué dices? No te creo. No veo á los jueces en sesión.
- El disc.* — Sin embargo, este es verdaderamente el territorio del Atica.
- Estrep.* — Y ¿dónde están los Cicinenses mis compatriotas?
- El disc.* — Helos aquí: y mira también la Eubea que, como ves, es muy larga.
- Estrep.* — Lo sé: Pericles y vosotros la habéis sometido á mil torturas. Pero ¿adónde está Lacedemonia?
- El disc.* — ¿Que dónde está? Hela aquí.
- Estrep.* — Cuán cerca de nosotros. Meditad sobre esto y alejadla todo cuanto se pueda.
- El disc.* — Por Júpiter, eso es imposible.
- Estrep.* — Pues ya os pesará. — ¡Calla! Y ¿quién es ese hombre suspendido en el aire en un cesto?
- El disc.* — Él.
- Estrep.* — ¿Quién es él?
- El disc.* — Sócrates.
- Estrep.* — ¡Sócrates! Anda y llámale fuerte.
- El disc.* — Llámale tú, que yo no tengo tiempo.
- Estrep.* — ¡Sócrates! ¡Sócrates!
- Sócrates.* — Mortal ¿por qué me llamas?
- Estrep.* — Ante todo te ruego que me digas qué es lo que haces ahí.
- Sócrates.* — Camino por los aires y contemplo al sol.
- Estrep.* — Por tanto ¿miras á los dioses desde tu cesto y no desde la tierra? Si no es que...
- Sócrates.* — Nunca podría investigar con acierto las cosas celestes si no suspendiese mi alma y mezclase mis pensamientos con el aire que se les parece. Si permaneciera en el suelo, para contemplar las regiones superiores, no podría descubrir nada, porque la tierra atrae á sí los jugos del pensamiento: lo mismo exactamente que sucede con los berros.
- Estrep.* — ¿Qué hablas? El pensamiento atrae la humedad de los berros. Pero querido Sócrates, baja, para que me enseñes las cosas que he venido á aprender.
- Sócrates.* — ¿Qué es lo que te ha hecho venir?
- Estrep.* — El deseo de aprender á hablar. Los usureros, los acreedores más intratables me persiguen sin descanso y destruyen los bienes que les he dado en prenda.
- Sócrates.* — ¿Cómo te has llenado de deudas sin apercibirte?
- Estrep.* — Me ha arruinado la enfermedad de los caballos, cuya voracidad es espantosa. Mas enséñame uno de tus dos discursos, aquel que sirve para no pagar. Sea cual fuere el salario que me pidas, juro por los dioses que te lo he de satisfacer.

*Sócrates.* — ¿Por qué dioses juras? En primer lugar, es preciso que sepas que los dioses no son ya moneda corriente entre nosotros.

*Estrep.* — ¿Pues, por quién juráis? Acaso por las monedas de hierro, como en Bizancio.

*Sócrates.* — ¿Quieres conocer perfectamente las cosas divinas y saber sin engaño lo que son?

*Estrep.* — Sí, por Júpiter, á ser posible.

*Sócrates.* — ¿Y hablar con las Nubes, nuestras divinidades?

*Estrep.* — Mucho más.

*Sócrates.* — Siéntate, pues, en el lecho sagrado.

*Estrep.* — Ya estoy sentado.

*Sócrates.* — Coge esta corona.

*Estrep.* — ¿Para qué la corona? ¡Ay de mí! Sócrates, no me sacrificarás como á Atamas.

*Sócrates.* — No: hacemos estas ceremonias con los iniciados.

*Estrep.* — Y, ¿qué ganaré con esto?

*Sócrates.* — Llegarás á ser un molino de palabras, un verdadero cascabel, fino como la flor de la harina. (*Le espolvorea con ella.*) Pero no te muevas.

*Estrep.* — No me engañes, por Júpiter: si continúas empolvándome de ese modo, me convertiré pronto en flor de harina.

*Sócrates.* — Es necesario guardar silencio, anciano, y escuchar atentamente mis súplicas. ¡Soberano señor! Aire inmenso que rodeas la sublime Tierra, Eter luminoso y vosotras, Nubes, diosas venerables que engendráis los rayos y los truenos, levantáos, soberanas mías y mostráos al filósofo de las alturas.

*Estrep.* — No, todavía no, hasta que me cubra la cabeza con el manto doblado, no sea que me moje. ¡Pobre de mí, haber salido de casa sin mi montera de piel de perro!.....

(Traducción de D. Federico Baráibar y Zumárraga.)

## ÉPOCA POSTCLÁSICA Ó ALEJANDRINA

### A. DIDÁCTICA

#### POLIBIO.-HISTORIA UNIVERSAL.

##### LIBRO XVII. CAPÍTULO III.-SOBRE LOS TRAIDORES

Entre las humanas opiniones que siempre me admiraron, figura en primer término la relativa á los traidores. Ocasión es esta de tratar la materia, aunque me sea difícil explicar claramente y decir quien merece con justicia el calificativo de traidor. No lo son ciertamente los que, habiendo tranquilidad en un

Estado, para asegurarla aconsejan aliarse á algunos reyes ú otras naciones. Tampoco conviene esta acusación al que, en casos especiales, procura que su patria cambie unas alianzas por otras, pues á quienes esto hace se deben con frecuencia grandes ventajas y los más preciados bienes. No hay para qué acudir á los antiguos tiempos en busca de ejemplos: los actuales nos los presentan convincentes. Perdida y sin recurso estaba la nación aquella si Aristeneto no la hubiese apartado de la alianza con Filipo, obligándola á aliarse con la República Romana. Con ello aseguró la independencia de su nación, y aun la procuró considerable ensanche, estimándose no como traidor sino como bienhechor y libertador de su patria. Así deben ser considerados quienes en idénticas circunstancias de igual manera se conducen; y por gran respeto que Demóstenes merezca, incurre en gran error al declararme irritado contra los más ilustres Griegos, calificándolos de traidores por haber unido sus intereses á los de Filipo. Este calificativo injurioso, da, sin embargo, en Arcadia á Cercidas, á Hierónimo y á Eucampidas; á los messenios Neón y Thrasiloco, hijo de Filiades; á los argivos Mirtis, Teledamo y Mnasias; á los Tesalios Daoco y Cineas; á los beocios Teogitón y Timolao, y á muchos otros que escogió en cada ciudad y á quienes designa por sus nombres, aunque todos estos acusados, y especialmente los Arcadios y Messenios, tengan poderosas razones para justificar su conducta; porque atrayendo á Filipo al Peloponeso y aminorando con ello el poder de los Lacedemonios, hicieron dos grandes bienes: uno, librar de la opresión todos los pueblos de esta comarca, que así disfrutaron de alguna libertad; y otro, aumentar mucho la fuerza y poderío de su patria, recobrando las tierras y ciudades que los Lacedemonios, orgullosos de su prosperidad, habían arrebatado á Messenios, Megalopolitanos, Tegeatos y Argivos. Después de recibir tan señalado servicio de Filipo, ¿conveniales empuñar las armas contra él y contra los Macedonios? En el caso de pedir á Filipo guarniciones, ó de maltratar ilegalmente la libertad común, ó de buscar sólo poder y crédito, merecerían con justicia el injurioso nombre de traidores; pero no debió juzgarlos así Demóstenes porque, sin cometer ilegalidad alguna, opinaron contra otros que los intereses de Atenas no eran los de Arcadia y Messenia. Grosero error comete este orador al juzgarlo todo por la conveniencia de su patria, y al pretender que todos los Griegos debían imitar la conducta de los Atenienses. Lo que por entonces ocurrió á los Griegos convence de que Eucampidas y Hierónimo, Cercidas y los hijos de Filiades veían más claro el porvenir que Demóstenes, cuyos conceptos pusieron en armas á los Atenienses contra Filipo y les ocasionó la derrota de Queronea, derrota que les hubiera conducido á extrema desdicha sin la generosidad del vencedor, mientras que la prudente lógica de los Griegos que hemos citado, libró á la Arcadia y á la Messenia de los insultos de los lacedemonios y procuró á las ciudades de estos Griegos considerables ventajas.

Véase, pues, que no es cosa fácil determinar quién merece el nombre de traidor. Creo que puede llamarse así, sin temor á equivocarse, á quienes en los conflictos, por librarse de ellos, por utilidad propia ó por despecho contra los

que gobiernan de distinto modo que ellos, entregan el estado á los enemigos, y á aquellos que, por tener guarniciones y ejecutar con auxilio extranjero empresas de su particular conveniencia, someten la patria á un poder más fuerte. A todos los que estas cosas hacen se les puede llamar traidores, mancha funesta que nada sólido y bueno les produce y que al contrario, tiene para ellos muy perjudiciales consecuencias. No concibo con qué objeto ni propósito se puede tomar tan desdichado partido, porque ninguno que fué traidor á un ejército ó á una guarnición ha quedado oculto, y quienes lo consiguieron durante la traición, andando el tiempo fueron descubiertos. Aun quedando desconocidos, no por ello serían menos infelices, porque de ordinario, los mismos que aprovechan la perfidia les castigan. Válense de traidores porque les son útiles, lo mismo los Generales de ejército que las naciones; pero aprovechados sus servicios les miran, como dice Demóstenes, cual merecen ser mirados los traidores, pues con razón sospechan que quien vende á su patria y sus amigos no ha de ser fiel á sus nuevas promesas. Suponiendo que se libra de aquellos en cuyo favor cometió el crimen, ¿podrá librarse también de los que fueron víctimas de la traición? Y aún, sucediendo así, la nota de traición le acompañará toda la vida, inspirándole diariamente mil motivos de temor frívolos ó justificados y dando á los que mal le quieran mil medios de vengarse. Siempre á su vista el crimen, hasta en el sueño, le representa la imaginación el suplicio que merece. No se le oculta un momento el odio y repugnancia que á todo el mundo inspira; su situación no puede ser más deplorable, y, sin embargo, cuando se necesitan traidores nunca faltan.

*(Traducción de D. Ambrosio Rui-Bamba.)*

### CARÁCTER DE PERICLES

Pericles siendo mancebo temíale mucho el pueblo, porque en el gesto parecía á Pisistrato Tirano. Y los que eran viejos comenzaban á temer y no poco la suavidad de su voz, y el despachito y presteza de su lengua, en que semejaba al otro. Y siendo muy principal en riquezas y en linaje, y en favores de los amigos, temía el destierro de Lesca; y por esto en ninguna cosa se llegaba al gobierno de la República; pero en los ejercicios y capitanías militares era varón fuerte y experimentado.

Así que, después de la muerte de Aristides y la huida de Temístocles, deteniendo de día en día á Cimón lejos de Grecia, en milicia extranjera, dióse Pericles al pueblo, ya de tal manera fuera de su natural, que en ninguna cosa era popular, mas seguía al vulgo y las partes del pueblo en lugar de los ricos, por temor que tenía de la envidia y de la sospecha que no le achacasen tiranía.

Y porque veía como Cimón mayormente se daba á los mejores y más principales, y que la nobleza soberanamente le guardaba, y dióse al pueblo porque reformase el estado de sus negocios, y aquistase contra él favores y poderío.

Y luego estableció para sí otro orden en lo perteneciente á la vida y al mantenimiento; y tenía de costumbre ir por una sola vía en la ciudad por do iban

al mercado público y al juicio; y del todo tuvo en desprecio los aparatos de las cenas, y toda la magnificencia desta tal suerte de convites.

De manera que en tan luengo tiempo como duró en la conversación de la República, nunca cenó cerca de amigo suyo, sino cuando Euritolemo hubo de celebrar sus bodas, hasta ser presente á las ofrendas, y luego se partió dende.

Valen los convites mucho para abajar toda altiveza del ánimo, porque conversando con otros en placer, no se puede de ligero conservar la vista de la gravedad y de la severidad; mas en la verdadera virtud, las cosas que mayormente se muestran, y son prontas á todos, parecen más hermosas; y en los buenos y loables varones no hay otra cosa que tanto mueva á los otros á admiración, como la cotidiana conversación de juntarse en compañía de la vida.

Pero éste, huyendo el concurso y hartazgo del pueblo, lo cual por intervalos abastaba, no decía de toda cosa ni venía en la canción.

Mas, según dice Critolao, se guardaba como Galea Salaminia para los negocios grandes y tiempos muy oportunos; todo lo negociaba por medianía de amigos y de otros mensajeros.

De los cuales dicen ser uno Efialte, el que quitó el poderío de los Areopagitas; y según dice Platón, apareció á los ciudadanos grande é inmoderada libertad.

De que, según dicen los cómicos, el pueblo se tornó como caballo bravo é indómito; y allende de esto recusaba los impíos y mordía á los que querían subirle encima.....

Era Tucídides varón noble que luengamente fué contrario de Pericles: y preguntando Archidanio, rey de los lacedemonios, cuál de los dos llevaba ventaja en la lucha, él ó Pericles, respondió: — Cuando yo derribé aquel hombre lidiando con él, él, defendiéndose que no había caído, venció y derrueca á los que lo miran. Mas cuando había de razonar llegaba en son de temeroso, y cuando había de subir en el púlpito, hacía votos á los dioses, rogándoles que no se le derramase ni saliese por su boca alguna palabra contra su intento ó contra su voluntad que pareciese menos pertenecer al negocio mesmo. Así que ninguna otra cosa se halla haber él encomendado á las letras, sino solos algunos decretos.... Tucídides, en suma, pone en escrito que la República de Pericles fuese como una República de los mayores y más principales, la cual de palabra se llamase República, pero de verdad fuese Reino, pues que un varón tenía en ella el principado. Hay también otros muy muchos que dicen que él fué el primero que puso en costumbre que se enviasen moradores en las ciudades tomadas y fué autor de enviar también espías y de repartir el dinero, porque consideraba cómo el pueblo estaba mal acostumbrado por aquella razón que entonces prevalecía de administrar la República; y era ganoso de dádivas é inmoderado, habiendo sido antes modesto y dado á misterios...

Pericles al comienzo, por la gloria de Cimón, contendía de tomar á su parcialidad el pueblo y atraerlo halagüenamente, pero siendo inferior en compañías y en riquezas con que él tuviera halagados á los pobres, cada día daba de cenar al que de los atenienses lo hubiese menester, y daba también vestidu-

ras á los más viejos y quitaba las cercaduras de los campos, porque los que quisiesen tomar frutas pudiesen entrar á comerlas. Con aquestas cosas vencido, por gracia popular fué por el pueblo convertido á la partija de las cosas públicas.....

(Traducción de Alfonso de Palencia.)

## B. ORATORIA

### ORÍGENES.-SERMÓN EN LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Habiendo de hablar, hermanos muy amados, de la presente solemnidad en presencia de vuestra caridad, lo primero que á la memoria me ocurre es el amor que pide el primer lugar de este tratado (y con razón), y quiere que digamos como María Madalena, que sobre todas las cosas amaba al Señor, le seguía cuando iba á dejar la vida en un palo, habiéndole desamparado y huído los discípulos, y ardiendo en vivo fuego de amor, encendida el alma en un excesivo deseo, deshaciéndose en lágrimas, no queriendo poner treguas al llanto, no sabía, ni quería ni aun podía apartarse del monumento. Oído habemos á María que estaba fuera del monumento, oído habemos que lloraba. Aprovechémonos de su estar y saquemos fruto de su llorar. Estaba y miraba por si acaso hallase al que amaba, pero lloraba porque creía que le habían hurtado al que buscaba. Habíase renovado su dolor, pues un día antes lo había llorado difunto y agora lo llora hurtado. Era este dolor segundo más grave que el primero, pues no le quedaba con qué se consolar. La primera causa de su dolor fué haber perdido á su Maestro vivo, mas quedábale alguna manera de consuelo, con pensar que le tendría consigo muerto; mas agora es imposible consolarse, porque no hallaba el cuerpo del difunto. Temía María que no se resfriase en su pecho el amor de su Maestro si no hallaba su cuerpo, como una vela se enciende. Había venido María al monumento; había traído consigo preciosos unguentos, para que, así como en otro tiempo había ungido los pies de su Maestro vivo, así agora embalsamase todo el cuerpo de su Señor difunto; y así, como en otro tiempo había lavado sus pies con lágrimas de sus ojos por la muerte de su alma, así venía agora al monumento á regallos otra vez por la muerte de su Maestro; pero como no le hallase en el monumento, acabóse el trabajo de unguillo y creció la ocasión de llorallo; faltó al servicio la que sobró al dolor; faltó á quien ungiere, mas no por quien llorase. Lloraba grandemente María porque le habían añadido dolor sobre dolor y traía dos grandes dolores en un solo y flaco corazón; quería ablandarlos con lágrimas, mas no podía; y así, toda ocupada del dolor, desmayaba su cuerpo y alma; y aunque sabía llorar y dolerse, pero no sabía qué hacerse. ¿Qué podía hacer esta mujer sino llorar, pues tenía un intolerable dolor y no hallaba consolador? Venido habían Pedro y Juan al monumento con ella, mas en no hallando el cuerpo se volvieron; pero María estaba llorando fuera del monumento, estaba, y casi desesperando esperaba, y esperando perseveraba. Pedro y Juan

temieron, y por eso no esperaron; mas no temía María, y por eso estaba, porque ya le parecía que no le quedaba que temer, pues no le quedaba más que perder; había perdido á su Maestro, á quien amaba tan tiernamente, que fuera dél no le quedaba qué amar ni tenía ya qué esperar. Perdidó había María á la vida de su alma; y así, le parecía que le estaba mucho mejor el morir que el buscar la vida, porque por ventura hallaría muriendo al que había perdido viviendo, sin el cual era por demás la vida. Es el amor más fuerte que la muerte. ¿Qué mayor estrago pudiera hacer la muerte en María? Estaba sin alma, sin sentido, sintiendo no sentía, viendo no veía, oyendo no oía, ni aun estaba donde estaba, porque toda estaba donde su Maestro estaba, del cual empero no sabía dónde estaba. Buscábale y no le hallaba y por eso estaba y lloraba. ¡Oh María!, ¿qué esperanza, qué consejo, qué corazón tenías, para que, yéndose los discípulos, te quedases tú sola en el monumento? Veniste antes que ellos y volviste con ellos, y al fin te quedas sin ellos. Dime (oh mujer admirable), ¿por qué lo hiciste? Sabías más que ellos, ó amabas más que ellos, que no temías como ellos. Por cierto entonces ninguna otra cosa sabía María sino amar y dolerse de su amado. Olvidado se le había el temor, olvidada estaba del contento y olvidada estaba de todas las cosas sino de aquel que amaba sobre todas las cosas; y lo que es más maravilloso, que estaba tan olvidada, que ni aun al mismo no conocía. Creedme que si María lo conociera nunca lo buscara en el monumento; y si guardara sus palabras en el corazón, no se doliera del muerto, mas alegrárase del vivo, ni llorara por el hurtado, mas regocijárase del resucitado. Había dicho el Señor que así había de morir, y que al tercero día había de resucitar; mas el mucho dolor le había hinchado el corazón y borrado dél estas palabras; ningún sentido había quedado en ella, había perecido todo su consejo, habíante faltado y burlado á su parecer sus esperanzas, sólo le habían quedado lágrimas que derramar por los ojos, y suspiros con que ~~abrasar su pecho,~~ lloraba, pues, porque podía llorar, y llorando volvió á mirar al monumento; y vió dos ángeles vestidos de blanco, con el rostro hermoso y alegre, con una librea de fiesta, que en el traje mostraban el contentamiento interior y la solemnidad que de solennizalle tenían, y diciéndo á María: "Mujer, ¿por qué lloras?" ¡Oh María venturosa, mujer de gran dicha! Agora á lo menos contenta estaréis con tan buen consuelo; hallado habéis más de lo que buscábades, mejor os sucede de lo que vos creíades; buscábades uno y halláis dos, un muerto buscábades y topáis dos vivos; hallástedes dos que (á lo que muestran) tienen cuidado de vos y quieren ablandar vuestro corazón y llanto. El que vos buscáis parece que no cura de vuestro sentimiento ni hace causal de vuestras lágrimas; llamáisle y no os oye, rogáisle y no acude, buscáisle y no lo halláis, dáis golpes y no os abre, vos le seguís y él os huye. ¿Qué es esto, María? ¿Qué gran mudanza es esta? Este Jesús que agora se ha apartado de vos y por ventura no sabéis si agora os ama, otro tiempo os amaba, otro tiempo os defendía del fariseo, excusábaos con vuestra hermana, alabábaos cuando le ungiades los pies, cuando se los regábades con vuestras lágrimas, alimpiábadeslos con vuestro cabello, aplacaba vuestro duelo y perdonábaos vuestros pecados.....

(Paráfrasis de Fray Pedro Malón de Chaide.)



## **SAN BASILIO.-HOMILIA DE LOS SANTOS CUARENTA MÁRTIRES**

Habiendo visto el tirano la constancia de los mártires y su libertad en responder, se encendió todo en ira, y meditaba consigo qué máquina inventaría para labrarles una muerte juntamente larga y prolija. Hallóla, en fin, y ved cuán penosa. Habiendo considerado el clima de la región, que era frigidísimo, y la estación del año, que era el invierno, teniendo observada una noche en que se aumentase muchísimo el frío, y por otra parte soplase entonces en ella el despiadado aquilón; mandó que puestos desnudos al sereno muriesen helados en medio de la ciudad. Bien sabéis todos los que habéis probado el rigor del invierno, cuán insufrible sea esta especie de tormento. Ni es posible darla claramente á conocer sino á los que la han experimentado. Porque un cuerpo expuesto al frío, primeramente todo se pone cálido, helándose la sangre. Después se calienta y comienza á hervir; rechinan los dientes, se encogen las fibras y toda la mole del cuerpo involuntariamente se aprieta. Un agudo dolor y una indecible aflicción, que penetra hasta los tuétanos, causa en los que se hielan un sentimiento intolerable. Córtanse las extremidades del mismo cuando las partes extremas, como que se queman con fuego. Porque el calor, ahuyentado de los extremos del cuerpo y retirándose á lo más hondo, deja muertas las partes de donde se ausenta; y entonces á aquellas en que se reconcentra las aflige con dolores, viniéndose por la congelación á paso lento la muerte.

Entonces, pues, fueron condenados á pasar la noche al sereno, cuando el estanque inmediato á la ciudad en que los Santos padecieron se había puesto como una llanura para correr caballos; y trasmudado en hielo, y en fuerza de la frialdad convertido en continente y tierra firme, daba sobre su espalda paso seguro á los moradores. Los ríos, que perennemente fluyen, habían dejado de fluir; y las aguas, de su naturaleza blandas y líquidas, se habían puesto duras como una piedra. Los violentos soplos del cierzo quitaban la vida á todo viviente. A este tiempo, pues, luego que los Santos oyeron la orden (ved aquí conmigo su invencible constancia), cada uno de ellos, habiéndose quitado hasta la camisa, caminaba con regocijo por el frío á la muerte, animándose recíprocamente, como si fuesen á recoger los despojos de sus enemigos.

*(Traducción de Fray Luis de Granada.)*

## **SAN JUAN CRISÓSTOMO.-DEL SACERDOCIO.-LIBRO VI**

Desde ese mismo día, en que tú me hiciste sospechar, que se pensaba en darme el Obispado presentí, que mi cuerpo se desunía casi del alma; tan grande era el pavor, tanta la tristeza, que ocupó mi ánimo. Porque, contemplando á mis solas por una parte la gloria, la santidad, la belleza espiritual, la prudencia y

aseo de la Esposa de Cristo; y considerando por otra los vicios de mi alma, no podía contenerme de llorar con gemidos, y con sollozos, ya por ella, ya por mi también. En tan grande perturbación viví entonces no sabiéndolo tú, antes bien creyendo, que yo gozaba de una gran tranquilidad. Así probaré ahora á descubrirte la consternación de mi ánimo, por si acaso de ahí te moverás á perdonarme, y dejarás en fin de reprehenderme. ¿Mas cómo podré descubrirla? Porque, si la quieres ver patentemente con tus ojos, no es dable de otra manera, que descubriéndote, y desnudándome primero mi corazón. Y pues esto es imposible, procuraré representarte por medio de una obscura imagen el humo de mi gran tristeza.

Finjamos, que á una joven, hija de un Rey, y Rey tan grande, que domine toda la tierra, que registra el Sol, la pide uno por esposa. Supongamos más, que se halla en ella una hermosura tan extraordinaria, maravillosa, y sobre humana, que aventaje con notorio exceso cuantas mujeres hermosas haya habido jamás en el mundo. Demás de esto, que sea tal la virtud de su ánimo, que deje muy atrás á todos los hombres, á cuantos hubo, digo, ó haya de haber algún día; que sea otrosí tan excelente en la honestidad de las costumbres, que sobrepuje los términos, que prescribe la Filosofía. En fin que sea tal, que la gracia de su rostro, y la belleza de sus ojos obscurezca la universal gentileza de su cuerpo. Y añadamos, si te parece, que su amante, no solo por las prendas, que referimos, arda en amor de la doncella; sino que, á más de esto, se sienta por ella agitado de no sé que furor que exceda sin duda á los más locos enamorados, que jamás hubo en el mundo. A esta sazón, pues, y mientras este pretendiente se abrasa así con este hechizo, y furor, llega á saber por otra parte, que con aquella misma Princesa á quien tanto estima, había de casarse un no sé qué hombrecillo vil y bajo, de obscuro, y sórdido linaje, de cuerpo mutilado, y finalmente el peor de todos los mortales. ¿Por ventura no te hemos representado aquí una pequeña parte de nuestro dolor? ¿Piensas acaso, que no te hemos satisfecho con esta imagen, que acabamos de pintar? Realmente yo así lo creo, por lo que mira á retratar la tristeza de mi corazón, por cuyo solo motivo hemos hecho esta pintura.

Sin embargo, para ponerte más á la vista el tamaño de mi miedo, y horror, segunda vez paso á otra hipótesis y descripción. Poneos delante de los ojos un ejército compuesto de soldados de infantería, de caballería y de marina, y que cubra el mar la muchedumbre de las galeras. A más de esto, que de una y otra parte cubran las campañas, y las cumbres de los montes regimientos de infantes y de ginetes: así mismo que el metal de las armas, puesto contra el Sol, resplandezca, y que sus rayos reverberen en los yelmos, y escudos; el estruendo de las lanzas, y relincho de los caballos, que lleguen hasta el Cielo; ni se vea mar, ni tierra, sino por todas partes cobre, por todas hierro. Estén también prevenidos y armados contra estos unos feroces, y terribles varones. Váyase ya llegando la hora del combate; después coja alguno de repente á un mozo criado en el campo, que no entienda de otra cosa, que de su zampoña pastoril, y de su cayado y armándole de todas piezas, le vaya llevando en torno de aquel ejército mos-

trándole los escuadrones con sus cabos, los saeteros, honderos, centuriones, capitanes, coraceros, jinetes y darderos; las galeras, sus capitanes, y en ellas amontonados los soldados, y un sin número de máquinas navales; enséñele así mismo todo el ejército enemigo, y en él unos aspectos horribles, y temibles, con armas muy diferentes á las de los otros, su multitud inmensa, las cimas, precipicios, y aspereza de las montañas; muéstrele también á los adversarios montados en caballos voladores, como por encanto, y andar por el aire armados de punta en blanco, explicándole igualmente la fuerza, y forma de aquel encantamiento. Cuéntele después las calamidades de la guerra, la violencia de los tiros, y dardos, que caen como la nieve, aquella gran lóbreguez, y tinieblas, negrísima noche ocasionada de la infinita muchedumbre de las saetas, que tapan los rayos del Sol con su espesura; el polvo nada inferior á una densa nube, que ciega los ojos de todos; los arroyos de sangre, los gemidos de los que caen, los clamores de los que quedan en pie, los montones de hombres tendidos en el suelo, las ruedas teñidas de sangre, los caballos, que tropezando en los cadáveres, caen de hocicos con sus jinetes, la tierra-toda, que contiene confusamente todas estas cosas, sangre, arcos, saetas, uñas de caballos, cabezas de hombres mezcladas con ellas, brazos, cuellos, espinillas, y pechos atravesados, sesos traspasados con espadas, y hasta los ojos de los hombres ensartados en las puntas rotas de los dardos.

Refiere asimismo los males y desastres de una armada naval. Unas galeras, que se están abrasando en medio de las aguas, otras que se van á pique con toda la gente armada, el ruido espantoso de las ondas, el tumulto de la tripulación, el clamor de los soldados, la espuma de las olas, que mezclada con sangre va entrando á un tiempo en todas las naves, unos cadáveres que están tendidos sobre los mismos bancos de las naves, otros que se van á fondo, otros que van nadando, otros que la fuerza del tempestuoso mar los arroja á la costa, otros que envueltos entre las mismas ondas casi cierran el paso á las naves. En fin, cuando puntualmente le hubiese mostrado todas las tragedias de la guerra, añádale también las calamidades del cautiverio y la esclavitud, más dura que la misma muerte. Y después de todo esto mándele luego montar á caballo y que vaya luego á ser caudillo de aquel ejército. ¿Juzgas tú ahora que aquel muchacho podría tener valor para oír la sencilla narración de estos sucesos, sino que antes bien á la primera vista al punto había de desmayarse?

Ahora bien: no imagines que encarezco aquí mucho este asunto, ni porque encerrado en este cuerpo como en una cárcel, nada de lo invisible podemos absolutamente ver, hagas juicio, que son grandes las cosas que dejo referidas. Verdaderamente, si te fuere concedido mirar con tus mismos ojos aquel obscurísimo ejército del demonio y su furioso combate, vieras sin duda una cosa mucho más grande y más horrible. Porque no hemos de pensar que hay allí cobre, ó hierro, caballos, carros, ruedas, fuego, ni dardos como los que vemos, sino otras máquinas mucho más terribles que las dichas. Ciertamente, no necesitan estos enemigos de corazas, no de escudos, no de espadas, ni de lanzas; una sola mirada de aquella execrable tropa es tan horrenda, que basta á separar

el alma del mismo cuerpo, si ésta no fuere muy valerosa, y aun antes de ayudarse de sus fuerzas no sintiere en sí el socorro de la clemencia divina. Y á la verdad, si fuere posible que desnudándonos de este cuerpo, ó también que junto con él mirásemos con nuestros propios ojos clara é intrépidamente todo el ejército del demonio y la guerra que tiene declarada contra nosotros, vieras sin duda, no arroyos de sangre ó cuerpos muertos, sino tantas caídas de almas, y tan graves heridas, que toda aquella pintura que hice de la guerra, más podría parecerte divertimento y juguete de niños que una guerra. Porque fuera de que son muchísimos los que salen heridos en esta guerra, sus heridas causan otro más cruel género de muerte; porque cuanto va del alma al cuerpo, tanto va de una á otra muerte. Y cuantas veces el alma recibe una herida y cae, yace aquí postrada y atormentada con los remordimientos de su mala conciencia; mas después que separada del cuerpo salió de este mundo, va condenada á un eterno suplicio. Y si por desgracia hubiere alguno que no sienta las heridas del diablo, su enfermedad se aumenta con su propia indolencia. Porque aquel á quien una herida ni duele ni entristece, fácilmente recibirá otra, y después de ésta la tercera; siendo cierto que aquel maldito no para de herir hasta el postrer aliento cuantas veces encuentra el alma descuidada é insensible á las primeras heridas.

Después de esto, si quieres considerar la manera del combate, hallarás ser éste muy diferente del otro, y mucho más formidable. Porque nadie hay que haya sabido tantas maneras de fraudes, artificios y engaños como aquel malvado enemigo. En esta parte tiene él mayor fuerza y poder; ni es posible que ninguno tenga tantos, ni tan implacables odios contra sus mayores enemigos como los que tiene él contra la naturaleza humana. Si á más de esto examina alguno la gran crueldad con que él combate, sería un despropósito compararle con los hombres. Si escogieres las más bravas y sañudas fieras, cotejándolas con el furor y locura de éste, en su comparación las hallarás en verdad mansísimas y humanísimas. Tan rabioso es el furor que este maligno vomita contra nuestras almas.

Añade, que suele durar poco entre los hombres el tiempo de la pelea, y que en esta corta duración median algunos intervalos. Porque el mismo orden natural dispone, que la noche, que sobreviene al mismo trabajo de la batalla, el tiempo de la comida y otras cosas de este tenor dejan de tal suerte respirar al soldado, que pueda arrimar las armas, desahogarse algun tanto, tomar aliento, y con otras muchas cosas recobrar las primeras fuerzas. Pero á quien combate con el demonio, nunca se le permite dejar las armas, tomar el sueño, especialmente si pretende salir ileso de la batalla. De donde necesariamente se sigue una de dos: ó que caiga, y perezca desarmado ó que vele continuamente con las armas en la mano. Porque él con su tropa está continuamente observando nuestros descuidos, más atento y aplicado á procurarnos la muerte que lo estamos nosotros mismos á defender nuestra vida.

Finalmente, para que acabemos de una vez, el no ver nosotros en manera alguna al enemigo, y el que de repente, y de improviso nos embista, lo que suele

causar infinitos males á los que no estuvieren perennemente de centinela, hace ciertamente que con mayor dificultad y trabajo puedas salir bien de esta guerra que de aquella. En este campo pues quisiste tú que yo fuese capitán de los soldados de Cristo. Esto mismo ¿qué otra cosa sería que constituirme capitán del diablo? Porque, si quien debe poner en orden á los demás é instruirlos en el manejo y ejercicio de las armas, es cabalmente el más cobarde y el menos disciplinado de todos, precisamente se ha de seguir de ahí que sea traidor á los que están fiados de su conducta y haga más de capitán del diablo que de Cristo.

(Traducción de Fray Luis de Granada.)

## C. POESÍA BUCÓLICA

### TEÓCRITO.-LOS PASTORES.-IDILIO IV

- BA. Dime, buen Coridon, por vida tuya  
¿De quién son esas vacas? ¿De Filondas?
- CORIDON. No, que el dueño es Egón, y de orden suya  
Las apaciento.
- BA. La verdad no escondas.  
¿Secretamente á todas las ordeñas  
De la alta noche en las tinieblas hondas?
- CORI. A fé que no, si en preguntar te empeñas;  
Que me me observa el patrón, y á cada una  
Su ternerillo junta, por mas señas.
- BA. ¿Y adónde ha conducido la fortuna  
Al anciano pastor, que no lo veo  
Desde que se ocultó la última luna?
- CORI. ¿No lo sabes? Milón al sacro Alfeo  
Consigo lo llevó.
- BA. ¡Cómo! De lucha  
Ni aun el aceite ha olido, segun creo.
- CORI. Pues dicen todos que su fuerza es mucha  
Y que á Alcides aún, cuando le cuadre  
Podrá desafiar.
- BA. Amigo, escucha:  
A mí tambien llamábame mi madre  
Mas robusto que Pólux. Son consejas  
Que al vulgo no creeré, por mas que ladre
- CORI. Ha marchado llevando veinte ovejas  
Y un azadón.

- BA. Hará venir la rabia  
Milón hasta á los lobos si los dejas.
- CORI. Las becerrillas huérfanas que agravia  
Mugen abandonadas.
- BA. ¡Infelices!  
¿Por qué tan mal pastor ¡Fortuna sabia!  
Les has querido dar?
- CORI. Lo cierto dices:  
Ni pacer quieren ya las pobrecillas.
- BA. Una veo entre aquellos tamarices  
Que desnudas ostenta las costillas,  
¿Vive, cual la cigarra, de rocío?
- CORI. Eso no, por la Tierra, á las orillas  
La llevo del Esaro, y junto al rio  
Le doy de blanda yerba un gran manojo,  
Y á veces salta en el Latimno umbrío.
- BA. Mira cuán flaco está aquel toro rojo;  
¡Ojalá que uno así le toque en suerte  
Cuando de Juno aplaque el fiero enojo  
Con inmoladas víctimas, al fuerte  
Cuanto perverso pueblo de Lampriado  
Que tanta sangre en los altares vierte.
- CORI. Pues á pacer las llevo con cuidado  
Al Malimno y al Fisco, y al risueño  
Neéto de mil flores tapizado,  
Do la retama crece y el beleño  
Y el toronjil fragante nos recrea.
- BA. ¡Ay, ay, mísero Egón! El loco empeño  
De que un triste laurel ganar te vea  
Olimpia, te consume; y entretanto  
Tu grey camina á la región Letea,  
La zampoña tambien que fué tu encanto  
Y que forjaste tú devora aprisa  
Voraz polilla.
- CORI. ¡Por el nombre santo  
De las Ninfas, que no! Que al irse á Pisa  
Me regaló su músico instrumento,  
Y sé pulsarlo, de cantor á guisa,  
De Glauca repetir con grato acento  
Y de Pirra los versos, y á Crotona  
Sé celebrar con dulce sentimiento,  
De Zacinto bellísima pregona  
Los loores mi voz, y de Lacinio  
Que el Sol naciente con su luz corona,

- En donde Egón, de atletas exterminio,  
Ochenta tortas devoró, y asiendo  
Por la pezuña á un toro, so el dominio  
Lo puso de Amarilis. Con estruendo  
Aplaudian al verlo las mujeres  
Y él de la selva lo traía riendo.
- BA. ¡Amarilis gentil! Tu sola mueres  
Sin que de tí se olvide ni un instante  
El corazón que aun en la tumba hieres,  
Más que á mis cabras te adoré constante;  
Más que á mi grey te amé cuando moriste  
¡Ay, ay!, triste destino el de tu amante.
- CORI. No desmayes, ¡oh Bato! ménos triste  
Tal vez mañana te será la suerte;  
Mientras hay vida, la esperanza existe,  
Llegar tan sólo debe con la muerte  
El desaliento. Júpiter sereno  
Se muestra á veces, y otras lluvia vierte.
- BA. Sí, la resignación me inunda el seno.  
Ahuyenta á los becerros, que esa oliva  
A destrozarse empiezan. ¡Eh! No es heno,  
Lejos de aquí, Blanquíuzco.
- CORI. ¡Ea, arriba!  
Al otero, Cimetas. ¿No oyes? ¡Vaya!  
Me acerco, ¡vive Pan! bestia nociva,  
Y te castigo; en insolencia raya  
Tu osadía. ¿Otra vez? ¡Oh, si á la mano  
Tuviera mi bastón de sólida haya!...  
¡Cuál te azotara!
- BA. Coridón, hermano;  
Que me mires por Júpiter te pido;  
Me ha punzado el talón cardo inhumano,  
Altísimas las zarzas han crecido  
En derredor. ¡Mal haya la becerra!  
Que por correr tras ella el pie me he herido,  
¿La has hallado?
- CORI. Sí, sí; mi ojo no yerra,  
La tengo entre las uñas; es la espina.
- BA. ¡Pequeña y doma á un hombre!
- CORI. Por la sierra  
Un prudente pastor jamás camina  
Sin sandalias, ¡oh Bato! Mil abrojos  
Hay en el monte, y el zarzal germina.
- BA. Y dime, Coridon, ¿los negros ojos

De aquella ninfa, tienen al vejete  
Apasionado aún?

CORI. Viejos antojos.  
No remedian los años. Acomete  
La empresa de casarse todavía.  
Del apartado establo en el retrete  
Llorando por su bella vílo un día  
Con gestos y graciosos ademanes.  
BA. ¡Ay, viejo verde! Competir podría  
Tu raza con los Sátiros y Panes.

*(Traducción de D. Juan Ignacio Montes de Oca,  
"Ipandro Acaíco", obispo de San Luis de Potosí.)*

### BIÓN DE ESMIRNA.-IDILIO III

A la sombra de una haya frondosa  
Una tarde tranquilo dormía;  
De repente hasta mí majestuosa  
La gran Reina de Páfos llegó.

Su alba diestra al Amor conducía,  
Que modesto y sin arco ni aljaba,  
De la tierra la vista no alzaba;  
Y así Venus benigna me habló.

¡Cuál me place la grata dulzura  
De tus himnos, y el célico fuego;  
Y esa voz tan süave y tan pura  
Con que sueles mis glorias cantar!

¡Oh zagal! A Cupido te entrego:  
Dále amigo, armoniosas lecciones;  
Presto sepa tus dulces canciones  
Repetir tu divino escolar.

Citerea partió, y al momento  
Mis sencillas canciones rurales  
Al compás de mi rudo instrumento  
A enseñar á Cupido empecé.

¡Vano empeño! ¡lecciones fatales!  
¡Oh, imprudencia de mi ánima incauta!  
Cuál Minerva inventara la flauta  
Y Mercurio el laúd, le narré.

Yo canté cuál la cítara de oro  
Forjó diestro el dulcísimo Febo;  
Cómo Pan su instrumento sonoro,  
En Arcadía, de cañas formó.

Distraído el alado mancebo



Despreciaba mis castas historias;  
Y odas mil entonando amatorias  
Mis idilios jamás escuchó.

De las ninfas del mar las locuras  
Seductor celebraba Cupido,  
De su Madre las tramas impuras,  
Y de Baco el precoz frenesí.

Poco á poco dejé en el olvido  
Sepultadas mis églogas todas,  
Y de Amor las impúdicas odas,  
¡Infelice!, muy presto aprendí.

*(Traducción de D. Juan Ignacio Montes de Oca "Ipandro Arcaico".)*

## MOSCO DE SIRACUSA.-IDILIO IX

### AMOR ARANDO

Depuesta la antorcha,  
Guardado el carcax,  
La vara punzante  
Blandiendo procaz,  
Travieso Cupido  
Por el campo va.  
Del hombro le cuelga  
Pesado costal,  
Y el fértil terreno  
Se apresta á labrar.  
El yugo á los bueyes  
Impone el rapaz,  
Con diestra maniobra  
El sulco abre ya,  
Y el grano de Ceres  
Al ir á sembrar,  
Mirando á la excelsa  
Región celestial  
A Júpiter mismo  
Dirigese audaz  
"¡Oh Jove! (le dice)  
Ya puedes enviar  
Al campo que labro  
Calor y humedad,  
Si no, por mi Madre  
Te juro veraz

¡Oh de Europa bella  
Cornudo animal!  
Que en forma de toro  
De nuevo bajar  
De Olimpo á la tierra  
Mis flechas te harán,  
Y uncido al arado  
Conmigo andarás.»

(Traducción de D. Juan Ignacio Montes de Oca.)

## D. SÁTIRA FILOSÓFICO-MORAL

### LUCIANO.—DIÁLOGOS DE LOS DIOSES

#### DIÁLOGO 2.º.—CUPIDO Y JÚPITER

*Cupido.*—Si alguna falta he cometido, oh Júpiter, perdóname; ya ves que soy un niño y no tengo todavía uso de razón.

*Júpiter.*—¿Tú un niño, Cupido, cuando eres más viejo que Japeto? ¿Acaso porque no tienes barba ni canas quieres pasar como un niño, siendo ya un viejo, y viejo taimado?

*Cupido.*—¿Mas en qué te ha ofendido este viejo, como tú dices, para que así pienses aprisionarlo?

*Júpiter.*—Mira, infame, si es pequeña ofensa el burlarte de mí en términos de que apenas hay cosa en que no me hayas convertido en sátiro, toro, oso, cisne, águila. Por otra parte, nunca has hecho que una mujer se enamore de mí, ni entiendo haberme hecho jamás agradable á ninguna por tu mediación; antes bien, tengo que valerme con ellas de alucinaciones y encantamientos y ocultar mi personalidad: de suerte que aman al toro ó al cisne; y si á mí me viesen se morirían de terror.

*Cupido.*—Naturalmente, Júpiter; siendo ellas mortales, no pueden resistir tu presencia.

*Júpiter.*—¿Y cómo es que á Apolo le aman Branco y Hyacintho?

*Cupido.*—Pero Daphne lo ha rechazado, á pesar de su larga cabellera y de su rostro barbilampiño. Nada, Júpiter; si quieres hacerte amar, no agites la égida ni llesves ese rayo, hazte, por el contrario, todo lo elegante que te sea posible; peina en bucles el cabello á los lados y préndelos con una diadema; viste traje de púrpura; usa calzado bordado de oro; marcha candenciosamente á compás de la flauta y de los tympanos, y verás como te siguen en número mayor que las Ménades de Baco.

*Júpiter.*—Quita allá: no aceptaré nunca el ser amado á tanta costa.

*Cupido.*—Entonces, Júpiter, renuncia á amar, esto es lo más expedito.

*Júpiter.* — No, yo quiero amar y llegar al logro de mi deseo de una manera más fácil. Con esta precisa condición te dejo marchar.

## **DIÁLOGOS DE LOS MUERTOS. — DIÁLOGO 4.º-MERCURIO Y CARÓN**

*Mercurio.* — Barquero, si te parece bien, vamos á ajustar la cuenta de lo que ya me debes, para que no tengamos otra vez disputas sobre el asunto.

*Carón.* — Ajustémosla, Mercurio; mejor es y más desembarazado que quedemos en lo fijo.

*Mercurio.* — Te traje, según tu encargo, un áncora de cinco dracmas.

*Carón.* — Mucho dices.

*Mercurio.* — Por Plutón, que me costó los cinco dracmas, y una correa para atar los remos, dos óbolos.

*Carón.* — Apunta cinco dracmas y dos óbolos.

*Mercurio.* — Una aguja para remendar la vela; pagué por ella cinco óbolos.

*Carón.* — Apúntalos también.

*Mercurio.* — Cera para tapar las rendijas de la barca; clavos y un cable, con el cual hiciste la hypera; todo ello cinco dracmas.

*Carón.* — Bien: eso lo has adquirido á buen precio.

*Mercurio.* — Esto es lo que me debes, si no se nos ha pasado otra cosa que poner en cuenta. ¿Cuándo dices que me lo pagarás?

*Carón.* — Ahora, Mercurio, me es imposible; pero si una peste ó una guerra nos envía algunas masas, podré sacar algún provecho de la concurrencia, haciendo fraude en el precio del pasaje.

*Mercurio.* — ¿De modo que tendré que estarme sentado, deseando que sobrevengan tales plagas para recobrar por ellas mi dinero?

*Carón.* — No hay más remedio, Mercurio. Ahora, ya lo ves, son muy pocos los que vienen, como que estamos en paz.

*Mercurio.* — Mejor es así, aunque tardes en pagarme. Por cierto, Carón, ya recordarás qué muertos nos venían antiguamente, todos valientes, llenos de sangre y heridos casi todos. Ahora sólo viene alguno que ha muerto envenenado por su hijo ó por su esposa, ó á quien los vicios han hecho que el vientre ó las piernas se les hinchen, pues todos son pálidos, innobles y en nada parecidos á aquellos. Y la inmensa mayoría, á lo que parece, vienen por las asechanzas que mutuamente se ponen á causa de las riquezas.

*Carón.* — El dinero es, en efecto, cosa muy digna de desear.

*Mercurio.* — Según eso, no te parecerá que obro mal reclamándote con insistencia lo que me debes.

## **DIÁLOGO 18.-MENIPO Y MERCURIO**

*Menipo.* — ¿Dónde están, Mercurio, los hombres hermosos y las mujeres bellas? Sírve me de guía, puesto que soy recién venido.

*Mercurio.* — No tengo lugar, Menipo; pero mira hacia allá, á la derecha: allí

están Jacintho, Narciso, Nireo, Aquiles, Tyro, Helena, Leda, y, en fin, todas las bellezas de otros tiempos.

*Menipo.* — No veo más que huesos y cráneos despojados de carne y todos iguales.

*Mercurio.* — Pues las bellezas que todos los poetas admiran son esos huesos, de los cuales tú parece que haces desprecio.

*Menipo.* — Muéstrame á Helena, que ya no podré distinguirla.

*Mercurio.* — Este cráneo es Helena.

*Menipo.* — ¿Y por esto se armaron mil naves de todos los puntos de la Grecia y murieron tantos griegos y tantos bárbaros, y fueron destruídas tantas ciudades?

*Mercurio.* — Es que tú no viste, Menipo, á esa mujer viva; seguramente hubieras dicho también que era muy natural.

“sufrir por tal mujer tantos desastres.”.

Si vemos una flor seca y ya descolorida nos parece fea; pero cuando está floreciente y con todo su color, es hermosísima.

*Menipo.* — Pues eso es, ¡oh, Mercurio!, lo que á mí me admira; que no comprendiesen los Aqueos que sufrían tantos trabajos por una cosa tan efímera y que tan fácilmente había de marchitarse.

*Mercurio.* — No tengo tiempo, Menipo, de filosofar contigo. Busca un sitio donde mejor te parezca y échate. Yo voy por otro muerto.

(Traducción de D. Cristóbal Vidal y J. Delgado.)

## SEGUNDA PARTE.—LITERATURA ROMANA

### ÉPOCA PRECLÁSICA

#### A. DIDÁCTICA

##### **Marco Porcio Catón. De re rustica.**

Muy de ambicionar sería la ocupación de los negocios mercantiles si no fuese tan aleatoria y ocasionada á peligros: y el ejercicio de la usura, si fuese tan honrado como lucrativo. Nuestros mayores dispusieron en sus leyes que el ladrón fuese condenado á pagar el doble de lo robado, y el usurero á pagar el cuádruplo: de donde podemos colegir cuán peor ciudadano estimaban al usurero que al ladrón. En cambio, para elogiar á un varón bueno, le loaban como buen agricultor, como buen labriego, y consideraban que esta era la más generosa alabanza. Yo estimo en mucho al comerciante activo y diligente, pero, como ya dije, es oficio expuesto á peligros y calamidades. De entre los

labriegos salen-varones fuertes y valerosos soldados. Los beneficios y granjerías del labrador son los más justos y estables y los menos envidiados, y los hombres que á tal ocupación se consagran, rara vez tienen malos pensamientos. Ahora, pues, volviendo á mi asunto, comenzaré á tratar de lo ofrecido.....

*Deberes del padre de familia ó propietario.* -- Cuando el propietario llegue á su finca, una vez que haya saludado á los lares de la familia debe dar vuelta á su propiedad, recorriéndola toda, si no en el mismo dia, al siguiente. Conocido el estado en que el cultivo se encuentra, las labores hechas y las que están por hacer, llame al día siguiente al mayordomo y pregúntele sobre esto, si los trabajos han sido hechos en sazón oportuna, si queda tiempo de acabar los ya comenzados: cuáles sean las cosechas ó existencias de vino, de trigo y de otros mantenimientos. Sabido esto, le conviene tomar cuenta y razón del tiempo invertido en los trabajos por los obreros. Entonces suele el mayordomo decir que él lo ha hecho todo, pero que los esclavos son ineptos, ó que unos han desertado y otros han sido llamados á las prestaciones públicas ó que ha habido horrosas tormentas. Una vez expuestas estas ú otras causas ó pretextos, debe comprobarse lo dicho por el mayordomo con lo que digan los operarios. Si habla de tempestades, de lluvias, bueno es averiguar cuántos dias duraron y si se hicieron los trabajos que pueden hacerse con mal tiempo, como es lavar y empear las tinajas, limpiar la casa, airear el trigo, sacar las cuadras, volver los estercoleros, encalar las semillas, remendar los cáñamos y sogas viejas ó hacerlos de nuevo, recoser las mantas y anguarinas. En los dias feriados pueden limpiar las canales, arreglar el piso de la calle, rozar los abrojos, cavar el jardín, escardar el prado, cortar y domar varas, arrancar zarzas, hacer harina, limpiarlo todo.

.....  
Conviene que el propietario sea vendedor, no comprador.....

(Traducción de F. N. L.)

## B. POESÍA DRAMÁTICA

### PLAUTO.-EL SOLDADO FANFARRÓN

#### ESCENA PRIMERA

**Pirgo polinices, Capitán.**

**Axtotrogo, truhán.**

*Pirgo.* -- Mozo, poned diligencia en que mi coselete esté más claro y limpio que suelen estar los rayos del sol cuando es muy sereno, porque siendo necesario entrar en el campo, la mucha claridad y resplandor del acero, quita la vista al enemigo, porque yo hartó tendré que hacer en consolar esta mi espada que no

se queje y desespere porque ha tantos días que la hago holgar, y que no saque fruto de mis enemigos; pero ¿dónde está Axtotrogo?

*Axtotrogo.* — Aquí estoy cerca de un varón fuerte y bien afortunado, y de una disposición real con el cual Marte, Dios de las batallas no osara competir, ni comparar sus virtudes.

*Pir.* — ¿Cómo fué aquello del que salvé la vida en los campos cuticalidonio, adonde era capitán general del gran nieto de Neptuno?

*Ax.* — Muy bien me acuerdo; díceslo, señor, por aquel de las armas de oro, cuyas batallas tú desbaratáste con solo tu soplo, como un gran viento desbarata las hojas secas.

*Pir.* — Pues todo eso no es nada.

*Ax. (Aparte.)* — No, por cierto, en comparación de otras cosas que yo podría decir que tú nunca hiciste, que si hubiera en el mundo quien haya visto otro más perjuro ni más lleno de vanagloria que este hombre, téngame por esclavo perpetuo suyo.

*Pir.* — ¿Oyes, dónde estás?

*Ax.* — Aquí estoy, señor, acordándome cómo en la India de una puñada quebrantó tu brazo á un elefante.

*Pir.* — ¡Qué dices brazo!

*Ax.* — No sé qué decir, señor, sino la espalda, y aun osaría jurar que si pusieran una poca de más fuerza pasaras el cuerpo al elefante por el cuero, y por las entrañas y se lo sacaras por la boca.

*Pir.* — No trates más agora deso.

*Ax.* — Ni hay necesidad de contar tus virtudes á mí que también las sé; el vientre trae todas estas tormentas: hánse de oír por las orejas por dar que moler á los dientes, y tengo de lisonjear á todas cuantas mentiras éste dijere.

*Pir.* — ¿Qué es esto, qué quieres decir?

*Ax.* — Bien sé, señor, á dónde vas y acuérdome que pasó todo así como lo quieres decir.

*Pir.* — Por mi vida, ¿qué es eso?

*Ax.* — Cualquier cosa que quisieres.

*Pir.* — ¿Tienes ahí libro de memoria?

*Ax.* — ¿Quieres me preguntar algo? Sí tengo, y el punzón para escribir en él.

*Pir.* — ¡Qué gradosamente sabes aplicar tu ánimo á mi voluntad!

*Ax.* — Conviene tener muy conocidas todas tus costumbres. Y que no hayas bien pensado la cosa cuando ya esté contigo.

*Pir.* — Pues dime, ¿no te acuerdas?...

*Ax.* — Muy bien, señor, tengo en la memoria que en un solo día mataste en Cilicia cien salteadores, y ciento cincuenta en Silicia, y treinta en Cerdeña, y sesenta en Macedonia.

*Pir.* — ¿Qué número de hombres será ese?

*Ax.* — Siete mil.

*Pir.* — Tantos han de ser; muy buena curiosidad tienes.

*Ax.* — Pues no los escribí, pero acuérdome muy bien dello.

*Pir.* — ¡Por los dioses, que tienes excelente memoria!

*Ax.* — El mantenimiento me la hace tener.

*Pir.* — Mientras hiciéresla hasta aquí no te faltará de comer, ni yo te negaré mi mesa.

*Ax.* — Pues cuán mejor, señor, fué aquello de Capadocia, donde si no tuviérais rota la espada de un solo golpe mataréis quinientos, y la gente de pie, si viviera fuera para tí muy poca presa; pero ¿para qué tengo de gastar tiempo en contar aquello que es tan notorio en el mundo, y que saben todos que vive Pirgopolinice en la tierra, varón excelentísimo en virtud y gesto y hazaña? Todas las mujeres te aman, y con mucha razón, pues te ven tan hermoso, ¡oh que aquellas que ayer me tiraban de la capa!...

*Pir.* — Que te dijeron ayer. ¡Por mi vida!

*Ax.* — Preguntáronme ¿es este Aquiles? Respondía yo, no, sino su hermano. Entonces la una dellas dijo: por cierto muy hermoso me parece, y muy bien dispuesto. Mirad como le asientan bien los cabellos y la barba. ¡Oh cuán venturosas son las que alcanzaren su amor.

*Pir.* — ¿Mas de veras que así lo decían?

*Ax.* — Antes entrambas me rogaron que tuviese forma como pasases hoy por la calle.

*Pir.* — También es gran pesadumbre ser un hombre demasíadamente gentil hombre.

*Ax.* — ¡Oh, señor! que todas estas mujeres son inoportunas; lléganse á mí ruéganme, y mátanme, sobre que te deje ver, mándanme que te lleve á sus casas, de tal manera, que si hubiese de cumplir sus ruegos impediría tus negocios.

*Pir.* — Paréceme que es ya tiempo para que vamos á la plaza para hacer pago á aquella compañía de gente que por ruego del Rey Seleuco hice hacer para envialle.

*Ax.* — Vamos, señor.

*Pir.* — Llama esa gente, que venga conmigo.

(Traducción *de P. Simón Abril? Manuscrito de la Biblioteca Nacional.*)

## TERENCIO.-LA ANDRIANA

### ACTO II.—ESCENA I

#### Carino, Birria.

*Carino.* — ¿Qué me dices, Birria? ¿Se casa hoy Pámfilo con Filomena?

*Birria.* — Así es.

*Carino.* — ¿Cómo lo sabes tú?

*Birria.* — Se lo he oído á Davo ahora mismo en la plaza.

*Carino.* — ¡Ah desdichado de mí! He vivido hasta ahora entre el temor y la esperanza, pero perdida ésta, me quedo abatido, acongojado, estupefacto.

*Birria.* — Te suplico, Carino, por los dioses, que hagas lo que puedas, cuando no te es posible conseguir lo que quieres.

*Carino.* — Nada más quiero que á Filomena.

*Birria.* — ¡Oh cuánto más te valdría arrancar de tu pecho este amor, que hablar de una cosa que enciende tan infructuosamente tu deseo!

*Carino.* — Todos, cuando estamos sanos, damos fácilmente buenos consejos á los enfermos. Si tú estuvieses en mi lugar, sentirías otra cosa.

*Birria.* — Haz, pues, haz lo que gustes.

ESCENA II

**Carino, Birria, Pámfilo.**

*Carino.* — Veo á Pámfilo, y estoy decidido á intentarlo todo antes de perecer.

*Birria.* — (*Aparte.*) ¿Qué hace aquí?

*Carino.* — Le rogaré, le suplicaré, le manifestaré mi amor, conseguiré tal vez que dilate por algunos días este casamiento, y entre tanto espero que acontezca alguna novedad.

*Birria.* — Y esta novedad será nada.

*Carino.* — ¿Qué opinas, Birria? ¿Vamos á hablarle?

*Birria.* — ¿Por qué no? Si no puedes lograr nada, sepa al menos que si se casa con ella, tendrá un galán.

*Carino.* — Vete de aquí en hora mala, bellaco, con esas sospechas.

*Pámfilo.* — Veo á Carino: que los dioses te ayuden.

*Carino.* — ¡Oh Pámfilo!, buenos días. Vengo á pedirte esperanzas, salud, socorro, consejo.

*Pámfilo.* — A fe mía no estoy para dar consejos, ni para dispensar socorros, ¿de qué se trata?

*Carino.* — ¿Te vas á casar hoy?

*Pámfilo.* — Así dicen.

*Carino.* — Pámfilo, si lo haces, me verás hoy por última vez.

*Pámfilo.* — ¿Por qué?

*Carino.* — ¡Ay de mí, tengo reparo en decirlo. Birria, te suplico se lo digas tú.

*Birria.* — Hablaré.

*Pámfilo.* — ¿De qué se trata?

*Birria.* — Este ama á tu desposada.

*Pámfilo.* — Tiene un gusto muy opuesto al mío. Dime, por tu vida, Carino, ¿has tenido algo con ella?

*Carino.* — Nada, Pámfilo.

*Pámfilo.* — ¡Oh cómo quisiera, que así no fuese!

*Carino.* — Te ruego ante todo por nuestra amistad y por mi amor que no te cases con ella.

*Pámfilo.* — Lo haré todo para complacerte.



*Carino.* — Pero si no puedes, ó si esta boda te ha interesado el corazón...

*Pámfilo.* — ¿El corazón?

*Carino.* — Que le dilates por unos días para que me vaya á alguna parte en que tal no vea.

*Pámfilo.* — Escúchame ahora. Creo, Carino, que no conviene de ninguna manera á un caballero pretender que se le den las gracias sin haberlas merecido pues mi anhelo de librarme de este casamiento es mucho mayor que el que tú tienes para conseguirlo.

*Carino.* — Me has dado la vida.

(Traducción de D. Salvador Costanzo.)

## ÉPOCA CLÁSICA

### PRIMER PERÍODO

### A. DIDÁCTICA

#### Marco Terencio Varrón. — De Agricultura.

#### Libro III.—De las abejas.

..... — Verdad dices — contestó Apio — pues como quedé huérfano y pobre con dos hermanos y dos hermanas, casé á una de ellas, sin dote, con Lúculo, quien me cedió su herencia y entonces fué cuando por primera vez me acostumbré á beber en casa el vino mulso (con miel), pero en tanto, casi siempre tenía vino mulso para mis convidados. Por otra parte á mí pertenecía mejor que á tí el conocer á esas volátiles á quienes natura concedió tan singular ingenio y arte: y para que veas cuánto mejor conozco que tú la increíble naturaleza de esas *aves*, escúchame. Mérula te enseñará despues lo que suelen hacer los cultivadores de la miel ó *meliturgos*. Primeramente, las abejas nacen algunas de otras abejas y algunas del cuerpo del buey en putrefacción. Por eso Arquelao en sus epigramas dice que «las moscas de miel son la progenie alada de un buey muerto», y añade que de los caballos nacen las avispas y de los bueyes las abejas. Las cuales abejas no son de naturaleza solitaria como las águilas, sino sociable, como los hombres. Esto tambien sucede á los grajos, pero no con el mismo fin, puesto que la sociedad de ellos no tiene un propósito industrial y edificativo. De razón y de arte parecen dotadas: pues de ellas puede aprenderse á trabajar, á edificar y á preparar alimentos. Son tres sus fines: la comida, la casa, el trabajo, porque ni la comida les exige los mismos cuidados que la cera, ni la cera los de la miel, ni la miel los de la casa. Cada celdilla tiene seis ángulos, tantos como patas la abeja; construyen lo que los géometras llaman exágono, porque este ocupa más

espacio en el círculo que otros polígonos de menos lados. Pacen fuera y trabajan dentro de casa su dulcísimo producto, tan acepto á los hombres como á los dioses, porque vemos la miel en los altares, al comenzar la comida y á los postres. Como las ciudades humanas es la de las abejas, pues entre ellas hay rey, gobierno y sociedad, que pura se conserva: y ninguna de ellas hace asiento en lugar sucio ni en sitio donde huela mal, ni tampoco donde huela demasiado bien, y así pican al que se las acerca si va perfumado. No son golosas como las moscas y nadie las vió, como á estas, posarse en carne, ni en sangre, ni en grasa, sino solo en donde haya dulces sabores. Ni hacen daño ni deterioran aquello á que se acercan: ni son tan perezosas que no se resistan á quien trate de perturbarlas en su trabajo, pero no ignoran hasta dónde llega su debilidad. Con razón se dice que son amigas de las Musas, pues cuando más desparramadas se hallan, basta el son de un címbalo ó una palmada para congregarlas en un lugar; y así como á aquellas diosas concedieron los hombres el Helicón y el Olimpo, á ellas les otorgó la naturaleza el dominio de las selvas frondosas é incultas. Siguen á su rey por doquiera que vaya y, cansado, le llevan en volandas, pues en conservarles ponen todo su anhelo. Ni se las ve nunca ociosas, ni dejan de odiar á los holgazanes. Así arrojan de la colmena á los zánganos, porque estos no les ayudan y consumen miel: y aun cuando sean pocas y ellos muchos y muy zumbadores los persiguen. Con una materia que los griegos llaman *erizaké* obturan los agujeros por donde pudiera entrar el aire en sus celdillas. Todas ellas viven formando un ejército y tienen sus relevos para dormir ó velar y también para trabajar, y envían colonias lejos de sí. Tienen también jefes y obedecen á sus voces como á la corneta de órdenes los soldados; y entre ellas se hacen y ven señales de guerra y de paz. Pero ¡oh Mérula, nuestro amigo Axio se aburre de toda esta historia natural y de no oír hablar del fruto de las abejas, para lo cual te cedo la palabra.....

(Traducción de F. N. L.)

## CICERÓN.-CUESTIONES TUSCULANAS

### Del modo de hacer llevaderos los dolores.

¿En qué consistirá, oh amigo Bruto, que componiéndose el hombre de alma y cuerpo, se haya inventado el arte de curar y conservar el cuerpo, y por su utilidad se haya atribuido su invención á los dioses inmortales, y que, por el contrario, la medicina del alma no haya sido tan deseada antes de inventarse, ni tan cultivada después que se conoció, antes al contrario, haya sido agradable á muy pocos y odiada y aborrecida por la mayor parte? ¿Consistirá en que juzgamos con el alma de la gravedad del dolor del cuerpo, y no sentimos con el cuerpo las enfermedades del ánimo? Lo cierto es que el alma tiene que juzgar de sí misma, cuando está enfermo el mismo instrumento con que juzga. Si la Naturaleza nos hubiera engendrado de tal modo que pudiéramos mirarla frente

á frente y seguiría como regla infalible en todas las circunstancias de la vida, no hubiera habido necesidad de que buscásemos razón ni doctrina. Pero ahora, por el contrario, á nuestros hijos desde pequeños les apagamos de tal manera el ardor con el contagio de nuestras costumbres y opiniones, que nunca llega á brillar en ellos la luz de la naturaleza. Hay en nuestro genio semilla innata de virtudes que, si nos fuera lícito cultivar, podría llevarnos naturalmente á una vida feliz. Pero ahora, así que hemos nacido á la luz, nos ejercitamos continuamente en toda iniquidad y en suma perversión de opiniones, de tal modo, que parece que mamamos el error de los mismos pechos de la nodriza. Y cuando pasamos de manos de nuestros padres á las de nuestros maestros, nos imbuímos en tales errores que cede la verdad á la vanidad, y la naturaleza misma á la opinión autorizada.

Añádase esto al contagio de los poetas, que trayendo consigo gran fama de doctrina y sabiduría, son leídos, oídos y aprendidos de memoria, y se pegan por decirlo así, al entendimiento. Cuando á esto se añade el pueblo, que es el mayor maestro, y el consentimiento universal de la muchedumbre, propensa siempre á los vicios, nos llenamos de opiniones erróneas y nos apartamos de la naturaleza, de tal manera, que parece que nos negaron la excelencia de nuestra naturaleza los que afirmaron que no había cosa mejor ni más apetecible ni excelente para el hombre que los honores, el mando y la gloria popular, la cual buscan aun los mejores, añadiendo que los que persiguen aquella verdadera honestidad, único fin de la naturaleza, corren en pos de un fin vano, y no alcanzarán ninguna imagen de virtud, sino cierta falsa apariencia de vanagloria, porque la gloria sólida es algo real y vivo, no aparente y falso. Es la alabanza de los buenos que predicán con incorrupta voz las alabanzas de la virtud, y corresponde á ella como su imagen. La cual, por lo mismo que es compañera la mayor parte de las veces de las acciones rectas, no debe ser repudiada por los hombres de bien. Pero la que se presenta como imitadora suya, temeraria é inconsiderada y la mayor parte de las veces encomiadora de los vicios y pecados; en suma, la fama popular, con apariencias de honesta, corrompe su forma y hermosura. Por esta ceguedad los hombres tendiendo á veces á lo excelente, pero no sabiendo dónde se encontraba ni en qué consistía, allanaron los unos desde los cimientos sus ciudades, otros se mataron á sí mismos, y todos estos, buscando lo mejor no se engañaron tanto por error de la voluntad como por vicio de ejecución. Y ¿qué dirás de los que se dejan arrastrar por la codicia del dinero ó por la liviandad del deleite, y cuyo ánimo está sujeto á tal perturbación que no le falta mucho para caer en la locura? ¿No hemos de aplicar alguna curación á estos insensatos? ¿Acaso son menos nocivas las enfermedades del alma que las del cuerpo? ¿Habrá medicina para el cuerpo y no la habrá para el alma?

Y en realidad son muchas y más perniciosas las enfermedades del alma que las del cuerpo. Aun los dolores corporales son más odiosos, porque tocan al alma y la solicitan; y el alma enferma, como Ennio escribe, anda errante siempre, y ni puede sufrir ni resistir y nunca deja de desear. ¿Qué dolor del cuerpo

puede ser más grave que la tristeza y la codicia, por no nombrar otros? Y ¿quién creerá que el alma no es susceptible de medicina, cuando sepa que el alma ha inventado la medicina del cuerpo, á la cual ayudó mucho la misma naturaleza? Siendo cierto por otra parte, que no todos los que se han sujetado á curación han convaltecido en seguida, al paso que todos los espíritus que han querido sanar y guiarse por los preceptos de la sabiduría han sanado sin duda alguna.

Y en realidad, la filosofía es medicina del alma, y su auxilio no se ha de buscar de fuera, como en las medicinas corporales, sino que hemos de procurar con todo esfuerzo curarnos á nosotros mismos. De la utilidad de la filosofía y de cómo hemos de cultivarla, ya creo que hemos dicho bastante en el *Hortensio*. Aunque sobre las cuestiones filosóficas de mayor importancia no hemos dejado de disputar y de escribir desde entonces. Pero en estos libros sólo me propongo exponer lo que disputé con mis amigos en el Tusculano. En los dos libros anteriores traté de la muerte y del dolor; el tercer día dará materia á estos tres libros. Era poco después del medio día cuando, bajando á nuestra academia, interrogué á uno de los que allí estaban, para encontrar ocasión de disputa. Y el diálogo pasó de este modo:

*Oyente.* — Me parece que en el sabio cabe la enfermedad.

*Marco.* — Y ¿por qué no todas las perturbaciones del ánimo, el temor, la liviandad, la iracundia? A todas estas llaman los griegos pasiones, y yo podría, traduciendo literalmente la palabra, llamarlas enfermedades; pero este sentido no está adoptado entre nosotros. Los griegos llaman enfermedades á la compasión, á la envidia, á la alegría, á todos los movimientos del alma que no obedecen á la razón; pero nosotros, á todos estos movimientos del alma agitada y fuera de sí, los llamamos perturbación, y nunca enfermedad, porque esta voz tiene entre nosotros un sentido distinto.

*Oyente.* — Lo mismo me parece.

*Marco.* — ¿Crées tú que todo esto puede recaer en el sabio?

*Oyente.* — Así lo creo.

*Marco.* — En poco hemos de estimar, pues, esa gloriosa sabiduría, si es que no se diferencia mucho de la insensatez.

*Oyente.* — Y qué, ¿toda conmoción del alma te parece locura?

*Marco.* — Y no me lo parece á mí solo. Por el contrario, suelo admirarme de que á nuestros mayores les hubiera parecido lo mismo muchos siglos antes de Sócrates, del cual se derivó toda la filosofía de la vida y de las costumbres.

*Oyente.* — Y ¿de qué modo?

*Marco.* — Porque el nombre de locura significa enfermedad de la mente, esto es, *insania*, tristeza del alma, lo que comúnmente llamamos insensatez. Todos los filósofos llaman á estas perturbaciones del alma enfermedades, y niegan que ningún necio carezca de ellas; es así que el que está enfermo no está sano, y que todas las gentes apasionadas padecen una enfermedad ó pasión de ánimo; luego todos los hombres apasionados están locos. Creían nuestros mayores que la salud del alma consiste en cierta tranquilidad y constancia; cuando el entendi-

miento carecía de esta serenidad le llamaba insano, porque en el alma perturbada, lo mismo que en el cuerpo, no cabe la salud.

Y no procedieron con menos agudeza los que á la pasión del alma destituida de la luz de la mente la llamaron demencia. De donde podemos deducir que los que pusieron nombre á estas cosas, pensaban lo mismo que aprendieron los estoicos de Sócrates; es á saber, que los insipientes no están sanos, porque el alma que padece alguna pasión no está más sana que el cuerpo enfermo. De aquí se infiere que la sabiduría es la salud del alma, y que la pasión es como una locura y demencia.

*(Traducción de M. Menéndez y Pelayo.)*

## CICERÓN.-DE LA VEJEZ

### **Pruebas acerca de la inmortalidad del alma: consuelos de la muerte.**

Nadie me podrá nunca hacer creer, oh Escipión, que tu padre Paulo, ó tus dos abuelos Paulo y Escipión Africano, ó el padre de Africano, ó el tío y otros muchos varones excelentes, que no es necesario nombrar ahora, acometieran tan grandes empresas, que duran en la memoria de la posteridad, si no vieran con los ojos del alma que les había de alcanzar á ellos también esta gloriosa memoria.

¿Juzgas, por ventura (por alabarme un poco como es propio de los viejos), que hubiera yo emprendido tantos trabajos de día y noche, en paz y en guerra, si hubiera de acabar mi gloria en los mismos términos que la vida? ¿No me hubiera sido mejor para esto vivir una vida quieta y sosegada sin empeño ni trabajo ninguno? Pero no sé de qué modo, levantándose el ánimo, miraba siempre á la posteridad, como si hubiese de vivir cuando saliese de esta vida: por cierto que si no fuera verdad que las almas son inmortales, no se empeñara tanto por la gloria inmortal el ánimo de cualquiera hombre muy bueno. ¿Y qué diremos de que el hombre muy sabio muere con mucha resignación y el necio de muy mala gana? ¿No os parece que el ánimo que ve más y con más penetración, ve que se parte á mejor estado, y que esto no lo ve el que tiene embotado el juicio? Muchísimo deseo tengo de ver á vuestros padres, á quienes traté y estimé mucho; y no solamente tengo ardentísimos deseos de ver á los que he conocido, si no á aquellos también de quienes he oído hablar, ó yo mismo he leído y escrito. Al cual término, encaminándome yo, nadie me haría fácilmente volver atrás, ni me fundiría de nuevo, como á Pelias. Y si algún Dios me concediera volverme de esta edad á la de niño otra vez, y llorar en la cuna, lo resistiría mucho, pues no quiero desde el fin de la carrera volverme otra vez al principio.

Porque ¿qué conveniencias hay en la vida? Antes muchos trabajos; y demos que las haya, también tienen su duración y término. No porque soy de los que lloran la vida, como han hecho muchos, y hombres sabios, ni tampoco me pesa

de haber vivido, porque he vivido de modo que no me parece haber nacido en balde, y salgo de esta vida como de una posada, no como de una casa; porque no nos ha dado la naturaleza casa donde habitemos, sino posada donde paremos poco. ¡Oh, dichoso y feliz día aquel en que me parta á aquella divina junta de los ánimos, y deje esta barahunda del mundo! Porque no solamente Iré á ver todos estos grandes hombres de quienes arriba he hecho mención, sino también á mi amado hijo Catón, el mejor y más piadoso que ha nacido hasta ahora; cuyo cuerpo quemé yo, debiendo ser al contrario, que él quemase el mío. Pero su ánimo, no dejándome, sino volviéndose á mirarme, se partió á aquel paraje donde conocía que yo había de ir también otro día. La cual desgracia ha parecido que la llevaba con grandeza y valentía de ánimo, no porque así fuese, sino porque me consolaba en pensar que no podía ya ser muy largo nuestro apartamiento.

Por estas cosas, Escipión y Lelio (que de esto me dijisteis que os admirá-bais), me parece tolerable la vejez, no sólo no molesta, sino aun gustosa. Y si yerro en pensar que las almas de los hombres son inmortales, yerro con toda mi voluntad; y no quiero que me saquen de este error mientras vivo, porque en él me gozo; y si después de muerto (como han creído algunos filósofos de poco nombre) no he de tener sentido, no temo que los filósofos muertos se rían de este error mío. Mas si no hemos de ser inmortales, es de desear al hombre morirse á su tiempo. Porque tiene la naturaleza, como todas las cosas, su moderación y término en el vivir. La vejez es en la vida como la última jornada de la comedia; cuyo cansancio debemos huir, particularmente si se añade el estar hartos y satisfechos de vivir. Esto es lo que se me ha ofrecido hablar acerca de la vejez: ¡ojalá lleguéis vosotros á ella, para que podáis confirmar con la experiencia lo que me acabáis de oír!

*(Traducción de D. Manuel de Valbuena.)*

## CÉSAR.-LOS COMENTARIOS DE LA GUERRA DE LAS GALIAS

### César en Bretaña.

La parte interior de Bretaña es habitada de los naturales, originarios de la misma isla, según cuenta la fama: las costas, de los Belgas, que acá pasaron con ocasión de hacer empresas y hostilidades; los cuales todos conservan los nombres de las ciudades de su origen, de donde transmigraron, y fijando su asiento á fuerza de armas, empezaron á cultivar los campos como propios. Es infinito el gentío, muchísimas las caserías, y muy parecidas á las de la Galia; hay grandes rebaños de ganado. Usan por moneda cobre ó anillos de hierro de cierto peso. En medio de la isla se hallan minas de estaño, y en las marinas, de hierro, aunque poco. El cobre lo traen de fuera. Hay todo género de madera como en la Galia, menos de haya y pinabete. No tienen por lícito el coiner liebre, ni gallina, ni ganso, puesto que los crían para su diversión y recreo. El

clima es más templado que no el de la Galia, no siendo los fríos tan intensos. La isla es de figura triangular. El un costado cae enfrente de la Galia: de este costado el ángulo que forma el promontorio Caucio, á donde ordinariamente vienen á surgir las naves de la Galia, está mirando al Oriente; el otro inferior á Mediodía. Este primer costado tiene casi quinientas millas, el segundo mira á España y al Poniente. Hacia la misma parte yace la Hibernia, que según se cree es la mitad menos que la Bretaña, en igual distancia de ella que la Galia. En medio de este estrecho está una isla llamada Man. Dícese también que más allá se encuentran varias isletas, de las cuales algunos han escrito que hacia el solsticio del invierno por treinta días continuos es siempre de noche. Yo, por más preguntas que hice no pude averiguar nada de eso, sino que por las experiencias de los relojes de agua observaba ser aquí más cortas las noches que en el continente. Tiene de largo este lado, en opinión de los isleños setecientas millas. El tercero está contrapuesto al Norte sin ninguna tierra al frente, si bien la punta de él mira especialmente á la Germania. Su longitud es reputada de ochocientas millas, con que toda la isla viene á tener el ámbito de dos mil. Entre todos, los más tratables son los habitantes de Kent, cuyo territorio está todo en la costa del mar, y se diferencian poco en las costumbres de los Galos. Los que viven tierra adentro, por lo común no hacen sementeras, sino que se mantienen de leche y carne, y se visten de pieles. Pero generalmente todos los Britanos se pintan de color verdinegro con el zumo de gualda, y por eso parecen más fieros en las batallas, dejan crecer el cabello, pelado todo el cuerpo menos le cabeza y el bigote. Diez y doce hombres tienen de común las mujeres, en especial hermanos con hermanos y padres con hijos. Los que nacen de ellas son reputados hijos de los que primero esposaron las doncellas.....

Los caballos enemigos y los carreteros trabaron en el camino un recio choque con nuestra caballería, bien que ésta en todo llevó la ventaja, forzándolos á retirarse á los bosques y cerros. Mas como los nuestros, matando á muchos fuesen tras ellos con demasiado ardimiento, perdieron algunos. Los enemigos de allá un rato, cuando los nuestros estaban descuidados y ocupados en fortificar su campo, salieron al improviso del bosque, y arremetiendo á los que hacían guardia delante de los reales, pelearon bravamente, y enviadas por César las dos primeras cohortes de dos legiones en su ayuda, haciendo éstas alto muy cerca una de otra, asustados los nuestros con tan extraño género de combate rompieron ellos por medio de todos con extremada osadía y se retiraron sin recibir daño. Perdió la vida en esta jornada el tribuno Quinto Laberio Duro. En fin, con el refuerzo de otras cohortes fueron rechazados. Por toda esta refriega, como que sucedió delante de los reales y á la vista de todos, se echó de ver que los nuestros, no pudiendo ir tras ellos cuando cejaban por la pesadez de las armas, ni atreviéndose á desamparar sus banderas, eran poco expeditos en el combate con estas gentes; que la caballería tampoco podía obrar sin gran riesgo, por cuanto ellos muchas veces retrocedían de propósito, y habiendo apartado á los nuestros algún trecho de las legiones, saltaban á tierra de sus carros y peleaban á pie con armas desiguales. Así que, ó cediesen ó avanzasen los

nuestros, con esta forma de pelear, daban en igual, antes en el mismo peligro. Fuera de que ellos nunca combatían unidos sino separados y á grandes trechos, teniendo cuerpos de reserva apostados con que unos á otros se daban la mano, y los de fuerzas enteras entraban de refresco á reemplazar los cansados.

Al día siguiente se apostaron los enemigos lejos de los reales en los cerros, y comenzaron á presentarse no tantos, y á escaramuzar con la caballería más flojamente que no el día antes. Pero al mediodía, habiendo destacado César tres legiones y toda la caballería con el legado Cayo Trebonio al forraje, de repente se dejaron caer de todas partes sobre los que andaban muy desviados de las banderas y legiones. Los nuestros, dándoles una fuerte carga, los rebatieron, y no cesaron de perseguirlos hasta que la caballería, fiada en el apoyo de las legiones que venían detrás, los puso en precipitada fuga; y haciendo en ellos gran riza, no les dió lugar á rehacerse, ni detenerse ó saltar de los carricoches. Después de esta fuga, las tropas auxiliares, que concurrieron de todas partes, desaparecieron al punto; ni jamás de allí en adelante pelearon los enemigos de poder á poder con nosotros.

César, calados sus intentos, fuese con el ejército al reino de Casivelauno, en las riberas del Támesis, río que por un solo paraje se puede vadear, y aun esto trabajosamente. Llegado á él vió á la orilla opuesta formadas muchas tropas de los enemigos, y las márgenes guarnecidas con estacas puntiagudas, y otras semejantes clavadas en el hondo del río debajo del agua. Enterado César de esto por los prisioneros y desertores, echando delante la caballería, mandó que las legiones le siguiesen inmediatamente: tanta prisa se dieron los soldados, y fué tal su coraje, si bien sólo llevaban la cabeza fuera del agua, que no pudiendo los enemigos sufrir el ímpetu de las legiones y caballos, despejaron la ribera, poniendo pies en polvorosa.

Casivelauno, como ya insinuamos, perdida toda esperanza de contrarrestar, y despedida la mayor parte de sus tropas, quedándose con cuatro mil combatientes de los carros, iba observando nuestras marchas; tal vez se apartaba un poco del camino, y se ocultaba en barrancos y breñas; en sabiendo el camino que habíamos de llevar, hacía recoger hombres y ganados de los campos á las selvas; y cuando nuestra caballería se tendía por las campiñas á recorrerlas y talarlas, por todas las vías y sendas conocidas disparaba de los bosques los carros armados, y la ponía en gran conflicto, estorbando con esto que anduviese tan suelta. No había más arbitrio sino que César no la permitiese alejarse de las legiones, y que las talas y quemas en daño del enemigo sólo se alargasen cuanto pudiera llevar el trabajo y la marcha de los soldados legionarios.

A esta sazón, los Trinobantes, nación la más poderosa de aquellos países (de donde el joven Mandubracio, abrazando el partido de César, vino á juntarse con él en la Galia; cuyo padre Imanuencio, siendo rey de ella, murió á manos de Casivelauno, y él mismo huyó por no caer en ellas), despachan embajadores á César, prometiendo entregárselo y prestar obediencia; y le suplican que ampare á Mandubracio contra la tiranía de Casivelauno; se lo envíe y restablezca en el reino. César los manda dar cuarenta rehenes y trigo para el ejército; y les resti-



tuye á Mandubraccio. Ellos obedecieron al instante, aprontando los rehenes pedidos y el trigo. Protegidos los Trinobantes y libres de toda vejación los soldados, los Cenimaños, Segonciacos, Ancalites, Bibrococ y Casos por medio de sus diputados se rindieron á César.

Infórmanle éstos que no lejos de allí estaba la corte de Casivelauno cerca de bosques y lagunas, donde se hallaba encerrado buen número de hombres y ganados. Dan los Britanos nombre de ciudad á cualquier selva enmarañada, guarnecida de valle y foso donde se suelen acoger para librarse de las irrupciones de los enemigos. César va derecho allá con las legiones; encuentra el lugar harto bien pertrechado por naturaleza y arte; con todo, se empeña en asaltarlo por dos partes. Los enemigos, después de una corta detención, al cabo, no pudiendo resistir el ímpetu de los nuestros, echaron á huir por otro lado de la ciudad. Hallóse dentro crecido número de ganados, y en la fuga quedaron muchos prisioneros y muertos.

*(Traducción de D. José Goya y Muniain.)*

## SALUSTIO.-LA CONJURACIÓN DE CATILINA

Lucio Catilina fué de linaje ilustre y dotado de grandes fuerzas y talentos, pero de inclinación mala y depravada. Desde mancebo fué amigo de pendenencias, muertes, robos y discordias civiles, y en esto pasó su juventud. Sufría, cuanto no es creíble, la hambre, la falta de sueño, el frío y demás incomodidades del cuerpo; en cuanto al ánimo, era osado, engañoso, vario, capaz de fingir y de disimular cualquier cosa, codicioso de lo ajeno, pródigo de lo suyo, vehemente en sus pasiones, harto afluente en el decir, pero poco cuerdo. Su corazón vasto le llevaba siempre á cosas extraordinarias, desmedidas, increíbles. Desde la tiranía de Lucio Sila se había altamente encaprichado en apoderarse de la República, sin detenerse ni reparar en nada, con tal que consiguiese su intento. Inquietaban cada día más y más su ánimo feroz la pobreza y el remordimiento de su conciencia; males ambos que había él aumentado con las perversas artes que se dijeron antes. Brindábanle además de esto las costumbres estragadas de Roma, combatida á un mismo tiempo de dos grandes y entre sí opuestos vicios: el lujo y la avaricia. La cosa nos guía por sí misma (pues nos acuerda el tiempo las costumbres de Roma) á tomarla desde su principio y tratar brevemente de las leyes y gobiernos de nuestros mayores en paz y en guerra; del modo con que administraron la República; cuánto la engrandecieron, y cómo poco á poco degenerando, de muy frugal y virtuosa, ha venido á ser la más perversa y estragada.

A Roma, según es tradición, fundaron y poseyeron en el principio los troyanos, que, prófugos con su capitán Eneas, andaban vagando sin asiento fijo; y con ellos los Aborígenes, gente inculta, sin leyes, sin gobierno, libre y desmandada. Juntos estos dos pueblos dentro de un recinto de murallas, no es creíble cuán fácilmente se hermanaron, no obstante ser de linaje desigual y de diferen-

te lengua y costumbres. Pero luego que su estado, creciendo en gente, cultura y territorio, se vió floreciente y poderoso, su opulencia le acarrió envidia, como sucede de ordinario en las cosas humanas; y así los reyes y pueblos comarcanos les comenzaron á inquietar con guerras en que pocos de sus aliados les ayudaban, desviándose los demás amedrentados del peligro. Pero los Romanos, atentos á su policía y á la guerra, se daban prisa y se apercebían, animándose unos á otros; salían al encuentro del enemigo; defendían con las armas su libertad, su patria y sus familias; y ya que habían valerosamente superado los peligros, se ocupaban en ayudar á sus confederados y amigos, y se granjeaban alianzas, no tanto admitiendo como haciendo beneficios. Su gobierno estaba ceñido á determinadas leyes, y daban nombre de Rey al que lo obtenía. Los ancianos, que aunque faltos de fuerzas, conservaban vigoroso el ánimo por su sabiduría y experiencia, eran los escogidos para consejeros de la República; y éstos, bien por su edad, ó porque tenían el cuidado de padres, se llamaban con este nombre. Pero después que el gobierno regio, establecido en los principios para la conservación de la libertad y aumento del Estado, degeneró en soberbia y tiranía, mudando de costumbre redujeron á un año el imperio y crearon dos cónsules que les gobernasen, persuadidos á que de esta suerte era imposible que el corazón humano se engriese con la libertad del mando.

En este tiempo empezaron los Romanos á señalarse más y más, y á dar á conocer su ingenio. Porque á los reyes no dan que recelar los flojos y cobardes, sino los buenos y valerosos, y siempre la virtud ajena les causa sobresaltos. No es creíble, pues, cuánto vuelo tomó en breve tiempo la ciudad, una vez sacudido el yugo: tal deseo de gloria había entrado en sus ciudadanos. El primer estudio de la juventud, luego que tenía edad para la guerra, era aprender en los reales con el uso y trabajo el arte militar; y ponía su vanidad más en las lucidas armas y caballos belicosos, que en la lascivia y los banquetes. A hombres, pues, como éstos ningún trabajo les llegaba de nuevo, ningún lugar les era escabroso ó arduo, ni les espantaba la vista del enemigo armado: todo lo había allanado su valor. Su grande y única contienda era para la gloria. Todos querían ser los primeros en herir al enemigo, en escalar las murallas, en ser vistos y observados mientras que hacían tales hechos. Estas eran sus riquezas, esta su buena fama y nobleza mayor. Eran avaros de alabanza, despreciadores del dinero: amantes de gloria hasta lo sumo; de riquezas, hasta una honesta medianía. Pudiera yo contar en cuántas ocasiones deshizo el Pueblo romano con un puño de gente grandes ejércitos de enemigos; cuántas ciudades por naturaleza fuertes ganó por asalto, si esto no hubiese de apartarme mucho de mi propósito.

Pero á la verdad, en todo ejerce su imperio la fortuna, ensalzando ó abatiendo las hazañas, más por su capricho que según el merecimiento. Las de los Atenienses fueron, según yo entiendo, harto esclarecidas y magníficas, aunque en la realidad no tanto como se ponderan; pero la copia que allí hubo de ingenios grandes que las escribiesen, hacen que hoy se tengan por las mayores del mundo; y así el valor de los que las hicieron llega en la estimación común al mismo elevado punto de grandeza á que llegaron en su elogio los escritores más ilus-

tres. Pero en Roma hubo siempre escasez de éstos; porque los sabios eran los que más se ocupaban en los negocios públicos: nadie cultivaba las letras sin las armas; los valerosos y esforzados preferían el obrar al escribir, y más querían que otros les alabasen por sus hechos, que referir ellos los ajenos.

De esta suerte, en paz y en guerra, reinaban las buenas costumbres: había entre los ciudadanos estrecha unión: la avaricia no se conocía: lo justo y bueno se observaba más por natural inclinación que por las leyes. Sus contiendas, discordias y enemistades eran con los enemigos; entre ciudadanos no se disputaba sino de la primacía en el valor. Eran además de esto espléndidos en el culto y sacrificio de los dioses, frugales en sus casas, fieles con sus amigos. El valor en la guerra, y la equidad en la paz, eran sus dos apoyos, y los de la República. Para mí son pruebas muy claras de esto el que en tiempo de guerra más veces castigaban á los que, llevados del ardor militar, peleaban contra el orden que se les había dado, ó empeñados en la batalla, tardaban en retirarse á la señal, que á los que desamparaban las banderas y cedían su lugar al enemigo; y en la paz mantenían el imperio más premiando que haciéndose temer; y si eran agraviados, antes querían disimular que tomar satisfacción.

Pero después que con el trabajo y la justicia se acrecentó la República; que reyes grandes fueron domados con las armas, y sojuzgados á viva fuerza naciones fieras y pueblos numerosos; que Cartago, competidora del Imperio romano, fué enteramente arruinada; que tierra y mar estaba llano á su poder; entonces comenzó á airarse la fortuna, y á confundirlo todo. Los mismos que habían de buena voluntad sufrido trabajos, peligros, sucesos adversos y de dudoso éxito, se dejaron vencer y oprimir del peso de la ociosidad y las riquezas que no debieran desear. Primero, pues, la avaricia; luego fué creciendo la ambición; y estos dos fueron como la masa y material de los demás vicios. Porque la avaricia echó por tierra la buena fe, la probidad y las demás virtudes; en lugar de las cuales introdujo la soberbia, la crueldad, el desprecio de los dioses, el hacerlo todo venal. La ambición obligó á muchos á ser falsos; á tener una cosa reservada en el pecho y otra pronta en los labios; á pesar las amistades y enemistades, no por el mérito, sino por el provecho; y finalmente, á parecer bueno más que á serlo. Esto en los principios iba poco á poco creciendo, y una ú otra vez se castigaba; pero después que el mal cundió como un contagio, trocose del todo la ciudad, y su gobierno, hasta allí el mejor y más justo, se hizo cruel é intolerable.

Pero al principio, más estrago que la avaricia hizo en aquellos ánimos la ambición; que aunque vicio, no dista tanto de la virtud; porque el bueno y el malo desean igualmente para sí la gloria, el honor y el mando. La diferencia está en que aquel se esfuerza á conseguirlo por el camino verdadero; éste, como se halla destituido de mérito, pretende por rodeos y engaños. La avaricia, al contrario, consiste en afición y deseo de dinero, que ningún sabio apeteció jamás; y este vicio, como empapado en mortal veneno, afemina el cuerpo y el ánimo de los varones fuertes, es siempre insaciable y sin término, ni se disminuye con la escasez ni con la abundancia. Pero después que ocupada á fuerza

de armas la República por Lucio Sila, tuvieron sus buenos principios tan desastrado fin, todo fueron robos y violencias: unos codiciaban las casas, otros las heredades ajenas; y sin templanza ni moderación alguna, los vencedores ejecutaban feas y horribles crueldades en sus conciudadanos. Contribuyó también á ello el haber Lucio Sila, contra la costumbre de los mayores, tratado con demasiada indulgencia y regalo al ejército que había mandado en Asia, á fin de tenerle á su devoción. Los países deleitosos y amenos, junto con el ocio, hicieron muy en breve deponer á los soldados su ánimo feroz. Allí se vió por la primera vez al ejército del pueblo romano entregado á la embriaguez y á la lascivia; allí comenzó á admirar el primor de las estatuas, pinturas y vasos historiados, y á robarlos á los particulares y al público; allí á despojar los templos y á contaminar lo sagrado y lo profano. En conclusión, estos soldados, después que obtuvieron la victoria, no dejaron cosa alguna á los vencidos. Porque si en la prosperidad aún los cuerdos difícilmente se moderan, ¿cuánto menos se contendrían unos vencedores de costumbres tan perdidas?

*(Traducción del Infante D. Gabriel.)*

## B. OPATORIA

---

### CICERÓN.-PRIMERA CATILINARIA

I. ¿Hasta cuándo has de abusar de nuestra paciencia, Catilina? ¿Cuándo nos veremos libres de tus sediciosos intentos? ¿A qué extremos se arrojará tu desenfrenada audacia? ¿No te arredran ni la nocturna guardia del Palatino, ni la diurna vigilancia en la ciudad, ni la alarma del pueblo, ni el acuerdo de todos los hombres honrados, ni este fortísimo lugar donde el Senado se reúne, ni las frases y semblantes de todos los senadores? ¿No comprendes que tus designios están descubiertos? ¿No ves tu conjuración fracasada por conocerla ya todos? ¿Imaginas que alguno de nosotros ignora lo que has hecho anoche y antes de anoche; dónde estuviste; á quiénes convocaste y qué resolviste? ¡Oh, qué tiempos! ¡Qué costumbres! El Senado sabe esto, lo ve el Cónsul, y, sin embargo, Catilina vive! ¿Qué digo vive? Hasta viene al Senado, y toma parte en sus acuerdos, mientras con la mirada anota los que de nosotros designa á la muerte. ¡Y nosotros, varones fuertes, creemos satisfacer á la República previniendo las consecuencias de su furor y de su espada! Ha tiempo, Catilina, que por orden del Cónsul debiste ser llevado al suplicio para sufrir la misma suerte que contra todos nosotros, también desde hace tiempo, maquina. Un ciudadano ilustre, P. Scipión, pontífice máximo, sin ser magistrado hizo matar á Tiberio Graco por intentar novedades que alteraban, aunque no gravemente, la constitución de la República; y á Catilina, que se apresta á devastar con la muerte y el incendio el mundo entero, nosotros, los cónsules, ¿no le castigaremos? Prescindo de ejemplos antiguos, como el de Servilio Ahala, que por su propia mano dió muerte á

Spurio Melio porque meditaba cambios en el gobierno. Hubo, sí, hubo en otros tiempos en esta República la virtud de que los varones esforzados impusieran mayor castigo á los ciudadanos perniciosos que á los más acerbos enemigos. Tenemos contra tí, Catilina, un severísimo decreto del Senado; no falta á la República ni el consejo ni la autoridad de este alto cuerpo; nosotros, francamente lo digo, nosotros los cónsules somos quienes la faltamos.

II. En pasados tiempos decretó un día el Senado que el Cónsul Opimio cuidara de la salvación de la República, y antes de anochecer había sido muerto Cayo Graco por sospechas de intentos sediciosos, sin que le valiese la fama de su padre, abuelo y antecesores, y había muerto también el consular M. Fulvio con sus hijos. Idéntico decreto confió á los cónsules C. Mario y L. Valerio, la salud de la República. ¿Transcurrió un solo día sin que la vindicta pública se cumpliese con la muerte de Saturnino, tribuno de la plebe y la del pretor C. Servilio? ¡Y nosotros, senadores, dejamos enmohecer en nuestras manos desde hace veinte días la espada de nuestra autoridad! Tenemos también un decreto del Senado, pero archivado, como una espada en la vaina. Si cumpliera ese decreto morirías al instante, Catilina. Vives, y no vives para renunciar á tus audaces intentos, sino para insistir en ellos. Deseo, padres conscriptos, ser clemente; deseo también, en peligro tan extremo de la República, no parecer débil; pero ya condeno mi inacción, mi falta de energía. Hay acampado en Italia, en los desfiladeros de Etruria, un ejército dispuesto contra la República: crece día por día el número de los enemigos: el general de ese ejército, el jefe de los enemigos está dentro de la ciudad y hasta le vemos dentro del Senado maquinando sin cesar algún daño interno á la República. Si ahora ordenara que te prendieran y mataran, Catilina, creo que nadie me tachase de cruel, y temo que los buenos ciudadanos me juzgaran tardío. Pero lo que ha tiempo debí hacer, por importantes motivos no lo realizo todavía. Morirás, Catilina, cuando no se pueda encontrar ninguno tan malo, tan perverso, tan semejante á tí, que no confiase la justicia de tu castigo. Mientras quede alguien que se atreva á defenderte, vivirás; pero vivirás como ahora vives, rodeado de muchos y seguros vigilantes para que no puedas moverte contra la República, y sin que lo adviertas habrá, como hasta ahora, muchos ojos que miren cuanto hagas y muchos oídos que escuchen cuanto digas.

III. ¿A qué esperar más, Catilina, si las tinieblas de la noche no ocultan las nefandas juntas, ni las paredes de una casa particular contienen los clamores de la conjuración? ¿Si todo se sabe; si se publica todo? Cambia de propósito, créeme; no pienses en muertes y en incendios. Cogido como estás por todas partes, tus designios son para nosotros claros como la luz del día, y te lo voy á demostrar. ¿Recuerdas que el 21 de Octubre dije en el Senado que en un día fijo, seis antes de las kalendas de Noviembre, se alzaría en armas C. Malio, secuaz y ministro de tu audacia? ¿Me equivoqué, Catilina, no sólo en un hecho tan atroz, tan increíble, sino en lo que es más de admirar, en el día? Dije también en el Senado que habías fijado el quinto día antes de dichas kalendas para matar á los más ilustres ciudadanos, muchos de los cuales se ausentaron de

Roma, no tanto por salvar la vida como por impedir la realización de tus intentos. ¿Negarás acaso que aquel mismo día, cercado por las guardias que mi diligencia te había puesto, ningún movimiento pudiste hacer contra la República y decías que, aun cuando los demás se habían ido, con matarme á mí, que habia quedado, te dabas por satisfecho? ¿Qué más? Cuando confiabas apoderarte de Preneste sorprendiéndola con un ataque nocturno el mismo día de las kalendas de Noviembre, ¿no advertiste las precauciones por mí tomadas para asegurar aquella colonia con guardias y centinelas? Nada haces, nada intentas, nada piensas que yo no oiga ó vea ó sepa con certeza:

IV. Recuerda conmigo lo de la pasada noche: ya comprenderás que es mayor mi vigilancia para salvar la República que la tuya para perderla. Aludo á la noche en que fuiste entre falcarios (hablaré sin rebozo) á casa de M. Leca, donde acudieron muchos cómplices de tu demencia y tu maldad. ¿Te atreves á negarlo? ¿Por qué callas? Si lo niegas, te lo probaré. Aquí en el Senado estoy viendo alguno de los que contigo estuvieron. ¡Oh dioses inmortales! ¡Entre qué gentes estamos! ¡En qué ciudad estamos! ¡Qué República tenemos! Aquí, aquí están entre nosotros, padres conscriptos, en este consejo, el más sagrado y augusto del orbe entero, los que meditan acabar conmigo y con vosotros, y con nuestra ciudad y con todo el mundo. Los estoy viendo yo, el Cónsul, y les pido su parecer sobre los negocios públicos: y cuando conviniera acabar con ellos á estocadas, ni aun con las palabras se les ofende. Fuiste, pues, Catilina, aquella noche á casa de Leca, repartiste la Italia entre tus cómplices, determinaste á dónde habia de ir cada cual de ellos, elegiste los que habian de quedar en Roma, y los que llevarias contigo, señalaste los parajes de la ciudad que habian de ser incendiados, aseguraste que partirias pronto, dijiste que si demorabas algo tu salida era porque aun vivia yo. Ofreciéronse entonces dos caballeros romanos á librarte de ese cuidado, prometiendo ir aquella misma noche antes de amanecer á mi casa para matarme en mi propio lecho. Todo esto lo supe poco después de terminada vuestra junta, puse en mi casa más numerosa y fuerte guardia; á los que enviaste á saludarme tan de madrugada, cuando llegaron á mi puerta les fué negada la entrada, pues ya habia anunciado á muchos y excelentes varones la hora en que irían á visitarme.

V. Siendo esto así, acaba, Catilina, lo que empezaste: sal por fin de la ciudad; abiertas tienes las puertas; parte. Ya hace días que tu ejército, á las órdenes de Malio, te desea como general. Llévate contigo á todos los tuyos; por lo menos al mayor número. Limpia de ellos la ciudad. Me librarás de gran miedo cuando entre tú y yo estén las murallas. Ya no puedes permanecer por más tiempo entre nosotros; no lo toleraré, no lo permitiré, no lo sufriré.

Mucho tenemos ya que agradecer á los dioses inmortales y á este Júpiter Stator, antiquísimo protector de Roma, por habernos librado tantas veces de tan perniciosa, cruel y terrible calamidad. No se consentirá más que por un solo hombre peligre la República. Cuando elegido Cónsul pusiste contra mí asechanzas, Catilina, no me defendí con la fuerza pública, sino con mi propia cautela. Cuando en los últimos comicios consulares, siendo yo Cónsul, quisiste ma-

tarme y á tus demás competidores, en el campo de Marte, atajé tus malvados intentos con el auxilio de mis amigos y allegados, sin causar alarma alguna en el público; por último, siempre que atacaste á mi persona, te rechazé personalmente, aunque sabía que á mi muerte iba unida una gran calamidad para la patria. Pero ya atacas á toda la República, ya pides la muerte para todos los ciudadanos, y la ruina y devastación para los templos de los dioses inmortales, para las casas de la ciudad, para la Italia entera; por lo cual, aunque no me atrevo á ejecutar lo que es privativo de mi cargo y autoriza la práctica de nuestros mayores, tomaré una determinación menos severa y más útil al bien común. Porque si ordenara matarte quedarían en la República los bandos de los demás conjurados; pero si te alejas (como no ceso de aconsejarte) saldrá contigo de la ciudad la perniciosa turbamulta que es la hez de la República. ¡Y qué, Catilina! ¿Vacilas acaso en hacer, porque yo lo mande, lo que espontáneamente ibas á ejecutar? El Cónsul ordena al enemigo salir de la ciudad. Pregúntasme: ¿Para ir al destierro? No lo mando; pero si me consultas te lo aconsejo.....

.....

Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Hablar algo que te contenga? ¿Ser tú capaz de enmienda? ¿Esperar que voluntariamente te destierres? ¡Ojalá te inspirasen los dioses inmortales tal idea! Veo, sin embargo, si mis exhortaciones te indujeran á ir al destierro, la tempestad de odio que me amenaza, si no ahora, por estar fresca la memoria de tus maldades, en lo porvenir. Poco importa, con tal que el daño solo á mí alcance y no peligre la República. Pero en vano se esperará que te avergüences de tus vicios, que temas el castigo de las leyes, que cedas á las necesidades de la República; porque á tí, Catilina, no te retrae de la vida licenciosa la vergüenza; ni del peligro el miedo; ni del furor la razón.

Por lo cual, como repetidamente te he dicho, vete, y, si cual dices, soy tu enemigo, excita contra mí el odio yendo al destierro. Apenas podré sufrir las murmuraciones de las gentes si así lo haces; apenas soportar el enorme peso de su aborrecimiento si por mandato del Cónsul vas al destierro. Pero si quieres procurarame alabanzas y gloria, sal de aquí con el molestísimo grupo de tus malvados cómplices; únete con Malio, reúne á los perdidos, apártate de los buenos, haz guerra á tu patria; proclama el impío latrocinio para que se vea que no te he echado entre gente extraña, sino invitado á que te unas á los tuyos. Pero ¿por qué he de invitarte cuando sé que has enviado ya gente armada al foro Aurelio para que te aguarde; cuando sé que está ya convenido con Malio y señalado el día; cuando sé que ya has enviado el águila de plata que confío será fatal á tí y á los tuyos, y á la cual hiciste sagrario en tu casa para tus maldades? ¿Podrás estar mucho tiempo sin un objeto que acostumbras á venerar cuando intentas matar á alguien, pasando muchas veces tu impía diestra de su ara al asesinato de un ciudadano?

X. Irás, por fin, á donde te arrastra tu deseo desenfrenado y furioso, que no te ha de causar esto pena, sino increíble satisfacción. Para tal demencia te produjo la naturaleza, te arrastró la voluntad y te reservó la fortuna. Nunca deseaste, no digo la paz, ni la misma guerra como no fuese una guerra criminal. Has

reunido un ejército de malvados, formado de gente perdida, sin fortuna, hasta sin esperanza. ¡Qué contento el tuyo! ¡Qué transportes de placer! ¡Qué embriaguez de regocijo cuando en el crecido número de los tuyos no oigas ni veas un hombre de bien! Para dedicarte á este género de vida te ejercitaste á los trabajos, en estar echado en el suelo, no sólo á fin de lograr los estupro, sino también otras maldades, velando por la noche para apoderarte insidiosamente del sueño de los maridos ó de los bienes de los incautos. Ahora podrás demostrar tu admirable paciencia para sufrir el hambre, el frío, la falta de todo recurso que dentro de breve tiempo has de sentir. Al excluirte del consulado, logré al menos que el daño que intentaras como desterrado para la República no lo pudieras realizar como Cónsul, y que tu alzamiento contra la patria, más que guerra se llame latrocinio.

XI. Ahora, padres conscriptos, anticipándome á contestar á un juicio que con justicia puede dirigirme la patria, os ruego escuchéis con atención lo que voy á decir y lo fijéis en vuestra memoria y en vuestro entendimiento.

Si mi patria, que me es mucho más cara que la vida; si toda Italia, si toda la República dijera: "Marco Tulio, ¿qué haces? ¿Permitirás salir de la ciudad al que has demostrado que es enemigo, al que ves que va á ser general de los sublevados, al que sabes aguardan éstos en su campamento para que los acaudille, al autor de las maldades y cabeza de la conjuración, al que ha puesto en armas á los ciudadanos y á los esclavos perdidos, de manera que parezca, no que le has echado de Roma, sino que le has traído á ella? ¿Por qué no mandas prenderle, por qué no ordenas matarle? ¿Por qué no dispones que se le aplique el mayor suplicio? ¿Quién te lo impide? ¿Las costumbres de nuestros mayores? Pues muchas veces en esta República los particulares dieron muerte á los ciudadanos perniciosos. ¿Las leyes relativas á la imposición del suplicio á los ciudadanos romanos? Jamás en esta ciudad conservaron derecho de ciudadanía los que se sustrajeron á la obediencia de la República. ¿Temes acaso la censura de la posteridad? ¡Buena manera de mostrar tu agradecimiento al pueblo romano, que siendo tú conocido únicamente por tu mérito personal, sin que te recomendase el de tus ascendientes, te confirió tan temprano el más elevado cargo, eligiéndote antes para todos los que le sirven de escala, será abandonar la salvación de tus conciudadanos por librarte del odio ó por temor á algun peligro! Y si temes hacer te odioso, ¿es menor el odio engendrado por la severidad y la fortaleza que el producido por la flojedad y el abandono? Cuando la guerra devaste Italia y aflija á las poblaciones; cuando ardan las casas, ¿creés que no te alcanzará el incendio de la indignación pública?

XII. A estas sacratísimas voces de la patria y á los que en su conciencia opinan como ella, responderé brevemente. Si yo entendiera, padres conscriptos, que lo mejor en este caso era condenar á muerte á Catilina, ni una hora sola de vida concediera á este gladiador porque si á los grandes hombres y eminentes ciudadanos la sangre de Saturnino, de los Gracos, de Flaco y de otros muchos facciosos no les manchó, sino les honró, no había de temer que por la muerte de este asesino de ciudadanos me aborreciese la posteridad. Y aunque me amena-



zara esta desdicha, siempre he opinado que el aborrecimiento por un acto de justicia es para el aborrecido un título de gloria.

No faltan entre los senadores quienes no ven los peligros inminentes ó, viéndolos, hacen como si no los vieran, los cuales, con sus opiniones conciliadoras, fomentaron las esperanzas de Catilina, y con no dar crédito á la conjuración naciente, la dieron fuerzas. Atraídos por la autoridad de estos, les siguen muchos, no sólo de los malvados, sino tambien de los ignorantes, y si impusiera el castigo, me acusarían éstos de cruel y tirano. En cambio entiendo que si este que nos oye va á capitanear las tropas de Malio, no habrá ninguno tan necio que no vea la conjuración, ni tan perverso que no la confiese. Creo que con matar á éste disminuiríamos el mal que amenaza á la República, pero no la atajaríamos para siempre; y si éste se va seguido de los suyos y reúne todos los demás náufragos recogidos de todas partes, no sólo se extinguirá esta peste tan extendida en la República, sino también se extirparán los retoños y semillas de todos nuestros males.

XIII. Ha mucho tiempo, padres conscriptos, que andamos entre estos riesgos de juraciones y amenazas; pero no sé por qué fatalidad todas estas antiguas maldades, todos estos invetrados furores y atrevimientos han llegado á sazón en nuestro consulado; y si de tantos conspiradores sólo suprimimos éste, acaso nos veamos libres por algún tiempo de estos cuidados y temores; pero el peligro continuará, porque está dentro de las venas y de las entrañas de la República.

Así como á veces los gravemente enfermos, devorados por el ardor de la fiebre, si beben agua fría creen aliviarse, pero sienten después más grave la dolencia, de igual modo la enfermedad que padece la República, aliviada por el castigo de éste, se agravará después por quedar los otros con vida. Que se retiren, pues, padres conscriptos, los malvados, y, apartándose de los buenos, se reúnan en un lugar: sepáreles un muro de nosotros, como ya he dicho muchas veces; dejen de poner asechanzas al Cónsul en su propia casa, de cercar el tribunal del pretor urbano, de asediar la curia armados de espadas, de reunir manojos de sarmientos para poner fuego á la ciudad. Lleve, por fin, cada ciudadano escrito en la frente su sentir respecto de la República. Os prometo, padres conscriptos, que, gracias á la activa vigilancia de los cónsules, á vuestra grande autoridad, al valor de los caballeros romanos y á la unión de todos los buenos, al salir Catilina de Roma todo lo veréis descubierto, claro, sujeto y castigado.

Márchate, pues, Catilina, para bien de la República, para desdicha y pérdida tuya y de cuantos son tus cómplices en toda clase de maldades y en el parricidio; márchate á comenzar esa guerra impía y maldita. Y tú, Júpiter, cuyo culto estableció Rómulo bajo los mismos auspicios que esta ciudad, á quien llamamos Stator por ser guardador de Roma y de su imperio, alejarás á este y á sus cómplices de tus aras y de los otros templos, de las casas y de las murallas; librarás de sus atentados la vida y los bienes de todos los ciudadanos y á los perseguidores de los hombres honrados enemigos de la patria, ladrones de Italia, en criminal asociación unidos para realizar maldades, los condenarás en vida y muerte á eternos suplicios.

(Traducción de D. Juan Bautista Calvo.)

## C. POESÍA ÉPICA

### TITO LUCRECIO CARO

#### DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS

##### Invocación á Venus.

Madre de los romanos, alma Venus,  
deleite de los hombres y los dioses,  
que el navegable mar, la tierra fértil  
productidora de los frutos, llenas  
con tu nombre divino: tú que el orbe,  
que los astros girantes señoreas:  
tú, por quien se conciben los vivientes  
y á la luz pura de los cielos nacen,  
tú el Aquilón sañudo, tú la bruma  
del escarchado invierno al polo ahuyentas:  
que apenas apareces, la morada  
de Ceres brota flores, te sonrío  
el extendido ponto y resplandece  
con blanda llama el sosegado viento;  
y cuando la rosada primavera  
abre las puertas del fulgente día  
y el amoroso Céfiro, rompiendo  
la prisión del ocaso, halaga el mundo,  
el coro volador de dulces aves  
anuncia tu llegada al tierno pecho  
herido con tu arpón: rebaños, fieras  
por entre alegres hierbas van saltando,  
pasan ligeros los veloces ríos  
y el atractivo del placer siguiendo,  
do quier las llamas obedientes vuelan,  
tú el blando amor esparces, ya en los campos  
que pinta el ledo abril, ya en las montañas,  
ya en los senos del piélago rugiente.  
De amor llenas la selva: *amor* resuenan  
las frondosas mansiones de las aves:  
y así del ser la llama fugitiva  
por tu divino influjo se propaga,

inspira tú mi acento: tú que el mundo  
y la natura mandas. Nada amable,  
nada alegre es sin tí: nada, del día  
goza sin tí la refulgente lumbre.

*(Traducción de D. Alberto Lista.)*

LIBRO II

Revolviendo los vientos las llanuras  
Del mar, es deleitable desde tierra  
Contemplar el trabajo grande de otro;  
No porque dé contento y alegría  
Ver á otro-trabajando, mas es grato  
Considerar los males que no tienes:  
Süave también es sin riesgo tuyo  
Mirar grandes ejércitos de guerra  
En batalla ordenados por los campos:  
Pero nada hay más grato que ser dñeño  
De los templos excelsos guarnecidos  
Por el saber tranquilo de los sabios,  
Desde do puedas distinguir á otros  
Y ver como confusos se extravían  
Y buscan el camino de la vida.  
Vagabundos, debaten por nobleza,  
Se disputan la palma del ingenio,  
Y de noche y de día no sosiegan  
Por oro amontonar y ser tiranos.  
¡Oh míseros humanos pensamientos!  
¡Oh pechos ciegos! ¡Entre qué tinieblas,  
Y á qué peligros exponéis la vida,  
Tan rápida, tan tenue! Por ventura  
No oís el grito de naturaleza,  
Que alejando del cuerpo los dolores,  
De grata sensación el alma cerca,  
Librándola de miedo y.de cuidado.

Vemos cuán pocas cosas son precisas  
Para ahuyentar del cuerpo los dolores,  
Y bañarle en delicias abundantes,  
Que la naturaleza economiza.  
Si no se ven magníficas estatuas,  
De cuyas diestras juveniles cuelguen  
Lámparas encendidas por las salas  
Que nocturnos banquetes iluminan,  
Ni el palacio con plata resplandece,

Ni reluce con oro ni retumba  
El artesón dorado con las liras;  
Se desquitan, no obstante, ya tendidos  
En tierna grama, cerca de un arroyo,  
De algún árbol copudo sombreados,  
A cuyo pie disfrutan los placeres  
Que cuestan poco; señaladamente  
Si el tiempo ríe y primavera esparce  
Flores en las verduras de los campos;  
Maligna fiebre no saldrá del cuerpo  
Si en púrpura y bordados te revuelves  
Con más celeridad que si encamares  
Entre plebeyas mantas y sayales.  
Porque si la fortuna, el nacimiento,  
El esplendor del trono hacer no pueden  
A nuestro cuerpo bienaventurado,  
Presumimos que al ánimo tampoco;  
Si no es que acaso cuando tus legiones  
Veas que hierven por los anchos valles  
En simulacro y ademán de guerra;  
Cuando veas que el mar tus velas cubren,  
Y que le hacen gemir por todas partes,  
Te figuras con esto que aterrada  
La superstición huye con espanto  
Del ánimo, y el miedo de la muerte  
Deja entonces el pecho descuidado.

Pues si vemos que son ridiculeces  
Y vanidades estas cosas todas;  
Y á la verdad los miedos de los hombres  
Y los cuidados que les van siguiendo  
No temen el estruendo de las armas  
Ni las crueles lanzas, audazmente  
Se sientan con los reyes y señores:  
Ni sus fulgentes púrpuras respetan,  
Ni sus diademas de oro; único fruto,  
De la ignorancia dudarás que es todo,  
Nuestra vida en tinieblas sepultada?

Así como los niños temerosos  
se recelan de todo por la noche  
Así nosotros, tímidos de día,  
Nos asustamos de lo mismo á veces  
Que despavorir suele á los muchachos;  
Preciso es que nosotros desterremos  
Estas tinieblas y estos sobresaltos,

No con los rayos de la luz del día,  
Sino pensando en la naturaleza.

Sígueme siempre tú, y escucha ahora  
Cuál es el movimiento con que engendran  
Y á los cuerpos destruyen los principios  
De la materia, y cuál es el impulso  
Y cuál la rapidez que hacen que vuelen  
Por el espacio inmenso sin descanso.

Porque seguramente la materia  
No es una masa inmóvil, pues que vemos  
Disminuirse un cuerpo, y de continuo  
Manando se consumen á la larga  
Y el tiempo nos lo roba de la vista;  
Se conserva sin pérdida la *suma*.  
Empobreciendo á un cuerpo los principios  
Van á enriquecer otro, y envejecen  
Los unos para que otros reflorezcan;  
Ni en un sitio se paran; de este modo  
El Universo se renueva siempre,  
Y se prestan la vida los mortales;  
Crecen unas especies y se acaban  
Y en poco tiempo las generaciones  
Se mudan y la antorcha de la vida  
Cual ágiles cursores se transmiten.

Si piensas tú que los principios pueden  
Cesar, y que cesando engendran nuevos  
Impulsos, la verdad de tí se aleja;  
Pues movidos en medio del vacío  
Los principios, es fuerza que obedezcan  
Ó á su gravedad misma ó al impulso  
Quizá de causa externa; desde arriba  
Precipitados, pues, encuentran otros,  
Que á un lado los apartan de repente;  
No es maravilla, porque son pesados,  
Durísimos y sólidos, y nada  
Les pone estorbo alguno por su espalda.

(Traducción de D. José Marchena.)

## D. POESÍA LÍRICA

### CATULO.-ELEGÍA Á SÍ MISMO

Tus desvaríos deja,  
Catulo dolorido,  
Lo que perdido ves dalo al olvido.  
Luciéronte en un tiempo claros días,  
Cuando en alas de amor feliz volabas  
Al seno que te abría placentera  
La infiel á quien amabas,  
Cual ninguna mujer amada fuera.  
Cuando en las blandas dichas te embebías,  
Que el pudor denegaba muellemente,  
Que robaba al pudor tu amor ardiente,  
Luciéronte en un tiempo claros días.  
Si es inconstante Lesbia, sé inconstante;  
No sigas á quien huye, triste amante,  
Y opón á su dureza  
de un pecho varonil la fortaleza.  
Sí; ya es fuerte Catulo: adiós, ingrata;  
Ni te pediré amores,  
Ni temas que te canse en tus desvíos.  
Días vendrán empero en que lo llores,  
Cuando dejes de oír los ruegos míos.  
Piensa en la triste vida que te espera.  
¿Por quién serás buscada? ¿Tu hermosura  
Quién sabrá ya apreciar? ¿Do está el amante  
Que digno encontrarás de tu ternura?  
¿A quién dirás que Lesbia pertenece?  
¿Quién gozará tu beso?  
Y ¿en qué labio será tu labio impreso?  
Mas Catulo obstinado se endurece.

### EPIGRAMA Á LESBIA

Ninguna fué tan amada  
Cual por mí lo fuiste, Lesbia;  
Nadie como yo contigo  
Supo guardar fe sincera.  
El premio de amor tan fino  
Han sido negras ofensas,

Que mi corazón no curan  
Y trastornan mi cabeza.  
Así no puedo estimarte,  
Aunque amante y fiel te vea,  
Ni dejar de amarte puedo,  
Aunque más cruel me ofendas.

*(Traducción por D. Manuel Pérez de Camino.)*

## ÉPOCA CLÁSICA

### SEGUNDO PERÍODO Ó SIGLO DE AUGUSTO

---

#### A. DIDÁCTICA

---

#### TITO LIVIO.-DÉCADAS DE LA HISTORIA ROMANA

##### LIBRO XXI.-ANÍBAL

Algunos senadores, casi todos los más prudentes, participaban del parecer de Hannón; pero como muchas veces sucede, el número venció á la prudencia. Enviado Aníbal á España, desde su llegada atrajo las miradas del ejército. Los soldados veteranos creyeron ver á Amílcar en su juventud; tenía su rostro igual expresión de energía, el mismo brillo en la mirada, la misma expresión de boca, las mismas facciones. Muy pronto cesó de necesitar el recuerdo de su padre para granjearse el favor. Jamás hubo carácter más á propósito para las cosas más opuestas, obedecer y mandar; por esta razón hubiese sido difícil decir quién le quería más, si el general ó el ejército. Asdrúbal no elegía otro jefe cuando se trataba de algún golpe de audacia y de intrepidez; y con ningún otro mostraban los soldados mayor confianza y valor. Increíblemente atrevido para arrostrar los peligros, observaba en ellos maravillosa prudencia. Ningún trabajo fatigaba su cuerpo ni abatía su ánimo. Igualmente soportaba el frío y el calor. Para la comida y bebida consultaba las necesidades de la naturaleza y jamás los placeres. Sus vigiliias y sueños no les regulaban el día y la noche. El tiempo que le quedaba después de los negocios lo dedicaba al descanso, que por lo demás, no buscaba en las dulzuras del lecho ni en el silencio. Frecuentemente se le vió cubierto con un casco de soldado, tendido en el suelo, entre los centinelas y las guardias. Sus ropas en nada se distinguían de las de sus iguales; solamente eran notables sus armas y caballos. El mejor á la vez de los ginetes y de los infantes, marchaba el primero al combate y se retiraba el último. Acompañaban á tan grandes cualidades vicios no menos grandes: feroz crueldad, perfidia más que púnica, ninguna franqueza, ningún pudor, ni sombra de miedo á los dioses, nin-

gún respeto á la fe del juramento, ninguna religi3n. Con esta mezcla de virtudes y vicios, sirvi3 tres a~os bajo Asdr3bal, sin olvidar nada de cuanto deb3a hacer ver en 3l el hombre destinado á ser gran capitán.

Por lo demás, desde el d3a en que fu3 nombrado general, parece que se le asign3 por provincia la Italia y la guerra con los romanos; y persuadido de que no deb3a perder ni un momento, por temor de que, si vacilaba, le sobreviniese alg3n rev3s de fortuna, como á su padre Amílcar y despu3s á Asdr3bal, decidi3 atacar á Sagunto. Pero como el sitio de esta ciudad hab3a de provocar irremisiblemente las armas romanas, entr3 primeramente en territorio de los olcados, pueblo situado al otro lado del Ebro, y que más estaban nominalmente que en realidad bajo la dominaci3n de los cartagineses, con objeto de que pareciera que no hab3a llevado la guerra voluntariamente á los saguntinos, sino que le hab3a arrastrado el encadenamiento de las circunstancias á la conquista y sumisi3n de los pueblos vecinos. Carteya, ciudad opulenta, capital de los olcados, fu3 tomada y saqueada.

Aterradas las ciudades más endebles, se sometieron y se obligaron á pagar tributo. El ej3rcito, victorioso y rico de bot3n, pas3 á invernar á Cartagena. All3, por medio de amplia distribuci3n del bot3n, con el pago exacto del sueldo atrasado, se atrajo más y más á sus conciudadanos y aliados, y en los primeros d3as de la primavera realiz3 una expedici3n contra los vacceos, tomando por asalto. Hermandica y Arbocala, ciudades de los carteyos. Arbocala resisti3 mucho tiempo, gracias al valor y n3mero de sus habitantes.

Los fugitivos de Hermandica, unidos con los desterrados de los olcados, vencidos el a~o anterior, atacan á Anibal, á su regreso del pa3s de los vacceos, cerca del Tajo, y perturban la marcha de su ej3rcito, entorpecida con el bot3n. Abs-t3vose de pelear Anibal; acamp3 en la ribera, y cuando observ3 que dorm3a el enemigo, y que hab3a cesado todo rumor, atraves3 el r3o por un vado y en seguida coloc3 su campamento bastante lejos para dejar venir al enemigo, con el prop3sito de caer sobre 3l al pasar. Mand3 á la caballer3a que atacase en cuanto le viese metido en el agua; coloc3 la infanter3a en las orillas y la ocult3 con cuarenta elefantes. Los carpetanos con los olcados y vacceos formaban cien mil hombres, y en campo raso habr3an sido enemigo invencible. Naturalmente presuntuosos, fuertes en su n3mero, persuadidos de que el temor hac3a retroceder al enemigo y que solamente retrasar3a su victoria el r3o que los separaba, lanzan el grito de guerra y se arrojan al Tajo ciegamente, sin jefe y cada cual por su lado. En el acto se lanzan desde la otra orilla fuerzas de caballer3a, y en medio del agua se traba una lucha muy desigual; porque para derribar al pe3n vacilante y que desconfiaba del vado, bastaba que el ginete, hasta sin armas, lanzase el caballo, mientras que con el cuerpo y las armas libres, sobre su caballo seguro siempre, hasta en los parajes más profundos, pod3a herir de lejos y de cerca. Much3simos perecieron en el r3o; y otros, arrastrados hacia el enemigo por la rapidez de la corriente, fueron aplastados por los elefantes; otros, en fin, creyendo más seguro volver á su orilla, procuran reunirse acudiendo en desorden de diferentes puntos. Anibal, formando en cuadro á sus soldados, cruza el r3o y



les arroja de la ribera. En seguida devastó su territorio y en pocos días recibió la sumisión de los carpetanos. Desde entonces, todo lo que estaba al otro lado del Ebro, exceptuando los saguntinos, quedó en poder de los cartagineses.

Todavía no se había trabado la guerra con los saguntinos; pero se les suscitaban querellas, gérmenes de guerra con sus vecinos, especialmente los turdetanos. Como el autor del litigio les sostenía, y era evidente que se buscaba, no la satisfacción de un derecho, sino una colisión, los saguntinos enviaron legados á Roma para pedir socorros en aquella inminente guerra. Eran entonces cónsules Cornelio Escipión y Sempronio Longo. Habiendo presentado éstos los legados al Senado, expusieron lo que interesaba á la República, y se convino en enviar legados á España para que examinasen la situación de los aliados. Si les parecía justa la causa de éstos, debían intimar á Aníbal que respetase á los saguntinos, y después pasar á Africa y allí exponer las quejas de los aliados de los romanos. Pero todavía no había marchado aquella legación decretada, cuando se supo que estaba sitiada Sagunto, cosa que nadie esperaba tan pronto. Entonces volvió á deliberar el Senado: unos, designando ya España y Africa por provincias á los dos cónsules, opinaban que se atacase á la vez por mar y tierra; otros querían dirigir todo el esfuerzo contra Aníbal y España; algunos, en fin, opinaban que no debía tratarse ligeramente asunto de tanta monta, y que se esperase el regreso de los legados.

Esta opinión, que parecía la más segura, triunfó al cabo, y se apresuró la marcha de los legados Valerio Flaco y Q. Bebio Tamfilo, que debían presentarse á Aníbal y después marchar á Cartago, si no suspendía la guerra, para reclamar la persona misma del general en reparación de la ruptura del tratado.

Mientras los romanos deliberaban y formaban estos proyectos, veíase estrechada Sagunto con extraordinario vigor. De todas las ciudades allende el Ebro, ésta era incomparablemente la más poderosa. Encontrábase situada á unos mil pasos del mar; sus habitantes pasaban por ser una colonia de Zacinto, mezclada más adelante con algunos rútuos de Ardea.

Por lo demás, habíase elevado rápidamente á aquel grado de poder, sea por el aumento de su población, ó bien por la severidad de principios que le hizo conservar la fe en las alianzas hasta su propia ruina.

Habiendo entrado Aníbal con formidable ejército en su territorio, taló el campo y atacó la ciudad por tres puntos á la vez. Un ángulo de la muralla avanzaba en un valle más llano y más descubierto que el terreno inmediato: por este lado se propuso colocar sus manteletes, á cuyo abrigo podría acercarse el ariete á las murallas; pero tanto como favorecía el terreno lejos de los muros el transporte de los manteletes, así encontraron obstáculos cuando quisieron usarlos. Dominábales una torre inmensa; el muro, por lo mismo que aquel era el lado débil de la plaza, era mucho más grueso y más elevado; en fin, allí era donde habían de ser mayores los trabajos y peligros y donde lo más escogido de la juventud hacía esfuerzos más grandes. Al principio, lluvia de dardos alejó á los asaltantes, sin que los trabajadores pudiesen encontrar ni sombra de seguridad. Muy pronto no se limitaron á lanzar dardos desde lo alto de la torre y de

las murallas; llevóse el atrevimiento hasta lanzarse sobre los guardias y los trabajos enemigos, y en aquellos repentinos combates, los saguntinos no perdían más gente que los cartagineses; y un día, en que Aníbal se acercó demasiado y sin bastante precaución á las murallas, cayó herido en un muslo por un dardo, y tal espanto y confusión se promovió en derredor suyo, que estuvieron á punto de abandonar las obras y los manteletes.

Durante algunos días quedó el sitio reducido á bloqueo, esperándose á que Aníbal curase de su herida; pero si hubo tregua de combates en este intervalo, continuaron las obras de fortificación. Así, pues, el ataque comenzó de nuevo con mayor brío, y á pesar de las dificultades del terreno, por muchos puntos avanzaron los arietes. El ejército de los cartagineses era muy numeroso, calculándose en ciento cincuenta mil hombres.

Los sitiados, para defenderlo y vigilarlo todo, viéronse obligados á despararrar sus fuerzas, y ya no podían resistir, porque batidas incesantemente las murallas, estaban quebrantadas en muchos puntos. En un lado ancha brecha había abierto la ciudad; á consecuencia de ello, tres torres y la muralla que las unía habíanse derrumbado con terrible ruido, y los cartagineses se creyeron dueños de la ciudad por aquella brecha, por la que los dos bandos marcharon uno contra otro, como si los dos estuviesen defendidos por los parapetos. Por lo demás, nada hay parecido á esas confusas peleas á que dan ocasión en los sitios los ataques imprevistos. Aquí, dos ejércitos se presentaban formados en batalla, como en una llanura, en los escombros de la muralla y las casas situadas á poca distancia. Por un lado la esperanza y por otro la desesperación, enardecían los pechos.

Los sitiadores veíanse ya, con ligero esfuerzo, dueños de la plaza; los saguntinos cubren la ciudad con sus cuerpos á falta de murallas, y ni uno solo retrocede para no entregar al enemigo el terreno abandonado. Así, pues, cuanto más estrechos y apretados se encuentran los combatientes, más numerosas eran las heridas, y ningún dardo se perdía entre la armadura y el cuerpo. Los saguntinos tenían un arma arrojadiza llamada falárica, cuya asta era de abeto y redonda en toda su longitud, exceptuando el extremo en que engastaba el hierro. El extremo, cuadrado como el de la javalina romana, estaba rodeado de estopa empapada en pez. El hierro tenía tres pies de largo, de manera que pudiese traspasar la armadura y el cuerpo. Pero aunque la falárica quedase clavada en el escudo sin alcanzar el cuerpo, causaba, sin embargo, profundo espanto; porque, como estaba encendida por el centro y la carrera avivaba la llama, el soldado á quien alcanzaban veíase obligado á arrojar sus armas y á exponerse sin defensa á los golpes siguientes.

Hacía mucho tiempo que el combate permanecía incierto; pero los aliados, que habían resistido mucho más de lo que esperaban, redoblaban su valor, y los cartagineses, no siendo ya vencedores, se consideraban vencidos. De pronto lanzan terrible grito los saguntinos y rechazan al enemigo sobre la muralla derruida; desde allí le rechazan más, le infunden espanto, le derrotan y le empujan á su campamento. Entretanto, anuncian la llegada de los legados roma-

nos; Aníbal envía á recibirlos hasta la orilla del mar para decirles que no se contrarían seguros entre las armas y tantos pueblos irritados por la guerra, y que, en cuanto á él, en circunstancias tan críticas, no tenía tiempo para escuchar mensajes. Era evidente que después de esta negativa, marcharían inmediatamente á Cartago, y de antemano envió cartas y mensajeros á los jefes del partido barcino para que preparasen los ánimos de sus adeptos y desbaratasen todas las tentativas de los contrarios en favor de los romanos.

*(Traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.)*

## B. POESÍA

### VIRGILIO.-LA ENEIDA.—LIBRO I

“Tu oficio, ¡oh Reina!,  
Es indicar lo que te place; el mío  
Obedecer humilde tus mandatos.  
A tí este reino, tal cual es, y el cetro  
Que empuño, debo, y el favor de Jove;  
Por tí á la mesa de los dioses sacros  
Asiento digno tengo y rey pótente  
Soy de las tempestades y borrascas.”  
Dijo, y volviendo el cetro, con la punta  
Impele el monte cóncavo; y los vientos,  
Cual cerrado escuadrón, por donde espacio  
Abierto se les da, rompen con furia,  
Y en revuelto huracán barren la tierra.  
Échanse al mar, y desde su hondo asiento  
Euro y Noto revuélyenlo á porfía,  
Y Ábrego proceloso, y á la playa  
Cual montes vuelcan las hinchadas olas.  
Síguese el vocerío de la gente  
Y el crujir de las jarcias: luz y cielo  
Roban las nubes súbito á la vista  
De los troyanos, y la negra noche  
Se tiende sobre el mar. Truenan los polos,  
Arde el aire en relámpagos continuos  
Todo la imagen de la muerte ofrece.  
Siente Eneas al punto mortal hielo  
Por sus miembros correr; gime, y entrambas  
Manos al cielo alzado: — “¡Oh una y mil veces  
Felices, clama, aquellos que alcanzaron  
Morir, por dicha, á vista de sus padres,  
Lidiando al pie de los troyanos muros!

¡Oh tú, varón fortísimo entre toda  
La griega gente! ¡Oh hijo de Tideo!  
Que en los iliacos campos no lograra  
Yo también sucumbir, allí exhalando  
Mi espíritu á los golpes de tu diestra!  
Allí donde Héctor el terrible yace  
Por la lanza de Aquiles traspasado;  
Do cayó el gigante Sarpedonte,  
Donde el Simois revuelve entre sus ondas  
Arrebatados multitud de escudos,  
Cascos y cuerpos de varones fuertes!„  
Mientras así clamaba, embravecido  
El rugiente Aquilón hiere y desgarrá  
La vela con fragor, y á las estrellas  
Alza las olas, trónchanse los remos;  
Sin gobierno el bajel tuerce la proa  
Y el costado presenta al oleaje.  
Una montaña de agua salta encima  
Y la cubierta barre: vense al punto  
Unos allá colgando en la eminencia  
De la empinada ola; otros divisan,  
Abierto el mar hasta el abismo, el fondo,  
Y en bullente furor hervir la arena.  
Tres naves arrebatá el Noto airado  
Y á peñascos latentes las arroja.  
(A estos peñascos que en el mar se esconden,  
*Aras* llaman los Ítalos; escollos  
Tremendos á flor de agua.) Embiste el Euro  
Con otras tres y ¡oh vista dolorosa!  
A las desnudas sirtes las empuja  
Desde alta mar, las embarranca y ciñe  
Con muralla de arena. Una gigante  
Ola rugiendo avanza y á los ojos  
Del propio Eneas, contra la alta popa  
Revienta del bajel que conducía  
Al fiel Oronte y á los Licios; salta  
Sacudido el piloto, y volteando  
Cae de cabeza al mar; torna allí mismo  
Contra el bajel la ola, le hace en torno  
Por tres veces girar, y de repente  
Lo sorbe el mar en raudo remolino.  
Salen aquí y allí nadando algunos  
En aquel vasto abismo; á par flotando  
Se ven armas, blasones y tesoros

De Troya, por las ondas esparcidos.  
La poderosa nave de Ilioneo  
Y la del fuerte Acates, la que á Abante  
Lleva, la que el anciano Aletes rige,  
Ceden á la borrasca: todas ellas,  
De sus costados rota y desclavada  
la trabazón, reciben en su seno  
Por grietas mil las enemigas ondas.  
Neptuno, en tanto, el gran murmullo siente  
Del ponto, y el rugir de la borrasca,  
Y su líquido imperio conmovido  
Desde el profundo asiento. Con sorpresa,  
Por contemplar el mar, sobre las altas  
Olas asoma la apacible frente;  
Y la armada de Eneas ve dispersa  
Por el piélago inmenso, y acosados  
á los troyanos por la mar y el cielo.  
Cuando esto mira, de su hermana Juno  
No se le ocultan el rencor y el dolo.  
Al Céfito y al Euro ante su vista  
Llama y así les dice: "¡Tal soberbia  
Vuestro linaje os da, que tierra y cielo,  
Sin mi licencia soberana, osásteis,  
Oh vientos, remover, y esa terrible  
Borrasca alzar! ¡Yo os juro!... Mas primero  
Urge aplacar las alteradas ondas;  
Que esta insolencia pagaréisme en breve  
Con sin igual castigo. Presto, osados,  
Marchad lejos de aquí, y en nombre mío  
A vuestro rey decid que no el imperio  
Del mar y el gran tridente fué por suerte  
A él concedido, sino á mí. Domine  
Allá en buen hora en el peñasco rudo  
Que es, Euro, tu mansión; gócese Eolo  
En tal palacio, y á su antojo reine  
En la cerrada cárcel de los vientos."  
Dijo; y, apenas acabó, en serena  
Calma tendióse el mar; las apiñadas  
Nubes ahuyenta, y restablece el día.  
Cimoteo y Tritón, contra el escollo  
Estribando á la par, de allí á las naves  
Desencallan por fin: Neptuno mismo  
Con el tridente ayuda; por enmedio  
Les abre paso de las vastas sirtes;

Aplaca el mar y en sus veloces ruedas  
Sobre las altas ondas se desliza.  
Tal cuando á veces se levanta un pueblo  
En furioso motín, y el freno rompe  
Embravecida la grosera plebe,  
Y por el aire vuelan arrojadas  
Piedras enormes é incendiarias teas,  
Y armas le da el furor; si á dicha entonces  
Aparece un varón de alto respeto  
Por su virtud y méritos, al punto  
Callan todos y dóciles le escuchan,  
Y con su voz las voluntades rige  
Y los pechos amansa; tal en calma  
Quedó el fragor del Piélago, con sólo  
Una mirada de su rey, que suelta  
La rienda á sus caballos, bajo un cielo  
Despejado y sereno, por las ondas  
Tendidas vuela en su brillante carro.  
Cansados los de Eneas, la cercana  
Tierra ganar procuran, y de Libia  
A la costa se tornan.

*(Traducción de D. Ventura de la Vega.)*

## VIRGILIO.-ÉGLOGA PRIMERA

### Melibeo y Títiro.

- MEL. Tú, Títiro, á la sombra descansando  
Desta tendida haya, con la avena  
El verso pastoril vas acordando.  
Nosotros, desterrados, tú sin pena  
Cantas de tu pastora, alegre, ocioso,  
Y tu pastora el valle y monte suena.
- TÍT. Pastor, este descanso tan dichoso  
Dios me le concedió; que reputado  
Será de mí por Dios aquel piadoso,  
Y bañará con sangre su sagrado  
Altar muy muchas veces el cordero  
Tierno de mis ganados degollado;  
Que por su beneficio soy vaquero,  
Y canto, como ves, pastorilmente  
Lo que me da contento y lo que quiero.
- MEL. No te envidio tu bien, mas grandemente

Me maravillo haberte sucedido  
En tanta turbación tan felizmente.

Todos de nuestro patrio y dulce nido  
Andamos alzados. Vésmenos ahora  
Aquí cual voy enfermo y dolorido,

Y guío mis cabrillas; y esta que hora  
En medio aquellos árboles parida,  
¡Ay! con lo que el ganado se mejora

Dejó dos cabritillos, dolorida  
Encimá de una losa, fatigado,  
De mí sobre los hombros es traída.

¡Ay triste! que este mal y crudo hado,  
A nuestro entendimiento no estar ciego,  
Mil veces nos estaba denunciado.

Los robles lo decían, ya con fuego  
Tocados celestial, y lo decía  
La siniestra corneja desde luego.

Mas tú, si no te ofende mi porfía,  
Declárame, pastor, abiertamente  
Quien es aqueste dios de tu alegría.

TÍT.

Pensaba, Melibeo, neciamente,  
Pensaba yo que aquella que es llamada  
Roma no era en nada diferente

De aquesta villa nuestra acostumbrada,  
Adonde las más veces los pastores  
Llevamos ya la cría destetada.

Así con los perrillos los mayores,  
Así con las ovejas los corderos,  
Y con las cosas grandes las menores

Solía comparar; mas los primeros  
Lugares con aquella comparados,  
Son como dos extremos verdaderos,

Que son de Roma así sobrepujados  
Cual suelen del ciprés alto y subido  
Los bajos romerales ser sobrados.

MEL.

Pues, dí, ¿cuál fué la causa que movido  
A Roma te llevó?

TÍT.

Fué libertarme;  
Lo cual, aunque algo tarde, he conseguido.

Que al fin la libertad quiso mirarme  
Después de luengo tiempo, y ya sembrado  
De canas la cabeza, pudo hallarme

Después que Galatea me ha dejado,  
Y soy de la Amarilis prisionero,

Y vivo á su querer todo entregado;  
Que en cuanto duró aquel imperio fiero  
En mí de Galatea, yo confieso  
Que ni curé de mí ni del dinero.

Llevaba yo á la villa mucho queso,  
Vendía al sacrificio algún cordero;  
Mas no volvía rico yo por eso.

MEL. Y esto fué aquel semblante lastimero  
Que tanto en Galatea me espantaba,  
Esto por qué llamaba al cielo fiero;  
Esto por qué tristísima dejaba  
La fruta sin coger en su cercado  
Pues, Títiro, su bien, ausente estaba.

Tú, Títiro, te habías ausentado;  
Los pinos y las fuentes te llamaban,  
Las yerbas y las flores deste prado.

TÍT. ¿Qué pude? que mil males me cercaban,  
Y allí para salir de servidumbre  
Los cielos más dispuestos se mostraban.

Que allí ví, Melibeo, aquella cumbre,  
Aquel divino mozo por quien uno  
Mí altar en cada mes enciende lumbre.

Allí primero dél que de otro alguno  
Oí: "Paced, vaqueros, libremente,  
Paced, como solía cada uno."

MEL. Por manera que á tí perpetuamente  
Te queda tu heredad (¡Oh, bienhadado!),  
Aunque pequeña, pero suficiente,  
Bastante para tí, demasiado,  
Aunque de pedregal y de pantano  
Lo más de toda ella está ocupado.

No dañará el vecino grey mal sano  
Con males pegadizos tu rebaño,  
Ni hará que tu trabajo salga vano;

No causará dolencia el pasto extraño  
En lo preñado dél, ni en lo parido  
Las yerbas extranjeras harán daño.

Dichoso poseedor, aquí tendido  
De fresco gozarás junto á la fuente,  
A la margen del río, do has nacido.

Las abejas aquí continuamente  
Deste cercado, arras de mil flores,  
Te adormirán, sonando blandamente.

Debajo el alta peña, sus amores



El leñador aquí, cantando al viento,  
Esparcirá, y la tórtola dolores.

La tórtola, en el olmo haciendo asiento  
Repetirá su queja, y tus queridas  
Palomas sonarán con ronco acento.

Tft. Primero los venados las tendidas  
Lagunas pacerán, y el mar primero  
Denegará á los peces sus manidas,  
Y beberá el germano parto fiero,  
Trocando sus lugares naturales,  
El Albiaqueste, el Tigri aquel ligero;  
Primero pues que aquellas celestiales  
Figuras de aquel mozo, de mi pecho  
Borradas, desaparezcan las señales.

MEL. Nosotros, pero, iremos con despecho,  
Unos á los sedientos africanos,  
Otros á los de Scitia, campo estrecho:  
Y otros á los montes y á los llanos  
De Creta, y del todo divididos  
De nuestra redondez, á los britanos.

Después de muchos días ya corridos,  
¡Ay! ¿si vendrá que viendo mis majadas  
Las pobres chozas de paternos nidos,

Después de muchas mieses ya pasadas,  
Si viéndoles diré maravillado:

Ay tierras (¡Ay dolor!) mal empleadas?

¿Tan buenas posesiones un soldado  
Maldito? ¿Y tales mieses tendrá un fiero?  
Ved para quien hubimos trabajado.

Ved á cuán miserable y lastimero,  
Estado á los cuitados ciudadanos  
Condujo el obstinado pecho entero.

Ve, pues, Melibeo, y con tus manos  
En orden pon las vides, y curioso  
Engiere los perales y manzanos.

Andad, ganado mío, ya dichoso,  
Dichosas ya en un tiempo, id, cabras mías,  
Que ya no cuai solía alegre, ocioso,

Ni estando ya tendido en las sombrías  
Cuevas, os veré lejos ir paciendo,  
Colgadas por las peñas altas frías.

No cantaré, ni yéndoos ya paciendo,  
Vosotras ni del citiso florido  
Ni del amargo sauce iréis comiendo.

Tír. Podrías esta noche, aquí tendido  
En blanda y verde hoja, dar reposo  
Al cuerpo flaco, al ánimo afligido.  
Y cenaremos bien, que estoy copioso  
De maduras manzanas, de castañas  
Engertas y de queso muy sabroso.  
Y ya las sombras caen de las montañas  
Más largas, y convidan al sosiego,  
Y ya de las aldeas y cabañas  
Despide por los techos humo el fuego.

*(Paráfrasis del V. P. Mtro. Fray Luis de León.)*

## VIRGILIO.—LAS GEÓRGICAS.—LIBRO II

Del campo la labor, de las estrellas  
El variado girar cantó mi lira;  
Ahora te canto á tí, Baco risueño,  
Y el árbol cantaré silvestre y bravo,  
Y el tardo fruto del creciente olivo.  
Dios de la vid, asísteme en mi empresa;  
Todo está lleno de tus ricos dones;  
Por tí florece el campo revestido  
De pámpano otoñal, y la vendimia  
Rebosa en las tinajas espumando,  
Dios de la vid, descalza tus coturnos,  
Y tiñe, al par que yo, tus recias piernas,  
En las oleadas del hirviente mosto.....

Ante todo diré que el árbol nace  
Por diversas maneras: hay algunos  
Que á la ventura, sin auxilio, crecen,  
Y cubren con sus ramas tembladoras  
Las tortuosas orilas de los ríos,  
como el mimbre flexible, la retama,  
Los álamos y el sauce coronado  
De verdoso blanco; los otros nacen  
De sembrada simiente, como el roble  
De los bosques gigante, á Jove grato,  
El copudo castaño, las encinas,  
Tenidas por oráculos en Grecia;  
Otros arrojan de sus mismas raíces  
Compacta selva de lucidos brotes,  
Como el cerezo y como el olmo umbroso  
Y el laurel del Parnaso, débil niño  
Que á la sombra materna ufano crece,

Tales son los caminos que al principio  
Siguió naturaleza con el árbol:  
De esta manera reverdece el tronco  
Que produce por sí las frutas varias,  
Las densas selvas y los sacros bosques:  
Son otros dos caminos muy diversos  
Que nos muestran también antiguos usos;  
Del tronco maternal cortando al vivo,  
Plantan los unos el retoño en hoyas.  
Otros entierran con las mismas raíces  
El craso tronco y las hendidas ramas  
En cuatro partes con sus largas púas;  
Es preciso también para los bosques,  
Que el árbol forme un arco con los ramos,  
Sus puntas enterrando en lo más hondo  
De la tierra; la savia circulante  
Da nueva vida al socavado brote;  
Otros carecen de raíz, y entonces  
El podador, la punta de una rama  
Sola á la tierra sin temor confía,  
Y sucede también que el mismo tronco  
Seco y sin vida del cortado olivo,  
¡Prodigio de contar! prende en la tierra  
Con nuevas raíces, y á menudo vemos  
Trocar sus ramas el manzano ingerto  
En sabroso peral, y la ciruela  
Teñir de rojo al alcornoque duro.  
Aprended, por lo tanto, labradores,  
El cultivo adecuado á cada especie,  
Y domad con empuje la aspereza  
Del salvaje frutal. No dejes nunca  
Tierra sin trabajar, por tu desidia;  
Cubre de viñas el Ismaro monte,  
Y reviste de olivos el Taburno.  
Y tú, Mecenas, honra y gloria mía,  
Mi protector y á quien mi fama debo  
Ven en mi ayuda en este pobre ensayo,  
Y lanzándote al mar hinche mi vela,  
Haciéndome bogar tu soplo amigo.  
No pretendo abarcar todo en mis cantos:  
Ni me fuera posible, aunque tuviera  
Una ferrada voz y lenguas ciento;  
Ven á costear conmigo aquesta orilla,  
Tocando nuestras manos á la tierra;

No cansarán tu mente las ficciones  
Ni fastidioso exordio, ni rodeos.  
Los árboles que elevan por sí solos  
A la luz de los aires el ramaje  
Son infecundos, pero más robustos  
Y más hermosos brotan desde luego,  
Porque nutre mejor naturaleza  
El fondo de la tierra donde nacen,  
Pero si acaso transplantados fueren  
En labrados terrenos, si se ingertan,  
Pierden su condición salvaje y dura,  
Y harás que ceda con segura mano  
Al artificio diestro del cultivo.  
Es bien seguro que el retoño estéril  
Que brote de las raíces de los árboles,  
Ufano crecerá, si le trasplantas  
A terrenos abiertos y espaciosos,  
Ahora la sombra del follaje espeso  
A la Madre ya anciana quita fuerzas,  
Para que crezcan con vigor los tallos  
Matando el germen que revive dentro,  
Arbol que nace de novel simiente  
Viene tardío, con su densa sombra  
Solo á tus nietos servirá de amparo;  
Perdiendo con la edad el dulce jugo  
Degenera el frutal, y las más veces  
Agrios racimos da la vid, que sirven  
De alimento á los pájaros voraces,  
A tus árboles mira con esmero,  
Siempre en profundos hoyos los resguarda,  
Y prodiga tu afán para domarlos,  
El olivo renace de su tronco  
Con más fuerza y vigor, de sus mugrones  
Nace la vid; también se planta entero  
De Pafos el laurel, el cual revive  
De su misma fuertísima madera;  
Nacen así los avellanos duros  
Y el corpulento y vigoroso fresno,  
Y el álamo sombrío, cuyas ramas  
Dan á Hércules coronas, y la encina  
De Júpiter Caonio, erguida brota,  
Ya cuando nace, la elegante palma,  
Y el abeto también, cuyo destino  
Es el sufrir borrascas en los mares.

El madroño se ingerta en la corteza  
Del frondoso nogal y del manzano;  
El vigoroso brote se inocula  
En el plátano estéril y pomposo:  
El haya da castañas, y aun el fresno  
De los perales con la flor blanquea,  
Y machacan los cerdos las bellotas  
Al pie del olmo. — Hay muy distintos modos  
De inocular y de ingertar los brotes...

*(Traducción de D. Marcelino de Aragón Azlor,  
Duque de Villahermosa.)*

## HORACIO.-ODA II DEL LIBRO II

A CRISPO SALUSTIO

No tiene lustre alguno la ocultada  
Plata en las avarientas venas, Floro,  
De la tierra y estimo en nada el oro  
    Que me sirve de nada.  
Vivirá de Alejandro glorioso,  
Pese á la envidia, el apellido cuanto  
Rodare el sol, no por valiente tanto  
    Cuanto por dadivoso.  
Y reinarás más luenga y noblemente  
Si tu ambicioso corazón rindieres  
Que si cuanto ve el sol oriente adquieres  
    Y ve el sol occidente  
No será que el hidrópico remita  
La sed, si mal de sí compadecido  
Más bebe y más; pero si bien sufrido  
    La causa della quita  
Vencerla ha: y solo es rey el que desea  
Nada, con lo que tiene satisfecho;  
No aquel, no, á quien codicia rompe el pecho  
    Bien que un mundo posea.  
Entre las aves al imperio aspira  
No por herencia ó sangre, la que osada  
A su valor, con vista no turbada  
    Al sol derecha mira.  
Y á aquel sólo varón uno es debido  
El cetro, yo jüez, que mira, Floro,  
Y sufrir osa el resplandor del oro  
    Con ojo no torcido.

*(Traducción de Francisco de Medrano.)*

## HORACIO.-ODA II DEL EPODON

### Beatus ille.

Dichoso el que de pleitos alejado,  
Cual los del tiempo antiguo,  
    Labra sus heredades, olvidado  
Al logrero enemigo,  
    Ni el arma en los reales le despierta,  
Ni tiembla en la mar brava,  
    Huye la plaza y la soberbia puerta  
De la ambición esclava,  
    Su gusto es, ó poner la vid crecida  
Al álamo ajuntada,  
    O contemplar cuál pace, desparcida  
Al valle su vacada;  
    Ya poda el ramo inútil y ya ingiere  
En su vez el extraño,  
    O castra sus colmenas, ó si quiere  
Tresquila su rebaño,  
    Pues cuando el padre Otoño muestra fuera  
La su frente galana,  
    ¡Con cuánto gozo coge la alta pera  
Y uvas como grana,  
    Y á tí, sacro Silvano, las presenta,  
Que guardas el egido!  
    Debajo un roble antiguo ya se asienta,  
Ya en el prado florido.  
    El agua en las acequias corre, y cantan  
Los pájaros síñ dueño  
    Las fuentes al murmullo que levantan  
Despiertan dulce sueño,  
    Y ya que el año cubre campo y cerros  
Con nieve y con heíadas,  
    O lanza el jabalí con muchos perros,  
En las redes paradas,  
    O los golosos tordos, ó con liga,  
O con red engañosa,  
    O la extranjera grulla en lazo obliga,  
Que es pesca deleitosa.  
    Con esto, ¿quién del pecho no desprende  
Cuánto en amor se pasa?

¿Pues qué, si la mujer honesta entiende  
Los hijos y la casa?  
Cual hace la sabina ó calabresa,  
De andar al sol tostada,  
Y ya que viene el amo, enciende apriesa  
La leña no mojada,  
Y ataja entre los zarzos los ganados,  
Y los ordeña luego,  
Y pone mil manjares no comprados,  
Y el vino como fuego.  
Ni me serán los rombos más sabrosos,  
Ni las ostras, ni el mero,  
Si algunos con levantes furiosos  
Nos da el invierno fiero,  
Ni el pavo caerá por mi garganta,  
Ni el francolín greciano,  
Más dulce que la oliva, que quebranta  
La labradora mano.  
La malva ó la romaza enamorada  
Del vicioso pasado;  
La oveja en el disanto degollada,  
El cordero quitado  
Al lobo; y mientras como, ver corriendo  
Cuál las ovejas vienen,  
Ver del arar los bueyes, que volviendo  
Apenas se sostienen;  
Ver de esclavillos el hogar cercado,  
Enjambre de riqueza.  
Ansi dispuesto un cambio, ya al arado  
Loaba la pobreza.  
Ayer puso en sus ditas todas cobro,  
Mas hoy ya torna al logro.

*(Traducción de Fray Luis de León.)*

### **TIBULO.-ELEGÍA III, LIBRO II**

Al campo va mi amor, y va á la aldea:  
El hombre que morada un punto solo  
Hiciere en la ciudad, maldito sea.  
La mesma Venus deja el alto polo,  
Y á los campos se va, y el dios Cupido  
Se torna labrador por esto sólo.  
¡Ay, yo con qué placer, si permitido  
Me fuera estar do estás, con el arado

Rompiera el fértil campo endurecido,  
Y en hábito de aldea disfrazado  
Siguiera el paso de los bueyes lento  
De tus hermosos ojos sustentado!  
Si me abrasara el sol, ningún tormento  
Sintiera mi dolor, ni si la esteva  
Las manos me llagara en partes ciento;  
Que Apolo bien ansi en forma nueva  
De las vacas de Admeto fué vaquero,  
Y hizo de su amor ilustre prueba.  
La música y belleza contra el fiero  
Amor no le valió, ni saludable  
Yerba de cuantas él halló primero.  
Toda su medicina al incurable  
Golpe quedó rendida, y traspasada  
Su alma fué con flecha penetrable.  
Llevó y tornó del pasto la vacada,  
La leche fué exprimida por su mano,  
Y en las redondas formas apretada.  
¡Ay! cuántas veces, cuántas de su hermano,  
Que en pos de algun novillo le encontraba,  
Se avergonzó Diana, mas en vano,  
El cabello, que al oro despreciaba,  
Revuelto le traía y desgreñado;  
Que duro amor así se lo mandaba.  
¡Oh venturosa edad! ¡siglo dorado!  
Cuando sin deshonor ni inconveniente  
Aun á los mismos dioses era dado  
Servir al dulce amor abiertamente.

*(Traducción de Fray Luis de León.)*

## OVIDIO.-HERÓIDAS

### EPÍSTOLA VII.-DIDO Á ENEAS

Cual suele el blanco cisne, que en el vado  
De Meandro se ve cercano á muerte,  
Cantar, sabiendo que le llama el hado;  
Así sin esperanza de moverte,  
Mi canto ronco y débil voz levanto  
Contra aquel Dios que fuerza á endurecerte  
Y poco importa que se pierda el canto,



Que pues la honra y fama se ha perdido,  
Piérdase todo y muéstrese mi llanto,

Cierto estás de partir, y persuadido  
A me dejar, y que unos vientos lleven  
Tus naves, y la fe que diste á Dido.

Cierto estás, en que así como se mueven  
Las anclas de tus flotas, se remueva  
Tu fe y promesas, que guardarse deben.

Cierto estás de buscar Provincia nueva,  
Digo el Italo Reino que tú ignoras,  
Sin que Cartago á te quedar te mueva.

Estas frescas murallas triunfadoras  
No te incitan á amarme, ni aprovecha  
Darte un cetro, y ésta alma dónde moras.

Huyes Ciudad que está poblada y hecha,  
Búscasla, por hacer, buscas mis daños,  
Buscas tierra, porque esta te es estrecha.

Hallándola despues de algunos años,  
¿Quién te la ha de entregar? ¿qué habitantes  
Sus campos han de dar á unos extraños?

Por fuerza has de tener otros amores,  
Otra Dido, otra fe que tú quebrantes,  
Otros halagos y actos fingidores.

¿Cuándo será que otra Ciudad levantes  
Semejante á Cartago? y puesto en alto,  
Tus gentes mires, como están triunfantes.

Demos que así suceda, sin que falte  
Tu gusto quede en cuanto pretendieres  
Y goces tu Ciudad sin sobresalto,

¿Cómo podrás hallar adonde fueres  
Muger, que te ame, como te amo y quiero?  
Pues excedo en amar á las mugeres.

Ardo cual arde el pino ó el madero,  
Que es de licor ó azufre misturado,  
O como incienso puesto en el brasero.

Traigo en mis ojos siempre retratado  
A Eneas, y en el alma está esculpido  
De noche y dia el nombre de mi amado,

Mas él me es sordo y mal agradecido  
Del cual huir debiera la presencia,  
Si quedado me hubiese algun sentido

Y no porque yo piense en esta ausencia  
Algun mal de él, en cólera me inflamo,  
Ni para odiarle se me de licencia.

Que mientras más me quejo y más exclamo  
En medio de esta rabia y pasión fiera,  
Más ardo, más le adoro, más le amo.....

.....  
(Traducción de Diego Mexía.)

## OVIDIO.-LAS METAMORFOSIS

### LAS EDADES DEL MUNDO

La primera de todas se ha criado  
La edad dorada santa que guardaba  
Sin rey ni ley lo justo de su grado.  
La pena ausente, el miedo ausente estaba,  
El pueblo sin adictos se regía,  
Que sin jueces seguro se hallaba.  
Nao ni galera entonces no se vía  
Ir por el mar, ni nadie entre mortales  
Otras que sus riberas conocía.  
No había muros, trompas ni atabales,  
Ni para hacer trompetas se doblaban  
Pesados y durísimos metales.  
Ni de arneses ó espadas se adornaban  
Soldados, que sin ellas muy seguras  
Las gentes en blando ocio se ocupaban.  
Y sin romperla, las entrañas puras  
Arándose, la misma tierra daba  
Frutos y frutas dulces y maduras.  
Cualquier con el manjar se contentaba  
Que sin se cultivar podía tenerse,  
Porque la misma tierra lo criaba.  
Quieren con zarzamoras mantenerse,  
Con silvestres cerezas y otras tales,  
Que sin se desear podían haberse.  
Sustentábanse á veces los mortales  
Con bellotas, ajenos de dolores,  
De penas, de pasiones y de males.  
Había verano eterno cuyas flores,  
Nacidas, sin simiente, regalaba  
Favonio con sus soplos y frescores.  
La tierra sin ararse se mostraba

De mieses canas llena de contino,  
Aunque nunca jamás se barbechaba.  
De néctar y de leche río divino  
Aquí y allí corría, destilaba  
La roja y dulce miel de encina ó pino.  
Mas ya que el mundo Jove gobernaba  
(Saturno en cárcel preso), comenzóse  
La edad que de la plata se llamaba.  
Peor que la primera, mas probóse  
Que era mejor que fué la edad siguiente,  
Que del rojo metal denominóse.  
Limitóse el verano floreciente  
Por Júpiter, y fuese dividiendo  
El año en cuatro partes prestamente.  
Verano, estío, otoño, invierno, siendo  
Cuatro tiempos, que el año dividieron  
En cuatro espacios, yéndose encendiendo  
El aire desde entonces, y se vieron  
Colgados cerriones en los vientos,  
Que causa de hacer casas luego dieron.  
Entonces cuevas eran aposentos,  
Y troncos huecos de árboles, do estaban  
Seguros los mortales y contentos.  
Las tierras ya de Ceres se sembraban,  
Rompiéndolas con reja y corvo arado;  
Al yugo ya los bueyes se aplicaban.  
La edad de cobre vino en tercer grado,  
Cruel y pronta en armas, no traidora,  
La última de hierro se ha nombrado.  
Nació toda maldad luego á la hora,  
Huyó vergüenza, fe y verdad al punto,  
Y en su lugar traición y engaño mora.  
Asechanzas y fuerza, todo junto,  
Y el malvado deseo y avariento  
Se hicieron de maldades un trasunto.  
El marinero daba vela al viento  
Aun no bien conocido; las galeras  
De árboles fabrican al momento.  
Y tú, campo, que antes común eras,  
Como la luz del sol, fuiste partido  
Con límites crecidos y linderas.  
Y no sólo á tí, tierra, te han pedido  
Panes y frutas, pero por tesoro  
Las internas entrañas te han rompido.

Y métense en tu centro por el oro,  
Con él sacando causa de mil males,  
De vicios, de rencillas, pena y lloro.  
Hallóse el hierro ya por los mortales,  
Y el oro, más dañoso, y la batalla  
Adonde el hierro y oro son iguales.  
Vívese de rapiña, no se halla  
Hospedaje seguro ni entre hermanos;  
Si buscáis amistad, es poco hallalla.  
Maridos y mujeres inhumanos  
Son á sí mismos; las madrastras quieren  
Mezclar ponzoñas negras con sus manos.  
Los hijos, si sus padres no se mueren,  
Procuran despacharlos, con deseo  
De heredar y gozar lo que tuvieren.  
Postrada estás, piedad, que ya te veo;  
La sanguinosa tierra ya ha dejado  
La justísima diosa hija de Astreo.  
Y porque llegue al cielo sublimado  
Tanta maldad, se dice que quisieron  
Gigantes expugnar ei estrellado,  
Y que para este efecto compusieron  
Sobre unos montes otros, donde estando,  
Cerca de las estrellas se pusieron.  
Mas el que sobre todos tiene el mando,  
Lo remedió con rayo poderoso,  
De sobre Pelion Osa derribando.  
Y dicen que, del golpe temeroso,  
Quedaron con los montes encubiertos  
Los cuerpos, y el intento tan furioso.  
Y también, que la tierra, de los muertos  
Madre pía, por no se ver privada  
Con casos tan acerbos como ciertos,  
De su progenie, se quedó empapada  
De la sangre cruel, y en sus entrañas  
Caliente procuró fuese animada,  
Y convirtióla en hombres de las mañas  
De los primeros hijos destruídos,  
Amigos de maldades y cizañas,  
Mofadores de Dios, descomedidos,  
Implacables, crueles y tiranos,  
Que de sangre entendieras ser nacidos.  
Viendo de los palacios soberanos  
Júpiter esto, al punto meditando

De Licaon los convites inhumanos,  
Fuese luego su cólera inflamando  
Para el castigo digno del pecado,  
Ira digna de Júpiter tomando.

*(Traducción de Pedro Sánchez de Viana.)*

## OVIDIO.-TRISTES

### ELEGÍA PRIMERA

Parte, pequeño libro: lo permito!  
Irás á la ciudad, donde tu dueño  
No puede ¡y bien le pesa! acompañarte;  
Parte, mas sin adornos, como debe  
Ir un proscrito; en la desgracia adopta  
El traje que conviene á un desgraciado.

Ni te alegren las flores del jacinto  
Con su purpúreo jugo, que no es propio  
Este color al que de luto viste;  
Ni el bermellón tu rótulo colore,  
Ni resalte el escrito con el lustre  
Del oloroso cedro, ni den gala  
Blancos remates á tu negra frente.

Realcen tan artísticos primores  
Al libro que es feliz; tú sólo puedes  
Ser mudo heraldo de mi gran miseria:  
Ni tus gemelas páginas se pulan  
Al roce de la frágil piedra pómez.

Preséntate con rostro que entristezca;  
La cabellera hirsuta y desgreñada,  
Ni las oscuras manchas te sonrojen,  
Pues bien verá el lector que desteñidas  
Están las hojas por copioso llanto.

Anda, mi libro: tus renglones cortos  
Saluden en mi nombre aquellos sitios  
Queridos para mí, y á cuyas lindes  
Sólo así puedo aproximar mi planta.

Si alguno en ese pueblo aún me recuerda  
Y desea saber en qué me ocupo,  
Dile que aliento, niégale que vivo,  
Y por dádiva tengo de los dioses  
Este poco de vida que aún conservo.

Así, con tu silencio, al que pregunte,  
Dejándote leer, darás respuesta,

Advertido por tí seguramente  
Se acordará el lector de mi delito,  
Y como reo de notoria culpa  
Seré por todo el pueblo acriminado;  
Guárdate de salir á mi defensa,  
Aunque se ensañen en morder mi nombre;  
La causa que no es buena por sí misma  
No se ha de mejorar por defenderla.

Encontrarás alguno que lamente  
Mi ausencia suspirando, y que no logre  
Terminar la lectura de estos versos  
Sin que el llanto humedezca sus mejillas;  
Que por temor á lenguas maldicientes  
Guarde dentro del alma sus deseos  
De aliviar un dolor, calmando al César:  
Yo, sin saber quién sea, al cielo pido  
Que hagan feliz los dioses al que de ellos  
Implore compasión para el que sufre.

Sean cumplidos sus votos y yo logre,  
Del Príncipe la cólera aplacada,  
Morir tranquilo en mis paternos lares.

Aunque cumplas, ¡oh libro!, mis mandatos,  
Quizás la acerba crítica te culpe  
Juzgándote inferior á mi talento.

Es oficio del juez, al par que el caso,  
Examinar el tiempo, y no es dudoso  
Que este examen feliz ha de salvarte.

Para que el verso fluya dulcemente  
Ha de brotar del ánimo en la calma,  
Y hoy corren para mí tiempos revueltos  
Por súbitas desgracias anublados:  
Sosiego y soledad los versos piden,  
Y yo á merced del temporal sañudo,  
Con el viento y la mar estoy luchando.  
No se aviene el temor con dulces himnos  
Ni los puede entonar aquel que siente  
El filo de la espada en su garganta.

Por eso asombro causarán mis versos  
A quien cual justo juez quiera apreciarlos;  
Y quien quiera que sea el que leyere,  
Los habrá de mirar con indulgencia.

Poned en mi lugar á Homero mismo  
De casos tan contrarios abrumado;  
Mal pudiera vencer con su alto ingenio

El cúmulo aún más grande de mis males.

Parte, por fin, indiferente, ¡oh libro!  
No te sonrojes del desdén soberbio  
Con que el lector tus páginas recorra;  
La suerte no se muestra tan propicia  
Que puedas esperar grandes aplausos.

En los tiempos felices de mi vida  
Con deleite amoroso contemplaba  
El título de un libro de mis versos  
En sed ardiente de ilustrar mi nombre:  
Hoy con no aborrecerlos solamente  
Harto hago ya, porque mi ingenio en ellos  
De mi triste destierro fué la causa.

Pero tú, á quien los hados no lo impiden,  
Ve en mi lugar, contemplarás á Roma.  
¡Ojalá, oh libro, que ocupar tu puesto  
Me permitieran los propicios dioses!

No creas que has de entrar cual peregrino  
En la grande ciudad, y que su pueblo  
Tu nombre desconozca como extraño  
Ni te haga falta título; cualquiera  
Conocerá en lo triste que eres mío,

Entra de oculto; mis antiguos versos  
Podrán hacerte á mi pesar gran daño;  
Del público no logran la acogida  
Que en los tiempos antiguos; si hay alguno  
Que no quiera leerte por ser mío,  
Dile que su atención fije en el nombre,  
Que no enseñe yo en tí de amar el arte:  
Si pena merecí por el delito  
De haber hecho tal obra, la he pagado.

*(Traducción de D. Marcelino de Aragón Azlor,  
Duque de Villahermosa.)*

## ÉPOCA POSTCLÁSICA

### A. DIDÁCTICA

#### LUCIO ANNEO SÉNECA.-DE LA DIVINA PROVIDENCIA

##### LIBRO I, CAPÍTULO IV

Las cosas prósperas suceden á la plebe y á los ingenios viles, y al contrario las calamidades y terrores, y la esclavitud de los mortales, son propios del varón grande. El vivir siempre con felicidad, y el pasar la vida sin algún remordimiento de ánimo, es ignorar una parte de la naturaleza. ¿Eres grande varón? ¿De dónde me consta, si no te ha dado la fortuna ocasión con que ostentar tu virtud? Veniste á los juegos olímpicos, y en ellos no tuviste competidor; llevarás la corona olímpica, pero no la victoria. No te doy el parabien como á varón fuerte, dóytelo como al que alcanzó el consulado ó el corregimiento, con que quedas acrecentado. Lo mismo puedo decir al varón bueno, si algún dificultoso caso no le dió ocasión en que poder mostrar la valentía de su ánimo.

Júzgote por desgraciado si nunca lo fuiste; pasaste la vida sin tener contrario, nadie (ni aun tú mismo) conocerá hasta dónde alcanzan tus fuerzas; porque para tener noticia de sí es necesaria alguna prueba, pues nadie alcanza á conocer lo que puede, si no es probándolo.

Por lo cual, hubo algunos que voluntariamente se ofrecieron á los males que no acometían, y buscaron ocasión para que la virtud, que estaba escondida, resplandeciese. Dígote que los grandes varones se alegran algunas veces con las cosas adversas, no de otra manera que los grandes soldados con el triunfo. He oído referir que en tiempo de Cayo César, quejándose un soldado de las pocas mercedes que le hacían, dijo: “¿Qué linda edad se pierde! La virtud es deseosa de peligros, y pone la mira en la parte adonde camina, y no en lo que ha de padecer, porque el mismo padecer le es parte de gloria.”

Los varones militares se glorían de las heridas y ostentan alegres la sangre, que por la mejor causa corre. Y aunque hagan lo mismo los que sin heridas vuelven de la batalla, con mayor atención se ponen los ojos en el que viene estropeado. Dígote verdad que Dios hace el negocio de los que desea perfectos siempre que les da materia de sufrir fuerte y animosamente alguna cosa en que haya dificultad. Al piloto conocerás en la tormenta y al soldado en la batalla. ¿De qué echaré de ver el ánimo con que sufres la pobreza, si estás cargado de bienes? ¿De dónde el valor y constancia que tienes para sufrir la infamia, la ignominia y el aborrecimiento popular, si te has envejecido gozando de su aplauso, siguiéndote siempre su inexpugnable favor, movido de una cierta inclinación



de los entendimientos? ¿De qué sabré que sufrirás con igualdad de ánimo las muertes de tus hijos, si gozas de todos los que engendraste? Héte oído consolando á otros, y conociera yo que te sabrás consolar á tí cuando te apartáras á tí mismo del dolor. Ruégoos que no queráis espantaros de aquellas cosas que los dioses inmortales ponen como estímulo á los ánimos. La calamidad es ocasión de la virtud, y con razón dirá cada uno que son infelices los que viven entorpecidos en sobra de felicidad, donde, como en lento mar, los detiene una sosegada calma; todo lo que á éstos les sucediere les causará novedad, porque las cosas adversas atormentan más á los faltos de experiencia. Aspero se hace el sufrir el yugo á las no domadas cervices. El soldado bisoño con sólo el temor de las heridas se espanta, mas el antiguo con audacia mira su propia sangre, porque sabe que muchas veces después de haberla derramado ha conseguido victoria. Así que Dios endurece, reconoce y ejercita á los que ama; y al contrario, á los que parece que halaga y á los que perdona, los reserva para venideros males. Por lo cual errais si os persuadís que hay algún privilegiado, pues también le vendrá su parte de trabajo al que ha sido mucho tiempo dichoso, porque lo que parece está olvidado, no es sino dilatado.

¿Por qué aflige Dios á cualquier bueno con enfermedades, con llantos y con descomodidades? ¿Por qué en los ejércitos se encargan las más peligrosas empresas á los más fuertes? El General siempre envía los más escogidos soldados, para que con nocturnas asechanzas inquieran á los enemigos ó exploren su camino, ó para que los desalojen; y ninguno de los que á estas facciones salen, dice que le agravió el General, antes confiesa que hizo de él buen concepto. Digan, pues, aquellos á quien se manda que padezcan. Para los tímidos y flojos son dignos de ser llorados los casos, no para nosotros, á quien Dios ha juzgado dignos de experimentar en nuestras fuerzas todo lo que la naturaleza humana puede padecer. Huid de los deleites y de la enervada felicidad con que se marchitan los ánimos, á quien si nunca sucede cosa adversa que los advierta de la humana suerte, están como adormidos en una perpetua embriaguez. Aquel á quien las vidrieras libraron siempre del aire, y cuyos pies se calentaron con los fomentos diversas veces mudados, cuyos cenáculos temple el calor puesto por debajo ó arrimado á las paredes; á este tal, cualquier ligero viento le ofenderá, y no sin peligro, porque siendo nocivas todas las cosas que salen de modo, viene á ser peligrosísima la intemperancia en la felicidad; desvanece el cerebro y atrae la mente á varias fantasías, derramando mucho de obscuridad, que se interpone entre lo falso y verdadero. ¿Por qué, pues, no ha de ser mejor el sufrir una perpetua infelicidad, que despierte á la virtud, que el reventar con infinitos y desordenados bienes? La muerte es menos penosa con ayuno, y más congojosa con crudezas. Los dioses siguen en los varones justos lo que los maestros en sus discípulos, que procuran trabajen más aquellos de quien tienen mayores esperanzas.

## LUCIO ANNEO SÉNECA.-DE LA VIDA BIENAVENTURADA

### LIBRO II.—CAPÍTULO XXIV

Yerra el que piensa que el dar es acción fácil; mucho tiene de dificultad el dar con juicio, y no derramar acaso y con ímpetu. Con las dádivas granjeo á éste, pago al otro, á éste socorro, de aquél me compadezco, al otro adorno, haciendo que la pobreza no le destruya ni le tenga impedido. A algunos dejaré de dar aunque les falte, conociendo que por mucho que les dé, les ha de faltar; á otros les ofreceré, á otros colmaré. No podré en esto ser descuidado, porque nunca con mayor gusto hago obligaciones que cuando reparto dádivas. Dirásme, pues, ¿qué haces en eso, si das para volver á recibir, y nunca para pedir? Aunque la dádiva se ha de poner en parte que no se haya de volver á pedir, háse de poner donde ella pueda volver. Colóquese el beneficio, como el tesoro, escondido en parte secreta, que no le saques sino es cuando la necesidad te obligare. ¡Qué gran cosa es ver la casa de un varón rico! ¡Cuántas ocasiones tiene de hacer bien! ¿Quién llama liberalidad la que sólo se hace con los togados? La naturaleza manda que ayudemos á los hombres; pues ¿qué importa sean esclavos ó libres, nobles ó libertinos, y que éstos lo sean ó por justa libertad ó por la dada entre amigos? Donde quiera que hay hombre, hay lugar de hacer beneficio. Podrá también distribuir su dinero dentro de su misma casa, y ejercitar en ella su liberalidad, la cual no se llama liberalidad porque se debe á los hombres libres, sino porque el dar sale siempre de ánimo libre, y nunca la ejercitan los sabios con personas torpes é indignas, ni jamás se halla tan agotada, que si llegare algún benemérito, deje de manar como si estuviera llena. No hay, pues, para qué sintais mal de lo que virtuosa, fuerte y animosamente dicen los amadores de la sabiduría. Y ante todas cosas, advertid que es diferente el ser amador de la sabiduría, ó haberla ya conseguido. El primero te dirá: “Yo hablo bien, pero hasta ahora estoy envuelto en muchos males; no me pidas que viva conforme á mi doctrina, cuando estoy formándome y levantándome para ser después un grande dechado; si llegare á conseguirlo, como lo he propuesto, pídemme entonces que correspondan los hechos con las palabras”. Pero el que ya llegó á conseguir la perfección del bien humano, tratará contigo de otra suerte, y te dirá que ante todas cosas no te tomes licencia de juzgar á los mejores que tú. Diráte asimismo: “A mí ya me ha tocado el desagradar á los malos, que es argumento de que no lo soy; pero para darte razón de cuán poca envidia tengo á ninguno de los mortales, escucha lo que te prometo y lo que á cada uno estimo. Niego que las riquezas son bien, porque si lo fueran, hicieran buenos, y como no se puede llamar bien el que asimismo le tienen los malos, niégoles este nombre”. Pero tras todo eso, confieso que se han de tener, y que son útiles, y que acarrear grandes comodidades á la vida.

*(Traducción del Licenciado Pedro Fernández de Navarrete.)*

**QUINTILIANO.—DE LA ENSEÑANZA DE LA ORATORIA**  
**LIBRO XII. CAPÍTULO V**

**Cuáles han de ser las prendas de un orador.**

QUE AL ORADOR LE ES NECESARIA LA GRANDEZA DE CORAZÓN Y LA CONFIANZA.  
DE LAS PRENDAS NATURALES DEL ORADOR

Esto es lo que yo había prometido tratar acerca de los auxilios, no del arte, como algunos han pensado, sino del mismo orador. Estas son las armas que debe tener á mano; con la conciencia de estas cosas debe estar apercebido teniendo al mismo tiempo un grande acopio de palabras y figuras, orden en la invención, facilidad en la disposición, firmeza en la memoria y gracia en la pronunciación y ademán.

Pero de todas estas prendas la más excelente es una grandeza de corazón, á la que ni el temor abata, ni el ruido de las voces amilane, ni la autoridad de los oyentes detenga más de lo que requiere el respeto que se merecen. Pues al paso que son abominables los vicios que se oponen á estas prendas, cuales son la demasiada satisfacción, temeridad, malignidad y arrogancia, así también si falta la constancia, confianza y fortaleza, de nada servirá el arte, el estudio y la misma ciencia; como si se diesen armas á los cobardes y de poco corazón para pelear. Aunque mal de mi grado (por cuanto puede siniestramente interpretarse), me veo precisado á decir que la misma vergüenza, defecto verdaderamente digno de aprecio y raíz fecunda de las virtudes, es muchas veces opuesta á las buenas prendas de un orador, y ha sido causa de que muchos, ocultando las grandezas de su ingenio y estudio, pereciesen en el retiro del silencio.

Mas si alguno leyere esto, tal vez sin saber bien todavía distinguir la fuerza de cada una de las palabras, sepa que no reprendo yo la hombría de bien, sino la vergüenza, que es un cierto temor que retrae el alma de aquellas cosas que se deben practicar, del cual resulta la confusión, el arrepentimiento de lo que se ha comenzado y un repentino silencio. ¿Y quién dudará en poner entre los defectos de un orador un afecto por el cual tiene empacho de hacer una cosa buena? Ni tampoco pretendo yo además de esto persuadir que el que está ya á punto de perorar, no se levante con alguna alteración ni mude de color ó dé á entender el peligro á que se expone, lo cual, si no sucediera, se debería, sin embargo, aparentar, sino que este conocimiento sea efecto de la obra, no del temor, que experimente alguna conmoción, no que desmaye. Y el mejor remedio para la vergüenza es la confianza; pues el rostro más vergonzoso tiene un grande apoyo en la buena conciencia.

Hay también prendas naturales, las que, sin embargo, se mejoran con el cuidado, tales son la voz, el buen pulmón, y la gracia en el decir; las cuales son de tanta estimación que frecuentemente le ganan al orador fama de ingenio. En

nuestro tiempo hubo oradores bastante afluentes, pero cuando peroraba Tracalo parecía que excedía á todos sus iguales; tal era lo airoso de su cuerpo, tal la viveza de sus ojos, la majestad de su rostro, la finura de su ademán; y la voz, no como Cicerón quiere que sea, casi como la de los que representan una tragedia, sino superior á la de todos los trágicos que yo he oído hasta ahora. A la verdad, me acuerdo que perorando este en la primera sala del foro de Julio, y estando todo lleno de alboroto á causa de las muchas voces que se oían por juntarse allí cuatro tribunales, como se tiene de costumbre, no solamente le oyeron y entendieron, sino que mereció también el aplauso de los cuatro tribunales, lo cual fué gran bochorno para los demás que estaban al mismo tiempo perorando. Pero esto por milagro se logra y es una rara felicidad, la cual, si faltare, conténtese á lo menos el que dice con ser oído de sus oyentes. Tal como hemos dicho debe ser el orador y saber esto.

(Traducción de los PP. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier.)

## POMPONIO MELA.-DEL LUGAR DE LA TIERRA

### LIBRO II.—CAPÍTULO IV

#### Descripción de la España interior.

España, á no ser por lo que toca á las Galias, está ceñida por todas partes de mar: muy angosta por aquella parte, extiéndose en creciente entre el mar Nuestro (*Mediterráneo*) y el Océano: y su mayor anchura es de Oriente á Occidente. En hombres, caballos, hierro, plomo, cobre, plata y oro es abundante, y tan fértil, que aun en aquellos lugares donde hay penuria de agua, crecen el lino y el esparto. Distinguese de ella tres regiones ó partes: una se llama Tarraconense, otra Bética, otra Lusitania. La Tarraconense toca por una cabecera á las Galias y por las otras á la Bética y á la Lusitania, y su litoral por el mediodía hace al mar Nuestro, y por donde mira al Septentrión, al Océano. Divide el Guadiana las otras dos partes, y así la Bética mira á dos mares, por el Occidente al Atlántico y por el Mediodía al Nuestro. La Lusitania opone sus costas al Océano, el frente al Ocaso y el lado al Septentrión. En el interior de la tierra Tarraconense fueron clarísimas ciudades Palencia y Numancia, hoy lo es Zaragoza: en la Lusitania, Mérida: en la Bética. Ecija, Sevilla y Córdoba. Y si vas hacia las costas, cerca de Cervera hallarás un cabo que rompe desde el Pirineo: despues el río Ter, que baña á Rosas, y el Fluviá, á Ampurias: luego el monte de Jove (*Monjuich*), que por la parte opuesta al Occidente ofrece varias eminencias, separadas por horcajos, que se llaman *Escalas de Annibal*, porque forman una á modo de gradería... La ciudad de Tarragona es la más opulenta de todo aquel litoral: el pequeño río Tulcis (Francolí) la riega, y más abajo se halla el poderoso Ebro, que va á Tortosa. Desde allí, el piélago se mete entre las tierras con gran ímpetu, y en dos senos ó golfos le hiende un promontorio llamado

Ferraria (*el cabo de San Martín*). El primero, mayor y de más ancha boca, se llama Sucronio, y en él entran por estrechos cauces las aguas de tres ríos, el Setabis, el Turia y el Júcar, no muy grandes, que abrazan varias ciudades, siendo entre ellas notabilísimas Valencia y Sagunto, por su fidelidad y sus desastres célebre. Síguese el golfo Ilicitano, que encierra á Altea, Alicante é Ilici ó Elche, que le da su nombre. ....

(Traducción de F. N. L.)

## COLUMELA.-DE AGRICULTURA

### LIBRO X.—DEL CULTIVO DE LOS JARDINES

Cuando la tierra viuda de mortales  
se vió, Deucálion á los agrios montes  
arrancando las rocas con fecunda  
mano, dió al orbe una progenie nueva.  
Hijos somos de rocas, y como ellas,  
labor eterna y dura nos requiere...  
Ea, dejad el sueño y los dentales  
curvos hundid en nuestra madre tierra  
y lacerad su cabellera verde,  
y desgarrad su túnica, y con rastros  
pesados hondo surco abriendo en ella,  
su entraña lastimad, con los terrones  
duros formando hacina y con el césped,  
para que el blanco hielo la recueza,  
y la ira del Cauro la castigue,  
y el Bóreas impetuoso la refresque,  
y el Euro la enmuellezca. Y cuando el Céfiro  
de Abril, soplando en las Rifeas cimas,  
blando disipe las heladas brumas  
y hága desperezarse al mundo todo:  
cuando la Lira desde el polo ártico  
se hunda en el mar y el canto de los nidos  
entone la andariega golondrina,  
cese el forzoso ayuno de la tierra,  
colmadla de mantillo ó del estiércol  
duro del asno. El jardinero activo  
arrime el hombro á la faena, y nunca  
se sonroje porteando las materias  
inmundas á la tierra ya agostada.  
Ya empapada de lluvias y de hielos  
durecida, con la horca y con la pala

revuelva su corteza, hágala muelle  
y arranque las tempranas hierbecillas,  
destripe los terrones putrefactos  
y hágalos polvo con la férrea azada.  
Coja con fuerza el azadón, brillante  
como plata del roce de la tierra,  
y trazando en las eras surcos largos  
de linde á linde, crúcelos con otros,  
de suerte que los gérmenes fecundos  
caigan y por igual se distribuyan  
por el limpio terreno. Caiga entonces  
de los astros terrestres la semilla,  
las blancas azucenas, los narcisos,  
las celtas y los lirios verdeantes,  
y los jacintos níveos y cerúleos,  
y las rosas que imitan los pudores  
en la mejilla virgen . . . . .

*(Traducción de F. N. L.)*

## CAYO PLINIO SEGUNDO.—HISTORIA NATURAL

### LIBRO II, CAPÍTULO I

El mundo y lo que con otro nombre suele llamarse cielo, en cuya circunferencia se encierran todas las cosas, debe ser tenido por igual á un númen ó divinidad, eterno, inmenso, ni engendrado, ni perecedero jamás. Indagar lo exterior á él ni interesa á los hombres, ni cabe en lo que abarca la mente humana. Sagrado es, eterno, inmenso, todo en todo y aun él mismo lo es todo. Es finito y á lo infinito se asemeja; cierto está de todas las cosas, é incierto parece: lo de fuera, lo de dentro, todo en él está comprendido: es obra de la naturaleza de las cosas y la naturaleza lo es de él. Locura fué la de los osados que tuvieron la intención de medirle y de aprovechar esa medida: demencia también la de otros que, con tal ocasión creyeron que había innumerables mundos, por donde habíamos de creer en innumerables naturalezas: ó, si una sólo engendró á todos ellos, en innumerables Soles, Lunas, etc., inmensos é incontables como en uno lo son. Toca esta cuestión y tocará siempre los linderos del entendimiento y siempre tenemos el deseo de fijar un límite, pero si se puede asignar la cualidad de infinita á la naturaleza, más fácil será entenderla en una sola obra, de tamaño grandeza. Locura es, infamia sería querer salirnos fuera de ella, de la naturaleza y escrutar las cosas á ella exteriores cual si las interiores todas nos fueran ya conocidas. Y quien no conoce su propia medida, no podrá conocer la de tan gran cosa: ó la mente del hombre ha de ver cosas que el mundo mismo no encierra.

La forma y aspecto del orbe es absolutamente *global*. Por universal consuno de los mortales se le ha llamado siempre *globo* ú *orbe*: y las cosas lo enseñan y acreditan así, no sólo porque la figura en todas sus partes converge hacia sí y ella á sí misma se soporta y en sí misma se encierra y contiene, sin necesidad de ninguna trabazón, y también sin que se note el fin ni el comienzo de cada una de sus partes: y porque tal forma es aptísima para el movimiento de rotación, según se probará después; pero nuestros ojos mismos lo prueban, porque siendo convexos por todas partes (en forma de globo), por cualquiera que se le mire resulta en el centro quien lo contempla, lo cual en ninguna otra figura puede acontecer.

#### LIBRO VIII, CAPÍTULO XVIII.—DE LOS LEONES

Dos clases de leones hay: una pequeña y rechoncha, de melena rizada. Estos leones son más cobardes que los de cuerpo largo y lasa melena. Los machos oran alzando la pata como los perros y su orín y su aliento tienen un olor fuerte: son raros en el beber: comen un día sí y otro no y hallándose hartos pueden pasar tres días sin comer. Devoran los alimentos sólidos sin triturarlos y cuando no iguala su capacidad estomacal á su avidez, se introducen la garra en la boca y sacan lo que se les hace de más: lo mismo hacen cuando han de huir estando ahítos. Su vida es larga, según se colige de que bastantes se han encontrado á los que se les habían caído los dientes. Polibio, huésped de Emiliano, dice que los leones atacan al hombre cuando son viejos, porque entonces no se atreven con las otras fieras. Entonces suelen asediar las ciudades de Africa: y por esta causa, él vió con Escipión, algunos leones crucificados, para que aterrados los otros por semejante pena, abandonasen el lugar...

(Traducción de F. N. L.)

#### TÁCITO.—MUERTE DE VITELIO

Compartidos, pues, en tres escuadrones los Flavianos, se movía uno así como estaba por la vía Flaminia; el otro caminaba por la ribera del Tíber; y el tercero por la vía Salaria se iba arrimado á la puerta Colima. Púsose la plebe en huida en arrojándole encima los caballos. Los soldados Vitelianos salieron á defender la ciudad también con tres batallones.

Hiciéronse fuera de los muros muchas y diversas escaramuzas, llevando siempre lo mejor los Flavianos, por el valor de las cabezas. Tuvieron solamente un poco de trabajo y peligro los que torcieron hacia la parte izquierda de la ciudad por los huertos Salustianos, por causa de la estrechura de los pasos y resbaladeros, y porque estando los Vitelianos sobre las paredes de los huertos con piedras y con dardos, los entretuvieron todo el día, hasta que ya á la tarde los rompió y degolló (acometiéndoles también por las espaldas) la caballería, que habían rompido y entrado por la puerta Colima.

Embistiéronse también después las escuadras enemigas en campo Marcio,

peleando por los Flavianos la fortuna y la gloria de tantas victorias y por los Vitelianos solo la desesperación.

Y así, aunque puestos una vez en huida, volvían de nuevo á hacer rostro en la ciudad. Estaba el pueblo presente á animar los combatientes, y como acostumbraba en los espectáculos y juegos de burla, con voces y con aplausos favorecía ora á éstos, ora á aquéllos. Y cuando una de las dos partes flojeaba ó se escondía por las tiendas ó por las casas, gritaban detrás de los vencedores, diciendo que los sacasen de allí y quitasen la vida; y esto para gozar ellos de la mayor parte de la presa: porque atendiendo los soldados á la sangre y á la manzanza, quedaban al vulgo los despojos. Cruel vista y monstruosa la de toda aquella ciudad.

En unas partes había batallas y heridas, y en otras baños y banquetes; aquí sangre y cuerpos muertos, acullá rameras y otras poco mejores. Cuantos vicios y desórdenes podían tener lugar en un ocio vil y sensual, y cuantas maldades podían hacerse en el más fiero saco. De suerte, que absolutamente creyeras, que aquella ciudad á un mismo tiempo se enloquecía con ira y furor, y se alegraba y retozaba en sus pasatiempos.

Habían peleado en tiempos pasados ejércitos en Roma, dos veces siendo Sila victorioso, y una siendo Cina: ni entonces hubo más crueldad por parte de los vencedores. Mas ahora una seguridad bestial, sin desamparar por un pequeño instante los deleites (como si también esto acrecentara solaz á los días festivos), se regocijaban furiosamente, sin cuidado del bando que habían profesado, alegres todos solamente con los males públicos. Lo que ofreció mayor dificultad fué la expugnación de los alojamientos, defendidos por los soldados más valerosos, como por postrer refugio y última esperanza. Y así se esforzaron más aquí los vencedores, con diligencia y cuidado particular de las cohortes viejas; empleando á un mismo tiempo todos los instrumentos hallados para la ruina de las ciudades más fuertes, formando tortugas, arrojando fuegos, abriendo trincheras, arrimando mantas, levantando plataformas y diciendo á grandes voces que aquel era el cumplimiento y fin de todos sus trabajos y peligros, pasados en tantas otras batallas; que la ciudad se había de restituir al Senado y pueblo romano, y los templos á los dioses; quedando y consistiendo la honra y reputación particular de los soldados en ganar los alojamientos: que era aquella su patria y aquellas las casas de todos. Y que no ganándose luego, no se podían aquella noche desnudar las armas.

En contrario, los Vitelianos, aunque inferiores en número y en fortuna, atendían á dificultar la victoria y á retardar la paz, manchando en sangre las casas y los altares, último consuelo de los vencidos. Muchos heridos de muerte quisieron espirar sobre las torres y en defensa de las murallas; y habiéndose arrancado al fin las puertas por los Flavianos, los que quedaban hechos una piña se ofrecieron ellos mismos al vencedor, y todos cayeron muertos con el rostro vuelto al enemigo; tan á su cargo tuvieron la honra hasta en ese último trance.

Vitelio, después de tomada la ciudad, puesto en una litera, y saliendo por



la puerta trasera de palacio, se hace llevar al Aventino á casa de su mujer con designio de procurarse esconder allí aquel día y huirse á Terracina á su hermano. Después, por su natural inconstancia, y siguiendo la calidad de los medrosos, que temiéndolo todo, temen particularmente las cosas presentes, se vuelve á palacio á quien halló yermo y vacío, y desamparado de todos, habiéndose deslizado á diferentes partes hasta los esclavos y gentes de servicio, ó apartándose de él por no encontrarle. Espántale aquella soledad y aquellas salas ocupadas de un mudo silencio. Va tentando las puertas que ve cerradas, medroso de las abiertas y vacías; y cansado de aquel miserable andar discurrendo de una parte á otra, mientras andaba procurando disimularse en un sucio y vergonzoso escondrijo, lo saca fuera Julio Plácido, Tribuno de una cohorte. Átanle las manos atrás, y después de haberle despedazado el vestido, lo llevan en feo espectáculo, injuriado de muchos, y llorado de ninguno: habiéndoles quitado del todo la compasión, la infamia y bajeza de su fin. Encontrándose con él un soldado de los germanos le tiró un golpe, ó por cólera del caso, ó por librarle más presto de aquel vituperio, si ya no quiso coger al tribuno, á quien cortó una oreja: lo cierto no se sabe; que el soldado fué luego hecho piezas. Era forzado Vitelio, por las puntas de los estoques y puñales enemigos, á tener el rostro levantado unas veces y aparejado á sufrir mil oprobios y afrentas; otras vuelto á mirar sus estatuas que se arrojaban por el suelo; otras la plaza de los rostros y el lugar donde fué muerto Galba, y á lo último le arrojaron á las Gemonías, donde había estado tendido el cuerpo de Flavio Sabino. Salió de él una sola palabra que no diese señal de ánimo vil, respondiendo á un tribuno que se burlaba de él, que aunque le pesase había sido Emperador. Después de esto, dándole muchas heridas, le acabaron de matar, persiguiéndole el vulgo después de su muerte con la misma malignidad con que le había loado y favorecido vivo. Fué hijo de Lucio Vitelio, y cumplía los cincuenta y siete años de edad. Tuvo el consulado y sacerdocios, nombre y lugar entre los grandes de Roma, no por mérito alguno suyo, sino todo por el esplendor de su padre. Diéronle el principado los que menos le conocían. El favor de los ejércitos raras veces fué tan grande para los que le procuraron con buenas artes, cuanto para éste con su vileza.

Hallábanse con todo eso en el sencillez grande y liberalidad: virtudes que si se ejercitan sin medida, fácilmente se convierten en daño y ruina de quien las tiene. Las amistades, mientras pensó mantenerlas con grandeza de dones, y no con entereza de costumbres, podemos antes decir que las mereció, que no que las tuvo. Fué sin duda provechoso á la República que Vitelio quedase vencido; mas no por esto pueden excusar su infidelidad los que le vendieron á Vespasiano, habiéndose ya los mismos rebelado á Galba. Hasta el fin del día, porque los magistrados y senadores estaban por el temor, ó huídos de la ciudad, ó escondidos por las casas de sus amigos, no se pudo juntar el Senado. Domiciano, en no temiéndose ya de cosa alguna, presentándose á los capitanes de su bando, fué saludado César y acompañado de gran número de soldados, así como estaban en armas á casa de su padre.

## DE LAS COSTUMBRES DE LOS ALEMANES

La tierra, aunque diferencia en algunas partes, es universalmente (de vista) horrible por los bosques, y fea y manchada por las lagunas que tiene. Por la parte que mira las provincias de Francia es más húmeda y por la que el Nórico y Panonia más sujeta á aires.

Es fértil de sembrados, aunque no sufre frutales; tiene abundancia de ganados, pero no de aquella grandeza y presencia que en otras partes; ni los bueyes tienen su acostumbrada hermosura, ni la alabanza que suelen por su frente. Huélganse de tener mucha cantidad, por ser esas solas sus riquezas, y las que más les agradan.

No tienen plata ni oro: y no sé si fué benignidad ó rigor de los dioses negárselo. Con todo no me atrevería á afirmar, no habiéndolo nadie escudriñado, que no hay en Alemania venas de plata y oro. Cierto es, que no se les da tanto como á nosotros, por la posesión y uso de ello: porque vemos que de algunos vasos de estos metales que se presentaron á sus Embajadores y Príncipes no hacen más caso que si fueran de barro. Bien es verdad, que los que viven en nuestras fronteras, á causa del comercio, estiman el oro y la plata, y conocen y escogen algunas monedas de las nuestras: pero los que habitan la tierra adentro, tratan más sencillamente, y á la costumbre antigua, trocando unas cosas por otras. Los que toman monedas, las quieren viejas y conocidas; como son Bigatos y Serratos; y se inclinan más á la plata que al oro; no por afición particular que la tengan, sino porque el número de las monedas de plata es más acomodado para comprar menudencias y cosas usuales. No tienen hierro en abundancia, como se puede colegir de sus armas. Pocos usan de espadas ni lanzas largas; pero tienen ciertas astas que ellos llaman *frameas*, que son un hierro angosto y corto; pero tan agudo y fácil de manejar, que se puede pelear con ella de lejos y de cerca, según la necesidad. La gente de á caballo se contenta con escudo y framea; la infantería se sirve también de armas arrojadas, y trae cada uno muchas, las cuales tiran muy lejos. Andan desnudos, ó con un sayo ligero. No son curiosos en su traje. Solo traen los escudos muy pintados, y de muy escogidos colores. Pocos traen lorigas y apenas se halla uno ó dos con morrión ó celada. Los caballos no son bien hechos ni ligeros, ni los enseñan á volver á una mano y á otra, y á hacer caracoles, según nuestra usanza: de una carrera derecha, ó volviendo á una mano todos en tropa, hacen su efecto con tanta orden, que ninguno se queda atrás. Y todo bien considerado, se hallará, que sus mayores fuerzas consisten en la infantería; y así pelean mezclados; porque se conforma bien con el paso de los caballos la ligereza de los infantes que se ponen en la frente del escuadrón, por ser mancebos escojidos entre todos. Hay número señalado de ellos; de cada pueblo ciento; y tienen entre los suyos este mismo nombre. Y quedóles por título de dignidad y honra, lo que al principio no fué más que número. El escuadrón se compone de escuadras formadas en punta. El

retirarse, como sea para volver á acometer, tienen más por ardid y buen consejo, que por miedo. Retiran sus muertos, aun cuando está en duda la batalla.

El mayor delito y flaqueza entre ellos es dejar el escudo. Y los que han caído en tal ignominia, no pueden hallarse presentes á los sacrificios ni juntas: y muchos, habiéndose escapado de la batalla, acabaron su infamia ahorcándose. Eligen sus reyes por la nobleza; pero sus capitanes por el valor. El poder de los Reyes no es absoluto ni perpetuo. Y los capitanes, si se muestran más prestos y atrevidos, y son los primeros que pelean delante del escuadrón, gobiernan más por el ejemplo que dan de su valor y admiración de esto, que por el imperio ni autoridad del cargo: mas el castigar, prender y azotar no se permite sino á los Sacerdotes; y no como por pena, ni por mandado del capitán, sino como si lo mandara Dios; que ellos creen, que asiste á los que pelean. Y llevan á la guerra algunas imágenes é insignias que sacan de los bosques sagrados. Y lo que principalmente les excita á ser valientes y esforzados es, que no hacen sus escuadras y compañía de toda suerte de gentes, como se ofrecen á caso, sino de cada familia y parentela á parte.

Y al entrar en la batalla tienen cerca sus prendas más queridas para que puedan oír las alaridos de las mujeres y los gritos de los niños; y éstos son los fieles testigos de sus hechos, y los que más los alaban y engrandecen. Cuando se ven heridos van á enseñar las heridas á sus madres y á sus mujeres, y ellas no tienen pavor de contarlas ni de chuparlas; y en medio de la batalla los llevan refresco, y los van animando. De manera que algunas veces, según ellos cuentan, han restaurado las mujeres batallas ya casi perdidas, haciendo volver los escuadrones que se inclinaban á huir, con la constancia de sus ruegos; y con ponerlos delante los pechos y representarles el cercano cautiverio que de esto se seguiría, el cual temen mucho más impacientemente por causa de ellas; tanto, que se puede tener mayor confianza de las ciudades que entre sus rehenes dan algunas doncellas nobles. Porque aún se persuaden que hay en ellas un cierto no sé qué de santidad y prudencia; y por esto no menosprecian sus consejos ni estiman en poco sus respuestas. Así lo vimos en el imperio del Divo Vespasiano, que algunos tuvieron á Véleda en lugar de diosa. Y también antiguamente había venerado á Aurinia y otras muchas; y esto no por adulación, ni como que ellos las hiciesen diosas, sino por tenerlas por tales. Reverencian á Mercurio sobre todos sus dioses: y ciertos días del año tienen por lícito sacrificarle hombres para aplacarle. A Hércules y á Marte hacen para esto sacrificio de animales permitidos. Parte de los Suevos adora á Isis: pero no he podido adivinar de dónde les haya venido esta religión extranjera; aunque la estatua de la diosa, que es hecha en forma de nave Libúrnica muestra habéseles traído por mar. Piensan que no es decente á la majestad de los dioses tenerlos encerrados entre paredes, ó darles forma humana. Consagran muchas selvas y bosques; y de los nombres de los dioses llaman aquellos lugares secretos, que miran solamente con veneración. Observan, como los que más, los agüeros y suertes: pero las suertes son sin artificio. Cortan de algún frutal una varilla, la cual hecha pedazos, y puesta en cada uno cierta señal, la echan, sin mirar cómo, sobre una

vestidura blanca: y luego el Sacerdote de la ciudad, si es que se trata de negocio público, ó el padre de la familia, si es de cosa particular, después de haber hecho oración á los dioses, alzando los ojos al cielo, toma tres palillos, de cada vez uno, y hace la interpretación según las señales que de antes les habían puesto. Y si las suertes son contrarias, no tratan más aquel día del negocio: y si son favorables, procuran aún cerciorarse por agüeros: y también saben ellos adivinar por el vuelo y el canto de las aves. Mas es particular de esta nación observar las señales de adivinanza, que para resolverse sacan de los caballos de esta manera. Estos se sustentan del público en las mismas selvas y bosques sagrados, todos blancos, y que no han servido en ninguna obra humana; y cuando llevan el carro sagrado, los acompaña el Sacerdote y el Rey ó Príncipe de la ciudad, y consideran atentamente sus relinchos y bufidos. Y á ningún agüero dan tanto crédito como á éste; no solamente el pueblo, pero también los nobles y grandes y los Sacerdotes; los cuales se tienen á sí por ministros de los dioses, y á los caballos por sabedores de la voluntad de ellos.

Observan asimismo otro agüero para saber el suceso de las guerras importantes. Procuran coger, como quiera que sea uno de aquella nación, con quien han de hacer guerra, y le hacen entrar en batalla con uno de los más valientes de los suyos, armado cada cual con las armas de su tierra; y según la victoria del uno ó del otro, juzgan lo que ha de suceder. Los príncipes resuelven las cosas de menor importancia, y las de mayor se tratan en junta general de todos; pero de manera que aun aquellas de que toca al pueblo el conocimiento, las traten y consideren los primeros los príncipes. Juntanse á tratar de los negocios públicos (si no sobreviene de repente algún caso no pensado) en ciertos días, como cuando es luna nueva ó cuando es llena; que este tiempo tienen por el más favorable para emprender cualquier cosa. No cuentan por días, como nosotros, sino por noches. Y de esta forma hacen sus contratos y asignaciones, que parece que la noche guía al día. Tienen esta falta causada de su libertad, que no se juntan todos de una vez ni al plazo señalado, y así se suelen gastar dos ó tres días, aguardando los que han de venir. Siéntanse armados, y cada uno como le agrada.

*(Traducción de D. Carlos Coloma.)*

## B. ORATORIA

### PLINIO EL JOVEN.—CARTAS

#### LIBRO I.—CARTA IX

A Munacio Fundano, salud. Es admirable como en Roma todos los días nos parecen llenos de ocupaciones, sin que á punto fijo podamos decir en qué consisten.—Pregunta á cualquiera:—¿Qué hiciste hoy? y te responderá:—Estuve viendo á un joven recibir la toga viril: ó bien, estuve en una boda; ó quizás, de testigo, en la firma de un testamento; ó me llamaron como abogado; ó tuve

consulta. Y todas estas cosas á él mismo le han parecido indispensables, pero si piensas bien el tiempo que cotidianamente has perdido en ellas, las reputarás como harto fútiles, mucho más cuando solo las consideras. Entonces se te ocurre pensar: — Pero, señor, ¿en qué cosas tan frías é inútiles he pasado los días? Esto es lo que me acude á las mientes cuando en mi casa de Laurentino leo ó escribo á alguien, ó ejercito el cuerpo, cuyo buen mantenimiento sostiene tan bien el ánimo. Ni oigo ni digo nada que me arrepienta de haber oído ó dicho; nadie se pone á distraerme con murmuraciones torpes. Ni tampoco reprendo á nadie, como no sea á mí propio, cuando no me gusta lo que escribo. Ni la esperanza ni el temor me solicitan: ni ruido alguno me inquieta. Solo conmigo mismo y con mis libros hablo. ¡Recta y sincera vida! ¡Dulce y honrado ocio, más hermoso que todo humano afán! ¡Oh mar, oh río, mi verdadero y secreto *museo*, cuántas cosas encontras y sabéis dictarme!... Por tanto tú, en cuanto de ello tengas ocasión, abandona el estúpido y ruidoso discurrir de la ciudad, tantas necias ocupaciones, y entrégate ó á los estudios ó al ocio. Asaz verdadero es lo que nuestro amigo Atilio dijo con tanta elegancia como ingenio: que *vale más estar ocioso que hacer nada*. Pásalo bien.

## SAN AGUSTÍN.—LA CIUDAD DE DIOS

### De la eterna felicidad y bienaventuranza de la ciudad de Dios, y del sábado y descanso perpetuo.

¿Cuán grande será aquella bienaventuranza donde no habrá mal alguno, ni faltará bien alguno, y nos ocuparemos en alabar á Dios, el cual llenará perfectamente el vacío de todas las cosas en todos? Porque no sé en qué otra ocupación se empleen donde no estarán ociosos por vicio de la pereza, ni trabajarán por escasez ó necesidad. Esto mismo me lo insinúa aquella sagrada canción donde leo ú oigo: "los bienaventurados, Señor, que habitan en tu casa, para siempre te estarán alabando". Todos los miembros y partes interiores del cuerpo incorruptible, que ahora vemos repartidas para varios usos y ejercicios necesarios (porque entonces cesará la necesidad y habrá una plena, cierta, segura y eterna felicidad) se ocuparán y mejorarán en las alabanzas de Dios. Porque todos aquellos números en la armonía corporal de que ya se ha hablado, que al presente están escondidos y secretos, no lo estarán, y estando dispuestos por todas las partes del cuerpo por dentro y por fuera, con las demás cosas que allí habrá grandes y admirables, inflamarán con la suavidad de la hermosura y belleza racional los ánimos racionales en alabanza de tan grande artifice. Qué tal será el movimiento que tendrán allí estos cuerpos no me atrevo á definirlo, por no poder imaginarlo. Con todo, el movimiento y la quietud, como la misma hermosura, será decente cualquiera que él fuere, pues no ha de haber allí cosa que no sea decente. Sin duda que donde quisiere el espíritu, allí luego estará

el cuerpo y no querrá el espíritu cosa que no pueda ser decente al espíritu y al cuerpo. Habrá allí verdadera gloria, no siendo ninguno alabado por error ó lisonja del que lo alabare. Habrá verdadera honra, que á ningún digno se negará, ni á ninguno se le dará; pero ninguno que sea indigno la pretenderá por ambición, porque no se permitirá que haya alguno que no sea digno. Allí habrá verdadera paz, porque ninguno padecerá adversidad, ni de sí propio ni de mano de otro. El premio de la virtud será el mismo Dios que nos dió la virtud, pues á los que la tuvieren les prometió á sí mismo, porque no puede haber cosa mejor ni mayor. Porque ¿qué otra cosa es la que dijo por el profeta: "yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo", sino yo seré su satisfacción, yo seré todo lo que los hombres honestamente pueden desear, vida y salud, sustento y riqueza, gloria y honra, paz y todo cuanto bien se conoce? De esta manera se entiende también lo que dice el Apostol: "que Dios nos será todas las cosas en todo". El será el fin de nuestros deseos, pues le veremos sin fin, le amaremos sin fastidio, y le elogiaremos sin cansancio. Este oficio, este afecto, este acto será como la misma vida eterna, común á todos.

Por lo tocante á los grados de los premios que ha de haber de honra y gloria, según los méritos, ¿quién será bastante á imaginarlo, cuanto más á decirlo? Pero es indudable que los ha de haber, y verá tambien así aquella Ciudad bienaventurada, aquel gran bien que ningún inferior tendrá envidia á ningún superior, así como ahora los ángeles no tienen emulación de los arcángeles. No apetecerá cada uno ser lo que no le dieron viviendo unido á aquel que se lo dieron con un vínculo apacible de concordia, como en el cuerpo no querría ser ojo el miembro que es dedo, hallándose uno y otro con suma paz en la unión y constitución de todo el cuerpo. De tal suerte tendrá uno un don menos que otro, como tendrá el de no desear ni querer más.

No dejarán de tener libre albedrío porque no pueden deleitarse con los pecados, mediante á que más libre estará de la complacencia de pecar el que se hubiere libertado hasta conseguir el deleite indeclinable de no pecar; pues el primer libre albedrío que dió Dios al hombre cuando al principio le crió recto, pudo no pecar, pero pudo tambien pecar; mas este último será tanto más poderoso cuanto que no podrá pecar. Este privilegio será igualmente por beneficio de Dios, no por la posibilidad de su naturaleza. Porque una cosa es ser uno Dios, otra participar de Dios. Dios, por su naturaleza no puede pecar; pero el que participa de Dios, de Dios le viene el no poder pecar. Fué conforme á razón que se observasen estos grados en la divina gracia, dándonos el primer libre albedrío con que pudiese no pecar el hombre, y el último con que no pudiese pecar, á fin de que el primero fuese para adquirir mérito y el segundo para recibir el premio. Mas porque pecó esta naturaleza cuando pudo pecar con más abundante gracia la pone Dios en libertad hasta llegar á aquella libertad en que no puede pecar. Porque así como la primera inmortalidad que perdió Adan pecando fué el no poder morir, y la última será no poder morir, así el primer libre albedrío fué el poder no pecar y el último el no poder pecar. Así será inadmisibile y eterno el amor y voluntad de la piedad y equidad, como lo será el de la

felicidad: pues, en efecto, pecando no pudimos conservar la piedad ni la felicidad; pero la voluntad y amor de la felicidad, ni aun perdida la misma felicidad la perdimos.

Por cuanto el mismo Dios no puede pecar ¿habremos de negar que tenga libre albedrío? Tendrá aquella Ciudad una voluntad libre, uno en todos y en cada uno inseparable, libre ya de todo mal y libre de todo bien, gozando eternamente de la suavidad de los gozos eternos, olvidada de las culpas, olvidada de las penas, y no por eso olvidada de su libertad, por no ser ingrata á su liberador.

En cuanto toca á la ciencia racional, se acordará tambien de sus males pasados; pero en cuanto al sentido y experiencia, no habrá memoria de ellos; como un médico perito en su facultad sabe y conoce casi todas las enfermedades del cuerpo, según se han descubierto y se tiene noticia de ellas por esta ciencia, pero no sabe como se sienten en el cuerpo muchísimas que él no las ha padecido. Así como se pueden conocer los males de dos maneras, una con las potencias del alma y otra con los sentidos de los que los experimentan; porque, en efecto, de una manera se saben y se tiene noticia de todos los vicios por la doctrina de la sabiduría, y de otra por la mala vida del ignorante; así tambien hay dos especies de olvido de los males, porque de un modo los olvida el erudito y docto, y de otro el que los ha experimentado y padecido: el primero olvidándose de la pericia y ciencia, y el otro dejando de sufrirlos. Según este género de olvido que puse en último lugar, no se acordarán los Santos de los males pasados, porque carecerán de todos los males, de forma que totalmente desaparezcan de sus sentidos. Con aquella potencia de ciencia, que la habrá muy singular en ellos, no sólo no se les encubrirán sus males pasados, pero ni aun la eterna miseria de los condenados. Porque, de otra suerte, si no han de saber que fueron miserables, ¿cómo, conforme á la expresión del Real Profeta, “han de celebrar eternamente las misericordias del Señor, puesto que aquella ciudad, en efecto, no tendrá objeto de más suavidad y contento que el celebrar esta alabanza y gloria de la gracia de Cristo, por cuya sangre hemos sido redimidos?” Allí se cumplirá: “descansad y mirad que yo soy Dios”, que dice el Salmo, lo cual será allí verdaderamente un grande descanso y un sábado que jamás tenga noche. Esto nos lo significó el Señor en las obras que hizo al principio del mundo, donde dice la Escritura: “descansó Dios al séptimo día de todas las obras que hizo, y bendijo Dios al día séptimo y le santificó, porque en él descansó de todas las obras que comenzó Dios á hacer”. Tambien nosotros mismos vendremos á ser el séptimo día, cuando estuviéremos llenos de su bendición y santificación. Allí, estando tranquilos, quietos y descansados, veremos que él es Dios, que es lo que quisimos y pretendimos ser nosotros cuando caímos en su gracia, dando oídos y crédito al engañador que nos dijo: “seréis como dioses”, y apartándonos del verdadero Dios, por cuya voluntad y gracia fuéramos dioses por participación y no por rebelión. Porque ¿qué hicimos con él sino deshacernos, enojándole?

Por él, creados y restaurados en mayor gracia, permaneceremos descansando para siempre, viendo como él es Dios, de quien estaremos llenos cuando él será

todas las cosas en todos. Aun nuestras mismas obras buenas, que son antes tuyas que nuestras, entonces se nos imputarán para que podamos conseguir este sábado y descanso, porque si nos las atribuyéramos á nosotros fueran serviles, supuesto que dice Dios del sábado: "que no practiquemos en él obra alguna servil". Y por eso, dice también por el profeta Ezequiel: "les di mis sábados en señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy el Señor que los santificó". Esto lo sabremos perfectamente cuando estemos descansando y perfectamente veamos que él es Dios.

El mismo número de las edades, como el de los días, si lo quisiéramos computar conforme á aquellos períodos ó divisiones de tiempos que parece se hallan expresos en la Sagrada Escritura, más evidentemente nos descubrirá este Sabatismo ó descanso; porque se halla el séptimo de modo que la primera edad casi al tenor del primer día venga á ser desde Adán hasta el diluvio, la segunda desde éste hasta Abraham, no por la igualdad del tiempo, sino por el número de las generaciones, porque se halla que tienen cada una diez. De aquí, como lo expresa el evangelista San Mateo, siguen tres edades hasta la venida de Jesucristo, las cuales cada una contiene catorce generaciones; una desde Abraham hasta David, otra desde éste hasta la cautividad de Babilonia, y la otra desde aquí hasta el nacimiento de Cristo en carne. Son, pues, en todas cinco. La sexta es la que corre ahora, la cual no la podemos medir con número determinado de generaciones por lo que dice la Escritura: *non est vestrum scire tempora, quæ Pater posint in sua potestate*, "que no nos toca el saber los tiempos que el Padre puso en su postestad."

Después de ésta, como en día séptimo, descansará Dios, cuando al mismo séptimo día le hará Dios descansar en sí mismo. Si quisiéramos discutir ahora particularmente de cada una de estas edades, sería asunto largo. Con todo, esta séptima será nuestro sábado, cuyo fin y término no será la noche sino el día del domingo del Señor, como el octavo eterno que está consagrado á la resurrección de Cristo, significándonos el descanso eterno, no sólo del alma, sino también del cuerpo. Allí estaremos descansando, y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. Ved aquí lo que haremos al fin sin fin, porque ¿cuál otro es nuestro fin sino llegar á la posesión del reino que no tiene fin? Me parece que, auxiliado de la divina gracia, ya he cumplido la deuda de esta grande obra; á los que se les hiciere poco, ó á los que también mucho, les pido que me perdonen; y á los que les pareciere bastante, no á mí, sino á Dios conmigo, agradecidos, darán las gracias. Amén.

(Traducción de D. José Cayetano Díaz de Beyral.)



## C. POESÍA

---

### LUCANO.-LA FARSALIA

#### LA SELVA MÁGICA DE MARSELLA

No lejos del asedio el suelo cría  
selva capaz, donde negó hospedaje  
aun al sol mismo la arboleda umbría  
con techumbres de rústico follaje;  
nunca su verde plano raya el día,  
ni un ramo la segur tronca al bosque:  
ni admite culto de silvestre mano  
Flora, Palas, ó Pan, Fauno ó Silvano.

Y si digna es de fe la antigua fama,  
jamás allí entonó canto, ó bramido,  
ave, ni fiera; ni en peñasco ó rama  
les dió el bosque favor de albergue ó nido:  
no vibra el rayo su tremenda llama,  
ni algún viento su armónico rúido,  
bien que infunde el silencio y soledades  
más horror, que tronantes tempestades.

Fiero Ministro inalterable ofrece  
sacrificio tan impio á deidad vana,  
que en toda parte esmalta y humedece  
suelos, peñas y troncos sangre humana:  
con alta y fresca eternidad florece  
del breñal denso la melena anciana,  
y de manchado arroyo sus colores  
tersos beben adúlteras las flores.

Sobre troncados árboles ocultos  
estátuas cargan de labor tan ruda,  
que al mustio ceño de sus torpes bultos  
se erizan ramas de la selva muda;  
los nombres de los Idolos incultos  
cierra el secreto; y al espanto ayuda  
ignorar siempre, á cual deidad del soto  
reverencia el temor, conquista el voto.

Á tiempos calma, y de caverna ó mina,  
hondo el fragor rimbomba en la floresta;  
flexible el tejo, y circular se inclina  
al suelo, y perezoso el arco enhiesta:  
tal vez se rasga el centro, se ilumina  
el sitio, y nueva confusión le infesta,  
vense abrazar entre peñascos broncos  
con maridaje fiel sierpes ó troncos.

No viandantes, no prácticos pastores  
huellan la estancia, habitación del miedo,  
de lejos se contemplan sus errores,  
el pie la evita, la señala el dedo;  
aun los Ministros, rígidos cultores  
de sus aras, recatan el denuedo;  
y al Dios que allí se oculta en monte ó valle,  
sirviéndole, recelan encontralle.

Este asilo de plantas, donde ociosa  
solo al espanto hospeda su maleza,  
porque jamás licencia belicosa  
desgajó rama, ni rompió corteza;  
Cesar mandó talar: pero dudosa  
fué la obediencia en la común flaqueza,  
que las breñas mirando en sangre rojas  
aun del temblor se asombran de las hojas.

Religioso el valor teme si ofende  
mínima arista de la sacra selva,  
que repugnante el duro corte enmiende  
lo errado, y á segar sus miembros vuelva;  
mas Cesar, que el temor suspenso atiende,  
no hallando brazo que la duda absuelva,  
aplicó el suyo; arrebató primero  
gran hacha, y filos de pesante acero.

Rigiendo aquella con desden y aliento,  
hirió de añoso roble el tronco fijo,  
y reteniendo firme al asta el cuento,  
clavado el hierro temerario dijo:  
Ya será el hecho imitación, no intento;  
proseguid, no aboneis la acción que elijo,  
que si emprendió profanidad mi mano,  
no es vuestro el crimen, yo seré el profano.

Aun de la heroica voz no asegurado  
el temor, le obedecen compelidos,  
que los apremia el Cesar enojado,  
con más ley que los Dioses ofendidos;  
la encina, luego el álamo empinado,  
el fresno, el chopo de vejez fornidos,  
cedros, pinos, que orlaron altos climas,  
barren los pavimentos con las cimas.

Grave y cóncavo tiembla el monte en torno,  
eco redobla el golpe resonante,  
cede el abeto, el sauce, enebro y orno,  
haya, y ciprés, á la segur tajante:  
la estancia opaca sin frondoso adorno  
recibe luces, que admiró ignorante;  
bien que ramosos toldos ya talados  
aun permanecen rectos de intrincados.

*(Traducción de D. Juan de Jaúregui.)*

## PERSIO.-SÁTIRA IV <sup>1</sup>

### DE LA SOBERBIA Y LIVIANDAD DE LOS PRÓCERES

¡Y tú mandas al pueblo! Oye al barbado  
maestro que bebió letal cicuta.  
¿En qué fías, pupilo de Pericles  
el grande? Quizá el genio y la experiencia  
te sobran, antes que te apunte el bozo:  
sabes lo que decir y callar debes:  
cuando la plebe hirviendo en bilis, grita  
reducirla al silencio, también sabes  
con un noble ademán majestüoso.  
¿Qué dices luego? “¡Oh, quírites romanos!  
esto no creo justo: esto es lo recto.” —  
Y tomando en tus manos la balanza  
pesas, mides, repartes la justicia,  
y disciernes el tuerto del derecho  
y el crimen marcas con la negra *Zeta*.....  
¿Cuál es tu sumo bien? la buena mesa  
y el curar de que el sol tu bello cutis  
no escorie, propia ocupación de ancianas,  
y el presumir, diciendo: — Dinomarquio  
soy yo ¡soy guapo mozo!....  
¡Y nadie ha de vivir consigo! ¡Nadie!

Todos ven á la espalda del vecino  
la alforja y averiguan y preguntan:  
-- ¿Conoces de Vectidio las riquezas?  
-- ¿De quién? -- De aquel ricacho que en las Curias  
ara más tierras que volando puede  
recorrer un milano. -- ¿De ese dices?  
Es hombre que nació en nefando día,  
con los dioses airados....  
Maldecimos así y al propio tiempo  
presentamos la espalda á las saetas,  
de tal arte se vive: esto se aprende.  
si en extraño lugar tienes la llaga  
con tahalí de oro la proteges:  
engaña nuestros nervios con palabras.  
Si egregio me proclaman mis vecinos  
¿por qué no he de creerlo?...  
lo que no eres, rechaza: las ganancias  
deja á la turba vil. Vive contigo  
y verás con cuán poco te contentas.

*(Traducción de F. N. L.)*

## MARCIAL-EPIGRAMAS

De carbón los dientes tiene  
Tais, niña delicada:  
Lecania, vieja arrugada,  
de nieve helada. ¿En qué viene?  
Mas á buena luz mirados,  
yo daría una razón:  
que los de Tais suyos son,  
los de Lecania, comprados.

Zoilo que con capa buena  
desprecias la mía mala,  
mira que aunque no es de gala,  
por lo menos, no es ajena.

Aulo, si el lector y oyente  
aplauden mis poesías,  
poco importa que por frías  
las condene el maldiciente.  
De un mal poeta no siente

mi musa el diente severo:  
que si convidó, más quiero  
que los platos sazonados  
den gusto á los convidados  
que no al mismo cocinero.

(Traducción de D. Manuel de Salinas y Lizana.)

## JUVENAL-SÁTIRA PRIMERA

¿Siempre he de oírlo todo, sin protesta,  
ya el ronco Codro su *Teseida* insulsa,  
ya estotro sus comedias me recite  
ó el otro sus endechas enfadosas:  
ya el enorme Telefo, el insaciable  
Orestes, que sus libros atiborra  
llenando hasta las márgenes, consuman  
mis días sin provecho?... Ni su casa  
conoce más ninguno que yo el bosque  
de Marte y la caverna de Vulcano  
cercana á las Eólicas rompientes,  
y el soplar de los vientos y las sombras  
que Eaco retuerce y donde las migajas  
de oro furtivamente esconde alguno,  
y las saetas que Monyco arroja  
y de Frontón los plátanos y el ruido  
de los truncados mármoles eterno  
y las rotas columnas que se hundén...  
Tal desde el genio hasta el poeta chirle  
cantan, en su rutina refugiados...  
Necedad, no modestia es, cuando todos  
cantan, no emborronar papel en vano...  
Oid, pues, si vagar teneis, oidme.  
Cuando un castrado toma esposa, y Mevia  
desnudo el pecho al jabalí persigue,  
y á todos los patricios poderosos  
provoca el que fué antaño mi barbero:  
cuando un plebeyo que nació en el Nilo,  
Crispín, bufón y esclavo de Canopio,  
echando al hombro el capotón de púrpura  
se abanica con dedos sudorientos  
que soportar no pueden más sortijas,  
diffícil es que no se escriban sátiras.  
¿Quién tan paciente habrá ó tan insensible

que en la ciudad corrupta se reprima  
viendo pasar en su litera nueva,  
que él llena toda, al picapleitos Máthon  
y en su compañía al delator infame  
de su mejor amigo, presto siempre  
á devorar de los robados nobles  
la fortuna restante: á ese á quien tiembla  
Massa, y Caro soborna, á quien Latino  
medroso cede su Thymele amada?..  
¿Quién, por ardiente ira seco el hígado,  
dirá qué es ver á expoliador inicuo  
de su pupilo inerme, abrirse paso  
por la apiñada muchedumbre? ¿A aqueste  
sentenciado andar libre, pues no importa  
la infamia si se salvan los dineros?  
¿Y al desterrado Mario emborrachándose  
y gozando el despecho de los dioses?  
¿Y tú, provincia victoriosa, gimes?  
¿No he de indignarme? ¿Requerir no debo  
la antorcha del poeta de Venusa?  
¿Pues qué, debo cantar las Heraclias  
hazañas, las de Diómedes ó el rudo  
mugir del Laberinto, ó la caída  
de Ícaro en el mar, ó el vuelo acaso  
de Dédalo y no ver al proxeneta  
que pone precio vil á su deshonra  
y recibe legados indebidos,  
ducho en mirar al techo, indiferente,  
y en simular encubridor ronquido?..  
¿Ni ver que el otro solicita el mando  
de las cohortes, por pagar las trampas  
que hizo en las cuadras, malrotando rentas  
de sus mayores en volar en carros  
por la vía Flaminia, disfrazado,  
solapando á su amante, so la veste,  
mientras Automedón lleva las riendas?  
¿No he de llenar las cèreas tablillas  
viendo en la plaza pública, llevado  
á hombros de seis esclavos en litera  
abierta con descoco, y dándose aires  
de Mecenas altivo, extendijado,  
á un falsificador que se hizo rico  
poniendo á un testamento falso nema:  
y en pos viendo matrona prestigiosa

que á su blando marido dió veneno  
para aplacar la sed, y hoy más experta  
que Locusta ya enseña á sus amigas,  
entre la furia y el horror del pueblo,  
á trocar sus maridos en cadáveres  
negros de la ponzoña?... Si te atreves  
si medrar quieres en escaso tiempo,  
á Gyaro imita, digno de la carcel  
hazte: que la honradez, loada, hiélase,  
y el crimen pagan huertos y palacios  
y rícas mesas y labradas copas  
de vieja plata. ¿Dormiré tranquilo  
si veo á un suegro corromper su nuera  
y á un marido su esposa y á un adúltero  
tenido por varón justo y honrado?  
Cuando naturaleza nos lo niegue,  
la indignación nos dictará los versos,  
como los de Cluvieno, cual los míos...

*(Traducción de F. N. L.)*

## TERCERA PARTE.—LITERATURA BÍBLICA

### I. ANTIGUO TESTAMENTO

#### A. OBRAS HISTÓRICAS

##### EL EXODO.—CAPÍTULO XIX

17.—Y habiéndoles sacado Moisés del lugar del campamento para salir á recibir á Dios se pararon á las raíces del monte.—18.—Y todo el monte Sinaí humeaba, porque había descendido el Señor sobre él en fuego, y subía el humo de él como en un horno, y todo el monte estaba terrible.—19.—Y el sonido de la bocina poco á poco crecía á más, y se extendía á mayor distancia; Moisés hablaba, y Dios le respondía.—20.—Y descendió el Señor sobre el monte Sinaí en la misma cima del monte, y llamó á Moisés á la cumbre de él. Y habiendo subido allá,—21.—Díjole: Desciende y requiere al pueblo, no sea caso que pretenda pasar los límites para ver al Señor y perezca una grande multitud de ellos.—22.—Santifíquense también los sacerdotes, que se acercaron al Señor porque no los hiera.—23.—Y dijo Moisés al Señor: No podrá el pueblo subir al monte Sinaí porque tú le has requerido y mandado, diciendo: señala lími-

tes alrededor del monte y santificalo.==24. — Al cual dijo el Señor: Anda, baja, y subirás tú y Aaron contigo. Mas los sacerdotes y el pueblo no pasen los términos ni suban al Señor, no sea que les mate.==25. — Y descendió Moisés al pueblo y le refirió todas estas cosas.

## CAPÍTULO XX

1. — Y habló el Señor todas estas palabras.==2. — Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre.==3. — No tendrás dioses ajenos delante de mí.==4. — No harás para tí obra de escultura ni figura alguna de lo que hay abajo en la tierra.==5. — No las adorarás ni les darás culto; yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen.==6. — Y que hago misericordia sobre millares con los que me aman y guardan mis preceptos.==7. — No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano, porque el Señor no tendrá por inocente al que tomare el nombre del Señor su Dios en vano.==8. — Acuérdate de santificar el día de sábado.==9. — Seis días trabajarás y harás todas tus haciendas.==10. — Mas el séptimo día, sábado, es del Señor tu Dios; no harás obra ninguna en él ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas.==11. — Porque en seis días hizo el Señor el cielo, y la tierra, y la mar, y todo lo que hay en ellos, y reposó eu el séptimo día; por esto bendijo el Señor el día de sábado y lo santificó.==12. — Honra á tu padre y á tu madre para que seas de larga vida sobre la tierra, que el Señor tu Dios te dará.==13. — No matarás.==14. — No fornicarás.==15. — No hurtarás.==16. — No dirás contra tu prójimo falso testimonio.==17. — No codiciarás la casa de tu prójimo, ni desearás su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa ninguna de las que son de él.==18. — Y todo el pueblo veía las voces y los resplandores, y el sonido de la bocina, y el monte humeando; y atemorizados y agitados de pavor se estuvieron á lo lejos.==19. — Diciendo á Moisés: Háblanos tú y oiremos; no nos hable el Señor, no sea que muramos.==20. — Y respondió Moisés al pueblo: No temáis, porque Dios ha venido á hacer prueba de vosotros y para que su terror esté en vosotros y no pequéis.==21. — Y el pueblo se estuvo á lo lejos. Mas Moisés acercóse á la obscuridad, en donde estaba Dios.==22. — Dijo además el Señor á Moisés: Esto dirás á los hijos de Israel. Vosotros habéis visto que desde el cielo he hablado con vosotros.==23. — No haréis dioses de plata, ni haréis dioses de oro. = 24. — Altar de tierra me haréis y ofreceréis sobre él vuestros holocaustos y hostias pacíficas, vuestras ovejas y vacas, en todo lugar en donde estuviere la memoria de un nombre: vendré á tí y te bendeciré.==25. — Y si me hicieras altar de piedras, no lo edificarás de piedras labradas, porque si alzases pico sobre él quedará profanado.==26. — No subirás por gradas á mi altar porque no se descubra tu desnudez.

*(Traducción del P. Felipe Scío.)*



## B. OBRAS DIDÁCTICAS

### DEL LIBRO DE JOB.-CAPÍTULO XIV

1. — Hombre muy nacido de hembra, abreviado en días, harto de postema. = 2. — Como flor salió y cortáronle, huyó como sombra, y no paró. = 3. — Y con todo esto, ¿sobre este abres tus ojos y haces venir á juicio contigo? = 4. — ¿Quién quedará limpio de contaminado? Cierto tú solo. = 5. — Breves sus días, número de meses suyos acerca de tí, estatuto le hiciste, y no pasará. = 6. — Apártate de sobre él para que repose, hasta que su deseo tenga como jornalero sus días. = 7. — Que el árbol esperanza, si fuere cortado, que aun reverdecerá, y su tallo no faltará. = 8. — Si envejeciere en tierra raíz suya, y en el polvo muriere su tronco, = 9. — Al olor del agua tallecerá, y hará mies como planta. = 10. — Y varón morirá y fallecerá, espirará, y ¿qué es dél? = 11. — Partiéronse aguas de mar, y río agotóse y secóse. = 12. — Y hombre durmió y no levantará, hasta que los cielos no despertarán y no velarán su sueño. = 13. — ¿Quién me dará que en invierno me agazapes, me escondas hasta retirar tu ira, pusiérame término y acordárate de mí? = 14. — Si muriere el varón, ¿se revivirá? Todos los días de mi plazo esperaba hasta venir mi mudanza. = 15. — Llamará, y yo responderé á tí, á obra de tus manos ambas. = 16. — Que agora pisadas mías contarás; no hagas cuenta de pecados míos. = 17. — Resellada y puesta en bolsa mi maldad, pero curaste mi injusticia. = 18. — Y cierto monte cayendo descaecerá, y piedra se consumió sacada de su lugar. = 19. — Y piedras serán cavadas de las aguas, y anegará plantas tuyas polvo de tierra, y esperanza de hombre hiciste perecer por el semejante. = 20. — Esforzástele un poco y hicístele ir, disfrazaste faces dél, y enviástele. = 21. — Engrandecerse han sus hijos, y no sabrá; menguarán, y no entenderá él. = 22. — Y con todo esto, en cuanto vive carne suya en él padecerá dolor y alma suya en él llorará.

*(Traducción de Fray Luis de León.)*

## C. OBRAS ORATORIAS

### ISAÍAS.-CAPÍTULO XXXI

1. — Ay de los que descienden á Egipto por ayuda; y confían en caballos, y en carros ponen su esperanza, porque son muchos, y en caballeros, porque son valientes; y no miraron al Santo de Israel, ni buscaron á Jehová! = 2. — Mas él también es sabio para guiar el mal, ni hará mentirosas sus palabras. Levantarse ha pues contra la casa de los malignos, y contra el auxilio de los obradores de iniquidad. = 3. — Y los Egiptios hombres son, no Dios; y sus caballos, carne, y no espíritu: de manera que en extendiendo Jehová su mano, caerá el ayudador, y caerá el ayudado, y todos ellos desfallecerán á una. = 4. — Porque Jehová me dijo á mí de esta manera: Como el león, y el cachorro del león, brama sobre su

presa: contra el cual si es allegada cuadrilla de pastores, por las voces de ellos no temerá, ni se acobardará por su tropel; así Jehová de los ejércitos descenderá á pelear para el monte de Sión, y por su collado.==5.— Como las aves que vuelan, así amparará Jehová de los ejércitos á Jerusalem, amparando, librando, pasando y salvando.==6.— Convertíos al que habéis profundamente revelado, ó hijo de Israel!==7.— Porque en aquel día arrojará el hombre los ídolos de su plata, y los ídolos de su oro, que os hicieran, vuestras manos pecadoras.==8.— Entonces caerá el Assur por espada, no de varón, y espada, no de hombre, le consumirá; y huirá de la presencia de la espada, y sus mancebos serán tributarios.==9.— Y de miedo se pasará á su fortaleza; y sus príncipes tendrán pavor de la bandera, dice Jehová, cuyo fuego *está* en Sión, y su horno en Jerusalem.

### CAPÍTULO XXXII

1.— He aquí que para justicia reinará rey, y príncipes residirán para juicio.==2.— Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como acogida contra el turbión, como riberas de agua en *tierra de sequedad*, como sombra de gran peñasco en tierra calurosa.==3.— No se cegarán entonces los ojos de los que ven, y las orejas de los que oyen oirán.==4.— Y el corazón de los tontos entenderá para saber, y la lengua de los tartamudos será descuelta para hablar claramente. 5.— El mezquino nunca más será llamado liberal, ni será dicho largo el avariento.==6.— Porque el mezquino hablará mezquindades, y su corazón fabricará iniquidad para hacer la impiedad, y para hablar escarnio contra Jehová, dejando vacía el alma hambrienta, y quitando la bebida al sediento.==7.— Cierto el avaro malas medidas *tiene*: él maquina pensamientos para enredar á los simples con palabras cautelosas, y para hablar en juicio *contra* el pobre.==8.— Mas el liberal pensará liberalidades; y por liberalidades subirá.==9.— Mujeres reposadas, levantáos; oid mi voz confiadas, escuchad mi razón.==10.— Días y años tendréis espanto, ó ¡confiadas, porque la vendimia faltará y la cosecha no vendrá!==11.— Temblad, ó ¡reposadas, turbáos!, ó ¡confiadas: despojáos, desnudáos, ceñid los lomos.==12.— Sobre los pechos endecharán, sobre los campos deleitosos, sobre la vid fértil. 13.— Sobre la tierra de mi pueblo subirán espinas y cardos; y aun sobre todas las cosas de placer en la ciudad de alegría.==14.— Porque los palacios serán desiertos, la multitud de la ciudad cesará; las torres y fortalezas se tornarán cuevas para siempre, donde huelguen asnos monteses, y ganados hagan majada. 15.— Hasta que sobre nosotros sea derramado espíritu de lo alto, y el desierto se torne campo labrado y el campo labrado sea estimado por bosque.==16.— Y habitará el juicio en el desierto; y en el campo labrado asentará la justicia.==17.— Y el efecto de la justicia será paz, y la labor de justicia reposo, y seguridad para siempre.==18.— Y mi pueblo habitará en morada de paz, y en habitaciones de confianzas, y en refrigerios de reposo.==19.— Y el granizo, cuando descendiere, será en los montes; y la ciudad será asentada en lugar bajo.==20.— ¡O dichosos vosotros, los que sembráis sobre todas aguas, los que metéis pie de buey y de asno!

(Traducción de Cipriano de Valera.)

## EZEQUIEL.-CAPÍTULO XXXIV

1. — Y vino á mí palabra del Señor, diciendo:—2. — Hijo de hombre, profetiza de los pastores de Israel: profetiza, y dí á los pastores: Esto dice el Señor Dios: Ay de los pastores de Israel, que se apacentaban á sí mismos: ¿que los pastores no dan pasto á los rebaños?—3. — Comíais la leche, y os vestíais de su lana, y matábais las gruesas, mas no apacentábais mi grey.—4. — No fortificásteis lo que estaba flaco, y no sanásteis lo enfermo, y lo que estaba quebrado no lo atásteis, y lo descarriado no lo tornásteis y no buscásteis lo perdido; si no que con aspereza, y con imperio dominábais sobre ellas.—5. — Y fueron descarriadas mis ovejas, porque no había pastor: y se hicieron presa en todas las bestias del campo, y fueron descarriadas.—6. — Anduvieron perdidos mis rebaños por todos los montes, y por todo collado alto; y sobre toda la luz de la tierra fueron descarriados mis rebaños, y no había quien los buscara, no había, digo, quien los buscara. 7. — Por tanto, pastores, oid palabra del Señor:—8. — Vivo yo, dice el Señor Dios: que porque mis rebaños han sido para robo, y mis ovejas para ser devoradas por todas las bestias del campo, porque no había pastor; porque los pastores no buscaron mi grey, sino que los pastores se apacentaban á sí mismos, y no daban pasto á mis ovejas.—9. — Por tanto, pastores, oid palabra del Señor.—10. — Esto dice el Señor Dios: He aquí yo mismo demandaré mi grey á los pastores de la mano de ellos, y los haré cesar, para que nunca más apacienten grey, ni los pastores se apacienten á sí mismos; y libraré mi grey de la boca de ellos y no les será más á ellos para comida.—11. — Porque esto dice el Señor Dios: He aquí yo mismo iré á buscar mis ovejas, y las visitaré:—12. — Así como el pastor visita á su rebaño, en el día en que está en medio de sus ovejas descarriadas: del mismo modo visitaré yo mis ovejas, y las sacaré de todos los lugares, en donde habían sido descarriadas en el día de nublado y de obscuridad.—13. — Y las sacaré de los pueblos, y las recogeré de las tierras, y las conduciré á su tierra: y las apacentaré en los montes de Israel, junto á los ríos, y en todas las moradas de esa tierra.—14. — En pastos muy fértiles las apacentaré, y en los montes altos de Israel serán los pastos de ellas: allí reposarán entre las yerbas verdes, y en pastos gruesos pacerá sobre los montes de Israel.—15. — Yo apacentaré mis ovejas y yo las haré sestear, dice el Señor Dios.—16. — Buscaré lo que se había perdido, y tornaré lo que había sido descarriado, y lo que había sido quebrado lo ataré, y lo flaco lo fortificaré, y lo grueso y recio lo guardaré; y las apacentaré en juicio. 17. — Mas vosotros, mis rebaños, esto dice el Señor Dios: He aquí yo juzgo entre ganado y ganado, entre carneros y machos de cabrío.—18. — ¿Pues no os bastaba pacer buenos pastos? sino que también lo que sobraba de vuestros pastos lo hollásteis con vuestros pies; y bebiendo el agua muy limpia, enturbiábais con vuestros pies la que sobraba.—19. — Y mis ovejas se apacentaban con aquello que había sido hollado con vuestros pies, y lo que vuestros pies habían enturbiado, esto bebían.—20. — Por tanto esto os dice el Señor Dios á vosotros: He

aquí yo mismo juzgo entre el ganado grueso y el flaco: =21. — Por cuanto con los costados y hombros rempujásteis, y con vuestras astas aventásteis á todas las ovejas flacas, hasta que las echásteis fuera. =22. — Salvaré mi grey, y no será más expuesta á la presa, y juzgaré entre ganado y ganado. =23. — Y levantaré sobre ellas un solo pastor que las apaciente, á mi siervo David: él mismo las apacentará, y él mismo será su Pastor. =24. — Y yo el Señor seré su Dios y mi siervo David príncipe en medio de ellos; yo el Señor he hablado. =25. — Y haré con ellos alianza de paz, y haré cesar las bestias malignas de la tierra: y los que moran en el desierto, dominarán con sosiego en los bosques. =26. — Y los pondré alrededor de mi collado para bendición; y haré venir lluvia en su tiempo; lluvias de bendición serán. =27. — Y el árbol del campo dará su fruto, y la tierra dará su pimpollo, y estarán sin miedo en su tierra; y sabrán que yo soy el Señor, cuando quebrantare las cadenas del yugo de ellos, y los libraré de la mano de los que los dominan: =28. — Y no serán más expuestos á la presa de las gentes, ni serán devorados de las bestias de la tierra, sino que morarán confiados sin ningún espanto. =29. — Y haré brotar para ellos el pimpollo de renombre; y no serán más menoscabados por hambre en la tierra, ni llevarán más el oprobio de las gentes. =30. — Y sabrán que yo el Señor seré su Dios con ellos, y ellos casa de Israel serán mi pueblo: Dice el Señor Dios. =31. — Mas vosotros, rebaños míos, rebaños de mi pasto, hombres sois: y yo el Señor Dios vuestro, dice el Señor Dios.

*(Traducción del P. Scio.)*

## D. OBRAS POÉTICAS

### DAVID.-SALMO CXXXVI

#### **Super flumina Babilonis, etc.**

En la ribera undosa  
Del babilonio río  
Los fatigados miembros reclinamos,  
Y allí con faz llorosa  
Junto á su margen frío  
Con lágrimas sus ondas aumentamos.  
Entonces de los ramos  
De los silvestres sauces suspendimos  
Las cítaras y arpas, do solía  
Alentar sus enojos algún día  
Alegre el corazón, cuando vivimos  
En tí, Jerusalem; mas la memoria

De tu asolado imperio,  
Y el duro cautiverio  
En que trocamos hoy la antigua gloria,  
Nos despojó del regocijo y canto  
Para entregarnos al afán y al llanto.  
Allí, por más tristeza  
La escuadra victoriosa,  
Que nos condujo en miseras prisiones,  
Templada su fiereza,  
Nos preguntó piadosa  
Por nuestras dulces rimas y canciones,  
Y con blandas razones  
Nos animaba á repetir alguna,  
Mas respondimos con ajeno intento:  
“¿Cómo dará señal de algún contento  
Quien se ve reducido á tal fortuna?  
¿Cómo cantar podremos himnos santos  
En región extranjera,  
Do la deidad primera  
Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos  
De aquel Señor, á cuya gloria aspira  
Nuestro piadoso canto y nuestra lira?”  
Sacra ciudad, que adoro,  
Si acaso olvidare  
Este dolor, que tu memoria pide,  
Si al cántico sonoro  
Y al plectro me aplicare,  
Antes mi diestra el movimiento olvide,  
La lengua, que divide  
De la voz el acento y la cadencia,  
Se pame y hiele, á mi garganta asida,  
Si á todo canto alegre preferida  
No fuere mi tristeza por tu ausencia,  
Solo fijando en la memoria mía  
Tus muros encumbrados,  
Que yacen hoy postrados,  
Y las felices horas de alegría  
Que en tí perdí, que en tí gocé primero,  
Y alguna vez recuperar espero.  
Pues fuiste el ofendido,  
Acuérdate, indignado,  
Señor, del impio y bárbaro idumeo,  
Cuando cayó rendido  
Tu pueblo, y el osado

Contrario obtuvo su marcial trofeo;  
Que en odio del hebreo  
Instigaba sus huestes y decía:  
"Asolad, asolad desde el cimientó  
Sus homenajes." ¡Oh rencor sangriento!  
Dichoso el que á tus ojos algún día  
Fiera Babel, con semejante estrago  
Y merecida pena  
Ha de vengar la ajena,  
El que ha de dar á tu soberbia pago,  
Y quebrantar con furias semejantes  
En las peñas tus míseros infantes.

(Paráfrasis de D. Juan de Jáuregui.)

## SALOMÓN.-EL CANTAR DE LOS CANTARES

### CAPÍTULO VI

*Esposa.* = 1. — El mi amado descendió á los huertos míos, á la tierra de los aromas, á apacentar entre los huertos y coger las flores. = 2. — Yo al mi amado, y el mi amado á mí, que apacienta entre las flores.

*Esposo.* = 3. — Hermosa eres, amiga mía, como Tirsa, bella como Jerusalem, terrible como los escuadrones con banderas tendidas. = 4. — Vuélvete los ojos tuyos que me hacen fuerza. El tu cabello como las manadas de cabras que se parecen en Galaad. = 5. — Tus dientes como atajo de ovejas que suben del lavadero, las cuales paren de dos en dos, y no hay estéril en ellas. = 6. — Tus sienes son como un casco de granada entre tu cabello. = 7. — Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, y las doncellas sin cuento. = 8. — Una es la mi paloma, la mi perfecta, única es á su madre, es la escogida á la que le parió. Viéronla las hijas, y llamáronla bienaventurada, y las reinas y las concubinas la loaron. = 9. — ¿Quién es esta que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones? = 10. — Al huerto del nogal descendí por ver los frutos de los valles, y ver si está en cierne la vid y si florecen los granados.

*Esposa.* = 11. — No sé, mi ánima me puso como los carros de Aminadab. = 12. — Torna, torna, Sunnamtta; torna, torna, y verte hemos.

(Traducción de Fray Luis de León.)

## II. NUEVO TESTAMENTO

### A. OBRAS HISTÓRICAS

#### SAN LUCAS.-EVANGELIO

##### CAPÍTULO XXII. LA CENA

8. — Y envió á Pedro y á Juan, diciendo. Id, aparejadnos la Pascua, para que comamos. =9. — Y ellos le dijeron: ¿Dónde quieres que *la* aparejemos? =10. — Y él les dijo: He aquí cómo entraréis en la ciudad, os encontrará un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle hasta la casa donde entrare.=11. — Y decid al padre de la familia de la casa: El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde tengo de comer la Pascua con mis discípulos? =12. — Entonces él os mostrará un gran cenador aderezado, aparejad*la* allí. =13. — Y yendo ellos halláronlo todo como les había dicho: y aparejaron la Pascua. =14. — Y como fué hora se sentó *á la mesa*, y con él los doce apóstoles. =15. — Y les dijo: con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca. =16. — Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que sea cumplido en el reino de Dios. =17. — Y tomando la copa, habiendo hecho gracias, dijo: Tomad esto, y distribuid*lo* entre vosotros. =18. — Porque os digo, que no beberé del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga. =19. — Y tomando pan, habiendo hecho gracias, *lo* rompió y les dió, diciendo: Este es mi cuerpo, que por vosotros hedado; haced esto en memoria de mí. =20. — Asimismo tambien la copa, después que hubo cenado, diciendo: Esta copa *es* el nuevo testamento en mi sangre, que por vosotros se derrama. =21. — Con todo eso, he aquí, la mano del que me entrega *está* conmigo en la mesa. =22. — Y á la verdad el hijo del hombre va según lo que está determinado, empero ¡ay de aquel hombre por el cual es entregado! =23. — Ellos entonces comenzaron á preguntar entre sí, cuál de ellos sería el que había de hacer esto. =24. — Y hubo también entre ellos una contienda, quién de ellos parecía ser el mayor. =25. — Entonces él les dijo, los reyes de las naciones se enseñorean de ellas; y los que sobre ellas tienen potestad, son llamados bienhechores. =26. — Mas vosotros, no así: antes el que es mayor entre vosotros, sea como el más mozo; y el que precede como el que sirve. =27. — Porque ¿cuál *es* mayor, el que se asienta á la mesa, ó el que sirve? ¿No *es* el que se asienta á la mesa mas yo soy entre vosotros como el que sirve. =28. — Empero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones. =29. — Yo, pues, os ordeno un reino, como mi padre me lo ordenó á mí. =30. — Para que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino y os asentéis sobre tronos juzgando á las doce tribus de Israel. =31. — Dijo también el

Señor: ¡Simón, Simón, he aquí, *que* Satanás os ha pedido para zarandearos como á trigo!.=32.—Mas yo he rogado por tí que tu fe no falte; y tú cuando te conviertas, confirma á tus hermanos.=33.—Y él le dijo: Señor, dispuesto estoy á ir contigo tanto á *la* cárcel como á *la* muerte.=34.—Y él dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy, antes que tú niegues tres veces que me conoces.=35.—Y á ellos dijo: Cuando os envié sin bolsa, y sin alforjas, y sin zapatos ¿os faltó algo? Y ellos dijeron: Nada.=36.—Entonces les dijo: Pues ahora el que tiene bolsa, *tómela*, y también *su* alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y cómprela.

(Traducción de Cipriano de Valera.)

## SAN JUAN.-EVANGELIO

### CAPÍTULO XIX.—LA MUERTE DE N. S. J. C.

1.—Así que entonces tomó Pilato á Jesús y *le* azotó.=2.—Y los soldados entretejieron de espinas una corona y *la* pusieron sobre su cabeza y le vistieron de una ropa grana.=3.—Y decían: Dios te guarde, Rey de los Judíos; y le *daban* de bofetadas.=4.—Entonces Pilato salió otra vez fuera y les dijo: He aquí, os lo traigo fuera para que entendáis que ningún crimen hallo en él.=5.—Entonces salió Jesús fuera llevando la corona de espinas y la ropa de grana. Y díceles *Pilato*: ¡He aquí el hombre!.=6.—Y como le vieron los príncipes de los Sacerdotes y los ministros, dieron voces diciendo: Crucifícale, crucifícale. Díceles *Pilato*: Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no hallo en él crimen.=7.—Respondiéronle los judíos: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo el Hijo de Dios.=8.—Pilato, pues, como oyó esta palabra, tuvo más miedo.=9.—Y entró otra vez en el pretorio y dijo á Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dió respuesta.=10.—Entonces dícele *Pilato*: ¿á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte, y que tengo potestad para soltarte?.=11.—Respondió Jesús: Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que á tí me ha entregado mayor pecado tiene.=12.—Desde entonces procuraba Pilato de soltarle; mas los judíos daban voces diciendo: Si á este sueltas, no eres amigo de César; cualquiera que se hace rey, habla contra César.=13.—Entonces Pilato, oyendo este dicho, llevó fuera á Jesús y se sentó en el tribunal, en el lugar que se llama el Pavimento, y en el Hebreo Gabbatha.=14.—Y era la preparación de la Pascua, y como la hora de sexta; entonces dijo á los judíos: ¡Hé aquí vuestro Rey!.=15.—Mas ellos dieron voces: *Quítale, quítale*, crucifícale. Díceles *Pilato*: ¿A vuestro Rey tengo de crucificar? Respondieron los sumos Sacerdotes: No tenemos Rey, sino á César.=16.—Entonces, pues, se le entregó para que fuese crucificado. Y tomaron á Jesús y *le* llevaron.=17.—Y él llevando su cruz, salió al lugar que se llama *el lugar* de la Calavera, y en hebreo Gólgotha.=18.—Donde le crucificaron, y con él otros dos, de una parte y de otra, y Jesús en medio.=19.—Y escribió Pi-



lato un título, el cual puso encima de la cruz, y el escrito era: JESÚS NAZARENO, REV DE LOS JUDÍOS.—20. —Y muchos de los judíos leyeron este título porque el lugar donde fué crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad, y era escrito en hebreo, y en griego, y en latín.—21. —Y decían á Pilato los sumos Sacerdotes de los judíos: No escribas Rey de los judíos, sino que él dijo: Rey soy de los judíos.—22. —Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito.—23. —Y como los soldados hubieran crucificado á Jesús, tomaron sus vestidos y hicieron cuatro partes (á cada soldado una parte), y también la túnica, mas la túnica era sin costura, toda tejida desde arriba.—24. —Dijeron, pues, entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, cuya será, para que se cumpliese la escritura, que dice: Partieron para sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes. Estas cosas, pues, los soldados hicieron.—25. —Y estaban junto á la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María, *mujer* de Cleofás, y María Magdalena.—26. —Y como vió Jesús á su madre y al discípulo que él amaba, que estaba presente, dice á su madre: Mujer, he ahí tu hijo.—27. —Y luego dice al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su propia casa.—28. —Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban ya cumplidas, para que la Escritura se cumpliese, dijo: Tengo sed.—29. —Y había allí puesta una vasija llena de vinagre. Entonces ellos hincharon una esponja de vinagre, y puesta sobre un hisopo, se la llegaron á la boca.—30. —Y como Jesús tomó el vinagre, dijo: Consumado está. Y abajando la cabeza dió el espíritu.—31. —Entonces los judíos, por cuanto era *el día* de la preparación para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el sábado, porque era gran día aquel sábado, rogaron á Pilato que se les quebrasen las piernas, y *que* fuesen quitados.—32. —Vinieron, pues, los soldados, y á la verdad quebraron las piernas al primero y al otro que había sido crucificado con él.—33. —Mas cuando vinieron á Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas.—34. —Empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y luego salió sangre y agua.—35. —Y el que *lo* vió da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad para que vosotros también creáis.

(Traducción de Cipriano de Valera.)

## B. OBRAS DIDÁCTICO-MORALES

### SAN PABLO.—EPISTOLA PRIMERA Á LOS CORINTIOS

II. Yo, hermanos, no puedo hablaros como á espirituales, sino como á carnales, como á niños en Cristo. Leche os dí á beber y no manjar, porque aún no podíais antes, ni ahora podéis porque aún sois carnales. Porque cuando hay entre vosotros celos y contención y parcialidades, veamos, ¿no sois carnales y andáis según el hombre? Porque en cuanto uno dice: yo, cierto, soy de Pablo, y otro, yo de Apolo, veamos, ¿no sois carnales? ¿Quién, veamos, es Pablo y quién

es Apolo, sino ministros por medio de los cuales habéis creído y cada uno según el Señor le ha dado? Yo planté, Apolo regó, pero Dios aumentó. De manera que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que aumenta. Y el que planta y el que riega son una misma cosa: y cada uno tomará su propio galardón según su propio trabajo. Porque obreros somos de Dios, y vosotros sois labranza de Dios y sois edificio de Dios. Conforme á la gracia de Dios, que me ha sido dada, como sabio edificador, he puesto el fundamento y otro edifica. Cada uno mire bien cómo edifica, porque no puede ninguno poner otro fundamento allende del puesto, el cual es Jesucristo. Y si alguno edifica sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, leña, heno, paja, la obra de cada uno será manifestada. Porque el día lo declarará, el cual será revelado con fuego: y qué tal es la obra de cada uno, el fuego lo probará. Si la obra de alguno quedare, por lo que edificó recibirá galardón: y si la obra de alguno fuere quemada, padecerá detrimento, y él se salvará, pero así como por fuego. ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno, pues, corrompe el templo de Dios, destruirá á él Dios. Porque el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros. Ninguno se engañe á sí mismo: y si alguno piensa ser sabio entre vosotros en este siglo, sea loco para que sea sabio. Porque la sabiduría de este mundo es locura acerca de Dios. Porque escrito está: Dios es el que comprende á los sabios en su astucia de ellos. Y otra vez: el Señor conoce que los pensamientos de los sabios son vanos. Por tanto, ninguno se glorie en hombres. Porque todo es de vosotros: ahora sea Pablo, ahora sea Apolo, ahora sea Cefas, ahora sea el mundo, ahora sea la vida, ahora sea la muerte, ahora sea lo presente, ahora sea lo futuro, todo es de vosotros, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.

*(Traducción de Juan de Valdés.)*

## CUARTA PARTE. — LITERATURA ARÁBIGA

### A. DIDÁCTICA

#### ALCORÁN. — CAPÍTULO XVIII

##### LA CAVERNA

En el nombre de Dios clemente y misericordioso. = 1. — Loado sea Dios que ha enviado á su servidor el libro en que no hay engaños ni tuerzos. = 2. — Un libro recto, destinado á amenazar á los hombres con terrible castigo de Dios y á anunciar á los creyentes que obran el bien magnífica recompensa de que eternamente gozarán. = 3. — Y á advertir á los que dicen que Dios tiene un hijo. = 4. — Los cuales no tienen conocimiento alguno, ni ellos ni sus padres. Y la palabra que sale de su boca es un pecado enorme: y una mentira. = 5. — Si no creen en este libro, tú

eres capaz de aniquilarte de tristeza á causa de ellos.=6. -- De todo lo que hay en la tierra, hemos hecho ornamento de ella para probar á los hombres, para saber quién de ellos se conducirá mejor.=7. -- Pero todo esto lo reduciremos á cenizas, =8. -- Has de saber que la historia de los compañeros de la Caverna y de Al-Rakin es uno de nuestros símbolos y cosa peregrina.=9. -- Cuando dichos jóvenes se retiraron á ella, exclamaron: -- Señor; otórganos tu misericordia y asegúranos la rectitud en nuestra conducta.=10. -- Y durante cierto número de años afligimos sus orejas con sordera.=11. -- Y luego les despertamos para ver cuál de ellos sabía contar mejor el tiempo que allí habían permanecido.=12. -- Te contamos esta historia, que es la pura verdad. Eran jóvenes que creían en Dios y á los cuales habíamos concedido medios de seguir el camino derecho.=13. -- Fortificamos sus corazones cuando se levantaron y dijeron: -- Nuestro Señor es señor de cielos y tierra. No invocaremos otro Dios que Él, pues cometeríamos un crimen.=14. -- Nuestros compatriotas adoran otras divinidades que Dios. ¿Pueden mostrarnos pruebas evidentes en favor de su culto? ¿Quién más culpable que el que forja una mentira respecto de Dios? =15. -- Y se dijeron uno á otro: -- Si á éstos dejais y á los ídolos que adoran junto á Dios y si os retirais á una caverna, Dios os concederá su gracia y su protección.=16. -- Tú verías el sol cuando salía pasar por la derecha de la boca de la caverna y cuando se ponía alejarse por la izquierda. Ellos se encontraban en la parte ancha de la caverna. Este es uno de los signos de Dios. Aquel á quien Dios dirige, bien dirigido va: pero aquel á quien Dios descarría no podrá encontrar guía ni patrono.=17. -- Tú hubieras creído que velaban y sin embargo dormían: los volvíamos hacia la derecha, luego hacia la izquierda. El perro estaba echado, con las patas extendidas, á la puerta de la caverna. Si, llegando de repente, le hubieras visto en tal estado, te habrías apartado y huído, lleno de espanto.=18. -- Les despertamos, pues, ¿á fin de que mutuamente se preguntasen: y uno de ellos preguntó: -- ¿Cuánto tiempo hace que estais aquí? -- Un día -- respondió otro -- ó quizá menos; medio día. -- Dios sabe mejor que nadie -- replicaron los otros -- el tiempo que aquí llevais. . . . . =24. -- Aquellos jóvenes permanecieron en la caverna trescientos años y nueve =25. -- Porque Dios sabe mejor que nadie cuánto tiempo fué. Los secretos de los cielos y de la tierra le pertenecen. ¡Oh, qué bien ve! ¡Oh, qué bien oye! Los hombres no tienen otro guía que él. Dios no asocia á nadie á sus designios.

*(Traducción de J. H. K.)*

## ALGAZEL.-DEL IHIA

Un hombre, de aquellos á quienes la luz increada ilumina con sus resplandores, viendo un pliego de papel manchado de tinta, dirigióle la palabra en estos términos:

-- ¿Cómo es eso que tu faz, antes de inmaculada blancura, aparece ahora tiznada de negro? ¿Por qué te has ennegrecido? ¿Cuál es la causa de este cambio?

-- Injusto eres conmigo, respondió el papel, al dirigirme tales cargos. No he

sido yo mismo quien ha ennegrecido mi rostro. Pregunta á la tinta. Ella se encontraba recogida en el tintero, que es como su propia patria y hogar, cuando de repente abandonando su domicilio, se dirigió hacia mí y acampó sobre la extensión de mi superficie, contra toda razón y justicia.

—Verdad dices, asintió el demandante, y enderezó sus cargos contra la tinta, la cual se defendió diciendo:

—No eres justo conmigo; yo reposaba tranquila é inmóvil en el tintero; yo era incapaz de salir por mí misma de aquel receptáculo. Pero se echó sobre mí el cálamo, excitado por su insaciable avidez, que será la causa de mi muerte, y arrancándome de mi patria, sacándome de mi hogar, me separó de mi familia, diseminándome, como ves, sobre esta blanca planicie. Pídele cuenta al cálamo, y no á mí.

—Tienes razón, dijo el demandante, y exigió del cálamo estrecha cuenta de su injusticia y hostilidad contra la tinta por haberla condenado al ostracismo.

—Pregúntaselo á la mano, replicó el cálamo. Yo soy una pobre caña que vegetaba tranquila á la orilla del río, alegre en medio de la verdura de los árboles, cuando la mano vino sobre mí con un cuchillo, me quitó la corteza, dejándome desnuda y me separó de mi raíz; cortó después los dos nudos entre los cuales crecía, me tajó y afiló mi cabeza. Hecho esto, me empapó en ese líquido negro y astringente, y como si esto fuera poco me obligó á andar de cabeza. ¡Y aún vienes con tus preguntas y reproches á acibarar mi dolor! ¡Quítate de aquí y pregunta lo que quieras á mi opresor!

—Es cierto, hubo de decir el demandante; y pidió razón á la mano de su injusta hostilidad hacia el cálamo.

—Yo no soy, contestó ésta, más que sangre, carne y hueso. Y ¿cuándo has visto que la carne cometa injusticias, ó que un cuerpo orgánico se mueva por sí sólo? Yo soy una pobre cabalgadura sometida al jinete que me monta, el cual se llama *facultad ó potencia*: ella me guía y me hace recorrer las regiones todas de la tierra. ¿No ves acaso cómo ni el barro, ni la piedra, ni el árbol abandonan el lugar que ocupan, no moviéndose jamás por sí mismos, á no ser que les impulse algún motor, semejante á este jinete enérgico y despótico que me domina? ¿No ves cómo las manos de un difunto son exactamente iguales á mí en la forma y en su constitución orgánica, y sin embargo, aunque se les ponga un cálamo á su alcance, nada hacen? Pues igualmente yo: por mí misma, no podría mover el cálamo. Pide, pues, cuenta de lo que yo he hecho á la potencia, que es la que me ha puesto en movimiento contra mis deseos.

Quedó el demandante satisfecho de sus excusas, é interrogó á la potencia, la cual se defendió en los siguientes términos:

—¡No me acuses ni reproches inconsideradamente! ¡Cuántos que acusan á otro merecen ser acusados! ¡Y á cuántos se les echa en cara pecados que no han cometido! ¿Es posible que tú ignores mi natural condición? ¿Cómo has podido resolverte á creer que yo he obrado injustamente dominando á la mano? Antes de que ella se moviese, ya la dominaba yo, y sin embargo, no la movía ni ejer-

cía sobre ella mi imperio, sino que permanecía dormida, en reposo. Mi sueño era tan profundo, que cualquiera hubiera podido pensar que yo estaba muerta ó que no existía. Porque yo ni me muevo ni hago mover la mano, hasta que me lo manda mi tutor. El es quien me ha obligado despóticamente á cometer eso de que me acusas; y digo despóticamente, porque yo, aunque tengo poder para obedecerle, no puedo resistir á sus órdenes. Ese poder se llama *voluntad*; no conozco de él más que el nombre y la impetuosidad y violencia con que me despierta del profundo sueño en que estoy sumida, obligándome á hacer cosas de las que yo sería responsable, sólo si el tutor me dejase en libertad.

— Verdad dices, respondió el demandante; y acto seguido, dijo á la voluntad: ¿Por qué te has atrevido contra esa pobre facultad que reposaba tranquila, haciéndola moverse y obligándole á ello de tal suerte, que no ha tenido más remedio que obedecerte?

— No seas precipitado en acusarme, replicó la voluntad; porque quizás yo tenga excusas para defenderme, y resultes tú entonces digno de reproche. Yo no me excito, sino que soy excitada; yo no me impulso, sino que soy impulsada por un decreto imperioso, por un mandato decisivo. Antes de que me lo comuniquen, yo permanezco inmóvil; pero el señor corazón me envía al mensajero del conocimiento, el cual con la lengua de la inteligencia me ordena que obligue á la potencia á que se mueva, y yo no puedo menos de obligarla. Yo soy una pobre esclava, subyugada bajo el imperio del conocimiento y de la inteligencia. ¡No sé qué delito he cometido para que se me haya castigado con esta servidumbre á que estoy sometida! Sólo sé que yo estoy tranquila é inmóvil, mientras ese despótico mensajero no me trae alguna noticia; pero tan pronto como ese juez decide algo, justa ó injustamente, me someto y le obedezco sin remedio; tanto que no me queda en absoluto libertad alguna para oponerme á sus decretos, si son categóricos y decisivos. Mientras él está perplejo é irresoluto sin decidirse á decretar, yo permanezco inmóvil, aunque intranquila, esperando su sentencia; y tan pronto como esta sentencia es categórica, salgo de mi reposo y le obedezco sumisamente, obligando á la facultad á que cumpla lo que aquella sentencia exige. Por consiguiente, anda de aquí con tus censuras, y pregunta si quieres al conocimiento.

— Tienes razón, hubo de decir el demandante, y se encaminó en busca del conocimiento, de la inteligencia y del corazón, para exigirles estrecha cuenta de lo mal que se portaban con la voluntad, provocándola violentamente á que obligase á la potencia á moverse.

— Por mi parte, dijo el entendimiento, yo no soy más que una lámpara que no me enciendo por mí misma, sino que me encienden.

— Pues yo, agregó el corazón, no soy más que una lámina, que si soy lisa es porque otros me han pulimentado.

— En cuanto á mí, dijo á su vez el conocimiento, no soy sino una imagen que en lo blanco de la lámina del corazón aparezo grabada, cuando brilla la lámpara de la inteligencia, pero no soy yo misma quien me dibujo, porque ¡cuánto tiempo no ha estado esa lámina privada de mí! Por consiguiente, ve y pídele

cuenta al cálamo de todo eso que me preguntas, porque el dibujo no puede existir sino mediante el cálamo.

Al oír esto el demandante, malhumorado por tan inesperada respuesta, balbuceó algunas palabras incoherentes, y exclamó:

— ¡Ya me canso de tanto andar por este camino! ¡Esto ya es demasiado! ¡No hay uno á quien pregunte por este asunto, que no se excuse echándole la culpa á otro! Y no es que á mí me disguste el que me contradigan todos: precisamente me agradan esas réplicas, cuando se fundan en razones aceptables, cuando la excusa es clara y evidente. Pero eso que tu dices no se entiende. ¡Dices que eres un dibujo ó una imagen, que ha sido trazada por un cálamo! Yo no conozco otros cálamos que los de caña, ni más láminas que las de hierro ó de madera, ni otros escritos que los que se trazan con tinta, ni otras lámparas que las que arden. Eso sí; te he oído hablar mucho de la lámpara y de la lámina, y de la imagen y del cálamo; pero no he visto nada de eso. ¡Oigo el ruido del molino: pero no veo la harina!

— Tienes mucha razón, replicó el conocimiento, en todo lo que has dicho. Pero ten en cuenta que el camino en que te has metido está lleno de peligros, y que para andarlo, cuentas solamente con un capital exiguo, con muy pocas provisiones y con un débil vehículo. Por consiguiente, lo que te conviene es dejar todo eso que te preocupa. Abandona ese camino que no es á propósito para tí porque todo es difícil para el que no tiene aptitud natural. Sin embargo, si tienes verdadero empeño en llegar hasta el fin, entonces escucha atentamente lo que voy á decirte.

Has de saber que tu camino pasa por tres mundos. Es el primero el mundo visible á los sentidos, del cual forman parte el pliego de papel, la tinta, el cálamo y la mano. Tu has atravesado ya con facilidad las mansiones de ese mundo. Otro es el mundo increado é invisible que se halla tras de mí. Si das un paso más allá de esta mansión en que yo me encuentro, habrás entrado ya en las mansiones de ese mundo. En él encontrarás vastos desiertos, altísimas montañas, océanos inmensos. ¡No sé cómo podrás atravesarlo sano y salvo! El tercero es el mundo invisible aunque creado, del cual atravesaste ya tres mansiones, la de la facultad, la de la voluntad y la mía, que es la del conocimiento. Las tres somos las primeras de este mundo que te estoy describiendo, el cual ocupa el lugar intermedio entre los dos mundos anteriores, ya que no es tan llano y fácil de atravesar como el mundo visible, ni tan arduo é inaccesible como el increado. Aseméjase á la nave, la cual por razón de su movilidad, está entre la tierra y el agua, es decir, que no se agita tanto como ésta, ni es tan estable y firme como aquélla. Así pues, el que anda sobre la tierra es como el que anda sobre el mundo visible á los sentidos; si sus energías se aumentan hasta el extremo de poder montar en la nave, será ya como el que camina á través del mundo invisible aunque creado; y si finalmente llegare á poder caminar sobre el agua sin necesidad de nave, será como el que anda á pie seguro y firme á través del mundo increado. Por consiguiente, si no te sientes con fuerzas para caminar sobre el agua, vuelve tus pasos atrás porque ya has atravesado la tierra firme y has

abandonado la nave y solamente el inmenso océano del mundo increado se extiende ante tus ojos. En sus primeras playas se divisa el cáamo que graba la ciencia en la lámina del corazón humano y le comunica la seguridad necesaria para caminar por encima de las olas...

(Traducción de D. Miguel Asín.)

## ABEN TOFAIL-EL FILÓSOFO AUTODIDACTO

Así continuaron las cosas hasta que ocurrió cierto día que saliera Hay Benyocdán en busca de su alimento al tiempo que Asal se hallaba en aquel sitio, recayendo la mirada de cada uno de ellos sobre el otro. En cuanto á Asal no le cupo la menor duda de que aquel otro era uno de los siervos de Dios, dedicados á la vida solitaria (anacoreta) que había llegado á aquella isla con objeto de sustraerse al trato de las gentes, como él, también se había retirado á ella; y temió que, si se presentaba á él y se daba á conocer, había de ser esto causa de perturbación para el estado de aquel hombre y un obstáculo interpuesto entre él y la esperanza que abrigara. Hay Benyocdán, por su parte no acertaba á comprender qué era aquello, por cuanto veía que, por su forma, no era ninguno de los animales que había visto anteriormente. Cubría á Asal una túnica negra de pelo y lana, y Hay Benyocdán creyó que era una vestidura natural, deteniéndose un buen rato en su admiración. Retirábase Asal, huyendo de él, por temor de distraerle de su estado ú ocupación; pero Hay Beyocdán le siguió los pasos, á causa de su inclinación natural á investigar la verdad de las cosas. Pero cuando vió que Asal aceleraba la huída, se retiró de él y se ocultó á su vista, de tal modo que creyó Asal que Hay se había separado de él y alejado de aquel sitio, razón por la que empezó Asal sus oraciones y lectura, sus invocaciones y llanto, sus preces y aflicciones, hasta el punto de que esto le distrajera de toda otra cosa.

Hay Benyocdán entre tanto, empezó á acercarse poco á poco, sin que Asal se diese cuenta de ello, hasta que ya tanto se aproximó, que oía su lectura y sus alabanzas á Dios y observaba su continente humilde y su llanto; y oyó su hermosa voz y las letras dispuestas ordenadamente, no habiendo percibido cosa semejante entre los animales de las diferentes especies; miró también su figura y sus contornos, ó lineamentos, notando que eran de su misma forma, y convencióse de que la túnica que le cubría no era piel natural, sino que era una vestidura tomada del exterior (artificial) como lo era su propio vestido; y cuando reparó en el decoroso aspecto que ofrecían su compunción, sus súplicas y llanto, no dudó que era una de las esencias que tenían noticia del *Sér Verdadero*, deseando relacionarse con él y ver lo que en él había, así como tambien conocer cuál era la causa de su llanto y plegarias. Acercóse más hacia él, hasta el punto que, habiéndolo advertido Asal, emprendió vertiginosa carrera. Hay Benyocdán corrió tambien en su seguimiento hasta darle alcance, á causa del vigor y de la capacidad con que Dios le había dotado así en lo intelectual como en lo físico

(en la ciencia como en el cuerpo), se abalanzó, pues, á él y le sujetó de manera que no le fuera posible escaparse.

Cuando Asal se fijó en aquel hombre, viendo que estaba vestido con pieles vellosas de animales, que su cabello se prolongaba hasta cubrir gran parte de su cuerpo, y habiendo admirado su ligereza en el correr y el vigoroso empuje de sus fuerzas, concibió de él extraordinario temor, y empezó á halagarle y suplicarle benevolencia con palabras que Hay Benyocdán no comprendía ni sabía qué era aquello, llegando tan sólo á distinguir en ello los indicios del miedo ó de una emoción violenta.

Trató, pues, de inspirarle confianza con voces que había aprendido de algunos animales, pasóle su mano por la cabeza y por los lados del cuello, y le llenó de caricias; y manifestando en sí mismo alegría y contento, se calmó el miedo de Asal, comprendiendo que nada malo intentaba contra él.

Por su afición á la ciencia de la interpretación, Asal había ya aprendido de antiguo gran número de lenguas y era perito en ellas.

Empezó, pues, á hablar á Hay Benyocdán en cada uno de los idiomas que conocía, preguntándole por su condición y estado, é intentando hacerse entender de él; mas no pudo conseguirlo, pues Hay Benyocdán, aunque admirándose de todo lo que oía, ignoraba qué pudiera significar aquello, y únicamente se daba cuenta de la afabilidad y complacencia de Asal para con él. Así, pues, cada uno de ellos se extrañaba de la condición de su compañero.

Quedaba á Asal algún remanente de las provisiones que había traído consigo de la isla habitada; y le ofreció á Hay Benyocdán, quien no sabía que era aquello, pues nunca antes lo había visto. Comió de ello Asal é indicó á aquél que también comiera. Mas Hay Benyocdán, pensando en aquellas reglas que se había impuesto en cuanto á tomar alimento é ignorando la naturaleza de aquello que se le presentaba delante, qué cosa fuera, y si le era ó no lícito tomarla, se abstuvo de comerla.

Mas Asal no cesó de rogarle é invitarle, y excitado por ello Hay Benyocdán, y temiendo que la persistencia en su negativa disgustase á Asal, tomó de aquellas provisiones y comió de ellas. Pero cuando lo hubo probado y como lo encontrase grato al paladar, dióse cuenta de que había obrado mal por haber infringido su propósito sobre las condiciones que se impusiera en lo tocante á la alimentación. Se arrepintió de su acción, y quiso separarse de Asal, dirigiéndose á su estado para tratar de volver nuevamente á sus altas especulaciones.

Sin embargo, esta idea no la puso en práctica de pronto, puesto que resolvió permanecer con Asal en el mundo sensible hasta informarse con certeza de su estado, á fin de que no quedase en su espíritu nada de lo que fuese propensión hacia él, separándose luego hacia su estado contemplativo sin que le distrajese cosa alguna. Al efecto, propúsose vivir en compañía de Asal, y como éste notase también que no hablaba, estuvo seguro de que ningún daño había de inferirse á su religión de vivir en su compañía; esperaba además que le enseñaría el lenguaje, la ciencia y la religión, granjeándose con esto la mayor retribución y dignidad para con Dios. Comenzó, pues, Asal por enseñarle á hablar; primera-



mente le señalaba los objetos particulares y pronunciaba sus nombres, repetíale estos nombres y le invitaba á hacer otro tanto; él los pronunciaba juntamente con la indicación; hasta que le enseñó todos los nombres, conduciéndole por grados y paulatinamente hasta que pudo ya hablar en breve tiempo.

Entonces empezó Asal á preguntarle acerca de su condición y de donde había llegado á aquella isla. Hay Benyocdán le hizo saber que ignoraba cual fuese su origen, que no tenía más padre ni madre que una gacela que le había criado. Le describió totalmente su estado, cómo había ido progresando en sus conocimientos hasta llegar al grado de su unión con Dios. Y cuando Asal oyó de su boca la descripción de aquellas verdades, y de aquellas esencias separadas del mundo sensible, conocedoras del Sér verdadero (honrado y glorificado sea); cuando le hubo descrito la esencia de aquel Sér verdadero (ensalzado y honrado sea) con sus gloriosos atributos; cuando le hubo explicado (según pueden explicarse estas cosas) lo que él vió, en el estado de unión con Dios, tocante á los goces de los que á tal estado han llegado, y las penas de los que han sido privados de él, no dudó Asal de que todas las cosas que se contenían en su ley (el *Alcorán*) relativas al mandamiento de Dios (honrado y ensalzado sea) y á sus ángeles, sus libros, sus mensajeros, al último día, á su paraíso y su fuego son similares ó alegorías de lo que había visto Hay Benyocdán, y se abrieron los ojos de su corazón, se iluminó su inteligencia, percibió la perfecta conformidad entre los dictados de la razón y las enseñanzas de la tradición, se le hicieron más asequibles los métodos de la interpretación mística, y ya no hubo dificultad alguna en la Ley divina que no se le aclarase, ni puerta cerrada que no se le abriese, ni cosa profunda que no se le allanase, llegando á ser una de las primeras inteligencias. Entre tanto, miró á Hay Benyocdán con ojos de admiración y reverencia y tuvo por seguro que era uno de los Santos de Dios de aquellos *que no tienen temor ni experimentarán dolor*. Se puso por esto á su servicio, se decidió á imitarle y á acoger sus advertencias en lo tocante á las prácticas legales ordinarias que había aprendido en su secta.

(Traducción de D. Francisco Pons Boigues.)

## AVERROES.-SOBRE EL ORIGEN DE LOS SERES

Hay respecto del origen de los seres dos opiniones opuestas, y entre ellas otras intermedias. Unos explican el mundo por desarrollo ó desenvolvimiento, otros por creación. Los partidarios de lo primero dicen que la generación no es sino la salida y desdoblamiento de los seres. Según este supuesto, el agente (Dios) no hace sino sacar unos seres de otros; de donde resulta evidente que sus funciones se reducen á ser un motor. Los partidarios de la creación afirman que el agente produce el ser de la nada, sin necesidad de que haya antes materia alguna. Tal es la opinión de los *motacalimes* (dogmáticos ó escolásticos) de nuestra religión y de la de los cristianos, como Juan Filopon, quien sostiene que la posibilidad del ser creado sólo existe en el agente.

En cuanto á las opiniones intermedias, se reducen á dos; pero en la primera hay dos criterios muy deficientes. Ambas están de acuerdo en un punto, á saber: que la generación de los seres no es más que una transmutación ó cambio de substancia; que toda generación supone un sujeto, y que ninguna cosa se engendra sino de otra semejante á ella. Según la primera de estas opiniones, el agente crea la *forma* é imprime dicha forma á una *materia* que ya existía. Entre los partidarios de esta teoría, unos separan por completo al agente de la materia y le llaman el *dador ó hacedor de formas*; tal es el sentir de Aben-Sina (Avicena). Otros sostienen que el agente unas veces no se halla separado de la materia, como el fuego cuando engendra el fuego y el hombre cuando engendra al hombre; y otras veces sí se halla separado, cual ocurre en la generación de algunos animales y plantas, que nacen de sus desemejantes; esta es la opinión de Temistio y quizás de Alfarabí. La tercera opinión es la de Aristóteles, y consiste en decir que el agente crea al mismo tiempo el compuesto de materia y forma, dando movimiento á la materia y transformándola hasta convertir en acto cuanto había en ella de potencia. Según esta creencia, el agente no hace sino transformar en acto lo que estaba en potencia, y realizar la unión de la materia con la forma. Toda creación se reduce así á un movimiento, cuyo principio es el calor. Este calor, repartido por el agua y por la tierra, engendra los animales y las plantas que no nacen de semilla. La naturaleza produce todo esto con orden y perfección y como guiada por una inteligencia superior, aun cuando ella en sí carezca de inteligencia. Estas proporciones y esta energía productiva que los movimientos del sol y de los astros dan á los elementos, son los que Platón llamaba *las ideas*. Según Aristóteles, el agente no crea ninguna forma, porque si la crease podría sacar algo de la nada. La falsa representación, según la cual nos figuramos las formas como creadas, ha inducido á algunos filósofos á creer que las formas son cosa real y que existe un hacedor de las formas; opinión que ha llevado á los teólogos de las tres religiones que actualmente existen á afirmar que alguna cosa puede salir de la nada. Partiendo de este supuesto, los filósofos de nuestra religión han imaginado un sólo agente (Dios), produciendo todos los seres sin intermediario alguno, y ejerciendo su acción instantáneamente en una infinidad de actos opuestos y contradictorios. Según esta hipótesis, el fuego no arde, el agua no moja; todo necesita una creación especial y directa. Más aún, afirman que cuando un hombre arroja una piedra, el movimiento no pertenece al hombre, sino al agente universal; con lo que destruyen toda actividad humana.

Mas todavía profesan una doctrina más sorprendente. Si Dios puede hacer pasar alguna cosa del no ser al ser — dicen — de igual modo puede hacerla pasar del ser al no ser. La destrucción, como la generación, es obra de Dios. La muerte es una creación de Dios. Para nosotros, por el contrario, la destrucción es un acto de igual naturaleza que la generación. Todo ser engendrado lleva en sí, en potencia, su propia corrupción. Para destruir, como para crear, el agente no tiene sino que hacer pasar á acto la potencia.

(Traducción de la traducción de Renán.)

## MOHIDIN ABENARABI.-FRAGMENTOS DEL ALFOTUHAT

Sábetete, oh, lector (y Dios te enseñe lo que ignoras y te coloque en medio de aquellos que te purifiquen) que la luz es cosa, no sólo perceptible, sino con la cual se perciben los demás objetos, al paso que la obscuridad, siendo perceptible, no es medio apto para percibir. Puede llegar el caso de que la luz aumente hasta extremo tal que, siendo ella perceptible, no se distinga en ella cosa alguna; y también puede suceder que disminuya hasta hacerse imperceptible y al propio tiempo haga perceptible lo demás. De manera que la percepción no tiene lugar sino mediante la luz en el objeto percibido; esto es absolutamente preciso, ya en el orden de lo inteligible, ya en el de lo sensible.

Alguien preguntó á Mahoma (¡Dios le bendiga y salve!): — ¿Has visto á tu señor? — Y contestó: — *Una luz*: eso es lo que he visto.

La Verdad es la luz pura, el absurdo es la pura obscuridad; ésta jamás se convierte en luz, así como tampoco la luz se transforma en tiniebla.

La criatura colocada entre la luz y la obscuridad es un crepúsculo que esencialmente no puede definirse ni por la obscuridad ni por la luz, siendo como es una mezcla de ambas, el término medio de esos dos precisos extremos. Y por eso puso Dios en el hombre dos ojos y le hizo merced de dos guías, porque está entre dos caminos: con uno de aquellos, el del un camino, recibe la luz y según su aptitud la contempla: con el otro, el del otro camino, mira á la obscuridad y la recibe.

La criatura, por consiguiente, no es de sí propia, ni luz ni tiniebla: ni sér ni no sér, únicamente es el obstáculo poderoso que impide á la luz pura dominar á la pura obscuridad y á ésta aniquilarse en aquella. Por su esencia, es el punto en que los dos extremos coinciden y así, mediante su contacto con la luz adquiere la criatura todo lo que en ella es definible por la existencia, y por su coincidencia con la obscuridad, lo que es definible por el no sér. . . . .

Si quieres saber la forma en que el mundo se produjo, la rapidez con que apareció, en cumplimiento con el divino mandato, mira lo que en el aire produce una brasa movida por la mano del hombre: si la hace girar, dibújase un círculo en el ojo del que la contempla. Tú no dudas que ves un círculo de fuego y al mismo tiempo, tampoco dudas de que allí no hay tal círculo, pues solamente ha sido producido en tu vista por la rapidez del movimiento. No otra cosa dice Dios: nuestro mandato (que es su palabra): *SEA, no es más que uno*, como la brasa es una sola, *á la manera de un abrir y cerrar de ojos*, que es la percepción del círculo, sin que lo sea en realidad.

Esta es, pues, la diferencia que existe en toda forma creada visible: si la miras con los ojos, con la inteligencia ó con la imaginación, juzgas que es criatura: si la consideras bajo el prisma de la ciencia y de la iluminación, juzgas que es Dios, el cual ha creado todo aquello que, á pesar de aparecer ante tus ojos, es nada en su mismo ser, porque no es Él. ¡Mira cuán fina perspicacia es esta,

á pesar de que el sujeto en quien aparece es el sentido, cuya condición nativa es la torpeza, la limitación.....

Fíjate bien, hermano mío, en lo que pasa cuando fulgura veloz el relámpago, su brillo es la causa de que la atmósfera se inunde de luz: esta iluminación del aire es causa de que los objetos sensibles aparezcan: esta manifestación de los objetos sensibles es, por fin, causa de que los ojos los perciban. Ahora bien: el tiempo en que todo esto ha ocurrido es un sólo instante, pues á pesar de que sabes perfectamente que cada una de esas causas ha precedido á un efecto, sin embargo, el momento en que ha brillado el relámpago es el mismo en que se ha iluminado la atmósfera, han aparecido los objetos y los ha percibido la vista... ¡Loado sea quien empleó estos símbolos y se sirvió de estas figuras para decir que es y no es, ó que no es y es! Porque juro por Aquel cuyo es el poder, la gloria, y la grandeza que en verdad no existe sino Dios, el Ser necesario, único por su esencia, múltiple por sus nombres y decretos, que todo lo puede, hasta lo imposible. ¡Sólo Dios existe, todo de Él procede y á Él ha de volver!

(Traducción de D. Miguel Asín.)

### ABEN HABIB.—MUZA Y THARIC

Muza, que era un gran astrólogo, leyó en las estrellas que España sería conquistada. Mas ¿por quién lo será? ¿Qué general, qué tropas conseguirán esta gloria? Lo ignora: sabe solamente que existe un viejo que podrá decirlo y que este viejo se encuentra en una embarcación *rumí* que anclará en la costa de Africa. Ordena, pues, á Tharic que se apodere de todos los navíos que vayan al anclaje. Tharic encuentra por fin al misterioso viejo, y le habla de este modo: — Tú, que conoces lo porvenir, ¿sabes por quién será España conquistada? — Por tí, respondió el viejo, y por un pueblo llamado berebere, que profesa la misma religión que tú. Enterado de esta respuesta, Muza dió á Tharic los siguientes mandatos: — Embárcate junto á una roca que encontrarás sobre la costa: procura descubrir entre tu gente alguno que conozca los nombres siriacos de los meses, y cuando llegue el 21 de Aiyár, te harás á la vela. Llegarás luego á una colina oscura. En la parte oriental de esta colina encontrarás una hondonada y una figura que representa un toro. Rompe esta figura, y luego buscarás un hombre de alta talla, de color negruzco, de ojos bizcos, de manos secas, y le darás el mando de la vanguardia. — Ejecutaré tus órdenes, le respondió Tharic: pero será inútil buscar la persona cuya descripción acabas de hacer: esta persona soy yo ..

(Traducción y extracto de R. Dory.)

## ABEN-HAZAM.-TRATADO SOBRE EL AMOR

En el palacio de mi padre vivía una joven que recibía allí su educación. Tenía diez y seis años, y ninguna otra mujer se la podía comparar en beldad, talento, modestia, discreción y dulzura. Las pláticas amorosas, el burlar y el reír no eran de su gusto, por lo cual hablaba poco.

Nadie osaba levantar hasta ella sus pensamientos, y sin embargo, su hermosura conquistaba los corazones; pues, aunque orgullosa y reservada en dar muestras de su favor, era más seductora que las que conocen el arte de encadenar á los hombres. Su modo de pensar era muy severo, y no mostraba inclinación alguna por los vanos deleites; pero tocaba el laud de un modo admirable. Yo era entonces muy mozo, y sólo pensaba en ella. A veces la oía hablar, pero siempre en presencia de otros, y en vano busqué durante dos años una ocasión de hablarle sin testigos. Ocurrió en esto que se dió en nuestra casa una de aquellas fiestas que se acostumbran en los palacios de los grandes, á la cual asistieron las mujeres de nuestra casa y las de mi hermano, y donde, por último, estuvieron convidadas también las mujeres de nuestros clientes y más distinguidos servidores. Después de pasar una parte del día en el palacio, fueron éstas á un pabellón, desde donde se gozaba de una magnífica vista de Córdoba, y tomaron asiento en un sitio desde el cual los árboles de nuestro jardín no estorbaban la vista. Yo fui con ellas, y me acerqué al hueco de la ventana donde se encontraba la joven; mas apenas me vió á su lado, cuando con graciosa ligereza se huyó hacia otra parte del pabellón. Yo la seguí, y se me escapó de nuevo. Mis sentimientos le eran ya harto conocidos, porque las mujeres poseen un sentido más perspicaz para descubrir las huellas del amor que se les profesa, que el de los beduinos para reconocer la vereda trillada en sus excursiones nocturnas por el desierto. Por dicha, ninguna de las otras mujeres advirtió nada de lo ocurrido, porque estaban todas muy embelesadas con la vista, y no prestaban atención. Cuando más tarde bajaron todas al jardín, las que tenían mayor influjo por su posición ó por su edad, rogaron á la dama de mis pensamientos que entonase un cantar, y yo uní mi ruego á los de ellas. Así rogada, empezó, con una timidez que á mis ojos realzaba más sus encantos, á pulsar el laud, y cantó los siguientes versos de Abbás, hijo de Ahnaf:

En mi sol pienso sólo,  
En mi muchacha linda.  
¡Ay, que perdí su huella  
Tras de pared sombría!  
¿Es de estirpe de hombres,  
O de los genios hija?  
Ejerce de los genios  
El poder con que hechiza;

De ellos tiene el encanto  
Pero no la malicia.  
Es su cara de perlas,  
Su talle palma erguida  
Blando aroma su aliento,  
Ella gloria y poesía,  
Sér de la luz creado,  
Graciosamente agita  
La veste vaporosa,  
Y ligera camina;  
Su pie no quiebra el tallo  
De flores ni de espigas.

Mientras que cantaba, no fueron las cuerdas de su laúd, sino mi corazón, lo que hería en el plectro. Jamás se ha borrado de mi memoria aquel dichoso día, y aun en el lecho de muerte he de acordarme de él. Pero desde entonces, nunca más volví á oír su dulce voz, ni volví á verla mucho tiempo.

No la culpes, decía yo en mis versos, si es esquivia y huye. No merece por esto tus quejas. Hermosa es como la gacela y como la luna; pero la gacela es tímida y la luna inasequible á los hombres.

Me robas la dicha de oír tu dulce voz, decía yo además, y no quiero deleitar mis ojos con la contemplación de tu hermosura. Sumida del todo en tus piadosas meditaciones, entregada á Dios por completo, no piensas más en los mortales.

¡Cuán dichoso Abbás cuyos versos cantaste! Y sin embargo, si aquel gran poeta te hubiese oído, se hubiera llenado de tristeza, te hubiera envidiado como á su vencedora, porque mientras que cantabas sus versos, ponías en ellos un sentimiento de que el poeta carecía ó que no pudo expresar.

Entre tanto sucedió que tres días después que Almadhí subió al trono de los califas, abandonamos nuestro nuevo palacio, que estaba en la parte de Oriente de Córdoba, en el arrabal de Zahira, y nos fuimos á vivir á nuestra antigua morada, hacia el Occidente, en Balath-Moguits; pero por razones que es inútil exponer aquí, la joven no se vino con nosotros. Cuando Hixem II subió otra vez al trono, caímos en desgracia con los nuevos dominadores: nos sacaron enormes sumas de dinero, nos encerraron en una cárcel, y cuando recobramos la libertad, tuvimos que escondernos.

Entonces vino la guerra civil; todos tuvieron mucho que padecer, y nuestra familia más que todos. Entre tanto, murió mi padre el 21 de Junio de 1012, y nuestra suerte no se mejoró en nada. Cierta día, asistiendo yo á las exequias de un pariente, reconocí á la joven en medio de las mujeres que componían el duelo. Muchos motivos tenía yo entonces para estar melancólico: se diría que venían sobre mí todos los infortunios, y, sin embargo, no bien la volví á ver, me pareció que lo presente, con todas sus penas, desaparecía como por encanto. Ella evocó y trajo de nuevo á mi memoria mi vida pasada, aquellos días

hermosos de mi amor juvenil, y por un momento volví á ser joven y feliz, como ya lo había sido. Pero ¡ay! este momento fué muy corto. Pronto volví á sentir la triste y sombría realidad, y mi dolor, acrecentado con las angustias de un amor sin esperanzas, se hizo más devorador y violento.

Ella llora por un muerto que todos estimaban y honraban, decía yo en unos versos que en aquella época compuse ;pero el que vive aún tiene más derecho á sus lágrimas! Es extraordinario que compadezca á quien ha muerto de muerte natural y tranquila, y que no tenga compasión alguna de aquél á quien deja morir desesperado.

Poco tiempo después, cuando el ejército de los berberiscos se apoderó de la capital, fuimos desterrados, y yo tuve que abandonar á Córdoba en el verano de 1013. Cinco años se pasaron entonces, durante los cuales no ví á la joven. Por último, cuando en el año de 1018 volví á Córdoba, fuí á vivir á casa de uno de mis parientes, donde la encontré de nuevo; pero estaba tan cambiada, que apenas la reconocí, y tuvieron que decirme quién era.

Aquella flor, que había sido el encanto de cuantos la miraban, y que todos hubieran tomado para sí, á no impedirlo el respeto, estaba ya marchita: apenas la quedaban algunas señales de que había sido hermosa. En aquellos infelices tiempos, la que había sido criada entre la abundancia y el lujo de nuestra casa, se vió de pronto en la necesidad de acudir á su subsistencia por medio de un trabajo excesivo, no cuidando de sí misma ni de su hermosura. ¡Ay! las mujeres son flores delicadas: cuando no se cuidan, se marchitan. La beldad de ellas no resiste, como la de los hombres, á los ardores del sol, á los vientos, á las inclemencias del cielo y á la falta de cuidado. Sin embargo, tal como ella estaba, aún hubiera podido hacerme el más dichoso de los mortales si me hubiese dirigido una palabra cariñosa; pero permaneció indiferente y fría, como siempre había estado conmigo. Esta frialdad fué poco á poco apartándome de ella. La pérdida de su hermosura hizo lo restante. Nunca dirigí contra ella la menor queja. Hoy mismo no tengo nada que echarle en cara. No me había dado derecho alguno para estar quejoso.

¿De qué la podía yo censurar? Yo hubiera podido quejarme si ella me hubiese halagado con esperanzas engañosas; pero nunca me dió la menor esperanza; nunca me prometió cosa alguna.

*(Traducción de D. Francisco Pons Boigues.)*

## ABEN-JALDÚN.-MUERTE DE ABEN-AL-JATHIB

A principios del año 776 (1374) el sultán Abúl-Abbás llegó á apoderarse de la Villa-Nueva, capital del imperio, y se dejó gobernar por su wazir, Mohamad-Otsmán, que tenía por lugarteniente á Suleimán Dawud. Proclamado sultán en Tánger, se había comprometido con Aben Alhamar (Mohamad V) á entregar á Aben-Al-Jathib, ministro tráfuga que había excitado á Abdelaziz á intentar la conquista de España.

Después de haber abandonado la ciudad de Tánger, el sultán Abul-Abbás

tuvo un encuentro con las tropas de Abú-Bequer Ghazi bajo los muros de Villa-Nueva, tras de cuyas murallas habíanse refugiado, viéndose obligadas á sostener un sitio.

Aben-Aljathib comprendió entonces el peligro que le amenazaba y se encerró en la ciudad con el wazir. El sultán, habiéndose posesionado de la plaza, dejó tranquilo á Aben-Aljathib por algunos días, mas luego mandó arrestarle por consejos de Suleimán ben Dawud. Este ministro profesaba á Aben-Aljathib un odio mortal; cuando Aben Alhamar (Mohamad V) estuvo refugiado en Africa, había conseguido de él la promesa formal de que, una vez restablecido en el trono, nombraría á Suleimán comandante de los *voluntarios de la fe*. Sentado nuevamente en su trono este Aben Alhamar, Suleimán solicitó el cumplimiento de lo ofrecido, pero Aben-Aljathib se opuso á ello, razón por la cual Suleimán regresó á Africa abrigando contra Aben-Aljathib un odio secreto que suspiraba continuamente por la revancha.

Cuando el sultán de Granada tuvo noticia de que había sido arrestado Aben-Aljathib, envió una comisión presidida por Abú-Abdallah ben Zemrok, con objeto de conseguir el castigo del ex ministro. A petición de éste Aben-Zemrok, que le había sucedido en el cargo, el sultan de Marruecos mandó que Aben-Aljathib compareciera ante una comisión compuesta de altos dignatarios y consejeros de Estado. Acusado de haber insertado en sus escritos algunas proposiciones mal sonantes, fué encarcelado después de haber sido sometido á la tortura. El Jurado deliberó luego si procedía además imponer la pena capital por las dichas proposiciones. Algunos jurisconsultos votaron por la muerte, dando así ocasión á Suleimán de saciar su sed de venganza. Por órdenes secretas de éste, algunos miserables que tenía á su servicio reunieron por la noche una gávilla de gente asalariada, á la cual se unieron los enviados españoles: forzaron las puertas de la prisión y estrangularon á Aben-Aljathib. Al día siguiente se le enterró en el cementerio de la puerta de Marhuc, y al otro día se descubrió que el cadáver había sido sacado de su tumba para hacerle desaparecer por el fuego: hallábase extendido al borde de la fosa, con los cabellos consumidos y la cara ennegrecida por la acción del fuego. Se le enterró nuevamente, y así terminaron las desdichas de Aben-Aljathib. El público se indignó por tal infamia, y no vaciló en atribuir esta escandalosa profanación á Suleimán ben Dawud, á sus criados y demás dependientes de su administración. Durante los días de su prisión, el desventurado Aben-Aljathib se preparaba á bien morir; aún tuvo el valor suficiente para coordinar sus ideas y componer muchas elegías sobre el triste fin que le esperaba. En una de estas composiciones se expresa así:

“¡Aunque estamos cerca de la parada terrestre nos hallamos ahora lejos de ella! Habiendo llegado al lugar de la cita (sepulcro), guardamos silencio para siempre.

“Nuestros suspiros se han detenido repentinamente, bien así cuando se detiene la recitación de la oración cuando se ha pronunciado el *Konnut*.

“Aunque éramos antes poderosos ya no somos más que osamentas; en otro tiempo dábamos festines, hoy somos el festín de los gusanos.



“Eramos el sol de la gloria; pero ahora este sol ha desaparecido y todo el horizonte se conduce de nosotros.

“¡Cuántas veces la lanza ha derribado al que lleva la espada! ¡Cuántas veces la desgracia ha abatido al hombre feliz!

“¡Cuántas veces se ha enterrado en un miserable harapo al hombre cuyas vestiduras llenaban numerosos cofres!

“Dí á mis enemigos: — ¡Aben-Aljathib ha partido! ¡Ya no existe! ¿Y quién es el que no ha de morir?

“Dí á los que se regocijan de ello: — ¡Alegraos si sois inmortales!,”

## PRÓLOGO DE LA OBRA

### INTÉRPRETE DE LAS LECCIONES DE LA EXPERIENCIA

Después de haber leído las obras de nuestros historiadores y sondeado las profundidades del pasado y del presente, he llegado á despertar mi espíritu, á arrancarlo del sueño de la indiferencia y de la pereza, y aunque poco rico en saber, he hecho conmigo mismo un excelente negocio decidiéndome á componer una obra. He escrito, pues, un libro sobre historia, en el cual he levantado el velo que cubría los orígenes de las naciones. Lo he dividido en capítulos, de los cuales unos contienen la exposición de los hechos, otros ciertas consideraciones generales. Allí he indicado desde luego las causas que han producido el origen de los imperios y de la civilización, tomando como objeto primario de mi trabajo la historia de las razas que en nuestros tiempos, habitan el Magrebh, cuyas provincias y ciudades han llenado. Allí he hablado de las dinastías de larga duración y de los imperios efímeros que estos pueblos han fundado, y he dado á conocer los príncipes y guerreros que han producido en los tiempos antiguos.

Estas dos razas son los árabes y los bereberes, las solas naciones que ocupan el Magrebh, como todo el mundo sabe. Ellas han residido allí durante tantos siglos, que casi no puede imaginarse que en algún tiempo no se encontrasen en dicha región. Fuera de estos dos pueblos, no se conoce ninguna otra raza de hombres que habite este país.

He discutido muy al por menor las cuestiones que tocan al objeto de esta obra; he puesto mi trabajo al alcance de los eruditos y de los hombres del vulgo; para su arreglo y distribución he seguido un plan original, habiendo discurrido un método nuevo de escribir la historia, y elegido un camino que sorprenderá al lector, un plan y un sistema que son míos por completo.

Al tratar de lo relativo á la civilización y al establecimiento de las ciudades, he desarrollado todo lo que ofrece la sociedad humana como circunstancias características. De este modo hago comprender las causas de los acontecimientos é indico por qué camino los fundadores de los imperios entraron en la carrera. El lector, no hallándose en la obligación de creer ciegamente las narraciones

que se le han ofrecido, podrá ahora conocer bien la historia de los siglos y de los pueblos que le han precedido y aun será capaz de prever los acontecimientos que pueden ocurrir en lo futuro.

He dividido mi obra en tres libros, precedidos de muchos capítulos preliminares que contienen algunas consideraciones acerca de la excelencia de la ciencia histórica, de los principios que deben servirle de reglas, y sumario de los errores en los cuales están expuestos á caer los historiadores.

El primer libro trata de la civilización y de sus resultados característicos, tales como el imperio, la soberanía, las artes, las ciencias, los medios de enriquecerse y ganarse la vida; indica también las causas á las cuales deben su origen estas instituciones.

El segundo libro comprende la historia de los árabes, de sus diversas razas y de sus dinastías, desde la creación del mundo hasta nuestros días. Encuéntrase asimismo la indicación de algunos pueblos célebres que fueron sus contemporáneos y que fundaron dinastías. Tales son los nabateos, asirios, persas, israelitas, coptos, griegos, turcos y romanos.

El tercer libro abarca la historia de los bereberes y de sus parientes los zenatas, con la indicación de su origen, de sus diversas tribus y de los imperios que han fundado, especialmente en el Magrebh.

Habiendo hecho luego el viaje á Oriente con el fin de instruirme, de cumplir el deber de la peregrinación y de conformarme con el ejemplo del profeta visitando la Meca y dando vuelta á la Casa santa, tuve ocasión de examinar los monumentos, los archivos y los libros de este país. Entonces aprendí lo que antes me faltaba, es á saber, el conocimiento de la historia de los soberanos extranjeros que han dominado en esta región, así como de las dinastías turcas y de los países que á ellas han estado sometidos. Añadí estos hechos á los que antes había inscrito en estas páginas, intercalándolos en la historia de las naciones musulmanas que eran contemporáneas de estos pueblos y en mis noticias sobre los príncipes que han reinado en diversas partes del mundo. Forzado á seguir siempre un mismo sistema, el de condensar y abreviar, he podido evitar muchas dificultades y conseguir fácilmente el objeto que me había propuesto. Introduciéndome por las puertas de las causas generales en el estudio de los hechos particulares, he abarcado en una narración comprensiva la historia del género humano.

*(Traducción de D. Francisco Pons Boigues.)*

## B. POESÍA

### ABEN HAZAM

No bien el sol se hundiera entre celajes de oro,  
Y mostrase la luna su claro resplandor,  
Me prometió la dama gentil á quien adoro  
Venir á mi morada en alas del amor.  
Y vino, como viene la luz de la mañana,  
Cuando nace en Oriente, y dora y besa el mar,  
Aérea deslizándose, y cual rosa temprana,  
El ambiente llenando de aromas al pasar.  
Como en cada capítulo del Alcorán severo  
Besa todas las letras el piadoso lector,  
Do estampaba la huella su breve pie ligero,  
Besaba yo la tierra con amante fervor. . .  
Al fin á separarnos nos obligó la aurora.  
¡Noche Al-Kadir! ¡Oh, noche bendita por Alah!  
Más goces y misterios y dichas atesora  
La noche que á su lado bendito pasé ya,

*(Traducción de D. Juan Valera.)*

### ABUL BEKA DE RONDA

Cuando sube hasta la cima  
Desciende pronto abatido  
Al profundo.  
¡Ay de aquél que en algo estima  
El bien caduco y mentido  
De este mundo!  
En todo terreno sér  
Sólo permanece y dura  
El mudar.  
Lo que hoy es dicha y placer  
Será mañana amargura  
Y pesar.  
Es la vida transitoria  
Un caminar sin reposo  
Al olvido;  
Plazo breve á toda gloria

Tiene el tiempo presuroso  
Concedido.

Hasta la fuerte coraza,  
Que á los aceros se opone  
Poderosa,

Al cabo se despedaza,  
O con la herrumbre se pone  
Ruginosa.

¿Con sus cortes tan lucidas  
Del Yemen los claros reyes  
Dónde están?

¿En dónde los Sasanidas,  
Que dieron tan sabias leyes  
Al Irán?

¿Los tesoros hacinados  
Por Karún el orgulloso  
Dónde han ido?

¿De Ad y Temud afamados  
El imperio poderoso  
Dó se ha hundido?

El hado, que no se inclina  
Ni ceja, cual polvo vano  
Los barrió

Y en espantosa rüina  
Al pueblo y al soberano  
Sepultó.

Y los imperios pasaron,  
Cual una imagen ligera  
En el sueño;

De Cosróes se allanaron  
Los alcázares, do era  
De Asia dueño.

Desdeñado y sin corona  
Cayó el soberbio Darío  
Muerto en tierra.

¿A quién la muerte perdona?  
¿Del tiempo el andar impío  
Qué no aterra?

¿De Salomón encumbrado  
Al fin no acabó el poder  
Estupendo?  
Siempre del seno del hado

Bien y mal, pena y placer  
Van naciendo.

Mucho infortunio y afán  
Hay en que caben consuelo  
Y esperanza.

Mas no el golpe que el Islam  
Hoy recibe en este suelo  
Los alcanza.

España tan conmovida  
Al golpe rudo se siente  
Y al fragor,

Que extremece su caída  
Al Arabia y al Oriente  
Con temblor.

El decoro y la grandeza  
De mi patria y su fe pura,  
Se eclipsaron;

Sus vergeles son maleza,  
Y su pompa y hermosura  
Desnudaron.

Montes de escombros y desiertos,  
No ciudades populosas  
Ya se ven;

¿Qué es de Valencia y sus huertos?  
¿Y Murcia y Játiva hermosas?  
¿Y Jaén?

¿Qué es de Córdoba en el día,  
Donde las ciencias hallaban  
Noble asiento,

Do las artes á porfía  
Por su gloria se afanaban  
Y ornamento?

¿Y Sevilla? ¿Y la ribera  
Que el Betis fecundo baña  
Tan florida?

Cada ciudad de éstas era  
Columna en que estaba España  
Sostenida.

Sus columnas por el suelo,  
¿Cómo España podrá ahora  
Firme estar?

Con amante desconsuelo

El Islam por ella llora  
Sin cesar.  
Y llora al ver sus vergeles,  
Y al ver sus vegas lozanas  
Ya marchitas,  
Y que afean los infieles  
Con cruces y con campanas  
Las mezquitas.  
En los mismos almimbares  
Suele del leño brotar  
Tierno llanto.  
Los domésticos altares  
Suspiran para mostrar  
Su quebranto.  
Nadie viva con descuido,  
Su infelicidad creyendo  
Muy distante,  
Pues mientras nace dormido  
Está el destino tremendo  
Vigilante.  
Es dulce, patria querida  
La región apellidar  
Do nacemos;  
Pero Sevilla perdida,  
¿Cuál es la patria, el hogar  
Que tenemos?  
Este infortunio á ser viene  
Cifra de tanta aflicción  
Y horror tanto;  
Ni fin ni término tiene  
El duelo del corazón,  
El quebranto.  
Y vosotros, caballeros,  
Que en los bridones volais  
Tan valientes,  
Y cual águilas ligeros,  
Y entre las armas brilláis  
Refulgentes,  
Que ya lanza poderosa  
Agitáis en vuestra mano,  
Ya, en la obscura  
Densa nube polvorosa,

Cual rayo, el alfanje indiano  
Que fulgura;  
Vosotros que allende el mar  
Vivís en dulce reposo,  
Con riquezas  
Que no podéis disipar,  
Y señorío glorioso  
Y grandezas;  
Decidme: los males fieros  
Que sobre España han caído,  
¿No os conmueven?  
¿Será que los mensajeros  
La noticia á vuestro oído  
Nunca lleven?  
Nos abruman de cadenas;  
Hartan con sangre su sed  
Los cristianos.  
¡Doleos de nuestras penas!  
¡Nuestra cuita socorred  
Como hermanos!  
El mismo Dios adoráis,  
De la misma estirpe y planta  
Procedéis;  
¿Por qué, pues, no despertáis?  
¿Por qué á vengar la ley santa  
No os movéis?

*(Traducción de D. Juan Valera.)*

## AL-MOTAMID DE SEVILLA

En vez de las gallardas cantadoras  
Me canta la cadena  
Rudo cantar, que el alma á todas horas  
De dolor enajena.  
La cadena me ciñe cual serpiente;  
Cual serpiente mi acero  
Entre los enemigos fieramente  
Resplandeció primero.  
Hoy la cadena sin piedad maltrata  
Mis miembros y los hiere,  
Y acusa el corazón la suerte ingrata  
Y morir sólo quiere.

A Dios en balde mi clamor elevo  
Porque Dios no me escucha;  
Cáliz de acíbar y ponzoña bebo  
En incesante lucha.  
Los que sabeis quién soy y quien yo era  
Lamentad mi caída:  
Se marchitó cual flor de primavera  
La gloria de mi vida;  
Música alegre, espléndidos salones  
Trocó el hado inseguro  
En resonar de férreos eslabones  
Y en calabozo obscuro.

Pasar volando en libertad os veo,  
¡Oh palomas! y lágrimas derramo.  
La envidia no me mueve;  
Muéveme amor y muéveme el deseo  
De estar unido con las prendas que amo;  
De vagar libre por el aire leve,  
De romper la sombría  
Cárcel, de ver el campo y su alegría.  
Si como sois yo fuera,  
La muerte de mis hijos no llorara,  
Y de continuo viera  
Cerca á mis hijas y consorte cara,  
Sin arrancar del alma hondo gemido  
El recuerdo cruel del bien perdido.  
Dichosas sois: la suerte no os separa  
De los dulces hijuelos,  
No velais entre angustias y recelos,  
Y en noche larga y soledad obscura,  
El crujir de los goznes de la puerta,  
Y de la firme y gruesa cerradura,  
El agrio rechinar nunca os despierta.  
Dios no quiera, palomas, que el milano  
Los hijuelos os robe, ya que en vano  
Llorando estoy los míos,  
Los que robó la muerte despiadada,  
Y los que fresca sombra y claros rios  
Perdieron con el nido y la enramada.

*(Traducción de D. Juan Valera.)*



## ABEN ZAI DÚN DE CÓRDOBA

Si tú quieres, nunca, nunca  
Acabará nuestro amor;  
Misterioso, immaculado,  
Vivirá en mi corazón.  
Para conquistar el tuyo,  
Sangre y vida diera yo.  
Siendo corto el sacrificio,  
Comparado al galardón  
Este yugo de mi alma  
Nadie nunca lo llevó;  
Mas tú le pusiste en ella;  
No temas su rebelión.  
¡Despréciamel he de sufrirlo;  
¡Ríñemel tienes razón;  
¡Huyel te sigo; ¡habla! escucho;  
¡Ordena! tu esclavo soy.

Vivo de mis amigos separado,  
Por la distancia no, sí porque ahora  
Verlos y hablar con ellos no me es dado.  
La suerte, siempre infiel, siempre traidora,  
Aquel lazo rompió que nos unía,  
Y su crueldad mi corazón deplora.  
Fué inútil luego cuanto yo pugnaba  
Por tornarle propicio, pues artera  
La envidia su cariño me robaba.  
Yo canté la justicia con que impera,  
Y de Córdoba el alto señorío,  
Joya luciente, del saber esfera,  
Que al mundo da magnífico atavío,  
Cinto en el medio, y en la sien corona;  
Pero el Príncipe oyóme con desvío,  
Porque la turba que feroz se encona,  
La camada de sierpes, que arrastrando,  
Al águila sus vuelos no perdona,  
Me estaba en las tinieblas calumniando.  
Harto ya de sufrir tanta clausura  
Y receloso del contrario bando,  
Audaz fuguéme de la cárcel dura;  
Mas el huir no prueba mi delito:  
Para evitar más honda desventura,  
Inocente Moisés huyó de Egipto.

Con el dueño benigno á quien venero  
A poderosa intercesión te invito,  
En tí fundar mi confianza quiero:  
De su dulzura, que el error olvida,  
Que tu voz oiga y me perdone espero,  
Desde que no los veo, cual solía,  
Raras veces mis párpados el sueño  
Con encantado bálsamo rocía.  
En balde forma el peregrino empeño  
Por llegar á los puros manantiales  
Y ser del agua codiciada dueño.  
¡Ay! Detienen su paso los jarales,  
Con espinas le hiere la maleza;  
Cercada está la fuente de zarzales.  
De aquella corza de sin par belleza,  
A quien mi tierno pecho dió guarida,  
Me separa del hado la fiereza.  
¡Cuán gentil es la vida de mi vida,  
Profundo el seno, estrecha la cintura,  
Y toda ella en juventud florida!  
El corazón, henchido de amargura,  
Como tiembla el zarcillo de su oreja,  
Me temblaba dejando su hermosura.  
Yo no logré mi enamorada queja  
Decir entonces, porque anuda el llanto  
La lengua y libres los suspiros deja.  
¿Cómo no ve la juventud que tanto  
Atrevimiento al envidioso mueve?  
¿Cómo el corcel no mira con espanto  
Que detenerle en su carrera debe  
Y sus bríos domar áspero freno,  
Cuando del mundo al límite se atreve?  
¿No se mella el alfanje sarraceno?  
¿No se abate la flecha voladora?  
A pesar del destino, está sereno  
Mi corazón indómito, y ahora  
A tí se vuelve y por tu amor confía  
En recobrar lo que perdido llora.  
Noble Abu-Bekre, de la vida mía  
Firme sostén, desde que el padre amado  
Cerró los ojos á la luz del día,  
Sobre mí tu favor has prodigado,  
Como el tesoro de las aguas vierte  
Fecunda nube en el sediento prado;

Tú, de mi alma en el acero inerte  
Al tocar, produjiste la centella,  
El fuego que en mi espíritu se advierte,  
Mientras el que tu espíritu destella  
Cual sol hizo brotar las gayas flores,  
Y adelantóse la primera bella,  
Y aromas dió y espléndidos colores  
Al jardín de los genios, do he podido  
Ramilletes tejer encantadores.  
Hoy el dolor me tiene envejecido;  
Dentro de mí se anida el desaliento;  
Y aun no está mi cabello encanecido;  
Cual huerta no regada el alma siento,  
Cuyo verdor lozano se marchita;  
Estéril, seco está mi pensamiento.  
Más que á lienzo sutil que el viento agita,  
Más que al camello carga triplicada,  
Me ha quebrantado la prisión maldita.  
Como á otros cosecha sazónada  
En su pensil el mundo me ofrecía,  
Y me dió sólo fruta emponzoñada,  
Quizás ardiente anhelo me extravía;  
Pero si mi imprudencia erró el camino,  
Me valdrán la costancia y la osadía.  
Me alcé como el lucero matutino,  
Las pléyadas herir quiso mi frente,  
Y al suelo en fin me derribó el destino.  
Anhelado lugar; puesto eminente  
El Príncipe en su gracia me otorgaba,  
Cuando me desechó tan duramente.  
Si mi súplica humilde es atendida,  
¡Oh Abu-Bekre!, tu apoyo nuevamente  
El sello del honor pondrá en mi vida.  
En tu apoyo al pensar goza mi mente,  
Como goza el olfato, si el perfume  
De almizcle y ámbar derretido siente.  
Tendrá fin el pesar que me consume,  
Si el ansiado perdón por tí me llega,  
Como mi alegre corazón presume,  
Pero si injusto el Príncipe le niega,  
Apelo al mismo Dios, Señor del mundo,  
Cuya justicia la pasión no ciega,  
Y ve del corazón en lo profundo.

*(Traducción de D. Juan Valera.)*

## ABEN-AL-JATHIB

### Á LA TUMBA DE ALMOTAMID

Báculo de peregrino  
Tomo con piadoso impulso;  
Vengo á Agmat, y reverente  
Miro y beso tu sepulcro.  
Sultán magnánimo, faro  
Que dió clara luz al mundo,  
En tus rayos, si vivieras,  
Me bañaría con júbilo,  
Y mis poesías mejores  
Fueran el encomio tuyo;  
Ora postrado de hinojos  
Sólo la tumba saludo.  
Egregiamente descuella  
Entre circunstantes túmulos  
Cual tú de reyes y vates  
Descollabas entre el vulgo.  
Siglos ya sobre tu muerte  
Pasaron y tu infortunio;  
Pero guardas la corona;  
No te la quita ninguno.  
¡Oh Rey de muertos y vivos!  
Tu igual vanamente busco;  
Que no ha nacido tu igual,  
Ni nacerá en lo futuro.

*(Traducción de D. Juan Valera.)*

## QUINTA PARTE.-LITERATURA JUDÁICA

### A. DIDÁCTICA

#### SALOMÓN BEN GEBIROL (Avicibrón.)

##### LA FUENTE DE LA VIDA

*M.* — Tres son las partes de toda la ciencia, á saber: la ciencia de la materia y de la forma, la ciencia de la voluntad y la ciencia de la esencia primera.

*D.* — ¿Por qué son tres las partes de la ciencia de todo?

*M.* — Porque en el ser no hay más que estas tres cosas, á saber: materia y forma, esencia y voluntad, que media entre esos dos extremos.

*D.* — ¿Cuál es la causa de que en el ser no haya más que estas tres?

*M.* — La razón de esto es que todo lo creado necesita una causa y algún medio entre ellos; la causa es, pues, la esencia primera; lo creado la materia y la forma, y el intermedio la voluntad.

*D.* — Pónme un ejemplo del enlace de ellos entre sí, esto es, de unos con otros, y de la ordenación de estos otros con aquéllos.

*M.* — Ejemplo de materia y forma es el cuerpo humano y su forma, entiende por forma la ordenación de sus miembros; ejemplo de la voluntad es el alma, y de la esencia primera la inteligencia.

*D.* — ¿Cuál de estas ciencias precede á la otra?

*M.* — En la enseñanza la ciencia de la materia y de la forma es antes que la de la voluntad, y ésta antes que la ciencia de la esencia primera; pero en realidad es todo lo contrario.

*D.* — ¿Te parece que después de esto no queda ciencia alguna que debamos estudiar?

*M.* — No, porque estas ciencias son los fundamentos y las raíces de la sabiduría, pero sus ramas son muchas!

*D.* — ¿De éstas es alguna rama de la otra?

*M.* — La materia y la forma son ramas de la voluntad: es imposible decir más que esto, hasta que sepas la ciencia de la materia y de la forma, y la de la voluntad. Ahora debemos estudiar primero la ciencia de la materia y de la forma, porque esta primera parte de la sabiduría es anterior en orden á las otras dos.

*D.* — Hazme adquirir la evidencia de la ciencia de la materia y de la forma.

*M.* — Lo más digno y útil para comenzar esta especulación después de bien sabida la ciencia de la prueba, es contemplar la esencia de la substancia del alma, sus fuerzas y sus accidentes, y lo que le corresponde y se le allega, porque esta misma alma sujeta está á la ciencia y ella misma es entendedora de todas las cosas, con sus fuerzas que todo lo penetran; mira si tu has examinado todo esto, y si no, este sea el principio de tu especulación.

*D.* — Juro que há mucho tiempo me apliqué á la ciencia del alma y sus sutiles investigaciones, y desde entonces adquirí la ciencia por la que conocí su nobleza, perpetuidad y sutileza para comprenderlo todo; tanto que, viendo su substancia que todo lo contiene, me admiro de que esto pueda ser de alguna manera.

*M.* — Mira si tu esencia contiene todas las cosas que sabes, de las que son, y si las que sabes están fijas en tu esencia de algún modo.

*D.* — ¿Acaso no lo sé, viéndome rodeador de toda la vida y comprensor de ella, más pronto que la vista y que esto no pudiera hacerlo, si la esencia del alma no fuera sutil y fuerte, penetradora de todas las cosas y perceptora de todo?

*M.* — Si has conocido bien la verdad de la esencia del alma y te has representado su comprensión de todas las cosas, comienza á dividir las que son y resuelve las compuestas en sus simples, que son la materia y la forma.

(Traducción de D. Federico de Castro y Fernández.)

**MAIMÓNIDES (el maestro Moysés de Egipto el cortobí.)**  
**MORE Ó GUÍA DE LOS DESCARRIADOS. (Enseñador de los turbados.)**

LIBRO III CAPÍTULO XI

Estos males que vienen entre los hombres y destos á estos según los deseos, intenciones y oficios, todos siguen en pos (de) la privación, porque todos se siguen de la locura, quiero decir, de privación de la sabiduría, como el ciego por privación de la vista entrompieza en cada lugar y se hace mal por no tener quien le muestre el cómo, e así muchas gentes cada cual hombre de ellas según su locura hace á sí mismo y á otros muchos males: y si hubiese ende sabiduría, que en comparación á la forma humanal (es) como la comparación de la virtud visiva al ojo, quitárseles hía todos los daños de sí e de los otros, que en conocer la verdad se quitaría la malquerencia, y la baraja (lucha) y quitarse hía el daño que viene de los unos á los otros.

.....

CAPÍTULO XII

Muchas veces piensa el común (de las gentes) que los males del mundo son más que los bienes: y dize en cantigas de gentes y fazañas (refranes y romances) que el bien que se acasce es de maravillar. Y no es este error en el común solo sino (tambien) en aquel que piensa que es sabidor. Hasta (hay) un moro que llaman Rasi (Arrazí) hacer (hizo) un libro público y comprendió en él á vueltas de sus necesidades una cosa que dice que el mal deste mundo es más que el bien y cuando compara su placer á sus enojos y dolores y dolencias y tristezas y pesares verás que el ser del hombre (su existencia) es por venganza y por mucho mal. Y él comenzó á probar esta cosa contando los males uno por uno para contradecir lo que piensan los hombres de verdad de las bondades de Dios al (por) su ser claro y ser Dios bien acabado (perfecto). Y la causa deste error es que este loco y sus semejantes no estiman el ser sino en el hombre solo y piensa cada loco que todo el sér (todo el mundo) fué (hecho) por amor de él y como que no hay ende sér sino él solo, y cuando vienen las cosas en contra de su voluntad, juzga que todo el sér es malo. Y si esmerase (considerase) el hombre el sér y lo entendiase, y supiese la propiedad de su parte en él, declarársele hía la verdad y sabría que esta locura luenga en que se enloquecen los hombres de los muchos males del mundo no dirían que es así en los ángeles y cielos y estrellas y elementos, en minerales y visitables (vegetales) ni en las especies de los animales: mas su pensamiento va en algunos particulares de la especie del hombre y maravillanse de este que come malos manjares como le vino este gran mal de lepra, y cómo cegó por su mucho cuyto (vicio). Y la verdad es esta: que todos los razonables, cuanto más los otros animales son cosa que no han ninguna

ocupación, comparándolos á todo el sér, como dice: "Hombre á vanidad semeja, y "El varón es polilla," (Job)... Y aprovecha esta noble cosa á que sepa el hombre lo que monta porque no piense que el sér todo es de él, mas el sér todo en comparación á Dios es ninguno, como el nuestro al mundo, cuanto más á Dios.

*(Traducción del maestro Pedro de Toledo.*

*MS. de la Biblioteca Nacional.)*

## JUDÁ LEVI.-HIMNO DE LA CREACIÓN

### Dios.

¿A quién, Señor, compararé tu alteza,  
Tu nombre y tu grandeza,  
si no hay poder que á tu poder iguale?  
¿Qué imágen buscaré, si toda forma  
Lleva estampado, por divina norma,  
Tu sello soberano?  
¿Qué carro ascenderá donde tú moras,  
Sublime más que el alto pensamiento?  
¿Qué palabra tu nombre ha contenido?  
¿Vives de algún mortal en el acento?  
¿Qué corazón entre sus alas pudo  
Aprisionar tu venerada esencia?  
¿Quién hasta tí levantará los ojos?  
¿Quién te dió su consejo, quién su ciencia?  
Inmenso testimonio  
De tu unidad pregona el ancho mundo;  
No hay otro antes que tú. Claro reflejo  
De tu saber doquiera se discierne,  
Y en misterio profundo  
Las letras de tu nombre centellean.  
Antes que las montañas dominasen,  
Antes que erguidas en sus bases de oro  
Las columnas del cielo se elevasen,  
Tú en la sede divina te gozabas,  
Do no hay profundidad, do no hay altura.  
Llenas el universo y no te llena:  
Contienes toda cosa,  
Y á tí ninguna contenerte puede.  
Quiere la mente ansiosa  
El arcano indagar, y rota cede;  
Cuando la voz en tu alabanza nuevo,  
Al concepto la lengua se resiste;

Y hasta el pensar del sabio y del prudente  
Y la meditación más diligente  
Enmudece ante tí. Si el himno se alza,  
Tan sólo el *Venerando* te apellida;  
Pero tu *Ser* te ensalza  
Sobre toda alabanza y toda vida.  
¡Oh, sumo en fortaleza!  
¿Cómo es tu nombre ignoto,  
Si en todo cielo y toda tierra brilla?  
Es profundo... profundo...  
Y á su profundidad ninguno llega  
Lejos está... muy lejos...  
Y toda vista ante su luz se ciega!  
Mas, no tu ser, tus obras indagamos;  
Tu fe, cual ascua viva,  
Que en medio de los santos arde y quema;  
Por tu ley sacrosanta te adoramos;  
Por tu justicia, de tu ley emblema;  
por tu presencia, al penitente grata,  
Terrífica al perverso;  
Porque te ven sin luz y sin antorchas  
Las almas no manchadas;  
Y tus palabras oyen, extasiadas,  
Cuando yace dormido  
El corporal sentido;  
Y repiten en coro resonante:  
*"Tres veces santo, vencedor y eterno  
Señor de los ejércitos triunfante."*

### **Los ángeles del cielo altísimo.**

¡Benedicid al Señor, ángeles suyos, "  
De su palabra fieles mensajeros!  
*¡Señor de los guerreros!*  
Es su nombre glorioso acá en la tierra;  
*El Eterno y el Uno.*  
Sus nombres celestiales:  
Nadie contó la inmensa muchedumbre  
De espíritus que, en torno de su lumbre,  
Cantan sus alabanzas inmortales.  
Sus infinitos rostros reproducen  
La faz tremenda y la visible espalda.  
El levantó del carro los pendones,



En signo y testimonio de su gloria,  
Para mostrar que viene la victoria  
Del eterno Señor á las naciones.  
Son todos los espíritus sus siervos,  
De su palabra y su querer ministros;  
Se esconden á los ojos de las gentes,  
Mas de cerca ó de lejos, tus videntes  
Oyen el blanco ruido de sus alas.  
Y es su camino el caminar glorioso,  
Que les trazó mi Dios, el Rey, el Santo,  
Que con ellos estaba  
Allá en la cumbre del sagrado Sina.  
No obran jamás sin voluntad divina;  
Por eso, al escucharlos reverentes,  
Dicen los santos que por boca de ellos  
Tu eterna Majestad habla y fulmina.  
Desplegadas al viento las banderas  
De tu primera excelsa monarquía,  
Cubren las tiendas de tus fuertes moran,  
Y todos con tus armas se decoran,  
Mostrando tu blasón en hierro y oro.  
De la luz el tesoro  
Pusiste entre ellos y la viva fuente.  
¡Dichoso el que en la férvida corriente  
Puede anegarse, y repetir con ellos  
En incesable canto, noche y día,  
Como David enfrente de tu carro:  
*¡Benedicid al Señor, ángeles suyos!*

### **Los ángeles del segundo cielo y los planetas.**

Inferior á este cielo soberano,  
Otro segundo cielo se dilata,  
Y otro ejército allí, Bestias enormes,  
Las que del carro de Ezequiel tiraban,  
Mostrando van en círculo perfecto,  
Henchida de ojos, la candente espalda,  
Hasta que, dominando las esferas,  
Sobre el mundo inferior su tienda plantan,  
Y del Señor adoran la presencia  
Con la voz de sus ruedas inflamadas.  
Millares y millares de legiones,  
Que ciencia profundísima realza,

Moviendo van la esfera de la luna  
Y la del sol, que lo inferior arrastran.  
Ellos rigen y mueven las estrellas  
Dominadoras de la suerte humana,  
Y el ejército inmenso de las noches,  
Y sobre el cielo las tendidas aguas.  
Y cada cual anhela con sus obras  
Dar fin cumplido á la inmortal palabra,  
Que no se tuerce ni quebranta nunca,  
Que nunca cede ni tropieza en nada;  
Todos concordés á una voz se alegran  
Y el nombre del Señor en himnos cantan:  
*«¡Benedicid al Señor, legiones suyas!»*  
Que el gran cantor de Salmos invocaba.

### La Tierra.

Es el reino tercero cuanto encierra  
En su ámbito la Tierra,  
Y cuanto, circundándola, se extiende.  
Es la generación del aire y fuego;  
Son del ingente mar las crespas olas,  
El tesoro de Dios, de donde salen  
La nieve, la tormenta y el granizo,  
Y el viento proceloso  
Que á cumplir sus palabras se desata,  
Y los arroyos que en bullente plata  
Hace correr su dedo generoso,  
Y los cedros del Líbano altaneros  
Que levantó su mano,  
Hierbas y plantas mil que fructifican  
Para el sustento humano.  
Y Dios manda crecer en copia grande  
Los peces de la mar y las ballenas,  
Y poblando la selva y las arenas  
De innúmeras feroces alimañas,  
Hace que dé la tierra á fieras y aves  
El fruto bienhechor de sus entrañas.  
Y todo al hombre se somete luego,  
Al hombre tu legado, á quien alzaste  
Por señor de las obras de tu diestra,  
Para sacar un día  
De su semilla al rey y al sacerdote,  
Y al pueblo de tu ley, que parecía  
De ángeles campo, reino de profetas.  
Y por glorificar tu augusto nombre.

## ISRAEL

Benedicid al Eterno,  
Por toda tierra que su reino abarca,  
No hay en el universo otro monarca,  
Ni otro Eterno más que Él. Por Él salía  
El noble Jesurún de servidumbre,  
Y en medio de las ondas eritreas  
La mano de Moisés le conducía.  
Hizo bajar la gloria de su trono  
Hasta el santuario do sus pies estampa,  
Y levantó al profeta hasta las nubes,  
Donde su faz de resplandores vela.  
El germen esparció de profecía  
Sobre los pechos á su luz abiertos,  
Y derramó su espíritu en las almas  
Atentas á los célicos conciertos  
Y su culto ordenó firme y estable,  
Imagen de su reino perdurable;  
Los ángeles del alto ministerio  
Su nombre santifican,  
Y en su pecho las iras dulcifican.  
Es blanco su vestido  
Como el del serafin ó el del profeta;  
E iguala su figura  
Del ambar ó el topacio la hermosura.  
Y corren, se apresuran y congregan,  
Y cuando á tí se llegan,  
Medran en gloria y en saber y en lumbré;  
Se visten de temor y se avergüenzan,  
Mas luego les infundes nuevo aliento  
Para cumplir solícitos tus obras,  
Y en las alas del viento  
Triplican la alabanza al Dios que reina,  
Tenido en el congreso de sus santos.

## EL ALMA

### I

Bendice ¡oh alma mía!, derivada  
Del puro aliento de la santa boca,  
El nombre del magnífico, tenido  
De serafines en el alto coro.

II.

¡Oh tú, que de la fuente de pureza  
Espléndida y hermosa procediste;  
Tú que delante de Él doblas la frente,  
Y en su divino nombre eres bendita,  
Bendice á aquel que te estampó su sello,  
Porque siguieses firme su camino!....

.....

XXI

Tú que en casa de fango te cobijas.  
Mas de los cielos tu raíz procede;  
Bendice el nombre que resuena en medio  
De las siete purísimas legiones,  
De toda mancha y toda culpa netas.

XXII

Bendice ¡oh tú que de su diestra pendes,  
Como pupila suya muy amada!,  
El nombre del Perfecto bendecido  
En todo corazón y en toda lengua,  
Del que á par de la luz formó las almas,  
Al primer son de la palabra suya.

*(Traducción de D. M. Menéndez y Pelayo.)*

SEXTA PARTE -LITERATURA ITALIANA

---

ÉPOCA PRIMITIVA

---

**SAN FRANCISCO DE ASÍS.-EL HERMANO SOL**

Alto y todo poderoso  
Señor bueno, la alabanza,  
la bendición y la gloria  
sólo á tí son obligadas:  
no hay hombre que digno sea  
de usar tu nombre en sus pláticas.

Alabado, Señor, seas  
por todas tus criaturas,  
sobre todo, por mi hermano  
el Sol, que de día alumbra,  
bello, fúlgido y radiante  
y tu existencia asegura.

Alabado, Señor, seas  
por mis preciosas hermanas  
las estrellas y la luna,  
tan suaves, lindas y claras  
que en el negror de la noche  
brillan, por tí iluminadas.

Alabado, Señor, seas  
por mis hermanos los vientos,  
por las nubes y tormentas,  
por la claridad del cielo,  
por la sucesión de días  
y la variedad de tiempos  
que ellos á las criaturas  
proporcionan el sustento.

Alabado, Señor, seas  
por la hermana Agua  
tan pura, tan provechosa,  
tan humilde y casta.

Alabado, Señor, seas  
por mi hermano el Fuego  
que esclarece nuestras noches,  
bello, alegre y recio.

Seas, Señor, alabado  
por la hermana Tierra,  
madre amorosa que á todos  
nos cría y sustenta  
y produce dulces frutos,  
verdeantes yerbas  
y flores multicoloras  
que la vista alegran.

Alabado, Señor, seas  
por los que por amor tuyo  
perdonan, por los que sufren

enfermedad é infortunio.  
¡Benditos si los padecen  
con paciencia y paz,  
porque Tú, Dios, Señor mío  
los coronarás!

Alabado, Señor, seas  
por nuestra hermana la Muerte  
corporal, que ningún hombre  
pudo huir. ¡Ay del que muere  
en pecado! ¡Y venturoso  
quien tu querer obedece!  
¡Bendito aquel que te acata,  
porque contra él nada puede  
la otra, la muerte del alma,  
que es la más aciaga muerte!

Alabad á mi Señor,  
todos su nombre load  
y servidle y bendecidle  
con respeto y humildad.

*(Traducción de F. N. L.)*

## ÉPOCA PRECLÁSICA

---

### DANTE ALIGHIERI.-LA DIVINA COMEDIA

#### CANTO V.-INFIERNO

---

#### **Francesca da Rimini.**

Después de haber á mi Maestro oído  
Damas nombrar y antiguos caballeros,  
Preplejo vime y á piedad movido,  
Y díjele. — Poeta: con sinceros  
Fines, á aquellos dos hablar querría  
Que juntos van, cual aire, de ligeros. —

El respondiome: — Cuando á nuestra vía  
Se acerquen, por su amor fatal les ruega  
Que vengan, y vendián; — en ello fia. —

El viento hacia nosotros les replega,  
Y les grité: — ¡Oh almas trabajadas,  
Venid y hablemos, si otro no lo niega! —

Cual palomas aligeras, llamadas  
Por el deseo al amoroso nido,  
Cruzan el aire, del afán llevadas.

Así la banda donde estaba Dido  
Dejaron, y á nosotros se vinieron,  
¡Tan fuerte fué mi grito dolorido!

— “¡Oh ser benigno, afables me dijeron,  
Que cruzas los abismos de la esfera  
Por ver á estos que en sangre se tiñeron.”

Si el Rey del Universo nos oyera,  
Pues que hubiste piedad de nuestros males,  
Le pidiéramos ¡ay! que paz te diera,

De lo que oír desees da señales,  
Y nosotros al punto os hablaremos,  
Mientras callan los fieros vendabales.

La tierra en que he nacido conocemos  
Por la marina á donde el Po desciende  
A fecundar sus límites extremos,

Amor, que al noble corazón enciende,  
Inflamó el de esta hermosa criatura,  
Que robada me fué, y aun hoy me ofende.

Amor, que á nadie, amado, de amar cura,  
Me subyugó, con tanto placer mío,  
Que aún, como ves, en mis entrañas dura.

Amor nos dió la muerte, aleve, impío:  
Tema al Cainal, quien nos quitó la vida,  
Tal su relato fué triste y sombrío.

Cuando de aquellas almas ví la herida,  
Bajé la faz, hasta que en tanto duelo  
De mi Maestro oí la voz querida:

— ¿Qué piensas? preguntóme. — ¡Cuánto anhelo!  
¡Cuántas, le contesté, luchas imbeles,  
A estos causaron tanto desconsuelo!

Después me volví á ellos y así habléles:  
— Francisca; llorar me hacen apenado  
Tus martirios intensos y crueles.

Mas, dime: al suspirar en tal estado,  
¿Qué y cómo otorgó amor que se aclararan  
Los dudosos deseos, lo ignorado? —

Ella me respondió: — “Las dichas paran  
En el dolor, y tu Maestro sabe

Que sus recuerdos hieren y acibaran.

Pero si la raíz ver y la clave  
Quieres de nuestro amor, aunque deshecha  
Mi alma en llanto, escucha hasta que acabe.

Leíamos un día, en liga estrecha,  
De Lanzarote la leyenda impura;  
Nos hallábamos solos, sin sospecha,

Muchas veces la erótica lectura  
Cambió de nuestros ojos la mirada  
Y el color de la faz, por su ternura;  
Y al leer la sonrisa deseada,  
Y el beso, en ella, del rendido amante,  
Este ¡de quien jamás sea apartada!

La boca me besó, loco, anhelante,  
Medianero fué el libro, y su autor, gufa,  
Ya no leímos desde aquel instante..»

Mientras eso un espíritu decía,  
Lloraba el otro en tanto desconcierto,  
Que, el desmayo sentí de la agonía,  
Y caí como cae un cuerpo muerto.

*(Traducción de D. José Salvador de Salvador.)*

### CANTO XXXIII.-INFIERNO

#### El Conde Ugolino.

El réprobo dejó la atroz comida:  
Su ensangrentada boca, á la que deja  
De la cabeza por detrás mordida,  
Limpió y dijo:—Tú quieres que mi queja  
Fiera renueve la memoria insana  
De dolor en lo horrible sin pareja.

Pero si de mi voz semilla mana  
De deshonor al vil que estoy royendo,  
Llorar y hablar escucha, alma mundana.

Ni sé quién eres ni por qué tremendo  
Azar bajaste aquí, más florentino  
Me estás, cuando te escucho, pareciendo

Contempla en mí al que fué conde Ugolino  
Y en éste al Arzobispo, aquel Ruggiero  
Que puso atroz desdicha en mi camino,  
Como por su mal alma fuí primero



Preso y después á muerte reducido  
Que sabrás por la fama considero.

Pero no puedes nunca haber oído  
La cruda muerte que me dió esta hiena;  
Oye y sabrás por qué le tengo asido:

Breve agujero dentro de la almena  
Que del hambre nombró mi fin oscuro,  
Y en la cual otros pagarán su pena,

Me había mostrado ya el resplandor puro  
De algunas lunas, cuando un sueño impío  
El velo desgarróme del futuro.

Parecía este jefe y mentor mío  
Lobo y lobeznos hacia el monte echando  
Que alza entre Luca y Pisa el bulto umbrío,

Detrás venía sanguinoso bando  
De famélicas perras que azuzaba  
Lamfranco con Sismondi y con Gualando.

Breve correr á un tiempo fatigaba  
A hijos y padre y con agudos dientes  
La trailla feroz los traspasaba.

Despertéme al sentir ayes dolientes;  
También soñando en tan horrendas horas  
Pan pedían mis hijos inocentes.

Cruel eres si lágrimas demoras  
Al dolor fiero que éste me anunciaba,  
¿De qué sueles llorar si ahora no lloras?

Despiertos eran, la hora se pasaba  
En que solían darnos alimento,  
Y por su sueño cada cual dudaba,

Cuando á mis pies la entrada clavar sientó  
Del torreón, cruel miré aterrado  
De mis hijos el rostro macilento:

Mas no lloré: quedé petrificado,  
Ellos sí, sollozaban; y Anselmito  
Me preguntó: -- ¿Qué tienes padre amado?

Ni llanto ni respuesta dí á aquel grito,  
Así el día y la noche fué corriendo  
Hasta que un nuevo sol lució maldito.

Cuando la luz la sombra iba rompiendo,  
Y del hambre los signos inhumanos  
En sus tiernos semblantes fuí advirtiendo,

Mordíme de dolor entrambas manos.  
De hambre feroz señal creyendo aquella  
Se alzaron á la vez los tres hermanos,

Diciéndome: — Si el hambre te atropella  
Sírrete de nosotros. Tú nos diste  
Esa mísera carne, come de ella.

Cesé por no agravar su suerte triste,  
Mudos pasamos este y otro día,  
¡Ay! ¿Por qué, dura tierra no te abriste?

Alumbró el cuarto la prisión sombría  
Gado tieso á mis pies cayó diciendo:  
—Padre, ¿por qué no ayudas mi agonía?

Luego murió, y como me estás viendo,  
Del quinto al sexto día, uno por uno,  
Vi caer á los tres. Yo con tremendo

Furor mi rostro al de los tres reuno,  
Los llamé muertos dos eternos días.  
Luego más que el dolor pudo el ayuno.

*(Traducción de D. Ceferino Suárez Bravo.)*

## DANTE ALIGHIERI.-LA VIDA NUEVA

### SONETO

¡Eh!... peregrino que por esta vía  
Atraviesas con planta indiferente,  
¿Vienes tal vez de tan remota gente  
Que el duelo ignoras de la patria mía?  
¿Cómo no lloras ¡ay! cuando sombría  
Cruzas por medio su ciudad doliente,  
Como quien nada sabe, nada siente  
Del grave luto que obscurece el día?  
Si te detienes á escuchar el caso,  
Yo sé de cierto que llorando, amigo,  
No pudieras de aquí mover el paso;  
Perdió Italia á Beatriz; y cuanto digo  
A otros hombres, hablando de la bella,  
Tiene virtud de hacer llorar por ella.

*(Traducción de Doña Carolina Coronado.)*

## FRANCISCO PETRARCA

### SONETOS

Cuando el planeta que embellece el día  
Vuelve á la casa del rosado toro,  
Y entre las puntas de encendido oro  
Vivificante ardor al suelo envía;  
No á la faz sólo de la tierra fría  
Da en bellas flores nítido decoro;  
Mas de la vida el celestial tesoro  
Lleva del centro á la mansión umbría.  
Así un hermoso sol su luz me ofrece;  
Me mira, y va en mi seno derramando  
De dulce y blando amor llama halagüeña,  
Mas ¡ay! mi labio tímido enmudece,  
Y aquel precioso fuego malogrando,  
Pierdo sin fruto la estación risueña.

*(Traducción de D. Alberto Lista.)*

---

Siempre amé y amo aún; y desde ahora  
Amar espero más de día en día  
Aquel dulce lugar donde me guía  
El triste amor que en mi alma se atesora;  
Y en amar estoy siempre el tiempo y hora  
En que olvidé cuanto cuidado había  
Terrenal, y amaré más todavía  
A aquella cuya imagen me enamora.  
¿Mas quién pudiera haber jamás creído  
Que el tiempo en amarguras me volviera  
Memorias á quien yo tanto he querido?  
Oh amor, cómo has postrado mi alma fiera!  
A no estar de esperanzas mantenido,  
Do anhelo más vivir, muerto cayera.

*(Traducción de D. José Zorrilla.)*

---

¿Dónde cogió el Amor, ó de qué vena,  
El oro fino de su trenza hermosa?  
¿En qué espinas halló la tierna rosa  
Del rostro, ó en qué prados, la azucena?

¿Dónde las blancas perlas con que enfrena  
La voz süave, honesta y amorosa?  
¿Dónde la frente bella y espaciosa,  
Más que el primer albor pura y serena?  
¿De cuál esfera en la celeste cumbre  
Elegió el dulce canto, que destila  
Al pecho ansioso regalada calma?  
Y ¿de qué sol tomó la ardiente lumbre  
De aquellos ojos, que la paz tranquila  
Para siempre arrojaron de mi alma?

*(Traducción de D. Alberto Lista.)*

### CANCIÓN XI (in vita de M. Laura.)

Aguas claras y puras,  
En cuyo limpio seno  
Vi la beldad mayor, que el mundo encierra,  
Florestas y frescuras,  
Bosques de álamos llenos,  
Morada de los dioses de esta tierra;  
Oid la nueva guerra  
En que amor me ha metido:  
Y vos, ninfas divinas,  
Que en aguas cristalinas  
Gozáis helado y transparente nido,  
Salid fuera á escucharme.  
Mientras mi mal no acaba de matarme.  
Si el rigor de mi suerte  
Ya tiene definido  
Que en lágrimas de amor mi vida acabe;  
Por premio de mi muerte  
Séame concedido  
Un don, que en mí la haga menos grave:  
Si en la ventura cabe  
De un vivir tan cansado,  
Que el cuerpo frío mudo  
De la vida desnudo  
Aquí entre flores quede sepultado,  
Y en esta fuente pura  
Alcance su holganza más segura;  
Que yo espero algún día,  
Según amor me advierte,

Que vuelva por aquí Cintia gozosa;  
Y la nueva alegría  
De mi sabida muerte  
La haga menos grave, y más hermosa:  
Y ya no rigurosa,  
De un piadoso celo  
Y compasión llevada  
Sobre mi tierra helada  
Enjugará los ojos con su velo;  
Y á ver esto cumplido  
Quedará aquí mi espíritu escondido.

    A la sombra olorosa  
De aquel arbol sentada  
Ninfa de aquesta fuente parecía:  
Y una rama hermosa  
De jazmínes nevada  
A dar sobre sus hombros descendía:  
Y allí flores llovía  
Cual nieve por la sierra,  
Unas á los cabellos,  
Que el sol es menos que ellos,  
Iban otras al agua, otras á tierra;  
Y ella entre tantas flores,  
Por todas partes derramando amores.

    Yo viendo luz tan pura,  
Suspenso y admirado  
Bien creí que en el cielo me hallase,  
Y con su hermosura  
Entre flores echado  
Sentí que amor el alma me robase;  
Mas como se arrojase  
Ya mi ganado al río,  
Fuéme el perder forzoso  
Rato tan deleytoso,  
Y caminar sin mí tras mi cabrío:  
Tal que al pasar el vado  
A la orilla el zurrón dejé olvidado.

    Mientras que las estrellas  
Habitarán el cielo,  
Y del sol tomará lumbre la luna;  
Y mientras ella y ellas  
Enviarán al suelo  
Los diversos sucesos de fortuna,  
Sin que mudanza alguna

Deshaga esta memoria,  
De mí será cantada  
Beldad tan celebrada,  
Y escrita en estos árboles su historia;  
Porque en los ramos bellos  
Crezcan sus loores como crecen ellos,  
Canción, si tanto de primor tuvieras  
Como tienes de amor, yo me obligara  
Que nadie por grosera te dejara.

*(Traducción de D. Bernardo de Balbuena.)*

### CANCIÓN VIII (in morte di M. Laura.)

Á NUESTRA SEÑORA

Virgen, que el sol más pura,  
Gloria de los mortales, luz del cielo,  
En quien es la piedad como la alteza,  
Los ojos vuelve al suelo,  
Y mira un miserable en cárcel dura  
Cercado de tinieblas y tristeza,  
Y si mayor bajeza  
No conoce, ni igual jüicio humano,  
Que el estado en que estoy por culpa ajena,  
Con poderosa mano  
Quiebra, Reina del cielo, la cadena,  
Virgen en cuyo seno  
Halló la deidad digno reposo,  
Do fué el rigor en dulce amor trecado,  
Si blando al riguroso  
Volviste, bien podrás volver sereno  
Un corazón de nubes rodeado;  
Descubre el deseado  
Rostro, que admira el cielo, el suelo adora  
Las nubes huirán, lucirá el día,  
Tu luz, alta Señora,  
Venza esta ciega y triste noche mía,  
Virgen y Madre junto,  
De tu Hacedor dichosa engendradora,  
A cuyos pechos floreció la vida,  
Mira cómo empeora  
Y crece mi dolor más cada punto;  
El odio cunde, la amistad se olvida:  
Si no es de tí valida

La justicia y verdad que tú engendraste,  
¿Adónde se hallará seguro amparo?  
Y pues Madre eres, baste  
Para contigo el ver mi desamparo.

Virgen del sol vestida,  
De luces eternas coronada  
Que huellas con divinos pies la luna;  
Envidia emponzoñada,  
Engaño agudo, lengua fementida,  
Odio cruel, poder sin ley ninguna,  
Me hacen guerra á una,  
Pues contra un tal ejército maldito  
¿Cuál pobre y desarmado será parte,  
Si tu nombre bendito  
María, no se muestra por mi parte?

Virgen por quien vencida  
Llora su perdición la sierpe fiera,  
Su daño eterno, su burlado intento;  
Miran de la ribera  
Seguras muchas gentes mi caída,  
El agua violenta el flaco aliento:  
Los unos con contento,  
Los otros con espanto, el más piadoso  
Con lástima la inútil voz fatiga  
Yo puesto en tí el lloroso  
Rostro, cortando voy onda enemiga.

Virgen del Padre Esposa,  
Dulce Madre del Hijo, templo santo  
Del inmortal Amor, del hombre escudo,  
No veo sino espanto,  
Si miro la morada, es peligrosa,  
Si la salida, incierta, el favor mudo,  
El enemigo crudo,  
Desnuda la verdad, muy proveída  
De armas y valedores la mentira,  
La miserable vida  
Sólo cuando me vuelvo á tí respira.

Virgen, que al alto ruego  
No más humilde *Sí* diste que honesto,  
En quien los cielos contemplar desean;  
Como terreno puesto,  
Los brazos presos, de los ojos ciego,  
A cien flechas estoy que me rodean  
Que en herirme se emplean.

Siento el dolor más no veo la mano,  
Ni me es dado el huir ni el escudarme,  
Quiera tu soberano  
Hijo, Madre de Amor, por tí librarme.  
Virgen lucero amado,  
En mar tempestuoso claro guía,  
A cuyo santo rayo calla el viento,  
Mil olas á porfía  
Hunden en el abismo un desarmado  
Leño de vela y remo, que sin tiento  
El húmedo elemento  
Corre; la noche carga, el aire truena,  
Ya por el cielo va, ya el suelo toca,  
Gime la rota antena:  
Socorre antes que embista en dura roca.  
Virgen no enficionada  
De la común mancilla y mal primero  
Que al humano linaje contamina;  
Bien sabes que en tí espero  
Dende mi tierna edad: y si malvada  
Fuerza que me venció ha hecho indina  
De tu guarda divina  
Mi vida pecadora, tu clemencia  
Tanto mostrará más su bien crecido,  
Cuanto es más la dolencia,  
Y yo merezco menos ser valido.  
Virgen, el dolor fiero  
Añuda ya la lengua, y no consiente  
Que publique la voz cuanto desea,  
Mas oye tú al doliente  
Animo que contino á tí vocea.

*(Traducción de Fray Luis de León.)*

## JUAN BOCCACIO.—EL DECAMERÓN

### JORNADA IV, NOVELA VII

Hubo no ha mucho tiempo en Florencia una joven asaz hermosa y gentil, conforme á su condición, de pobre padre hija y llamada Simona: y aun cuando con sus propias manos ganaba, hilando lana, el pan que comía, no era de tan mezquino ánimo que no se enardeciera su mente con el deseo de amar, el cual había intentado comunicarle con hechos y con halagüeñas palabras un mozueto, no más grave que ella, y que por encargo de un maestro suyo, tejedor de oficio,



andaba dando lana á hilar. La agradable postura del mocito que la amaba, cuyo nombre era Pasquino, encendió en ella mayores deseos y sin atreverse á más, según iba hilando, hilando, á cada vuelta que daba el huso, mil abrasados suspiros lanzaba su pecho, al acordarse de quien le había dado aquel trabajo. El joven, por su parte, se mostraba tan solícito de que la lana para su maestro fuese bien hilada, como si sólo con la que hilaba la Simona y no con otra alguna debiera urdirse toda la tela, y así ninguna otra solicitaba. Con lo que el uno solicitando y la otra dejándose querer, acaeció que él creció en atrevimiento y ella perdió el recato y los temores en ella habituales y ambos entregáronse del todo á sus dulces coloquios. Los cuales tanto agradaron á una y otra parte, que antes que el uno dijese envído, ya estaba el otro diciendo quiero: y continuando aquel agradable trato un día y otro y con el continuar, acreciéndose la pasión de ambos, sucedió que Pasquino dijo á la Simona cómo anhelaba que ella encontrase modo de poder ir á un jardín donde llevarla quería, para poder allí hablar con mayor libertad y sin sospecha. La Simona dijo que le placía, y habiendo hecho creer al padre, un domingo después de comer, que iba á cumplir una promesa á San Galo, con una compañera suya llamada la Lagina, fuese al jardín que Pasquino le había dicho, donde le encontró, junto con un camarada suyo que se llamaba Puccino y de apodo *Pleita*. Sobrevino al punto un nuevo amorío entre *Pleita* y la Lagina, los cuales para tratar de ello se retiraron á una parte del jardín, mientras Pasquino y la Simona andaban por otra parte. Había en ésta una mata grandísima y lozanísima de salvia: al pie de ella sentáronse los enamorados y solazándose estuvieron gran rato y hablando largamente de una merienda que con más espacio y reposo intentaban hacer en aquel huerto. Pasquino, que en la gran mata de salvia estaba echado, cogió una hoja de ella y comenzó á restregarse los dientes y las encías, diciendo que era la mejor planta del mundo para limpiar la boca de cualquier cosa que en ella quedase después de comer. Y después de haberse fregado cuanto pudo, prosiguió hablando de la merienda proyectada, como antes: mas no había hablado mucho tiempo cuando comenzó á mudársele el rostro y tras esta mudanza perdió la vista y la palabra y en breve quedó muerto. Viendo tal, la Simona, comenzó á gritar y á llorar y á llamar á *Pleita* y á la Lagina, los cuales presurosos acudieron y al ver á Pasquino ya no sólo muerto, sino todo hinchado y con el cuerpo y semblante llenos de obscuras manchas, súbitamente clamó *Pleita*: — ¡Ah, maldita hembra! tú le has envenenado. — Y moviendo con las voces gran rumor, luego fué oído de los que vecinos al jardín habitaban. Acudieron á las voces, vieron al muerto, según estaba hinchado, oyeron á *Pleita* condolerse y acusar á la Simona de haber con engaños envenenado á su amigo. Y ella, con el dolor del repentino accidente que le había arrebatado á su amante, loca, fuera de sí, no supo sincerarse y todos reputaron que las cosas pasaran como *Pleita* decía. Por lo cual, prendieronla y lleváronla al palacio del podestá, sin que ella supiera sino plañir y llorar. Allí fueron interrogados *Pleita* y el *Atizado* y el *Difícultoso*, compañeros de Pasquino, que habían llegado, y el juez, sin hallar indicio alguno del crimen, comenzó á examinar á la acusada, mas no pudiendo comprender que en ello hu-

biera malicia ni culpabilidad, quiso, en presencia de ella, ver el cuerpo muerto y que en el mismo lugar contase lo ocurrido, pues de las palabras dichas no infería nada claro. Y así, calladamente y sin ruido llevarónla á donde aún yacía el cuerpo de Pasquino, inflado como una corambre, y viéndolo el juez maravillóse grandemente é interrogó á la Simona. La cual sentándose junto á la mata de salvia y habiendo contado toda la historia precedente, con el fin de dar á entender claramente el caso ocurrido, hizo lo mismo que Pasquino había hecho, restregóse los dientes con una de aquellas hojas de salvia. Y mientras Pleita y el Atizado y los otros amigos y camaradas de Pasquino se mofaban de aquella prueba, motejándola de frívola y vana en presencia del juez y con mayores instancias acusaban de maldad enorme á la Simona y pedían que fuese castigada nada menos que con la hoguera, la pobrecilla que del dolor de haber perdido á su amante y del miedo de tan grave pena se veía aterrada, por haberse restregado los dientes con la salvia, cayó en el mismo accidente en que había perecido Pasquino, muerta como él, no sin gran maravilla de cuantos presentes se hallaban. ¡Oh, almas felices á las cuales avino en un mismo día conocer el ferviente amor y terminar la vida mortal! ¡Y más felices aún si juntas llegásteis al mismo lugar! ¡Y felicísimas, en fin, si en la otra vida se ama y en ella, como en esta os amásteis, os amais!....

El juez, casi del todo estupefacto del accidente, quedó suspenso y sin saber qué decir largo rato, así como todos los circunstantes: luego, volviendo de su asombro, dijo:— Venenosa debe de ser esta salvia, mas nunca ví que tal sucediera; pero á fin de que á ningún otro pueda dañar, arrancadla de raíz y prendedla fuego. Y habiéndolo hecho así el jardinero en presencia del juez, no bien hubo arrancado la planta, cuando apareció clara la razón de la muerte de los dos míseros amantes, pues bajo la planta encontraron un sapo de extraña grandeza, que sin duda con su baba había envenenado la salvia, y no atreviéndose ninguno á acercarse á semejante alimaña, rodeáronle de brezos y prendiéronle fuego al mismo tiempo que la mata venenosa ardía. Y así concluyó el proceso formado por el señor juez sobre la muerte del cuitado Pasquino, el cual con su Simona, inflados como estaban ambos, fueron llevados por Pleita, el Atizado, el Dificultoso y otros y enterrados en la iglesia de San Pablo, de la que ambos eran feligreses.

*(Traducción de F. N. L.)*

## **ANGEL POLIZIANO.-LA HONRADA POBREZA**

Dichoso aquel y á Dios muy semejante,  
De ánimo gallardo y generoso,  
Cuyo valor, en la virtud constante,  
No vence el mundo, siempre mentiroso;  
Su luz que vive y muere en un instante  
No turba las potencias del reposo;

Ni de soberbia pompa el gozo vano  
Obedece señor, siendo tirano.  
Deja los días discurrir callados,  
Sin romper su quietud el pensamiento;  
No guerra impetuosa de cuidados  
Triunfa del desengaño y del contento;  
En campos á la par templos sagrados,  
Con pobreza en vestidos y en sustento,  
Pasa, nunca de vicios ofendida,  
En silencio pacífico su vida.  
Lejos de la ciudad, solo y seguro,  
Parco en deseo (¡qué mayor riqueza!),  
Erige de inocencia fuerte muro,  
Y castillo invencible de pobreza;  
Su suerte abraza con afecto puro,  
Sola virtud reputa por nobleza,  
No vivifica muertas esperanzas,  
Vanos temores, necias confianzas.

*(Traducción del Licenciado Cosme Gómez Tejada de los Reyes.)*

## ÉPOCA CLÁSICA

### LUDOVICO ARIOSTO.-ORLANDO FURIOSO

#### RETRATO DE ISABEL (CANTO VII)

Es de cuerpo Isabel tan bien formada,  
Que mejor no la harán diestros pintores;  
Su rubia cabellera, bien trenzada,  
Sobrepuja del oro á los fulgores;  
Y adornan su mejilla delicada  
De azucena y de rosa los colores;  
Si bien sólo el jazmín luce en su frente,  
Extensa y elevada justamente.

Bajo dos lindos arcos, centinela  
Hacen dos ojos como soles claros;  
Ojos cuya mirada nos revela  
La pena dulce ó los deleites caros,  
Y en torno de los cuales Amor vuela,  
Juguetea y acecha sus disparos;  
Perfecta, luego, la nariz descende

Do la envidia no ve nada que enmiende.

Está después, como entre dos colinas,  
La boca fresca del carmín natío,  
Con sus hileras dos de perlas finas,  
Que cierra y abre un labio dulce y pío,  
De do brotan las pláticas divinas,  
Que el pecho domestican más bravío,  
Y do se forma aquel plácido riso  
Que nos abre en la tierra el Paraíso.

Su cuello es de marfil; de leche pura  
Ancho y tendido el pecho, de manera  
Que dos pomas, en él, de nieve dura,  
Van y vienen cual onda á la ribera;  
Argos, con sus cien ojos, la figura  
Ver de las otras partes mal pudiera;  
Mas se puede juzgar que corresponde  
A lo que fuera está lo que se esconde.

Muestran los brazos esbeltez robusta.

¿Y qué cincel á remedar se atreve  
La mano que medida alcanza justa,  
En que no abulta vena la más leve?  
¿Y cuál, por cabo de la talla augusta,  
El bellissimo pie colmado y breve?  
¡Ah, no es dado te oculte humano velo,  
Angélica hermosura, don del cielo!

*(Traducción del Conde de Cheste.)*

#### CANTO XVI

Graves y muchas son de amor las penas,  
De las cuales probé la mayor parte,  
Y á mi costa lecciones hartó buenas,  
Que aprendí, puedo dar como de un arte;  
De ellas, por tanto, están mis trovas llenas,  
Sin que de la verdad nunca me aparte,  
Que si un mal grave juzgo, otro ligero,  
Cuenten con que mi juicio es verdadero.

Digo y dije, y diré mientras viviere  
Que quien se mira en digno lazo preso,  
Aunque el rigor de la esquivez sufriere,  
Aunque le abrume del desdén el peso,  
Aunque su bien el tiempo detuviere,  
Aunque el mal seprolongue con exceso,

Con tal de que el objeto lo merezca,  
Llorar no debe, aunque de amor perezca.

Llore el que vive encadenado y siervo  
De halagüeño mirar ó gentileza,  
En que se oculta un corazón protervo,  
A perfidia inclinado y á vileza.  
Huyera en vano, y cual herido ciervo  
Aumenta de su llaga la crudeza,  
Y de sí y de su amor avergonzado,  
Ni osa quejarse, ni sanar le es dado.

Esto al joven Grifón le sucedía,  
Su error, sin enmendarse de él, miraba,  
El vil é inicuo proceder veía  
De Oricilia sin fe, que le burlaba;  
Pero su amor á su razón vencía,  
El apetito al juicio dominaba,  
Su dama es criminal, pérfida, infame;  
Fuerza es, con todo, que la busque y ame.

*(Traducción de D. José Somoza.)*

#### SONETO

#### **O sicuro secreto é fido porto.**

Oh seguro, escondido y dulce puerto  
Do lucen, nunca vistas, dos estrellas,  
Las más claras del cielo y las más bellas  
Que al fin de mi camino he descubierto.

Perdono al viento y mar el rumbo incierto  
Que la fortuna deparó á mis huellas;  
Erradas las creí mas hoy por ellas  
Santos efluvios en mi pecho advierto.

Oh caro albergue ¡Oh mansioncita cara!  
Halle en tu seno de acendrados bienes  
A cada nuevo sol noche mas clara.

Alienta corazón y no te apenes,  
Pues la suerte dichosa te depara  
Que puedas olvidar viejos desdenes.

*(Traducción de D. Juan Luis Estelrich.)*

**PEDRO BEMBO.-EN ALABANZA DE AMOR**

En el lumbroso y fértil Oriente  
A donde más el cielo está templado,  
Vive una sosegada y dulce gente  
La cual en solo amar pone el cuidado,  
Esta jamás padece otro accidente  
Sino es aquel que amores han causado;  
Aquí gobierna y siempre gobernó  
Aquella reina que en la mar nació.

.....  
Amor á cosas altas nos levanta,  
Y en ellas levantados nos sostiene;  
Amor las almas de dulzura tanta  
Nos hinche, que con ellas nos mantiene.  
Amor cuando á su son nos tañe y canta,  
Trasportados en sí nos manda y tiene;  
Amor gobierna todo lo criado  
Con el orden por él al mundo dado.

La tierra, el mar, el aire y más el fuego,  
Lo visible tambien con lo invisible,  
Con lo mudable el eternal sosiego,  
Lo que no siente y todo lo sensible;  
Amor, tú lo gobiernas con tu ruego,  
Ruego que es mando y fuerza incomprendible,  
Tu propio asiento está y tu fortaleza  
En la más alta y más eterna alteza.

Y desde allí no sólo las estrellas  
Y los cielos amor gobierna y manda,  
Pero manda otras cosas que hay más bellas  
Sobre el cielo que más ligero anda;  
Aquestas mueve así como centellas  
Una virtud que nunca se desmanda,  
Virtud que del amor descende y llueve,  
Y poco á poco así todo lo mueve.

.....  
Amor en vuestros ojos muere y vive;  
Si los cerrais, él muere y él se cierra;  
Si los abris, él se abre y él revive,  
Y tiro desde allí jamás le yerra;  
Allí trae su cuenta y allí escribe  
Los que so vuestros pies muertos entierra;

Hace, en fin, tantas cosas, que se cansa,  
Pero en lugar está que él se descansa.

.....

En vosotras si os vemos, contemplamos  
El más perfecto bien que el mundo esconde;  
Y si á alguno milagros preguntamos,  
Con vuestras hermosuras nos responde;  
Y cuando algún extraño bien dudamos,  
Mirándoos cómo está, vemos, y donde,  
Y en vosotras quedamos informados  
De cuanto escrito está por los pasados.

Figuras son, y fueron profecías,  
Quanto está escrito en loor de otras bellezas,  
Cumplidas todas son en nuestros días  
Con sólo el bien de vuestras gentilezas,  
Debría el mundo hacer siempre alegrías  
Por esas dos hermosas extrañezas;  
Debría se alegrar, pero parece  
Que á las veces por esto se entristece.

El aire, el ademán y la postura,  
La autoridad del cuerpo y el semblante,  
La viveza, la sombra, la hermosura,  
El variar, con un gesto constante;  
La claridad del rostro, la frescura,  
El asomar, que mata en un instante  
De cualquier destas cosas quien las viere,  
Sálvese con su esfuerzo, si pudiere.....

.....

No amando, estáis en noche tenebrosa,  
Y no esperéis jamás que os amanezca,  
Hasta que os venga una hora tan dichosa  
Que por amor deleyte se os ofrezca;  
Entonces con su luz no teméis cosa  
Que en lustre y en valor y en bien no crezca,  
Y abriroseos há con él la fantasía,  
Como con el lucero se abre el día.

La tierra do no hay sol, siempre está fría,  
Nunca en ella veréis frutos ni flores;  
Así es el alma al tiempo que porfía  
A no sentir el sol de los amores;  
Su gusto en su sentir se le resfría  
Con pasmo de sus gozos y dolores;

Desto al cuerpo le cabe en su desgracia  
Mal además, mal lustre y mala gracia.

.....

Hermosas son las flores en los ramos,  
Y no por sólo el parecer bien dellas,  
Mas porque fruto dellas esperamos,  
Por eso nos holgamos más de vellas,  
Con las aguas la vista descansamos,  
Pero si no pudiésemos bebellas,  
Al tiempo que más claras se verían,  
Más nuestro corazón enfadarían.

Y aun la gran mar con gusto no se viera  
Y á todos nos tuviera ya enfadados,  
Si el tanto navegar della no fuera,  
Y en tanta multitud tantos pescados.

Tan hermoso el Abril no pareciera,  
Si dél los labradores trabajados  
No esperasen coger con sus fatigas  
De muchos granos llenas las espigas,

Y así entendê que vuestras hermosuras  
Si sin provechó son, son excusadas,  
Y nunca serán más de unas figuras,  
Como muchas que vemos bien labradas.  
Todos dirán que sois buenas pinturas,  
Con esto os dejarán bien alabadas,  
Y quedaréis los dos con vuestra gloria  
Como un mármol que queda por memoria.

Sin amor no podréis ser de provecho,  
Ni sabréis qué mirar con vuestros ojos;  
No os moverá lo dicho, ni lo hecho;  
Bajo tendréis el gozo y los enojos;  
De nonada os vendrá un civil despecho,  
Tras el hilo os iréis de los antojos,  
De los que sigue el pueblo de confuso,  
Y en vosotras valdrá también el uso;

Habréis de andar por fuerza chismeando,  
Si no estáis en amar bien ocupadas;  
Acá y allá os verán andar volando,  
Haciendo de vosotras algaradas;  
Pues ya aquel rato que estaréis pensando,  
¡Qué miserias tendréis también pensadas!  
Torres haréis en vuestro pensamiento,  
Civiles, sobre ser torres de viento.



Todo al revés será si estáis amando;  
Los oídos sabrán nuevas traeros,  
Los ojos gozarán de estar mirando,  
Las manos holgarán de componeros;  
La lengua su placer sentirá hablando.  
Y los pies do querréis querrán moveros;  
Todo estará en su natural oficio,  
Haciendo por amor blando ejercicio.

Las noches, dormiréis muy dulcemente,  
A ratos acudiendo un pensamiento,  
Que os haga recordar sabrosamente;  
Los días, sentiréis un sentimiento,  
Que os aparte mil veces de la gente;  
Deste os vendrá tan gran contentamiento,  
Que de estar muy contentas y lozanas,  
Cuantas cosas veréis, tendréis por vanas.....

.....  
Puédese bien contar por muerta aquella  
Que estos gustos de amor nunca ha alcanzado,  
Quedará tal cual queda la centella  
Al tiempo que ceniza se ha tornado;  
Que ninguno recibe placer della,  
Y en nonada la véis vuelto su estado;  
Así es la dama que no siente amores,  
Que nunca dá placeres ni dolores.

Es como un ramo de árbol arrancado,  
Que en tierra está marchito sin su hoja  
Que acá y allá los vientos le han echado,  
Y á nadie de tomalle se le antoja,  
La mujer que en su vida no ha probado  
Los bienes con que amor nos desenoja,  
Es como cosa desechada y manca,  
Que de su cepa natural se arranca...

.....  
No os engañe ni os traiga levantadas  
La mocedad y verde lozanía;  
Que os hallaréis después peor burladas  
Con el tiempo que burla cada día;  
Y de suerte os veréis desengañadas  
Que engañaros querrá la fantasía,  
Y no os valdrá mi maña ni consejo,  
Ni miraros mil veces al espejo.  
Guardá que mientras el buen tiempo dura

No se os pierda la fresca primavera;  
Salí á gozar el campo y su verdura,  
Antes que todo en el invierno muera;  
Reposá y sosegá en esa frescura  
Con el aire que blandamente os hiera;  
Y así falsas podréis estar, señoras,  
Sobre el correr del tiempo y de las horas.

*(Paráfrasis de Juan Boscán.)*

## JACOBO SANNAZARO.-LA CAZA

Yo, que de la noche á la mañana,  
Y del un sol al otro sin cansarme  
Seguía la caza con estudio y gana  
Por deudo y ejercicio á conformarme  
Vine con ella en tal domesticueza,  
Que della un punto no sabía apartarme.  
Iba de una hora en otra la estrecheza  
Haciéndose mayor, acompañada  
De un amor sano y lleno de pureza.  
¿Qué montaña dejó de ser pisada  
De nuestros pies? ¿Qué bosque ó selva umbrosa  
No fué de nuestra caza fatigada?  
Siempre con mano larga y abundosa  
Con parte de la caza visitando  
El sacro altar de nuestra santa Diosa,  
La colmilluda testa ora llevando  
Del puerco jabalí cerdoso y fiero,  
Del peligro pasado razonando.  
Ora clavando del ciervo ligero  
En algún sacro pino los ganchosos  
Cuernos, con puro corazón sincero,  
Tornábamos contentos y gozosos,  
Y al disponer de lo que nos quedaba  
Jamás me acuerdo de quedar quejoso.  
Cualquiera caza á entrambos agradaba;  
Pero la de las simples avecillas  
Menos trabajo y más placer nos daba,  
En mostrando la Aurora sus mejillas  
De rosa y sus cabellos de oro fino  
Humedeciendo ya las florecillas,  
Nosotros yendo fuera de camino  
Buscábamos un valle, el más secreto,

Y de conversación menos vecino:  
Aquí con una red de muy perfeto  
Verde teñida aquel valle atajábamos  
Muy sin rumor, con paso muy quiëto,  
De dos árboles altos la colgábamos,  
Y habiéndose un poco lejos ido,  
Hacia la red armada nos tornábamos;  
Y por lo más espeso y escondido  
Los árboles y matas sacudiendo  
Turbábamos el valle con rüido.  
Zarzales, tordos, mirlos, que temiendo  
Delante de nosotros, espantados  
Del peligro menor, iban huyendo,  
Daban en el mayor desatinados,  
Quedando en la sutil red engañosa  
Confusamente todos enredados.  
Y entonces era vellos una cosa  
Extraña y agradable, dando gritos,  
Y con voz lamentándose quejosa  
Algunos dellos (que eran infinitos)  
Su libertad buscaban revolando;  
Otros estaban míseros y aflitos.  
Al fin las cuerdas de la red tirando  
Llevábamosla juntos casi llena  
La caza acuestas y la red colgando.

*(Paráfrasis de Garcilaso de la Vega.)*

## TORCUATO TASSO.-AMINTA, DRAMA PASTORIL

### ACTO III. — ESCENA I

- CORO. Tirsi, paréceme que estás turbado.  
¿Qué causa te molesta y te fatiga?  
¿De qué son estas ansias y sudores?  
¿Hay algún mal? Por Dios, que lo sepamos.
- TIRSI. Temo del mal de Aminta. ¿Habeisle visto?
- CORO. No le hemos visto desde que contigo,  
Ha buen rato, partió; pero ¿qué temes?
- TIRSI. No se haya muerto él mismo de su mano.
- CORO. ¿Él muerto de su mano? ¿Por qué causa?  
¿Qué ocasión hallas?
- TIRSI. El amor y el odio.
- CORO. Dos poderosos enemigos juntos.

¿Qué no pueden hacer? Habla más claro.

TIRSI. El amar una ninfa por extremo,  
Y el ser della en extremo aborrecido.

CORO. Cuenta el caso, te ruego, y entre tanto,  
(Este es lugar de paso) por ventura  
Vendrá alguno que dél nos dé noticia,  
Y aun puede ser también que él mismo llegue.

TIRSI. Pláceme de decirlo; que no es justo  
Que ingratitud tan grande y tan extraña  
Se quede sin la infamia que merece.  
Tuvo noticia Aminta (y yo fui, triste,  
Quien noticia le dí, ya me arrepiento)  
Que Silvia y Dafne en una fuente habían  
De ir á bañarse; y hacia allá, en efeto,  
Se encaminó, movido solamente,  
No de su voluntad, mas de mi pura  
Persuasión importuna, pues mil veces  
Quiso volverse atrás, y á pura fuerza  
Yo lo detuve y le llevé adelante.  
Llegábamos ya cerca de la fuente,  
He aquí cuando sentimos de improviso  
Un femenil lamento, y juntamente  
Vimos á Dafne, que batía las palmas,  
La cual, como nos viese, alzando el grito,  
“¡Ay, dijo, socorred; que á Silvia ultrajan!”  
Luego que oyó su enamorado Aminta  
Estas palabras, aventóse al campo,  
Furiosó como un pardo, y yo seguílo;  
Cuando vemos ligada con un árbol  
La bella ninfa, cual nació, desnuda,  
Y su cabello, su cabello mismo  
Servía de cuerda, y á la planta envuelto  
Estaba con mil nudos, y su cinto,  
Que fué del seno virginal custodia,  
De aquella ofensa era ministro, y ambas  
Las manos le apretaba al duro tronco;  
Hasta la misma planta ligaduras  
Contra ella daba, y de un vencido ramo  
Dos tiernas varas duramente ataban  
Sus delicadas piernas. Allí vimos  
En su presencia un sátiro villano,  
Que entonces acababa de ligarla.  
Fuése tras él Aminta con un dardo  
(Que tuvo acaso en la derecha mano),

Como un fiero león; y yo entre tanto  
Estaba ya de piedras prevenido,  
Con que el sátiro vil huyó en efeto.  
Pues como diese espacio su huída  
A que Aminta mirase, él codicioso  
Volvió sus ojos á los miembros bellos,  
Que cual tremola entre los juncos leche,  
Delicados y blancos parecían;  
Y todo ví se demudó en el rostro.  
Después llegóse blandamente á ella,  
Y con modestia dijo: "¡Oh bella Silvia!  
Perdona aquestas manos, si llegarse  
A tus miembros es mucho atrevimiento,  
Pues las obliga necesaria y pura  
Fuerza de desatar aquestos nudos  
No (ya que les concede la fortuna  
Esta felicidad) te pese della."

CORO. Palabras de ablandar los pedernales.  
Y ¿qué le respondió?

TIRSI. Ninguna cosa.  
Mas con vergüenza y con desdén, al suelo  
Bajando el rostro, el delicado seno,  
Cuanto pudo torciéndose, cubría.  
Él, echando delante su cabello  
Rubio, se puso á desatar, y en tanto  
Hablaba así: "¿Cuándo tan bellos nudos  
Un tan grosero tronco han merecido?  
Pues ¿qué ventaja llevan los amantes  
Que sirven al amor, si ya comunes  
Son con las plantas sus preciosos lazos?  
Planta cruel, ¿pudiste unos cabellos  
De oro ofender, que tal honor te hacían?"  
Esto le dijo al desatar sus manos,  
En tal modo, que junto parecía  
Que temiese tocarla y desease.  
Bajó luego á los pies por desasirlos,  
Mas como Silvia ya se viese libres  
Las manos, dijo esquiva y desdenosa:  
"No me toques pastor, soy de Diana;  
Yo me desataré los pies, aparta."

CORO. ¡Que tal orgullo en una ninfa albergue!  
Por cierto ingrata paga de tal obra.

TIRSI. Él apartóse con respeto á un lado,  
Aun sin alzar los ojos á mirarla,

Aquel placer negándose á sí mismo,  
Por no darle cuidado de negarlo.  
Yo, que escondido lo miraba todo  
Y lo escuchaba, cuando vi tal cosa  
Mil voces quisé dar; al fin me abstuve;  
Mas oye qué extrañeza: ella, en efeto,  
Después de gran fatiga, desatóse,  
Y sin decir *adiós*, apenas libre,  
Partió de allí, como una cierva, huyendo,  
Y no había causa de temer ninguna;  
Que ya de Aminta conocía el respeto.

CORO. Pues ¿cómo así huyó?

TIRSI. Porque no quiso  
Tener obligación á la modestia  
Y amor del joven, sino á su carrera.

CORO. ¿Que es hasta eso ingrata? Y el cuidado  
¿Qué hizo entonces, dínos, ó qué dijo?

TIRSI. Eso no sé, porque de furia ardiendo  
Corrí por alcanzarla y detenerla.  
Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano;  
Después volví á la fuente donde había  
Quedado Aminta, y no le ví; mas siento  
El corazón presago de algún daño.  
Sé que estaba dispuesto de matarse  
Aun antes que esto sucediese.

CORO. Es uso  
Y arte del que ama amenazarse á muerte;  
Mas raras veces ha llegado á efeto.

TIRSI. Quieran los altos dioses que no sea  
Aminta alguno de los raros.

CORO. Calla,  
Que no será.

TIRSI. Yo quiero irme á la cueva  
Del sabio Epino, donde, si él es vivo,  
Por dicha le hallaré, porque allí suele  
Alentar sus tristezas y tormentos  
Al dulce son de la zampoña clara,  
Que trae las piedras á escuchar del monte;  
Hace correr de pura leche el río,  
Y miel brotar de las cortezas duras.

(Traducción de D. Juan de Jáuregui.)

SONETO

Amor alma es del mundo; amor es mente.  
Que al sol dirige en su abrasado vuelo,  
Y al astro errante que circunda el cielo  
Hace que enfrene el curso ó lo acreciente.

La tierra, el aire, el agua, el fuego ardiente  
En viva llama ó condensado hielo  
Alimenta; por él dulce consuelo  
Logra el hombre; por él la pena siente.

Mas, aunque augusto rige á su mandado  
Cuanto extendido abraza el hemisferio,  
Mostró en los dos su fuerza más triunfante;  
Y desdeñando el círculo estrellado,  
En vuestros dulces ojos su alto imperio  
Fijó, y sus aras en un pecho amante.

*(Traducción de D. Alberto Lista.)*

**MATEO BANDELLO.-NOVELAS**

**Margarita de Escocia, delfina de Francia, honra á maese Alano,  
poeta francés.**

Carlos séptimo, rey de Francia, tuvo un hijo llamado Luis, más tarde el on-ceno de este nombre, el cual libertó el reino de Francia de la larga y ruinosa opresión de los ingleses, que lo habian saqueado y casi destruído en su mayor parte; y además de esto, de tal manera supo reducir á los varones rebeldes que con las pasadas discordias se habían hecho á vivir con licenciosa libertad, que no quedó magnate ó señor por grande y poderoso que fuese, que se atreviera al menor gesto ó palabra cuando veía á un ministro de la corte; que era la voluntad de dicho rey, obtener para sus oficiales la misma reverencia que á su persona se tributaba.

Ahora bien; todavía siendo Delfin de Viena, título y principado de los hijos primogénitos de los reyes de Francia que han de suceder á la corona, ese Luis se casó con Margarita, hija del rey de Escocia, mujer de bellísimas prendas y real presencia, de exquisita educación y gran riqueza, de ánimo elevado y sutil perspicacia, y tan bien adornada, en fin, de todas aquellas dotes que convienen á una dama real como lo era ella, que en su tiempo gozaba fama de ser la más virtuosa y discreta señora de su reino.

Distingúfala sobre todas estas nobilísimas partes, su inclinación y acierto en honrar á los hombres de valer así en las letras como en las demás artes, y hácfalo con admirable bondad y seductora lisonja, que jamás hubo quien, valiendo por su saber, recurriera á ella en balde.

Vivía por entonces en la corte maese Alano Chartier, hombre entendido en muchas ciencias y el más elegante escritor francés de aquel tiempo, tanto en prosa como en verso, de suerte que por todos era llamado padre de la lengua galicana y tenido por tal razón en gran reverencia del rey y de los vasallos. No se metía el tal á celebrar en sus versos á una dama con preferencia á otra, sino que todos los días componía algunas rimas dedicándolas alternadamente ya á una gran señora, ya á un joven doncel, según se lo inspiraba una frase que oyese ó una acción que observase, dignos á su entender de ser celebrados; y estos versos recitaba luego con suavísimo y claro acento. Madama la Delfina gustaba grandemente de conversar con él, como discretísimo interlocutor y sabio hablista que era; pues no se hallaba en la corte otro que mejor supiese narrar un sucedido, ni que con más finura acertase á decir una chanza siempre que á ello se veía requerido. Con igual deleite leía la Delfina las composiciones de maese Alano, honrándole á todas horas y celebrándole sin medida.

Y aconteció un día de los calurosos del estío, que á la hora de la siesta, vencido de sueño, maese Alano se quedó dormido en el salón, sobre un banco en el cual se había sentado para reposar la fatiga de su vejez y de la vigilia de la precedente noche, que no la había dormido toda. Ocurrióse á la Delfina salir á aquella hora de su cámara y pasar por el salón; al hacerlo descubrió á maese Alano que dormía, y no bien le vió, aproximóse á él, hizo con la mano señal á los que la seguían, para que no moviesen el menor ruido, ni de otro modo despertasen al poeta, é inclinándose medrosamente sobre él le dió bonitamente un beso en la boca sin turbar ni por un segundo su placidísimo sueño.

Al mirar esta noble y distinguida acción muchos de los allí presentes, emponzoñados por el pestífero sentimiento de la envidia, se dirigieron á la Delfina y dijéronle:

— Señora, ¿cómo habéis tenido valor para besar á ese hombre tan feo y tan deforme?

Y fuerza es consignar, que era, en efecto, maese Alano, aun aparte su vejez, que siempre es poco atractiva, un varón de rostro muy feo y casi, casi, atemorizante.

Madama Margarita volvióse á los que de aquel modo la interpelaban y así les dijo:

— Vosotros, salvo vuestro respeto, cometéis gran villanía reprochándome lo mismo que, si fuérais cuerdos, tendríais que habéme alabado; pero sois unos necios, y no sabéis ver aquí más que estas apariencias exteriores. Que no hemos Nos besado esa boca que tan fea os parece, antes con nuestro beso hemos prestado reverencia y honor á la bellísima boca del preclaro ingenio de este divino poeta y fecundísimo decidor; esa boca de la cual todo el día sin cesar manan perlas y rubíes, y tantas piedras preciosas de elocuencia con que se enriquece



nuestra habla galicana. Y yo os doy palabra de que mil veces preferiríamos ver nuestro nombre mezclado con sus doctos y bien limados versos y con los períodos de su elegante prosa, y en ellos vernos celebrada, que ganar los títulos y las grandezas de un ducado. Que Nos abrigamos la firme creencia de que así sus escritos ilustres nos librarían del olvido de los que tras de nosotros vengan, cuando la muerte ya haya reducido á triste polvo este cuerpo flaco y perecedero. Ellos, los escritores, son los que perpetúan la memoria de todos aquellos que les han merecido mención en sus escritos; é infinitos son los que hoy alcanzan renombre y sobreviven á su muerte en nuestra memoria, sin que se lo deban á otros que á los poetas é historiadores que les han mentado, sacándoles de las tinieblas del olvido en que de otro modo yacerían sepultados. Hemos tenido, pues, por cosa justa, agradecer á maese Alano la merced que le debemos, de habernos nombrado algunas veces en sus versos, gratitud que en igual medida le deben todas las damas á quienes de continuo anda en la corte celebrando. El rey, nuestro suegro y señor, y monseñor nuestro consorte, le han remunerado largamente en dones y bienes de fortuna; Nos hemos querido honrarle en la forma que más grande honor representa entre nosotros. Y sépase, que aun cuando sea costumbre de este reino, que varones y hembras se besen familiarmente, los pares nuestros, sin embargo, no suelen dejarse besar sino de personas reales y de algún príncipe extranjero, que de muy alta estirpe provenga. Y es que no menor, ni menos distinguida muestra ha parecido á Nos conveniente testimonio para honrar el saber y la elocuencia de tan alto varón, cuyas luces merecieron haber brillado en aquellos antiguos tiempos, cuando la ciencia alcanzaba el debido premio y merecido honor, como lo relatan las historias, henchidas de brillantes ejemplos.

Divulgóse en seguida por la corte, cuanto había dicho y hecho la Delfina, y no quedó hombre cuerdo que dejase de calificar aquel proceder, de sabio, cortés y digno de un generoso y noble espíritu. Maese Alano vióse desde aquel día aún más respetado y tenido en estima, que antes lo era, pues propagado el conocimiento de su valor y mérito, con las palabras y el acto memorable de la Delfina, todo el mundo dentro y fuera de la corte se sintió poseído de reverencia por él, y honraban su nombre, y le dedicaban toda clase de acatamientos.

*(Traducción de D. José Feliu y Codina.)*

## NICOLÁS MAQUIAVELO

### HISTORIAS FLORENTINAS.-LIBRO VI

Fué siempre (y así es razonable que sea) fin de aquellos que mueven una guerra enriquecerse y empobrecer al enemigo. No por otra causa se busca la victoria, ni las conquistas por otra razón se desean sino por hacerse potente á sí mismo y débil al adversario. De donde se sigue que en cualquier ocasión en que la victoria te empobrezca ó las conquistas te enflaquezcan, conviene dejarlo es-

tar y no llegar á aquel término por el que las guerras se hacen. Aquel Príncipe ó aquella República es por las victorias de la guerra enriquecido, que aniquila á los enemigos y de las presas y rescates es señor: y aquél empobrece con la victoria, que, aun cuando vengza, ni puede arruinar á su enemigo ni impedir que los botines y rescates pertenezcan á sus soldados y no á él. A este tal, la derrota le hace infeliz, pero la victoria infelicísimo, porque, perdiendo, soporta aquellas injurias que le hacen los enemigos: y venciendo, las que le causan los amigos, las cuales por ser menos razonables, son menos soportables, puesto que se ve necesitado de gravar á sus súbditos con nuevos impuestos y gabelas. Y si en sí tiene alguna humanidad no se puede enteramente alegrar de aquella victoria, por la que sus súbditos todos se contrastan.

Solían las antiguas y bien ordenadas Repúblicas, con sus victorias, rellenar de oro y de plata el Erario público, distribuir regalos al pueblo, condonar á los súbditos las contribuciones y festejar el triunfo con juegos y solemnidades. Pero las (Repúblicas) del tiempo que nosotros describimos, primero vaciaban el Erario, después empobrecían al pueblo y, en fin, de sus enemigos no se aseguraban. Lo cual todo nacía del desorden con que dichas guerras se trataban, porque despojando á los rotos enemigos y no aprovechando ni atesorando los despojos, tanto aquéllos tardaban en acometer de nuevo al vencedor, cuanto éste tardaba en verse repuesto de armas y de caballos: y siendo las presas y los rescates para los soldados, los Príncipes para los nuevos gastos y nuevos sueldos no podían valerse de ello, sino que habían de sacarlo nuevamente de las entrañas del pueblo; ni reportaba la victoria beneficio á los pueblos, sino que forzaba al Príncipe á ser más solícito y menos respetuoso en la imposición de cargas. Y de tal modo aquellos soldados habían conducido la guerra que igualmente al vencedor y al vencido les eran menester más y más dineros, porque el uno tenía que repostarlos de todo y el otro premiarlos: y así como aquéllos sin tener caballos y armas no podían combatir, éstos no querían hacerlo sin cobrar nuevos premios, de donde nacía que el uno disfrutaba poco la victoria y el otro poco sentía el vencimiento, pues acaso al vencido le daba tiempo para rehacerse y al vencedor, no para aprovechar su triunfo.

Este desorden y perverso modo de milicia hizo que Nicolás Piccinino había ya montado á caballo para proseguir la guerra antes que se supiese por Italia su derrota y después de su ruina, más cruda guerra hacía al enemigo que antes. Esto hizo que después de la rota de Brescia pudiese ocupar Verona. Esto hizo que, despojado de sus tropas en Verona, pudiese después venir con un grueso ejército á Toscana. Esto hizo que, destrozado en Anghiari, antes que llegase á Romagna, era más poderoso que nunca su ejército...

#### DEL PRÍNCIPE.-CAPÍTULO XVIII

### **De qué modo los Príncipes deben practicar la lealtad.**

Cuán loable sea en un Príncipe mantener la fe y vivir con integridad y no con astucia, cada cual lo comprende. Pero no menos se ve por experiencia en

nuestros tiempos algunos Príncipes que han hecho grandes cosas y que de la lealtad y fe han tenido poca cuenta y que han sabido con astucia traer engañados los pensamientos de los hombres y al fin han superado á aquellos que sólo se apoyaran en la lealtad. Debéis además saber cómo hay dos maneras de combatir: la una con las leyes, la otra con la fuerza. La primera es propia de los hombres, la segunda de las bestias; pero porque la primera muchas veces no basta, es menester recurrir á la segunda. Por tanto, á un Príncipe es necesario saber bien proceder como hombre y como bestia. Esto ha sido enseñado encubiertamente á los Príncipes por los antiguos escritores, los cuales escriben cómo Aquiles y muchos otros de los Príncipes antiguos fueron dados á criar á Quirón el centauro, para que bajo su disciplina les educase: y no quiere decir otra cosa el tener por preceptor á un medio bestia y medio hombre, sino que es necesaria á un Príncipe saber usar de una y de otra naturaleza, pues la una sin la otra no es durable. Y siendo, pues, á un Príncipe necesario saber proceder como bestia, debe de entre ellas imitar á la zorra y al león, porque el león no se defiende de trampas y lazos ni la zorra se defiende de los lobos. Es menester, pues, ser zorra en el conocer lazos y trampas y león en el amedrentar á los lobos; pues los que simplemente se están haciendo como leones no proceden con discreción.

No puede, por tanto, un señor prudente ni debe observar lealtad, cuando tal observancia va en contra suya y cuando no existen las razones que le hicieron prometerla. Y si los hombres fueran todos buenos este precepto no sería bueno, pero como son malos y no han de guardarte fe, tampoco tú has de guardársela á ellos. Ni á un Príncipe le faltarán razones ó pretextos para paliar esta inobservancia. De esto podrían citarse infinitos ejemplos modernos y mostrar cuántas paces y cuántas promesas han sido irritas y vanas por la infidelidad de los Príncipes y cómo aquel que ha sabido mejor hacer como la zorra ha conseguido más feliz suceso. Mas es necesario saber bien encubrir este proceder y ser gran simulador y disimulador; pues son tan simples los hombres y tanto obedecen á la presente necesidad, que aquel que engaña encontrará siempre quien se deje engañar. Y de los ejemplos recientes no quiero callarme uno. Alejandro VI no hizo nunca otra cosa que engañar á los hombres, ni pensó de otro modo y encontró manera de poderlo hacer, y jamás hubo hombre que tuviese mayor eficacia en el aseverar y que con mayores juramentos afirmase una cosa y que la cumpliese menos: á pesar de lo cual, siempre le valieron los engaños porque conocía bien el mundo...

*(Traducción de F. N. L.)*

## FRANCISCO GUICCIARDINI.-HISTORIA DE ITALIA

### LIBRO III, CAPÍTULO VI.—PRISIÓN Y MUERTE DE SAVONAROLA

Acabó en Florencia, al día siguiente de la muerte de Carlos, día en que celebran los cristianos la solemnidad de las palmas, la autoridad de Savonarola, el cual, habiendo sido acusado al Papa mucho antes que predicaba escandalo-

samente contra las costumbres del clero y de la Corte romana; que en Florencia causaba desórdenes, y que su doctrina no era del todo católica; había sido llamado á Roma con muchos breves, mas habiendo rehusado ir, alegando diversas excusas, el año anterior le separó el Papa, con censuras, de la comunión de la Iglesia. Hubiera alcanzado no con mucha dificultad el perdón de esta sentencia después que se había abstenido algunos meses de predicar, si lo hubiera hecho por mayor tiempo, porque el Papa, haciendo por sí mismo poco caso de él, se había movido á proceder en su contra, más por las sugerencias y provocaciones de sus contrarios, que por otra razón; pero juzgando Savonarola que por el silencio declinaba su reputación ó se interrumpía el fin porque se movía, como de la vehemencia del predicador principalmente se había aumentado, despreciando las órdenes del Papa, volvió de nuevo públicamente al mismo oficio, afirmando que las censuras que se habían publicado contra él, como contrarias á la Divina voluntad y dañosas para el bien común, eran injustas é inválidas, y mordiendo con gran vehemencia al Papa y á toda la Corte, lo cual produjo gran alboroto entre sus contrarios, cuya autoridad era cada día mayor con el pueblo. Detestaban esta inobediencia, reprendiendo que, por su temeridad, se alterase el ánimo del Papa, mayormente cuando, por estar él tratando con los otros coligados de la restitución de Pisa, era conveniente hacer cualquier cosa para confirmarle en esta inclinación. Por otra parte le defendían sus amigos, alegando que, por los respetos humanos, no se debían alterar las obras divinas ni consentir que debajo de estos colores comenzasen los Papas á introducirse en cosas de su República. Perseveraron muchos días en esta porfía, enojándose grandemente el Papa, y fulminando nuevos breves llenos de amenazas y censuras contra toda la ciudad. Finalmente, le mandaron los magistrados que desistiese de predicar, y les obedeció, pero continuaban la predicación muchos de sus frailes en diferentes iglesias.

No siendo menor la división entre los religiosos que entre los legos, no cesaban los frailes de las otras órdenes de predicar vivamente contra él, y rompieron al fin en tanto ardor, que uno de los frailes amigos de Savonarola y uno de los frailes menores convinieron entrar en el fuego, en presencia de todo el pueblo, para que librándose ó abrasándose el allegado de Savonarola, quedasen ciertos todos de si era profeta ó engañador; porque había afirmado muchas veces predicando que, en señal de la verdad de sus sermones, alcanzaría gracia de Dios, cuando fuese menester, para pasar sin lesión por la mitad del fuego. Mas siéndole molesto que se hubiese introducido la práctica de hacer al presente esta experiencia sin sabiduría suya, intentó con destreza interrumpirla, aunque por haberse adelantado mucho por sí misma esta materia, y solicitada por algunos de los ciudadanos, que deseaban que se librase la ciudad de tan gran molestia, fué finalmente necesario pasar más adelante en ella, para lo cual, al llegar el día señalado, los dos frailes, acompañándoles todos los religiosos fueron á la plaza que está delante del Palacio público, donde había concurrido, no sólo todo el pueblo de Florencia, sino mucho de las ciudades vecinas, llegó á noticia de los frailes menores que Savonarola había ordenado que su fraile,

cuando entrase en el fuego, llevase en las manos el Santo Sacramento, por lo cual comenzaron á reclamar, alegando que, con este modo, se procuraba poner en peligro la autoridad de la fe cristiana; que en los ánimos de los ignorantes declinaría mucho si se quemase aquella Hostia consagrada; mas perseverando todavía Savonarola, que estaba presente, en su parecer, nacida entre ellos discordia, no se pasó á hacer la experiencia.

Declinó por esto tanto su crédito, que al día siguiente, habiendo ocurrido por acaso un alboroto, tomaron las armas sus contrarios, y juntando á ellas la autoridad del Sumo Magistrado, escalaron el monasterio de San Marcos, donde vivía, y le llevaron á las cárceles públicas, juntamente con dos frailes de los suyos. En este alboroto los parientes de los que el año anterior habían sido degollados, mataron á Francisco Valori, ciudadano muy importante, y el primero de los amigos de Savonarola, porque la autoridad que tenía sobre todos los otros había sido ocasión de ser privados, hacía un año, de la facultad de recurrir al Consejo popular.

Fué después examinado Savonarola con tormentos, aunque no muy graves, y publicado sobre el examen en un proceso que, quitadas todas las calumnias que se le habían cargado de avaricia, de costumbres deshonestas ó de haber tenido pláticas secretas con príncipes, contenía que las cosas que había dicho antes no habían sido por revelación divina, sino por opinión propia, fundada en doctrina y observación de la Sagrada Escritura, y que no se había movido por mal fin y por codicia de alcanzar por este medio grandeza eclesiástica, sino por haber deseado que por su medio se convocase el concilio universal, en el cual se reformasen las costumbres dañadas del clero, y el estado de la Iglesia de Dios, que estaba tan olvidado, se redujese á la mejor semejanza que ser pudiese á los tiempos cercanos á los de los apóstoles. La gloria de dar perfección á tan grande y tan saludable obra la habrá estimado mucho más que alcanzar el Pontificado, pues aquello no podía suceder sino por medio de muy excelente doctrina y singular reverencia que le tuviesen todos los hombres, mientras el Pontificado se alcanzará muchas veces ó por malos medios ó por beneficios de la fortuna.

A causa de esta confesión, confirmada por él en presencia de muchos religiosos y también de los de su orden, pero con palabras, si es verdad lo que después publicaron sus amigos, indiferentes y que podían tener diverso sentido, le fueron (por sentencia del general de Santo Domingo y del Obispo Romolino, que después fué cardenal de Sorrento, comisarios señalados por el Papa) quitadas á Savonarola y á los otros dos frailes las órdenes sacras, con las ceremonias acostumbradas por la Iglesia romana, y dejados en poder de la corte seglar, que les ahorcó y quemó, concurriendo al espectáculo de la degradación y del suplicio, no menos multitud de gente que la que había concurrido en el mismo lugar el día señalado para hacer la experiencia de entrar en el fuego, con la esperanza del milagro que había prometido. Su muerte, sufrida con ánimo constante, pero sin declarar ninguna palabra que significase delito ó inocencia, no quitó la variedad de los juicios y de las pasiones de los hombres, porque mu-

chos le tenían por engañado. Otros, por el contrario, creyeron ó que la confesión que se publicó se había fabricado falsamente ó que en su complexión, que era muy delicada, hubiese podido más la fuerza de los tormentos que la verdad, excusando esta fragilidad con el ejemplo del príncipe de los Apóstoles, el cual, sin estar preso ni apretado con los tormentos ó con alguna fuerza extraordinaria, sino ante las palabras simples de criadas y siervos, negó que era discípulo de aquel Maestro, en quien había visto tantos milagros y preceptos santos.

(Traducción de S. M. el Rey D. Felipe IV.)

## ÉPOCA POSTCLÁSICA

### CARLOS GOLDONI.-LA ENFERMA FINGIDA

#### ACTO II.-ESCENA XI

**Pantalone, su hija Rosaura, el doctor Onesti, el doctor Buonatesta,  
el doctor Malfatti, el sangrador Tarquino.**

*Pantalone.* Vaya, hija mía, siéntate aquí, y ten un poco de paciencia: veamos lo que dicen estos tres médicos. Se trata de tu salud.

*Rosaura.* -- Sí, sí, oigamos á tres médicos para que si me muero no se sepa á quién echar la culpa.

*Pant.* -- No están aquí para que mueras sino para curarte.

*Ros. aparte.* -- ¡Ay, mi querido mediquito! Ese sí que me curaría.

*Pant.* -- Ea, siéntense ustedes. (*Lo hacen.*)

*Dr. Onesti al sangrador.* -- Señor Tarquino, este no es caso que requiera cirugía.

*Tarquino.* -- Quizás haya necesidad de sangrarla.

*Dr. On.* -- Si hay necesidad, ya le llamaremos.

*Tarq.* -- ¿Cómo? ¿No puedo asistir á la consulta? También yo me he doctorado.

*Pant.* -- Señores, ved aquí á mi pobre niña enferma. Os suplico que veais la calidad de su mal y me deis vuestra sabia opinión.

*Dr. On.* -- Señores colegas y maestros míos veneradísimos, á mí, como médico actual de la señorita, me tocaría contar la historia del mal, si lo que la molesta fuera un mal físico y no más bien ideal. Tres son los efectos perniciosos producidos por su imaginación: *vigilia, inapetencia, opresión de corazón*. No puede dormir porque teniendo ocupada la fantasía en pensar, salen continuamente de la *glándula pineal* una cantidad de espíritus, que mantienen dilatados los *ventriculos del cerebro*, de donde todos los *filamentos de los nervios* que de ellos derivan están tensos y agitados y la máquina, pronta á obedecer, á las ope-

raciones de los espíritus, se mantiene vigilante. No tiene apetito porque la agitación de los espíritus difundiendo por todas las ramificaciones de los nervios, agita violentamente la *fibra* y produce una imperfecta *quiliificación*, de donde, permaneciendo gravado *el ventrículo* de materias indigestas y viscosas, proviene la inapetencia. Y padece opresiones de corazón, pero éstas no son ciertamente producidas por la abundancia de la sangre, ni por coágulos, ni por venas angostas, ni mucho menos por venas dilatadas, pues el pulso regular nos asegura que no hay alteración en los *fluidos* ni desorden alguno en los *sólidos*, sino conviene decir que la misma fuerza de imaginación acrecentando el vigor de aquellos espíritus que forman la virtud *elástica* de las arterias y del corazón, hace sentir con violencia las *presiones* que se operan en las partes vitales é impiden por algún tiempo el respiro. Esto me persuade á creerlo la facilidad con que pasa de la risa al llanto, efectos producidos por movimientos diversos de las vísceras superiores, sea por *restricción*, sea por *dilatación* de los pulmones. Concluyo por tanto juzgando que la enfermedad de esta señorita es meramente ideal y no física, depende únicamente de la imaginación y no hay en el arte médico remedio oportuno para aclararle la fantasía, pero esto debe hacerse conociendo el motivo de su preocupación, secundando sus deseos, si son honestos ó corrigiéndolos si no lo son. Y dicho esto me remito al sabio parecer de mis experimentados colegas.

*Ros. aparte.* — ¡Ah mi amado doctorcito, cómo ha conocido mi mal!

*Pant. aparte.* — Este señor doctor Onesti cree que mi hija está loca.

*Buonatesta.* — Señor Malfatti, decid vuestra opinión.

*Dr. Malfatti.* — Por mi parte, me remito en todo y por todo al sabio parecer del señor doctor Onesti.

*Dr. Buonatesta.* — Pues si vos os remitís, yo no me remito.

*Tarq.* — Parece bien, señor doctor, que la opresión del corazón provendrá de exceso de sangre gruesa, abundante, coagulada.

*Dr. Buon. á Rosaura.* — Hágame el favor del pulso. (*Hace señas de que va mal.*) Señor doctor Malfatti, palpad este pulso.

*Dr. Malfatti.* — (*Lo hace*); ¡Ah! (*Meneando la cabeza.*)

*Dr. Buon. tomando el pulso en la otra muñeca.* — ¿Os parece que este es un pulso justo?

*Dr. Malf. volviendo á tomarlo.* — ¡Oh, no señor!

*Dr. Buon.* — ¿Os parece que es un pulso igual?

*Dr. Malf.* — ¡Oh, no señor!

*Dr. Buon.* — De pulso estamos mal.

*D. Malf.* — Malísimo.

*Dr. On.* — ¡Demontre! ¿Si habrá cambiado el pulso en un momento?) Haga el favor, señorita Rosaura, que se le tome yo. (*Lo hace.*) Va bien, no puede ir mejor. Señor doctor Malfatti, palpe este pulso. Está buenísimo.

*Dr. Malf.* — Es cierto. Ahora está buenísimo.

*Dr. On.* — ¿Puede estar más igual?

*Dr. Malf.* — ¡Igualísimo!

*Dr. On.* — Palpe, señor doctor Buonatesta.

*Dr. Buon.* — Lo he palpado, y está mal. Y ahora, permítanme, señores míos que con metódicas observaciones pueda yo formar el *diagnóstico* y el *pronóstico* de esta enfermedad. Pues dice Hipócrates: *Si sufficerit medicus ad cognoscendum, sufficet etiam ad curandum.*

*Pant.* — ¡Bien, bravo!

*Dr. Buon.* — Señorita, ¿cuál es vuestro nombre?

*Ros.* — Mi nombre, no tiene que ver con mi mal.

*Dr. Buon.* — *Interim medicis nominum inquisitio omnino necessaria.*

*Dr. Malf.* — Sí, pero *rerum, non personarum.*

*Dr. Buon.* — Aquí no hemos venido á discutir, sino á curar.

*Dr. On.* — (*Aparte.*) — Y á decir despropósitos.

*Dr. Buon. á Rosaura.* — ¿Cuántos años tenéis?

*Ros.* — (También quiere saber los años.) No tengo veinte.

*Pant.* — No, hija mía, te engañas. Tienes veinticuatro.

*Dr. Buon.* — ¿Sois alegre ó melancólica?

*Ros.* — Según las ocasiones.

*Pant.* — A veces llora, á veces ríe.

*Dr. Buon.* — *Risus est species convulsionis, vel spasimi convulsivi.* Proviene la risa involuntaria é inmoderada a *præcordium inflammatione.* Hay que remediar eso. Todos estos males que pueden denotar *formación de coágulos* son de la categoría de los mortales. Hay que remediar eso.

*Dr. Malf.* — Conviene remediarlo.

*Tarq.* — Si hay formación de coágulos, habrá que sacar sangre.

*Dr. Malf.* — Ciertísimo. Se requiere sangre.

*Dr. On.* — ¡Qué sangre ni qué calabazas! La señorita Rosaura no ha mascado la hierba sardónica por donde pueda decirse que su risa sea producto de convulsión.

*Tarq.* — A veces ríe, á veces llora.

*Dr. Buon.* — Las lágrimas, llamadas por los griegos *dakrya*, son efectos *patémáticos* provenientes de la agitación de los espíritus animales y de la sangre.

*Tarq.* — ¡Sangre, sangre!

*Dr. Malf.* — Sí, sangre, eso es.

*Dr. On.* — Las lágrimas no son más que un humor excrementicio, seroso y linfático, *ex oculorum glandulis prorumpens*, por causa de cualquier tristeza ó dolor: así que, consolada la persona, cesan las lágrimas, según el trillado axioma: *remota causa removetur effectus.*

*Dr. Malf.* — Es verdad: *removetur effectus.*

*Pant. aparte.* — Este señor doctor Malfatti dice que sí á todo.

*Dr. Buon. á Rosaura.* — ¿Tenéis apetito?

*Ros.* — No, señor.

*Dr. Buon.* — Conozco, por las vibraciones de vuestro pulso que hay una abundancia de sangre, la cual altera la digestión. Hay que remediar eso.

*Dr. Malf.* — Sin duda.



*Dr. On.* — Perdonenme; si se pretende argüir la abundancia de sangre por el estado del pulso, yo digo y sostengo que el pulso de la señorita Rosaura es el natural, justo y sano, sin el más mínimo accidente que pueda denotar alteración.

*Dr. Buon.* — Esta es una cuestión de hechos. Yo digo que hay efervescencia (*toma el pulso*) señor Malfatti: obsérvala.

*Dr. Malf palpando.* — Cierto, hay efervescencia.

*Dr. On.* — Y yo digo que este pulso no puede ser más natural, y no sé cómo el señor doctor Malfatti puede sostener lo contrario. Haga el favor de decirme, para mi particular ilustración, cuáles son los accidentes que denotan la efervescencia en el pulso.

*Dr. Malf. palpando.* — No: el pulso es natural, naturalísimo.

*Ros. levantándose.* — Ea, señores míos, ya estoy harta de que tanto me tomen el pulso. Ya es bastante, y no quiero más. Discurred, consultad, recetad cuanto os plazca, no os hago caso, ni os creo.

*Dr. On. aparte á Ros.* — ¿Cómo? ¿A ninguno?

*Ros. aparte al Dr. On.* — Sí, á vos sí, y si vos me atendierais, quizá, quizá los dos nos pondríamos buenos. (*Váse.*)

(Traducción de F. N. L.)

## PEDRO METASTASIO.-EL PRIMER AMOR

¡Qué bien dijo, amor, quien dijo  
 Que tu primer amor llama era,  
 Si una vez prendió en su pecho,  
 Entre cenizas centella,  
 Y oculta esperando que el aura la mueva  
 Al más leve soplo levanta una hoguera!  
 Dígalo yo, que si miro  
 Tal vez mi enemiga bella  
 De su perfidia me olvido,  
 Contemplando su belleza;  
 De nuevo amoroso suspiro por ella,  
 Y es Nise de nuevo mi gloria y mi pena.  
 Ni tan sólo es alimento  
 Del fatal delirio el veria;  
 Que en todas partes me encuentro  
 De mi perdición la senda;  
 El monte y el río, el prado y la selva  
 Heridas malsanas de amor me renuevan.  
 Allí me rindo; este prado  
 La vió premiar mi terneza;  
 Junto á aquel bosque la ingrata  
 se burló de mis querellas;  
 Y fieles testigos de paces y guerras

Las fuentes y troncos su historia conservan.

Digo amores á las ninfas  
Por divertirme con ellas;  
Mas si en Clori y Silvia admiro  
El donaire y gentileza,  
Y en cantos sus gracias mi lira se emplea,  
El alma suspira: *mi Nise es más bella.*

Del amor, dulce bien mío,  
Por tí conocí la fuerza:  
Por tí sólo vivir quiero,  
Y morir si tu lo ordenas;  
Y al pecho afligido dé alivio en sus penas,  
Que tú de mi suerte el árbitro seas.

(Traducción de D. Alberto Lista.)

## ÉPOCA MODERNA

---

### VICTORIO ALFIERI.-ORESTES

#### ACTO I.- ESCENA I

ELECTRA. Oh noche! ¡Horrenda, pavorosa noche,  
Eterna en mi memoria! Cada año,  
Dos lustros son, te muestras á mis ojos  
Manchado en sangre el tenebroso manto;  
Y aun vive, aun vive el que morir debiera  
Para expiar tu honor. ¡Recuerdo amargo!  
¡Dolorosa memoria! ¡Inclito padre,  
Debelador del Asia! ¡En tu palacio,  
De tus aras domésticas á sombra,  
Muerto con impiedad!... ¡Y por qué mano!  
Deja que en el silencio de la noche  
Me acerque á tu sepulcro solitario,  
Antes que venga, al despuntar el día,  
A interrumpir tu matador mi llanto;  
Llanto filial que en anual tributo  
A tu memoria paternal consagro.  
Lágrimas y dolor quiero á tus manes  
No satisfechos ofrecer, en tanto  
Que sacia mi rencor tu sed de sangre;

Que si aún aliento ¡oh padre mío al lado  
De mi traidora madre y bajo el cetro  
De su adúltero infame, es esperando  
El día afortunado en que á mi saña  
El cielo le abandone. Está lejano,  
Lejano sí, pero aún existe Orestes,  
A quien mi amor del pérfido librando  
Guarda para ofrecerte en sacrificio  
Su impura sangre en tu funesto mármol.

*(Traducción de D. Dionisio Solís.)*

## MIRRA

### ACTO V, ESCENAS II, III Y IV

**CÍNIRO.** Soy padre; el temor deja: cualesquiera  
Que sea aqueste amor en que te abrasas  
(Con tal que pueda yo verte felice)  
De inauditos esfuerzos soy capace  
Por tí, si lo descubres. ¡Ay! he visto  
Y veo, hija infeliz, la generosa  
Y fiera lid que entre tu amor sostienes  
Y tu deber. Ya has hecho demasiado,  
Víctima te ofreciendo al deber tuyo;  
Más fuerte amor que tú no lo consiente.  
Se excusa la pasión; más que nosotros  
Tiene poder; pero ocultarla al padre  
Que te lo manda y te lo ruega, indigna  
Te hará de toda excusa.

**MIRRA** Oh, muerte, muerte,  
A quien yo tanto invoco, ¿al dolor mío  
Siempre sorda serás?

**CÍNI.** Oh, tranquiliza,  
Tranquiliza, hija mía, algo tu espíritu  
Si airado no me quieres ver, ya nada  
Casi lo estoy, con tal que me respondas.  
Háblame, por piedad, como á tu hermano;  
Yo también he sentido amor; el nombre...

**MI.** Amo, sí; pues me fuerzas á decirlo:  
Desesperadamente amo, y en balde;  
Pero cuál sea de mi amor objeto  
No lo sabrás jamás, ni podrá nunca

Saberlo nadie: Ignórolo yo misma...  
Y casi me lo niego.

**Cíni.**

Y yo saberlo  
Debo y quiero. Cruel contigo misma  
No puedes ser, sin serlo de consuno  
Más con tus padres, que á tí sola adoran.  
Por piedad habla. De irritado padre  
Ves cual ya torno suplicante y tierno:  
Morir no puedes tú sin que á la tumba  
Nos arrastres también. Cualquier que sea  
Aquel que tú amas, quiero hacerle tuyo;  
Necio orgullo de rey quitar no puede  
El paternal amor del pecho mío.  
Tu amor, tu diestra, el reino mío, en alta  
Bien puede transformar persona humile;  
Pues aunque humilde el hombre que tú quieras,  
Creo que indigno no será del todo.  
Te lo conjuro, pues; habla, yo quiero  
Sólo verte feliz.

**Mi.**

¿Feliz?... ¿Qué piensas?...  
Estas palabras mismas apresuran  
Mi muerte... ¡Oh! deja por piedad que pronto  
De tí... por siempre... me retire...

**Cíni.**

Oh, hija,  
¿Qué dices? Ven, oh hija única amada,  
A los paternos brazos. ¡Ay! ¿Me arrojas  
A modo de frenética? ¿Qué! ¿Al padre  
Aborreces? Y de tu amor la llama  
Es tan vil...

**Mi.**

¡Oh! no es vil, no...; es inícua  
Mi llama, ni jamás...

**Cíni.**

¿Cómo es inícua?  
Antes que el padre tuyo la condene,  
Ella no puede serlo: la descubre.

**Mi.**

De horror estremecerse al padre vieras,  
Si la supiese... Cíniro...

**Cíni.**

¿Qué escucho!

**Mi.**

¿Qué digo?... ¡Ay triste!... Ignoro lo que digo...  
No siento amor, no... no lo creas... Deja,  
Por la postrera vez te lo demando,  
Déjame retirar...

**Cíni.**

¡Bien, pues, ingrata!  
Quieres desesperarme, de mis penas  
Quieres burlar; perdido has ya por siempre

De tu padre el amor.

**MI.** ¡Cruda amenaza!  
¡Fiera, espantosa!... En el postrer suspiro  
Que ya se acerca... á tantas furias mías  
Se juntará el terrible odio paterno?...  
Lejos de tí morir... Oh feliz madre!...  
A ella será á lo menos concedido...  
Morir... al lado tuyo... y siempre ¡oh dicha!...  
De Cíniro adorada...

**CÍNI.** Qué pretendes  
Decir?... Qué luz terrible estas palabras...  
Impía, tú acaso?...

**MI.** Oh cielos! yo qué dije?  
Mísera yo!... Do estoy?... á do me escondo?...  
Dónde morir... Mas válgame tu espada...

*Rápidamente se apodera de la espada de su padre y se hiere.*

**CÍNI.** Hija... Oh! qué hiciste?... el hierro...

**MI.** Ahí lo tienes...  
Ora... lo vuelvo... Al menos fué la mano  
Pronta á par de la lengua.

**CÍNI.** ...Yo... de espanto...  
Lleno y de horror... y compasión... y cólera...  
Inmóvil quedo.

**MI.** Oh Cíniro!... cercana...  
A la muerte me ves... Supe vengarte...  
Y castigarme... El hórrido secreto...  
Del corazón... tú mismo... á viva fuerza...  
Me arrancaste...; mas puesto que del labio  
Con mi alma sale... menos rea muero...

**CÍNI.** Oh delito!... oh dolor!... oh infausto día!...  
Por quién vierto mi llanto?...

**MI.** Oh! ya no llores...  
Que yo no lo merezco... Huye ¡ah! huye  
Mi vista infame... Eternamente... á Cecris...  
Oculta...

**CÍNI.** Padre mísero! y la tierra  
No se abre á devorarme! A la muriente  
Hembra malvada aproximarme temo...  
Ay! y no buedo abandonar la hija  
Que espira...

**Cecris, Euriclea, Cíniro, Mirra.**

CECRIS. Al son de mortal llanto...  
CÍNI. Oh cielos;

*Corre á encontrar á Cecris, é impidiéndola de proseguir, le quita la vista de Mirra moribunda.*

No prosigas...

CE. Al lado de mi hija...

MI. Oh voz!...

ENRICLEA. Qué veo! es Mirra la que yace  
Allá en su sangre?

CE. La hija?...

CÍNI. No prosigas...

CE. Muerta!... cómo?... por quién?... yo quiero verla...

CÍNI. Detente... te horroriza... ven... el pecho  
Se traspasó ella misma...

CE. Y á la hija  
Así abandonas?... Ah! la quiero...

CÍNI. Aquesta

Hija nuestra no es ya, no. La malvada  
En negro infame amor se consumía  
Por... Cíniro...

CE. Qué escucho?... oh infando crimen!...

CÍNI. ¡Oh ven, te ruego: vamos á otra parte  
A morir de dolor y de vergüenza,

CE. Impía... Oh hija mía...

CÍNI. Ah ven...

CE. Cuitada!...

No la abrazaré ya?...

*Sale casi arrastrada por Cíniro.*

**Mirra, Euriclea.**

MI. Porque... Euriclea...

No me diste..., al pedírtelo..., la muerte?...

Yo muriera... inocente..., impía... ora... muero...

*(Traducción de D. Manuel de Cabanyes.)*

## VICENTE MONTI.-LA MUERTE DE JUDAS

### I

Su oro arrojó, y al árbol despechado  
El apóstol trepó, traidor á Cristo;  
Ató el cordel, y el cuerpo abandonado  
Fué con horror balanceando visto.

Lanzó el alma en su pecho acongojado  
Ronco estertor; y con lamento mixto  
De miedo é ira blasfemó el malvado:  
--¡Cuesta un Dios el Infierno que conquisto!  
El alma impía vomitó rugiendo,  
La Justicia divina asíóle airada,  
Y el dedo en sangre de Jesús tiñendo  
Su sentencia en la frente amoratada  
Le escribió, y desdeñosa sonriendo  
Hundió su espectro en la infernal morada.

### II

Cayó aquella alma en la región precita  
Y del golpe al estrépito violento  
La montaña tembló; mientras el viento  
Su despojo mortal en lo alto agita,  
De la cumbre del Gólgota bendita  
Su vuelo alzando silencioso y lento  
La vista horrible de su fin sangriento  
El coro de los ángeles evita.

Los demonios saliendo del profundo  
Juntáronse en tropel á descolgalle  
Y en sus hombros cargando el tronco inmundo,  
Al Infierno otra vez se abrieron calle,  
Arrojando al espectro vagabundo  
El cuerpo vil en el maldito valle.

### III

Al recobrar el alma condenada  
El cuerpo en que habitara antiguamente,  
De sangre en caracteres señalada  
Su sentencia inmortal brotó á su frente,  
A semejante vista huyó espantada  
Del vil apóstol la precita gente,

Y del Infierno le dejó á la entrada  
Del odio universal blanco viviente,  
Pugnaba el miserable avergonzado  
La marca por borrar de su delito,  
Y arañaba su frente despechado,  
Sin lograr de su tez borrar lo escrito:  
Que con sangre de Dios fué allí marcado  
Y el rastro de su sangre es infinito.

IV

En esto un grande estruendo se sentía  
Por la infernal mansión jamás oído.  
Era Jesús que en gloria conducido  
A hollar los reinos de Luzbel venía.  
Se halló en la senda que Jesús traía  
Judas callado le miró y corrido:  
Lloró al fin, mas el párpado oprimido  
Lava ardiente, no lágrimas, vertía.  
Sobre el semblante del traidor, de lleno  
Reverberó su resplandor divino  
Y humo impuro brotó su inmundo seno,  
Justicia entonces al tremendo sino  
Infernal le lanzó: y el Nazareno  
Tornó la faz y prosiguió el camino.

*(Traducción de D. José Zorrilla.)*

## ALEJANDRO MANZONI.-PENDECOSTÉS

### HIMNO SACRO

¡Oh madre de los santos! ¡conservadora eterna  
De sangre incorruptible! ¡ciudad que Dios gobierna  
De la celeste al par!  
¡Tú que hace tantos siglos sufres, combates y oras,  
Y sin cesar despliegas tus tiendas vencedoras  
Del uuo al otro mar!  
¡Hueste de los que esperan! ¡Iglesia de Dios vivo!  
¿Do estabas? qué secreto rincón, de luz esquivo  
Tu cuna protegió,  
¡Cuando por los alevos al Gólgota arrastrado,  
Desde su altar sublime tu rey crucificado  
La tierra enrojeció!



Y cuando del sepulcro su Humanidad salida,  
El vigoroso aliento de la segunda vida  
    Por siempre recobró;  
Y cuando, con el precio del rescate en su mano,  
Del polvo vil al trono del Padre soberano  
    Triunfante se elevó;  
¿Do estabas, compartiendo sus penas y quebrantos,  
Intima confidente de sus misterios santos,  
    Hija suya inmortal?  
Velando con zozobra, y sólo en el olvido  
Creyéndote segura, temblabas en tu nido,  
    Hasta el día vital,  
En que sobre tí vino glorioso el Paracleto  
E inextinguible antorcha con su hábito perfecto  
    En tu diestra encendió;  
En que sobre la cima por faro de las gentes  
Te puso, y en tus labios las perenales fuentes  
    De la doctrina abrió.  
¡Cuál de uno en otro objeto la lumbre se desliza  
Y siendo una, á todos con variedad matiza  
    De tintas mil y mil!  
Tal múltiple resuena el inspirado idioma,  
Y á un tiempo lo comprenden el griego y el de Roma,  
    El judío, el gentil.  
Tú que ídolos adoras, do quier su templo exista,  
Atiende al grito santo, y la ofuscada vista  
    Vuelve á Jerusalén:  
Del degradante culto la tierra avergonzada,  
Vuelva á su Dios, y abierta á era mejor la entrada,  
    Renazca para el bien.  
Oh esposas, que de pronto sentís con placer harto  
Saltar el peso oculto, ó al doloroso parto  
    Cercanas ya os halláis,  
A la mentida diosa no invoque vuestro canto,  
Que reservado crece para el Mesías santo  
    El fruto que encerráis.  
¿Por qué á sus pequeñuelos besando, aun suspira .  
La esclava, y con envidia el libre seno mira  
    Que á libres engendró?  
¿No sabe que á los siervos Cristo á su reino eleva,  
Que en todos, uno á uno, los tristes hijos de Eva  
    Al padecer pensó?  
Nueva franquicia anuncian los cielos, nueva alianza,  
Nuevo orden de conquistas, y gloria que se alcanza

En más sublime azar;  
Paz nueva que resiste á embate furibundo  
Cual á insidioso halago, paz que encarece el mundo  
Mas no puede arrancar,  
Oh Espíritu, postrados al pie de tus altares,  
Cruzando densos bosques ó vastos hondos mares,  
Solos ó en comunión,  
Del Líbano á los Andes, de Hibernia á Cuba ardiente,  
Dispersos por el globo, y en tí fraternalmente  
Formando un corazón,  
Nosotros te imploramos: propicio á quien te adora,  
¡Oh Espíritu clemente, y aún á quien te ignora,  
Baja, oh renovador!  
Reanima tú los pechos que á helar la duda vino,  
Y á los vencidos sirva de galardón divino  
El propio vencedor.  
Baja, y de las pasiones amansa la ira fiera,  
E infunde pensamientos de aquellos que no altera  
La muerte con su horror.  
Con lluvia bienhechora tus propios dones riega;  
Fecúndelos tu gracia, tal como el sol despliega  
El germen de la flor,  
Que sin cogerla nadie, muriera ajada y sola  
Sobre el humilde césped, ni abriera su corola  
De fúlgido matiz,  
Si no se le infiltrara difusa en el ambiente  
Aquella luz suave, de vida asidua fuente  
Jugo de su raíz,  
Nosotros te imploramos: desciende, dulce aura  
Y la abatida mente del infeliz restaura  
Con divinal solaz;  
Cual huracán desciende al corazón violento,  
E imponle tal espanto que á blando sentimiento  
Reduzca el brío audaz.  
Por tí la frente mustia levanta el pobre al cielo  
Que suyo es, y trueque, pensando en su modelo  
En gozo la aflicción;  
Y aquel á quien fué dada riqueza ó bien sobrante,  
Dé con sigilo honesto, dé con el buen talante  
Que acepto te hace el don  
Respira de los niños en la inocente fiesta  
A las doncellas tiñe de púrpura modesta  
El rostro encantador;  
A las vírgenes puras delicias misteriosas

Dispensa en su retiro: consagra en las esposas  
El pudibundo amor.  
Del confiado joven templá el ardor inquieto;  
Del hombre ya maduro dirige á noble objeto  
La firme actividad;  
Santas aspiraciones á la vejez sugiere,  
Brilla en la vista errante del que esperando muere,  
Sol de la eternidad.

*(Traducción de D. José María Quadrado.)*

## ALEJANDRO MANZONI.-LOS NOVIOS

### CAPÍTULO XXXIV.-EPISODIOS DE LA PESTE DE MILÁN

Cerradas por sospecha ó por temor todas las puertas á excepción de las que, por deshabitadas ó por invasión, estaban de par en par abiertas, otras clavadas y selladas por fuera, por haber en la casa gente enferma ó muerta de la peste otras marcadas con cruces hechas con carbón, para indicar á los sepultureros que había muertos que recoger, y todo allí más expuesto á la ventura que en otra parte, según el humor del comisario de Sanidad ú otro dependiente que, encontrándose allí, quisiere ejecutar las órdenes ó comerter vejaciones. Tropezábase por todas partes con vendas purulentas, paja apestando, sábanas y andrajos asquerosos, no pocas veces con cadáveres de personas muertas repentinamente en la calle ó dejados en ella para que los recogiera un carro ó caídos de los carros mismos, ó arrojados por las ventanas.

¡Tal era el estado de embrutecimiento á que había reducido los ánimos la perversidad é insistencia del contagio, extinguiendo en ellos todo estímulo de compasión y de respeto social! Cesado todo estrépito de talleres, todo ruido de coches, todo pregón de vendedores, todo murmullo de gente, rara vez sucedía que interrumpiese aquel mortal silencio otra cosa sino el rechinar de los carros fúnebres, las quejas de los mendigos, los lamentos ó los enfermos, los gritos de los frenéticos y las voces de los sepultureros. Al amanecer, al mediodía y al anochecer, daba una campana de la catedral el aviso para rezar ciertas oraciones dispuestas por el arzobispo; respondían á aquella señal las campanas de las demás iglesias y entonces era de ver asomarse las gentes á las ventanas y rezar en común y era de oír un susurro de voces y gemidos que al paso que infundían tristeza, no dejaban de causar algún consuelo.

Muertas en aquella hora quizá las dos terceras partes de los vecinos, fugados ó padeciendo una gran parte de los restantes, reducido á nada el concurso de afuera, de los pocos que andaban por las calles, apenas se encontraba uno en quien no se manifestase algo de extraño, lo suficiente para indicar una funesta mudanza. Veíanse las personas más calificadas sin capa, parte esencialísima entonces de todo traje decente, sin sotana los eclesiásticos, sin hábito los frailes,

en una palabra, desterrada toda forma de vestido que, extendiéndose con el aire pudiese tocar alguna cosa ó facilitar (que era lo que más se temía) su oficio á los *untadores*. Fuera de este cuidado de llevar la ropa muy ceñida al cuerpo, todos iban desaliñados y descompuestos, con las barbas muy largas los que las llevaban atusadas, ó crecidísimas los que solían afeitarse, como también muy largo y desgredado el cabello, no sólo por aquel abandono que dimanaba de un continuado abatimiento, sino también porque se tenían por sospechosos los barberos, sobre todo desde que fué preso y condenado á muerte como *untador famoso* uno de ellos llamado Juan Jacobo Mora, nombre que conservó por largo tiempo gran celebridad de infamia, siendo así que la merecería mucho mayor y más justa de lástima. Casi todos llevaban en la mano un palo y algunos una pistola, como para amenazar á cualquiera que quisiese acercarse demasiado, y en la otra pastillas de olor ó bolas huecas de madera ó metal con esponjas dentro empapadas en vinagre medicinal, las cuales aplicaban de cuando en cuando á las narices. Otros llevaban al cuello un pomito con un poco de azogue que renovaban de tiempo en tiempo, persuadidos de que este metal tenía la virtud de absorber y retener todo efluvio pestilencial. Los caballeros mismos, no sólo andaban por las calles sin su acostumbrado acompañamiento, sino que se les veía con el esportillo en el brazo, ir comprando las cosas necesarias para el sustento de la vida. Cuando dos amigos se encontraban en la calle, se saludaban de lejos, por señas y de prisa. Tenían todos mucho que hacer para no tropezar en los asquerosos y mortíferos objetos de que estaba sembrado á veces enteramente el suelo. Cada uno procuraba ir por medio de la calle, temiendo siempre algún tropiezo ó que cayese de las ventanas algún cadáver ú otro peso funesto, como igualmente los polvos venenosos que, según decían, á veces se habían dejado caer de allí sobre los pasajeros, ó recelando que las paredes pudiesen estar untadas. De esta manera la ignorancia cautelosa fuera de tiempo añadía ahora angustias á angustias é infundía falsos temores en lugar de los racionales y saludables que desechó al principio...

Por entre esta desolación había ya andado Lorenzo una gran parte de su camino, cuando á pocos pasos de una calle por donde debía torcer oyó un confuso bullicio en el cual sobresalía aquel acostumbrado horrible campanilleo.

A la entrada de la calle que era de las más espaciosas vió en el medio de ella cuatro carros parados y la misma baraunda que se advierte en un mercado de granos, de ir y venir gente, de llevar y cargar sacos; tal era la bulla en aquel punto. Los sepultureros que se metían en las casas, sepultureros que salían con una carga en el hombro, que echaban sobre uno ú otro carro: algunos con traje encarnado, otros sin este distintivo y muchos con otro más odioso de plumas y cintas de varios colores, que aquellos hombres soeces llevaban á modo de demostración festiva en tanto luto.

Salía de cuando en cuando de alguna ventana, la voz lúgubre de "Aquí, monato," y con voz todavía más incierta salía de aquel funesto enjambre la contestación de "Ahora, ahora," ó en su lugar eran quejas de vecinos para que se apreturasen, á las cuales respondían los sepultureros con votos y blasfemias.

Entrando Lorenzo en la calle, aceleraba el paso, procurando no mirar aquellos estorbos, sino en cuanto era necesario para no dar en ellos, cuando su vista vagarosa tropezó en un objeto de una compasión que excitaba á contemplarle: por lo cual se paró casi contra su voluntad. Bajaba del umbral de una de aquellas puertas y se dirigía á los carros una mujer cuyo rostro al paso que anunciaba juventud ofrecía rastros de una hermosura no destruida, pero alterada por los rigores de una profunda aflicción y una mortal languidez, de aquella hermosura suave, pero majestuosa, que brilla en el suelo de la Lombardía. Caminaba con fatiga, mas no con abandono; lágrimas no salían de sus ojos, pero en ellos se veían las señales de haberlas derramado sin consuelo.

Notábase en su dolor una sé qué de sublime y de profundo que indicaba un alma capaz de arrostrarle. Pero no era sólo su aspecto lo que en tanta suma de males excitaba particularmente la conmiseración y reanimaba en su favor este sentimiento, ya casi embotado en los corazones. Tenía en los brazos una niña de unos nueve años de edad, muerta, pero compuesta con esmero, el cabello dividido en la frente, el traje blanco, cual si estuviera ataviada para una fiesta de largo tiempo prometida como premio.

Teníala, no tendida sino sentada en el brazo izquierdo, arrimada á su pecho como si estuviese viva, sino que sólo una manecita blanca como la cera colgaba de un lado sin movimiento, descansando la cabeza sobre el hombro de la madre con un abandono distinto del del sueño: he dicho de la madre, pues aunque la semejanza de los rostros no hubiera acreditado que lo era, lo habría dado á conocer el dolor que expresaba en el suyo.

Se acerca á la mujer un zafio sepulturero en acto de quitarle de los brazos aquel peso querido, con una especie de involuntaria irresolución y desacostumbrado respeto: pero retirándose la mujer algún tanto, sin manifestar, sin embargo, ni desprecio ni enfado: «No—dijo—no la toqueis ahora: quiero colocarla en el carro yo misma: tomad». Diciendo esto abrió la mano, enseñó un bolsillo y lo dejó caer en la que le alargó el monato, prosiguiendo en estos términos: «Prometedme que ni una hilacha le quitareis de lo que tiene encima, ni permitireis que otro la toque, enterrándola así como se halla».

Púsose el monato la mano al pecho y luego apresurado y casi obsequioso, no tanto por la inesperada propina, como por un sentimiento de conmiseración para él nuevo, se esmeró en hacer un poco de lugar en un carro donde poner á la niña difunta. Después de dar á ésta la mujer un beso en la frente, la colocó en aquel sitio como en una cama, compuso bien su ropilla, tendió sobre ella un lienzo blanco, y dijo: «Adios, Cecilia! ¡Descansa en paz! También nosotros iremos esta noche para no separarnos nunca. Ruega en tanto por nosotros, que yo rogaré por tí y por los demás», y vuelta luego al sepulturero, añadió: «Cuando esta tarde volváis á pasar por aquí, subiréis por mí, y no por mí sola».

Dicho esto, se metió en su casa, y casi al momento se presentó en el balcón, teniendo en sus brazos otra niña más tierna y que, aunque viva, mostraba en el rostro todas las señales de la muerte. Allí se mantuvo contemplando las deplorables exequias de la mayor hasta que, echando á andar el carro, la perdió de

vista, y se retiró luego. En aquel estado, ¿qué le quedaría ya que hacer á la infeliz, sino colocar en la cama á la única hija que le quedaba, echarse con ella y morir á su lado, como la flor abierta cae con su botón al pasar la guadaña que iguala todas las hierbas del valle?

— ¡Señor — exclamó Lorenzo, — escuchad su súplica! ¡Llevala á vuestro seno con esa criatura! ¡Harto han sufrido!

*(Traducción de D. Juan Nicasio Gallego.)*

## JACOBO LEOPARDI

### CANTO NOCTURNO DEL PASTOR ERRANTE DEL ASIA

¿Qué haces luna en el cielo, dí, qué haces,  
Oh silenciosa luna?  
Sales de noche, y vas desde que naces  
Contemplando desiertos, y te escondes.  
¿No estás aún saciada  
De recorrer la sempiterna vía?  
¿Aún no desdeñas, y mirar te agrada  
Estos montes y valles todavía?  
A tu vida asemeja  
La vida del pastor; sale al primero  
Albor de la mañana,  
Mueve el rebaño por el campo, y mira  
Rebaños, fuentes, hierbas, y rendido  
Reposa por la noche sosegada,  
Y ya no espera nada.  
Dime, luna, ¿de qué su vida sirve  
Al pastor, y á vosotros vuestra vida  
De qué sirve? ¿Do tiende en su carrera  
Mi vagar lento y breve  
Y tu curso infinito por la esfera?  
Canoso anciano, enfermo,  
Mal vestido, descalzo,  
Con carga pesadísima en los hombros,  
Por valles y por montes,  
Y agudas rocas y anchos arenales,  
Azotados del viento y la borrasca,  
Con tiempo abrasador y cuando hiela,  
Corre aquí, cruza, anhela,  
Atraviesa torrentes y pantanos,  
Cae, se alza y más y más ya se apresura,

Sin tregua ni reposo,  
Herido, ensangrentado, hasta que llega  
Allí, donde el camino  
Y tanto fatigar se dirigía;  
Abismo horrible, inmenso,  
Donde al precipitarse todo olvida:  
Tal es, virgínea luna,  
La triste imagen de la humana vida.  
    Al dolor nace el hombre,  
Y es peligro de muerte el nacimiento,  
Prueba tormento y pena  
Desde el primer aliento,  
Y apenas ha venido,  
Progenitor y madre  
Le quieren consolar de haber nacido,  
Luego, conforme crece,  
Entrambos le sostienen de continuo.  
Con actos y palabras  
Se afanan en cuidarle, se disputan  
En consolarle del humano estado;  
Mas precioso cuidado  
A su prole los padres no tributan.  
¿Por qué dar á la luz del claro cielo  
Y por qué dar la vida  
A quien después es fuerza dar consuelo?  
¿Si es vivir desventura  
Para qué tanto dura?  
Tal es, intacta luna,  
El estado infeliz de los mortales;  
Mas tú mortal no eres  
Y no te cuidas de lamentos tales.  
    Tú, solitaria, eterna peregrina  
Que vas tan pensativa, acaso entiendes  
Este vivir terreno  
Lo que es, y el suspirar, nuestra agonía;  
Lo que es este morir, esta suprema  
Palidez del semblante,  
Y faltar de la tierra para siempre  
Toda usual compañía dulce, amante,  
Y en verdad tú comprendes  
El por qué de las cosas, ves el fruto  
Del alba, de la tarde placentera,  
Del callado infinito andar del tiempo;  
Sabes, también, á qué dulces amores

Ríe la primavera,  
Por qué son los calores,  
Y á qué son del invierno las heladas.  
Mil cosas sabes tú, mil tú descubres  
Que al sencillo pastor le están vedadas.  
A veces al mirarte  
Tan muda estar sobre el desierto llano,  
Que en círculo remoto  
A lo lejos confina con el cielo,  
O bien con mis ovejas  
Mano á mano seguirme caminando;  
Y al mirar las estrellas refulgentes  
Digo entre mí, pensando:  
¿Para qué luces tantas?  
¿Qué hace el aire sin fin, y esa profunda  
Serenidad del infinito abismo?  
¿Qué quiere decir esta  
Inmensa soledad? ¿Qué soy yo mismo?  
Conmigo así discurro, y de la estancia  
Soberbia, inmensurable,  
Y de aquesta familia innumerable;  
Luego de tanto obrar, del movimiento  
De las celestes y terrenas cosas  
Girando sin descanso, presurosas  
Para siempre volver donde nacieron;  
Fin ni objeto ninguno  
Adivinar no sé ni fruto alguno,  
Pero tú ciertamente,  
Jovenzuela inmortal, lo sabes todo,  
Yo sólo miro y siento  
Que en el girar eterno de los orbes  
Y que en mi frágil vida  
Otro hallará quizás, bien ó contento  
Mas para mí el vivir es un tormento.  
Oh, tú, cuán venturoso  
Eres, rebaño mío,  
¡Que tu miseria, pienso, no adivinas!  
¡Cuál te miro envidioso!  
No sólo porque ajeno de pesares  
Casi libre caminas  
Y todo sufrimiento y todo daño  
Todo extremo dolor súbito olvidas  
Sino porque jamás el tedio sientes,  
Cuando á las sombras paces en la yerba



Contento y sosegado,  
Y del año gran parte  
Consumes sin enojo en tal estado,  
Mientras sentado yo tranquilamente  
Sobre la verde yerba y á la sombra,  
Un fastidio voraz nubla mi frente  
Y cuasi un agujón me punza luego,  
Tal que sentado, disto más que nunca  
De hallar paz y sosiego,  
Empero nada ansio  
Ni motivo hasta aquí tuve de llanto.  
Cómo goces ó cuánta  
Decir no sé, mas sé que eres dichoso,  
Yo poco goce siento  
Oh tu, rebaño mío,  
Mas no sólo por esto me lamento.  
Si hablar supieses yo preguntaría:  
Dime ¿por qué yaciendo sin cuidado  
Todo animal, ocioso  
Se aquieta y, sin remedio,  
Cuando descanso yo me asalta el tedio?  
Tal vez si alas tuviese  
Para volar sobre las altas nubes  
Y contar las estrellas una á una,  
Mas feliz fuera yo, dulce rebaño  
Mas feliz fuera yo, cándida luna.  
O acaso yerro, y la verdad no acierte,  
Viendo la ajena suerte,  
Mi pobre pensamiento,  
Y en todo estado y forma, en cueva ó cuna,  
Es fatal á quien nace el nacimiento.

(Traducción de D. José Alcalá Galiano.)

## JACOBO LEOPARDI.-EL VENDEDOR DE ALMANAQUES

*Vendedor:* ¡Almanaques, almanaques nuevos! ¡Calendarios nuevos ¿Quiere almanaques, señor?—*Paseante:* ¿Almanaques para el año nuevo?—*Vendedor:* Sí señor.—*Pas.* ¿Crees que será feliz el nuevo año?—*Vend.* Oh, ilustrísimo señor, sí, cierto.—*Pas.* ¿Como el año pasado?—*Vend.* Más, mucho más.—*Pas.* ¿Como el año anterior?—*Vend.* Más, más, ilustrísimo señor.—*Pas.* Pues ¿como cuál otro? ¿No te agradaría que el año nuevo fuese como cualquiera de estos últimos años?—*Vend.* No, señor, no me gustaría.—*Pas.* ¿Cuántos años nuevos han pasado desde que vendes almanaques?—*Vend.* Unos veinte años, ilustrísimo se-

ñor. — *Pas.* Y ¿á cuál de estos años quisieras que se pareciese el año venidero? — *Vend.* ¿A cuál?... No sé. — *Pas.* ¿No recuerdas de ningún año en particular que te pareciese dichoso? — *Vend.* No, en verdad, ilustrísimo señor. — *Pas.* Y, sin embargo, la vida es cosa hermosa. ¿No es verdad? — *Vend.* Sabido es. — *Pas.* ¿No volverías á vivir estos veinte años y aun todo el tiempo pasado, desde que naciste? — *Vend.* ¡Ah, caro señor, á Dios pluguiera que fuese posible! — *Pas.* Pero ¿y si tenías que volver á hacer la vida que has llevado, ni más ni menos, con todos los placeres y pesadumbres que pasaste? — *Vend.* Eso no querría. — *Pas.* Pues ¿qué vida querrías volver á hacer? ¿La mía, la del príncipe, la de algún otro? ¿Y no crees que yo y el príncipe y otro cualquiera responderían como tú y que si hubieran de rehacer su vida, ninguno querría? — *Vend.* Así lo creo. — *Pas.* ¿Ni volverías atrás con esta condición, no pudiendo de otra manera? — *Vend.* No, en verdad, señor, no volvería. — *Pas.* ¿Qué vida querrías, pues? — *Vend.* Querría una vida como Dios me la otorgase, sin más condiciones. — *Pas.* Una vida al azar, sin saber lo que iba á sucederte, como no se sabe del año nuevo? — *Vend.* Justamente. — *Pas.* Así la querría yo también, si tuviera que vivir de nuevo, y así todos. Pero esto es señal de que la suerte, hasta el presente año, nos ha tratado mal á todos: y se ve claro que cada cual opina que el mal que le ha tocado fué mayor ó de más monta que el bien: y que á condición de recobrar la vida pasada con todos sus bienes y todos sus males, nadie querría renacer. La vida hermosa no es la vida que se conoce, sino la que no se conoce: no la vida pasada, sino la futura. Con el año nuevo, la fortuna comenzará á tratarnos bien á tí y á mí y á todos los otros y principiará la vida feliz. ¿No es cierto? — *Vend.* Esperémoslo. *Pas.* Así, pues, enséñame el almanaque más lindo que tengas. — *Vend.* Este es, ilustrísimo señor. Este vale treinta sueldos. — *Pas.* Toma tus treinta sueldos. — *Vend.* Gracias, ilustrísimo señor. Hasta la vista. ¡Almanaques, almanaques nuevos! Calendarios nuevos!

(Traducción de F. N. L.)

## JOSUÉ CARDUCCI

### PANTEISMO

Nunca os lo dije, vigilantes astros,  
Ni á tí tampoco omnividente sol;  
Sólo su nombre de fulgentes rastros  
Luce en mi pecho mudo su arrebol.

Mas en la sombra de la noche vaga  
Se lo cuentan con voz inoportuna  
Las estrellas, y el sol cuando se apaga  
Lo charla en sus coloquios con la luna.

En los collados y en la playa quieta  
Lo murmuran arbusto, fuente y flor,

Al volar canta el ave: á tí, poeta,  
Roba tu sueño venturoso amor.  
Nunca lo dije; el mundo en sus rumores  
Su nombre felizmente me proclama,  
Y en el efluvio de silvestres flores  
Hervor universal me dice: te ama.

*(Traducción de D. Juan Luis Estelrich.)*

### EL BUEY

Te amo ¡piadoso buey! porque me infundas  
Del vigor y la paz el sentimiento.  
Tú dominas, cual grave monumento,  
En las praderas libres y fecundas,  
Agil, del hombre la labor secundas,  
Bajo el yugo inclinándote contento,  
Tu respondes al dardo, en giro lento,  
Con miradas pacientes y fecundas,  
Cual himno blando, tu tenaz mugido,  
Magnífica expansión de tu dulzura  
Piérdese en el espacio indefinido,  
Ancha respira tu nariz oscura,  
Y cópiase en tu ojo humedecido  
La verde soledad de la llanura.

*(Traducción de D. José de Siles.)*

### SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES

Cuánto, hermano Francisco, se alza al viento  
Esa cúpula hermosa de Viñola,  
Donde, en grande humildad, sin un lamento,  
Nudo yaciste por su tierra sola!  
Julio despliega del amor la estola  
Por las labranzas. ¡Si tu puro acento  
Me diese el canto que á la Umbría inmoja,  
Y su siglo el fulgor de tu contento!  
En lo alto de esos montes tan erguidos  
En que en la luz te bañas y recreas,  
Como en el Cielo que tu amor advierte,  
Viérate allí los brazos extendidos  
Cantando á Dios: — Señor, loado seas  
Por nuestra corporal hermana muerte.

*(Traducción de D. Juan Luis Estelrich.)*

## SÉPTIMA PARTE.-LITERATURA FRANCESA

### ÉPOCA PRIMITIVA.

#### CANCIÓN DE ROLDÁN.-MUERTE DE ROLDÁN

Airados y rabiosos huían los paganos.—Hacia tierra de España tendiendo van sus pasos.—Seguirlos ya no puede el conde Don Rolando,—que perdido ha á Valiente, su brioso caballo.—Que quiera que no quiera de á pie se ha quedado.—Al arzobispo Turpin ve tendido en el campo;—por darle ayuda, quítale el su yelmo dorado;—su buena sobrevesta de fino lienzo blanco,—y su brial de seda también se ha desgarrado—y sus grandes heridas le venda con los paños.—Contra su pecho luego sostiénese abrazado.—Después le acuesta, suave, encima el césped blando.—Muy dulcemente entonces Roldán le ha suplicado:—Ah, gentilhombre, dadme permiso, que me marchó—que nuestros compañeros á quien quisimos tanto—muertos son y nosotros no debemos dejarlos.—Buscarlos quiero ahora por estos tristes campos.—Aquí quiero traerlos y ante vos colocarlos.—El arzobispo dijo: Id y volved privado;—por la gracia de Dios y mía, es vuestro el campo.—Por el campo se aleja; sólo marcha Rolando,—buscando por los valles y por los montes altos.—Y se encuentra á Gerin y á su amigo Gerardo.—Y á Otón, su compañero, y al noble Berengario—y á Sansón el valiente y á Anséis de Cartago;—y al buen viejo Gerardo de Rosellón, el bravo.—Uno á uno los lleva al arzobispo honrado—y allí ante sus rodillas los ha puesto por rangos.—Turpín el arzobispo de verlo está llorando.—Su bendición á todos les da alzando la mano,—diciendo:—“Mal os visteis, señores esforzados.—A todas vuestras almas Dios otorgue descanso—y de ellas haga flores en ese cielo santo.—A mí también la muerte me tiene ya angustiado:—al rico emperador ya no veré en mis años.”

Roldán ahora se aleja, va el campo recorriendo;—su compañero encuentra el valiente Oliveros,—le aprieta estrechamente contra su duro pecho,—y como puede lleva donde Turpín su cuerpo,—en un escudo tiéndele junto á los otros muertos,—y Turpín los bendice, la absolución diciendo.—Entonces, aumentándose la compasión y el duelo—dice Roldán: “¡Oh, hermoso camarada Oliveros!—¡Oh, vos que fuisteis hijo del buen duque Reniero—que poseyó las Marcas hasta Val de Runeros,—para quebrar las lanzas y despiezar los yelmos—y hacer que desmayasen, vencidos los soberbios—y á los hombres honrados dar leales consejos;—no existió en tierra alguna un mejor caballero.”—El conde Don Rolando, al ver sus Pares muertos—y á quien él más quería, al gallardo Oliveros,—á llorar comenzaba llanto muy triste y tierno,—descolorido el rostro fbasele volviendo—del gran dolor que siente no puede estar derecho.—Que quiera que no

quiera, cae á tierra gimiendo.—El arzobispo exclama: “¡Guay de tí, el caballero!”

Cuando vió el arzobispo que Roldán desmayábase — muy gran dolor sentía, nunca le hubo más grande. — Extendiendo la mano recogió el olifante (1). — Hay un río que corre por ese Roncesvalles. — Por dar agua á Rolando, Turpín quiere acercarse, — cayendo y levantando, con pasos vacilantes; — pero se halla tan flojo que andar no puede casi: — no le quedan ya fuerzas que perdió mucha sangre. — Aun andar no ha podido cien pasos no cabales — y el corazón le falla y el arzobispo cae — y la muerte le sigue los pasos, angustiándole.

El conde Don Rolando del desmayo volvía — en pie se enderezaba, muy gran dolor sentía. — Miró sobre la tierra, miró luego hacia arriba. — Sobre la hierba verde la noble compañía, — y en medio el varón noble que ya muerto yacía, — Turpín el arzobispo, que en nombre de Dios iba. — Roldán golpeóse el pecho, alzó después la vista, — con las dos manos juntas hacia el cielo, pedía — que Dios diese al prelado la su gloria santísima. — ¡Muerto es Turpín, de Carlos guerrero y su nación; — el que ya en la batalla, ya en el bello sermón — fué contra los paganos valiente campeón. — El Señor le conceda su santa bendición! Amén.

En tierra el arzobispo, el conde Roldán vía. — Por fuera de su cuerpo las entrañas salían, — sobre la frente rota el seso rebullía, — sobre su pecho herido, el arzobispo había — cruzado sus dos manos, tan blancas y tan finas. — Según ley de su tierra Rolando le plañía: — “¡Ah noble caballero, señor de buena guisa, — á Dios vos encomiendo en este triste día, — jamás tendrá ni tuvo otro que más le sirva, — que desde los Apóstoles tal Profeta no había — para atraer los hombres á la su ley divina: — que nuestra alma no sufra ya males ni desdichas — y las puertas del cielo os abran mejor vida!”

Sintió Roldán la muerte que ya le andaba cerca, — que el seso le salía por entrambas orejas; — para que Dios los llame, por los sus pares ruega, — por sí mismo luego al angel Gabriel reza: — requiere el olifante, que es una hermosa pieza — y Durandal su espada empuña con la diestra. — Más allá del alcance de un tiro de ballesta — va marchando hacia España, á un rebollar llega, — pasa los matorrales y ya á un árbol se acerca — so el cual cuatro peldaños de mármoles se encuentran. — Allí Roldán se abate sobre la verde hierba. — Allí se ha desmayado, la muerte ya está cerca.

Altos son los picachos, muy altos son los árboles. — En aquel lugar cuatro peldaños hay de mármoles. — Sobre la yerba verde, el conde agonizante. — Un sarraceno se halla no lejos acechándole — echado entre los otros, la muerte contrahace, — el cuerpo y todo el rostro salpicado de sangre. — Mas ya que en pie se pone y á Roldán va á acercarse. — Buen mozo es y robusto y de ánimo arrogante, — mas su orgullo le arroja á un hecho detestable. — De Roldán palpa el cuerpo, las armas va á tomarle. — “Vencido es el sobrino del Rey Carlos el grande — dice: y aquesta espada llevaré entre los árabes.” — Cuando iba á tirar de ella, va el conde á despertarse, — Roldán siente su espada que de la vaina sale: — los ojos

---

(1) El cuerno de marfil que llevaba Roldán siempre consigo.

tiene abiertos, sólo dice una frase: — “Bien veo que no eres de los nuestros leales. — En la mano cogido conserva el olifante — con él golpea el yelmo de oro y finos brillantes — y acero, testa y huesos del pagano deshace — hasta que de la frente los dos ojos le salen — y muerto cae en tierra el moro miserable. — Después exclama el conde: Dí, traidor ¿cómo osaste — á tuerto ni á derecho con tu mano tocarme? — Todo el que tal oyere por loco ha de estimarse; — mas ya le hendí los cascos con mi buen olifante — y al golpe le han saltado el oro y los brillantes.

Roldán sintió que entonces su vista desmayaba. — En pie se puso, todo su ánimo esforzaba, — pero había perdido el color de la cara. — Un obscuro peñasco delante de él se alza: — por rencor y por duelo diez golpes sobre él lanza: — aunque el acero gime, ni se mella ni salta. — “¡Ah, favor — clama el conde — Maria, virgen santa! — Gran desdicha es la tuya, Durandal, buena espada — que ya no has de servirme, quedarás olvidada — tú que ganarme hiciste tantas, tantas batallas — y conquistar lograste regiones y comarcas — que tiene el buen rey Carlos el de la barba cana. — Por hombre que á otro huya nunca seas llevada, — pues un buen caballero consigo te llevaba: — jamás tan buen vasallo hubo en toda la Francia.” — Roldán sobre una roca de sardónica daba: — aunque el acero gime, ni se mella ni salta. — Viendo que no podía romper su buena espada — el buen conde, gimiendo, comienza á lamentarla. — “Ah, Durandal la fuerte, cómo eres clara y blanca; — si contra el sol te ponen, qué hermosos rayos lanzas. — Estaba Carlomagno en el val de Mariana — cuando Dios con un ángel del cielo te mandaba — por que te diese á un conde capitán de su casa. — Entonces el rey mismo te me cñió, mi espada: — con ella le he ganado Normandía y Bretaña, — Borgoña y la Lorena, dos provincias muy vastas — y también la Provenza y además la Aquitania — y á más la Lombardía y toda la Romaña, — la Baviera y los Flandes, la Apulia y Alemania: — Constantinopla vino así á rendirle parias, — y la Sajonia hoy hace lo que este rey le manda. — Con ella gané Escocia y Gales y la Zelândia — y también la Inglaterra, que toda es de su cámara. — Con ella gané todos países y comarcas — en donde reina Carlos el de la barba blanca. — Así me duele tanto dejar aquesta espada; — mejor morir quisiera que á paganos dejarla. — No permita Dios padre tal afrenta á la Francia.”

Otra piedra más dura Roldán despues hería: — los golpes que pegaba no sé yo quién los diga. — Ni se quiebra ni salta la piedra, aun cuando gima, — contra el cielo saltaba, por el aire subía. — Cuando el conde ya ha visto que no la rompería — dulcemente la plañe, ved lo que la decía: — “¡Ah Durandal, mi espada, bella eres y santísima, — que en tus doradas guardas tienes muchas reliquias, — un diente de San Pedro y la sangre divina — de San Basilio, pelo de San Dionisio y tiras — de tela de un vestido de la Virgen María. — No es justo que paganos de tu acero se sirvan, — pues sólo de cristianos mereces ser servida — y no de ningún hombre capaz de cobardía, — pues que con tí he ganado tierras vastas y ricas — cuantas tiene y disfruta imperio y señoría — el emperador Carlos de la barba florida.” — Roldán, esto diciendo, la muerte ya sentía — que desde la cabeza al pecho descendía. — Acercárase á un pino, debajo se tendía — sobre la hierba verde apoyó la faz lívida: — espada y olifante con el cuerpo cubría. — Del lado de los moros

la cabeza volvía, — y si queréis saber por qué razón lo hacía: — porque el rey y los suyos con toda razón digan — que el gentil conde ha muerto cara á tierra enemiga. — Va diciendo sus culpas, ninguna se le olvida, — tiende su guante al cielo, por sus pecados mira.

Roldán siente que el tiempo de vivir es pasado. — En un agudo hito hacia España mirando — grandes golpes de pecho se da con una mano. — *“Mea culpa, Señor, por todos mis pecados — por los grandes y chicos con que te ofendí tanto — desde la primer hora en que al mundo fuí echado — hasta este triste día que ya veo llegado.”* — Su guante diestro luego al cielo ha levantado. — Los ángeles del cielo descienden á su lado...

(Traducción de F. N. L.)

## JUAN DE MEUNG.-NOVELA DE LA ROSA

### DISCURSO DE LA DAMA RAZÓN

¡Ah, dulces riquezas mortales!, decidme, ¿sois, pues, tales que hagáis bienaventurado á quien os tenga encerradas? Pues cuanto más reunan, más temblarán de pavor, y ¿cómo ha de ser feliz hombre que no está en estado seguro? Felicidad le faltará en cuanto la seguridad le deje. Pero algunos que me oigan decir esto, por dañarme ó despecharme podrían oponerme (el ejemplo) de los reyes que por realzar su nobleza, así como piensa el pueblo menudo, fieramente ponen su conato en ver en torno de ellos hombres armados, quinientos ó cinco mil soldados; y dicese comúnmente que de ello sienten gran ardimiento. Pero bien sabe Dios todo lo contrario: el miedo es quien les hace proceder así y todos los días les atormenta y agrava. Mejor puede un pillo de playa seguro y sólo por todas partes andar y delante de los ladrones bailar sin temer á ellos ni á sus fechorías, que el rey con su manto de seda llevando sobre sí en gran masa el tesoro que ha acumulado, en oro y piedras preciosas. Cada ladrón tomará su parte. Todo lo que lleve se lo quitarán, y quizás matarle querrán. Y así sei á, según creo, muerto, antes de removerse de allí, porque los ladrones pensarán si vivo escapar le dejan que les haga en otro lugar prender y les mande colgar por sus fuerzas... ¡Por sus fuerzas! quiero decir por sus soldados, porque su fuerza no vale dos higas contra la fuerza de un galopín que se va con el corazón ligero... ¡Por sus soldados!.. A fe que miento ó no hablo con propiedad: verdaderamente no son nada suyos, aunque sobre ellos tenga señorío... ¿Señorío dije? No, sino servidumbre, pues que tiene que mantenerlos en libertad. Así, él es su servidor, pues cuando quieran le negarán su ayuda y el rey se quedará enteramente sólo, tan pronto como el pueblo quiera. Porque ni sus bondades, ni sus proezas, ni su cuerpo, ni sus fuerzas, ni su discreción ni son suyos: ni de ellos tiene nada, que Naturaleza se lo niega.....

(Traducción de F. N. L.)

## POEMA DEL ZORRO.—(ROMÁN DE RENART)

### MUERTE Y ENTIERRO DE LA GALLINA COPÉE

Renart (El zorro) habría salido con bien — á no ser por Cantaclaro (el gallo) y la Pinta (la gallina) — que á la corte venían (ella era la quinta) — ante el rey á quejarse de Renart. — Entonces fué difícil apagar el fuego — porque el Señor Cantaclaro el gallo — y Pinta la que pone los buenos huevos — y la Negra y la Blanca y la Rojita — conducían una carreta — cerrada y entalamada. — Dentro yacía una gallina — que iba como en una litera — hecha así como un ataúd. — Renart la había tanto maltratado — y desgarrado con los dientes — que un muslo lo tenía quebrado — y una ala le colgaba fuera del cuerpo. — Cuando el Rey hubo juzgado bastante — y de pleitos estaba harto — ved las gallinas ahora — y á Cantaclaro batiendo palmas. — La Pinta clamó primeramente, — después las otras á una voz: — “¡Por dios!, dijeron, gentiles bestias — y perros y lobos cuantos aquí estáis — aconsejad á esta cuitada. — Mucho odio la hora en que nació. — Muerte, tóname que me libre — de Renart que no me deja vivir. — Cinco hermanos hemos sido. — A todos los comió Renart el ladrón, — que fué gran pérdida y gran dolor! — De mi madre tuve cuatro hermanas — ¡pobres vírgenes! ¡ay mezquinas! — Muy bellas gallinas eran — Gomberto del Fresno las cuidaba — y á poner las excitaba — ¡Ay de mí! — Por su mal las cebó — Pues Renart no le dejó de todas cuatro sino una soja. — Todas pasaron por su gaznate. — Y vos que aquí yaceis en este ataúd, — mi dulce hermana, mi amiga querida, — ¡cuán tierna y gordita estábais! — ¿Qué hará ahora vuestra pobre hermana — que con gran dolor os mira? — ¡Renart, malas llamas te abrasen! — Tantas veces nos has perseguido — y arrojado y atribulado — y desgarrado nuestros gabanes — y perseguido hasta las bardas! — Y aun ayer mañana delante de mi puerta — arrojó á mi hermana muerta — y después huyó por el valle. — Gomberto no tiene caballo — y á pie no puede alcanzarle. — Yo quiero querellarme de él — però no hallo quien me haga justicia — pues no teme ninguna amenaza, — ni el furor ajeno le importa un cornado.” — La Pinta, la triste, á estas palabras, — cae desmayada en el pavimento — y las otras también igualmente. — Para levantar á las cuatro damas — se alzan de sus escaños — perros y lobos y otras bestias. — Agua les echan por la cara. — Cuando volvieron del desmayo — según escrito lo encontramos — allí donde al rey veían sentarse — se dejan caer á sus pies — y Cantaclaro también se arrodilla — y con lágrimas los pies le moja. — Cuando el rey vió á Cantaclaro, — Compasión le dió del bachiller. — Un suspiro ha lanzado profundo. — No se hubiera detenido por todo el oro del mundo. — De mal talante alza la cabeza. — No hay allí valiente bestia — oso ni jabalí que pavor no sienta — cuando su señor (el león) suspira y ruge. — Tal miedo tuvo cobarde la liebre — que dos días seguidos tuvo calentura. — Toda la corte se extremeció á un tiempo. — Los más osados de miedo tiemblan, — pues nunca vieron mayor furia — que cuando oyeron ru-



gir al señor. — De mal talante alza la cola — y se golpea con ella tan fuerte — que toda la casa resuena. — Después tales fueron sus razones: — “Señora Pinta, dijo el emperador — por la fe que debo al alma de mi padre — por quien no hice limosna hoy — mucho me pesa de vuestro enojo — pero yo os prometo aplacarlo — pues mandaré llamar á Renart — así que por vuestros ojos veréis — y con vuestras orejas oiréis — cuan gran venganza será tomada — pues quiero hacer dura justicia — del gran ultraje y mal fecho.” — Cuando Isegrin (el lobo) oyó al Rey — listo se levantó en pie. — “Señor, dijo, es gran proeza y mucho sereis por doquiera loado — si á la Pinta vengar podéis, y á su hermana madama Copée, que Renart ha destrozado así. — Y no lo digo por odio — antes lo digo por la mezquina — á quien ha muerto, que no lo hago — por mala voluntad que á Renart tenga.” — Dijo el emperador. “Buenos amigos — muy gran duelo me llena el corazón — y no es esta la primera vez. — A vosotros y á todos los de fuera me quejo, si como hacer suelo — de la insolencia y del orgullo — y de la fechoría que me ha hecho — y de la paz que ha infringido. — Pero ahora hablemos otras palabras. — Señor Bruns (el oso) tomad la estola — y vos, señor Bruyant (el toro) — encomendad el alma de este cuerpo. — Allí arriba en medio de ese campo — hacedme una sepultura — entre ese prado y ese jardín — luego hablaremos de lo demás.” — “Señor, dijo Bruns, á vuestras órdenes.” — y en tanto cogió la estola — y no él tan sólo fué — sino el rey por delante — y todos los demás del concilio — han comenzado á cantar las vísperas. — El Señor Tardío (el caracol) — cantó por la difunta tres lecciones: — el mastin Rooniáx cantó el versículo — y con el Brichemer el ciervo — y Brun el oso dijo la oración — para que Dios guarde el alma de purgatorio. — Cuando las vísperas fueron cantadas — y vino la mañana — el cuerpo llevaron á enterrar, — pero antes le hicieron encerrar — en una muy bella caja de plomo — tan rica como jamás se vió. — Después lo sepultaron bajo un árbol — y encima pusieron un marmol — y en él escribieron el nombre de la dama — y su vida y recomendaron su alma — no sé si á cincel ó con las garras. — Y no pusieron ninguna burla. — Así han escrito el epitafio — bajo el árbol en lugar debido. — “Aquí yace Copée, hermana de la Pinta — á quien así destrozó hoy mañana — Renart que cada día empeora. — Con los dientes la dió tan gran martirio.” — Quien entonces hubiera visto á la Pinta llorar, — maldecir y condenar á Renart — y á Cantaclaro estirar las patas, — muy gran compasión hubiera sentido. . . . .

*(Traducción de F. N. L.)*

### FABLI AU DEL VILLANO ABOGADO

Encontramos en una escritura — una maravillosa aventura — que antaño avino á un villano. — Muerto fué un viernes de mañana. — Tal ventura le ocurrió — que ángeles ni diablos no hubo — á aquella hora en que fué muerto — y el alma le salió del cuerpo. — No encontró quien nada le demandase — ni cosa alguna le ordenase. — Sabed que fué muy dichosa — el alma que era muy miedosa: — miró á su diestra hacia el cielo — y vió al arcángel San Miguel — que llevaba un alma

con gran alegría. — Detrás del angel siguió su vía. — Tanto siguió al angel, según pienso — que entró en la gloria. — San Pedro que guardaba la puerta — recibió el alma que el angel llevaba — y cuando el alma recibido hubo — hacia la puerta se volvió — y encontró el alma (del villano) que sola estaba. — Preguntóle quién le conducía. — “Aquí nadie se ha albergado — si no lo ha por juicio de Dios — y sobre todo, por San Alano, — aquí no queremos ningún villano — porque los villanos no son de este lugar.” — “Más villano que vos no puede ser — dijo el alma, buen señor San Pedro — que siempre fuisteis más duro que piedra. — Indiscreto fué, por San Paternoster, — Dios cuando de vos hizo su apóstol; — De vos logró poco honor — cuando renegásteis del Señor. — Muy pequeña fué vuestra fe — cuando le renegásteis tres veces. — Y aun así sois de su compañía, — El paraíso no os pertenecía. — Idos fuera, donde los desleales, — que yo hombre bueno y leal soy — y aquí debo estar con buen derecho.” — San Pedro sintió extraña vergüenza — y se tornaba mohino y triste — cuando encontró á Santo Tomás — á quien contó punto por punto — toda su malaventura — y su disgusto y su enojo. — Dijo Santo Tomás: “Yo iré á él — y no se ha de quedar aquí, si Dios lo permite.” — Se acerca al lugar donde estaba el villano. — “Villano, le dijo el apóstol, — estos solares son todos nuestros — y de los mártires y de los confesores. — ¿En qué lugar tienes tus buenos hechos — para que quieras aquí remanecer? — Que esta es la posada de los buenos cristianos. — “Tomás, Tomás, muy ligero eres (dijo el villano) — al responder como abogado. — Pues ¿no eres tú el que dijiste — á los apóstoles, según es sabido — cuando ellos habían visto á Dios — después de la Resurrección — é hiciste el juramento — de que no lo creerías — si no tocabas sus llagas? — ¡Infiel allí fuiste y mal creyente!” — Santo Tomás fué retirándose — de la disputa y bajó la cabeza. — Después vino á ellos San Pablo. — Y le contaron el disgusto. — Dijo San Pablo: “Yo iré, por mi cabeza, — yo veré lo que osa responderme.” — El alma no andaba escondiéndose — sino paseándose por la gloria. — “Alma (dijo San Pablo), ¿quién te condujo, — dónde has hecho tú méritos — para que la puerta te fuese abierta? — Largo, fuera de la gloria, villano embaucador.” — “¿Qué es eso?, dijo el villano, Don Pablo el calvo — ¿no sois vos aquel soldado — que fué tan horrible tirano? — Jamás habrá otro más cruel. — San Esteban lo probó — á quien hicisteis apedrear. — Bien sé vuestra vida contar. — Por vos fueron muertos muchos hombres de bien. — Dios os dió en la cabeza — una puñada á puño cerrado. — ¿De qué trato ni de qué alboroque — hemos bebido el vino juntos? — ¿Pensáis que yo no os conozco?” — San Pablo sintió muy grande angustia, — tornóse á paso ligero — hasta encontrar á Santo Tomás — que con San Pedro se aconsejaba — y les contó la maravilla — del villano que le había hecho callar. — “Según mi derecho, ha conquistado — la gloria y yo se la otorgo.” — A Dios fueron á contarle todos tres. — San Pedro buenamente le cuenta — cómo el villano le ha avergonzado. — “Con palabras nos ha vencido. — Yo mismo estoy tan confuso — que jamás volveré á hablar.” — Dijo Nuestro Señor. “Yo iré — porque quiero oír esta novedad.” — Al alma viene, á sí la llama — y la pregunta cómo fué — que allí sin permiso llegase. — “Aquí no entró nunca alma — sin permiso, ni de hombre ni de mujer. — A mis apóstoles has insultado — y en-

vilecido y afeado — y quieres aquí permanecer!., — “Señor, tan bien debo permanecer — como ellos si hay justicia, — que nunca de vos renegué — ni desconocí vuestro cuerpo — ni por mí fué muerto hombre alguno. — Pero todo esto hicieron ellos — y aun así, aquí están ahora en la gloria. — Tanto cuanto mi cuerpo vivió en el mundo — clara vida llevé y pura. — A los pobres dí mi pan, — les dí posada noche y mañana: — á mi fuego se calentaron: — hasta la muerte los guardé — y los llevé á la santa iglesia. — Ni de bragas ni de camisa — les dejé que carecieran. — No sé, pues, si he hecho como discreto. — Después me confesé verdaderamente — y recibí tu cuerpo dignamente. — A quien así muere, según los sermones, — Dios sus pecados le perdona. — Bien sabéis que he dicho verdad. — Aquí entré sin dificultad, — y puesto que estoy ¿por qué he de irme? — Vuestra palabra se desdiría — pues otorgásteis sin falta — que quien aquí entra no sale — y no vais á mentir por mí.” — “Villano, dijo Dios, te lo concedo. — La gloria has reclamado — y con tu defensa la has ganado. — En buena escuela aprendiste. — Bien sabes medir tus palabras — y llevar adelante tus intenciones.” — El villano dijo entonces su proverbio: — “No hay tuerto que gane ni derecho que se tuerza — y más vale ingenio que fuerza.”

(Traducción de F. N. L.)

## JOINVILLE.-HISTORIA DE SAN LUIS

*Capítulo XXVIII. — Embarque de los Cruzados en Agosto de 1248.* — En el mes de Agosto entramos en nuestros barcos, en la Roca de Marsella. El día que entramos en nuestros barcos, se mandó abrir la porta de la nao y se metieron dentro todos los caballos que debíamos llevar á Ultramar, y después se cerró la puerta y se atrancó bien, como cuando se empega un tonel, porque cuando el barco está en el mar, toda la puerta va por bajo del agua. Cuando los caballos estuvieron dentro, el maestro de la nave (*el capitán*) gritó á los marineros que estaban en la proa y les dijo: — ¿Está todo presto? — Y ellos respondieron: — Señor, que comiencen los clérigos y sacerdotes. — Y así que fueron llegados, todos cantaron á una voz: — *Veni Creator Spiritus.* — Y el maestro gritó á los marineros: — Haced á la vela, por Dios. — Y así lo hicieron. Y en poco tiempo el viento sopló en las velas y nos quitó de la vista la tierra, de tal modo, que ya no vimos más que cielo y agua: y cada día el viento nos alejaba del país en donde nacimos. Y en verdad os aseguro que es menester ser un loco asaz osado para meterse en tal peligro cuando se posee bien ajeno ó se está en pecado mortal: pues tal vez se duerme uno por la noche, sin saber si á la mañana se encontrará en el fondo del mar.

Ya en la mar nos avino una extraña maravilla: que fué encontrarnos una montaña toda redonda, que se hallaba delante de la costa de Berbería. La encontramos hacia la hora de vísperas y navegamos toda la noche y creímos muy bien haber andado más de cincuenta leguas; y al otro día nos encontramos delante de aquella misma montaña: y así nos sucedió por dos veces ó por tres.

Cuando los marineros vieron tal, fueron grandemente espantados y nos dijeron que nuestros barcos estaban en gran peligro, porque nos hallábamos frente á la tierra de los Sarracenos de Berbería. Entonces un sacerdote, hombre discreto, que llamaban el deán de Maurupt, nos dijo que él no había sufrido nunca en su parroquia ni por falta de aguas, ni por exceso de lluvias, ni por ninguna otra calamidad, sin que, en cuanto hubiera hecho tres procesiones, tres sábados, Dios y su Madre le librasen del mal. Era sábado: hicimos la primera procesión en torno á los dos mástiles del barco: yo mismo me hice llevar en brazos, porque estaba gravemente enfermo. Jamás volvimos á ver la montaña, y al tercer sábado nos hallamos en Chipre.

*Capítulos XXXIV y XXXV. — La toma de Damietta...* — Yo había olvidado decirnos que cuando el conde de Jaffa bajó á tierra, hizo tender sus pabellones, y así que los sarracenos los vieron tendidos, vinieron á reunirse en alarde ante nosotros y volvieron picando espuelas para atacarnos: y cuando vieron que no huíamos, volvieron grupas. A nuestra mano derecha, como á un tiro de ballesta, abordó la galera donde la enseña de San Dionisio estaba: y hubo un sarraceno que, al verlos abordar, vino á lanzarse en medio de ellos, ya porque no pudo refrenar su caballo, ya porque pensaba que los otros debían de seguirle: y fué descuartizado.

Cuando el rey oyó decir que la enseña de San Dionisio estaba en tierra, atravesó á largos pasos el barco, y á pesar del legado que estaba con él, jamás quiso desampararla, y saltó el mar, llegándole el agua hasta los sobacos. Así fué, escudo al cuello, el yelmo en la cabeza y la lanza en la mano hasta sus soldados, que estaban á la orilla del mar. Cuando llegó á tierra y vió á los sarracenos, preguntó qué gentes eran aquellas: dijéronle que eran sarracenos, y entonces, poniendo la lanza bajo el brazo y el escudo ante el pecho, se arrojara sobre los sarracenos si sus leales consejeros que estaban con él se lo hubieran consentido.....

*(Traducción de F. N. L.)*

## JUAN FROISSART.—CRÓNICAS

### LIBRO I, PARTE II

#### **Cómo el rey D. Pedro fué preso del Bèsgue de Vilaines: y cómo fué muerto.**

El castillo de Montiel era asaz fuerte para sostenerse bastante tiempo, si pro- visto hubiera estado de víveres; pero de todas las vituallas, cuando el rey Don Pedro entró en él, no había bastante para vivir en él más de cuatro días, de que grandemente se espantaron D. Pedro y sus compañeros, porque estaban tan de cerca acechados de noche y de día que un pájaro no hubiera podido salir del castillo sin ser visto y notado. El rey D. Pedro, que dentro se hallaba con gran

angustia de corazón y que veía á sus enemigos alojados todos alrededor de él y que bien sabía que á ningún trato de paz ni de acuerdo querían acceder, tuvo entre sí grandes imaginaciones: así que, considerados los peligros en que se hallaba y la falta de víveres que padecía, fué determinado que á hora de media noche, con una docena de hombres del castillo se partirían poniéndose en manos de Dios y tendrían guías que les llevaran á ponerse en salvo. Así determinados, se partió secretamente hacia la hora de media noche el rey D. Pedro, D. Fernando de Castro y otros hasta doce: y era la noche reciamente obscura y lóbrega.

A la sazón montaba la guardia con más de trescientos combatientes Micer el Bèsgue (Tartamudo) de Vilaines. Así que el rey D. Pedro había salido del castillo y de su camino y entrado por una alta senda que bajaba en pendiente, teniéndose todos tan en silencio que no parecía que allí hubiese nadie, el Bèsgue de Vilaines, que estaba muy sobre sí y muy en su puesto y con temor de perderlo todo, oyó ó le pareció oír el sonido de pasos y dijo á los que junto de él estaban: — Señores, teneos; no os alarméis ni hagáis ruido; he oído gente: veamos quiénes son los que andan á estas horas: no sé si serán abastecedores que vengan á proveer este castillo de víveres, porque en él no hay ninguna provisión. — Entonces avanzó el dicho Bèsgue, la daga en el puño, sus compañeros al lado, llegóse á un hombre de los del rey D. Pedro y le preguntó: — ¿Quién eres tú? Hablad, ó todos sois muertos. — Aquel á quien Micer el Bèsgue se dirigió era un inglés; se negó á hablar y se echó fuera, esquivándose. El dicho Bèsgue le dejó pasar y acercándose al rey D. Pedro, le pareció, aunque la obscuridad era mucha, que era él y le conoció por el rey Enrique, su hermano bastardo, porque mucho se parecían. Así le preguntó, poniéndole la daga al pecho: — ¿Y vos, quién sois vos? Nombraos ó rendíos! si no, sois muerto. — Y hablando así le cogió por el freno de su caballo y no dejó que se le escapase, como el primero había hecho, aun cuando fué cogido por los soldados. El rey D. Pedro que veía ante sí un grueso pelotón de hombres armados y que bien conocía que no podía escapar, dijo al Bèsgue de Vilaines, á quien reconoció: — Bèsgue, Bèsgue, yo soy el rey D. Pedro de Castilla á quien por malos consejos han hecho muchos tuertos; me rindo prisionero á tí y me pongo yo y todos mis hombres que aquí están y que todos contados no son más de doce, en tu guardia y voluntad. Y te ruego, á guisa de caballero, que nos pongas en salvo y te daré un rescate cuan grande quieras, porque á Dios gracias, aún me queda con qué hacerlo: pero esquivame de las manos del bastardo Enrique, mi hermano. — Allí debió responder, según después yo fuí cerciorado é informado, el dicho Bèsgue que vinieran seguramente él y su séquito y que su hermano, por él, no sabría nada de aquella aventura. Y con esto se fueron todos y fué llevado el rey D. Pedro al alojamiento del Bèsgue de Vilaines y, propiamente hablando, á la cámara de Micer Yons de Lakounet. Y no había parado allí una hora cuando el rey Enrique y el vizconde de Roquebertiu y sus hombres, no muchos, vinieron al sobre-dicho alojamiento. Y así como el rey Enrique entró en la cámara donde su hermano el rey D. Pedro estaba, dijo así, en este lenguaje: — ¿Dónde está ese hi de

p... judío que se llama rey de Castilla?— Entonces se adelantó el rey D. Pedro que fué muy osado y cruel hombre y dijo:— Tú eres el hidep..., que yo hijo soy del buen rey D. Alfonso.— Y diciendo estas palabras, tomó por un brazo al rey Enrique, su hermano, y le trajo á sí luchando y siendo más fuerte que él, le arrojó debajo de sí, bajo una *ambarda* que se dice en francés, colchón ó almohada de seda, y metió mano á su cuchillo y le habría muerto sin remedio, si no hubiera sido por el vizconde de Roquebertiu, quien cogió de un pie al rey D. Pedro y le derribó, poniéndole á él debajo y al rey Enrique encima; el cual sacó bien aprisa un largo cuchillo de Castilla que llevaba en la bandolera y se lo metió por el cuerpo, clavándolo de abajo arriba: y entonces acudieron sus hombres que le ayudaron á rematarle. Y allí fueron muertos tambien junto á él un caballero de Inglaterra que se llamaba Micer Raul Elme, que en otros tiempos fué apodado el Verde escudero, y un escudero que se llamaba Jacobo Rollans, porque habian intentado defenderle. Pero ni á D. Fernando de Castro ni á los otros se les hizo ningún daño, sino quedar prisioneros de Monseñor el Bèsgue de Vilaines y de Micer Yons de Lakounet. Así finó el rey D. Pedro de Castilla que antes habia reinado en tan grande prosperidad.

(Traducción de F. N. L.)

## ÉPOCA PRECLÁSICA

### CLEMENTE MAROT.-Á UNA DAMA QUE LE AMÓ ANTES DE VERLE

Sin verme, por mis versos, me quería.  
Quiso ver la faz mía  
y aunque el rostro curtido  
y la barba entrecana  
la gracia me quitaron, tan humana  
es que en su estimación nada he perdido.  
¡Oh, corazón hermoso.  
ninfa de buen linaje!  
razón tenéis: que el cuerpo, del ultraje  
del tiempo ya cansado y achacoso,  
no soy yo: él es la cárcel de mi alma.  
Vuestros hermosos ojos que leyeron  
mis obras y las dieron  
de vuestro amor la palma,  
esos sí que me vieron  
como soy y mi alma conocieron:  
pues en mis versos, no en mi cara visteis  
mi corazón, por eso me quisisteis.

(Traducción de F. N. L.)

## FRANCISCO RABELAIS.-LA VIDA DE GARGANTÚA

### Y DE PANTAGRUÉL

#### LIBRO I.—CAPÍTULO V

#### Los dichos de los bebedores.

Después se dispusieron á merendar en el mismo sitio. Allí viérais destapar botellas, encentar jamones, volar de acá para allá los jarros, repicar copas y picheles. Saca, abre, torna, vuelve. A mí, sin agua; basta, amigo; sacúdeme ese vaso, galán; escancia de ese clarete; á mí del llorón. Duro con la sed. ¡Ah, fiebre maldita, si no te me vas de esta hecha...! A fe mía, comadre, yo no puedo catarlo. ¿Está usted resfriada, amiga? ¿A ver? Por el vientre de San Quinito, hablémos de beber. Yo sólo bebo á mis horas, como la mula del Papa. Yo no bebo más que en mi breviario, como un buen padre guardián. ¿Qué fué lo primero, el tener sed ó el beber? Lo primero la sed, pues ¿quién hubiera bebido sin sed en aquellos tiempos de inocencia? Lo primero fué el beber porque *privatio presupponit habitum*. Yo soy clérigo. *Fœcundi calices, ¿quem non fecere disertum?* Nosotros, inocentes, no bebemos poco cuando no tenemos sed. Ni yo, pecador, sin ella; pues si no bebo por la presente bebo por la sed futura, apercibiéndome contra ella. Yo bebo por la sed verdadera. Yo bebo eternamente. Para mí existe la eternidad de la borrachera y la borrachera de la eternidad. Cantemos, bebamos, entonemos un motete. ¿Dónde está mi entonador? ¡Quiá! Yo no bebo sino por poderes. ¿Os mojáis para secaros ú os secáis para mojaros? Yo no entiendo esa teórica. Con la práctica me apaño. Basta: me mojo, me humedezco, bebo, y todo por miedo á la muerte. Bebed siempre y no moriréis jamás. Yo si no bebo me quedo en seco, que es decir, muerto: mi alma entonces se refugiará en cualquier charco de ranas. En seco, no habita el alma jamás (1). ¡Oh, sumilleres ó creadores de nuevas formas, transformadme de no bebiante en bebiante! Venga la perenneidad del riego á estos nerviosos y secos intestinos. En tonto bebe quien no se resiente de ello. Esto entra en las venas, nada irá á parar á la aguadera. De muy buena gana lavaría los callos de la vaca que esta mañana despaché. Yo tengo el estómago hartizo. Si el papel de mis pagarés bebiera tan bien como yo, mis acreedores se saciarían de vino cuando llegase el vencimiento. Este rodeo os va á agriar el olfato. ¡Oh, cuántos otros entrarán antes que ese entre en suerte! Beber á tan chicos sorbos es para romperse el pretal. Esto se llama cazar con frascos. ¿Qué diferencia hay entre botella y frasco? Grande, porque botella se tapa con corcho y frasco con tapón de tuerca. Muy lindo. Nuestros padres bebían bien y vaciaban las orzas. Bien ciscado, bien cantado: bebamos. ¿Quiere usted mandar algo para el río? Este va á lavar las tripas.

(1) Sentencia de San Agustín.

Yo no bebo más que una esponja. Yo bebo como un templario. Y yo *tanquam sponsus*. Y yo *sicut terra sine aqua*. ¿Un sinónimo de jamón?, es un compulsador de tragos, una cañería de trasegar. Por la cañería baja el vino á la bodega, por el jamón, al estómago. ¡Ea, ea, á beber! ¡A beber, se ha dicho! No hay que tomarlo á chanza. *Rescipe personam, pone pro duo: bus non est in usu*. Si yo subiera tan bien como trago, tiempo há que estaría en el aire.

Así se hizo rico Jacobo Corazón.  
Así el bosque baldío da buena producción.  
Así conquistó Baco la tierra de la India.  
Así Filosofía, Melindia. (1)

Poca lluvia abate fuerte viento; largos tragos revientan el tonel. Yo aún conservo mucho. Paje, baila; yo te insinúo mi nombramiento en mi turno (2). Olfatea, Guillote, que aún queda un cántaro. Yo me presento querellante de sed, como de abuso. Paje, recibe mi querella en forma judicial. Esta escurridura... Yo solía antaño bebérmelo todo: ahora lo que hago es no dejar nada. No nos precipitemos y acabemos bien con todo.

Allá van las tripas de antes, las gachas del almuerzo, los callos del boyancón de la raya negra.

¡Oh, por Dios!, refreguemos bien el hocico de casa. Beba usted ó le... No, no, beba, yo se lo ruego. Los gorriones no comen si no se les menea la cola. Yo no bebo si no hay quien me adule.

*Lagona edatera* (3). No hay en todo mi cuerpo cubil donde este vino no huronee la sed. A mí este me la aguija de lo lindo. Pues este va á quitármela del todo. Pregonemos aquí, al son de frascos y botellas que quien haya perdido la sed, no venga aquí á buscarla. A fuerza de largas lavativas de vino, ha vaciado toda su casa. Dios hizo los planetas y nosotros hacemos las narices romas (4). Yo tengo en la boca la palabra de Dios: *Sitio*. La piedra llamada *asbestos* no es más inapagable que la sed de mi paternidad. El apetito viene comiendo, decía Augestón: pero la sed, bebiendo se va. ¿Remedio contra la sed? Lo contrario que contra la mordedura de perro: á quien corra siempre tras el perro, éste no le morderá: á quien beba siempre antes de la sed, no le fatigará ésta. Ya os he cogido. Voy á despertaros. Sumiller eterno, libranos del sueño. Argos tenía cien ojos para ver: cien manos, como tenía Briarco, le hacen falta á un sumiller para escanciar sin cansarse. Mojémosnos, vaya, que luego es grato secarse. Venga del blanco, escáncialo todo: echa, con mil diablos: echa aquí, bien lleno. La lengua se me pela. *Lans tringue* (5). A tí, compañero: alerta, alerta. Glu, glu, glu..., ya coló todo. ¡Oh, *lacryma Christi!* Esto es del majuelo de la Deviniere; vino apiñonado.

(1) El verso es también cojo y malo en el original.

(2) Términos eclesiásticos ó beneficiales.

(3) *A beber, amigo*, en vasco.

(4) *Plats nez*, juego de palabras intraducible.

(5) *A beber, camarada*, en tudesco antiguo.



¡Oh, que rico vino blanco!, por mi alma, que no parece sino tafetán. Ham, ham; ya está en esta oreja y hace una gentil almohada, con su buena lana. Valor, compañero. A este juego no robaremos, porque yo acabo de ver la baza. *Ex hoc in hoc*. Aquí no ha habido encantamento: pues todos lo habéis visto. Yo soy en esto maestro calificado. Brrr... brrr..., pues yo soy el cura Macé (1).

¡Oh, bebedores! ¡Oh, sedientos! ¡Eh!, paje, amiguito, escancia y corona el vino, por favor; á la cardenala. *Natura abhorret vacuum*. ¿Quién diría que aquí había bebido una mosca? A la moda de Bretaña. Claro, claro, á este pipote. Sorbed, sin miedo, son flores cordiales.

(Traducción de F. N. L.)

## MIGUEL DE MONTAIGNE.-ENSAYOS

### CAPÍTULO XI. DE LA VANIDAD

Acaso no haya ninguna más expresa que la de escribir tan sin fundamento. Aquello que Dios tan maravillosamente nos enseñó y debería ser cuidadosa y continuamente meditado por las gentes de entendimiento. ¿Quién no ve que yo tomé un camino por el cual sin interrupción ni fatiga marcharé mientras haya tinta y papel en el mundo? Como no puedo trazar el registro de mi vida por mis acciones, colocólas sobrado bajas la fortuna, enderézolo por el de mis fantasías. ¿Y cuándo me verá yo al cabo en el representar una tan continua agitación y mutación de mis pensamientos, en cualquier punto que se fijen, puesto que Diomedes llenó seis mil libros con el solo asunto de la gramática? ¿Qué no debe dar de sí la charla, puesto que el tartamudeo y desatamiento de la lengua ahogaron al mundo con una tan horrenda carga de volúmenes? ¡Tantas palabras, por las palabras solamente! ¡Oh, Pitágoras! ¡Que no conjurases tú esa tormenta! Acusábase á un Galbo del tiempo pasado, porque vivía ociosamente, y respondió que cada cual debía dar explicaciones de sus actos, no de su reposo. Equivocábase, pues la justicia debe tener conocimiento, y animadversión también de los que huelgan.

Mas debiera haber en las leyes algún poder correctivo contra los escritores inútiles é ineptos, como lo hay contra los vagabundos y los holgazanes. Arrancaríase de las manos de nuestro pueblo á mi y á cien otros.

Y es bien serio lo que digo; la manía de escribir parece ser como síntoma de un siglo desbordado: ¿cuándo escribimos tanto como desde que yacemos en perpetuo trastorno? Ni los romanos en la época de su ruina. Aparte de que, el refinamiento de los espíritus no constituye la prudencia de los mismos en una república; esa ocupación ociosa emana de que cada cual se dedica flojamente á los deberes de su cargo, y se desborda. La corrupción del siglo se evidencia con la contribución particular de cada uno de nosotros; unos procuran la traición,

(1) El benedictino Renato Macé, cronista de Francisco I.

otros la injusticia, la irreligión, la tiranía, la avaricia, la crueldad, conforme son más poderosos; los más débiles contribuyen con la torpeza, la vanidad y la ociosidad; entre estos me cuento yo. Parece la época en que vivimos, propia para las cosas vanas; en un tiempo en que el mal obrar es tan común, no proceder sino inútilmente es casi digno de alabanza. Yo me consuelo pensando que seré de los últimos de quienes habrá que echar mano; mientras se atiende á los más urgentes, lugar tendré de enmendarme, pues entiendo que sería ir contra la razón el perseguir los inconvenientes menudos cuando los grandes infestan. El médico Filotimo dijo á un enfermo que le mostraba un dedo para que se le curase (y en cuya respiración y semblante reconocía una úlcera en los pulmones): — Amigo mío, no estás ahora en el caso de cuidarte de las uñas.

Ví, sin embargo, hace algunos años un personaje, cuya memoria es para mí de recomendación singular, que en medio de nuestros tremendos males, cuando no había ni Rey, ni justicia, ni magistrado que su cometido cumplieran, como tampoco los hay ahora, iba predicando no sé qué raquífticas reformas de cocina, traje y pleiteo. Estos son juguetes con que se apacienta á un pueblo mal gobernado para simular que no del todo se le abandonó. Lo propio hacen los que se detienen á defender en todo momento las formas del hablar, las danzas y los juegos, en un país abandonado á toda suerte de vicios execrables. No es razón el lavarse y desengrasarse cuando se es víctima de una horrible fiebre: sólo á los espartanos era lícito el peinarse y acicalarse en el momento de ejecutar alguna acción arriesgada de su vida.

Cuanto á mí, practico esta otra costumbre de peores consecuencias todavía: si llevo un escarpín mal ajustado, mal colocadas quedan también mi capa y mi camisa: menosprecio el enmendarme á medias. Cuando me encuentro en mal estado, me encarnizo con el mal; por desesperación me abandono, dejándome llevar hacia la caída, y lanzando, como ordinariamente se dice, el mango después del hacha. Obstínome en el empeoramiento, y no me juzgo digno de cuidarme: una de dos, me digo, ó maravilla, ó desastrosamente. Es para mí cosa favorable el que la desolación de este estado coincida con la de mi edad: de mejor grado sufro que mis males se vean recargados, que el que mis bienes se hubieran visto enturbiados. Las palabras que yo prefiero en la desdicha son palabras de despecho: mi vigor se erizará en vez de aplanarse; y al revés de todo el mundo, en la buena que en la mala fortuna, según el precepto de Xenofonte, si no según su razón, y miro con dulzura al cielo para gratificarle mejor que para pedirle. Cuido yo más bien de aumentar la salud cuando me sonrío, que de reponerla cuando la perdí: las prosperidades me sirven de disciplina é instrucción, como á los demás mortales las adversidades y los latigazos.

Cual si la buena fortuna fuera incompatible con la recta conciencia, los hombres no se truecan en honrados si no es en la adversidad. La dicha es para mí un aguijón singular, lo que me lanza á la moderación y á la modestia, la oración me gana, la amenaza me repugna, el favor me pliega y el temor me ensoberbece.

Entre las diversas complexiones humanas es bastante común el complacernos

más con las cosas extrañas que con las propias, y gustar del movimiento y del cambio.

*Ipsa dies ideo nos grato per luit haustu  
Quod permutatis hora recurrit equis;*

(El día mismo no nos es grato sino porque cada hora cambia de corceles. — *Petronio.*)

Yo también tengo mi parte correspondiente en achaques tales. Los que siguen el opuesto extremo de complacerse consigo mismos; de estimar lo que poseen por cima de todo lo demás, y de no reconocer nada más hermoso que lo que tienen en la mano, si no son más avisados que nosotros, son en verdad más felices: yo no envidio su prudencia, mas sí su fortuna próspera.

Este capricho ávido de cosas nuevas y peregrinas, ayuda diestramente á alimentar en mí el deseo de viajar, pero bastantes otras circunstancias á él contribuyen, pues de buen grado me aparto del gobierno de mi casa. Hay algún placer en el mandar, aun cuando no sea más que en una granja, y en el ser obedecido de los suyos, pero es una dicha demasiado lánguida y uniforme, yendo además por necesidad entreverada de muchos pensamientos ingratos: unas veces la indignidad y la opresión de vuestros vecinos, otras veces el despojo de que sois víctima, os afligen:

*Aut verberatæ grandine vinedæ  
Fundux que mendax, arbore nunc aquas  
Calpante nunc torrentia agros  
Sidera, nunc hiemes iniquas:*

(Ya son vuestras vides, que el granizo arrasa, ó los árboles que están faltos de agua, ó vuestros campos que se inundan ó un invierno rudo que viene á derribar vuestras esperanzas. — *Horacio.*)

En seis meses apenas enviará Dios un tiempo con el cual vuestro arrendador se satisfaga cabalmente; y si fué bueno para las vides, no lo será para los prados:

*Aut nimiis torret fervoribus ætherius sol,  
Aut subiti perimunt imbres gelidæque pruina,  
Flabraque ventorum violento turbine vexant.*

(Tan pronto un sol abrasador quema las cosechas como las lluvias súbitas ó las rudas heladas las destruyen, ó los vendabales las arrastran en sus torbellinos. — *Lucrecio.*)

Añádase á lo dicho el zapato nuevo y bien construído de aquel hombre de los pasados siglos, que os atormenta el pie, y que un extraño no sabe lo que os cuesta, y los sacrificios que á diario realizais para mantener el buen orden que se ve en vuestra casa, que quizá comprais demasiado caros.

Yo me consagré tarde á las cosas del hogar. Los que naturaleza hizo nacer antes que yo, descargáronme de ellas durante largo tiempo, y cuando me las encomendaron había tomado ya otros hábitos más en armonía con mi comple-

xión. Sin embargo, á lo que he podido ver, es labor más molesta que difícil: quien quiera que sea capaz de otras tareas, lo será también de éstas. Si mi propósito en la vida fuera el de enriquecerme, consideraría este camino como largo en demasía: hubiérame puesto al servicio de los reyes, que es un tráfico más fértil que todos los demás. Puesto que no pretendo alcanzar sino la reputación de no haber adquirido nada, ni tampoco nada disipado, conforme con el carácter de mi vida, impropio lo mismo para el bien que para el mal obrar, y puesto que mi designio consiste tan sólo en ir tirando, puede ejecutarse, á Dios gracias, sin ningún quebradero de cabeza. Poniéndoo en lo peor, id siempre en pos de las economías para huir de la pobreza: es á lo que yo estoy atento, y á corregirme, antes de que tal calamidad me fuerce. Yo establezco, por lo demás, en mi alma sobradas gradaciones para poder vivir con menos de lo que tengo, y pasándolo con contentamiento. Mis necesidades verdaderas no han menester exactamente de todo mi haber; todavía, aun en último término podría presentar alguna resistencia á las desdichas. Mi presencia, ignorante y distraída como es, sirve á sustentar por manera resistente mis negocios domésticos, y en ellos me empleo, bien que con repugnancia, á más de que en mi vivienda ocurre que por encender aparte la candela, el otro no deja de consumirse bonitamente.

Los viajes no me contrarian más que por los gastos que suponen, los cuales son grandes y por cima de mis fuerzas; como en ellos me hubiere acostumbrado á llevar, no sólo lo preciso, sino tambien algo más, para mí tienen que ser, por necesidad, cortos y poco frecuentes, en la proporción misma de su carestía. En ellos no empleo sino el sobrante de mis reservas, contemporizando y demorando según puedo disponer de ellas. No quiero yo que el gusto del pasear corrompa el placer del reposo, muy al contrario, entiendo que se alimentan y favorecen el uno y el otro. Prestóme su concurso la fortuna en este respecto; puesto que mi principal ocupación en esta vida consiste en pasarla blandamente, y más bien desocupada que atareada, ninguna necesidad tuve de multiplicar mis riquezas para proveer á la multiplicidad de mis herederos. Uno que Dios me dió, si no tiene bastante con lo que á mí me sobró para vivir á mis anchas, peor para él: su imprudencia no merecerá que yo le desee mayores ventajas. Y cada cual, según el ejemplo de Foción, provee suficientemente á las necesidades de sus hijos procurándoles semejanza. En modo alguno sería yo del parecer de Crates, quien depositó su numerario en manos de un tesoroero, con esta condición: Si sus hijos salían torpes, había de dárselo, y si hábiles, distribuirlo á los más negados de entre todo el pueblo: ¡como si los tontos por ser más capaces de carecer de recursos fueran más aptos para usar de las riquezas!

*(Traducción de D. Constantino Román y Salamero.)*

## ÉPOCA CLÁSICA Ó SIGLO DE LUIS XIV

### RENATO DESCARTES.-TRATADO DE LAS PASIONES

*Art. 91. Definición de la alegría.*— La alegría es una agradable emoción del alma, en la que consiste la fruición que tiene del bien que las impresiones del cerebro le representan como suyo. Digo que en esta emoción consiste la fruición del bien, porque en efecto, el alma no recibe ningún otro fruto de todos los bienes que posee: y en tanto que por ellos no tiene alguna alegría, puede decirse que no goza de ellos más que si no los poseyera. Y añado asimismo que es “del bien que las impresiones del cerebro le representan como suyo”, á fin de no confundir esta alegría, que es una pasión, con la alegría puramente intelectual, que viene al alma por la sola acción del alma y de la cual puede decirse que es una agradable emoción excitada en el alma misma y en la que consiste el disfrute del bien que su entendimiento le representa como suyo. Verdad es que mientras el alma está junta con el cuerpo, esta alegría intelectual no puede dejar de ser acompañada por aquella que es una pasión: porque así que nuestro entendimiento se percata de que poseemos algún bien, aunque este bien pudiera ser tan diferente de todo cuanto pertenece al cuerpo que ni aun sea siquiera imaginable, la imaginación no deja de causar incontinenti alguna impresión en el cerebro, de la cual se sigue el movimiento de los espíritus que excita la pasión de la alegría.

*Art. 92. Definición de la tristeza.*— La tristeza es una languidez desagradable, en la cual consiste la incomodidad que el alma recibe del mal ó de la imperfección que las impresiones del cerebro le representan como perteneciente á ella. Y hay también una tristeza intelectual, que no es la pasión, pero que no deja de ir acompañada de ella.

*Art. 93. Cúales son las causas de estas dos pasiones.*— Así pues, cuando la alegría ó la tristeza intelectual excitan aquellas otras que son pasiones, su causa es asaz evidente, y se ve por sus definiciones que la alegría proviene de la opinión que se tiene de padecer algún bien, y la tristeza, de la opinión que se tiene de padecer algún mal ó alguna imperfección. Pero sucede á veces que nos sentimos tristes ó alegres sin que se pueda distintamente precisar el bien ó el mal que es causa de ello, y cuando este bien ó este mal causan sus impresiones en el cerebro sin el intermedio del alma, á veces por causa de que no pertenecen sino al cuerpo: y á veces también, aun cuando pertenezcan al alma, á causa de que ésta no los considera como bien ó como mal, sino bajo cualquiera otra forma cuya impresión está junta á las del bien y del mal en el cerebro.....

(Traducción de F. N. L.)

## BLAS PASCAL.-PENSAMIENTOS

La guerra interior de la razón contra las pasiones ha hecho que los que han querido hallarse en paz se hayan dividido en dos sectas: unos han querido renunciar á las pasiones y hacerse dioses: otros, renunciar á la razón y hacerse bestias. Pero ni los unos ni los otros lo han logrado: y la razón permanece siempre, acusando la baja de injusticia de las pasiones, y turbando el reposo de los que á ella se abandonan: y las pasiones quedan siempre vivas en los mismos que quieren renunciar á ellas...

El hombre no sabe en qué puesto colocarse. Visiblemente descaído, siente en sí restos de un estado feliz, del cual ha decaído y que no puede recobrar, y lo busca por dondequiera con inquietud y sin resultado, en medio de tinieblas impenetrables.

Este es el origen de las disputas de los filósofos, entre los cuales unos han tomado á su cargo elevar al hombre, descubriendo sus grandezas y otros rebajarle representando sus miserias. Y lo que hay de más extraño es que cada partido de estos se sirve de las razones del otro para fundamentar su opinión: pues la miseria del hombre se deduce de su grandeza y su grandeza se infiere de su miseria. Así, unos han aseverado la miseria humana tomando como prueba su grandeza: y otros han concluido y demostrado la grandeza, con tanta más fuerza cuanto que la han sacado de la miseria misma. Todo cuanto los unos han podido aducir para mostrar la grandeza no ha servido sino de argumento á los otros para significar la miseria, pues se es tanto más miserable cuanto de más alto se cae: y los otros, al contrario se han elevado unos sobre otros en un círculo infinito, siendo cierto que á medida que los hombres poseen mayores luces, descubren más y más miserias y grandezas.

En suma, el hombre conoce que es miserable, y harto lo es, puesto que lo conoce, pero también es grande, puesto que conoce que es miserable.

¿Qué extraña quimera es, pues, el hombre? ¡Qué novedad, qué caos, qué asunto de perpetuas contradicciones! ¡Juez de todas las cosas, imbécil lombriz de la tierra, depositario de la verdad, montón de incertidumbres, gloria y desecho del universo! Si se alaba, le rebajo, si se rebaja le alabo, y siempre le contradigo hasta que llegue á comprender que es un monstruo incomprendible. . . .

Un caballo no intenta hacerse admirar de sus semejantes. Se nota entre ellos cierta emulación en las carreras, pero cuando están en la cuadra, el más lento y el peor trazado no cede, por eso, su avena al otro. No sucede lo mismo entre los hombres, su virtud no se satisface consigo misma y no están contentos si no sacan de ella alguna ventaja contra los demás.

(Traducción de F. N. L.)

## LA ROCHEFOUCAULD.-MAXIMAS

— Los viejos gustan de dar buenos preceptos, para consolarse de que no están ya en situación de dar malos ejemplos.

— El verdadero valor consiste en hacer sin testigos lo que uno sería capaz de hacer delante de todo el mundo.

— La verdadera elocuencia consiste en decir todo cuanto hace falta decir y en no decir sino lo que es menester.

— Por mucho bien que se diga de nosotros, nunca nos coge de nuevas.

— Los hombres débiles no pueden ser sinceros.

— Un tonto no tiene bastante paño para ser bueno.

— Pocos hombres saben ser viejos.

— En sus primeras pasiones, las mujeres aman al amante. En las otras, aman al amor.

— Nuestra envidia dura siempre mucho más tiempo que la felicidad de aquellos á quienes envidiamos.

— De nada sirve á la mujer ser joven sin ser bella, ni ser bella sin ser joven.

— La naturaleza, que ha provisto tan sabiamente á la vida del hombre por la disposición admirable de los órganos del cuerpo, le ha dado, sin duda, el orgullo, para ahorrarle el dolor de conocer sus imperfecciones y sus miserias.

— El arte de saber utilizar cualidades medianas da muchas veces más reputación que el verdadero mérito.

\* \* \*

*De la conversación.* — Lo que hace que pocas personas sean agradables en la conversación es que cada cual piensa más en lo que él quiere decir que en lo que los demás dicen.

Si uno quiere ser escuchado, es menester que escuche á los que hablan: es preciso que les deje libertad para hacerse oír y aun para decir cosas inútiles. En vez de contradecirles y de interrumpirles, como suele hacerse, se debe al contrario, penetrar en su ánimo y en sus gustos, demostrar que se les oye, hablarles de lo que les importa, alabar lo que dicen en cuanto merezca ser alabado y hacer ver que se les elogia más por buen gusto que por condescendencia.

Debe evitarse el discutir sobre asuntos indiferentes, hacer pocas preguntas, pues casi siempre son inútiles; no dejar jamás creer que intenta uno tener más razón que los demás y dejarles con facilidad la ventaja de resolver. Se debe decir cosas naturales, sencillas y más ó menos serias, según el humor ó la inclinación de las personas con quien se habla; no forzarlas á aprobar lo que se dice, ni siquiera á responder á ello.

Cuando de tal suerte se han satisfecho los deberes de la cortesanía, puede

uno expresar sus sentimientos sin prevención y sin testarudez, haciendo aparecer como si se intentase apoyarlos con la opinión de los que escuchan.

Es menester evitar el hablar largo tiempo de sí mismo y el ofrecerse á menudo como ejemplo. Toda aplicación es poca para conocer las inclinaciones y alcances de aquellos á quienes se habla, para identificarse con el talento de quien le posea mayor, y para añadir nuestros pensamientos á los suyos, haciéndole creer, en lo posible, que de él los hemos tomado.

Hay cierta maña en no apurar los asuntos de que se trata y en dejar siempre á los demás algo que pensar y que decir.

No se debe nunca hablar con aires de autoridad, ni usar palabras ó frases más importantes que los asuntos. Se puede conservar las opiniones propias si son razonables, pero al conservarlas, es preciso no herir los sentimientos de los demás, ni aparentar extrañeza por lo que estos digan.

Es peligroso querer siempre ser dueño de la conversación y hablar muy á menudo del mismo asunto...

Pero si hay mucho arte en el hablar á propósito, no le hay menos en el callar. Hay un silencio elocuente, que á veces sirve para aprobar ó censurar; hay un silencio burlón, y hay un silencio respetuoso.

*(Traducción de F. N. L.)*

## EL CARDENAL DE RETZ

### RETRATO DEL DUQUE DE LA ROCHEFOUCAULD

En todo el Sr. de La Rochefoucauld ha habido siempre cierto no sé qué. Quiso mezclarse en intrigas desde su infancia y en un tiempo en que no sentía los intereses pequeños, que jamás han sido su flaco, y en que no conocía los grandes que, por otro estilo, jamás han sido su fuerte. Nunca fué capaz de ningún negocio y yo no sé por qué, pues tenía cualidades que, en cualquier otro, hubieran suplido á las que no poseía.

Su vista no era demasiado extensa y aun no sabía ver en conjunto lo que se hallaba á su alcance; pero su buen sentido, bonísimo en la especulación, junto á su dulzura, á su cualidad de insinuar y á su facilidad de costumbres, que era admirable, debía de compensar su falta de penetración harto más que lo hizo. Siempre tuvo una irresolución habitual, aunque yo no sé á qué atribuirlo, ya que no podía proceder de la fecundidad de su imaginación que no tenía nada de viva: ni tampoco puedo achacársela á la esterilidad de su juicio, pues aun cuando no le tuviese demasiado exquisito en las obras, en el fondo era muy razonable. Los efectos de esta irresolución los vemos, aunque no conozcamos su causa.

Nunca fué guerrero, aun cuando fuera muy buen soldado. Nunca fué por su persona buen cortesano, aunque siempre tuviera buenas intenciones de serlo: y



jamás fué buen hombre político, aunque toda su vida haya andado comprometido en política. Aquel aspecto de timidez y de candor que le veáis en la vida civil se convertía en la vida política en cierto airecillo de apología propia, de la que siempre creía hallarse necesitado; lo cual, unido á sus *Máximas* que no indican mucha fe en la virtud, y á sus procederes que han consistido siempre en tratar de salir de los negocios públicos con la misma impaciencia con que se había metido en ellos, me induce á afirmar que le hubiera estado mejor conocerse á sí mismo y reducirse á pasar, como hubiera podido, por el cortesano más-pulido y galante de su siglo.

(Traducción de F. N. L.)

## MADAMA DE SEVIGNÉ.-CARTAS

### A su hija madama de Grignan.

*París, miércoles 29 de Julio de 1676.*— Hé aquí un cambio de escena que os parecerá agradable como á todo el mundo. El sábado estuve en Versalles con los Villars: os diré lo que hay por allí. Ya conocéis la *toilette* de la Reina, la misa, la comida. Ya no es menester ahogarse en tanto que Sus Majestades están en la mesa, porque á las tres el Rey, la Reina, *Monsieur, Madame, Mademoiselle*, todos los príncipes y princesas, madama de Montespan, todo su séquito, todos los cortesanos, todas las damas, en fin, lo que se llama la Corte de Francia se halla en aquel hermoso salón del Rey que ya conocéis. Todo está amueblado divinamente. Es magnífico. Allí no se sabe lo que es sentir calor: se va de un lugar á otro sin estorbar á nadie. Se juega al revesino, y el juego lo concierta todo. El Rey está junto á madama de Montespan, que da las cartas; *Monsieur*, la Reina y madama de Soubise; Dangeau y compañía; Langlée y compañía. Se arrojan sobre el tapete mil luisos y no se usan jetones. Yo veía jugar á Dangeau y me admiraba de cuán tontos somos para jugar al lado suyo. Él no piensa más que en su negocio y gana lo que los demás pierden; no desperdicia un momento, se aprovecha de todo, no se distrae jamás; en una palabra, con su atención desafía á la fortuna, y así los doscientos mil francos en diez días, los cien mil escudos en un mes, y aún más apunta en su libro de ingresos. Me dijo que tomase parte en su juego, de suerte que me hallé sentada muy cómoda y agradablemente. Saludé al Rey como me habíais advertido, y me devolvió el saludo como si yo hubiera sido joven y bella. La Reina me habló de mi enfermedad tanto tiempo cual si hubiera sido un parto, y me dijo además algunas frases acerca de vos. El señor Duque me hizo mil halagos sin pensarlo. El mariscal de Lorges me mentó el nombre de Mr. de Grignan; en fin, *tutti quanti*. Bien sabéis lo que es el escuchar una frase de cada persona que tropieza una. Madama de Montespan me habló de las aguas de Bourbon y me rogó que la hablara de las de Vichy y de qué tal me fuera en ellas; me dijo que Bourbon en vez de curarle una rodi-

lla la había puesto malas ambas. La encontré bastante apabullada, como decía la mariscal de la Meilleraie; pero, hablando con seriedad, su belleza es cosa sorprendente; no tiene el talle la mitad de grueso que le tenía, sin que el color, ni los ojos, ni los labios hayan perdido nada. Estaba vestida de encaje de punto de Francia, peinada con mil bucles; los dos de las sienes le caían por las mejillas hasta muy abajo; cintas negras en el peinado, perlas de la mariscal de l'Hopital, embellecidas con pendientes y colgantes de diamantes de la mayor hermosura, tres ó cuatro horquillas ó agujones, nada de cofia; en una palabra, una belleza triunfante propia para causar la admiración de todos los embajadores. Ella ha sabido que se quejaban de que impedía á toda Francia ver á su rey, y se lo ha devuelto, como veis; y no podríais imaginaros la alegría que por ello siente todo el mundo, ni lo hermosa que con esto está la Corte. Esta agradable confusión, sin confusión, de cuanto hay de más escogido dura desde las tres á las seis. Cuando vienen los correos, el rey se retira un momento para leer sus cartas y después vuelve. Siempre hay algo de música que él escucha y que causa muy buen efecto. Luego habla con las damas que tienen costumbre de recibir este honor. Por fin se abandona el juego á las seis; no cuesta gran trabajo ajustar las cuentas, porque no hay jetones ni fichas; las puestas son por lo menos de quinientos, seiscientos ó setecientos luises, y las hay grandes de mil y mil doscientos. Se apuntan desde luego veinticinco por barba, total ciento, y después el que hace juego pone diez. Cada cual da cuatro luises al que tiene la quíñola: se pasa y cuando se hace juego y no se le coge la puesta, se le apuntan dieciséis para que nadie juegue fuera de sazón. Se habla sin cesar y no queda nada en el corazón (*copas*). ¿Cuántos corazones tenéis? Yo tengo dos, yo tengo tres, yo tengo uno, yo tengo cuatro; y Dangeau, entusiasnado con tales gorjeos, porque así descubre el juego, saca sus consecuencias y pronto ve cómo tiene que jugar. Yo estaba asombrada de ver la costumbre que de ello tiene; y en verdad que nadie conoce mejor la pinta de las cartas. A las seis, paseo en coche; el Rey, madama de Montespan, *Monsieur*, madama de Thianges y la buena d'Hendicourt en la bigotera; es decir, como en el paraíso ó en la *gloria de Niquea*. Ya sabéis cómo son estos coches en que los asientos no se miran, sino que van todos del mismo lado. La Reina iba en otro con las princesas y luego todo el mundo agrupándose á capricho. Después se pasea en góndola por el canal, donde hay música, se vuelve á las diez para asistir á la comedia; suenan las doce, se hace *media noche*. Así se pasó el sábado.

Si os dijese cuántas veces me hablaron de vos, cuántas me pidieron noticias vuestras, cuántas me hicieron preguntas sin aguardar la respuesta, cuántas veces me ahorré contestaciones, cuántas no les importaba nada, cuántas me importaba á mí menos, reconoceríais al natural *l'iniqua corte*, pero nunca, sin embargo, estuvo tan agradable, y se desea grandemente que continúe así. Madama de Nevers es muy linda, muy modesta, muy cándida; su belleza recuerda la vuestra. Monsieur de Nevers siempre el mismo; su mujer le ama con pasión. Mademoiselle de Thianges es más correctamente bella que su hermana y mucho menos encantadora. Monsieur du Maine está incomparable; su ingenio mara-

villa y las cosas que dice no pueden imaginarse. Madama de Maintenon, madama de Thianges, *Güelfos y Gibelinos*, figuráos todo esto reunido... El señor Príncipe fué el otro día á ver á madama de Lafayette; el Príncipe *alla cui spada ogni vittoria e certa*. ¿A quién no lisonjearía su estimación, sobre todo, porque no la prodiga á todas las damas? Habla de la guerra, y espera noticias como los demás. Las de Alemania infunden algún miedo. Se dice, sin embargo, que el Rhin está tan cargado de nieves que los enemigos aún se ven más impedidos que nosotros. Rambures ha sido muerto por uno de sus soldados que inocentemente descargaba su mosquete. El sitio de Aire continúa; hemos perdido allí algunos subtenientes de la guardia y varios soldados. El ejército de Schomberg está en plena seguridad. Madama de Schomberg ha vuelto á quererme... El *fanfarroncillo* no tiene más quehaceres que los demás. Él podrá aburrirse, pero si tiene necesidad de una contusión, habrá de hacérsela él mismo. ¡Dios los conserve en tal ociosidad! He aquí, querida mía, bastantes pormenores que os aburrirán, ó bien os divertirán mucho; pero no pueden seros indiferentes...

(Traducción de F. N. L.)

## JUAN DE LA BRUYÈRE.-CARACTERES

*Capítulo XI. — Del hombre.* — No nos enfademos con los hombres, al ver su dureza, su ingratitud, su injusticia, su altivez, el amor de sí mismos y el olvido de los demás. Son así: tal es su naturaleza. Tanto valdría no soportar el que las piedras caigan y el fuego se eleve.

Los hombres, en cierto sentido, no son ligeros, ó no lo son sino en las cosas pequeñas. Cambian su vestir, su lenguaje, las apariencias, los pareceres: cambian de gustos á veces. Conservan siempre sus costumbres malas, firmes y constantes en el mal ó en la indiferencia hacia la virtud. El estoicismo es un juego de ingenio y una idea semejante á la República de Platón. Los estoicos han fingido que se podía reir en la pobreza, ser insensible á las injurias, á la ingratitud, á las pérdidas de bienes, como á las de padres y amigos; miran con frialdad la muerte, como una cosa indiferente, que ni debía alegrar ni causar tristeza; no ser vencido por el placer ni por el dolor; sentir el hierro ó el fuego en cualquier parte del cuerpo sin lanzar el menor suspiro ni verter una lágrima; y á este fantasma de virtud y de fortaleza, así imaginado, les ha placido llamarle *un sabio*. Pero han dejado al hombre todos los defectos que en él encontrarán, y no le han librado de ninguna de sus flaquezas: en lugar de trazar de sus vicios pinturas espantosas ó ridículas, que sirviesen para corregirle de ellos, le han dibujado la idea de una perfección y de un heroísmo de que no es capaz, y le han exhortado á lo imposible. Así, el sabio, que no existe ó que es imaginario, se encuentra naturalmente y por sí mismo por cima de todos los sucesos y de todos los males: ni la gota más dolorosa ni el cólico más agudo podrían arrancarle una queja: el cielo y la tierra se hundirían sin arrastrarle en su caída y permanecería

firme sobre las ruinas del universo: al paso que el hombre que existe en realidad pierde el seso, grita, se desespera y echa lumbre por los ojos y pierde la respiración por haber perdido un perro ó porque se haya quebrado una porcelana.

Inquietud de espíritu, desigualdad de humor, inconstancia de corazón, incertidumbre de conducta, son vicios del alma todos, pero muy diferentes, y que aun cuando aparezcan relacionados, no se suponen el uno al otro en el mismo sujeto.

Es difícil decidir si la irresolución hace el hombre más desgraciado que despreciable, y lo mismo si es siempre más inconveniente tomar una mala resolución que no tomar ninguna.

Un hombre desigual no es un solo hombre: son muchos. Se multiplica tantas veces cuantos gustos nuevos y maneras distintas tiene: á cada momento es lo que antes no era, y va á ser muy luego lo que jamás fué. Se sucede á sí mismo. No preguntéis de qué compleción es, sino cuáles son sus compleciones; ni de qué humor, sino cuántos linajes de humores posee.

(Traducción de F. N. L.)

## FENELÓN

### CARTA SOBRE LAS OCUPACIONES DE LA ACADEMIA FRANCESA

*Necesidad de una Retórica.*—Estoy muy lejos de querer preferir en general el genio de los antiguos oradores al de los modernos, y estoy persuadido de la verdad de esta comparación que se ha hecho: que así como los árboles tienen hoy día la misma forma y llevan los mismos frutos que llevaban hace dos mil años, así los hombres conciben los mismos pensamientos. Pero hay dos cosas que me tomo la libertad de advertir. La primera es que ciertos climas son más apropiados que otros para ciertos talentos, como para algunos frutos. Por ejemplo, el Languedoc y la Provenza producen mejores uvas é higos más dulces que la Normandía y los Países Bajos. De igual modo los Arcadienses eran de un natural más apto para las bellas artes que los Scitas, los Sicilianos son más duchos en la música que los Lapones, y asimismo los Atenienses tenían el ingenio más vivo y sutil que los Beocios. La segunda cosa que noto es que los Griegos tenían una especie de luenga tradición que nos falta: tenían para la elocuencia más cultura que nuestra nación. Entre los Griegos, todo dependía del pueblo, y el pueblo dependía de la palabra. En su forma de gobierno, la fortuna, la representación, la autoridad iban unidas á la persuasión de la muchedumbre: retóricos artificiosos y vehementes conducían al pueblo: la palabra era el muelle real de la paz y de la guerra: de donde vienen tantas arengas como vemos en las historias y que casi nos parecen increíbles: ¡tan lejos se hallan de nuestros hábitos!...

La palabra no tiene semejante poder entre nosotros. Aquí las asambleas no

son sino ceremonias y espectáculos. No nos quedan monumentos de verdadera elocuencia ni de nuestros antiguos Parlamentos, ni de nuestros Estados generales, ni de nuestras Asambleas de notables. Todo se decide en secreto en el gabinete de los príncipes ó mediante una negociación particular: así, nuestra nación no se ve compelida á hacer los mismos esfuerzos que los Griegos para dominar por la palabra.

Nuestros abogados no tienen tanto ardor para ganar un pleito sobre las rentas de un particular, como los retóricos de Grecia tenían ambición de apoderarse de la autoridad suprema en la República. Un abogado nada pierde, y hasta gana dinero á veces, perdiendo el pleito que defiende. Si es joven, se apresura á informar con poca elegancia, para adquirir alguna reputación, y sin haber jamás estudiado ni el fondo de las leyes ni los grandes modelos de la antigüedad. Si tiene alguna reputación adquirida, cesa de informar y se limita á las consultas, con las cuales se enriquece. Los abogados más estimables son los que exponen con claridad los hechos, los que fijan con precisión un principio de derecho y, conforme á él, responden á las objeciones. Pero ¿dónde están los que poseen el gran arte de arrebatar por la persuasión y de conmover los corazones de todo un pueblo?

¿Osaré hablar con igual libertad de los predicadores? Dios sabe cuánto reverencio á los ministros de la palabra de Dios: pero no heriré á ninguno de ellos personalmente al notar que no todos son igualmente humildes y desinteresados. Jovenzuelos sin reputación se arrojan á predicar: el público se imagina ver que ellos buscan menos la gloria de Dios que la suya propia, y que se preocupan más de su fortuna que de la salvación de las almas. Hablan como oradores brillantes más bien que como ministros de Jesucristo y dispensadores de sus misterios: y no fué con semejante ostentación de palabras como San Pedro anunciaba á Jesús crucificado en sus sermones, que convirtieron á tantos millares de hombres. ....

*(Traducción de F. N. L.)*

## **BOSSUET.-DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL**

### **CAPÍTULO XIX. JESUCRISTO Y SU DOCTRINA**

El más sabio de todos los filósofos (Sócrates) investigando la idea de la virtud, ha encontrado que así como de todos los malos sería el peor el que supiera esconder tan bien su malicia que lograra pasar por hombre de bien y gozase por este medio de todo el crédito que puede dar la virtud, así el más virtuoso debía ser, sin dificultad, aquel á quien su virtud atrajese, por su perfección, los celos de todos los hombres, de suerte que no hubiera para él más que su conciencia y que se hallara expuesto á toda suerte de injurias, hasta verse clavado en la cruz sin que su virtud pudiera procurarle el débil recurso de eximirle de tal suplicio. ¿No parece acaso que Dios haya inspirado esta maravillosa idea de virtud al alma de un filósofo, sólo para hacerla efectiva en la persona de su hijo y

hacer ver que el justo tiene otra gloria, otro reposo, otra felicidad, en fin, que la que puede gozarse en la tierra?

Establecer esta verdad y mostrarla cumplida y visiblemente en sí mismo á expensas de su propia vida, era la mayor obra que pudiera realizar un hombre: y Dios la creyó tan grande que la reservó á aquel Mesías tan prometido, á aquel hombre de quien hizo la misma persona que su Hijo único.

En efecto, ¿qué oficio más grande podía reservarse á un Dios que bajase á la tierra? ¿Qué podía hacer más digno de él que mostrar la virtud en toda su pureza y la felicidad eterna á donde la conducen los males más extremados?

Pero si nos llegamos á considerar lo que hay de más alto y de más íntimo en el misterio de la cruz ¿qué espíritu humano podrá comprenderlo? Allí se nos muestran virtudes que sólo el Dios-hombre podía practicar. ¿Quién otro pudiera sino él ponerse en lugar de todas las antiguas víctimas, abolirlas sustituyéndoles una víctima de dignidad y mérito infinitos y hacer que desde entonces no hubiese más que él para ofrecer á Dios en holocausto? Tal es el acto de religión que Jesucristo ejerce en la cruz. ¿Podría el Padre eterno encontrar ó entre los ángeles ó entre los hombres obediencia igual á la que rinde su Hijo muy amado, cuando, no pudiendo nada ni nadie arrancarle la vida, la da voluntariamente por complacerle? ¿Qué diré de la perfecta unión de todos sus deseos con la divina voluntad y del amor por el cual se mantiene unido á Dios *que estaba en él, reconciliándose al mundo*? En esta unión incomprensible abraza á todo el género humano, pacífica cielo y tierra, se sumerge con ardor inmenso en aquel diluvio de sangre en que debía ser bautizado con todos los suyos y hace surgir de sus llagas el fuego del amor divino que va á abrasar toda la tierra.

Pero he aquí lo que excede á toda inteligencia: la justicia practicada por este Dios-hombre que se deja condenar por el mundo á fin de que el mundo quede eternamente condenado por la enorme iniquidad de este juicio. "Ahora el mundo está juzgado, y el Príncipe de este mundo va á ser arrojado de él", dice el mismo Jesucristo. El infierno, que había subyugado al mundo le va á perder: atacando al inocente se verá forzado á soltar los culpables que cautivos tenía; la maldita *obligación* por la cual éramos entregados á los ángeles rebeldes, ha sido suprimida. Jesucristo la ha colgado de su cruz, para borrarla con su sangre. El infierno, despojado, gime. La cruz es un lugar de triunfo para nuestro Salvador y los poderes enemigos siguen temblando en carro triunfal. Pero otro mayor triunfo se presenta á nuestros ojos. la misma justicia divina es vencida y el pecador que, como su víctima le era debido, arrancado de sus manos, porque ha encontrado una caución capaz de pagar por él un precio infinito. Jesucristo se une eternamente á los elegidos por quien se da; ellos son sus miembros y su cuerpo: el Padre eterno no puede mirarlos sino en su cabeza: así extiende sobre ellos el amor infinito que á su hijo tiene. Es su hijo mismo quien se lo pide, no quiere verse separado de los hombres á quienes rescató. "Oh, Padre mío—dice—quiero que estén conmigo, así estarán llenos de mi espíritu, gozarán de mi gloria y compartirán conmigo hasta mi tronco."

(Traducción de F. N. L.)

## MASSILLÓN.-SERMÓN DEL DOMINGO DE RAMOS

SEÑOR: la piedad verdadera es el orden de la sociedad. Ella deja á cada uno en su lugar, hace del estado en que Dios nos ha colocado el único camino de salvación, no pone una perfección quimérica en las obras que Dios no nos pide, no sale del orden de sus deberes para crearse otros extraños y mira como vicios las virtudes que no son de nuestro estado.

Todo cuanto perturba la armonía pública es exceso del hombre y no celo y perfección de la virtud. La religión rechaza aún las obras más santas cuando con ellas queremos sustituir á nuestros deberes, y no es nada ante Dios quien no es lo que debe ser.

Hay, pues, por decirlo así, una piedad propia de cada estado. El hombre público no es virtuoso si no tiene más que las virtudes del hombre particular: el príncipe se descarría y se pierde por el mismo camino por el cual se hubiera salvado el súbdito: y el soberano como tal puede hasta ser un criminal, en tanto que el hombre es irreprochable.

Así, el primer escollo de la piedad de los grandes es el retirarlos de las atenciones públicas y el encerrarlos en sí mismos. Como la indolencia y el amor del reposo es el vicio ordinario de los grandes, aún se hace más peligroso é incorregible cuando lo encubren con el pretexto de la virtud. La gloria puede despertar á veces en los grandes la modorra de la pereza, pero el que tiene por principio una piedad mal entendida, está alerta aun contra la gloria misma. Un resto de honor y de respeto al público y al lugar que se ocupa rompe á veces los encantos de una ociosidad vergonzosa y devuelve á los pueblos el soberano que les es debido, pero cuando este reposo indigno lo ocupan los ejercicios piadosos, se hace honorable á sus ojos, porque se sonroja uno de un vicio, pero se tiene á honra lo que se cree una virtud.

Pero, Señor, un grande, un príncipe no ha nacido para él sólo: se debe á sus vasallos. Los pueblos, al elevarle, le han confiado el poder y la autoridad y se han reservado en cambio los cuidados de él, su tiempo, su vigilancia. No es un ídolo que hayan querido crear para adorarle, es un vigilante que han puesto á la cabeza de ellos para protegerlos y defenderlos. No es una de esas divinidades inútiles que tienen ojos y no ven, lengua y no hablan, manos y no trabajan, sino de aquellos dioses que les preceden, según dice la Escritura, para guiarles y defenderles. Son los pueblos quienes, por voluntad de Dios, les han hecho lo que son: luego á ellos compete el no ser lo que son sino para los pueblos. Sí, Señor, la voluntad de la nación puso el cetro en manos de vuestros antepasados: ella los levantó sobre el pavés militar y los proclamó soberanos. El reino se hizo luego herencia de sus descendientes; pero en su origen lo debieron tan sólo al consentimiento libre de los súbditos. Su nacimiento sólo les puso al punto en posesión del trono; pero los sufragios públicos fueron quienes agregaron desde luego este derecho y prerrogativa á su nacimiento. En una palabra, como

la primera fuente de su autoridad viene de nosotros, los reyes no deben hacer uso de ella sino para nosotros. Los aduladores, Señor, os repetirán sin cesar que vos sois el amo y que á nadie debéis dar cuenta de vuestras acciones. Cierto es que nadie tiene derecho de pedir os cuenta, pero os la debéis á vos mismo y, me atrevo á decir que se la debéis á Francia, que espera en vos y á toda Europa que os contempla. Sois el amo de vuestros súbditos, pero sólo tendréis el título si no tenéis las virtudes propias de tal. Todo os es permitido; pero esta licencia es el escollo de la autoridad, lejos de ser su privilegio. Podéis descuidar las atenciones de la realeza, pero como aquellos reyes holgazanes tan deshonrados en nuestras Historias, no tendréis más que un vano nombre de rey, si no llenais las funciones augustas del cargo.

¿Qué sería, pues, este fantasma de piedad que fingiese una virtud en el rey y en los grandes del temer y evitar la disipación de los cuidados públicos: de no entregarse sino á las prácticas religiosas, como los hombres privados que no tienen que responder sino de sí mismos: de encerrarse en medio de un corto número de confidentes de sus piadosas ilusiones y de huir la vista de todo lo demás de la tierra? Señor, un príncipe se ha establecido para gobernar á los hombres; la elección de personas aptas es la primera fuente de la pública felicidad, y para escogerlas, es menester conocerlas. Nadie está en lugar debido en un estado en que el príncipe no juzga por sí mismo: el mérito es despreciado ó porque es demasiado modesto para pedir ó demasiado noble para deber su elevación á solicitudes y á bajezas. La intriga suplanta á los mayores talentos. Los hombres flexibles y limitados se elevan á los primeros puestos y los mejores súbditos permanecen olvidados...

Así, pues, las funciones esenciales á los grandes no son la oración ni la vida retirada. Estas deben prepararles para las atenciones públicas, no apartarles de ellas. Ellos deben santificarse contribuyendo á la salvación y á la felicidad de sus pueblos, y los méritos y gracias propias de su condición son méritos de trabajo, de ocupaciones y de vigilancia. Quien les promete—dice el Evangelio— que encontrarán á Jesucristo en el desierto ó en el secreto de su palacio, es un falso profeta: *ecce in deserto, ecce in penetralibus, nolite credere*. Allí estaréis solos, entregados á sí mismos. Dios no está con nosotros en las situaciones en que nada nos exige: y aquel sosiego y calma en que nos creemos más seguros, si la mano del Señor no nos conduce y nos sostiene, se convierte en el abismo donde hemos de perecer sin remedio. Una piedad retirada y ociosa no santifica al soberano, sino que le envilece y le degrada...

(Traducción de F. N. L.)



## JUAN DE LA FONTAINE.- FÁBULAS

### LIBRO V. FÁBULA II

#### La olla de barro y la olla de hierro.

Olla de hierro propuso  
á Olla de barro un viaje.  
Esta se negaba á hacerle  
diciendo á la otra:— Más vale  
que me esté arrimada al fuego,  
pues mi vejez es tan grande  
y falta para romperme  
tan poco, que el tropezarme  
cualquier cosa será causa  
de que mi existencia acabe  
y no queden de mí añicos.  
Santo y bueno que usted ande  
por caminos, que para eso  
tiene esa piel tan brillante  
muy más dura que la mía,  
pero ¿yo? *Abrenuntio diaboli.*  
—¡Bah, bah! No tenga usted miedo—  
dijo la otra, replicándole—  
pues si cualquier cosa dura  
su existencia amenazase,  
poniéndome entre usted y ella,  
lograré que usted se salve.—  
Estas galanas razones  
á Olla de barro persuaden.  
Olla de hierro su amiga  
camina, la diestra dándole  
y se van zancajeando  
por veredas y andurriales  
con el paso algo azaroso  
de dos ollas ambulantes,  
la una apoyada en la otra.  
Con tropiezos y con haches  
Olla de barro padece,  
mas aún no han marchado casi  
cien pasos cuando la pobre  
da un gran tropezón y cae

y al querer la otra auxiliarla  
veinte mil pedazos la hace,  
sin que Olla de barro tenga  
tiempo ni de confesarse.  
*No nos reunamos nunca  
más que con nuestros iguales.*

(Traducción de F. N. L.)

## BOILEAU.-ARTE POÉTICA

### CANTO II

Cual no se adorna en fiestas la aldeana  
De oro luciente ó rica pedrería,  
Mas de su prado amigo alcanza flores,  
Que da en guirnalda á sus airosas trenzas;  
Así halagüeño y con modesto porte  
Brilla sin pompa el elegante idilio.  
Su estilo, simple, ingénuo y no fastoso,  
Esquiva el lujo de pomposos versos,  
Y debe sólo á su genial dulzura,  
No á grandes frases, el placer que inspira.  
Muchos, perdiendo el hilo delicado,  
Rabel y avena de despecho arrojan,  
Y locos, en mitad de un tierno idilio,  
Hacen sonar la rumorosa trompa;  
De miedo Pan se esconde entre las cañas,  
Y huyen al agua tímidas las ninfas.  
Otros, de humor contrario, á sus pastores  
Prestan lenguaje tan villano y tosco,  
Que el desgraciado verso tristemente  
Por la tierra se arrastra envuelto en lodo;  
Cual si Ronsard grosero á inflar volviera  
La ruda avena en góticos idilios,  
Convirtiendo, á despecho del oído  
A Títiro en *Antón*, y en *Menga* á Filis.  
Sigue, si anhelas el mejor sendero,  
De Virgilio y Teócrito los pasos;  
Lee sus áureas páginas, escritas  
De mano de las Gracias, noche y día;  
Reglas del arte son sólo sus versos,  
Que lo más bajo á ennoblecer enseñan,

A pintar á Pomona en sus vergeles,  
Flora en sus campos, y de dos pastores  
Decir el dulce contender cantando;  
Lazos de amor llorar inevitables,  
A Dafne hacer laurel, flor á Narciso,  
Y con cual arte, en fin, selva y zampoña  
Pueden, á veces ser de un consul dignas.  
Tal gracia, tal valor la égloga tiene.

Con más sublime són, no más altivo,  
La flebil elegía, en negro manto,  
Suelto el cabello, entre cipreses llora:  
Gustos de amor pintando ó dulces penas,  
Conmueve ó satisfáce á la hermosura;  
Mas para propagar tan blando fuego  
Conviene amante ser más que poeta,  
¡Oh cuál la musa lánguida me enoja,  
Que de su llama siempre habla entre hielos,  
Y artificiosa, por rimar, presume  
Siempre morir ó enloquecer de amores!  
Voces son, y no más, sus graves ansias;  
Sólo por tema arrastran sus cadenas,  
Su afán bendicen, su prisión adoran,  
Y dan al juicio y la razón tormento,  
No fué en verdad, tan afectado el tono  
En que inspiraba amor los dulces versos  
Que suspiró Tibulo, ni de Ovidio  
Inflamando la tierna melodía,  
De la amorosa ciencia los arcanos  
Así dictara. Al corazón tan sólo  
Toca dar blando aliento á la alegría.

Igual en brío, y superior en pompa,  
La oda sus alas ambiciosas tiende,  
Y sube al cielo á embelesar los dioses.  
Ya en Elide abra el campo á los atletas,  
Ya al polvoroso vencedor corone,  
O á Aquiles en furor pinte á la orilla  
Del Simoente, ó al soberbio Escalda  
Haga humillarse de Lúis al yugo.  
Cual oficiosa abeja á veces vuela  
De flor en flor, los prados despojando,  
Danzas, festines, juegos ora pinta;  
Ora un beso celebra, dulce robo  
De los labios de Filis, que sin fuerza  
Le rehuye, y que á veces caprichosa,

Para dejarle arrebatat le niega;  
Y aunque sin freno al parecer delira,  
Hijo es del arte su desorden bello.

Lejos de mí los tímidos cantores  
Que al estro dan didáctica medida,  
Y no del héroe el vuelo generoso,  
Sino el hilo sutil del tiempo siguen.  
Ni osan alzar los ojos de la historia,  
Ni á Dola toman sin rendir á Lila,  
O si con versos coronistas antes  
No echan por tierra de Courtrai los muros,  
En fuego, ¡oh cuán avaro les fué Apolo!

Por probar á los galos rimadores  
Aquel singular dios, dicen que un día,  
Rígidas leyes prescribió al soneto,  
En dos cuartetos de medida iguales  
Con gracia hizo alternar dos solas rimas;  
Luego seis versos enlazó en tal modo  
Que el concepto en tercetos los separe:  
Toda licencia prohibió en tal obra,  
Fijóle el mismo número y cadencia,  
Cerró la entrada á todo verso débil,  
La misma voz no consintió dos veces,  
Y así, en fin, le adornó, que si es perfecto  
Al más largo poema en precio iguala.

(Traducción de D. Juan Bautista Arriaza.)

## PEDRO CORNEILLE.-EL CID

### ACTO III.—ESCENA IV

#### El Cid D. Rodrigo, Doña Jimena, Elvira.

*Rodrigo.* — ¡Bien! No os toméis el trabajo de perseguirme. Aseguráos el honor de quitarme la vida.

*Jimena.* — Elvira, ¿dónde estamos? ¿Qué es lo que veo? ¡Rodrigo en mi casa! ¡Rodrigo ante mi vista!

*Rod.* — No escatiméis mi sangre; gozad sin resistencia el dolor de mi pérdida y de vuestra venganza.

*Jim.* — ¡Ay de mí!

*Rod.* — Escucha.

*Jim.* — ¡Yo muero!

*Rod.* — Un momento...

*Jim.* — Déjame morir.

*Rod.* — Dos palabras sólo. Después, respóndeme con esta espada. (*Hace ademán de entregársela.*)

*Jim.* — ¡Cómo! ¡Con ese acero manchado aún de la sangre de mi padre...!

*Rod.* — Jimena mía...

*Jim.* — ¡Aparta ese objeto odioso que reprocha á mis ojos tu crimen y tu vida!

*Rod.* — Más vale que lo mires para excitar tu odio, para acrecer tu cólera y para apresurar mi castigo.

*Jim.* — Está teñido en sangre mía.

*Rod.* — Húndele en mi cuerpo y con mi sangre se lavará la mancha.

*Jim.* — ¡Ah, qué crueldad, matar en un día al padre con el hierro y á la hija con la vista! ¡Aparta de mí ese objeto, no puedo resistirlo! ¡Quieres que te escuche y me matas...!

*Rod.* — Hago lo que deseas; pero no abandono el ansia de acabar á tus manos mi deplorable vida, porque no esperes de mi afecto un cobarde arrepentimiento de una buena acción. El irreparable efecto de un ardor háto pronto deshonoraría á mi padre y me llenaría de vergüenza. Tú sabes lo que es una bofetada para un hombre de corazón. Tomé parte en la afrenta, busqué al autor de ella, le ví, vengué mi honor, vengué á mi padre. Volvería á hacerlo si fuera preciso; y no porque en contra mía y de mi padre no haya combatido largo tiempo mi amor en favor tuyo. Juzga de su poder, cuando, tras semejante ultraje, aún he reflexionado si tomaría venganza. Forzado á apesadumbrarte ó á aguantar una afrenta, he pensado que quizás mi brazo había sido muy ligero, héme acusado de violencia, y tu hermosura, sin duda, me hubiese detenido si no hubiera creído que un hombre sin honor no era digno de poseerte, y que á pesar del lugar que en tu alma ocupo, quien me amó generoso me odiaría infame; que escuchar y obedecer la voz de tu amor era hacerme indigno de él é infamar tu elección. Te lo digo y hasta el último suspiro te lo diré; te he causado una ofensa y he debido llegar hasta ella para borrar mi vergüenza, para merecerte; pero satisfecho ya el honor y vengado mi padre, vengo á satisfacerte á tí, á ofrecerte mi sangre en este lugar donde me ves. Hice lo que debí, hago ahora lo que debo. Sé que la muerte de tu padre te armó contra mí; no quiero robarte tu víctima. Inmola con valor á la sangre que perdiste aquél que cifra su gloria en haberla derramado.

*Jim.* — ¡Ah, Rodrigo! verdad es que aunque enemiga tuya, no puedo reprocharte el que hayas vengado tu infamia, y de cualquier modo que mis dolores me aflijan, no te acuso, sino que lloro mis desventuras. Yo sé lo que el honor, después de tamaño ultraje, demandaba de tu generoso valor. Has cumplido el deber de hombre de bien y, al hacerlo, me has enseñado el mío. Tu funesto valor me instruye: tu triunfo ha vengado á tu padre y sostenido tu gloria. Igual deber me pertenece: por desdicha tengo una gloria que sostener y un padre que vengar! Mas ¡ay, que tu presencia aquí me desespera! Si cualquier otra desgracia me hubiese arebatado á mi padre, mi alma hubiera encontrado en el bien de

verte el consuelo único que pudiera recibir, y mi dolor habría hallado un bálsamo precioso cuando tu querida mano enjugase mis lágrimas. Pero después de haberle perdido á él, fuerza es que te pierda á tí: tal triunfo sobre mi amor, á mi honor es debido: y este espantoso deber cuyo cumplimiento me mata me obliga á trabajar en tu propia ruina, porque, en fin, no esperes de mi afecto sentimientos cobardes para tu castigo. Por mucho que en favor tuyo amor me hable, mi generosidad debe igualar á la tuya. Tú al ofenderme, te mostraste digno de mí. Yo debo mostrarme digna de tí, matándote.

*Rod.* — No dilates, pues, lo que el honor te manda: te pide mi vida, yo te la entrego, sacrifícala á tus nobles anhelos. Dulce me será el golpe, dulce me es la sentencia. Esperar, después de mi crimen, la lentitud de la justicia fuera retrasar tu gloria tanto como mi suplicio. Feliz moriré si á tan hermosas manos muero.

*Jim.* — No, yo soy tu enemigo, no tu verdugo. Si tú me ofreces tu vida ¿soy yo quien debe tomarla? Mi deber es atacarla, el tuyo defenderla. De otro que de tí debo lograrla: debo perseguir tu crimen, no castigarle yo misma.

*Rod.* — Por mucho que en favor mío amor te hable, tu generosidad debe igualar á la mía, y no es igualarla, créeme, Jimena, pedir á brazos ajenos que venguen á un padre. Mi mano sólo ha sabido vengar la ofensa del mío. Sólo tu mano debe tomar venganza del tuyo.

*Jim.* — ¡Cruel! ¿A qué obstinarte en ello? ¡Sin mi ayuda te vengaste y ahora quieres darme la tuya! Seguiré tu ejemplo: tengo demasiado valor para sufrir que mi gloria se comparta contigo. Mi padre, mi honor nada quieren deber á los arranques de tu amor y de tu desesperación.

*Rod.* — ¡Rigoroso punto de honor! ¡Ay de mí! ¿Conque no he de conseguir esta gracia? En nombre de tu padre muerto, en nombre de nuestra amistad, castígame por venganza... ó por compasión al menos. A tu desgraciado amante le costará menos pena morir por tu mano que vivir con tu odio.

*Jim.* — No te odio.

*Rod.* — Debes odiarme.

*Jim.* — No puedo.

*Rod.* — ¿Tan poco temes á la maledicencia, á la murmuración? Cuando se sepa mi crimen y que tu amor persiste ¿qué no dirán de tí la envidia y la impos-tura? Redúcelas al silencio, salva tu fama, sin más dilación, mátame.

*Jim.* — Más brillará mi gloria dejándote vivir. Quiero que la voz de la más negra envidia levante al cielo mi fama y plañe mis dolores, sabiendo que te adoro y que te persigo. Vete, no muestres más á mi excesivo dolor lo que tengo que perder, aunque lo ame tanto. Oculta tu marcha en lo umbrío de la noche. Peligro corre mi honor; si te vieran salir de aquí. La peor ocasión que la maledicencia puede hallar es saber que he sufrido tu presencia aquí. No dejes lugar á que mi virtud sea atacada.

*Rod.* — ¡Oh, muera yo...!

*Jim.* — Vete.

*Rod.* — ¿Qué resuelves?

*Jim.* — A pesar de las hermosas llamas que devoran mi cólera, yo haré cuan-

to pueda por vengar á mi padre: pero á pesar del rigor de un deber tan crudo, mi único deseo es no poder lograrlo.

*Rod.* — ¡Oh, milagro de amor!

*Jim.* — ¡Oh, colmo de miserias!

*Rod.* — ¡Cuántos males y llantos nos cuestan nuestros padres!

*Jim.* — Rodrigo ¡quién lo hubiera creído!

*Rod.* — Jimena ¡quién lo hubiera dicho!

*Jim.* — ¡Que nuestra dicha estuviese tan cercana y se perdiera tan pronto!...

*Rod.* — ¡Y que tan cerca del puerto, de súbito, naufragase nuestra esperanza!

*Jim.* — ¡Ah, mortales dolores!

*Rod.* — ¡Ah, lamentos inútiles!

*Jim.* — Vete, vete, no quiero escucharte.

*Rod.* — Adios. Voy á arrastrar una vida moribunda hasta que me sea arrebatada por tu demanda.

*Jim.* — Si lo consigo, te juro por mi fe que no te sobreviviré ni un instante. Adios. Sal con precaución, que nadie te vea...

(Traducción de F. N. L.)

## MOLIÈRE.-EL MÉDICO Á PALOS

### ACTO II, ESCENA III

**Bartolo, Ginés, Don Jerónimo, Lucas, Andrea.**

(Salen por la derecha Ginés y Bartolo, éste vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y bastón.)

*Ginés.* — Aquí tiene usted, señor don Jerónimo, al estupendo médico al doctor infalible, al pasmo del mundo.

*D. Jerónimo.* — Me alegro mucho de ver á usted y de conocerle, señor doctor.

(Se hacen una cortesía uno á otro con el sombrero en la mano.)

*Bartolo.* — Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

*D. Jeró.* — ¿Hipócrates lo dice?

*Bar.* — Sí, señor.

*D. Jeró.* — ¿Y en qué capítulo?

*Bar.* — En el capítulo de los sombreros.

*D. Jeró.* — Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer. (Los dos se ponen el sombrero.)

*Bar.* — Pues como digo; señor médico, habiendo sabido...

*D. Jeró.* — ¿Con quién habla usted?

*Bar.* — Con usted.

*D. Jeró.* — ¿Conmigo? Yo no soy médico.

*Bar.* — ¿No?

*D. Jeró.* — No, señor.

*Bar.* — ¿No? Pues ahora verás lo que te pasa. (*Arremete hacia él con el bastón levantado en ademán de darle de palos. Huye D. Jerónimo, los criados se ponen por delante y detienen á Bartolo.*)

*D. Jeró.* — ¿Qué hace usted, hombre?

*Bar.* — Yo te haré que seas médico á palos, que así gradúan en esta tierra.

*D. Jeró.* — Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habéis traído aquí?

*Gi.* — ¿No le dije á usted que era muy chancero?

*D. Jeró.* — Sí; pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

*Lucas.* — No le dé á usted cuidado. Si lo hace por reir.

*Gi.* — Mire usted, señor facultativo, este caballero, que está presente, es nuestro amo, y padre de la señorita que usted ha de curar.

*Bar.* — ¿El señor es su padre? ¡Oh! perdone usted, señor padre, esta libertad que...

*D. Jeró.* — Soy de usted...

*Bar.* — Yo siento...

*D. Jeró.* — No ha sido nada. (*Aparte: ¡Maldita sea tu casta!...*) Pues, señor, vamos al asunto. (*Saca la caja, se la presenta á Bartolo y él toma un polvo con afectada gravedad.*) Yo tengo una hija muy mala...

*Bar.* — Muchos padres se quejan de lo mismo.

*D. Jeró.* — Quiero decir que está enferma.

*Bar.* — Ya, enferma.

*D. Jeró.* — Sí, señor.

*Bar.* — Me alegro mucho.

*D. Jeró.* — ¿Cómo?

*Bar.* — Digo que me alegro de que su hija de usted necesite de mi ciencia, y ojalá que usted y toda su familia estuviesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.

*D. Jeró.* — Viva usted mil años, que yo le estimo su buen deseo.

*Bar.* — Hablo ingenuamente.

*D. Jeró.* — Ya lo conozco.

*Bar.* — ¿Y cómo se llama su niña de usted?

*D. Jeró.* — Paulita.

*Bar.* — ¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!... Y esta doncella ¿quién es?

*D. Jeró.* — Esta doncella es mujer de aquél. (*Señalando á Lucas.*)

*Bar.* — ¡Oiga!

*D. Jeró.* — Sí, señor... Voy á hacer que salga aquí la chica para que usted la vea.

*Andrea.* — Durmiendo quedaba.

*D. Jeró.* — No importa: la despertamos. Ven, Ginés.

*Gi.* — Allá voy. (*Vanse los dos por la izquierda.*)



ESCENA IV

**Bartolo, Andrea, Lucas.**

*Bartolo (Acercándose á Andrea con ademanes y gestos expresivos).*— ¿Con que usted es mujer de ese mocito?

*And.*— Para servir á usted.

*Bar.*— ¡Y qué frescota es! ¡Y qué... Regocijo da el verla!... ¡Hermosa boca tiene!... ¡Ay, qué dientes tan blancos, tan igualitos, y qué risa tan graciosa!... ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos más habladores ni más traviesos.

*Luc.*— (*Aparte.* ¡Habrà demonio de hombre! ¡Pues no la está requebrando el maldito!...) Vaya, señor doctor, mude usted de conversación, porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se pone usted á decir arrumacos á mi mujer? Yo no sé como no cojo un garrote, y le... (*Mirando por el teatro si hay algún palo; Bartolo le detiene.*)

*Bar.*— Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han de examinar de médico?

*Luc.*— Pues cuenta con ella.

*And.*— Yo reviento de risa. (*Encaminándose á recibir á doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con D. Jerónimo y Ginés.*)

ESCENA V.

**Don Jerónimo, doña Paula, Ginés, Lucas, Bartolo, Andrea.**

*D. Jeró.*— Animate, hija mía, que yo confío en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas. (*Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona con Bartolo y su padre. Los criados detrás en pie.*)

*Bar.*— ¿Con que esta es su hija de usted?

*D. Jeró.*— No tengo otra, y si se me llegara á morir me volvería loco.

*Bar.*— Ya se guardará muy bien. Pues qué, ¿no hay más que morirse sin licencia del médico? No, señor; no se morirá.... Vean ustedes aquí una enferma, que tiene un semblante capaz de hacer perder la chabeta al hombre más tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro á usted.... ¡Bonita cara tiene!

*Doña Pau.*— ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!

*D. Jeró.*— Vaya, gracias á Dios que se ríe la pobrecita.

*Bar.*— ¡Bueno! ¡Gran señal!, ¡gran señal! Cuando el médico hace reír á las enfermas es linda cosa.... Y bien, ¿qué la duele á usted?

*Doña Pau.*—Ba, ba, ba.

*Bar.*—¿Eh? ¿Qué dice usted?

*Doña Pau.*—Ba, ba, ba.

*Bar.*—Ba, ba, ba. ¿Qué diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

*D. Jeró.*—Pues ese es su mal. Ha venido á quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea usted qué desconsuelo para mí.

*Bar.*—¡Qué bobería! Al contrario, una mujer que no habla es un tesoro. La mía no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaría muy bien de curarla.

*D. Jeró.*—A pesar de eso, yo le suplico á usted que aplique todo su esmero á fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

*Bar.*—Se la aliviará, se la quitará; pierda usted cuidado. Pero es curación que no se hace así como quiera. ¿Come bien?

*D. Jeró.*—Sí, señor, con bastante apetito.

*Bar.*—¡Malo!..... ¿Duerme?

*And.*—Sí, señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

*Bar.*—¡Malo!..... ¿Y la cabeza la duele?

*D. Jeró.*—Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

*Bar.*—¿No? ¡Malo!..... Venga el pulso..... Pues, amigo, este pulso indica..... ¡Claro! está claro.

*D. Jeró.*—¿Qué indica?

*Bar.*—Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

*D. Jeró.*—¿Secuestrada?

*Bar.*—Sí por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho: curará.

*D. Jeró.*—Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

*Bar.*—Este accidente ha podido proceder y procede (según la más recibida opinión de los autores) de habersele interrumpido á mi señora doña Paula el uso expedito de la lengua.

*D. Jeró.*—¡Este hombre es un prodigio!

*Lu.*—¿No se lo dijimos á usted?

*And.*—Pues á mí me parece un macho.

*Lu.*—Calla.

*D. Jeró.*—Y, en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacer?

*Bar.*—Se puede y se debe hacer... El pulso... (*Tomando el pulso á doña Paula.*) Aristóteles en sus protocolos habló de este caso con mucho acierto.

*D. Jeró.*—¿Y qué dijo?

*Bar.*—Cosas divinas... La otra... (*La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.*) A ver la lengüecita... ¡Ay, qué monería!... Dijo... ¿Entiende usted el latín?

*D. Jeró.*—No, señor; ni una palabra.

*Bar.*—No importa. Dijo: *Bonus bona bonum uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus; amarylída sylvas.* Que quiere decir que esta falta de coagulación en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores... acres, proclives, espontáneos y

corruptentes. Porque como los vapores que se elevan de la región... ¿Están ustedes?

*And.* — Sí, señor; aquí estamos todos.

*Bar.* — De la región lunfbar, pasando desde el lado izquierdo, donde está el hígado, al derecho, en que está el corazón, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo: de aquí es, según la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria), que la malignidad de dichos vapores... ¿Me explico?

*D. Jeró.* — Sí, señor, perfectamente.

*Bar.* — Pues, como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo doces, docere, docui, doctum, ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua...* ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

*D. Jeró.* — Cuanto hay que decir.

*Gi.* — Es mucho hombre este.

*D. Jeró.* — Solo he notado una equivocación en lo que...

*Bar.* — ¿Equivocación? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

*D. Jeró.* — Creo que dijo usted que el corazón está al lado derecho y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

*Bar.* — ¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejeces? Sí, señor, antiguamente eso sucedía, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

*D. Jeró.* — Perdone usted, si en esto he podido ofenderle.

*Bar.* — Ya está usted perdonado. Usted no sabe latín, y por consiguiente está dispensado de tener sentido común.

*D. Jeró.* — ¿Y qué le parece á usted que debemos hacer con la enferma?

*Bar.* — Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se le darán unas buenas friegas..... bien que eso yo mismo lo haré....., y después tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

*And.* — ¡Qué disparate!

*D. Jeró.* — ¿Y para qué es buena la sopa en vino?

*Bar.* — ¡Ay, amigo, y qué falta le hace á usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática, que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

*D. Jeró.* — Pues no lo sabía.

*Bar.* — Si usted no sabe nada.

*D. Jeró.* — Es verdad que no he estudiado, ni.....

*Bar.* — ¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted cómo á los loros los atracan de pan mojado en vino?

*D. Jeró.* — Sí, señor.

*Bar.* — ¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos también á doña Paulita, y dentro de muy poco hablará más que siete papagayos.

*D. Jeró.* — Algún ángel le ha traído á usted á mi casa, señor doctor..... Vamos,

hijita, que ya querrás descansar.... Al instante vuelvo, señor don.... ¿Cómo es su gracia de usted?

*Bar.* — D. Bartolo.

*D. Jeró.* — Pues así que la deje acostada seré con usted, señor don Bartolo...., (*Se levantan los tres*). Ayuda aquí despacio, Andrea.... Despacio.

*Bar.* — Taparla bien, no se resfríe. Adiós, señorita.

(*Traducción y arreglo de D. Leandro F. de Moratín.*)

## RACINE.-FEDRA

### ACTO II.-ESCENAS IV Y V

**Hipólito, hijo de Teseo, rey de Atenas.— Fedra, mujer de Teseo y madrastra de Hipólito.— Enone, confidente y nodriza de Fedra.— Terámenes, preceptor de Hipólito.**

*Hipólito, á Terámenes.* — ¿Todo está pronto, amigo?... Pero la reina se acerca. Vete, que todo se prepare para la marcha. Haz que se den las señales, corre, ordena y vuelve á librarme pronto de este enojoso coloquio.

*Fedra, á Enone.* — Héle aquí: toda mi sangre se agolpa al corazón. Al verle, se me olvida cuanto iba á decirle.

*Enone.* — Acordáos de vuestro hijo, que no espera sino en vos.

*Fedra, á Hipólito.* — Dicen, señor, que pronto vais á separaros de nosotros, que partís. A vuestros dolores quiero juntar mis lágrimas. Quiero explicaros los temores que por mi hijo siento. Mi hijo no tiene ya padre y no está lejano el día que le hará testigo de mi muerte. Mil enemigos le combaten ya, de niño. Sólo vos podéis defenderle contra ellos... Pero un secreto remordimiento agita mi alma: temo haber cerrado vuestros oídos á sus quejas. Tiemblo que vuestra justa cólera persiga en él á su odiosa madre.

*Hipólito.* — Señora, no tengo tan bajos sentimientos.

*Fedra.* — Aun cuando me odiáseis, no me quejaría, señor: me habéis visto consagrada á haceros daño, dedicando todos mis anhelos á vuestra enemistad, no pudiendo sufriros cerca de mi morada, declarándome contra vos en público y en secreto, queriendo verme separada de vos por el mar y aun prohibiendo por una ley terminante que se pronunciase ante mí vuestro nombre. Pero si por la ofensa ha de medirse el castigo, si mi odio puede solamente concitar vuestro odio, nunca hubo mujer más digna de compasión ni menos merecedora, señor, de vuestra enemistad.

*Hip.* — Una madre celosa de los derechos de sus hijos rara vez perdona al hijo de otra esposa. Lo sé bien, señora: las importunas sospechas son frutos co-

munes de las segundas nupcias. Cualquier otra me hubiera tomado la misma ojeriza y quizás me hubiese causado peores ultrajes.

*Fed.* — ¡Ah, señor! al cielo pongo por testigo de que ha querido exceptuarme de esa ley! ¡Muy distintos ardores me turban y me devoran!

*Hip.* — Señora, no es tiempo aún de que os turbéis; quizá vuestro esposo vive todavía. Acaso el cielo ha concedido á nuestras súplicas su feliz retorno. Neptuno le protege y este dios tutelar no será invocado en vano por mi padre.

*Fed.* — No se visita dos veces la mansión de los muertos, señor: y pues Teseo vió antaño sus sombrías riberas, en vano esperáis que un dios os le devuelva. El avaro Aqueronte no soltará su presa. Pero... ¿qué digo? Muerto no está, puesto que respira en vos. Siempre ante mis ojos creo ver á mi esposo: le veo, le hablo y mi corazón... yo desvarío, señor: mi loco ardor se declara á mi pesar...

*Hip.* — Bien veo los prodigiosos efectos de vuestro amor. Aun después de muerto, Teseo está presente á vuestros ojos. Su amor sigue abrasando vuestra alma.

*Fed.* — Si, príncipe, desfallezco, me consumo por Teseo. Le amo, no tal como le vieron los infiernos, voluble adorador de mil objetos-variados que fué á deshonorar el tálamo del dios de los muertos, sino leal, altanero y un poco feroz, hermoso, joven, arrastrando tras sí los corazones, tal como nos pintan á los dioses... tal como os veo á vos. Tenía vuestro porte, vuestros ojos, vuestra habla: ese noble pudor embellecía su semblante, cuando atravesó los mares de nuestra Creta, digno objeto de las ansias de las hijas de Minos. ¿Qué hacíais vos entonces? ¿Por qué, sin Hipólito reunió á la flor de los héroes de Grecia? ¿Por qué, demasiado joven entonces, no pudísteis entrar en el barco que á nuestra isla le llevó? Por vos hubiera perecido el monstruo de Creta, á pesar de todas las vueltas del Laberinto: para sacaros con bien de tal confusión, mi hermana habría puesto en vuestra mano el hilo fatal... Pero no, yo me habría adelantado á ella: el amor me hubiese inspirado tal pensamiento. Yo hubiera sido, príncipe, yo quien os hubiese guiado al través del fatigoso Laberinto, yendo en persona delante de vos, no fiándome en un delgado hilo frágil para salvar vuestra amada existencia. Compañera vuestra en los peligros, Fedra habría bajado con vos al Laberinto y con vos se hubiera salvado ó hubiese perecido.

*Hip.* — ¡Dioses, qué es lo que oigo!... Señora ¿olvidáis que Teseo es mi padre y vuestro esposo?

*Fed.* — ¿Y por qué pensáis que he perdido la memoria, príncipe, ó que he perdido todo miramiento á mi reputación?

*Hip.* — Perdonad, señora; declaro, sonrojándome, que interpretaba torpemente vuestras palabras. Tal vergüenza siento que no puedo soportar vuestra vista. Me voy...

*Fed.* — ¡Ah, cruel, harto bien me entendiste! Te he dicho bastante para que no erraras. Pues bien; conoce á Fedra en todo su furor. Te amo: y no entiendas que porque te amo, me creo inocente y me disculpo, ni que una complacencia cobarde haya alimentado el veneno de la pasión que perturba mi entendimiento. Objeto infortunado de las celestes venganzas, aún me aborrezco yo más que

tú me odias. Los dioses me son testigos, esos dioses que han encendido en mis entrañas este fuego fatal; esos dioses que han tenido la cruel vanagloria de seducir el corazón de una débil mortal. Recuerda tú mismo lo pasado; no sólo huí de tí, pero te arrojé: quise parecerte odiosa; inhumana; para mejor resistir, provoqué tu odio. ¿De qué me han servido tan inútiles empeños? Cuanto más me odiabas, menos dejaba de amarte; tus desgracias te prestaban nuevos halagos á mis ojos. He languidecido, me he resecao, entre fuego y lágrimas. Si tus ojos pudieran mirarme un momento, ellos te persuadirían. ¿Qué digo? Esta confesión, esta vergonzosa confesión que te hago, ¿creés que sea voluntaria? Temblando por mi hijo á quien no puedo traicionar, venía á suplicarte que no le odiases. ¡Flacos propósitos de un corazón demasiado lleno de amor! ¡Ay de mí! No he podido hablarte sino de tí mismo. ¡Véngate, castiga esta pasión incestuosa! ¡Digno hijo del héroe que te engendró, libra al universo de este monstruo que te irrita! ¡La viuda de Teseo osa amar á Hipólito! Créeme, este monstruo espantoso no debe escapar á tu venganza. Aquí está mi corazón. Aquí es donde tienes que herir. Ya impaciente de vengar su ofensa, siento adelantarse tu mano. (*Hipólito, dudoso, desenvaina la espada*). Hierre: ó si me crees indigna de tu castigo, si tu odio no me concede el dulce suplicio de ser muerta á tus manos, si no quieres mancharlas en sangre tan vil como la mía, ya que no tu brazo, préstame tu acero. (*Le toge la espada*). Dame.

*Enone.* — ¡Qué hacéis, señora! ¡Justos dioses! Alguien viene. Venid, huyamos, escondamos tan triste vergüenza...

(Traducción de F. N. L.)

## ÉPOCA POSTCLÁSICA

### EL DUQUE DE SAINT-SIMÓN.- MEMORIAS

*Duelo de Luis XIV.* — La muerte de Luis XIV no fué sentida de nadie más que de sus criados íntimos, de algunas pocas personas y de los jefes del asunto de la constitución. Su sucesor no tenía edad para sentirle. *Madama* no sentía por él más que temor y cierta decorosa adhesión.

La señora Duquesa de Berry no le quería y pensaba reinar después de él. El duque de Orleans no había sido pagado para llorarle y los que lo fueron no se tomaron semejante trabajo. *Madama de Maintenón* estaba hastiada del rey, desde la muerte de la Delfina: no sabía qué hacer con él ni cómo distraerle, y su violencia era triple porque él andaba siempre con ella y con ella iba á muchas partes. Su salud, sus queñaceres y los manejos é intrigas que habían hecho conseguirlo todo, ó, para hablar con más exactitud, arrancarlo todo para el duque del Maine, habían hecho sufrir continuamente malos humores, y á veces arranques desagradables á *madama de Maintenon*. Ella había conseguido ya

cuanto deseaba, así que, aun cuando perdiese bastante, perdiendo al rey, al sentirse libre de él, no fué capaz de otro sentimiento. Después, el aburrimiento y el vacío en que se vió la apesadumbraron algo, pero como desde su viudez y retiro no influyó en nada, no hay para qué hablar de ella, ni de las ocupaciones en que se empleó.

Hemos visto qué bárbara é indecente alegría produjo en el duque del Maine la proximidad de la omnipotencia. La tranquilidad glacial de su hermano no aumentó ni disminuyó por ello. La señora duquesa, libre ya de todo vínculo, no teniendo necesidad del apoyo del rey, no sentía sino miedos y zozobras y no podía aguantar á madama de Maintenon. No podía dudar de la parcialidad del rey por el duque del Maine en el pleito de la sucesión del señor príncipe: toda su vida la censuraron que no tenía corazón sino hiel, con lo cual se encontraba muy á su gusto y en toda libertad, y no tenía por ello grandes escrúpulos.

La señora duquesa de Orleans me sorprendió: yo esperaba que al menos ella demostrase algún dolor, pero sólo la ví derramar algunas lágrimas como las que, por cualquier motivo, solían brotar de sus ojos y que pronto se secaron. Se metió en la cama, lo cual le agradaba mucho, y con ello suplió á toda manifestación de dolor, sumergiéndose en la obscuridad, que tampoco le disgustaba, pero muy luego los cortinajes de las ventanas se descorrieron y sólo de vez en cuando, por el bien parecer, manifestó un decoroso duelo.

En cuanto á los príncipes de la sangre, eran unos niños. La duquesa de Ventadour y el mariscal de Villeroy representaron un poco la comedia, pero nadie se tomó el cuidado de imitarles. Algunos cortesanos viejos y vulgares, como Dangeau, Caboye y algunos pocos más, que se veían fuera de toda mesura, aunque la situación de que acababan de caer era poco apetecible, lamentaron bastante no encontrarse ya entre la muchedumbre de tontos, ignorantes y advenedizos, cuya conversación era la diversión cotidiana de una corte que con el rey se extinguía.

Cuantos la componían se encontraban de dos maneras: los unos con esperanzas de figurar, de entrometerse, de mangonear, estaban gozosos al ver acabarse un reinado del cual ya nada podían esperar: los otros, rendidos de un yugo tan pesado y angustioso como el de los ministros del rey, más bien que del rey mismo, estaban satisfechos al verse desembarazados de él: y todos en general, al hallarse libres de una continua molestia y enamorados de las novedades.

París, harto de una dependencia que le había aherrojado completamente, respiró con la esperanza de gozar de alguna libertad y con la alegría de ver hundirse la autoridad de tantos como abusaban de ella. Las provincias, desesperadas por su ruina y aniquilamiento, resollaron y saltaron de alegría: y los parlamentos y toda suerte de magistraturas, anuladas por los edictos y evocaciones se lisonjearon, los primeros al recobrar su representación, las otras al verse emancipadas por fin. El pueblo arruinado, aplastado, desesperado, dió gracias á Dios, con un tumulto escandaloso, por aquella liberación en que tenía puestos sus de-

seos más ardientes. Los extranjeros contentísimos, en fin, de haberse deshecho, tras tan largo transcurso de años, de un monarca que les había impuesto la ley tan luengamente, y que, por una especie de milagro, se les había escapado en el momento en que más seguramente reputaban tenerlo sujeto por fin, disimularon su alegría con harto más decoro que los franceses. Las maravillas de los tres primeros cuartos de aquel reinado de más de setenta años y la personal magnanimidad de aquel rey, hasta entonces tan dichoso y después tan abandonado de la fortuna, durante el último cuarto de su reino, les tenían justamente deslumbrados. Tuvieron, pues, á honor el rendirle después de muerto lo que constantemente le negaron cuando vivo. Ninguna corte extranjera aparentó alegrarse: todas compitieron en alabar y honrar su memoria.

El emperador celebró un duelo como si se tratara de su padre, y aun cuando transcurrieron cuatro ó cinco meses desde la muerte del rey hasta el Carnaval, prohibió en Viena todo género de diversiones, y la prohibición fué observada exactamente. Lo monstruoso fué que, en los últimos días de Carnaval, hubo un baile único con una especie de festejo que el conde de Luc, embajador de Francia, tuvo la poca vergüenza de dar á las damas que se le quejaron del aburrimiento de aquel Carnaval tan tristón. Aquella complacencia no le hizo estimable en Viena, ni en parte alguna. En Francia, nos contentamos con ignorarlo.

En cuanto á nuestros ministros y los intendentes de las provincias, los hacendistas y cuanto se puede llamar la canalla, éstos sí que sintieron toda la extensión de su pérdida. Veamos ahora si el reino tuvo ó no razón para los sentimientos que mostró y si salió ganando ó perdiendo . . . . .

*(Traducción de F. N. L.)*

## MONTESQUIEU.-CARTAS PERSAS

RICA Á USBEK, Á... (CARTA LIX)

El otro día estuve en una casa donde había una concurrencia de todo género de gente, y hallé que regentaban la conversación dos viejas que se habían afanado en balde toda la mañana por remozarse. — Confesemos — decía una — que son muy distintos los hombres de ahora de los que tratábamos cuando jóvenes; aquéllos eran corteses, amables, complacientes; pero ahora son de una grosería inaguantable. — Todo ha mudado — dijo entonces uno que me pareció enfermo de gota —; no es ahora el tiempo como antes era; cuarenta años ha todo el mundo gozaba buena salud, corría, estaba alegre, sólo se pensaba en bailes y diversiones y ahora todo el mundo se muere de melancolía. De allí á un rato empezó á hablarse de política. — Por vida mía — exclamó un señor anciano — que no hay ahora gobierno; déme un ministro que se parezca al Sr. Colbert; muy amigo mío era el Sr. Colbert; amigo de veras; todas mis pensiones me las pagaba antes que



á ninguno; ¡qué bien arreglada que estaba la real hacienda! Todo el mundo estaba rico, y ahora no tengo yo un cuarto. — Habla usted, caballero — dijo entonces un eclesiástico — del tiempo más portentoso de nuestro invicto monarca. ¿Puede darse cosa más sublime que lo que en aquella época hizo por extirpar la herejía? — ¿Y le parece á usted friolera la abolición de los duelos? — interrumpió muy satisfecho uno que hasta entonces no había desplegado la boca. — Muy prudente es la observación — me dijo otro al oído —, ese está prendado del edicto, y con tanto escrúpulo le cumple, que hace medio año que aguantó cien palos por no violarle.

Se me figura, Usbek, que siempre juzgamos las cosas en virtud de cierto retroceso secreto en nosotros mismos, y no me maravillo de que pinten los negros al diablo blanco como la nieve y á sus dioses negros como el azabache; y finalmente de que representen todos los idólatras con semblante humano á sus dioses, haciéndolos participar de todas sus pasiones. Han dicho muy bien que si hicieran los triángulos un Dios, le darían tres lados.

Cuando veo, querido Usbek, entes que, arrastrando por encima de un átomo (que no es la tierra otra cosa que un punto en el universo), se representan buenamente como dechados de la providencia, no sé cómo se puede conciliar tanmaña locura con tanta pequeñez.

*(Traducción de D. José Marchena.)*

## VOLTAIRE.—DICCIONARIO FILOSÓFICO

*Alcorán.* — ..... ¡El tal Mahoma, hijo de Abdalah, era un sublime y osado charlatán! En el décimo capítulo dice: ¿Quién otro sino Dios puede haber compuesto el Alcorán? Se dirá que es Mahoma quien ha forjado este libro. Pues bien, intentad escribir un capítulo que se le parezca, ayudándoos con todos los medios que queráis. Y en el capítulo diecisiete exclama: «¡Loor al que ha transportado durante una noche á su servidor desde el sagrado templo de la Meca á Jerusalem!». Es un viaje bastante bonito, pero aún es mejor el que hizo de planeta en planeta aquella misma noche y en el cual vió muy lindas cosas. Supone que había quinientos años de camino de un planeta á otro y que él hendió la luna en dos pedazos. Sus discípulos, los que reunieron solemnemente los versículos del Alcorán, después de su muerte, suprimieron este viaje del cielo. Sin duda temían á la gente burlona y á los filósofos: lo cual era, en verdad, demasiado escrúpulo, pues podían fiarse de los comentaristas, que ya hubieran sabido explicar el itinerario. Los amigos de Mahoma debían saber por experiencia que lo maravilloso es la razón del pueblo. Los sabios lo contradicen en secreto, pero el pueblo les hace callar. Lo malo es que al suprimir lo del itinerario de los planetas, se quedaron en el texto algunas frasecillas trasconejadas sobre la aventura de la luna. No se puede estar en todo.

El Alcorán es una rapsodia sin ilación, ni orden, ni arte. Suele decirse, no

obstante, que este libro tan aburrido es un hermoso libro: me refiero á los árabes, quienes aseguran que está escrito con una pureza y una elegancia á que nadie ha llegado después. Es un poema ó una especie de prosa rimada que contiene seis mil versos. No hay poeta alguno cuya persona y cuyas obras hayan logrado tamaña fortuna. Se discutió entre los musulmanes si el Alcorán era eterno ó si Dios lo había creado para dictárselo á Mahoma. Los doctores decidieron que era eterno, y tenían razón, porque esto de la eternidad es mucho más lindo que la otra opinión. Con el vulgo conviene siempre sostener la opinión más increíble...

Mahoma dejó en su ley no pocas cosas que ya encontró establecidas entre los árabes: la circuncisión, el ayuno, el viaje de la Meca, que estaba en uso cuatro mil años antes de él, las abluciones, tan necesarias á la salud y á la limpieza en un país ardiente donde la ropa interior era desconocida, y en fin, la idea de un juicio final, que los magos habían establecido siempre y que había llegado á los árabes. Se dice que como anunciaba Mahoma que se resucitaría sin traje alguno, á su mujer Aixa le pareció la cosa algo inmodesta y peligrosa. — Vamos, mujer — contestó Mahoma — en semejante ocasión nadie tendrá ganas de reír. Según el Alcorán, un ángel debe pesar á los hombres y á las mujeres en una gran romana; idea que tomó también de los magos. De ellos copió también el puente agudo que es menester pasar después de la muerte y su *jannat* donde los bienaventurados musulmanes encontrarán baños, habitaciones bien amuebladas, hermosos lechos y huríes con grandes ojos negros. Verdad es que dice que todos estos placeres de los sentidos, aunque necesarios á quienes resuciten con sentidos, no se aproximan ni aun remotamente al placer de la contemplación del Sér Supremo. Mahoma tiene la humildad de declarar en su Alcorán que él mismo no irá á la gloria por sus propios méritos, sino por la pura voluntad de Dios. Y esta misma voluntad divina es quien ordena que la quinta parte del botín de guerra se entregue sin falta al profeta.

No es cierto que excluya del Paraíso á las mujeres. No hay la menor apariencia de que un hombre tan listo quisiera ponerse á mal con esa mitad del género humano que conduce á su antojo á la otra. Abulfeda refiere que una vieja le importunaba un día preguntándole qué era necesario hacer para ir al Paraíso. — Amiga -- le dijo Mahoma -- el Paraíso no es para las viejas. -- La buena mujer se echó á llorar y el Profeta, para consolarla, díjole: No habrá viejas allí, porque al entrar se remozarán. -- Esta doctrina consoladora se ve confirmada en el capítulo cincuenta y cuatro del *Alcorán*.

(Traducción de F. N. L.)

## VOLTÁIRE.-EL HOMBRE DE LOS CINCUENTA DUCADOS

Quiero que sepa el universo que tengo una tierra que me valdría 50 ducados limpios, si no fuese por los tributos que paga.

Salieron varios edictos de algunas personas que, hallándose de vagar go-

biernan el Estado desde un rincón de su chimenea, y era el preámbulo de dichos edictos que *la potencia legisladora y ejecutora por derecho divino es copropietario de mi tierra*, y le debo la mitad, cuando menos, de cuanto como. Santi-güeme tres veces contemplando en la enormidad del estómago de la potencia legisladora y ejecutora.

¿Pues qué sería si esta potencia, que preside el *orden esencial de las sociedades*, se llevara mi tierra toda entera? Cosa más divina todavía fuera ésta que la otra.

El excelentísimo señor ministro de Hacienda sabe muy bien que, contándolo todo, no pagaba yo más que 44 reales, lo cual ya era para mí una carga muy pesada, y que no hubiera podido sobrellevar si no me hubiera favorecido Dios con la habilidad de hacer cestos de mimbre, con lo cual ganaba para subvenir á mi pobreza. ¿Pues cómo he de poder dar de repente al rey 25 ducados?

En su preámbulo decían también los nuevos ministros que los campos son los únicos que deben pagar, porque todo, hasta las lluvias, viene de la tierra; y que, por consiguiente, los frutos de la tierra son los únicos que deben la contribución.

Durante la última guerra vino uno de esos alguaciles á mi casa, y me pidió por mi cupo tres fanegas de trigo y un costal de habas, valor en todo de 26 ducados, para continuar la guerra que se estaba haciendo, sin que haya podido averiguar por qué, y sin saber otra cosa sino que en la tal guerra, según decían, no iba la Francia á ganar nada y aventuraba perder mucho.

Como á la sazón no tenía trigo, ni habas, ni un ochavo, la potencia legisladora y ejecutora me hizo meter en la cárcel, y continuó la guerra como Dios le dió á entender.

Al salir del calabozo con sólo el pellejo y los huesos, topé de manos á boca con un hombre rollizo y colorado, que iba en un coche de seis caballos, con seis lacayos detrás, á cada uno de los cuales le daba un salario del doble de lo que tenía; su mayordomo, que estaba tan de buen pasar como él, ganaba 8.000 reales de salario cada año, y robaba otros 80.000; su mozo no le costaba más que 40.000 ducados cada medio año. A este sujeto le había yo conocido cuando estaba más pobre que yo, y para mi consuelo me dijo que disfrutaba de una renta corta de millón y medio de reales. Según eso paga V. 750.000 al Estado, le dije, para sustentar la ventajosísima guerra que estamos haciendo, porque yo que no tengo más que 50 ducados de renta pago la mitad.

¿Yo contribuir á las urgencias del Estado!, me dijo. Usted se chancea, amigo. He heredado á un tío que había ganado 30.000.000 de reales en Cádiz y en Surate; y no soy dueño ni de un celemn de tierra; todo mi caudal consiste en créditos sólidos y buenas letras de cambio; con que así nada debo al Estado. Usted que es señor de tierras sí que debe pagar la mitad de su subsistencia. ¿Pues no ve que si me pidiese el ministro de Hacienda algún socorro para la patria, sería un majadero que no entendiera el cálculo? Todo viene de la tierra; el dinero y los vales no son otra cosa que prendas de las permutas; en vez de poner á un naipe á la banca 100 cargas de trigo, 100 vacas, 1.000 carneros y 200

fanegas de cebada, pongo yo un montón de oro que representa todos esos miserables géneros; y si después de haber cobrado la única contribución sobre dichos géneros me pidieran más dinero, ya ve V. que sería doble carga y pelir dos veces una misma cosa. Mi tío vendió en Cádiz valor de 8.000.000 de reales de trigo de Francia, y otros ocho de tejidos de lana, y en estas dos ventas ganó más de un 100 por 100. Bien ve V. que esta ganancia la hizo sobre tierras que habían pagado ya; lo que mi tío le compraba á V. por dos reales, lo vendía en Méjico por 200, y deducido todo gasto ganó 30.000.000. Ya ve V., que fuera una injusticia horrorosa cobrarle un solo maravedí de los reales dos que á V. había pagado. Si veinte sobrinos como yo, cuyos tíos en Méjico, en Buenos Aires, en Lima, en Surate ó en Pondichery, hubiesen ganado 30.000.000, prestaran al Estado 750.000 reales cada uno en una necesidad urgente, el tal empréstito ascendería á 1.000.000 de pesos; figúrese V. horror tamaño. Porque V., amiguito, pues disfruta en paz una renta de 50 ducados limpios de polvo y paja; sirva con celo la patria, y véngase de cuando en cuando á comer con mis criados.

Tan plausible razonamiento dió mucha materia á mis meditaciones, pero no fué parte para consolarme.

(Traducción de D. José Marchena.)

## DIDEROT.-PENSAMIENTOS SOBRE LA INTERPRETACIÓN DE LA NATURALEZA

No sé si hay alguna relación entre el espíritu del juego y el genio matemático; pero hay mucha entre un juego y las Matemáticas.

Dejando aparte lo que la suerte da de incertidumbre de un lado, ó comparándolo con lo que la abstracción pone de inexactitud de otro, una partida de juego puede considerarse como una serie indeterminada de problemas que hay que resolver con ciertos datos. No hay cuestión matemática á que no pueda convenir la misma definición; y el asunto del matemático no tiene más existencia en la naturaleza que el del jugador; de una parte y de otra, todo es convencional. Al desacreditar los géometras á los metafísicos, estaban muy lejos de pensar que toda su ciencia no era sino una metafísica. Se preguntaba un día:—¿Qué es un metafísico? Un geómetra respondió:—Un hombre que nada sabe. Los químicos, los físicos, los naturalistas y todos los que se dedican al arte experimental, no menos equivocados en su juicio, se han encargado de vengar al metafísico y de aplicar la misma definición al geómetra, diciendo:—¿Para qué sirven todas esas profundas teorías de los cuerpos celestes, todos esos enormes cálculos de la astronomía racional, si no dispensan á Bradley ni á Le Monnier de observar el cielo?

Y yo digo: ¡Feliz el *geómetra* en quien un estudio consumado de las ciencias abstractas no haya debilitado el gusto de las bellas artes, á quien Horaci

y Tácito sean tan familiares como Newton, que sepa descubrir las propiedades de una curva y sentir las bellezas de un poema, cuyo espíritu y cuyas obras sean de todos los tiempos y tengan el beneplácito de todas las academias! No se verá caer en la obscuridad, ni abrigará el temor de sobrevivir á su fama.....

Cuando se compara el infinito número de los fenómenos de la naturaleza con los límites de nuestro entendimiento y la debilidad de nuestros órganos, ¿se puede jamás esperar otra cosa de la lentitud de nuestros trabajos, de sus largas y frecuentes interrupciones, y de la rareza de los genios creadores, que algunos eslabones rotos y separados de la gran cadena que enlaza todas las cosas? La filosofía experimental, trabajando durante los siglos de los siglos, y los materiales que reuniría, que llegarían á exceder á toda combinación, estarían aún muy lejos de una enumeración exacta. ¿Cuántos volúmenes no serían precisos para contener solamente los términos con que designaríamos las colecciones distintas de fenómenos, si los fenómenos fuesen conocidos? ¿Cuándo será completo el lenguaje filosófico? Cuando lo sea, ¿qué hombre podrá saberle? Si el Eterno, para manifestar su omnipotencia más evidentemente aún que por las maravillas de la naturaleza, se hubiera dignado desarrollar el mecanismo universal sobre hojas escritas por su propia mano, ¿se cree que este gran libro sería más comprensible para nosotros que el universo mismo? ¿Cuántas páginas habría comprendido ese filósofo que, con toda la fuerza de entendimiento que le había sido dada, no estaba seguro siquiera de haber ordenado las consecuencias por las cuales un antiguo geómetra ha determinado la relación de la esfera al cilindro? Tendríamos en estas hojas una muy buena medida del alcance de los talentos, y una sátira mucho mejor de nuestra vanidad. Podríamos decir: -Fermat llegó hasta tal página, Arquímedes fué algunas páginas más lejos. ¿Cuál es, pues, nuestro fin? La ejecución de una obra que jamás puede ser hecha, y que sería muy superior á la inteligencia humana si se determinase. ¿No somos aún más insensatos que los primeros habitantes de la planicie de Sennaar? Conocemos la distancia infinita que separa la tierra de los cielos, y no dejamos de levantar la torre. Pero ¿puede presumirse que no vendrá un tiempo en que nuestro orgullo abatido abandonará la obra? ¿Es probable que, alojado estrechamente á su pesar aquí abajo, se obstine en construir un palacio inhabitable más allá de la atmósfera? Y aun cuando se obstinase, ¿no sería detenido por la confusión de las lenguas, ya demasiado sensible é incómoda en la historia natural? Por otra parte, lo útil circunscribe todo, y lo útil, tras algunos siglos, dará límites á la física experimental, como está cerca de dárselas á la Geometría: Concedo siglos á este estudio, porque la esfera de su utilidad es infinitamente más extensa que la de ninguna ciencia abstracta, y porque es la base incontestable de nuestros verdaderos conocimientos.

*(Traducción de D. Antonio Zozaya.)*

## DIDEROT.-ESTO NO ES CUENTO

...Aquel día doloroso y desesperado, ella corrió á mi casa, muy de mañana. Estaba pálida como la muerte. El día anterior se había enterado de su desgracia y ya ofrecía la imagen de los más largos sufrimientos. No lloraba, pero se veía que había llorado mucho. Se arrojó en una butaca: no hablaba, no podía hablar: me tendió las manos, sollozando.—¿Qué hay?—le dije.—¿Ha muerto?... Peor que eso: ya no me quiere: me abandona...—Pero eso no es creíble...

--No es posible inventarlo. La veo, la oigo y á mis ojos se agolpan las lágrimas.—¿Que no os ama ya?—¡No!—¿Que os abandona?—¡Sí, después de cuanto he hecho por él!. Caballero, pierdo la cabeza: tened compasión, no me dejéis, sobre todo, no me dejéis.—Y al pronunciar estas palabras, me había cogido del brazo y me oprimía fuertemente como si alguien la amenazase, quisiera arrebatarla.—No temáis nada, señorita.—Me temo á mí misma.—¿Qué es menester hacer por vos?—Ante todo, salvarme de mí misma... ¡Ya no me ama!.. ¡le fatigo y le hastío! ¡le canso! ¡me odia, me abandona, me deja, me deja!—A esta palabra repetida, siguió un profundo silencio, y al silencio arranques de risa convulsiva, mil veces más espantosos que los acentos de la desesperación ó el estertor de la agonía. Luego, gemidos, gritos, palabras inarticuladas, miradas al cielo, temblar de labios, un torrente de dolores que era forzoso dejar correr. Así lo hice y no me dirigí á su razón hasta que ví su alma quebrantada, estúpida... Entonces repetí:—¡Os odia, os deja! ¿Y quién os lo ha dicho?—Él.—Vamos, señorita, un poco de valor, de esperanza. No es ningún monstruo...—No le conocéis: ya le conoceréis. Es un monstruo, como no hay otro, como nunca hubo.—No puedo creerlo.--Lo veréis.—¿Es que ama á otra?—No.—¿No le habéis dado ninguna sospecha, ningún disgusto?—Ninguno, ninguno.—¿Qué es, pues?—Mi inutilidad: ya no tengo nada, no sirvo para nada. Su ambición: siempre ha sido ambicioso. La pérdida de mi salud, de mis encantos: he sufrido, me he fatigado tanto...: el hastío, la repugnancia.—Pero cuando se deja de ser amantes, se sigue siendo amigos.—Yo soy para él un objeto insoportable; mi presencia le pesa, mi vista le aflige y le hiere. ¡Si supiérais lo que me ha dicho? ¡Sí, señor, me ha dicho que si le condenaran á pasar otras veinticuatro horas conmigo, se tiraría por la ventana!—Pero tamaña aversión no es obra de un instante...—Yo ¿qué sé? él es naturalmente, tan desdeñoso, tan indiferente, tan frío!.. ¡Es tan difícil leer en el fondo de las almas! y produce tanta repugnancia el leer uno mismo su sentencia de muerte! ¡Pues él ha pronunciado la mía... y con qué dureza!..—No lo concibo.—Tengo que pedir os un favor, y para eso he venido. ¿Me lo concedéis?—Sea el que sea.—Escuchad. Él os respeta: vos sabéis todo cuanto me debe. Quizás se avergonzará de mostrarse á vos tal como es. No, no creo que tenga cara ni fuerza para ello. Yo no soy más que una mujer: vos sois hombre. Un hombre tierno, honrado y justo, siempre im-

pone. Vos le impondréis. Dadme el brazo, no os neguéis á acompañarme. . . .

.....  
Atravesamos el patio y entramos en el gabinete de Gardeil. Estaba sentado á su mesa, con bata y gorro de dormir. Me saludó con la mano y prosiguió el trabajo que había comenzado. Luego vino á mí y me dijo: —Convengamos, señor, en que las mujeres son muy incómodas: os pido mil perdones por las extravagancias de esta señorita. —Después, dirigiéndose á la pobre criatura, que estaba más muerta que viva, dijo: —Señorita, ¿qué me queréis á mí? Me parece que en vista de la manera clara y precisa con que me expliqué, todo ha terminado entre nosotros. Os dije que ya no os amaba: os lo dije á solas, y por lo visto vuestra intención es que os lo repita delante de este señor. Pues bien, señorita, no os amo ya. El amor á vos es un sentimiento apagado en mi corazón: y si esto puede consolaros, añadiré que el amor á todas las mujeres. — Pero, decidme por qué no me amáis. — Lo ignoro: sólo sé que comencé á amaros sin saber por qué, y sin saber por qué he cesado: y que siento que es imposible revivir esta pasión. Es un sarampión que ya he pasado y del que me veo curado ya y por ello me felicito. — Pero ¿cuáles son mis culpas? — No tenéis ninguna. — ¿Tenéis alguna objeción secreta que hacer á mi conducta? — Ni la más mínima: habéis sido la mujer más constante, honrada y tierna que un hombre puede desear. — ¿He omitido alguna cosa que estuviera en mi mano hacer? — Nada. — ¿No os he sacrificado mi familia? — Es verdad. — ¿Y mi fortuna? — Eso es lo que más siento. — ¿Y mi salud? — Es posible. — ¿Y mi honor, mi reputación, mi reposo? — Todo cuanto gustéis... — ¿Y te soy odiosa? — Duro es decirlo, duro escucharlo, pero puesto que así es... — ¡Le soy odiosa... odiosa... le soy odiosa, ¡ay de mí!... — Mortal palidez se extendió por su rostro: sus labios perdieron el color; las gotas de sudor frío que se formaban en sus mejillas mezclábanse con las lágrimas que caían de sus ojos cerrados. La cabeza, derribada sobre el respaldo del sillón, los dientes encajados, todos sus miembros se estremecían; al estremecimiento siguió un desmayo... Gardeil, fríamente sentado en su butaca, el codo en la mesa y la cabeza en la mano, la miraba sin emoción, mientras yo la auxiliaba. Varias veces le dije: — Pero, caballero, ved que se va á morir. Llamemos á alguien. — Las mujeres — me respondió sonriendo y encogiéndose de hombros — tienen la vida dura: no se mueren por tan poca cosa. Esto no es nada: ya se le pasará. No las conocéis: hacen de su cuerpo cuanto quieren... — Os digo que se muere — y en efecto su cuerpo estaba como sin fuerza ni vida: se escurría de la butaca y hubiera caído al suelo, si yo no la hubiese sujetado. En tanto, Gardeil se había alzado bruscamente y paseándose por el cuarto, decía con tono impaciente y malhumorado. — De buena gana me hubiera privado de esta desapacible escena, pero espero que será la última. — ¿Qué diablos quiere esta criatura? Yo la he amado, así es la verdad. Ya no la amo: ó lo sabe ahora ó no lo sabrá jamás. Con eso está dicho todo... — No, caballero, no está dicho todo. ¿Creéis que un hombre de bien no tiene sino despojar á una mujer de todo y abandonarla luego? — Pero ¿qué queréis que haga? Soy tan pobre como ella... — ¿Qué quiero que hagáis? Que asociéis vuestra miseria á la que le habéis

procurado. — Eso se dice muy bien: pero ella no se encontraría mejor, y yo estaría mucho peor que estoy. — ¿Haríais lo mismo con un amigo que os hubiera sacrificado todo? — ¡Un amigo, un amigo!.. No tengo gran fe en los amigos: y esta experiencia me ha enseñado á no tenerla tampoco en las pasiones. Bastante siento no haberlo sabido antes. — ¿Y es justo que esta desgraciada sea víctima de un error de vuestro corazón? — ¿Y quién os dice que un día ó un mes después no lo sería yo, no menos cruelmente, de otro error del suyo? — ¿Quién me lo ha dicho? Todo cuanto ella ha hecho por vos: y el estado en que la veis. — ¡Lo que ella ha hecho por mí! ¡Bah! también me ha hecho perder no poco tiempo! — ¡Ah, señor Gardeil! ¿qué comparación cabe entre vuestro tiempo y las cosas inapreciables que le habéis arrebatado? — Yo no he hecho nada: yo no soy nada. Tengo treinta años. Ahora ó nunca es tiempo de que piense en mí y de que aprecie estas bagatelas en lo poco que valen...

En tanto, la pobre señorita había vuelto en sí. Oyendo estas últimas frases, replicó vivamente. — ¿Qué dice, que ha perdido tiempo? Yo he aprendido cuatro idiomas para ayudarle en sus trabajos: he leído mil volúmenes: he escrito, copiado, traducido día y noche: he gastado mis fuerzas, he perdido los ojos, me he quemado la sangre: he contraído una enfermedad dolorosa, de la que quizás no curaré nunca. La causa de su repugnancia, no se atreve á confesarla: yo os la enseñaré. — Y al decir esto, se quitó el pañuelo de talle, sacó un brazo de la chaquetilla, me enseñó su hombro desnudo y mostrando en él una mancha erisipelosa: — He aquí — dijo — he aquí la causa de su resolución: he aquí el efecto de tantas noches en vela. Llegaba por la mañana con los rollos de pergamino. El señor d'Herouville, me decía, tiene prisa por saber lo que dice ahí: habrá que traducirlo para mañana... y yo lo hacía...

En aquel momento, alguien se acercó la puerta: era el criado que anunciaba la visita del señor d'Herouville. Gardeil palideció. Yo dije á la señorita que se vistiese y se retirase. — No — dijo ella — me quedo. Quiero desenmascarar á este indigno... Esperaré al señor d'Herouville y le hablaré. — ¿Y para qué servirá? — Para nada — me respondió ella — tenéis razón. — Mañana os pesaría. Dejadle con todas sus culpas: es una venganza digna de vos. — Sí, pero ¿es digna de él? ¿No véis que este hombre es un?... Vámonos, caballero, vámonos porque no puedo responder ni de lo que diría, ni de lo que haría...

*(Traducción de F. N. L.)*

## J. J. ROUSSEAU.-DEL CONTRATO SOCIAL

Al modo del arquitecto, que antes de construir sondea y examina el suelo para ver si puede sostener el peso necesario, el sabio legislador no comienza por dictar leyes buenas en sí mismas, sino que antes examina si el pueblo á que están destinadas es apto para soportarlas. Por esta razón rehusó Platón dar leyes á los arcadienses y cyrenienses, sabiendo que estos dos pueblos, ricos como



eran, no podían soportar la igualdad. Por esto hubo en Creta buenas leyes y perversos hombres, porque Minos no había disciplinado sino un pueblo cargado de vicios.

Mil naciones ha habido sobre la tierra que no han podido resistir buenas leyes; y aun las mismas que han podido no las han poseído sino un corto espacio de tiempo. Los pueblos, como los hombres, sólo son dóciles en su juventud; conforme envejecen se hacen incorregibles; una vez establecidas las costumbres y arraigados los perjuicios, es una empresa peligrosa y vana querer reformarlos; el pueblo no puede sufrir que se toque á sus males para destruirlos, semejante á esos enfermos sin valor que tiemblan en presencia del médico.

No es esto que, así como algunas enfermedades trastornan el juicio á los hombres y les quitan el recuerdo del pasado, no se halle alguna vez, en la vida de los Estados, épocas violentas en que las revoluciones hacen en los pueblos lo que ciertas crisis hacen en los individuos: en que, olvidándose del horror del pasado, el Estado herido por sus luchas civiles, renace en sus cenizas y reconquista el vigor de la juventud, escapando á los brazos de la muerte; tal fué Esparta en tiempo de Licurgo, Roma después de los Tarquinos, y tales han sido entre nosotros Holanda y Suiza después de la expulsión de los tiranos.

Pero estos sucesos son raros; son excepciones, cuya razón se halla siempre en la constitución particular del Estado exceptuado. Ni aun pueden tener lugar dos veces en un mismo pueblo, porque puede hacerse libre mientras es sólo bárbaro, pero no cuando se ha puesto en juego el resorte civil. Entonces las perturbaciones pueden destruirle sin que las revoluciones puedan establecerle, y una vez rotas sus cadenas deja de existir; le hace falta entonces un señor antes que un libertador. Pueblos libres, acordáos de esta máxima: Puede adquirirse la libertad, pero nunca recobrarla.

Existe para las naciones, como para los individuos, un período de madurez que es preciso esperar antes de someterlas á leyes; pero la madurez de un pueblo no es siempre fácil de reconocer y la obra se hace inútil si es prematura. Tal pueblo es disciplinable en su infancia; tal otro no lo es al cabo de diez siglos. Los rusos no estarán jamás verdaderamente reglamentados, por haberlo sido demasiado pronto. Pedro I tenía el genio imitativo, pero carecía del verdadero genio, que hace todo de nada. Algunas de las cosas que hizo fueron buenas; la mayor parte eran fuera de lugar. Vió que su pueblo era bárbaro y no vió que no era á propósito para ser regido; quiso civilizar, cuando lo procedente era aguerir. Pretendió, desde luego, hacer alemanes é ingleses, cuando era preciso comenzar por hacer rusos; impidió á sus súbditos llegar á ser lo que podían, persuadiéndoles de que eran lo que no son. No de otro modo un preceptor francés educa á su pupilo para brillar un momento en su infancia y no ser nada después. El imperio de Rusia querrá subyugar á la Europa y se subyugará á sí mismo. Los tártaros sus súbditos, y sus vecinos acabarán por ser sus señores y los nuestros; esta revolución me parece infalible. Todos los reyes de Europa trabajan de concierto por acelerarla.

*(Traducción de D. Antonio Zozaya.)*

## JUAN JACOBO ROUSSEAU.-LAS CONFESIONES

Dos cosas casi inconciliables se reúnen en mí, sin que yo pueda concebir cómo: un temperamento ardentísimo, pasiones vivas é impetuosas é ideas que nacen con lentitud, torpemente y que no se presentan jamás con espontaneidad. No parece sino que mi corazón y mi inteligencia no pertenecen al mismo individuo. El sentimiento, más rápido que el relámpago viene á llenar mi alma, pero en vez de iluminarla, me abrasa y me deslumbra. Soy arrebatado, pero estúpido: para pensar necesito toda mi sangre fría. Lo admirable es que, sin embargo, poseo un tacto bastante seguro, penetración y hasta sagacidad, pero necesito tiempo para mostrarlo: tengo excelentes prontos á veces, pero jamás he dicho ni hecho nada valioso en sazón oportuna. Yo sostendría una conversación muy ingeniosa por correo, como juegan al ajedrez los españoles, según dicen.

Esta lentitud del pensar unida á esta vivacidad del sentir, no solamente la poseo en la conversación, sino también cuando estoy sólo y cuando trabajo. Mis ideas se ordenan en mi cabeza con la más increíble dificultad: andan sordamente por ella y en ella fermentan hasta el punto de conmovirme, de enardecerme y de darme palpitaciones: y en medio de esta emoción, no veo nada claro, ni podría escribir una palabra sólo. Necesito esperar. Insensiblemente aquel gran movimiento se apacigua, aquel caos se desembrolla, cada cosa viene á colocarse en su lugar, pero con lentitud, después de larga y confusa agitación. ¿Habéis visto alguna vez la ópera en Italia? En los entreáctos, reina en aquellos grandes teatros un desorden desagradable y que dura bastante tiempo; todas las decoraciones están revueltas: por todas partes se ve un desbarajuste que causa ansiedad: parece que todo va á venir al suelo: y sin embargo, poco á poco, todo se arregla, nada falta y con gran sorpresa vemos seguir á tan largo tumulto un hermoso espectáculo. Esta maniobra es, poco más ó menos, la que se opera en mi cerebro cuando quiero escribir.

Si yo hubiera sabido, primeramente, esperar y después representar con toda su belleza las cosas que en mi interior se pintaban, pocos autores me habrían superado.

De ahí proviene la extremada dificultad que encuentro para escribir. Mis manuscritos emborronados, raspados, revueltos é indescifrables, atestiguan el trabajo que me han costado. No hay uno sólo que no haya tenido que copiar cuatro ó cinco veces antes de darlo á la imprenta. Jamás he podido hacer nada con pluma y papel á mano ante mi mesa. En paseo, en medio de las rocas y de los bosques, en mi cama por la noche y durante los insomnios, es cuando escribo en mi cerebro, ya podéis pensar con cuánta lentitud, sobre todo siendo hombre absolutamente falto de memoria verbal y que en la vida ha podido retener seis versos. Hay algunos períodos á los que he dado vueltas en mi cabeza durante cinco ó seis noches antes que estuviesen en disposición de trasladarlos al papel. De ahí procede también el que me salgan mejor las obras que requieren algún tra-

bajo que aquellas que piden ser compuestas con cierta ligereza, como las cartas, género cuyo tono jamás he logrado tomar y cuya composición es para mí un suplicio.

No escribo una carta, ni aun sobre el más liviano asunto, que no me cueste horas de fatiga; y si quiero escribir á escape lo que se me ocurre, no sé cómo comenzar ni concluir: mi carta es un largo y confuso charloteo y el que la lee apenas la entiende.

No solamente me cuesta el comunicar las ideas, sino el recibirlas. He estudiado á los hombres y me creo bastante buen observador. Sin embargo, no sé ver nada de lo que tengo delante: no veo bien sino lo que recuerdo, ni tengo talento sino para los recuerdos. De todo lo que se dice, de todo lo que se hace, de todo lo que pasa en mi presencia, no siento nada, no comprendo nada. El signo exterior es lo que me impresiona; pero después, todo ello se me aparece; recuerdo el lugar, el tiempo, el tono, la mirada, el gesto, la circunstancia y nada se me escapa. Entonces, sobre lo que se ha dicho ó hecho, encuentro lo que he pensado, y raro es que me equivoque.

Siendo tan poco dueño de mi espíritu á sólas conmigo mismo, juzgad lo que debo ser en la conversación, donde para hablar oportunamente es menester pensar á la vez é instantáneamente en mil cosas! Sólo la idea de tantos miramientos, de los cuales estoy seguro que se me olvidará alguno, basta para intimidarme. No comprendo cómo nadie osa hablar en una reunión, pues á cada momento habría que tener presente todas las personas que hay reunidas, conocer todos sus caracteres, saber sus historias, para estar seguro de no decir nada que pudiera ofender á alguno de ellos. Para esto, los que viven en sociedad, tienen una gran ventaja: sabiendo mejor lo que es preciso callar, están más seguros de lo que dicen: y aun así á veces se les escapan indiscreciones: con que, figuráos á uno que parece caído de las nubes, como yo: le es casi imposible hablar un minuto impunemente. En el diálogo, hay todavía un inconveniente peor, la necesidad de hablar seguido: cuando os hablan es preciso responder y si no os dicen palabra, es necesario animar la conversación.

Esta insoportable violencia hubiera bastado para hacer que me repugnase la sociedad, porque no hallo molestia más terrible que la de hablar de repente y muy seguido. No sé si esto consistirá en mi odio mortal á toda sujeción; pero basta que sea en absoluto necesario el que yo hable, para que infaliblemente diga una tontería. Y lo más fatal es que, en vez de saber callarme cuando nada tengo que decir, entonces, para cumplir más pronto mi deber, me entra un furor de hablar, me apresuro á balbucir prontamente palabras sin ideas y me siento feliz cuando nada significan, y al querer vencer ú ocultar mi ineptitud, rara vez deo de mostrarla...

*(Traducción de F. N. L.)*

## BUFFON.—HISTORIA NATURAL

*El caballo.*—La más noble conquista que el hombre ha hecho es la de este altivo y fogoso animal, que comparte con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates; tan intrépido como su amo, el caballo ve el peligro y lo afronta; se acostumbra al ruido de las armas, le ama, le busca y con el mismo ardor se anima. Comparte asimismo sus placeres; en la caza, en los torneos, en las carreras, brilla, chispea, pero tan dócil como valiente, no se deja llevar de su fuego y sabe reprimir sus movimientos. No solamente se doblega á la mano del que le guía, pero parece consultar sus deseos y obedeciendo siempre á las impresiones que de él recibe, se precipita, se modera ó se para y todo lo hace por satisfacerle; es una criatura que renuncia á su sér para no existir sino por la voluntad de otro: que á veces la adivina: que por la prontitud y precisión de sus movimientos, la expresa y la ejecuta: que entiende cuanto deseamos y no hace sino lo que queremos: que entregándose sin reserva, no se niega á nada, sirve con todas sus fuerzas, las agota y hasta muere por obedecer mejor. Este es el caballo cuyas facultades y cualidades naturales ha perfeccionado el arte y que desde la primera edad ha sido cuidado, criado y amaestrado para servicio del hombre. Su educación se comienza por la pérdida de su libertad y se acaba por la violencia. La esclavitud ó la domesticidad de estos animales es tan universal y antigua que muy rara vez se les ve en su estado natural: siempre están cubiertos de arneses cuando trabajan y nunca se les libra de ligaduras ni aun cuando descansan, y si se les deja á veces errar en libertad por las praderas, aun allí llevan la marca de la servidumbre y las huellas crueles del trabajo y del dolor: la boca, deformada por los pliegues que el bocado produce: los ijares afeados por las heridas ó por las cicatrices de la espuela: el casco de los pies atravesado por clavos: la actitud del cuerpo contraída por la impresión subsistente de las trabas habituales . . . . .

El caballo es, de todos los animales, el que, con una gran talla, posee más proporción y elegancia en las partes de su cuerpo; pues comparándole con los animales que están inmediatamente por cima y por bajo de él, se verá que el asno está toscamente trazado, el león tiene la cabeza demasiado grande, el buey tiene las patas demasiado débiles para el grueso de su cuerpo, el camello es disforme y los animales mayores, el rinoceronte y el elefante, no son, por decirlo así, más que masas informes. La extremada largura de las quijadas es la causa principal de la diferencia entre la cabeza de los cuadrúpedos y la del hombre y es el carácter más innoble de todos. Sin embargo, aunque las quijadas del caballo sean muy alargadas, no tiene aire de imbecilidad, como el asno, ni de estupidez, como el buey. La regularidad en las proporciones de la cabeza le da, por el contrario, un aire de ligereza muy bien mantenido por la hermosura de su cuello. Parece que el caballo quiere elevarse por cima de su condición de cuadrúpedo, engallan-

do la cabeza: en esta noble actitud, mira al hombre frente á frente: sus ojos son vivos y muy rasgados, sus orejas bien hechas y de justa proporción, no cortas como la del toro ni muy largas como las del asno: sus crines acompañan muy bien á su cabeza, adornan su cuello y le dan un aire de fuerza y de altanería: su cola colgante y frondosa cubre y termina cumplidamente la extremidad de su cuerpo; á diferencia de la cola corta del ciervo, del elefante, etc., y de la cola pelada del asno, del camello, del rinoceronte, etc., la cola del caballo está formada de crines espesas y largas que parecen salir de la grupa, porque el tronco de donde salen es muy corto. Y si bien no puede levantar la cola como el león, caída le sienta muy bien y como puede moverla de lado, la utiliza para espantar las moscas que le incomodan. Finalmente, aunque su piel es muy dura y está cubierta toda de pelo fuerte y apretado, es, sin embargo, muy sensible. . . . .

(Traducción de F. N. L.)

## BEAUMARCHAIS.-LA BODA DE FÍGARO

### ACTO V. ESCENA III

#### Fígaro solo.

¡Oh, mujer, mujer, mujer! ¡Criatura débil y falaz! Ningún animal criado puede faltar á su instinto; el tuyo ¿es engañar...? Después de haberme rechazado obstinadamente cuando la apremiaba, delante de su señora: en el instante en que me daba su palabra, mismamente en medio de la ceremonia... Y él se reía mientras estaba leyendo ¡pérfido! ¡y yo hecho un bendito bobo...! Ah, no, señor conde, no la lograréis, no la lograréis! Porque sois, gran señor, os creéis un gran genio... Nobleza, fortuna, posición, altos puestos, todo eso da mucho orgullo! Pero ¿qué habéis hecho para poseer tantos bienes? Tomaros el trabajo de nacer y nada más. Por otra parte sois un hombre bastante ordinario... En tanto que yo ¡pardiez! perdido entre la muchedumbre obscura, he necesitado desplegar, para subsistir tan sólo, más ciencia y más cálculos que cuantos se han empleado desde hace un siglo para gobernar las Españas; y vos queréis juntar... Alguien viene... Es ella... No es nadie. La noche está negra como un diablo y héme aquí haciendo el ridículo papel de marido, aunque no lo soy más que á medias. (*Se sienta en un banco.*) ¿Hay nada más chocante que mi estrella? Hijo de no sé quién, robado por unos bandoleros y educado en sus costumbres me inspiraron repugnancia y quise tener una carrera honrosa. ¡En todas partes me rechazaron! Aprendí química, farmacia, cirugía y toda la influencia de un gran señor, apenas si bastó para ponerme en la mano una lanceta de veterinario. Cansado de entristecer á los animales enfermos y para hacer el oficio contrario, me dediqué en cuerpo y alma al teatro; ¡ojalá me hubiese arrojado al

río con una piedra al cuello! Escribo una comedia sobre las costumbres del Ser-rallo. Como autor español, creí que podría fustigar á Mahoma sin escrúpulos. Al momento un embajador de no sé dónde se queja de que ofendo en mis ver-sos á la Sublime Puerta, la Persia, una parte de la península del Indostán, todo el Egipto, los reinos de Barca, de Trípoli, de Túnez, de Argelia y de Marruecos... Catad mi comedia prohibida por complacer á los príncipes mahometanos, ningun-o de los cuales, según creo, sabe leer, y que nos llenan de cardenales los omópla-tos, llamándonos *perros cristianos*. Quien no puede envilecer el ingenio se ven-ga maltratándole. Entre tanto, yo iba perdiendo carnes y tenía la casa sin pagar; ya estaba viendo venir los malditos corchetes con la pluma enredada en la pe-luca; temblando de miedo, hice por esforzarme. Se había promovido una discu-sión sobre la índole de las riquezas; y como no es necesario poseer las cosas para discurrir acerca de ellas, no teniendo un cuarto escribí una obra sobre el valor del dinero y sobre sus productos líquidos; al punto vi desde el interior de un coche bajarse en honor mío el puente levadizo de un castillo presidio, á la puerta del cual dejé mi libertad y mis esperanzas. (*Se levanta.*) ¡Oh, aquí qui-siera yo ver á uno de esos poderosos de cuatro días, tan prestos para ordenar los males!, y cuando una buena desgracia les hubiera bajado los humos, enton-ces les diría... que las tonterías impresas no tienen importancia más que en los sitios donde se impide que corran; que sin la libertad de censurar no hay elogio halagador, y que los escritos pequeños no destruyen más que á los hombres mezquinos. (*Se sienta.*) Cansados de mantener á un presidiario obscuro, un día me pusieron en la calle, y como es necesario comer también cuando no está uno en la cárcel, volví á empuñar la pluma y pregunté á varios de qué se discu-tía á la sazón. Me dijeron que durante mi económico retiro se había establecido en Madrid un sistema de libertad respecto de la venta de productos, extensiva aun á los de la prensa, y que con tal de que en mis escritos no hablase de la autoridad ni del culto, de política ni de moral, de los empleados ni de las cor-poraciones acreditadas, de la ópera ni de los demás espectáculos, ni de persona alguna que tuviese relación con alguna cosa, podía yo imprimirlo todo con plena libertad, bajo la inspección de dos ó tres censores. Para aprovechar tan dulce y grata libertad anuncié un escrito periódico, y creyendo no seguir las huellas de nadie le titulé *Diario inútil*. ¡Uf! ¡Al momento se levantan en contra mía otros mil pobres diablos follicularios, me suprimen el periódico y cárame de nuevo sin empleo! La desesperación me dominaba ya cuando alguien se acordó de mí para un empleo; mas, por desgracia, yo no servía para él; se necesitaba un cal-culista, y la plaza fué otorgada á un bailarín. Ya no me quedaba más recurso que robar. Entonces me dediqué á tallar como jugador de banca, y entonces ¡oh buenas almas! todo el mundo me couvidaba, y las personas más elegantes me abrían cortésmente las puertas de sus salones, cobrándose ellas los tres cuar-tos de la ganancia.

Entonces hubiera podido hacer fortuna; ya comenzaba á comprender que para ello vale más la astucia que el saber. Pero como todos robaban en torno mío, exigiéndome al mismo tiempo que fuese honrado, menester fué sucumbir

una vez más. En tal situación iba á abandonar el mundo; veinte brazas de agua me hubieran apartado de él cuando un dios benéfico me volvió á mi condición primera. Vuelvo á coger mi bacía y mis navajas y dejando los humos para los tontos que se alimentan de eso y la vergüenza en medio del arroyo, como carga harto pesada para un peatón, me dediqué á rapar barbas de pueblo en pueblo, y logré vivir sin penas ni aprensiones. Un gran señor pasa por Sevilla: me conoce, le caso y en premio de haber logrado, gracias á mi ayuda, poseer á su esposa, trata de arrebatarme la mía. Intrigas, disgustos sin fin. Expuesto á caer en un abismo, en el momento de ir á casarme, con mi madre, surgen, en fila, todos mis parientes. (*Se levanta, muy agitado.*) Gran disputa. — Ha sido él. — Soy yo. Eres tú. — No, no somos nosotros. — Oh, pues ¿quién entonces? (*Vuelve á sentarse.*) ¡Oh, serie maravillosa de sucesos! ¿Cómo me ha ocurrido esto? ¿Por qué estas cosas y no otras? ¿Quién las ha suspendido sobre mi cabeza? Forzado á recorrer el camino que comencé sin saber y que sin querer acabaré, le he sembrado de las flores de mi alegría; digo, de mi alegría, sin saber si es mía, como lo demás, ni siquiera quién este *yo* de quien hablo; montón informe de partes desconocidas, endeble ser imbécil, animalucho alocado, joven ardiente para el placer, con todos los gustos por gozar, haciendo todos los oficios para vivir; aquí señor, allí criado, según place á la fortuna, ambicioso por vanidad, laborioso por necesidad, pero holgazán por inclinación, orador cara al peligro, poeta por descanso del alma, músico de ocasión, enamorado á rachas, todo lo he visto, todo lo he hecho, todo lo he usado. Después, la ilusión se deshizo y desengañado... ¡Qué desengañado!... ¡Susana, Susana, Susana, cuánto me atormentas!... Oigo pasos... Alguien viene... Este es el momento de la crisis...

(Traducción de F. N. L.)

## MADAMA DE STAEL.-DE LA ALEMANIA

*Sobre el Torcuato Tasso de Gæthe.* — Gæthe ha querido pintar en esta pieza la oposición que existe entre la poesía y los miramientos sociales: entre el carácter de un poeta y el de un hombre de sociedad. Ha mostrado el daño que causa la protección de un príncipe á la imaginación delicada de un escritor, aun en el caso de que el príncipe crea ser amante de las letras, ó al menos cifre su orgullo en pasar por tal. Esta oposición entre la naturaleza exaltada y cultivada por la poesía y la naturaleza dirigida y resfriada por la política, es una idea madre de otras mil.

Un literato colocado en una corte debe al principio estimarse feliz, pero es imposible que á la larga no sufra algunas penas como las que hicieron tan desdichada la vida de Tasso. El talento que no es indomable deja de ser talento, y, sin embargo, es muy raro que los príncipes reconozcan los derechos de la imaginación y sepan á la vez atenderla y apreciarla... La susceptibilidad dolorida de los literatos se ha manifestado en Rousseau, en Tasso, y con más frecuencia

aún en los escritores alemanes: los escritores franceses no han padecido tanto de este mal. Cuando se vive mucho consigo mismo y en la soledad, es cuando cuesta más trabajo soportar el aire exterior. La sociedad es dura bajo muchos respectos para quien no está, desde la infancia, habituado á ella, y las ironías del mundo son más funestas á los hombres de genio que á los demás: el simple ingenio se adapta mejor á ellas. Gœthe hubiera podido escoger la vida de Rousseau como ejemplo de esta lucha entre la sociedad tal cual es y la sociedad tal cual un cerebro poético la ve y la desea; pero la situación de Rousseau era menos atractiva á la imaginación que la situación de Tasso. Juan Jacobo ha arrastrado su gran genio en medio de los menesteres más bajos. Tasso, bravo como los caballeros de sus poemas, enamorado, amado, perseguido, coronado y muerto de dolor, joven todavía, es un soberbio ejemplo de todos los esplendores y de todos los reveses de un hermoso talento...

Pero... el Tasso de Gœthe parece un poeta alemán. Esa imposibilidad de salir airoso en todas las circunstancias habituales de la vida vulgar, que Gœthe atribuía á Tasso, es un carácter de la vida meditabunda y retirada de los escritores del Norte. De ordinario, los poetas del Mediodía no tienen tal incapacidad: han vivido mucho fuera de su casa, mucho en la plaza pública, y las cosas, y sobre todo los hombres, les son más familiares. El lenguaje de Tasso, en la obra de Gœthe, es metafísico por demás. La locura del autor de *La Jerusalén libertada* no nacía del abuso de las reflexiones filosóficas, ni del profundo examen de lo que le pasaba en el fondo de su corazón, sino más bien de la impresión demasiado aguda de los objetos exteriores, de la embriaguez del orgullo y del amor: no se servía de la palabra sino como de un canto armonioso. El secreto de su alma no estaba en sus discursos sino en sus escritos: él no se había observado á sí mismo, ¿cómo había de poder revelarse á los demás? Por otra parte, él consideraba la poesía como un arte brillante y aparatoso y no como una íntima confidencia de los sentimientos del corazón. Me parece manifiesto, por su naturaleza italiana, por su vida, por sus cartas y por las mismas poesías que compuso en el cautiverio, que su melancolía reconocía por causa la impetuosidad de sus pasiones más bien que la profundidad de su pensamiento: no había en su carácter, como en el de los poetas alemanes, esa mezcla habitual de reflexión y de actividad, de análisis y de entusiasmo que singularmente perturba la existencia...

Por una extraña vicisitud de los gustos, los alemanes han censurado á nuestros autores dramáticos porque transformaban en franceses á todos sus héroes: y han reclamado con razón la verdad histórica para animar el colorido y vivificar la poesía. Pero después, de repente, se han cansado de sus éxitos en este género y han compuesto obras dramáticas abstractas, si vale la frase, en las cuales las relaciones de unos hombres con otros aparecen indicadas de una manera general, sin que el tiempo, el lugar ni los individuos se vean nada claros. Así, por ejemplo, en otra obra de Gœthe, *La hija natural*, el autor llama á los personajes *el duque, el rey, el padre, la hija*, sin ninguna otra denominación, considerando la época de la acción, el lugar y los nombres propios como inte-



reses menudos en los que la poesía no tiene para qué ocuparse. Semejante tragedia parece, en verdad, hecha para ser representada en el palacio de Odin, donde los muertos tienen por costumbre proseguir las ocupaciones que tenían vivos y la sombra del cazador persigue ardorosamente la sombra de un ciervo y los fantasmas de los guerreros se batan en un campo de nubes. Parece que durante algún tiempo Goethe ha abominado del interés en las obras teatrales, y porque le había en algunas obras malas, ha creído que era menester desterrar todo interés de las buenas. Y, sin embargo, un hombre superior hace mal en desdeñar lo que universalmente agrada, y si quiere hacer valer lo que á él le distingue, no ha de abjurar para ello de su parecido con la naturaleza de todos. El punto que Arquímedes buscaba para levantar el mundo es aquel en el cual un genio extraordinario se acerca al común de los hombres. Este punto de contacto le sirve para alzarse por cima de los demás, pues para llegar á hacer sentir lo que él solo siente y percibe, debe partir de lo que todos sentimos...

*(Traducción de F. N. L.)*

## CHATEAUBRIAND.-CUADROS DE LA NATURALEZA

### NOCHE DE PRIMAVERA

Puro está el alto cielo, y con decoro  
Da la serena luna resplandores,  
La noche perlas y ambar de su lloro  
Derrama en el capullo de las flores.  
Ningún céfiro agita los follajes:  
Debajo de doseles recostado  
Que una lila formó con sus ramajes,  
Doy rienda al pensamiento embalsamado  
Con tus perfumes mil, naturaleza:  
En el bosque que extiende sombra cana  
Sobre los verdes prados y maleza,  
Dos ruisiñores hay: uno se afana  
Por exceder al otro en armonía,  
Y despiertan los dos con voz preciosa  
A la fiel primavera, que dormía  
En la fresca espesura de la rosa.  
¡Oh monte solitario y melodioso!  
Tu paz se comunica al pecho mío;  
Atravesando el prado silencioso,  
Oigo hacer eco en tu peñasco frío  
La voz del can, que refunfuña y vela  
Por la choza do habita la inocencia

Contenta en su humildad, y que no anhela  
Tesoro mundanal con impaciencia.  
¡Pero ya, bella noche, te he perdido!  
En medio de la bóveda del cielo  
Abierta al alba pura que ha nacido,  
Muerta luz da la luna á mi consuelo,  
Y el céfiro lamiendo los vergeles,  
Llega del rojo oriente con murmullos,  
Y se posa con ósculo de mieles  
Encima de los tallos y capullos.

(Traducción de D. Juan Arolas.)

## CHATEAUBRIAND.-EL GENIO DEL CRISTIANISMO

### ESPECTÁCULO GENERAL DEL UNIVERSO

Hay un Dios; las yerbas del valle y los cedros de la montaña le bendicen; el insecto zumba sus alabanzas; el elefante le saluda al despuntar el día; el pajarillo le canta en la enramada; el rayo hace brillar su poder, y el Océano revela su inmensidad. Sólo el hombre ha exclamado en su delirio: "¡No hay Dios!".

¿Será que nunca haya levantado en sus infortunios sus ojos al cielo, ó que nunca en sus prosperidades haya mirado la tierra? ¿Tan lejos de él se halla la naturaleza, que no puede contemplarla? ¿O es que la juzga el mero resultado de la casualidad? Pero ¿qué casualidad ha podido obligar á una materia desordenada y rebelde, á colocarse en orden tan perfecto?

Podría decirse que el hombre es el *pensamiento ostensible de Dios*, y que el *universo es su imaginación bajo una forma ostensible*. Los que han admitido la hermosura de la naturaleza como prueba de una inteligencia superior, hubieran debido mencionar una circunstancia que ensancha prodigiosamente la esfera de las maravillas; esto es, que el movimiento y el reposo, las sombras y la luz, las estaciones y el curso de los astros, que varían las magníficas decoraciones del mundo, no son, sin embargo, progresivas sino en la apariencia, pero permanentes en la realidad. La escena que se borra para nosotros se coloca para otro pueblo; no cambia el espectáculo, sino el espectador. De este modo ha sabido Dios reunir la duración *absoluta* y la duración *progresiva*: la primera está colocada en el *tiempo*, la segunda en la *extensión*; por la primera, las bellezas del universo son unas, infinitas, siempre idénticas; por la segunda, son múltiples, finitas y renovables; sin aquélla, no hubiera habido grandeza en la Creación; sin ésta, hubiérase advertido en ella enojosa monotonía.

Aquí el tiempo se nos muestra bajo una nueva fase; la menor de sus fracciones es un *todo completo*, que comprende todo, y en el cual se modifican todas las cosas, desde la muerte de un insecto hasta el nacimiento de un mundo, cada

minuto es una pequeña eternidad. Reunid, pues, en un mismo momento, por medio de la imaginación, los accidentes más hermosos de la naturaleza; suponed que véis á la vez todas las horas del día y todas las estaciones, una mañana de primavera y otra de otoño; una noche tachonada de estrellas y otra cubierta de nubes: praderas esmaltadas de flores, bosques secos por los hielos y campos dorados por abundantes mieses, y entonces tendréis una idea exacta del grandioso espectáculo del universo. Mientras admiráis ese sol que se oculta bajo las bóvedas del Occidente, otro observador lo mira salir radiante de las regiones de la aurora. ¿Por qué inconcebible magia, ese astro secular que se adormece fatigado y ardiente en el polvo de la tarde, es en aquel mismo instante el astro joven que despierta rico de luz y humedecido de rocío en los blancos velos del alba? A cada momento del día el sol se levanta, resplandece en su zenit y se oculta al mundo, ó por mejor decir, no tiene Oriente, ni Mediodía, ni Occidente verdaderos. Todo se reduce á un punto fijo, desde el cual la lumbrera del día derrama simultáneamente tres resplandores en una sola substancia. Esta triple luz es tal vez el hecho más hermoso de la naturaleza, porque al darnos una idea de la perpetua magnificencia y del supremo poder de Dios, nos ofrece también una brillante imagen de su gloriosa Trinidad.

¿Puede concebirse bien lo que sería una escena de la naturaleza, si se viese abandonada al mero movimiento de la materia?

Las nubes, obedeciendo á las leyes de la atracción, caerían perpendicularmente sobre la tierra, ó se remontarían por los aires á manera de pirámides, y un momento después la atmósfera sería perjudicial á los órganos respiratorios por su excesiva densidad ó por su excesivo enrarecimiento.

La luna, muy cercana ó muy distante de nosotros, nos sería alternativamente invisible, ó se mostraría sangrienta, cubierta de manchas enormes, ú ocupando la bóveda celeste con su desmesurado disco. Poseída como de una extraña locura, marcharía de eclipses en eclipses, ó girando al azar sobre sí misma, descubriría al fin el hemisferio que oculta á la tierra. Las estrellas parecerían dominadas por el mismo vértigo; advertiríase en ellas una serie de conjunciones horriboras; súbitamente un signo de verano tropezaría en otro de invierno; el Bootes conduciría las Pléyades, y el León rugiría en el Acuario; allí, unos astros pasarían con la rapidez de una exhalación; más allá permanecerían inmóviles; algunas veces formarían, agrupándose, una nueva vía láctea, y después, desapareciendo todos á la vez, y rasgando la cortina de los mundos, según la feliz expresión de Tertuliano, descubrirían los abismos de la eternidad.

Pero tan perturbadores espectáculos no amedrentarán á los hombres antes del día en que bastará á Dios abandonar al mundo para destruirlo.

*(Traducción de D. M. M. Flamant.)*

## ÉPOCA MODERNA

### LAMARTINE.-LA CARIDAD

Dios al sol dijo un día:  
"Tú, que mi diestra al universo envía,  
Para llevar al hombre  
Mi luz y mi alegría;  
Tú, que escrito mi nombre  
Muestras sobre tu disco de topacio;  
Tú, por quien fiel me aclama,  
Al renacer la aurora, el ancho espacio;  
Dime, ¡oh sol! de los dones que derrama  
Tu benéfica llama,  
De los que asientas pasos de gigante  
Sobre el zénit, iluminando al orbe,  
De los que siempre una pupila absorbe  
Rayos de luz, que ahuyentan los enojos,  
¿Cuál te hace, en tu carrera deslumbrante,  
A mí más semejante  
Y más grande á tus ojos?,"  
Y así le contestó, la faz cubierta  
El astro que da vida:  
"No es de la Libia en la extensión desierta  
Escandecer la arena enrojecida,  
Ni liquidar del Líbano orgulloso  
La corona de hielo,  
Ni mirarme en el seno proceloso  
Del mar profundo, ni dorar el cielo.  
En mí, señor, tu gloria se refleja  
Cuando en negra prisión, donde intranquila  
Un alma sufre en mísero desmayo,  
Penetro alegre por la dura reja  
Y una lágrima enjugo en la pupila,  
Que tan sólo de luz tiene aquel rayo."  
"¡Oh sol, yo te bendigo:  
Tu luz es cual mi amor!" Y lo que un día  
Al astro luminoso Dios decía,  
Yo pobre ave canora, también digo,  
Lo que mi canto ansía

No es volar en las alas de la gloria;  
Mi númen no reclama  
Un lugar en el templo de la fama,  
Do esculpir mi memoria.  
De adversos hados en la noche oscura  
Herido corazón hallar anhelo,  
Que atento escuche mi canción sonora,  
Y que mi voz, con fraternal dulzura,  
Grata le torne la perdida calma,  
Y que penetre amiga y bienhechora,  
Como un rayo de luz, dentro del alma!

*(Traducción de D. Teodoro Llorente.)*

## VICTOR HUGO.-LA ORACIÓN POR TODOS

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora  
de la conciencia y del pensar profundo:  
cesó el trabajo afanador, y al mundo  
la sombra va á colgar su pabellón.  
Sacude el polvo el árbol del camino,  
al soplo de la noche; y en el suelto  
manto de la sutil neblina envuelto,  
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su rueda de cambiante nácar  
el occidente más y más agosta;  
y enciende sobre el cerro de la costa  
el astro de la tarde su fanal.  
Para la pobre cena aderezado  
brilla el albergue rústico, y la tarda  
vuelta del labrador, la esposa aguarda  
con su tierna familia en el umbral.....

Sonó en la torre la señal: los niños  
conversan con espíritus alados;  
y los ojos al cielo levantados,  
invocan de rodillas al Señor.  
Las manos juntas, y los pies desnudos;  
fe en el pecho, alegría en el semblante,  
con una misma voz, á un mismo instante,  
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa  
sobre su cama volarán ensueños,

ensueños de oro, diáfanos, risueños,  
visiones que imitar no osó el pincel.  
Y ya sobre la tersa frente posan,  
ya beben el aliento á las bermejas  
bocas, como lo chupan las abejas  
á la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala  
esconde su cabeza la avecilla,  
tal la niñez en su oración sencilla  
adormece su mente virginal.  
¡Oh dulce devoción que reza y ríe!  
¡De natural piedad, primer aviso!  
¡Fragancia de la flor del paraíso!  
¡Preludio del concierto celestial! . . .

Ve á rezar, hija mía. Y ante todo  
ruega á Dios por tu madre; por aquella  
que te dió el sér, y la mitad más bella  
de su existencia ha vinculado en él.  
Que en su seno hospedó tu joven alma,  
de una llama celeste desprendida;  
y haciendo dos porciones de la vida,  
tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. Más que tu madre  
lo necesito yo... Sencilla, buena,  
modesta como tú, sufre la pena,  
y devora en silencio su dolor.  
A muchos compasión, á nadie envidia,  
la ví tener en mi fortuna escasa:  
como sobre el cristal la sombra, pasa  
sobre su alma el ejemplo corruptor.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al cielo  
pocas palabras dirigir te baste;  
"Piedad, Señor, al hombre que criaste;  
eres Grandeza; eres Bondad; perdón!,"  
Y Dios te oirá; que cual del ara santa  
sube el humo á la cúpula eminente,  
sube del pecho cándido, inocente,  
al trono del Eterno la oración. . . .

Todo tiende á su fin: á la luz pura  
del sol la planta; el cervatillo atado,  
á la libre montaña; el desterrado,  
al caro suelo que le vió nacer.

Y la abejilla en el frondoso valle,  
de los nuevos tomillos al aroma;  
y la oración en alas de paloma  
á la morada del Supremo Sér.

Ruega, hija, por tus hermanos,  
los que contigo crecieron  
y un mismo seno exprimieron,  
y un mismo techo abrigó.  
Ni por los que te amen sólo  
el favor del cielo implores;  
por justos y pecadores  
Cristo en la Cruz espiró.

Ruega por el orgulloso  
que ufano se pavonea,  
y en su dorada librea  
funda insensata altivez.  
Y por el mendigo humilde  
que sufre el ceño mezquino  
de los que beben el vino  
porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios  
sumido en profundo cieno,  
hace aullar el canto obsceno  
de nocturna bacanal.  
Y por la velada virgen  
que en su solitario lecho,  
con la mano hiriendo el pecho,  
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,  
en cuyo pecho no vibra  
una simpática fibra  
al pesar y á la aflicción.  
Que no da sustento al hambre,  
ni á la desnudez vestido,  
ni da la mano al caído,  
ni da á la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza  
su puñal de sangre rojo,  
buscando el rico despojo,  
á la venganza cruel.  
Y por el que con vil libelo  
destrona una fama pura,

y en la aleve mordedura  
escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso  
la mar, de peligros llena;  
por el que arrastra cadena,  
y por su duro señor.  
Por la razón, que leyendo  
en el gran libro, vigila:  
por la razón, que vacila;  
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos  
los que penan y trabajan;  
y de todos los que viajan  
por esta vida mortal.  
Acuérdate aún del malvado  
que á Dios blasfemando irrita.  
La oración es infinita:  
nada agota su caudal.

Hija ¡reza también por los que cubre  
la soporosa piedra de la tumba,  
profunda sima á donde se derrumba  
la turba de los hombres mil á mil!  
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,  
y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja  
de que al añoso bosque abril despoja  
mezclar la suya en otro y otro abril.

Cuando en el campo con pavor secreto  
la sombra ves que de los cielos baja,  
la nieve que las cumbres amortaja,  
y del ocaso el triste carmesí:  
¿En las quejas del aura y de la fuente  
no te parece que una voz retaña,  
una doliente voz, que dice: "niña,  
cuando tú reces, rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. Á los muertos  
que oraciones alcanzan, no escarnece  
el rebelado arcángel, y florece  
sobre su tumba perennal tapíz.  
Mas ¡ay! A los que yacen olvidados  
cubre perpetuo horror, hierbas extrañas  
ciegan su sepultura; á sus entrañas  
árbol funesto enreda la raíz.



Y yo también (no dista mucho el día)  
huesped seré de la morada obscura,  
y el ruego invocaré de un alma pura  
que á mi largo penar consuelo dé.  
Y dulce entonces me será que vengas  
y para mí la eterna paz implores,  
y en la desnuda losa esparzas flores,  
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,  
si disipadas fueron una á una  
las que mecieron tu mullida cuna  
esperanzas de alegre porvenir?  
Sí, le perdonarás; y mi memoria  
te arrancará una lágrima, un suspiro  
que llegue hasta mi lóbrego retiro  
y haga mi helado polvo rebullir.

(Traducción de D. Andrés Bello.)

## VÍCTOR HUGO.-EL REY SE DIVIERTE

### ACTO III, ESCENA II

#### El Rey, Blanca.

(El rey, así que se ve sólo con Blanca, la alza el velo.)

*Rey.* — ¡Blanca!

*Blanca.* — ¡Gualtero! ¡Cielos!...

*Rey.* — (Riendo.) ¡Vive Dios que la equivocación ha sido feliz! ¡Blanca hermosa, amor mío, ven á mis brazos!

*Blan.* — (Retrocediendo.) ¡El Rey!... ¡El Rey!... ¡Dejadme, señor! ¡Dios mío!... ¿Qué es esto... Estoy soñando? Gualtero... No: sois el Rey... (Cayendo á sus pies.) ¡Ah! ¡Quien quiera que seáis, tened compasión de mí!

*Rey.* — ¡Compasión de tí, Blanca!... ¡Yo que te adoro! Todo lo que Gualtero te ha dicho, te lo repite Francisco I. ¿Me amarás menos porque soy Rey? Tú me tenías por un pobre estudiante. Pues bien: porque la suerte me haya hecho nacer un poco más arriba, ¿me has de aborrecer? (Riendo.) Si no tengo la fortuna de ser villano, ¿qué le hemos de hacer!

*Blan.* — (Aparte.) ¡Cómo se burla... Dios mío! ¡Y no me caigo muerta!

*Rey.* — Mira: aquí te esperan danzas, torneos, festines... mil placeres, que gozarás conmigo, Blanca, la vida es gozar... lo demás no es vida.

*Blan.* — (*Aterrada y retrocediendo.*) ¡Oh! ¡Qué diferencia de aquí!... ¡Dónde están ya mis ilusiones! (*Apartándole.*) ¡Dejadme! ¡Infeliz de mí!

*Rey.* — ¿Sabes tú lo que yo soy? ¿Sabes que la Francia entera es mía... Que tengo á mis pies quince millones de hombres?... Riquezas, honores, placeres, poder absoluto sin freno ni ley? Todo lo tengo yo: todo es mío... ¡Yo soy el Rey! Pues bien, tú serás la soberana de este soberano. Blanca, ¡yo soy Rey y tú serás Reina!

*Blan.* — ¡Reina!... ¿Y vuestra esposa?

*Rey.* — (*Riendo.*) ¡Simplecilla!... Una esposa no es una amante!

*Blan.* — ¡Vuestra amante!... ¡Oh, qué vergüenza!

*Rey.* — ¡Miren, la orgullosa!

*Blan.* — Yo no pertenezco á vos: yo pertenezco á mi padre.

*Rey.* — ¡Tu padre!... ¡Mi bufón!... ¡Triboulet!... Tu padre me pertenece á mí; yo hago de él lo que me acomoda.

*Blan.* — (*Llorando amargamente.*) ¡Ah, mi pobre padre! ¿Con qué aquí todo es vuestro?

*Rey.* — (*Se echa á sus pies.*) ¡Blanca, yo te amo!... ¡Blanca... no llores. Ven, ven á mi corazón!

*Blan.* — ¡Jamás!

*Rey.* — (*Con ternura.*) ¡Aún no me has repetido que me amas!

*Blan.* — ¡Eso se acabó!

*Rey.* — Te he afligido sin querer... ¡No llores así! ¡Quisiera morirme, Blanca, primero que hacerte derramar una lágrima! ¡El hombre que hace llorar á una mujer es un villano!

*Blan.* — (*Deslumbada.*) ¡Ah, sí!... Esto no ha sido más que una chanza, ¿es cierto? Vos sois el Rey: yo tengo á mi padre... á mi padre... que me estará llorando: mandad que me vuelvan á su poder... que me lleven á mi casa... yo vivo junto al palacio de Cossé... pero bien lo sabéis vos... allí estuvisteis... ¿ó no sois el mismo?... ¡Dios mío, yo he perdido el juicio... ó estoy soñando! (*Llorando.*) ¡Yo os amaba tanto!... y ahora... (*Retrocediendo asustada.*) ¡Ah! ¡Sois el Rey! ¡Os tengo miedo!

*Rey.* — (*Procurando abrazarla.*) Me tienes miedo... ¡inocente!

*Blan.* — (*Apartándolo.*) ¡Ah! ¡Dejadme!

*Rey.* — (*Estrechándola más.*) Hagamos las paces.

*Blan.* — (*Luchando.*) No.

*Rey.* — (*Aparte.*) Blanca!...

*Blan.* — (*Escapándose de sus brazos.*) ¡Dejadme! ¡Ah! esa puerta... (*Ve la puerta de la habitación del Rey abierta, se precipita por ella, y la cierra con violencia.*)

*Rey.* — (*Tomando una llavecita de oro de su cinturón.*) ¡Oh! aquí tengo yo la llave. (*Abre la puerta, entra, y la vuelve á cerrar.*)

*Marot.* — (*Asomándose á la puerta del fondo.*) Se ha escapado por las habitaciones interiores. (*Llamando á Gordes.*) ¡Eh! ¡Conde!

ESCENA III

**Marot, luego los caballeros, luego Triboulet.**

*Gord.* — ¿Dónde se han ido?

*Mar.* — Ha echado á correr por esas habitaciones y el Rey la sigue.

*Pard.* — (*Riendo*) ¡Pobre Triboulet!

*Pien.* — (*Que estaba á la puerta en observación.*) Chit... aquí viene.

*Gord.* — (*En voz baja.*) Disimulemos... hablemos de cualquier cosa.

*Mar.* — El, anoche, no hablé á nadie más que á mí.

*Pien.* — ¡Chit!... aquí está. (*Sale Triboulet. Nada ha cambiado en él. El mismo traje y aspecto indiferente de bufón. Sólo se le nota una extremada palidez.*)

*Pien.* — (*Como continuando una conversación, y guiñando á los demás, que apenas pueden contener la risa.*) Pues sí señor, en aquella época fué. — Buenos días, Triboulet! — cuando se compuso aquella canción... aquella canción, que dice...

(*Canta.*)                    “Al frente de Marsella,  
                                  „Así dijo Borbón:  
                                  „qué hermosa es la doncella  
                                  „que está en el torreón!”

*Trib.* — (*Canta.*)            “Y todos por la escala,  
                                  con ademán feroz,  
                                  soplándose los dedos,  
                                  subieron á su voz.”

(*Risas y aplausos irónicos.*)

*Todos.* — ¡Bravo!

*Trib.* — (*Que se ha adelantado hacia el proscenio. — Aparte.*) ¿Dónde estará?  
(*Repite el final.*)

                                  “Soplándose los dedos,  
                                  subieron á su voz.”

*Gord.* — ¡Bravo, Triboulet! (*Aplaudiendo.*)

*Trib.* — (*Aparte. — Examinando las caras de todos.*) Todos estos han sido: no hay duda.

*Cossé.* — (*Dándole en el hombro con risa hueca.*) ¡Eh eh!... ¿qué hay de nuevo, bufón?

*Trib.* — (*A los demás.*) ¡Qué risa tan lúgubre tiene este buen señor! (*Remedándole.*) ¿Qué hay de nuevo, bufón?

*Cossé.* — (*Riendo.*) Vaya, dinos algo.

*Trib.* — (*Mirándole de pies á cabeza.*) Pues digo que cuando queréis hacer el gracioso, sois más inaguantable que nunca. (*Durante la primera parte de esta escena, Triboulet no cesa de buscar, de examinar, de escudriñar. Por lo general, sólo sus miradas indican este estado de zozobra; pero algunas veces, cuando*

*cree que no le observan, su inquietud se manifiesta, ya moviendo un mueble, ya levantando el picaporte de una puerta, á ver si está cerrado. A pesar de su violenta situación, habla con todos, como de costumbre, en tono burlón y desembarazado. Sus transiciones de lo melancólico á lo burlesco, deben ser sumamente bruscas y extremadas, como de hombre que tiene el hábito de reir siempre, aun estando con el alma despedazada. Los caballeros se hacen señas entre sí, burlándose con cierto disimulo.)*

*Trib.* — (*Aparte.*) ¿Dónde le habrán escondido? — ¡Si se lo pregunto van á reirse de mí! (*Llegándose á Marot, con tono festivo.*) ¡Marot, mucho celebro que no hayas pillado un catarro esta noche!

*Mar.* — (*Fingiendo sorpresa.*) ¡Esta noche!

*Trib.* — (*Con tono de inteligencia.*) ¡Vamos!.. ¡la expedición fué chistosa!

*Mar.* — ¿Qué expedición?

*Trib.* — ¡Hombre!, la de anoche.

*Mar.* — (*Con candor.*) ¡Qué!.. si así que dieron las nueve me metí en la cama, y hasta muy entrado el día no me he levantado!

*Trib.* — ¡Ah! ¿tú no saliste anoche?... Pues lo he soñado. (*Ve un pañuelo en una mesa, y le echa mano.*)

*Pard.* — (*Aparte á Pienne.*) ¡Duque, Duque!.. mirad cómo examina la marca de mi pañuelo.

*Trib.* — (*Dejando caer el pañuelo.*) (*Aparte.*) ¡No es de ella!

*Pien.* — (*A varios de ellos que se ríen en el fondo.*) ¡Señores!.. ¡Señores!..

*Trib.* — (*Aparte.*) ¡Dónde estará!

*Pien.* — ¿De qué os reís tanto?

*Gord.* — (*Señalando á Marot.*) ¡Éste nos está haciendo reir!

*Trib.* — (*Aparte.*) ¡Qué alegres están hoy!

*Gord.* — (*A Marot, riendo.*) Cuenta, cuenta.

*Trib.* — (*A Pienne.*) ¿No se ha levantado el Rey todavía?

*Pien.* — Todavía no.

*Trib.* — ¿Y no se oye ruido en su cuarto? (*Va á acercarse á la puerta: Par-daillan lo detiene.*)

*Pard.* — ¡No vayas á despertar á su Majestad! (*Sale un gentil-hombre de la Reina.*)

*Pien.* — ¿Qué hay?

*Gentil-h.* — La Reina, mi ama, desea ver al Rey para una cosa urgente. — (*Pienne le da á entender que es imposible: el gentil-hombre insiste.*) — Pues Diana de Poitiers no está ahora con él.

*Pien.* — (*Con impaciencia.*) Es que el Rey no se ha levantado.

*Gentil-h.* — ¡Señor Duque!.. si hace un momento que estaba aquí con vosotros. — (*Pienne impaciente hace al gentil-hombre señas que éste no entiende, y que Triboulet observa con profunda atención.*)

*Pien.* — ¡El Rey ha ido de caza!

*Gentil-h.* — (*Aparte.*) ¡Demonio de hombre! — (*Al gentil-hombre hablándole*

*colérico, y junto á su misma cara.*)— Os he dicho, ¿me entendéis? que el Rey no puede ver á nadie.

*Trib.*— (*Rompiendo con voz de trueno.*) ¡Aquí está!— ¡en el cuarto del Rey! (*Asombro general.*)

*Gard.*— ¿Se ha vuelto loco?— ¿quién está aquí?

*Trib.*— ¡Oh! ¡Bien sabéis de quién hablo!.. ¡no os hagáis los desentendidos!— La mujer que robásteis anoche vosotros... ¡Sí, todos vosotros!.. Cossé, Pienne, Brion, Montmorency... la mujer que robásteis anoche en mi casa..., -- también estábais vos, Pardaillan!— ¡Yo la recobraré, señores... aquí está!

*Pien.*— (*Riendo.*) Señores, Triboulet ha perdido su amante, y piensa...

*Trib.*— (*Con indignación.*) ¡Yo pido mi hija!

*Todos.*— ¡Su hija! (*Sorpresa general.*)

*Trib.*— ¡Mi hija! ¡Sí, señores!— ¡Hola! ¿calláis? ¿os sorprende que este bufón sea padre?.. ¿que tenga una hija?.. los lobos y los grandes ¿no tienen también hijos?— Acabemos; yo quiero á mi hija. — ¡Eh! ¡basta de misterios!.. ¡basta de burlas!.. Señores, ¡os digo que quiero mi hija!.. (*Arrojándose á la puerta.*) ¡Aquí está!— (*Todos los caballeros se colocan delante de la puerta, y se lo estorban.*)

*Mar.*— ¡Está furioso!

*Trib.*— (*Retrocediendo con desesperación.*) ¡Cortesianos!.. ¡cortesianos!.. ¡raza infernal!— ¡me han robado mi hija estos bandidos!— Y ¿qué es el honor de una mujer para estos hombres que trafican con sus esposas, que se las venden á un Rey corrompido, por un collar, por un título... (*Mirándolos cara á cara*) Hay alguno de vosotros que me desmienta? ¿no digo la verdad, nobles señores?— Sí; por un título, por un pergamino, venderíais vosotros, si ya no lo hubiérais hecho! (*A Brion.*) tú á tu mujer. — (*A Gordes*) tú, á tu hermana. — (*Al joven Pardaillan*) tú, á tu madre!— (*Los cortesianos le vuelven la espalda, Pardaillan acércase al aparador, échase vino y bebe.*) ¡Quién lo diría!— Condes, Duques, Pares... un descendiente de Carlo-Magno, un nieto del Duque de Milán... ¡Un Gordes, un Piennes, un Pardaillan... y vos, un Montmorency!.. lo más ilustre de Francia, ¡haber ido en cuadrilla á robarle la hija á este miserable!— ¡Pero no; á tan nobles estirpes no pueden pertenecer corazones tan bajos, no! vosotros no descendéis de ellos: esos apellidos que ostentáis son una mentira. — Vuestras madres fueron... lo que son vuestras esposas: todos vosotros sois bastardos!

*Gord.*— ¡Insolente!... (*Indignación entre los cortesianos.*)

*Trib.*— ¿Véis esta mano?... no es la mano de un noble... es la mano de un siervo, de un villano... no empuña una espada... ¡pero tiene uñas con que despedazaros!— ¡Ah! volvedme mi hija!... — ¡Esa puerta... abridla!... (*Arrójase de nuevo como una furia á la puerta que defienden todos los caballeros. Lucha con ellos algún tiempo, y al fin viene á caer al proscenio jadeando y de rodillas.*) ¡Tantos contra mí!— (*Deshecho en lágrimas y sollozos.*) ¡Ah!... ¿me véis llorar?... Pues bien; ¡tened lástima del pobre bufón!... ¡por lo que tanto os ha hecho reír!... y perdonadle si alguna vez os ha ofendido... os lo pido de rodillas, ¿véis?... (*Acercándose de rodillas hacia ellos.*) ¡Apíadaos de mí!... soy contrahecho! ¡soy desgraciado!...

Compadecedme... ¡Señores!... ¡volvedme mi hija!... ahí la tenéis, en el cuarto del Rey. (*Dirigiéndose á unos y á otros.*) ¡Mi hija!... ¡mi hija!... (*Todos callan; levántase desesperado.*) ¡Ah! no sabéis más que reiros ó callar!... ¡os gozáis en ver á un pobre padre mesarse los cabellos y arrancarse á pedazos el corazón! (*Abre repentinamente la puerta del cuarto del Rey. Sale Blanca ciega y desatentada y viene á caer en los brazos de su padre, dando un grito terrible.*)

*Blan.* — ¡Ah!... ¡padre mío!

*Trib.* — (*Estrechándola en sus brazos.*) ¡Hija mía!... ¡ah!... ¡ella es!... ¡mi hija! — ¡Ah! ¡Señores!... — ¿véis?... (*Sollozando y riendo á un tiempo*), ¡esta es mi hija... mi tesoro... mi universo entero! — Blanca mía, no llores... no temas ya nada... se han compadecido de mí y te vuelven á mis brazos... Ya no volverán á llevarte... (*A los cortesanos*) ¿no es verdad? — ¡Ah! ya lo he olvidado todo... estás conmigo... ¡ya soy feliz! — (*Mirándola con inquietud.*) Pero... ¿para qué lloras así?

*Blan.* — (*Tapándose con las manos el rostro, bañado de lágrimas*) ¡Qué vergüenza!

*Trib.* — (*Estremeciéndose.*) ¡Qué dices!... ¡habla!...

*Blan.* — (*Ocultando la cara en el pecho de su padre.*) A vos sólo.

*Trib.* — (*Volviéndose con temblor convulsivo hacia la puerta del cuarto del Rey.*) ¡Oh!... el infame! (*Dando algunos pasos hacia los cortesanos, y con tono imperioso.*) ¡Salid de aquí — y si el Rey Francisco I se dirige á esta sala, decidle que no entre... decidle que hay aquí un padre! (*Retíranse todos, como subyugados por el acento de Iriboulet. Siéntase en el sillón del Rey, y acerca á sí á Blanca.*)

(*Traducción y arreglo de D. Ventura de la Vega.*)

## VICTOR HUGO.-NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

Después de algunos escalones subidos y bajados en unos corredores oscuros, que era preciso iluminar con faroles en mitad del día, la Esmeralda, rodeada siempre de su lúgubre cortejo, fué empujada por los alguaciles del palacio hacia una cámara siniestra.

Aquella habitación, de forma redonda, ocupaba la planta baja de una de esas torres grandes que atraviesan todavía en nuestros días la hilada de edificios modernos con que el París nuevo ha cubierto el antiguo.

Ni una ventana aclaraba aquella horrible mansión, ni una sola abertura se veía en aquellas sombrías paredes que la baja entrada pertrechaba de una gruesa puerta de hierro. Sin embargo, no faltaba allí claridad. En el espesor de la pared estaba hecho un horno; en él resplandecía un fuego enorme, que esparcía por todo el subterráneo sus rojizos resplandores, y despojaba de todo reflejo á una miserable vela que ardía en un rincón.

El rastrillo de hierro que servía para cerrar el horno, levantado en aquel momento, no dejaba ver en el orificio del hueco resplandeciente sobre el muro

tenebroso más que la extremidad inferior de sus barrotes, como una hilera de dientes negros, agudos y separados, lo que hacía que aquel horno se pareciera á una de esas bocas de dragones que arrojan llamas como nos las pintan en las leyendas.

A la luz que se escapaba de él vió la prisionera todo en derredor del aposento, unos instrumentos espantosos cuyo uso le era desconocido.

En el centro yacía un colchón de cuero casi asentado en el mismo suelo, sobre el que colgaba una correa con hebilla, sujeta á una argolla de bronce que tenía un monstruo escamoso en la boca, esculpido en la clave de la bóveda. Tenazas, garfios, garruchas, ruedas dentadas y hierros de millares de formas siniestras llenaban el interior del horno, y se enrojecían todos envueltos encima de las brasas.

El resplandor sangriento de aquel horno no iluminaba en la siniestra cámara más que un hacinamiento de objetos espantosos.

Aquel Tártaro se llamaba sencillamente *la cámara del interrogatorio*.

Encima de la cama de cuero aparecía sentado con negligencia Pedro Tortue, el verdugo jurado. Sus ayudantes, dos titanes de cara cuadrada, con delantal de cuero y bragas de lienzo, revolvían todo aquel herraje sobre las ascuas.

En vano fué que la pobre doncella tratara de reunir todo su valor: al penetrar en aquel antro siniestro, se quedó anodada de espanto.

Los alguaciles del bailío del Palacio se alinearon á un lado: los clérigos del tribunal eclesiástico al otro.

En un rincón se veían un escribano, una mesa y una escribanía. Maese Jacobo Chamorlue dijo á la gitana con una sonrisita muy melosa:

—Hija mía, ¿persistís, pues, en negar?

—Sí—respondió la desdichada con una voz apenas perceptible.

—En ese caso—dijo—Chamorlue será para nosotros muy sensible vernos obligados á interrogaros con más insistencia de la que desearíamos... Tened, pues, la bondad de sentaros en aquella cama... Maese Pierrad, haced sitio á esta niña, y cerrad la puerta.

Pierrad se levantó regruñendo entre dientes.

—¡Si cierro la puerta se me va á apagar el horno!

—Bien, querido mío... ¡Pues la dejáis abierta!

La Esmeralda permanecía de pie. Aquella cama de cuero donde tantos infelices se habían retorcido de dolor, la infundía espanto.

El terror la helaba hasta la médula de los huesos; estaba allí quieta, extraviada y aturdida. A una seña de Chamorlue, la agarraron los dos ayudantes de Pierrad, y la transportaron al potro. No la hicieron ningún daño en aquella maniobra; pero cuando la tocaron aquellos hombres, cuando ella sintió el contacto de aquel cuero, toda su sangre refluyó hacia el corazón.

La infeliz echó una mirada extraviada en derredor del siniestro aposento.

Parecía ver moverse y andar hacia ella para morderla todo el cuerpo con sus agudos ferrados dientes á todas aquellas ruedas, á todos aquellos garfios, á todos aquellos horribles instrumentos de tortura, que eran entre los instrumen-

tos de todo género que ella había visto hasta entonces lo que son los murciélagos, los cienpiés y las arañas entre las mariposas y los pájaros.

—¿Dónde está el médico?— preguntó Chamorlue.

—Aquí— respondió un individuo con toga negra que ella no había percibido hasta entonces.

La gitana se estremeció.

—Hija mía— repitió la voz acariciadora del señor fiscal; por la tercera vez, ¿persistís en negar los hechos de que estáis acusada?

Esta vez no pudo hacer la cuitada más que una seña con la cabeza. Había perdido la voz.

—¿Persistís?...— repitió aún Chamorlue.

—En ese caso... muchísimo lo siento... pero será forzoso que cumpla con los deberes de mi oficio.

—¿Por dónde empezamos, señor fiscal?— preguntó Pierrad bruscamente. Chamorlue vaciló unos instantes con el gesto indeciso de un poeta que busca un consonante.

—Por el borcegui— dijo al fin.

La desdichada se sentía tan completamente abandonada de Dios y de los hombres, que su cabeza cayó á plomo sobre su pecho, como una cosa inerte que ya no tiene fuerza en sí.

El verdugo y el médico se acercaron á ella al mismo tiempo. Los dos ayudantes se pusieron á registrar en su arsenal.

Al choque de aquel heiraje espantoso, la desgraciada joven se estremeció como un cadáver galvanizado.

—¡Oh!...— murmuró tan bajo que nadie pudo oirlo.—¡Oh, Febo mio!

Después volvió á sumergirse en su mutismo y en su inmovilidad.

Aquel espectáculo hubiera partido cualquier corazón que no fuera un corazón de juez.

Parecía una pobre alma pecadora interrogada por Satán en el rojizo postigo del infierno.

¡El mísero cuerpo á que se iba á apresar todo aquel espantoso hormiguero de ruedas, de sierras y de tenazas; el pobre sér que iba á ser manejado por aquellas manos ásperas y rudas, era, sin embargo, aquella inofensiva y débil criatura, tímida y frágil, pobre grano de mijo que la justicia humana daba á moler á las tremendas piedras de la tortura!

Las manos callosas de los ayudantes de Pedro Torterue descalzaron brutalmente aquel piecico que tantas veces había maravillado á los transeuntes por su pequeñez y su gentileza en las calles y plazas de París.

—¡Lástima es!— gruñó maese Pierrad, contemplando su forma graciosa y delicada.

Si el arcediano se hubiese hallado entonces presente, de cierto hubiera recordado su símbolo de la mosca y la araña.

La desdichada vió á través de una nube que en aquel instante se extendió



ante sus ojos, acercar el *borceguí*; vió embutir entre la prensa de hierro su delicado pie, y desaparecer entero dentro del horrendo aparato.

Entonces la fuerza misma del terror la devolvió el uso de la palabra.

— ¡Quitadme esto!... — exclamó con la exaltación del espanto y enderezándose toda desmelenada. — ¡Perdón!...

Lanzóse fuera de la horrenda cama para ir á arrojarle á los pies del fiscal; pero tenía sujeta la pierna en el pesado montón de las cadenas y de herraje, y cayó sobre el mismo *borceguí*, más quebrantada que una abeja que tuviera un perdigón de plomo atado á un ala.

A una seña de Charmolue, volvieron á colocarla sobre el potro, y dos mazas enormes sujetaron á su cintura delicada la correa que pendía de la bóveda.

— Por última vez: ¿confesáis los hechos de la causa? — la preguntó Charmolue con su imperturbable benignidad.

— ¡Soy inocente!

— Entonces, hija mía, ¿cómo explicáis las apariencias que os acusan?

— ¡Ay, monseñor!... no lo sé.

— ¿De modo que todó lo negáis?

— ¡Todo!

— ¡Andad, pues! — dijo Charmolue á Pierrat.

Pierrat dió la vuelta á un tornillo, el *borceguí* se apretó, y la desgraciada muchacha dió un alarido tan horroroso, que no puede tener explicación exacta en ninguna lengua conocida.

— ¡Deteneos! — dijo Charmolue á Pierrat.

El atormentador paró:

— ¿Confesáis? — preguntó el fiscal á la gitana.

— ¡Todo! — respondió la desdichada, casi sin poder articular. — ¡Confieso!... ¡Confieso!... ¡Perdón!...

La pobre criatura no había medido sus fuerzas al afrontar la tortura. La vida había sido para ella hasta entonces tan fácil, tan suave y tan placentera, que el primer sufrimiento bastó á vencerla.

— La humanidad me obliga á deciros, hija mía — dijo el fiscal con su tono meloso — que al confesar no podréis esperar más que la muerte.

— ¡La espero! — respondió la desdichada.

Y volvió á desplomarse sobre el colchón de cuero moribunda, doblada por medio, y dejándose colgar de la correa abrochada á su cintura.

— ¡Hupa, hermosa!... ¡Sosteneos un poquito! — dijo maese Pierrat levantándola. — ¡Parecís el borreguito de oro que lleva colgado al cuello monseñor de Borgoña!

Jacobo Charmolue levantó la voz.

— Escribano; apuntad... — Hija de Bohemia, ¿confesáis vuestra participación en los aquellarres y maleficios infernales con larvas, máscaras y con brujas?... ¡Responded!...

—Sí... - respondió la cuitada; pero tan bajo, que su palabra se perdió en su aliento.

—¿Confesáis, pues, haber visto el carnero padre de Belcebú que se presenta en las nubes para reunir el aquelarre, y sólo las hechiceras pueden ver?

—Sí.

—¿Confesáis haber adorado las cabezas de Bophamé, esos abominables ídolos de los Templarios?

—Sí.

—¿Tener un comercio habitual con el demonio bajo la figura de una cabra blanca complicada en el proceso?

—Sí.

—Finalmente: ¿confesáis que con ayuda del diablo y del fantasma llamado vulgarmente el *Monje en Pena* haber asesinado al capitán Febo de Chateaupers en la noche del 29 de Marzo último?

La gitana levantó sobre el magistrado sus inmensos ojos fijos, y respondió como maquinalmente, sin estremecimientos y sin sacudidas.

—Sí.

Era evidente que todo había muerto en ella.

—Anotad, señor escribano — dijo Charmolue.

Y dirigiéndose á los atormentadores, prosiguió:

—Desatad á la acusada, y que vuelvan á conducirla á la audiencia.

Cuando la presa estuvo *descalza*, el fiscal eclesiástico examinó su pie, todavía entumecido por el dolor.

—Vamos — dijo — no ha sido mucho el daño. Habéis gritado á tiempo. ¡Todavía podríais bailar, hermosa!

Después se volvió hacia sus acólitos del tribunal eclesiástico, y les dijo:

—¡He aquí por fin iluminada á la justicia! ¡Esto, señores, es siempre un gran consuelo! Pero esta joven nos servirá de testigo para que todo el mundo sepa que aquí se la ha tratado con toda la benignidad posible.

(Traducción de E. M.)

## STENDHAL (Enrique Beyle).-LA CARTUJA DE PARMA

*Waterloo*. — La botella corrió de mano en mano: el último que la cogió la arrojó al aire después de haber bebido. — Gracias, camarada — le dijo á Fabricio. Todos los ojos le miraron con benevolencia. Aquellas miradas quitaron cien libras de peso del corazón de Fabricio: era uno de esos corazones de fábrica muy fina, que necesita la amistad de quienes le rodean. ¡Por fin no le miraban mal sus compañeros, comenzaba á relacionarse con ellos! Fabricio suspiró profundamente.

La escolta se puso en marcha y se dirigió hacia las divisiones de infantería. Fabricio se sentía embriagado: había bebido demasiado aguardiente y se tenía

mal á caballo: muy á punto se acordó de una frase que le decía el cochero de su casa: cuando se ha empinado el codo, conviene mirar por entre las orejas del caballo y hacer lo que haga el que marcha al lado. El mariscal se detuvo largo rato é hizo cargar á varios cuerpos de caballería: pero durante una hora ó dos, nuestro héroe no tuvo conciencia de lo que en torno suyo pasaba. Se sentía muy cansado, y cuando su caballo galopaba, caía en la silla como un pedazo de plomo.

De pronto el sargento mayor gritó á sus soldados. — ¿No véis al Emperador? ¡voto va!.. La escolta gritó al punto. ¡Viva el Emperador! hasta desgañitarse. Nuestro héroe abrió tamaños ojos para ver algo, pero no vió más que unos caballos que galopaban, seguidos de la escolta. Las largas crines que pendían de los cascós de los dragones le impidieron distinguir los rostros. — ¡Así, no he podido ver al Emperador en el campo de batalla por estas malditas copas de aguardiente!.. — y esta triste reflexión le deshabilitó del todo.

Bajaban por una arroyada; los caballos quisieron beber. — ¿Es el Emperador Napoleón el que acaba de pasar? — preguntó Fabricio al soldado más cercano.

— Claro, él era, el que no llevaba bordados en el uniforme. ¿Cómo no le habéis visto? respondió, benévolo, el camarada.

Fabricio sintió grandes impulsos de galopar tras la escolta del Emperador y de incorporarse á ella. ¡Qué dicha, hacer la guerra de verdad, al lado de aquel héroe! Para ello había venido á Francia. — Y soy perfectamente dueño de hacerlo — se dijo Fabricio — pues al fin y al cabo, para hacer el servicio que hago no tengo otra razón sino la voluntad de mi caballo, que se ha puesto al galope, por seguir á estos generales. — Lo que decidió á Fabricio á quedarse fué que los húsares, sus recientes camaradas, le ponían buena cara. Comenzó á creerse amigo íntimo de todos los soldados con quienes galopaba hacia algunas horas y ya creía trabar con ellos aqueila noble amistad de los héroes de Tasso y de Ariosto.....

Hacia un buen rato que Fabricio no veía la tierra cuyos negros terrones hacían las balas volar hechos polvo. Pronto se vieron enfrente de un regimiento de coraceros: Fabricio oyó claramente á los vizcainos golpear las corazas y vió caer muchos hombres. El sol estaba ya muy bajo, é iba á ponerse cuando la escolta, saliendo de un camino hondo, subió una pendiente corta, de tres ó cuatro pies para entrar en una tierra labrada. A un lado, oyó Fabricio un ruido extraño. Volvió la cabeza: tres ó cuatro hombres con sus caballos habían caído al suelo: entre ellos el mismo general, que se incorporaba todo cubierto de sangre. Fabricio miraba á los húsares arrojados en tierra: tres hacían aún algunos movimientos convulsivos, el cuarto gemía: — ¡Sacadme de aquí debajo! — El sargento mayor con dos ó tres hombres habían echado pie á tierra para auxiliar al general que, apoyándose en un ayudante, intentaba dar algunos pasos y alejarse de su caballo, que, derribado en tierra pataleaba, lanzando coces furibundas.

El sargento mayor se acercó á Fabricio. En aquel momento, nuestro héroe oyó decir detrás de él, casi á su oído:

— Es el único que puede galopar todavía, — y sintió que le cogían por los

pies, le levantaban, sosteniéndole al par por debajo de los brazos, le hacían pasar sobre la grupa de su caballo y luego le dejaban resbalar á tierra, donde cayó sentado.

El ayudante cogió por la brida el caballo de Fabricio, el general montó en él, ayudado por el sargento mayor y salió al galope, seguido rápidamente por los seis hombres que quedaban. Fabricio se puso en pie furioso y echó á correr detrás de ellos, gritando: — ¡Ladri! ¡ladri! (ladrones! ladrones!). Era divertido correr tras semejantes ladrones en un campo de batalla.

La escolta y el general desaparecieron muy luego tras unos sauces: Fabricio atravesó un canalizo hondo. En el otro lado, se puso á jurar al ver de nuevo, pero ya á gran distancia, el general, y su escolta que se perdían entre los árboles. — ¡Ladrones, ladrones! — gritaba ya en francés. Desesperado, menos por la pérdida de su caballo que por la traición, fatigado y muerto de hambre, se dejó caer á la orilla del foso. Si su hermoso caballo le hubiera sido arrebatado por el enemigo, no hubiera pensado en ello: pero verse traicionado y robar por aquel sargento mayor á quien amaba tanto y por aquellos húsares á quienes miraba ya como hermanos! esto era lo que le partía el corazón. No podía consolarse de tamaña infamia, y apoyado contra un sauce, se puso á llorar amargamente. Uno á uno iba deshaciendo todos sus hermosos ensueños de amistad caballeresca y sublime, como la de los héroes de la *Jerusalém libertada*. Ver llegar la muerte era nada, hallándose rodeado de almas heroicas y tiernas, de nobles amigos que os estrechan la mano al lanzar el postrer suspiro. Pero ¡cómo conservar entusiasmo viéndose rodeado de bribones rateros! .....

Al dolor moral de haber sido tan indignamente traicionado y robado, vino á juntarse otro que á cada instante se dejaba sentir con más viveza: estaba pereciendo de hambre. Así, después de haber corrido más de diez minutos, vió con extremado contento que un regimiento de infantería que marchaba á paso redoblado se paraba, como para tomar posiciones. Algunos minutos después, se hallaba junto á los primeros soldados.

— Camaradas ¿podríais venderme un pedazo de pan?

— ¡Anda! ¡mira éste que nos toma por panaderos!

Esta dura frase y las carcajadas y burlas generales que la siguieron, abrumaron á Fabricio. ¡La guerra no era, pues, aquel noble y común impulso de almas amantes de la gloria que él se había figurado, según las proclamas de Napoleón!.. Sentóse, ó mejor, dejóse caer en la hierba. Estaba muy pálido .....

(Traducción de F. N. L.)

## ERNESTO RENÁN

### MARCO AURELIO Y EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO

Muerto Marco Aurelio, su cuerpo fué llevado á Roma y enterrado en el mausoleo de Adriano. Conmovedora fué la efusión de la piedad popular. Tal era la afición que se le tenía, que no se le designaba nunca por su nombre ó sus títu-

los, sino que cada cual, según su edad, le llamaba *Marco mi padre* ó *Marco mi hermano* ó *mi hijo Marco*. El día de sus exequias casi no se vertieron lágrimas, pues todos estaban ciertos de que no había hecho sino retornar á los dioses que por un momento le habían prestado á la tierra. Durante la misma ceremonia de los funerales fué proclamado *Dios propicio* con una espontaneidad sin ejemplo. Se declaró sacrilego á quien, teniendo posibles para ello, no tuviera la imagen de Marco Aurelio en su casa y no fué este culto como tantas otras apoteosis efímeras. Cien años después su estatua se veía entre los dioses penates, en gran número de lararios. El emperador Diocleciano le tributaba culto especial. El nombre de *Antonino* fué desde entonces sagrado; se convirtió como el de *César* y el de *Augusto*, en una especie de atributo del Imperio, un signo de la soberanía humana y civil. El *numen Antoninum* fué como el astro bienhechor de aquel Imperio cuyo programa admirable fué para el siglo que le siguió un reproche, una esperanza y una pena. Se vió á almas tan poco poéticas como la de Septimio Severo soñar con aquel numen como con un cielo perdido. El mismo Constantino se inclinó ante aquella divinidad clemente y quiso que la estatua de oro de los Antoninos figurase entre las de los antepasados y tutores de su poder, fundado bajo tan diferentes auspicios.

Ningún culto fué más legítimo que aquel, que aun hoy le tributamos, pues todos llevamos en el corazón luto por Marco Aurelio como si hubiese muerto ayer. Con él, la filosofía reinó. Gracias á él, un momento, el mundo fué gobernado por el hombre mejor y más grande de su siglo. Mucho importa que esta experiencia haya sido hecha. ¿Lo será alguna otra vez? ¿Llegará la filosofía moderna á reinar, como reinó la antigua? ¿Tendrá su Marco Aurelio, rodeado de un Frontón y de un Junio Rústico? ¿Pertenece aún alguna vez el gobierno de las cosas humanas á los más sabios? Pero ¿qué importa si este reino ha de durar un día y el reino de los locos le seguirá sin duda una vez más? Habituada á contemplar con rostro sonriente el eterno espejismo de las ilusiones humanas, la filosofía moderna sabe la ley de los entusiasmos pasajeros de la opinión; pero sería curioso observar lo que saldría de tales principios si éstos llegaran al poder. Sería placentero construir *á priori* el Marco Aurelio de los tiempos modernos, ver qué mezcla de fuerza y de debilidad crearía, en un alma escogida y llamada á la acción más amplia, el género de reflexión propio de nuestra edad. Nos gustaría ver cómo la crítica acertaría á aliarse con la más alta virtud y con el más vivo ardor por el bien, qué actitud tomaría un pensador de esta escuela ante los problemas sociales del siglo XIX, por qué arte llegaría á rodearlos ó á aquietarlos, á eludirlos ó á resolverlos. Lo más seguro es que el hombre llamado á gobernar á sus semejantes deberá siempre meditar sobre el modelo exquisito de soberano que Roma ofreció en sus días mejores: y si es cierto que es posible aventajarle en algunas partes de la ciencia del gobernar, que sólo han sido conocidas hasta los tiempos modernos, no lo es menos que el hijo de Annio Vero será siempre inimitable por su fuerza de alma, su resignación, su cumplida nobleza y la perfección de su bondad.

El día de la muerte de Marco Aurelio puede ser estimado como el momento

decisivo de la ruina de la antigua civilización. En filosofía, el gran emperador había colocado tan alto el ideal de la virtud, que nadie debía sentirse capaz de seguirle: en política, por no haber separado con bastante profundidad los deberes del padre y los del César, volvió á abrir, sin quererlo, la era de los tiranos y de la anarquía: en religión, por adhesión excesiva á una religión del Estado, cuya flaqueza veía bien clara, preparó el triunfo violento del culto no oficial y dejó cernearse sobre su memoria una censura injusta, es verdad, pero de la cual no debía encontrarse ni sombra en una vida tan pura. En todo, excepto en las leyes, el enflaquecimiento era sensible. Veinte años de bondad habían relajado la administración y favorecido los abusos. Era necesaria cierta reacción según las ideas de Avidio Casio: y en lugar de ella, sobrevino el derrumbamiento total...

(Traducción de F. N. L.)

## SAINTE BEUVE.-LA FONTAINE

Hablar de La Fontaine nunca es aburrido, aun cuando se esté seguro de no decir nada nuevo: es hablar de la experiencia misma, del resultado moral de la vida, del buen sentido práctico, fino y profundo, universal y diverso, regocijado en las burlas, animado por una imaginación encantadora, corregido y hermo-seado por los mejores sentimientos, consolado, sobre todo, por la amistad: es, en fin, hablar de todas aquellas cosas que no se sienten hasta llegar á la edad madura. Este La Fontaine que damos á leer á los niños, no se aprecia ni gusta nunca mejor que al llegar á los cuarenta años: es aquel vino viejo de que habla Voltaire y con el cual, compara la poesía de Horacio: gana al enraciarse, y así como cada cual según va entrando en años siente mejor á Lafontaine, asimismo la literatura francesa, á medida que adelanta y se engrandece, parece concederle más importancia y colocarle en mejor lugar. Por largo tiempo no se ha atrevido nadie á ponerle en la misma categoría que á los otros grandes poetas que ilustraron su siglo. "El zapatero y el arbitrista - decía Voltaire - *Los animales enfermos de la peste, El molinero, su hijo y el asno*, etc., por excelentes que sean en su género, no serán jamás colocadas por mí á la misma altura que la escena de Horacio y Curiaio, ó que las obras inimitables de Racine, ó que la perfecta *Arte poética* de Boileau, ó que el *Misántropo* y el *Tartufe* de Molière." Acaso Voltaire tenga razón, pero, sin embargo, la posteridad, que no tiene que optar entre tan diferentes obras maestras, la posteridad, que no es literato, no se propone semejante cuestión, ni anda rebuscando lo que es más ó menos exquisito y elevado como arte y como composición. Ella olvida los géneros y no ve más que el tesoro moral de discreción, de verdad humana, de observación eterna que se le trasmite en forma tan viva y parlante: goza con estos encantadores cuadrillos, antes de pensar en medirlos ni en clasificarlos: ama á su autor y reconoce en él á quien ha reproducido mejor, en sí y en su poesía del todo real, los rasgos de la raza y del genio de nuestros padres: y si un crítico más atrevido que Voltaire dijera

•Nuestro verdadero Homero, el Homero de los franceses, ¿quién lo creería? es La Fontaine, la posteridad reflexionaría un momento y acabaría por responder: •*Es verdad*»,.... Era el hombre del instinto, del genio natural, de las inclinaciones diversas y caprichosas: se le podía definir como el más natural de todos los hombres y el que no poseía la reflexión por entero sino cuando soñaba. Alto, bien formado y de hermosa apostura si hubiera sabido tenerse más derecho, con un semblante de facciones largas, expresivas y reciamente señaladas, que expresaban un natural bondadoso, y que á los clarividentes hubiesen permitido, á relámpagos, adivinar la fuerza ó la grandeza de su alma, se dejó llevar, durante la primera parte de su vida provinciana, de las malas compañías que encontraba por donde quiera. Una oda de Malherbe que oyó recitar le reveló, según dicen, su talento poético. Leyó los autores viejos, exprimió el jugo á Rabelais, tomó el tono de Marat, amó á Racan como á un maestro ó como un hermano en sueños y aprendió de él la elevación de pensamiento unida al desaliño.... El fondo de sus Fábulas lo tomó de todas partes. En la antigua Literatura francesa la había en abundancia y muchas más de las que La Fontaine conocía en su tiempo. Uno de los poemas más curiosos de la Edad Media, y que constituye una verdadera epopeya satírica, es el *Roman de Renart*, con sus diversas ramas: los animales figuran en él como personajes distintos, con caracteres sostenidos y trabando entre sí una serie de aventuras, conflictos y venganzas que se encadenan, hasta cierto punto. Cuando se ha leído el *Roman de Renart* y los *Fabliaux* de la Edad Media, se comprende que allí está ya todo La Fontaine y en qué sentido puede afirmarse que es nuestro Homero. Lo chocante es que La Fontaine no conocía estos poemas galos en su fuente primitiva, que no se remontaba á tantos Esopos pequeños conservados en manuscritos, á aquellos *Ysopetes*, como él los llamaba, y que si los reproducía y reunía, era sin saberlo: de ahí su mayor naturalidad, como que por él corre la misma savia. Él había leído aquí y allá todos estos apólogos y fábulas en libros de segunda mano, cuyos asuntos habían pasado á los autores del siglo xvi de Italia ó de otros países, pues él leía por todas partes. Su originalidad consiste en la *manera* y no en la *materia*. Como Montaigne, como madama de Sevigné, y aún mejor, La Fontaine posee en el más alto grado la invención del pormenor. Aquéllos sólo la muestran en el estilo: él, en el estilo y al par en el juego escénico. En Francia, donde las grandes concepciones fatigan con facilidad y exceden la medida de nuestra atención, pronto hastiada ó burlona, se pide sobre todo á los poetas este género de fertilidad, que sólo ocupa al lector breves instantes: en la cual Lafontaine sobresale....

(Traducción de F. N. L.)

## H. TAINÉ.-VIAJE Á ITALIA

*En la galería degli Uffizi, de Florencia.* En la escultura al menos, los únicos maestros que dan el sentimiento de la belleza perfecta y pura son los griegos. Después de ello todo es desviación; ningún otro arte ha sabido producir en el alma del espectador tan justo equilibrio. Bien se advierte esto cuando se ha pasado una hora en la larga galería. De repente, el espíritu se encuentra en reposo como si hubiese recobrado toda su ecuanimidad. Hemos pasado rápidamente por delante de los bustos de emperatrices, casi todas afeadas por un peinado recargadísimo y ambicioso; hemos echado una mirada á los bustos de emperadores, curiosos para un historiador, y que resumen cada uno un carácter y un reinado; pero nos paramos ante las estatuas de atletas, ante el Discóbolo, ante la Bacante, sobre todo ante los dioses Mercurio, Venus, los dos Apolos. Los músculos se ocultan, el tronco se prolonga, sin huecos ni salientes, por los brazos y por los muslos. No se nota esfuerzo alguno; ¡cosa singular en este mundo nuestro en que todos son esfuerzos! Y es que después de los griegos, el hombre, al desarrollarse, se ha corcovado, se ha combado ó alabeado por el predominio de la vida cerebral; hoy día el hombre quiere demasiadas cosas, apunta muy alto, tiene demasiado que hacer. En Grecia, cuando un adolescente se había ejercitado en el gimnasio, había aprendido algunos himnos y sabía leer á Homero, cuando había escuchado á los oradores en la plaza pública y á los filósofos bajo los pórticos, su educación terminaba; el hombre entraba completo y educado en la vida. Un joven inglés rico, de buena familia, de sangre tranquila, que ha remado, boxeado, y corrido á caballo suficientemente, que tiene ideas rectas y sanas y que vive de buena gana en el campo, es en nuestros días la menos imperfecta imitación del joven ateniense; á veces tiene la misma cara apacible y el mismo tranquilo mirar. Pero aun esto no le dura mucho tiempo. Pronto se ve obligado á engullir demasiados conocimientos ó conocimientos en exceso positivos; lenguas, geografía, economía política, versos griegos en Eton, matemáticas en Cambridge, cifras y documentos en los periódicos, y luego la Biblia y la moral. Es que nuestra civilización nos abrumba; el hombre se tambalea bajo el peso de su labor, incesantemente acrecida. La carga de sus inventos y de sus ideas, que en los primeros tiempos soportaba con holgura, ya no está en proporción con sus fuerzas; así se ve obligado á acurrucarse en un pequeño recinto, á hacerse especialista. Un desarrollo excluye á los demás; es menester que el hombre sea obrero ó hombre de estudio, político ó sabio, industrial ó padre de familia, que se encierre en un sólo empleo y se abstenga de los demás; si no se mutilara, sería insuficiente. Por esto es por lo que ha perdido su calma, por lo que el arte ha decaído de su armonía. Por otra parte, el escultor ya no habla á una ciudad religiosa, sino á un montón de curiosos aislados; deja de ser ciudadano y sacerdote, ya no es más que hombre y artista. Insiste en el porme-



nor anatómico que sorprenderá á los inteligentes y en la expresión exagerada que comprenderán los ignorantes. Es una especie de orfebre perfeccionado que quiere conquistar y conservar la atención pública. Hace una simple obra de arte y no una obra de arte nacional. El espectador le paga en alabanzas y él paga al espectador en gusto. Comparad el *Mercurio* de Juan de Bolonia con el joven atleta griego que está á su lado. El primero, brincando sobre la punta del pie, es un supremo esfuerzo que honra grandemente al artista y un espectáculo atractivo y que ocupa las miradas de los visitantes. Al contrario, el atleta ateniense que no dice nada, que no hace nada, que se contenta con vivir, es una efigie de la ciudad, un monumento á sus victorias olímpicas, un ejemplo para los adolescentes de sus gimnasios; sirve á la educación tanto como una imagen de un dios á la religión. Ni el dios ni el atleta necesitan para nada ser interesantes. Les basta ser perfectos y reposados; no son un objeto de lujo, sino un instrumento de la vida pública; no son un mueble, sino una conmemoración. Se les respeta y se saca de ellos provecho, no se les hace asunto de distracción ni materia de crítica. De igual modo el *David* en mármol de Donatello, tan valientemente plantado, vestido de una manera tan original, con una seriedad tan altanera, no es un héroe ni un santo de leyenda, sino un puro objeto de imaginación; el artista ejecuta al modo pagano ó al modo cristiano, según se lo encargan y todo su empeño consiste en complacer á las personas de gusto. Considerad, en fin, al mismo Miguel Angel: su *Adonis muerto*, con la cabeza inclinada sobre el doblado brazo, su *Baco*, que levanta la copa entreabriendo los labios como para brindar. Son dos cuerpos admirables, tan naturales, que parecen de la escultura antigua. En ellos, sin embargo, como en nuestros contemporáneos, el movimiento y el interés predominan; no se contenta con representar la vida sencilla, reposada. Por obra de esta gran transformación de la vida humana, desarticulada y partida en sus diversos organismos, el modelo ideal, los sentimientos del público y el talento del artista han cambiado por completo y desde entonces lo que el arte nuevo figura es la persona individual, la particularidad notable, la pasión abandonada, las variedades del movimiento, en lugar del tipo abstracto, de la forma general, de la armonía y del reposo.

(Traducción de F. N. L.)

## H. DE BALZAC.-EL PADRE GORIOT

- Van á venir, repuso el viejo; las conozco bien. ¡Qué disgusto causaré, si muero, á mi buena Delfina! ¡Y á Nasia, también! No quisiera morir, por no hacerlas llorar. ¡Morir, mi querido Eugenio, y no verlas más!... Allí donde uno se va, me aburriré mucho. Para un padre, el infierno es estar sin sus hijos y yo, desde que se casaron, ya he hecho mi aprendizaje. Mi paraíso estaba en la calle de la Jussienne. Decidme: si voy á la gloria ¿podré venir en espíritu al lado de

ellas? He oído decir cosas como esa. ¿Serán verdad? Me parece verlas en este momento tal como eran en la calle de la Jussienne. Bajaban por la mañana. — Buenos días, papá. — Yo las ponía en mis rodillas, las hacía mil zalamerías y cosquillas; ellas me acariciaban lindamente. Almorzábamos juntos todas las mañanas, juntos comíamos; en fin, yo era padre, disfruba con mis hijos. Cuando estaba en la calle de la Jusienne, no razonaban, no sabían nada del mundo, no amaban ¡Dios mío!, ¿por qué no han seguido siendo niñas? ¡Oh, cuánto sufro, cómo me duele la cabeza! ¡Ah, ah, perdón, hijas mías! Padezco horribilmente y por fuerza que este es un dolor de los más recios, pues vosotras me habéis hecho muy duro para sufrir. ¡Ah, Dios mío, si tuviese siquiera sus manos entre las mías, no sentiría tanto dolor! ¿Créis que vendrán? ¡Mi criado Cristóbal es tan torpe! Yo mismo debía haber ido. El va á verlas, él... Pero vos estuvisteis anoche en el baile. Decidme cómo estaban. No sabían nada de mi enfermedad — ¿no es cierto? ¡A saberlo, no hubieran bailado las pobrecitas! ¡Oh, yo no quiero estar malo! Aún les hago mucha falta. Sus fortunas se ven comprometidas. Y ¡á qué maridos están entregadas! ¡Curadme, curadme! ¡Oh!, ¡cuánto sufro; ¡ay, ay!) Mirad, es preciso curarme porque ellas necesitan dinero y yo sé dónde ganarlo. Iré á hacer sémolas y aimidón á Odessa. Yo soy muy pillo, ganaré millones ¡Oh, sufro demasiado!..

Cristóbal volvió. Rastignac, creyendo al padre Goriot dormido, le pidió cuentas de su encargo.....

— ¡Ninguna de sus hijas vendrá! — exclamó Rastignac — voy á escribirlas, á las dos.

— ¡Ninguna! — respondió el viejo incorporándose. Tienen negocios, duermen, no vendrán. Lo sabía. Es necesario morir para saber lo que son los hijos. ¡Ay, amigo mío, no os caséis, no tengáis hijos! Les dais la vida, y os dan la muerte. Les hacéis entrar en el mundo y os arrojan de él. No, no vendrán, no. Hace diez años que lo sé; alguna vez me lo decía, pero no me atrevía á creerlo. — Una lágrima rodó de cada uno de sus ojos sobre los rojos párpados, sin resbalar.

— ¡Ah! si yo fuera rico, si yo hubiera guardado mi fortuna, si no se la hubiese dado á ellas, aquí estarían, enjugándome las mejillas con sus besos. Viviría en un hotel, tendría hermosos aposentos, criados, un hogar mío, y ellas estarían aquí, hechas mares de lágrimas, con sus maridos, con sus hijos. Todo eso tendría. Pero... nada. El dinero lo da todo, hasta las hijas. ¡Oh!, mi dinero ¿dónde está? Si yo tuviera tesoros que dejarlas ya me cuidarían, me curarían; yo las vería, las vería junto á mí! ¡Ay, hijo mío, mi único hijo, prefiero mi abandono, la miseria! Al menos cuando un infeliz es amado de alguien, lo es de veras... No, yo quisiera ser rico, las vería. Pero ¿quién sabe? Las dos tienen corazones de roca. Las amaba demasiado para que ellas me amasen. Un padre debe ser siempre rico, debe llevar á sus hijos de la brida, como caballos falsos. ¡Y yo me ponía de rodillas ante ellas! ¡Miserables! Dignamente coronan su conducta de diez años. ¡Si supiérais cómo cuidaban de mí en los primeros años de casadas! ¡Oh, qué cruel martirio!) Acababa de darles á cada una cerca de ochocientos mil francos; ni ellas ni sus maridos podían tratarme con rudeza. Me recibían,

«Mi querido padre,» por aquí, «Mi buen padre,» por allá. Mi cubierto siempre estaba puesto en sus casas.

Yo comía con sus maridos, que me consideraban. Tenía yo aspecto de tener aún algo. ¿Por qué? Yo, nada había dicho de mis negocios; pero un hombre que da ochocientos mil francos á sus hijas, es hombre digno de atenciones. Y me atendían y cuidaban, por mi dinero. ¡Bonita cosa es el mundo! Bien lo he visto, bien. Me llevaban al teatro en coche, asistía á sus saraos; en fin, se decían mis hijas, me reconocían como su padre... Todo ha sido maña suya que me ha traspasado el corazón. Pero yo soy listo y no se me escapaba nada.

Bien veía que todo ello era fingido; pero ya el mal no tenía remedio. No me encontraba en su casa tan á gusto como en la mesa de abajo. Yo no sabía decir nada. Así cuando alguno de aquellos señores aristócratas preguntaba al oído á mis yernos: — ¿Quién es ese señor? — Es el padre de los cuartos, es muy rico. — ¡Ah, diantre! — exclamaban y me miraban con el respeto debido á mi dinero. Pero si algunas veces les molestaba, bien sabían disimular mis defectos: y ¿quién hay perfecto en este mundo? (¡Ay, mi cabeza, mi cabeza!) En este momento, mi querido señor Eugenio, sufro cuanto hay que sufrir para morir; pues bien, esto es nada en comparación con el dolor que me causó la primera mirada con que mi hija Anastasia me hizo entender que yo acababa de decir una tontería que la humillaba. Aquella mirada me abrió todas las venas. Yo hubiera querido saberlo todo, pero lo que supe mejor fué que ya estaba de más en la tierra. Al otro día fuí á casa de Delfina para consolarme y aun allí cometí otra torpeza que la encolerizó. Creí volverme loco. Pasé ocho días sin saber qué hacer. No me atrevía á ir á verlas por miedo á sus reproches. Y héme aquí, á la puerta de casa de mis hijas. ¡Oh, Dios mío!, tú que conoces mis miserias y sufrimientos, que has contado las puñaladas que recibí en este tiempo que me ha hecho envejecer, cambiar, encanecer, morir, ¿por qué me haces sufrir tanto hoy? ¡Bien expié el pecado de amarlas con exceso! ¡Y bien se han vengado de mi afección, atenzándome como verdugos! ¡Pues bien; los padres somos tan bestias! las amaba tanto que volví á ellas, como vuelve el jugador al juego. ¡Mis hijas eran mi vicio, mi juego, mis amantes, todo, en fin! Las dos necesitaban cosas, vestidos, alhajas; sus doncellas me lo decían y yo las daba dinero para ser bien recibido. Pero al mismo tiempo me daban algunas leccioncillas sobre mi manera de portarme en sociedad. ¡Oh! para eso no esperaban al día siguiente. Comenzaban á sonrojarse de mí. Ahí tenéis lo que es el educar bien á los hijos. Pero, á mi edad yo no podía ir á la escuela. ¡Oh, Dios mío, sufro horriblemente; los médicos, los médicos! ¡Si me abren la cabeza, sufriré menos! ¡Mis hijas, hijas mías, Anastasia, Delfina! quiero verlas. Enviad á buscarlas por la policía, á la fuerza. La justicia está de mi parte, todo está en favor mío; la naturaleza, el código civil. Protesto. La patria perecerá si los padres son así maltratados. Está claro. La sociedad, el mundo se basan en la paternidad: todo se derrumba si los hijos no aman á sus padres. ¡Oh, verlas, oírlas, díganme lo que quieran, con tal que oiga su voz para calmar mis dolores: Delfina sobre todo. Pero cuando estén aquí, decidlas que no me miren fríamente, como lo hacen. ¡Ah mi buen

amigo, señor Eugenio, no sabéis lo que es encontrar el oro de la mirada trocado de repente en plomo gris. Desde el día en que sus ojos no irradiaron sobre mí, todo ha sido invierno en torno mío... He vivido para ser humillado é insultado. Las amo tanto que he devorado todas las afrentas con que me vendían una pobre y vergonzosa satisfacción. ¡Ocultarse un padre para ver á sus hijas! ¡Las he dado mi vida y no me darán hoy ni una hora! ¡Tengo sed, tengo hambre, el corazón me abrasa, y no vendrán á refrescar mi agonía; porque sé que muero! ¿Pero ellas no saben lo que es el saltar por el cadáver de un padre? Hay un Dios en el cielo y á pesar nuestro nos venga, á los padres. ¡Oh, ellas vendrán! ¡Venid, queridas mías, venid á darme un beso, el último beso, el viático de vuestro padre que rogaré á Dios por vosotras, que os defenderá, que le dirá que habéis sido buenas hijas! ¡Después de todo, sois inocentes! ¡Son inocentes, amigo mío, decidse lo á todo el mundo para que nadie las inquiete por causa mía. Yo tengo la culpa de todo, yo que las he acostumbrado á arrojarme á sus pies, porque así lo quería; yo sólo; con esto no tiene que ver nadie, ni la justicia humana ni la divina. Dios sería injusto si las condenase por mi torpeza. Yo no he sabido conducirme, he cometido la tontería de abdicar mis derechos; me hubiera envilecido por ellas. ¡Qué queréis! ¡Las mejores inclinaciones, el alma más bella hubiera sucumbido á la corrupción de esta complacencia paternal! Soy un miserable, mi castigo es justo. Yo sólo he causado los desórdenes de mis hijas, yo las he mimado. Ahora apetecen los placeres como apetecían bombones, cuando niñas. Siempre las permití satisfacer sus caprichos de muchachas. A los quince años tenían coche. No les negué nada. Yo sólo soy el culpable, pero culpable por amor. Sus voces me abrían el corazón. Ya las oigo, ya vienen. ¡Oh, sí, vendrán! La ley manda que se vaya á ver morir á un padre, y la ley está de mi parte. Luego, no les costará más que una carrera de coche: y yo la pagaré. Escribidlas que aún puedo dejarlas muchos millones. ¡Palabra de honor! Iré á fabricar pastas de Italia en Odessa: yo sé cómo. Hay en mi proyecto millones que ganar. Así no se averiarán en la travesía, como el trigo y la harina. ¿Eh? ¿Y el almidón? Con eso haré millones... No mentiréis, no, decidlas que tengo millones y aun cuando vengan por avaricia, prefiero ser engañado y verlas. ¡Quiero mis hijas! ¡Yo las engendré! ¡Son mías!.....

(Traducción de F. N. L.)

## GUSTAVO FLAUBERT.-UN CORAZÓN SENCILLO

Llegaba la época de los altarcitos del Corpus. El primero estaba siempre en lo bajo de la cuesta, el segundo delante del correo, el tercero hacia el medio de la calle. A este propósito hubo algunas rivalidades y las feligresas escogieron para poner el altar el patio de la señora Aubain.

Las opresiones y la fiebre aumentaban. Felicidad se desazonaba porque nada podía hacer para el altarcito. ¡Al menos, si hubiera podido poner en él alguna

cosa! Entonces pensó en poner el papagayo disecado; pero las vecinas objetaron que no era apropiado. Sin embargo, el cura concedió su permiso y á Felicidad le causó tanta alegría, que le rogó, para cuando ella muriese, que aceptara á Lulú, el papagayo, su única riqueza.

Del martes al sábado, víspera del Corpus, tosió con más frecuencia. Por la noche, tenía el semblante embotado, los labios se le pegaban á las encías: los vómitos aparecieron. Al otro día, de madrugada, sintiéndose muy mal, mandó llamar á un sacerdote.

Tres buenas mujeres halláronse á su lado, durante la extremaunción. Después, declaró que necesitaba hablar á Fabu. Llegó éste muy endomingado, de mal talante en aquella lúgubre atmósfera.

— Perdonadme — dijo ella haciendo un esfuerzo para extender el brazo — creí que érais vos quien le había matado.

¿Qué significaban aquellas habladurías? ¡Haber sospechado que un hombre como él fuese capaz de un asesinato! Y el hombre se indignaba, iba á armar escándalo. — ¡Bah! Ya véis que ha perdido la cabeza!

Felicidad, de rato en rato, hablaba con fantasmas. Las buenas mujeres se marcharon. La Simona se desayunó.

Un poco más tarde, cogió á Lulú, el papagayo disecado, y acercándosele á Felicidad, la dijo:— ¡Vamos, despedíos de él!

Aunque el papagayo no era un cadáver, los gusanos le devoraban; una de las alas la tenía rota, la estopa le salía del vientre. Pero Felicidad, ciega en aquel momento, le besó en la frente, le acarició con su mejilla. La Simona se lo quitó para ponerle en el altarcito...

Las hierbas despedían el olor del verano: las moscas zumbaban: el sol hacía brillar el arroyo, calentaba las tejas. La vieja Simona volvió á la habitación y se quedó suavemente dormida.

Las campanadas la despertaron: era la salida de vísperas.

El delirio de Felicidad se desvaneció. Pensando en la procesión, la veía, como si fuese en ella.

Todos los niños de las escuelas, los sacristanes y cantores y los bomberos marchaban por las aceras, mientras que por medio de la calle avanzaban primeramente el perrero armado con su alabarda, el bedel con una cruz grande, el maestro vigilando á los chiquillos, la religiosa preocupada de sus muchachitas: tres de las más lindas, con el pelito rizado como ángeles esparcían al aire pétalos de rosa: el diácono, con los brazos abiertos, moderaba la música y dos incensadores se volvían á cada paso hacia el Santo Sacramento que llevaba, bajo un palio de terciopelo rojo sostenido por cuatro mayordomos, el señor cura, revestido de su bella casulla. Una oleada de gente se empujaba detrás, entre las sábanas blancas que cubrían las paredes de las casas. La procesión llegó al comienzo de la cuesta.

Frío sudor mojaba las sienes de Felicidad. La Simona le enjugaba con un lienzo, pensando en que algún día le sería menester pasar por aquello.

El murmullo de la muchedumbre creció: aumentó mucho en un momento:

se alejó después. Luego, un tiroteo fuerte hizo retemblar los cristales. Eran los postillones que saludaban á la Custodia. Felicidad movió los ojos y dijo, lo menos bajo que pudo:

— ¿Está bien? — pensando en el papagayo. La agonía comenzó.

Un estertor, cada vez más precipitado, le alzaba los ijares: acudíanle espu-marajos á la boca y todo su cuerpo temblaba.

Muy luego, se percibió el abejoneo de los figles, las voces claras de los niños, las voces hondas de los hombres. Todos callaban á intervalos y el sonar de los pasos pisando flores, imitaba el ruido de un rebaño sobre el césped. El clero entró en el patio. La Simona se subió á una silla para alcanzar á la ventana y de esta manera dominaba el altarcito.

Verdes guirnaldas pendían sobre el altar, ornado de faraloes de encaje de Inglaterra. En medio había un cuadrado con reliquias: á los lados, dos naranjos en tiestos y luego candelabros de plata y vasos de porcelana, de donde salían tornasoles, lirios, peonías, digitales, frondosas hortensias. Aquel montón de brillantes colores bajaba oblicuamente desde el primer piso hasta la alfombra y se extendía por el pavimento: y las cosas más raras atraían los ojos. Un azucarero de plata sobredorada tenía una corona de violetas: unos colgantes ó arracadas con piedras de Alençon brillaban entre el musgo: dos pantallas chinescas mostraban sus paisajes. Lulú, el papagayo, oculto bajo las rosas, no dejaba ver más que su frente azul, parecida á un pedazo de lápiz lázuli. Los mayordomos, los cantores, los niños se alinearon en las tres fachadas del patio. El sacerdote subió lentamente los escalones y colocó sobre el encaje el gran sol de oro radiante de la Custodia. Todos se arrodillaron, con el mayor silencio: y los incensarios, lanzados á grandes voleos, resbalaban en sus cadenas.

Un vaho azulado subió hasta el cuarto de Felicidad. Esta adelantó la nariz sorbiendo el incienso con místico deleite: después cerró los párpados. Los movimientos de su corazón fueron amortiguándose, cada vez más vagos, más suaves, como una fuente que se apura, como un eco que se apaga: y cuando exhaló su postrer suspiro, creyó ver en los cielos entreabiertos un gigantesco papagayo que se cernía sobre su cabeza.

(Traducción de F. N. L.)

## ALFONSO DAUDET.-TARTARÍN EN LOS ALPES

Al que conozca la exaltación tarasconesa, no le será difícil figurarse el delirio de la ciudad desde la brusca desaparición de Tartarín. Además, *differemment pasmoins*, como ellos dicen, habían perdido todos la cabeza, con tanto más motivo cuanto que esto sucedía en pleno mes de Agosto y los cráneos herbían bajo un sol capaz de hacer saltar todas aquellas tapaderas.

Desde la mañana á la noche no se hablaba más que de esto en el pueblo, no se oía más que el nombre de Tartarín, ya en los mordidos labios de las señoras

*de sombrero*, ya en las floridas bocas de las costureras de terciopelos en la cabeza. Tartarín, Tartarín... y en los plátanos del paseo, cargados de polvo blanco, las cigarras perdidas, vibrando con la luz, parecían estrangularse con estas dos sílabas: Tar... tar... tar... tar... tar...

Como nadie sabía nada, naturalmente todos se daban por bien informados, y cada cual aportaba una explicación distinta á la partida del presidente. Había versiones muy extravagantes. Según unos, acababa de entrar en la Trapa; según otros, había ido á unas islas á fundar una colonia que se llamaría Puerto-Tarascón, ó bien recorrería el Africa central en seguimiento de Livingstone.

—¡Ah, *vai*, Livingstone! Hace ya dos años que se murió...

Pero la imaginación tarasconesa desafía todos los cálculos del tiempo y del espacio. Y lo raro es que estáf historias de la Trapa, de colonización, de viajes remotos, estaban en las ideas de Tartarín y de los sueños de aquel durmiente despierto, de antiguo comunicadas á sus amigos íntimos, que no sabían que creer ahora y muy lastimados en el fondo de no tener detalles, afectaban ante la multitud la mayor reserva, tomando entre ellos aires de disimulo y de común acuerdo.

Excourbaniés sospechaba que Bravida estaba en el secreto, y Bravida por su parte decía:

—Bezuquet debe saberlo todo, porque mira de reojo como un perro que ha robado un hueso.

Verdad es que el farmacéutico pasaba la pena negra con este secreto de cilicio que le quemaba, le escocía, le hacía enrojecer y palidecer en un mismo minuto y ponerse bizco á cada dos por tres. Piense el lector que era de Tarascón el infeliz, y dígame si en todo el martirologio existe un suplicio más terrible que este de San Bezuquet, que sabía algo y no podía decir nada.

Por eso aquella tarde, á pesar de las terrificas noticias, sus andares tenían un no sé qué de ligero, de más libre, para correr á la sesión. ¡Por fin! iba á hablar, á *abrirse*, á decir lo que tanto le pesaba, y en su prisa de arrojar lastre, lanzaba al paso medias palabras á los paseantes de la Vuelta. El día había sido tan caluroso, que á pesar de lo insólito de la hora y de la sombra aterradora — las ocho menos cuarto, ó como dicen allí, *manque un quart*, en el cuadrante de la villa, — había ya un gran gentío fuera de sus hogares; familias de la clase media sentadas en los bancos y tomando el fresco, mientras que sus casas se aireaban, y bandadas de tejedoras andando de cinco en cinco ó de seis en seis, cogidas por las manos, en ondulante hilera de bromas y risotadas. En todos los grupos se hablaba de Tartarín.

—Y... *autrement*, señor de Bezuquet, ¿no ha habido carta todavía? — le preguntaban, deteniéndole en su camino.

—Sí, hijos míos, sí; ¡ya lo creo! Leed el *Forum* mañana por la mañana...

Y apresuraba el paso; pero le seguían, se colgaban de él, y todo esto producía á lo largo del paseo un rumor, un ruido de pisotadas de rebaño que se detuvo bajo las ventanas del Club, que estaban abiertas, dejando ver grandes cuadros de luz.

Las sesiones se celebraban en la antigua sala del mus, cuya larga mesa, cubierta con el mismo tapete verde, servía ahora de presidencia. En medio el sillón presidencial con el P. C. A. bordado en el respaldo; á un extremo, y como accesorio, la silla del secretario. Detrás, desplegada, la bandera sobre un largo encerado reluciente, donde los alpinos se destacaban en relieve con sus respectivos nombres y alturas; es decir, las que habían dominado. *Alpenstoks* de honor incrustados de marfil, en haces, como tacos de billar, adornaban los rincones, y el armario de cristales ostentaba las curiosidades recogidas en la montaña, cristales piedras de chispa, petrificaciones, dos erizos y una salamandra. En ausencia de Tartarín, Costecalde, rejuvenecido, radiante, ocupaba el sillón.

La silla era para Excourbaníés, que ejercía funciones de secretario; pero este demonio de hombre, cespudo, velludo, barbudo, experimentaba una necesidad de ruido y de agitación que no le permitía ejercer empleos sedentarios. Por la menor cosa se ponía á levantar los brazos y las piernas, daba unos alaridos espantosos, ó unos ¡já, já, já! de alegría feroz y exuberante que acababan siempre con este grito de guerra en *patois* de Tarascón: — *Fen de brut!*, que quiere decir ¡hagamos ruido!

Le llamaban el *tamtam*, recordando los de los teatros, y á causa de su voz de cobre, que en cuanto la soltaba era para sacar sangre de las orejas con aquel disparar continuo.

Aquí y allá, sobre un diván de pelote, alrededor de la sala, colocábanse los miembros del Comité.

En primera línea figuraba el antiguo capitán jefe del vestuario, Bravida, á quien todo el mundo llamaba en Tarascón el Comandante. Un hombre chiquito, limpio, como un perro chico de moneda, que se desquitaba de su estatura de corneta con una cabeza bigotuda y salvaje á lo Vercingetorix.

Seguía una cara ahuecada y enfermiza, ó sea el Sr. Pegoulade, cobrador de contribuciones y último náufrago de *Medusa*.

Desde que hay mundo ha existido siempre en Tarascón un último náufrago de la *Medusa*. Y aun hubo un tiempo en que se juntaron tres, que se trataban mutuamente de impostores y no consintieron nunca en encontrarse en ninguna parte.

Pero de los tres, el único, el verdadero náufrago, era Pegoulade. Embarcado en la *Medusa* con sus padres, sufrió el desastre á los seis meses de edad, lo cual no le impedía contarle *de visu* con sus menores detalles, como aquello del hambre, las lanchas, las almadías, cómo había él cogido por el cuello al capitán que se marchaba: “¡Vaya usted á su puesto, miserable!” ¡Y esto á los seis meses! ¡*Outre!* como dicen en Tarascón.

Por lo demás, era un ser inaguantable, con su eterna historia que todo el mundo sabía, y que repetía hacía cincuenta años, tomando pretexto de ella para darse aires de desilusionado y harto de la vida. “Después de lo que uno ha visto...”, decía bien sin razón, porque á esto debía su puesto de cobrador de contribuciones, conservado por todos los partidos.



Cerca de él figuraban los hermanos *Rognonas* gemelos y sexagenarios, inseparables, pero siempre disputando y diciendo monstruosidades uno de otro, y tan parecidos, que sus dos cabezas sesentonas, aplastadas é irregulares, hubieran podido figurar en un monetario con la inscripción *Janus Bifrons*.

Por diferentes lados, el presidente Bedaride, el procurador Barjavel, el notario Cambalalette y el terrible doctor Tournatoire, de quien decía Bravida que había sacado sangre de un nabo.

En vista de lo sofocante del calor, aumentado por las luces del gas, estos señores celebraban la sesión en mangas de camisa, con lo que quitaban mucha solemnidad á la reunión. Verdad es que estaban, como suele decirse en *petit comité*, y el infame de Costecalde quería aprovecharse para adelantar la fecha de las elecciones sin esperar á que Tartarín estuviera de vuelta.

Seguro de su plan, triunfaba por adelantado, y cuando leída la orden del día por Excourbaniés se levantó para intrigar, una infernal sonrisa retorció sus finos labios.

— No te fíes del que se ríe antes de hablar — murmuró el Comandante.

Costecalde, sin el menor tropezón y guiñando el ojo al fiel Tournatoire, comenzó con cierto reconcomio:

— Señores: la incalificable conducta de nuestro presidente; la incertidumbre en que nos tiene.....

— ¡Eso es falso! ¡El presidente ha escrito! y Bezuquet, tembloroso, se plantó delante de la mesa; pero comprendiendo que su actitud era antirreglamentaria, cambió de tono, y levantando la mano según costumbre, pidió la palabra para hacer una comunicación urgente.

— ¡Que hable! ¡que hable!.....

Costecalde, muy amarillo, apretaba la garganta; le concedió la palabra con un movimiento de cabeza.

Entonces, y solamente entonces, Bezuquet comenzó á decir:

— Tartarín está al pie de la Jungfrau... va á subir... ¡y pide la bandera!

Hubo un silencio cortado no más por el ronco jaderar de los pechos y el chisporroteo del gas, y después por un hurra formidable, bravos y pateos, que dominaba el bordón de Excourbaniés lanzando un grito de guerra.

— ¡Ah, ah, ah, *fen de brut!* — al cual respondía desde la calle la multitud ansiosa.

(Traducción de D. Eusebio Blasco.)

## GUIDO DE MAUPASSANT.—LA LOCA

— El hablar de chochaperdices — dijo monsieur Mateo d'Eudolin — me recuerda una siniestra anécdota de la guerra. Ya conocéis mi finca del arrabal de Cormeil. Cuando llegaron los prusianos habitaba yo en ella. Tenía por vecina una mujer loca, cuya razón habían extraviado los infortunios. A los veinticinco años había perdido en un mes á su padre, su marido y su hijo recién nacido.

Cuando la muerte entra en una casa, casi siempre vuelve en seguida, como si conociese la puerta.

La pobre joven, aniquilada por el dolor, cayó en cama, deliró durante seis semanas: después una especie de laxitud calmosa siguió á la crisis violenta. Se quedó sin movimiento, casi sin comer: sólo movía los ojos. Cuando se intentaba levantarla, gritaba como si la matasen. Se la dejó, pues, siempre echada en el lecho, sin sacarla de él más que para el aseo y para rehacer los colchones. Una criada vieja permanecía á su lado: de vez en cuando dábale de beber ó de comer un poco de carne fría. ¿Qué pasaría dentro de aquel alma desesperada? Nadie lo supo jamás, porque ella no volvió á hablar. ¿Pensaba acaso en los muertos? ¿Devaneaba tristemente, sin tener recuerdo preciso y claro? ¿O quizás su pensamiento apagado permanecía inmóvil como el agua estancada?... Quince años pasó callada é inerte.

Vino la guerra, y en los primeros días de Diciembre los prusianos entraron en Cormeil. Lo recuerdo como si fuera ayer. Caía una helada que hubiera hendido las piedras; yo estaba tendido en un sillón, inmovilizado por la gota, cuando oí el pesado y rítmico són de sus pasos: los ví pasar desde mi ventana. Desfilaban interminablemente, iguales todos, con ese movimiento de autómatas que les es peculiar. Después los jefes distribuyeron los alojados entre los vecinos. A mí me tocaron diecisiete. A la vecina loca, doce, de ellos un comandante, un verdadero soldadote violento y negado. Los primeros días no hubo novedad.

Le habían dicho al oficial que la señora estaba enferma. Pero muy luego, el no ver jamás á aquella mujer le irritó: se enteró de la enfermedad; le respondieron que la señora no se había levantado del lecho hacía quince años á causa de una gran pesadumbre. El hombre no creyó una palabra y se figuró que la pobre insensata no quería abandonar el lecho por altivez, por no ver á los prusianos, ni hablarles, ni rozarse con ellos. Así, pues, exigió ser recibido por ella: le hicieron entrar en la habitación y exclamó con tono brusco: — Os ruego, señora, que os levantéis y bajéis á que os vean.

La loca volvió hacia él sus ojos vagos, sus ojos vacíos; y no respondió. El hombre repuso: — No tolero insolencias. Si no os levantáis de buena voluntad, yo encontraré medio de haceros pasear solita.

La enferma no hizo un gesto, inmóvil siempre, cual si nada hubiese visto. — El hombre rabiaba, tropezando aquel reposado silencio por un rasgo de supremo desprecio, y añadió: — Si no bajáis mañana... — Y dicho esto, se fué.

Al día siguiente, la criada vieja, aterrada, la quiso vestir; pero la loca empezó á gritar y á resistirse. El oficial subió á toda prisa y la criada, arrojándose de rodillas, gimió: — No quiere, señor, no quiere. Perdonadla: es muy desgraciada... — El oficial se quedó algo suspenso, no atreviéndose, á pesar de su cólera, á que sus soldados la sacaran del lecho á la fuerza. De repente, se echó á reir y dió unas órdenes en alemán.

Al poco rato, vimos salir un destacamento que llevaba en hombros un colchón, como si condujese á un herido.

En aquel lecho, que nadie se había cuidado de deshacer, iba la loca, siempre

callada, tranquila, indiferente á los sucesos, con tal que la dejasen acostada. Detrás, un soldado llevaba un lío de vestidos mujeriles. Y el oficial dijo, frotándose las manos: — Ahora veremos si no podéis vestiros solita y dar un paseíto.

Después, vimos alejarse el cortejo en dirección á la selva de Imauville. Dos horas más tarde, los soldados volvieron solos. No se volvió á ver á la loca. ¿Qué habían hecho de ella? ¿Dónde la habían llevado? Nadie lo supo.

La nieve caía á la sazón día y noche, envolviendo la llanura y los bosques en un sudario de helada espuma. Los lobos llegaban aullando hasta nuestras puertas. El pensamiento de aquella pobre mujer perdida me acosaba: hice varias diligencias para conseguir de la autoridad prusiana alguna noticia: faltó poco para que me fusilasen.

Volvió la primavera. Marchóse el ejército de ocupación. Nadie volvió á acordarse de aquella aventura: sólo yo pensaba en ella sin cesar. ¿Qué habían hecho de la loca? ¿Habría huído al través de los bosques? ¿La habrían recogido en alguna parte ó conducido á algún hospital sin poder lograr de ella ninguna explicación? Nada podía disipar mis dudas: mas, poco á poco, el tiempo apaciguó aquella excitación mía.

Al otoño siguiente, las chochaperdices pasaron en bandos, y como la gota me dejaba un poco de respiro, logré arrastrarme hasta el bosque. Ya había matado cuatro ó cinco de esas aves del pico largo, cuando derribé una que fué á caer en una zanja llena de ramas. Tuve que bajar á lo hondo de la zanja, para cobrar la pieza y la encontré junto á una calavera. Bruscamente, el recuerdo de la loca me golpeó como un puñetazo en el pecho. Acaso en aquel año sinietro, otros muchos hombres y mujeres habían perecido en el bosque; pero yo no sé por qué, estaba seguro, seguro, como os lo digo, de que acababa de encontrar la cabeza de la mísera maniaca. De repente lo comprendí, lo adiviné todo. Sin duda, la habían dejado en el colchón, abandonada en la selva desierta y fría: y, fiel á su idea fija, se había dejado morir bajo el espeso y ligero plumaje de la nieve, sin remover brazo ni pierna. Después, los lobos la habían devorado. Y los pájaros habían hecho su nido con la lana del colchón desgarrado.

He conservado aquella triste osamenta. Y hago votos porque mis hijos no vean la guerra jamás.

*(Traducción de F. N. L.)*

## OCTAVA PARTE.—LITERATURA INGLESA

### ÉPOCA PRECLÁSICA

#### GODOFREDO CHAUCER.—LA FLOR Y LA HOJA

*La dama.*—Una mañana, al primer albor del día, entré en un robledal, cuyas largas ramas, llenas, de flores nuevas se extendían á la luz del sol, unas rojas, otras hermosamente verdes. Y según me recreaba mirando aquel bello lugar, súbitamente creí respirar un tan suave olor de flor de espino, que no habría, según creo, corazón desesperado ni abrumado por pensamientos tristes y amargos, si una vez hubiese percibido aquel grato aroma.

Y según estaba de pie, mirando á un lado y á otro, ví el más hermoso nispero que había visto en mi vida, tan lleno de flores cuanto era posible, y en él un jilguerillo que lindamente saltaba de rama en rama, picoteando á capricho, acá y allá, botones y flores.

Y según estaba sentada, escuchando de este modo el gorjeo de los pájaros, me pareció que, de repente, oía las voces más dulces y más deliciosas que jamás hombre alguno, según creo en verdad, hubiera oído en su vida: porque su armonía y su dulce concierto formaban tan excelente música que las voces parecían verdaderamente un coro de ángeles.....

*El poeta.*—Yo también me senté junto á las bellas flores (era el 1.º de Mayo) y ví los pajarillos saltar de sus nidos, donde toda la noche habían descansado. ¡Qué alegres estaban al ver la luz del día! ¡Qué alegres comenzaron á cantar los loores de Mayo!

Este ministerio todos lo sabían muy bien: y lanzaban las más agradables notas. Unos cantaban muy alto, como si se lamentasen: los otros más quedo, como si desfallecieran de amor: algunos con altas voces, á garganta llena.

Alisaban y pulían sus plumajes: danzaban y saltaban en los tallos de hierba y juntábanse en parejas, que andaban siempre unidas, como si se hubiesen perdido en noviazgo por todo el año, allá en Febrero, el día de San Valentín.

Y el río, en cuya ribera me hallaba sentado, producía con su corriente un blando rumor, tan de acuerdo con la armonía de los pájaros formada, que me pareció la mejor melodía que pudiera ser escuchada por hombre nacido.....

(Traducción de H. T.)

## ÉPOCA CLÁSICA

### FRANCISCO BACON DE VERULAMIO

#### NOVUM ORGANUM

Los filósofos que se han ocupado en tratar de las ciencias, se han dividido en dos clases: los empíricos y los dogmáticos. El empírico, semejante á la hormiga, se contenta con amontonar sus provisiones y las consume en seguida. El dogmático, parecido á la araña, teje tejas con material extraído de su propia substancia. Entre estos dos hay un buen término medio; la abeja, que saca la materia primera de las flores de campos y jardines, y después, con arte propio suyo, la digiere y la trabaja. Algo semejante á esto hace la verdadera filosofía, que no descansa única ni aun principalmente en las fuerzas naturales del espíritu humano y estas materias que saca de la Historia natural no las arroja á la memoria tal y como las ha sacado de sus fuentes: sino que las encierra, después de haberlas digerido y trabajado. Así nuestro más importante recurso, del que debemos esperar todo, es la estrecha alianza de estas dos facultades, la experimental y la racional, unión que todavía no se ha realizado. . . . .

No ha existido aún mortal alguno con espíritu bastante firme y constante para imponerse á sí mismo la ley de borrar enteramente de la memoria todas las teorías y nociones comunes, para recomenzarlo todo y aplicar de nuevo á los hechos particulares su entendimiento bien allanado y, por decirlo así, raso y mondo. Así, esta filosofía que obtenemos con la razón humana abandonada á sí misma, no es más que un amontonamiento, un farrago de productos y resultados de la credulidad, de la casualidad y de las nociones que hemos mamado con la leche maternal.

Pero si apareciese un hombre de edad madura que, dotado de sentidos bien constituidos y de talento libre de toda prevención, aplicase de nuevo su entendimiento á la experiencia ¡ah! de ese hombre habría que esperar todo.

En esto es en lo que nosotros aspiramos á la fortuna de Alejandro Magno: y no se nos tache, por esto, de vanidad antes de haber leído el final de un discurso cuyo fin propio es rechazar toda vanidad. Así se expresaba Esquines, hablando del gran Alejandro y de sus proezas: "Cierto que la vida que vivimos nada tiene de mortal, pues nos hemos nacido para que la posteridad cuente prodigios de nos." Parece que aquel orador miraba las empresas de Alejandro como milagrosas. Pero en siglos posteriores, nació Tito Livio, que supo mejor explicar y apreciar aquel supuesto milagro, cuando dijo, á propósito de Alejandro, "que en el fondo, no tuvo otro mérito sino el de haber despreciado valerosamente todos los vanos espantajos."

Presentimos que la posteridad, formulando un juicio semejante sobre nuestra

empresa, dirá de nos "que en el fondo nada verdaderamente grande hemos hecho, sino que hemos estimado un poco menos lo que les parecía grande á los demás." Pero, como ya hemos dicho muchas veces, nuestra única esperanza es la regeneración de las ciencias, esto es, que es necesario recomponerlas y sacarlas de la experiencia con un orden fijo y bien determinado. Ahora, no creemos que nadie afirme que otros mortales hayan ejecutado tal empresa, ni aun pensado en ella.

(Traducción de S. R.)

## GUILLERMO SHAKESPEARE.-HAMLET

### ACTO III. ESCENA IV

*Hamlet.* — Existir ó no existir, esta es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo: sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga.

¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito, de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con sólo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la muerte (aquel país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace á todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan, y se reducen á designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

*Ofelia.* — ¿Cómo os habéis sentido, señor en todos estos días?

*Ham.* — Muchas gracias. Bien.

*Ofe.* — Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras que deseo restituirlos mucho tiempo há, y os pido que ahora las toméis.

*Ham.* — No, yo nunca te dí nada.

*Ofe.* — Bien sabéis, señor, que os digo verdad... Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los más opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. *(Presentándole algunas joyas, Hamlet rehusa tomarlas.)*

*Ham.* — ¡Oh! ¡Oh! ¿Eres honesta?

*Ofe.* — Señor...

*Ham.* — ¿Eres hermosa?

*Ofe.* — ¿Qué pretendéis decir con eso?

*Ham.* — Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

*Ofe.* — ¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

*Ham.* — Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una celestina, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenía esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te quería antes, Ofelia.

*Ofe.* — Así me lo dábais á entender.

*Ham.* — Y tú no debieras haberme creído, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original... Yo no te he querido nunca.

*Ofe.* — Muy engañada estuve.

*Ham.* — Mira, vete á un convento: ¿para qué te has de exponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiera parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos á ejecución. ¿A qué fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados; no creas á ninguno de nosotros; vete, vete á un convento. ¿En dónde está tu padre?

*Ofe.* — En casa está, señor.

*Ham.* — ¿Sí? pues que cierren bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras la haga dentro de su casa. Adiós. *(Hace que se va y vuelve.)*

*Ofe.* — ¡Oh, mi buen Dios, favorecedle!

*Ham.* — Si te casas, quiero darte esta maldición en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á un convento. Adiós. Pero... escucha; si tienes necesidad de casarte, cástate con un tonto; porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento, pronto. Adiós. *(Hace que se va, y vuelve.)*

*Ofe.* — ¡El cielo con su poder le alivie!

*Ham.* — He oído hablar mucho de vuestros afeites y embelecios. La naturaleza os dió una cara, y vosotras os hacéis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado, pasáis por inocentes y convertís en gracia vues-

tros defectos mismos. Pero no hablemos más de esta materia, que me ha hecho perder la razón... Digo sólo que de hoy en adelante no habrá más casamientos; los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así; los otros se quedarán solteros... Vete al convento, vete.

*(Traducción de D. Leandro Fernández de Moratín.)*

## JUAN MILTON.-EL PARAÍSO PERDIDO

### CANTO I.—SATANÁS Y SUS EJÉRCITOS

Apenas acabó, cuando á la orilla  
el fiero capitán se fué acercando.  
De temple celestial, ancho y macizo,  
era el redondo escudo que pendía  
de sus robustos hombros, semejante  
en su circunferencia al orbe lleno  
de la luna, mirado por la tarde  
á través de algún óptico instrumento,  
tal cual con firme vista desde lo alto  
de Fesol, ó en Valdarno le observaba  
el inventor Etrusco y descubría  
tierras, ríos y montes en su globo.  
El más gigante pino de Noruega  
en los montes, cortado para mástil  
de una grande almiranta, un junco leve  
se. Comparado con la lanza  
en que apoyaba sus molestos pasos,  
(no cuales algún día dió en el cielo)  
por la flamante arena, mientras el ígneo  
muro y la ardiente bóveda le herían  
con fuego abrasador por todas partes.  
Empero él lo sufría, y procediendo  
hasta el vecino golfo, allí parado  
llamó á sus tercios de ángeles, que yacen  
rendidos al terror y agonizantes  
sobre la hirviente onda; tan espesos  
como las secas hojas que en otoño  
cubren de Valumbrosa las corrientes,  
de los frondosos árboles caídas,  
ó como cuando Orión con turbulento  
soplo azota las playas erithreas,  
nadan sobre las ondas las livianas  
algas, sobre las ondas que sorbieron



un día á Faraón con su robusta  
caballería de Mempis, cuando airadas  
las rescatadas tribus perseguían,  
mientras seguras de la opuesta orilla  
vieron ellas hundirse sus jinetes,  
yelmos, banderas, carros y caballos;  
tan espesos cubrían los rebeldes  
espíritus el lago, al fiero asombro  
de la mudanza súbita rendidos.

Llamólos, pues, y á la gran voz los huecos  
senos del hondo infierno resonaron.

“Príncipes, potentados y guerreros,  
flor del cielo, antes nuestro y ya perdido;  
pues qué, ¿pudo infundirse en inmortales  
espíritus tal pasmo? Por ventura

después del duro afán de la batalla,  
pensáis hallar aquí sueño y reposo  
cual si estuviérais en el blando cielo?

O es que así prosternados héis jurado  
dar culto al vencedor, que ora se goza  
en ver desde su trono á tantos fuertes  
querubines y excelsos serafines

en este golfo hundidos con sus rotas  
armas y sus banderas revolcadas,  
mientras que de las puertas eternas  
caen sobre vosotros sus ministros  
prontísimos, del fuerte rayo armados  
y el aterrante trueno, y os traspasan  
con más cruel herida, y al más hondo  
fondo de aquesta cueva os precipitan?

Sús: despertá ó quedá por siempre hundidos.

Oyéronle y al punto avergonzados  
volaron hacia arriba, y como suele  
una guardia tal vez en torpe sueño  
por su mayor tomada, á la tremenda  
voz corre al arma, y dase luego priesa  
no bien despierta aún; así los diablos,  
que ni el horrendo pozo en que cay ron,  
ni los fieros tormentos, ocupados  
del terror, percibieron. Mas con todo  
la voz del general obedecieron  
innumerables. Tal en el mal día  
de Egipto, apenas hubo el alto cielo  
tendido la su vara portentosa

Moysén, cuando hé aquí que dende Oriente  
una muy densa nube de langosta,  
viene cubriendo el aire y sobre el reino  
del duro Faraón se extiende negra,  
como la noche del fecundo Nilo  
las dilatadas playas asombrando.  
Tan sinnúmero entonces parecían  
los ángeles precitos, so la ardiente  
copa revolteando del infierno,  
de tres voraces fuegos, alto y bajo  
Y lateral en torno acometidos;  
hasta que su lanzón Satán moviendo,  
señaló el sitio do pasar debían;  
y ellos en ala igual bajaron prontos  
al sulfúreo terreno, hinchiendo el llano.  
Jamás tal muchedumbre el populoso  
Norte arrojó de su escarchado seno,  
cuando sus hijos bárbaros pasando  
el Danubio ó el Rhin, como un diluvio  
inundaron el Sur y hasta las playas  
de la arenosa Libia se extendieron.  
Desde cada escuadrón y tercio al punto  
los jefes destacados vienen prontos  
de su gran comandante á la presencia  
semidioses en aire y estatura  
de formas sobrehumanas, personajes  
de real dignidad, que allá en el cielo  
antes en altos tronos se asentaron,  
bien que hoy en los registros eternos  
no se halla ya memoria de sus nombres,  
para siempre borrados y raidos  
por su traición del libro de la vida.

*(Traducción de D. Gaspar Melchor de Jovellanos.)*

## ÉPOCA POSTCLÁSICA

### DAVID HUME.-HISTORIA DE INGLATERRA

*Retrato de la reina Ana.* — El estado de insensibilidad letárgica en que había caído la reina Ana ofreció apenas algunos intervalos y el primero de Agosto de 1714, por la mañana, dejó de vivir, á los cincuenta años de edad y trece de reinado. Ana Estuardo era de estatura regular, pero bien proporcionada de cuer-

po: el cabello castaño oscuro, las facciones correctas, la cara más bien redonda que ovalada; el conjunto de su persona era más agradable que majestuoso. Su voz era clara y melodiosa y sus maneras simpáticas. En cuanto á las dotes del espíritu, no tenía por qué quejarse de la naturaleza, pero sus felices disposiciones habían sido escasamente cultivadas y si no mostró un genio extraordinario, tampoco hubo que echarle en cara ninguna ambición personal. Verdad es que no poseía ese vigor de ánimo que hace conservar á los príncipes su independencia y les libra de los lazos y asechanzas de aduladores y favoritos; pero cualquiera que fuese su debilidad en este punto esencial, nadie puso jamás en duda las excelencias de su corazón. Verdadero modelo de ternura y de fidelidad conyugal, excelente madre, leal amiga, señora indulgente y liberal protectora, dió ejemplo de dulzura y de clemencia en el ejercicio del poder supremo y durante su reinado no hubo que derramar sangre á causa de ninguna traición. Su adhesión á la iglesia de Inglaterra no se desmintió nunca, porque tenía su origen en la convicción. Justa, caritativa y compasible, tuvo sentimientos de madre para sus súbditos, quienes por su parte, la amaron con una afección jamás alterada por los prejuicios de partido. En una palabra, debe ser considerada, si no entre los más grandes, al menos entre los mejores soberanos que han ocupado el trono de Inglaterra, y puede decirse que el sobrenombre de *Buena* que le dió el pueblo, nunca fué mejor aplicado...

(Traducción de J. T.)

## JEREMÍAS BENTHAM.-SOFISMAS PARLAMENTARIOS

*De la autoridad.*— A medida que un individuo se eleva en la escala del poder por cima del nivel común, tiende á descender en igual proporción por bajo de este nivel respecto á los motivos de aplicación, cualquiera que sea la esfera de acción en que opere, pues cuanto mayor es la cantidad de objetos que posee entre los que excitan el deseo, mayor es la cantidad de deseos que se hallan ya en estado de saturación, y, por consiguiente, le quedan menos deseos no saturados, que obren sobre su alma en calidad de *motivos*. En el régimen despótico oriental, el individuo que posee *medios* de información en mayor cantidad que todos los demás individuos es el déspota, pero no viéndose excitado por motivo alguno, no hace uso de esos medios y, en último resultado, sólo llega á la ignorancia y á la imbecilidad.

Tal es, en suma, sólo que en grados diferente, la situación de todo individuo que posee un poder sin obligaciones que cumplir ó, en otros términos, sin tener el sentimiento de un peligro eventual.

En Inglaterra, el Rey, el Par, el opulento propietario deben, en virtud del mismo principio, ofrecernos ejemplos de esta doble escala de proporción en que los motivos decrecen á medida que los medios aumentan. Pero en tanto que el Monarca tome parte en los negocios públicos, el sentimiento de una respon-

sabilidad eventual que, pese á nuestros hábitos de idolatría, pesa siempre sobre él como tal Monarca, bastará para mantener sus facultades más ó menos por cima de la completa ignorancia. En cuanto á los otros dos, el Par y el rico propietario, á no ser la absoluta idiotez averiguada, no hay grado alguno de imbecilidad que pueda constituir para ellos un peligro ni un inconveniente serio. Si quisieran, pueden abstenerse de ejercer el poder anejo á su posición ó ejercerlo sin tomar para nada en cuenta el bien público y sí únicamente su particular interés.

En todos los casos, aun cuando los *motivos* sean iguales á los *medios*, no hay autoridad legítima sino cuando hay perfecta probidad: porque sin ésta no hay sinceridad ni verdad. Y es menester además que haya ausencia de todo interés corruptor que tienda á producir una opinión equivocada ó una interpretación errónea de esta opinión.

De otro modo, si el entendimiento se halla sometido á la influencia de un interés corruptor, cuanto mayor sea la masa de conocimientos que posea, menos confianza debe inspirar y menos autoridad debe tener.

Propóngase, por ejemplo, esta cuestión: ¿Cuál es el sistema de retribución más adecuado para conseguir el mayor grado de aptitudes en toda la variedad de las funciones públicas? La autoridad de todo hombre que ejerza ó haya ejercido esas funciones hoy ó ayer, aquí ó allá, es decir, de todo funcionario actual ó en espectación de destino, lejos de ser mayor que la de un cualquiera, equivale á cero: y aun pudiera decirse que á menos de cero, puesto que ella sólo es un argumento en favor de la opinión contraria.

Propóngase, si no, esta otra cuestión: ¿Cuáles serían las reformas necesarias para introducir mayor claridad, economía y rapidez en los procedimientos (gubernativos ó judiciales)? La opinión de todo individuo que desempeñe, haya desempeñado ó pretenda desempeñar una de las funciones cuyos provechos consistan en la obscuridad, las dilaciones, las vejaciones y los gastos propios de los procedimientos usuales, será como autoridad, no ya igual, sino inferior á cero.

Precisa, no obstante, añadir que lo que hace negativa esta autoridad es que obra en el mismo sentido que su interés. Porque si su interés obrase en un sentido y su opinión se manifestase en el contrario, entonces, lejos de ser débil, su autoridad tendría mucha más fuerza. En efecto, aquel hombre que tiene todo cuanto constituye los cimientos de una opinión ilustrada y que posee todos los motivos y los medios para formar esta opinión, si las fuerzas ó intereses corruptores que tienden á extraviarle han obrado en vano, tendrá en favor de su opinión poderosas consideraciones... La prueba más endeble es el testimonio de un hombre en favor suyo propio: la más fuerte, el testimonio de él mismo en contra suya.

## SAMUEL JOHNSON.-EL VAGABUNDO

*Martes 9 de Julio de 1751.* — El asombro es frecuentemente efecto de la ignorancia. La paralización en la atención que sobrecoje al espíritu á la primera vista de un efecto inesperado, cesa en cuanto tenemos tiempo de desentendernos de las complicaciones y de investigar las causas. El asombro es una pausa de la razón, una súbita cesación del discurso mental, que dura sólo en tanto que el entendimiento se enclava en una idea aislada y que concluye en cuanto recupera fuerza bastante para dividir el objeto en las partes que lo componen ó para marcar las gradaciones intermedias entre el agente primero y la última consecuencia.

Con igual verdad puede afirmarse que á menudo la ignorancia es efecto del asombro. Aquellos que no se han acostumbrado jamás á la labor de la investigación, ni han vigorizado la confianza en sí mismos en la conquista de las dificultades, suelen dormirse en la vaga aquiescencia del asombro, sin emplear esfuerzo alguno en inquirir ó en destruir la obscuridad.

Cuanto no pueden concebir inmediatamente les parece demasiado alto para conseguido, ó demasiado extenso para abarcado. Los tales se conforman con la visión del portento, en cuyo seno no osan penetrar, y dejan el placer de su contemplación racional á los que se hallan dotados de facultades más activas ó aman el estudio con mayor pertinacia.

Muchas son las producciones de las artes mecánicas cuya forma difiere totalmente de las de las materias primas que las formaron, y muchas están compuestas de partes tan numerosas y tan diestramente adaptadas, que no pueden ser vistas sin estupefacción. Pero si entramos en los talleres, si observamos las múltiples herramientas que facilitan el trabajo y si seguimos el progreso de la manufactura á través de tantas manos que, una tras otra, contribuyen á su perfección, pronto descubrimos que cada hombre realiza un trabajo fácil y que los dos extremos, de natural tosquedad y artificial elegancia, aunque remotos, se juntan por una regular concatenación de efectos, cada uno de los cuales sigue al que le precede y precede al que le sigue.

Lo mismo que con las de las manos sucede con las obras del espíritu. Largos cálculos ó diagramas complejos, asustan para una segunda percepción al timorato ó al inexperto; pero si tenemos ingenio bastante para analizarlos en sus principios elementales, descubriremos la falta de fundamento de nuestro miedo. Divide y conquistarás es un principio igualmente cierto, en ciencia y en política. La complejidad es una confederación que lleva la desconfianza al intelecto más activo y vigoroso; mas cada uno de sus miembros es débil, considerado separadamente y, una vez rota, puede ser fácilmente subyugada.

El arte de estudiar, según enseña Locke, consiste en intentar poco de cada

vez. Las excursiones más vastas del espíritu se deben á vuelos cortos, repetidos frecuentemente; las construcciones científicas más imponentes están formadas por la acumulación continua de sencillas proposiciones.

Con frecuencia ocurre, por cualquier causa, que la impaciencia ó el miedo del error sobrecoge á aquellos que más se distinguen por la rapidez de la aprehensión; lo que hace que, contando razonablemente con la victoria, los tales rehuyan, sin embargo, los azares de la lucha. Esta desconfianza, cuando la atención no se aduerme por pereza ó se disipa en los placeres, surge de percepciones generales y confusas que la negligencia sugiere rápidamente ó del desvanecimiento de las primeras esperanzas formadas con irreflexiva arrogancia. Esperar que el laberinto de la ciencia pueda ser penetrado por unos ojos negligentes, ó que á las alturas de la fama se ascienda sin fatiga, es esperar un privilegio, un poder no reconocido al resto de la humanidad; así como suponer que el laberinto es inextricable para el diligente y las alturas inaccesibles para el perseverante, equivale á someterse á la tiranía de la imaginación y encadenar el espíritu con voluntarios grillos.

Ambición propia de los héroes en la literatura es la de ensanchar los límites del conocimiento descubriendo y conquistando nuevas regiones del mundo intelectual. Para el éxito de tales empresas quizá sea necesaria la intervención de la fortuna veleidosa cuyo auxilio ningún hombre puede por sí mismo prometerse ni procurarse; en casos tales son perdonables la duda y la irresolución, al que se aventura en los abismos inexplorados de la verdad y busca un camino entre las fluctuaciones de la incertidumbre y los choques de la contradicción. Pero cuando no se requiere más que seguir por una senda ya trazada de antemano y traspasar obstáculos ya por otros demolidos, ¿por qué el hombre ha de desconfiar de su razón y ha de considerarse inferior á la empresa?

Sería de desear que los que consagran sus vidas al estudio creyesen que nada de lo existente es demasiado grande para no poder ser alcanzado, y que considerasen que nada es demasiado pequeño para no merecer su atención; que esta debe fijarse por igual en la ciencia y en la vida, uniendo al conocimiento de las edades pasadas y acontecimientos remotos, el del mundo que nos rodea.

Nada ha expuesto tanto á los sabios al ridículo y al desdén como la ignorancia de las cosas que todos saben menos ellos. Los que piensan que las escuelas lo enseñan todo, se sorprenden al ver á hombres que, encanecidos en el estudio, necesitan ser instruidos sobre los aspectos y circunstancias más elementales de la vida cotidiana; y con ello pierden su entusiasmo hacia métodos de educación que no conceden habilidad superior á la del resto de los mortales.

Los libros, dice Bacon, no enseñan jamás, para qué sirven los libros. El estudiante debe aprender en el comercio humano á llevar sus especulaciones á la práctica y á acomodar sus conocimientos á los fines de la vida.

*(Traducción de J. de C.)*

## DANIEL DEFOE.-ROBINSÓN CRUSOÉ

Todos los días, cuando la lluvia no me lo impedía, iba á cazar á la selva, en donde á menudo hacía importantes descubrimientos. Encontré una especie de palomas silvestres, que no anidaban en los árboles como las torcaces, sino en los huecos de las peñas, como las domésticas.

Cogí algunos pichoncitos para domesticarlos, lo cual conseguí; pero luego que crecían echaban á volar, y no volvían más, quizá porque no les daba de comer, pues no tenía que darles; sin embargo, descubría muchos nidos, de los cuales tomaba los pequeños, que era un bocado delicado y exquisito.

A medida que iba arreglándome, conocía que me faltaban una multitud de cosas, cuya construcción me parecía imposible de llevar á cumplido término, como, por ejemplo, el poder hacer un tonel y ponerle aros. Aunque tuviese uno ó dos barriles, nunca pude construir ninguno igual por más esfuerzos y tiempo que empleé; no podía poner los suelos, ni unir las duelas con bastante perfección para que el agua no se saliese, en vista de lo cual abandoné este proyecto.

Otra cosa muy esencial me faltaba: era esta la luz, indispensable para mí, porque me veía precisado á acostarme irresistiblemente al anoecer.

El sólo medio de suplir á esta necesidad, fué el conservar toda la grasa de las cabras ó llamas que cazaba; luego hice un platito de tierra arcillosa y lo puse á secar al sol; y, finalmente, traté de arreglar una mecha de hilo de carrete ó filástica, con todo lo cual obtuve una especie de lamparilla. Es cierto que esta luz era mucho más sombría y vacilante que la de una vela.

En medio de estos trabajos, encontré un día, registrando mi equipaje, un saco, del cual he hablado ya, que había estado lleno de grano para la volatería del buque, no en el último viaje, sino en uno anterior, desde Lisboa al Brasil. Lo poco que quedaba de aquel trigo estaba roído por los ratones; el saco no contenía casi nada más que palos y la cascarilla del grano.

Habiendo necesitado este saco (si no me equivoco, para meter pólvora en el momento en que por la tempestad la dividí en paquetes) lo sacudí al pie del peñasco, al lado de la estacada. Luego sobrevinieron las grandes lluvias, de que ya he hecho mención, no recordando haber echado nada en aquel paraje, cuando cerca de un mes después ví que asomaban en la superficie de la tierra algunas hierbecillas.

Al principio las tomé por plantas parásitas; pero mi admiración llegó á su colmo, cuando al cabo de algún tiempo percibí diez ó doce espigas de cebada que no la aventajaba en nada la de la mejor calidad de Europa, y aun de la misma Inglaterra.

Es de todo punto imposible que pueda manifestar mi sorpresa y confusión al ver aquello: hasta entonces ninguna idea de religión se había presentado en mi imaginación; no había visto más que la obra del acaso en lo que me había

sobvenido, y me limitaba á decir como muchos otros, *esta es la voluntad de Dios*, sin cuidarme de penetrar los misteriosos designios de la Providencia en los sucesos de esta vida.

Pero cuando ví crecer las espigas bajo un clima que no creía susceptible de la producción de cereales, y sobre todo, como no podía explicarme cómo había sido arrojada allí la simiente, mi recogimiento fué mayor, empezando á creer que Dios había hecho salir aquella cebada por milagro, sin que se hubiese sembrado, y especialmente para que pudiese subsistir en aquel lugar desierto.

Este pensamiento me enterneció hasta el punto de derramar lágrimas; estaba admirado de que tal prodigio se hubiese obrado en mi favor, tanto más cuanto que también ví á lo largo del peñasco, á más de la cebada, algunos tallos de arroz, según había visto crecer en las costas de Africa.

No pudiendo persuadirme que la Providencia limitase sus dones á sólo aquello, me puse á recorrer todas las cercanías, escudriñando todos los rincones, todas las rocas, que me eran bien conocidas, para tratar de descubrir nuevos tallos; pero ninguno más encontré. En fin, recordé después haber sacudido en aquel lugar el saco, y el prodigio comenzó á desvanecerse.

Es preciso confesarlo: mi reconocimiento hacia la Divina Providencia se aumentó tan pronto como hube descubierto la causa natural de aquel suceso extraordinario. En efecto, ¿no era obra de la Providencia el que diez ó doce granos se hubiesen librado de ser roídos por los ratones; que yo hubiese sacudido el saco en aquel sitio bajo el abrigo de una roca, que aquellos granos hubiesen germinado rápidamente lo mismo que si estuviesen en cualquier otro lugar, y sobre todo, que en aquella estación el sol no los hubiese quemado y destruído infaliblemente?

Es casi ocioso manifestar que tuve cuidado de recoger aquel grano á su debido tiempo, que era á últimos de Junio, y guardando mi pequeña cosecha resolví sembrarla toda entera, con la esperanza de hacer algún día una recolección suficiente para proveerme de pan para todo el año, habiéndose pasado cuatro sin haberlo conseguido.

(Traducción de L. C.)

## JONATÁS SWIFT.-GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS ENANOS

(LILIPUT)

Cuando los dos comisionados vinieron á registrarme, cogí en mis manos á ambos señores (que tenían cinco ó seis pulgadas de estatura). Primero los metí en los bolsillos de mi casaca y después en todos los demás bolsillos, excepto en los del pantalón, en uno de los cuales llevaba un reloj de plata y en el otro una bolsa con algún dinero. Aquellos oficiales del príncipe llevaban plumas, tinta y papel y escribieron un inventario muy exacto de lo que habían visto. Cuando



hubieron acabado, me rogaron que los dejase en el suelo para ir á dar cuenta de su visita al emperador.

El inventario que, palabra por palabra, traduje al inglés, decía así:

“Primeramente, en el bolsillo derecho del gabán del gran hombre-montaña (así traduzco las palabras *quinbus flestrin*), después de un exacto reconocimiento, no hemos encontrado más que un pedazo de tela burda, bastante grande para poder alfombrar con ella el salón regio de Vuestra Majestad (1). En el bolsillo izquierdo hemos encontrado una gran arca de metal que nosotros, los comisionados, no pudimos levantar, pero rogamos al dicho hombre-montaña que la abriese, y habiendo penetrado dentro de ella uno de nosotros, se encontró hundido hasta las rodillas en unos polvos de los que algunos granos se nos subieron á la cara y nos hicieron estornudar largo rato (2). En el bolsillo derecho de la casaca hemos encontrado un enorme paquete de substancias blancas y delgadas, plegadas una sobre otra y cosidas todas con un fuerte cable, y pintadas con grandes figuras negras, que hemos creído ser una escritura de la cual cada letra fuese más grande que la mitad de la palma de nuestra mano (3). En el bolsillo izquierdo había una máquina armada de veinte larguísimos dientes, semejantes á las empalizadas que cierran el patio del palacio de Vuestra Majestad: hemos supuesto que el hombre-montaña usaba dicho artefacto para peinarse, pero no hemos querido importunarle con preguntas, en vista de la dificultad que sentía para comprendernos. En el enorme bolsillo que hay al lado derecho de su *taba-cinturas* (así traduzco la palabra *ranfulo*, que significa mi calzón) hemos visto una columna de hierro hueca, del tamaño de un hombre, unida á un gran pedazo de madera más largo aún que la columna: y á un lado de ésta otras piezas de hierro forjado en relieve, de formas extrañas (4). No hemos sabido lo que esto podía ser. En el bolsillo izquierdo llevaba otra máquina del mismo género. En otro bolsillo más pequeño al lado derecho llevaba muchas piezas redondas y planas de metal rojo y de metal blanco, de tamaños diferentes: algunas de las piezas blancas, que nos han parecido de plata, eran tan gruesas y pesadas, que nos ha costado trabajo á mi compañero y á mí el alzarlas. Quedaban por explorar dos bolsillos: eran dos aberturas cortadas en lo alto de la prenda, pero muy apretadas porque la cintura las oprímia: por fuera de la que estaba á la derecha pendía una gran cadena de plata con una muy maravillosa máquina al extremo. Le mandamos que nos mostrase lo que había junto á la cadena. Parecía un globo, mitad de plata, mitad de un metal transparente. Por este último lado vimos ciertas figuras extrañas trazadas en círculo: creímos que podíamos tocarlas, pero detuvo nuestros dedos aquella substancia diáfana. Entonces nos acercó aquella máquina (5) á los oídos y producía un ruido cons-

(1) El pañuelo.

(2) La tabaquera.

(3) Un libro.

(4) Una pistola.

(5) El reloj.

tante, parecido al de un molino de agua. Hemos conjeturado que es, ó un animal desconocido, ó la divinidad que él adora, pero más bien nos inclinamos á esta última opinión, porque nos ha asegurado (si le hemos comprendido bien, porque se expresa muy torpemente) que rara vez hace nada sin haberlo consultado: lo llama su oráculo y dice que ese aparato marca el tiempo para cada uno de los actos de su vida. Del bolsillo izquierdo sacó una red bastante grande para servir á un pescador, pero que se abría y se cerraba como una bolsa: dentro de ella hemos encontrado muchas piezas macizas de metal amarillo: si son de oro de verdad, deben tener inmenso valor. Habiendo así, en cumplimiento de las órdenes de Vuestra Majestad, explorado escrupulosamente todos sus bolsillos, hemos observado todo alrededor de su cuerpo un cinturón hecho con la piel de algún animal monstuoso, y del cual por el lado izquierdo colgaba una espada larga como la altura de cinco hombres, y por el lado derecho una bolsa ó forrajera dividida en dos compartimentos, capaz cada uno de albergar á tres súbditos de Vuestra Majestad. En uno de ellos había muchos globos ó balas de un metal muy pesado, gruesas como nuestra cabeza y que sólo una mano muy recia podría levantar: el otro contenía un montón de ciertos granos negros, poco gruesos y menos pesados, pues en la palma de nuestra mano cabían unos cincuenta (1).

Tal es el inventario exacto de cuanto hemos encontrado en el cuerpo del hombre-montaña, que nos ha recibido con mucha cortesía y con todas las consideraciones debidas á la comisión de Vuestra Majestad. Firmado y sellado el cuarto día de octogésima novena luna del dichoso reinado de Vuestra Majestad. *Hessen Freloch, Marsi Freloch.*

Cuando este inventario fué leído en presencia del emperador, me ordenó éste con suaves palabras que le entregara todos aquellos objetos: primero me pidió el sable, y me le desceñí. Había ordenado á tres mil hombres de los más aguerridos de las tropas que le acompañaban, que me rodeasen á alguna distancia, preparados á disparar contra mí sus flechas en cuanto se lo mandase: pero yo no me enteré, porque tenía los ojos fijos en Su Majestad. Me rogó que desenvainase el sable, que aunque un poco mohoso por el agua del mar, aún estaba asaz brillante para deslumbrar á las tropas y hacerlas proferir grandes gritos de asombro. El monarca me mandó envainar el sable y arrojarlo al suelo con toda la precaución posible, colocándolo á seis pies de distancia de mi cadena. La segunda cosa que me pidió fué una de las columnas huecas de hierro, que eran mis pistolas de bolsillo: se las enseñé, y por su orden le expliqué como pude la manera de usarlas, y cargándolas con pólvora sola, advertí al emperador que nadie se asustara, y las disparé al aire. El espanto que se produjo fué mayor que el causado por la vista del sable: todos cayeron patas arriba, como heridos del rayo, y el mismo emperador, que era muy valiente, tardó en reponerse del susto.....

---

(1) La pólvora.

## LORENZO STERNE.-VIAJE SENTIMENTAL Á FRANCIA

*La peluca.*—El peluquero entró, dirigió una rápida ojeada á mi peluca y se meugó á tocarla: el arreglarla era una empresa muy por cima ó muy por bajo de su arte.—Pero ¿qué le voy á hacer?—le dije.—Señor—contestó—es necesario que compre usted una de otra clase: yo las tengo hechas...—Veámoslas.

Salió y volvió en seguida con cinco ó seis pelucas.—Esta le cae á usted que ni pintada.—¿Sí? Bien, bien... pero, me temo que este rizo no se tenga derecho...—Puede usted sumergirlo en el mar sin miedo á que se deshaga...

Todo es grande en este París—pensé entonces.—La mayor extensión de las ideas de un peluquero inglés no hubiera nunca llegado más lejos que á hacerle exclamar:—Puede usted sumergirla en un cubo de agua... ¡Qué diferencia! ¡Como la que hay entre el tiempo y la eternidad!

Debo confesar que detesto todas las concepciones frías y flemáticas y todas las ideas mezquinas y limitadas que de ellas nacen. Tanto me maravillan de ordinario las grandes obras de la Naturaleza que, si pudiera, no emplearía nunca un término de comparación que no fuese, por lo menos, una montaña. Todo cuanto en este respecto puede decirse de la sublimidad francesa, es que lo grandioso consiste más en la palabra que en la cosa.

*El mar* llena, sin duda, el espíritu de una idea vasta y grandiosa: pero París está metido tan tierra adentro que no había probabilidad de que yo tomase la diligencia para ir á cien millas de allí á hacer el experimento de que me hablaba el peluquero. Así que éste, en realidad, no me dijo nada. Un cubo de agua, sin disputa, hace tristísima figura al lado del mar, pero tiene la ventaja de hallarse á nuestro alcance y, por tanto, en él se puede sumergir el rizo en un momento...

Hablando con justicia, la expresión francesa denota más que lo que se puede hacer. Al menos, yo así lo creo después de haber reflexionado no poco.

No sé si me equivoco, pero me parece que estas minucias son señales mucho más seguras y más distintivas de los caracteres nacionales que los asuntos más importantes del Estado, en los que de ordinario tan sólo intervienen los grandes y poderosos, los cuales se parecen mucho y hablan poco más ó menos lo mismo en todas las naciones, y yo no daría un penique por tener derecho á elegir entre ellos.

El peluquero me dijo que deseaba que mi peluca le valiese una gran reputación, y tardó tanto tiempo en arreglámela que se me hizo muy tarde para ir á casa de madama de R... á entregar mi carta. Sin embargo, cuando un hombre se ha vestido para salir, no es dueño de hacer reflexiones serias. Apunté el nombre del hotel de Módena, donde me albergaba, y me eché á la calle sin saber á dónde iba.....

(Traducción de F. N. L.)

## OLIVERIO GOLDSMITH.-EL VICARIO DE WAKEFIELD

Siempre fui de opinión que el hombre honrado que se casaba y atendía al sustento y educación de una dilatada familia, era mucho más útil que el que, hablando sin cesar de población, jamás salía del celibato. Consecuente á este principio, apenas hacía un año que había tomado las órdenes, cuando pensé seriamente en casarme. Elegí mi esposa en la misma manera que ella había elegido su vestido de boda; esto es, no dejándose alucinar por un exterior lustroso y brillante, sino prefiriendo uno, como vulgarmente dicen, de honra y provecho. Haciendo justicia á mi elegida, era la mujer del natural más excelente, y pocas señoras de provincia de aquel tiempo la aventajaban en buena educación; podía leer cualquier libro inglés, sin mucho deletrear, y en cocinar y hacer conservas y encurtidos nadie le excedía. Se alababa de poseer un gran talento en la economía doméstica, pero observé que con todo su ingenio jamás adelantamos cosa alguna.

Nos amábamos tiernamente y nuestro mutuo cariño se aumentaba con la edad. Es cierto que nadie había que pudiese indisponernos ni con el mundo ni con nosotros mismos. Teníamos una bonita casa situada en un terreno delicioso, y una vecindad muy buena. Pasábamos el año en diversiones morales y campestres, en visitar á los vecinos ricos y en aliviar á los necesitados. No teníamos revoluciones, ni sufríamos pesadumbres. Todas nuestras aventuras eran en nuestro hogar, calentándonos á la lumbre, y todas nuestras emigraciones se reducían á pasar de la cama de verano á la de invierno.

Como vivíamos inmediatos al camino real, frecuentemente entraban á visitarnos los pasajeros, para probar nuestro vino de grosellas; teníamos la reputación de hacer el mejor vino de esta clase que se conocía por todos aquellos contornos; y confieso, con la ingenuidad de historiador, que jamás noté que ninguno de ellos le encontrase falta alguna. Todos nuestros primos, hasta los de un cuarto grado, recordaban su afinidad sin ayuda del archivo genealógico, y venían también á visitarnos de continuo; algunos de ellos no nos hacían mucho honor con su parentesco, porque hablando con franqueza, había entre ellos ciegos, cojos y toda clase de estropeados. No obstante, mi mujer siempre insistía en que, siendo de la *misma carne y sangre* que la nuestra, debían sentarse con nosotros á la misma mesa; de modo que sin cesar estábamos rodeados, si no de los más ricos, al menos de los más alegres amigos. Mientras más pobre es el huésped, más es su placer en que le atiendan: observación que jamás echóse en olvido. Así como algunos hombres contemplan con admiración los colores de un tulipán, y otros quedan absortos á la vista de las alas de una mariposa, así yo, por naturaleza, me complacía en admirar los rostros humanos animados de la felicidad. Cuando se notaba, sin embargo, que alguno de nuestros parientes era de mal carácter y huésped incómodo, ó sujeto de quien deseábamos deshacernos, tenía yo cuidado al despedirse, de prestarle un capotón viejo, ó un par

de botas, y aun á veces un caballo de poco valor, y siempre tuve la satisfacción de que jamás volviese á traérmelo. Por tan sencillo medio tenía la casa limpia de las personas que nos desagradaban, pero nunca se vió que la familia de Wakefield cerrase sus puertas al indigente ó al caminante fatigado.

En tan feliz manera vivimos una larga serie de años, sin otras adversidades que aquellas ligeras pruebas que la Providencia envía de cuando en cuando, como para realzar el precio de los beneficios. Mi huerta era saqueada á menudo por los muchachos de la escuela, y las tortas y pasteles que hacía mi mujer se encontraban frecuentemente pellizcados por mis hijos, ó se los llevaba el gato; el señor del pueblo se dormía algunas veces en lo más patético de mi sermón, y otras, su esposa contestaba de un modo frío á las cortesías y saludos de mi mujer. Pero pronto se nos pasaba la incomodidad producida por estos accidentes; y por lo regular, á los tres ó cuatro días empezábamos á admirarnos de que semejantes cosas hubiesen podido incomodarnos.

Mis hijos, fruto de la templanza y educados sin afeminación, reunían á una presencia agradable las ventajas de la salud; los varones eran robustos y activos; las hembras obedientes y hermosas en extremo. Cuando me paraba en medio de esta pequeña sociedad, que prometía ser el descanso de mi vejez, no podía menos de repetir la famosa historia del conde Abensberg, el cual, en los viajes de Enrique II por Alemania, al mismo tiempo que los otros cortesanos presentaban al rey sus tesoros, llevó sus treinta y dos hijos al monarca, como el tesoro de más valor que podía ofrecerle.

De la misma manera, yo, aunque no tenía más que seis, los consideraba como el presente de más precio hecho á mi patria, y por tanto, la conceptuaba mi deudora.

(Traducción de D. A. F. R.)

## ÉPOCA MODERNA

### JUAN STUART MILL.-SISTEMA DE LÓGICA

*De la definición.*—La idea más simple y más exacta de la definición es la que la presenta como una proposición declaratoria del significado de una palabra, ya sea del significado que esta tiene en la acepción común, ya del que quiere darle el que habla ó escribe para los fines particulares de su discurso.

Siendo la definición de una palabra la proposición que enuncia su significado, no serán susceptibles de definición las palabras que no la tengan; así, pues, los nombres propios no pueden definirse. Siendo un nombre propio una mera señal puesta en un individuo, y cuya propiedad característica es estar destituida de significado, naturalmente no podrá declararse la significación de aquél si bien podemos indicar por el lenguaje, como podemos hacerlo todavía de un modo más conveniente señalándole con el dedo, el individuo en que haya puesto ó haya de entenderse colocada esta señal particular. No es defini-

ción de "Juan Thompson," decir que es el hijo del general Thompson, pues que el nombre Juan Thompson no lo expresa; tampoco lo sería decir que "es el hombre que ahora atraviesa la calle." Estas proposiciones pueden servir para dar á conocer cuál es el hombre particular á que se refiere el nombre; pero esto puede hacerse de una manera todavía más eficaz señalándole con el dedo, lo que, sin embargo, no se ha acostumbrado á considerar como uno de los modos de definición.

En los nombres connotativos el significado es la connotación, como tantas veces hemos observado; y la definición de un nombre connotativo es la proposición que declara su connotación. Esto puede hacerse directa ó indirectamente; la manera directa sería por una proposición en esta forma: "Hombre (ó cualquiera otra que sea la palabra), es un nombre que connota tal y tal atributo, ó es un nombre que, siendo predicado de algún objeto, significa el hecho de poseer éste tales ó cuáles atributos; hombre es todo aquello que posee corporeidad, organización, vida, racionalidad y ciertas particularidades de la forma exterior."

Esta forma de definición es la más previa y menos equívoca; pero no es bastante breve por una parte, y por otra es demasiado técnica y pedantesca para la conversación familiar. El modo más ordinario de declarar la connotación de un nombre es predicar de él otro nombre ó nombres de significación conocida, que connotan el mismo agregado de atributos: esto puede hacerse, ó predicando del nombre que se intente definir, otro nombre connotativo exactamente sinónimo, como "el hombre es un ser humano," lo que comúnmente de ninguna manera se tiene por definición, ó predicando dos ó más nombres connotativos, que formen juntos la connotación total del nombre que ha de definirse. Además, en este último caso, ó podemos componer nuestra definición de tantos nombres connotativos cuantos son los atributos, connotando cada atributo por un nombre, como "el hombre es un ser corpóreo, organizado, animado, racional, con esta ó aquella forma,"; ó podemos emplear nombres que connoten varios de los atributos á la vez, como "el hombre es un *animal* racional conformado exteriormente de este ó aquel modo."

Según este modo de ver, la definición de un nombre es la suma total de todas las proposiciones *esenciales* que pueden formarse con aquel nombre tomado por sujeto. Todas las proposiciones cuya verdad está implicada en el nombre, todos aquellos que podemos conocer con sólo ver el nombre, están incluidas en la definición, si esta es completa, y pueden desprenderse de ella sin ayuda de ninguna otra premisa, tanto si la definición las expresa en dos ó tres palabras, como si la manifiesta en un número mayor. No sin razón, pues, han afirmado Condillac y otros autores que la definición era un *análisis*; el significado de análisis es resolver un todo complejo en los elementos de que se compone, y esto es lo que hacemos, cuando á una palabra que connota un conjunto de atributos colectivamente sustituimos dos ó más que connotan los mismos atributos por separado, ó al menos en grupos más pequeños.

(Traducción de D. Pedro Codina.)

## JUAN RUSKIN.-PINTORES MODERNOS

El pino ha sido criado para no necesitar nada y soportar todo. Alto ó corto, será siempre recto. Los pacíficos árboles del llano pueden permitirse la alegría de sus pompas florecidas, el contento de la caridad de sus frutos. Nosotros, los pinos, artesanos con espadas, tenemos que realizar los trabajos más duros en beneficio del hombre, y lo hacemos en apretada tropa.

Contener la avalancha de nieves que se desliza por la vertiente de la montaña y le ahogaría; partir, con la punta de nuestras espadas, en menudas gotas la lluvia que de otro modo le arrastraría con los tesoros de sus campos: acunar entre nuestras oscuras hojas caídas los remansos que nutrirán los arroyos durante la sequía; forjar macizo escudo contra los vientos invernales que gimen al pasar á través de las ramas desnudas del llano; he ahí los servicios que mientras vivimos prestamos al hombre.

El hombre nos corta á su guisa para sus moradas, para sus naves. Quédese allá también para los tímidos árboles del llano temblar con todas sus hojas, ó mostrar al cielo su languidez, si una racha de lluvia los sobrecoje; nosotros, los pinos, vivir habemos entre la iracundia de las nubes. Sólo cuando el huracán discute con nosotros sacudimos las ramas, como los hombres sus brazos si les agita la pesadilla.

Finalmente, esos débiles árboles del llano luchan con tenacidad por el último soplo de vida que les queda al ser talados, y de sus raíces lanzan todavía nuevos y mezuquinos brotes. Nosotros, artesanos con espadas, perecemos intrépidamente: nuestra agonía es como nuestro guerrear, solemne y austera; damos nuestras vidas sin repugnancia y por siempre.

.....  
.....  
Cuando el sol sale por detrás de una montaña coronada de pinos, si el día está claro, y la cresta á una distancia no mayor de dos millas, puede observarse que todos los árboles se convierten en árboles de luz, resplandecientes sobre el firmamento obscurecido y deslumbradores como el sol mismo.

En un tiempo yo creía que ello se debía al barniz de sus hojas, mas hoy creo que está la causa en el rocío que prende un diamante hasta en la hoja más diminuta. Diríase que por vivir siempre estos árboles entre nubes, participaban de su gloria.

*(Traducción de J. de C.)*

## LORD MACAULAY.- DANTE Y SU ÉPOCA

El hombre á quien debe la literatura italiana su resurrección, nació en tiempos singularmente propios al desarrollo de sus extraordinarias facultades. El celo religioso, el amor y el espíritu caballeresco y la libertad democrática, son los tres principios que han ejercido siempre influencia poderosa sobre las grandes colectividades, logrando cada uno á su vez excitar en ellas el más vivo entusiasmo y producir los cambios más importantes y de mayor transcendencia en el orden y manera de ser del cuerpo social. En la época del Dante, los tres principios, á veces mezclados, en lucha casi siempre, agitaban el espíritu público: la generación precedente había sido testigo de los agravios y de las venganzas del bravo cuanto amable y desgraciado emperador Federico II, poeta en un siglo de escolásticos, filósofo en un siglo de frailes, hombre de estado en un siglo de cruzados; y durante toda la vida del poeta, Italia hubo de sufrir las consecuencias de la lucha memorable que aquel sostuvo con la Iglesia; que las mejores y más preciadas obras de la fantasía siempre se engendraron en tiempo de turbulencias políticas, como las vidas más lozanas y fructíferas, y las flores más bellas y perfumadas se dan siempre en aquellas tierras que fertilizó la lluvia de fuego de algún volcán. Sin traspasar la frontera de la historia literaria de Inglaterra, diremos que Shakespeare, bajo diversos aspectos, es el hijo de la Reforma, del propio modo que Wordsworth lo es de la Revolución Francesa, que aun cuando los poetas huyen á veces de los negocios políticos, y aun afectan menospreciarlos, sin darse cuenta de ellos sufren su influjo, y mientras sus almas están en contacto de algún modo con las de sus contemporáneos, la conmoción eléctrica la reciben por medios indirectos y misteriosos, cualquiera que sea la distancia á que se produzcan.

En las grandes sociedades, en que la división del trabajo permite á los hombres especulativos observar los diferentes aspectos de la naturaleza, ó estudiar su propio espíritu lejos de los negocios políticos, acontece lo propio; pero en las repúblicas pequeñas, como la de que formaba parte el Dante, no acontecía de igual modo, porque, en aquellas sociedades, objeto al presente de los ataques más rudos por parte de los modernos maestros de la ciencia gubernamental, las facciones, al decir de éstos, son más violentas, porque se agitan en espacio limitado y producen necesariamente odios y venganzas personales, y que todos los ciudadanos deben ser soldados como que la guerra puede ser inminente á cada momento, y ninguno puede estar seguro al acostarse de no despertar llamado para rechazar ó vengar una injuria. Los griegos perdieron de esta suerte en luchas análogas, la sangre con que hubieran podido conquistar un imperio permanente en el mundo; Italia malgastó en ellas también la energía y los talentos que le hubieran bastado para defender su independencia de los Papas y de los Césares.

Así es, en efecto; mas también estos males tienen sus compensaciones, porque no debe tanto la humanidad al imperio romano como á la sociedad de



Atenas, ni á todo el reino de Francia lo que Florencia. Los embates del espíritu de partido son acaso un mal; pero desarrollan una actividad de espíritu que conviene excitar á cualquier precio en ciertos casos y condiciones sociales. Podrá ser perjudicial bajo determinado aspecto que los ciudadanos todos empuñen las armas; pero también es cierto que allí donde esto sucede no hay ejércitos permanentes, los cuales ofrecen siempre el espectáculo de grandes colectividades, adiestradas en matar, que viven destruyendo y exponiéndose á la destrucción, que combaten sin entusiasmo y que vencen sin gloria, para ir luego al hospital si caen heridos, que no es otra la suerte reservada en la mayor parte de Europa á los soldados. En cambio para el ciudadano de Milán y de Florencia, batirse, no en el sentido vago que se da generalmente á esta palabra, sino en realidad, de verdad, por el hogar y las artes, era algo, y algo también ir al combate bajo las órdenes del célebre Carroccio, objeto de su veneración, y saber que su anciano padre, de pie sobre los baluartes, contemplaba sus proezas, y que sus amigos y rivales eran testigos juntamente de su gloria.

Si caía en la refriega, no eran manos mercenarias ó indiferentes las que lo asistían; que muy luego entraba en los muros que había defendido, y su madre ó su esposa lo cuidaban, y el anciano sacerdote que perdonó los devaneos de su juventud lo absolvía, y su amada recibía de sus labios el adiós postrero. No hay espada mejor que la que se forja con la reja del arado. En ello hay inconvenientes y peligros; pero unos y otros se hallan mitigados por el entusiasmo y suavizados por el afecto que despiertan y avivan, y porque además nada es más propio á desarrollar el genio de la poesía en las imaginaciones ardientes y en los espíritus observadores.

Al despuntar el siglo XIII, como ha dicho Maquiavelo, se inauguró un gran período de renacimiento; y la política de Inocencio, el establecimiento de la inquisición y de las órdenes mendicantes, las guerras contra los albigenses, los paganos de Oriente y los desgraciados príncipes de la casa de Suabia, conturbaron á Italia durante las dos inmediatas generaciones, influencias todas que pesaron mucho sobre Dante, agitando su alma y afligiéndola de una manera extraordinaria, que se reflejó después en todos los actos de su vida. Amó en su juventud con pasión profunda y desgraciada, y tan honda huella dejó en él, que aún después de haber pasado de esta vida Beatriz, su recuerdo no dejó de perseguirlo, sin que fuera parte á disiparlo ni los excesos, ni la ambición, ni el infortunio. Era creyente, además, sincero y fervoroso; y si los abusos de la Iglesia romana le causaban enojo, acataba con ternura y veneración entusiastas sus doctrinas y su rito; y cuando al cabo se vió expulsado de su patria y en la necesidad de saber por experiencia propia, tanto más cruel y dolorosa cuanto era más opuesto á ella su carácter, lo amargo que es el pan de la servidumbre y lo escarpada y áspera que es de subir la escalera de un amo (1), su pecho lacerado

(1)

Tu proverei si come sa di sale.  
Lo pane altrui, e come e duro calle  
Lo scendere e'l salir per l'altrui scale.  
*Paradiso*, c. XVIV.

buscó alivio y consuelo en la religión; revistió de atributos místicos y gloriosos á su amada, objeto puramente de sus más dulces fantasías; la dió asiento entre las potestades de la jerarquía celestial, y la supuso mandataria de la eterna sabiduría para velar por el pecador errante y sin ventura que la quiso en esta vida de tan acendrada y singular manera (1). Y por una confusión semejante á la que se produce en los sueños, le aconteció á veces que olvidara la naturaleza humana de Beatriz, y aun su existencia personal, para no considerarla si no es como uno de los atributos de la divinidad.

(Traducción de M. Juderías Bender.)

## TOMÁS CARLYLE.-LA REVOLUCIÓN FRANCESA

### CAPÍTULO IV.—¡Á LAS ARMAS!

Tal era el estado de las cosas, incierto, fatal, en los abrasadores días de Julio. Marat aconseja en letras de molde la abstención de toda violencia. A pesar de de lo cual, los pobres hambrientos clamando por pan, empiezan á quemar las puertas de la ciudad en que se cobra el impuesto sobre comestibles.

El 12 de Julio es domingo; por la mañana aparecen las calles llenas de bandos ("En nombre del Rey," con letras de enormes dimensiones), por los que se invita "á los ciudadanos pacíficos á permanecer en sus casas," sin sentir alarma ni formar grupos. ¿Por qué? ¿Qué significan esos bandos de formidable tamaño? Además ¿qué significa ese estrépito militar; esos dragones, húsares, convergiendo de todos los puntos del compás hacia la plaza de Luis XV; con solemne gravedad en el rostro, á pesar de ser saludados al pasar con apodos, silbidos, hasta con piedras? Besenval va con ellos. Sus Guardias Suizas, están ya en los Campos Elíseos con cuatro piezas de artillería.

¿Nos amenazan, pues, los destructores? ¡Estamos cercados desde el puente de Sevres al lejano Vincennes, desde Saint Denis al Campo de Marte! La alarma de lo desconocido brota en todos los corazones. El Palais Royal está convertido en un recinto de interjecciones, en las que se funden el terror y la cólera; de cabezas que se agitan silenciosamente; uno puede imaginarse con qué doloroso estampido el cañón del reloj de sol (que el astro dispara al cruzar su meridiano) retumbaría allí, agorero, como voz inarticulada del juicio final. ¿Pero es que realmente las tropas vienen "contra los bandoleros"? ¿Dónde están los bandoleros? ¿Qué misterio flota en el aire? ¡Oid! una voz humana que trae la noticia: *Necker, el ministro del pueblo, despedido.* ¡Imposible! ¡Imposible! ¡Traidores á la paz pública! Aquella voz hubiera sido ahogada en una fuente si no llega á huir velozmente el portador de la noticia. Sin embargo, amigos, pensad de ello lo

---

(1) L'amico mio e nou della ventura.

*Infierno*, c. II.

que queráis; la noticia es cierta. Necker se ha marchado. Necker viaja hacia el Norte en secreto desde ayer noche. Tenemos un nuevo Ministerio: Broglie, dios de la guerra; el aristócrata Breteuil; ¡Foulon! ¡el que decía al pueblo que comiera hierba!

El rumor crece en el Palacio Royal y en toda Francia. Los rostros palidecen; efervescencia y confuso vibrar; creciente ruido sordo del trueno; la Ira mezclada con el Miedo.

Mas ved á Camilo Desmoulins precipitándose fuera del café de Foy, sibilina la faz, los cabellos en desorden, una pistola en cada mano. Salta sobre una mesa; los satélites de la policía no le pierden de vista; no le cogerán vivo, ni vivirán mientras él viva. Esta vez habla sin tartamudear: — ¡Amigos! ¿Hemos de morir como liebres perseguidas? ¿Como rebaños empujados hacia el tajo, suplicaremos merced en donde no hay merced y sí un cuchillo ensangrentado? Ha sonado la hora, la hora suprema para el francés y para el hombre, en la que los opresores intentan exterminar á los oprimidos. Sea nuestro lema: ¡la Muerte, la dulce Muerte, ó Libertad para siempre! ¡Bienvenida esta hora! Sólo un grito entiendo que nos cuadra: ¡A las armas! Que París todo, que Francia toda, con aliento de ciclón, grite: ¡A las armas! — ¡A las armas!, rugen, respondiendo innumerables voces; los ojos despiden lumbré; enloquecen los corazones. Con sus palabras, Camilo evoca en tan gran ocasión los Poderes Elementales. — ¡Amigos, continúa Camilo, adoptemos un signo de unión! Escarapelas, que sean verdes; ¡del color de la esperanza! — Como bajo una nube de langosta, las verdes hojas de los árboles, las cintas verdes de las tiendas próximas son arrancadas y con ellas se hacen escarapeías. Baja Camilo de su mesa “ahogado por los abrazos, mojado por las lágrimas,” le alargan un trozo de cinta verde; la prende en su sombrero. Y ahora ¡á la tienda del escultor Curtio! ¡A los boulevares! ¡A los cuatro vientos! ¡No haya reposo hasta que no arda Francia entera!

Francia, tanto tiempo machacada y sacudida, está quizás á punto de inflamarse. En cuanto al pobre Curtio, no se le tolera ni una palabra en defensa de sus imágenes. Los bustos en cera de Necker y del Duque de Orleans, protectores de Francia, sacados sin pagar de la tienda y cubiertos con negros crespones, son paseados por la multitud como suplicante apelación al cielo, á la tierra, al Tártaro! ¡Un símbolo! El hombre, con sus singulares facultades imaginativas, no puede hacer nada, ó hace muy poco sin un símbolo; los turcos siguen el estandarte del Profeta. El retrato de Necker se ve por doquiera izado en lo alto de las picas.

En esta guisa marcha á través de las calles una abigarrada, chillona, frenética muchedumbre, que crece constantemente, armada con hachas, estacas y objetos mil. ¡Ciérrense los teatros; cesen sobre los pisos de madera ó sobre el verde césped los bailes! En vez de un Sábado cristiano y de fiesta, en los tabernáculos del placer sea este un Sábado de brujas! ¡Y París, hidrófobo, dance con el demonio por gaitero!

Entre tanto, Besenval con su tropa de á pie y á caballo, está en la plaza de Luis XV. Mortales se encaminan á sus hogares al atardecer, pasando por allí

de vuelta de Chaillot ó de Passy, del amor y el vino, con paso más triste que el acostumbrado. ¿Vendrá por este lado la Procesión del Busto? ¡Hela aquí! ¡y he aquí también el Príncipe de Lambesc que carga sobre ella con sus Alemanes Reales! Suenan descargas y llueven sablazos: los bustos ruedan por el suelo; también ¡ay! cabezas humanas. Una Procesión tratada á sablazos no tiene otro recurso que disolverse y desaparecer por calles, callejuelas, avenidas de las Tullerías, por donde pueda. Un hombre desarmado yace inerte, extendido: un Guardia Francés, por el uniforme; cargan con él (ó con el rumor de su muerte) y corren al cuartel ¡en donde hay compañeros del muerto que viven todavía!...

Mas ¿por qué el victorioso Lambesc no carga ahora á través del jardín de Tullerías sobre los dispersos fugitivos? ¿Por qué no muestra también á los paseantes domingueros que por aquel discurren el brillo de los aceros tintos en sangre? ¿Por qué no acomete acción tamaña que seguramente habría de resonar en los oídos de las gentes? Como resonar, resonó; pero de la peor manera. Lambesc, el victorioso en esta su segunda carga, la carga de las Tullerías, consigue tan sólo derribar (no herir, porque los sables daban de plano) á un hombre, un pobre maestro de escuela que por allí transitaba pacíficamente. Se ve rechazado por una barricada de sillas y una lluvia de botellas y de voces graves y agudas que le execran. Delicadísima, en verdad, la posición del represor de motines, pues el demasiado hacer suele ser tan perjudicial como el no hacer bastante. Porque cada una de aquellas voces graves y más todavía cada una de las agudas irán proclamando por la ciudad con dolorida indignación. Toda la noche seguirán resonando. El grito de ¡A las armas! vuela centuplicado; las torres de las iglesias sueltan al declinar el sol la huracanada voz de sus bronce; se entra á saco en las tiendas de los armeros; las calles son un mar espumajante al que todos los vientos azotan.

¡Qué París aquel al llegar la noche! Una ciudad, metrópoli de Europa, súbitamente arrancada á sus viejos hábitos y usos y que tumultuosamente estalla y busca lo nuevo. La Costumbre y la Necesidad no dirigirán ya á nadie; cada hombre, con toda la fuerza de originalidad que posea, empezará á pensar ó seguirá á los que piensen. Setecientos mil individuos encuéntranse de repente con que todas las sendas conocidas se hundan bajo sus pies, con que se borran todas las antiguas formas de hacer ó decir. Y en tal guisa, con terror y estrépito, sin saber cómo, si volando, nadando, ó corriendo, se precipitarán de cabeza dentro de la Nueva Era. Con terror y estrépito; arriba, Broglie, el Dios de la Guerra y las balas rojas de sus cañones; abajo, una taifa salvaje de malhechores que amenazan con puñal y tea. La Locura señorea el instante.

Dejemos á los hombres de lucha, cada partido en las calles que ocupa, montar la guardia toda la noche. Dejemos que París duerma un corto y febril sueño; de vez en vez despertará sobresaltado con su gorro de dormir y prestará, palpitante, el oído al discordante rumor de las Patrullas que pasan.— En las lejanas barreras de la ciudad, resplandores de llamas, arrojan los senos de la Noche.

(Traducción de J. de C.)

## WALTER SCOTT.—LOS PURITANOS DE ESCOCIA

No había luz en el aposento; pero el fuego lo iluminaba bastante para que Morton pudiese conocer, en las lóbregas facciones de sus nuevos compañeros, á muchos de aquellos fanáticos (que se habían opuesto constantemente á todas las medidas de moderación), y particularmente á Efraim Macbriar y al espirituado Habacuc Muchlewiath.

Ellos también conocieron á Enrique, pero nadie le habló una palabra; sólo se podía conjeturar que habían notado su llegada, por las siniestras miradas que de cuando en cuando le arrojaban. Macbriar dirigió una oración al cielo para que el ángel exterminador hiciese caer una lluvia de fuego y de azufre sobre sus perseguidores y los falsos hermanos que los habían vendido.

Morton, viendo que la sociedad donde en mal hora se había introducido, no parecía estar muy dispuesta á favorecerle, pensó en retirarse; pero notó que dos hombres armados se habían colocado delante de la ventana por donde entrara, y juzgó que el partido más prudente era no mostrar temor ni desconfianza.

Una de estas centinelas de mal agüero, acercándose á Cuddy, le dijo en voz baja:

— ¡Hijo de la digna Mausa! no corras á tu perdición, permaneciendo por más tiempo en compañía de un réprobo de Babilonia, cuyos días están contados. Aléjate prontamente ó teme que el castigo del reo no caiga también sobre tu cabeza.

Indicóle al mismo tiempo la ventana, y Cuddy, aprovechándose de este saludable aviso, salió del aposento por esta vía, mucho más listo que entrara.

— Las ventanas no me prueban bien, dijo Cuddy luego que estuvo en el campo. La segunda reflexión que hizo fué por su amo. ¡Le matarían los malvados!... ¡Y se aplaudirían de ello como de una buena acción!... Es fuerza que vaya hacia Hamilton; puede que encuentre alguno de los nuestros que venga conmigo á socorrerle.

Entró en la cuadra, echó mano del caballo que supo encontrar, y tomó á todo correr el camino de Hamilton.

Habiendo Macbriar concluido su oración, y viendo Enrique que nadie le hablaba, siendo así que todos tenían la vista fija en él, resolvió escudriñar sus intenciones.

— Señores, les dijo, mucho extraño el modo con que recibís á uno de los vuestros. Ignoro cómo puedo haberlo merecido.

— ¡Ay de tí!, ¡ay de tí!, exclamó Habacuc; tú eres el cordero cuya sangre ha de rescatar á la posteridad de Abraham; la espada que tú querías romper, te pasará tus ijares; cogedle, atadle, sacrificadle.

Levantáronse muchos de sus oyentes, y Morton tuvo que arrepentirse de su temeridad en haber entrado allí; no llevaba más arma que su sable, y veía que

cada puritano estaba armado con dos pistolas, cuando él había dejado las suyas en la silla de su caballo; no podía esperar, por consiguiente, que la resistencia le librara de sus garras.

La intervención de Macbriar le salvó por un instante.

— Deteneos, hermanos míos, exclamó; no desnudéis el acero con precipitación, no sea que la sangre del inocente recaiga sobre nuestras cabezas. Acércate, dijo á Morton, y respóndeme; queremos oírte antes de vengar la causa á que has sido traidor. ¿No has resistido á la palabra de la verdad con frente de bronce, en todas las sesiones del consejo?

— ¡Sí, sí!, gritaron todos á una.

— Aconsejó la paz con los malvados, dijo otro.

— Habló de tolerancia é indulgencia, dijo otro.

— Ha vendido el ejército de Monmouthaña; dijo un tercero; ha sido el primero en abandonar al valiente Burley, que resistía aún; yo le he visto huir en el campo, mucho antes de haber cesado el fuego cerca del puente.

— Señores, dijo Morton, si habéis resuelto condenarme sin oírme, sois árbitros seguramente de mi vida, pero responderéis ante el tribunal de Dios y de los hombres...

Nueva gritería le impidió continuar.

— Dejadle hablar, dijo Macbriar, sabe el cielo que nuestras entrañas se conmovieron para él, quisimos iluminarle con el celestial resplandor, y siempre cerró los ojos; hacerle oír la verdad, y siempre se tapó los oídos. Habla, ¡oh joven! ¿qué puedes alegar en tu defensa?

Morton, habiendo logrado silencio, explicó los motivos que le condujeron al campo del duque de Monmouth; refirió la conversación que tuvo con él; circunstanció su modo de portarse durante la acción, y concluyó diciendo que si todos hubiesen querido pelear como él, el ejército presbiteriano, en vez de estar disperso y destruido, se hallaría victorioso, ó por lo menos, en estado de obtener ventajosas condiciones de paz.

— ¿Lo oís?, dijo Habacuc: no habla más que de arbitrios humanos; por nada cuenta el auxilio del Altísimo: ¡muera, pues!

— Poco á poco, replicó Macbriar; me resta todavía que hacerle alguna pregunta. ¿No eres tú quien dió la vida y libertad al réprobo Evandale? ¿Miles Belleden y la guarnición de asesinos de su castillo no huyeron por tu medio del filo de nuestros aceros?

— Si son esos los delitos de que me acusáis, dijo Morton, los confieso, y me glorío de ellos.

— ¿Lo oís? continuó Macbriar, ¿y no vendisteis la causa de Israel por una Madianita? ¿no fué por el amor que profesas á Edita Belleden?

— Sois capaces, respondió vivamente Morton, de valorar mis sentimientos para con ella; pero aunque no existiera, me hubiérais visto obrar del mismo modo.

— Eres rebelde á la verdad... pero, libertando así á la vieja Margarita Belleden y á su nieta, ¿no era tu objeto frustrar las sabias miras de Burley, á quien

Basilio Olifante había ofrecido la cooperación de todos sus vasallos, si le ponía en posesión de los bienes de estas dos mujeres?

— Esa es la primera vez que oigo hablar de ese infame proyecto; ¡y os permite vuestra religión echar mano de medios tan viles, tan abominables para!...

— Silencio; no te corresponde á tí enseñar á tus maestros. A más de que ya has confesado bastantes delitos y traiciones para atraer la ira celestial sobre un ejército, aunque fuese más numeroso que los granos de arena en las orillas del mar. No estábamos diciendo con Josué: ¿Por qué Israel ha huído ante el enemigo? Pues al tiempo de proferir nosotros estas palabras has comparecido tú. La providencia te ha puesto en nuestras manos para aplicarte el castigo debido á aquel cuyas iniquidades han hecho llover la ira de Dios sobre su pueblo. Seríamos reos si te perdonásemos la vida. Oyeme con atención: hoy es el día del sábado; no le profanaremos con el derramamiento de sangre; pero luego que este reloj señale la media noche, serás borrado de la lista de los vivientes: aprovechate de los pocos instantes que te quedan, y prepárate para la eternidad... Hermanos míos, prendedle y apoderaos de sus armas.

La orden fué tan rápidamente ejecutada por los que se hallaban inmediatos á Morton, que se vió desarmado antes que hubiese podido ponerse en defensa.

Siguióse á este acto un silencio profundo y feroz. Aquellos fanáticos se colocaron alrededor de una mesa, y mandaron sentar en ella á Morton de modo que tuviese siempre á la vista el reloj que señalaba los minutos que restaban á su existencia.

Trájose la cena, y ofrecieron su ración á Enrique: pero ya se deja conocer que en situación tan apurada no era lo que más le llamaba la atención la necesidad de satisfacer el apetito. Los ojos de los circunstantes se encaminaban de cuando en cuando á la manecilla del reloj, y los de Morton tomaban á menudo la misma dirección.

Concluída la cena, el frenético Habacuc, levantándose repentinamente, gritó como inspirado:— El sol, á la voz de Josué, se detuvo una vez para completar la destrucción de los enemigos de Israel; mi mano acelerará el curso de las horas para afianzar el castigo del impío.

Y apoderándose al momento de una silla, subió en ella, y alargó la mano para colocar la manecilla del reloj en la hora fatal, cuando uno de sus compañeros le detuvo.

— ¡Silencio, Habacuc! siento ruido.

— Es el viento que agita los brezos, dijo otro.

— Es el murmullo de un arroyo que pasa cerca de aquí, añadió un tercero.

Esto es caballería, no hay duda, pensó Morton: quiera Dios que sean mis libertadores.

El ruido iba á más por momentos.

— ¡Son caballos! exclamó Macbriar, ¡ved que novedad es esa!

— ¡Son enemigos! gritó uno que acababa de abrir una ventana para salir de la duda.

Las voces de los hombres y los relinchos de los caballos se oyeron entonces cerca de la casa.

Todo el mundo se puso en movimiento, unos para defenderse, y otros para escaparse: forzaronse al mismo instante las puertas y las ventanas, y aparecieron en la sala dragones del regimiento de guardias.

— ¡Fuego á los rebeldes! gritó una voz bien conocida de Morton, pues era la del coronel Claverhouse; ¡mueran todos! ¡acordáos de Graham!

Tiráronse á la vez muchos pistoletazos; á la primera descarga, uno de los puritanos, que se hallaba al lado de Enrique, recibiendo una herida mortal, cayó encima de él y le arrastró en su caída. Este accidente salvó seguramente la vida á Morton, que hubiera corrido grandes riesgos en un combate nocturno que duró cuatro ó cinco minutos, sin más luz que el fuego de la chimenea. En este corto intervalo menudearon los sablazos por entrambas partes. Luego que los dragones fueron dueños del campo de batalla:

— ¿El preso que custodiaban esos miserables se ha salvado? preguntó el coronel. Búsquesele, y despachad al mismo tiempo á ese pícaro, cuyos ayes me incomodan.

Ambas órdenes fueron ejecutadas: remataron á un herido; y Morton, desembarazado del cadáver que tenía encima, pudo levantarse auxiliado de su fiel Cuddy, que no cabía en sí de gozo, cuando se hubo asegurado de que la sangre de que estaba su amo cubierto no era la de sus venas, y se dió prisa á enterarle á media voz de lo que había ocasionado que llegase el destacamento en hora tan oportuna.

— Mientras iba en busca de algunos soldados de nuestra división para arrancaros de las manos de esos pícaros, le dijo, he topado con la partida que manda Claverhouse, y hallándome como quien dice entre dos zanjas, me he echado en la menos profunda. Referíle lo que acababa de suceder, y habiéndome mandado acompañarle aquí, he obedecido sin chistar, porque ya debe de estar cansado de degollar gente toda la noche, fuera de que no ignoro que vos salvásteis la vida á Lord Evandale; y los dragones me han dicho también que el duque da cuartel á cuantos lo pidan. Así, pues, ¡ánimo! que todo pasará en bien.

(Traducción de L. N.)

## GUILLERMO M. THACKERAY.—PENDENNIS

### De cómo un primer amor puede interrumpir un almuerzo.

En una hermosa mañana y en plena *season* de Londres, salió de su casa el comandante Arturo Pendennis, dirigiéndose á tomar su desayuno en un cierto Club de la calle de Pall Mall, del cual era el Comandante el principal ornamento. El Comandante hace su aparición, invariablemente, á las diez menos cuarto: lleva las botas mejor lustradas de Londres, una estirada corbata escocesa, cha-



leco de ante que ostenta en los botones la corona del Soberano, y luciente camisa, tan tersa é inmaculada, que el mismo Brummel había indagado las señas de la planchadora, de quien seguramente hubiera llegado á ser parroquiano, á no haberse visto el grande hombre forzado á huir de su patria. Las levitas de Pendennis, sus guantes blancos, su barba, hasta su bastón hacían de él el prototipo del militar retirado. Visto á cierta distancia, le habríais tomado por un hombre de treinta años; una investigación menos remota descubría la índole artificial de sus abundantes cabellos negros, y algunas patas de gallo en la vecindad de los ojos que se abrían algo marchitos ya en el varonil y jaspeado rostro. Su nariz tenía el corte de la de Wellington. Sus manos y los puños de su camisa eran largos y extremadamente blancos. En los últimos lucía ricos gemelos de oro y en las primeras más de una elegante sortija, entre las que se destacaba una muy gruesa ennoblecida con el escudo de armas de los Pendennis.

Sentábase siempre en la misma mesa, en el mismo rincón del salón, sitio cuya posesión no osaba disputarle nadie. De él trataron de privarle, al principio, uno ó dos socios imprudentes, mas fué tal la imponente dignidad con que el comandante se sentó en una mesa inmediata é inspeccionó á los intrusos, que les fué imposible permanecer sentados y concluir el desayuno bajo la influencia de aquella mirada. Y desde entonces, la mesa situada cerca de la chimenea y próxima á una ventana, quedó por suya.

Sobre ella, en espera de su llegada, le colocaban su correo que provocaba por el número, blasones y sellos de las cartas, la admiración de más de un joven debutante en sociedad. En toda discusión sobre etiqueta, salones, quién se casó con quién, edad del duque tal, se apelaba siempre á Pendennis. Marquesas solían dejarle tarjeta en el club ó llevarse en sus coches. La gente joven gustaba de pasearse con él del brazo por el Parque ó Pall Mall arriba y abajo, pues á todo el mundo daba sombrero y á cada dos pasos se tropezaba con un lord amigo.

Sentóse, pues, aquel día el Comandante en su acostumbrada mesa, y en tanto que le traían sus tostadas y su periódico, leía con la ayuda de los lentes engastados en oro el montón de cartas, que apilaba ordenadamente después de leídas.

Había tarjetas de invitación á comidas que sugerían la idea de muchos platos y pesadísima conversación; diminutas confidenciales esquelas, que transcendían á manos femeninas; en espeso papel ministerial una nota del Marqués de Steyne convidándole para una partida de caza en Richmond: otra del Obispo de Ealing y de la señora de Trail, solicitando el honor de su compañía en Villa-Ealing. Todas fueron leídas por Pendennis con aire de satisfacción, tanto mayor, cuanto que el Comandante sabía que Glowry, el cirujano escocés, le estaba mirando y reconcomiéndose al verle recibir tantas invitaciones, mientras que á él, á Glowry, nadie pensaba en convidarle.

Terminada la lectura, el Comandante sacó su cuadernillo de notas para ver los días que le quedaban libres y cuáles de aquellos agasajos aceptaría ó debía declinar.

Despreció el de Cuttler, Director de la Compañía Oriental de la India por el de Lord Steyne; aceptó el del Obispo (la comida sería pesada, pero le gustaba comer con Obispos); y así fué combinando su plan á medida de su interés ó de su capricho.

Se sorbió el desayuno mientras leía en el periódico *los muertos*, los nacimientos y las noticias de sociedad, para ver su nombre entre los asistentes al baile de Lord Fulano, y en los intervalos, conversaba con la gente conocida que veía en el comedor.

De las cartas que aquella mañana formaban la ración epistolar del Comandante, sólo una quedaba por leer, y separada de las elegantes epístolas de Londres, yacía con un sello provinciano solitaria sobre la mesa. En el sobre, de una letra de trazo femenino y delicado, había la bella mano de la amanuense escrito: "Urgente", á pesar de lo cual, el Comandante, por razones que él se sabía, había desdeñado hasta aquel momento á la humilde y rural solicitante, quien seguramente, no se imaginaría que su voz iba á resonar entre la de tantos y tan encoquetados personajes. El hecho era que aquella carta provenía de una hermana de Pendennis, y que mientras éste recibía y despedía las visitas epistolares de sus amigos ilustres, la paciente carta provinciana permanecía en la antesala esperando larguísimo tiempo el momento de ser recibida en audiencia.

Llegó al cabo su turno, y el Comandante rompió el sello de lacre en el que se leía: "Fairoaks", y el sello del correo que rezaba: "Santa María de Clavening". Era una carta doble, y el Comandante comenzó la lectura por la que aparecía envolviendo á la otra.

"¿Otra carta?", masculló para sus adentros Mister Glowry. "¡Pendennis no va hoy á acabar nunca, creo!"

"Mi querido Pendennis", decía la carta; "te pido é imploro que vengas *inmediatamente*"; en eso estoy pensando, se decía Pendennis, y como hoy con Steyne... "Me hallo sumida en la mayor perplejidad y congoja. Mi hijo más querido, y que ha sido hasta ahora el hijo mejor que la madre más exigente podría desear, se comporta conmigo horriblemente. Ha contraído..., no me atrevo á escribirlo..., no diré una pasión... un capricho... — El Comandante torció el gesto — "por una actriz que representa aquí ahora. Ella es unos doce años más vieja que Arturo, quien no cumplirá los dieciocho hasta Febrero próximo, y el extrañado muchacho insiste en casarse con ella."

"¡Hola! ¿Por qué Pendennis, suelta tacos ahora?" — se preguntó á sí mismo M. Glowry, viendo pintarse en la boca de Pendennis el asombro y la ira á medida que iba leyendo la estupenda noticia.

— "Ven, amigo mío," — continuaba la pobre señora — "ven en seguida que recibas ésta; como tutor de Arturo, amenaza, ordena á este niño que desista de su deplorable resolución". Seguía sus exhortaciones sobre lo mismo, y la escritura terminaba firmando "tu infeliz, afectísima hermana, Elena Pendennis."

"Fairoaks, jueves" — murmuró el Comandante leyendo las últimas palabras de la carta; — un recondenado negocio es ir á Fairoaks, el jueves; veamos lo que dice el rapaz" — y abrió la otra carta escrita con letra grande y sellada con el

sello más grande usado por los Pendennises, mayor todavía que el del Comandante, y con suplementos de lacre desparramados alrededor del sello en señal de la trémula agitación con que había sido puesto.

La epístola decía así:

“Mi querido tío: al informar á usted de mis relaciones con Miss Costigan.....

.....  
.....  
La cara del Comandante, al concluir la lectura de esta carta, asumió tal expresión de horror y de ira que Glowry, el cirujano se tentó el bolsillo buscando la lanceta, que siempre llevaba en su cartera, pues creyó que á su respetado amigo le iba á dar un ataque. En verdad que la noticia había trastornado á Pendennis. ¡La cabeza de los Pendennises pronta á casarse con una actriz diez años más vieja; el testarudo chiquillo dispuesto á lanzarse en el matrimonio! “La madre le ha echado á perder á ese tunante”, gruñó para sus adentros el Comandante; “con su maldito sentimentalismo y sus majaderías románticas. ¡Mi sobrino casado con una reina de tragedia! No, no; muchas gracias. Las gentes se burlarían de mí en tales términos que no me atrevería á presentarme en ninguna parte.” Y la idea le vino, como un calambre, de que tenía que renunciar al banquete de Lord Steyne en Richmond, y que aquella noche, en vez de encontrarse placenteramente, como tenía proyectado, entre lo mejor y más agradable de la sociedad de Inglaterra, la iba á pasar en una abominable y estrecha diligencia.

(Traducción de J. de C.)

## CARLOS DICKENS.-OLIVERIO TWIST

Habría transcurrido escasamente un cuarto de hora desde que Oliverio franqueara la entrada del asilo de mendicidad, después de dar un segundo mordisco á su rebanada de pan, cuando el señor Bumble, que le había confiado en manos de una anciana, volvió á decirle que era día de consejo, y que este le mandaba presentarse.

Oliverio no tenía una idea exacta de lo que era un consejo, y quedó muy admirado al oír semejante noticia, no sabiendo bien si debería reír ó llorar, pero el señor Bumble no le dejó tiempo para entregarse á sus reflexiones. Dióle con su bastón un pequeño golpe en la cabeza para que estuviese atento, y después de mandar que le siguiera, condújole á una habitación donde se hallaban sentados alrededor de una mesa ocho ó diez señores muy gruesos, presididos por otro de notable corpulencia, y de cara redonda y colorada, que ocupaba un sillón más elevado que los demás.

— Saludad al consejo, dijo Bumble.

Oliverio enjugó dos ó tres lágrimas que rodaban por sus mejillas y saludó á la mesa del consejo.

— ¿Cómo os llamáis, niño? — preguntó el señor que ocupaba el sillón.

Oliverio tuvo miedo á la vista de tantos señores, y permaneció mudo, visto lo cual, aplicóle el bedel un golpe en la espalda que le hizo llorar, obligándole á responder, aunque con voz temblorosa.

Entonces uno de aquellos señores, que llevaba chaleco blanco, dijo que era un idiota, medio excelente para animar al chico y serenarle.

— Escuchadme, niño, continuó el presidente; ¿supongo que sabréis que sois huérfano?

— ¿Qué quiere decir eso? — preguntó el pobre Oliverio.

— Ese muchacho es idiota; estaba seguro de ello, — dijo el señor del chaleco blanco con tono breve.

— ¡Chut! hizo el que había hablado primero, y dirigiéndose de nuevo al niño continuó.

— Sabéis que no tenéis padre ni madre y que os han criado á expensas de la parroquia, ¿no es verdad?

— Sí señor, — contestó Oliverio llorando amargamente.

— ¿Por qué lloráis, pues? — preguntó el del blanco chaleco.

Esto era, en efecto, muy extraordinario; ¿por qué había llorado el chico?

— Supongo que rezáis todas las noches, dijo otro de aquellos señores con tono enfático; y que como buen cristiano rogaréis en vuestras oraciones por aquellos que os alimentan y os cuidan.

— Sí, señor; balbuceó Oliverio.

El que acababa de hablar tenía razón; era necesario, en efecto, que Oliverio fuese un buen cristiano, ó mejor dicho, un cristiano modelo, para rezar por aquellos que le alimentaban y cuidaban; pero no lo hacía porque no sabía rezar.

— Muy bien, dijo el presidente; se os ha traído aquí para recibir educación y aprender un oficio útil.

— Así es, que mañana á las seis, comenzaréis á cardar estopa, dijo el del chaleco blanco.

Hacer á Oliverio cardar estopa, era combinar á la vez de una manera muy sencilla los dos beneficios que se le concedían; el niño reconoció lo uno y lo otro por un profundo saludo que le mandó hacer el bedel; después de lo cual, lleváronle á una gran sala del hospital, donde sobre una cama muy dura se durmió sollozando; prueba notable de la dulzura de las leyes de nuestro feliz país, que no impiden dormir á los pobres.

¡Pobre Oliverio! Dormía tranquilo, y en la feliz ignorancia de lo que pasaba á su alrededor, estaba muy lejos de pensar que aquel día mismo el consejo había tomado una resolución que debía ejercer en su destino ulterior una influencia irresistible; pero la resolución estaba tomada, y he aquí cuál era.

Los miembros del consejo de administración eran hombres eminentemente sabios, y dotados de una filosofía profunda; fijando su atención en el asilo de mendicidad, echaron de ver, ó mejor dicho, descubrieron de pronto, lo que espíritus vulgares nunca hubieran notado; esto es, que los pobres gozaban.

El asilo de mendicidad era para la clase pobre un lugar de recreo, una fonda donde no era necesario pagar, y donde durante todo el año se tenía gratis el almuerzo, la comida, el te y la cena; aquello era una verdadera Jauja, un verdadero Elíseo de mampostería, donde todo era divertirse sin trabajar.

— ¡Oh! ¡oh! — se dijo el consejo con aire perspicaz; nosotros somos hombres que pondrán las cosas en orden, haciendo que cese todo esto muy pronto. Y tras esta esta reflexión sentaron como principio que los pobres podrían elegir (pues á nadie se le obligaba, téngase bien entendido) entre morir de hambre lentamente si permanecían en el asilo, ó de repente si salían de él.

Al efecto hicieron un ajuste con la administración de las aguas para obtener cantidad ilimitada de dicho líquido y se convinieron asimismo con un expendedor de trigo para que suministrase en períodos determinados una corta cantidad de harina de avena. Hecho esto concedieron á cada individuo tres ligeras raciones por día de puches muy claros, una cebolla dos veces á la semana, y medio pan todos los domingos. Con respecto á las mujeres se tomaron igualmente otras muchas disposiciones, sabias y humanas, que sería inútil mencionar. Ultimamente, acordaron también, en su infinita bondad, separar por una especie de divorcio á los pobres casados, lo cual les evitaba los gastos enormes de un proceso ante el tribunal eclesiástico; y en vez de obligar al marido á sostener á la familia con su trabajo, le separaban de ella, convirtiéndole en célibe.

Es indudable que muchos hombres, en todas las clases de la sociedad, hubieran aprovechado gustosos estas dos ventajas, pero los individuos del consejo, como hombres previsores, obviaron la dificultad; para disfrutar de estos beneficios era necesario vivir en el asilo y alimentarse con puches, cosa que naturalmente asustaba á las gentes.

Seis meses después de la llegada de Oliverio Twist al hospicio, el nuevo sistema estaba ya en pleno vigor. Al principio fué un poco costoso, pues hubo que pagar más al empresario de las pompas fúnebres, así como también al sastre, por estrechar los vestidos de los pobres, adelgazados y reducidos á nada después de una semana ó dos de alimentarse con puches; pero el número de los habitantes del asilo de mendicidad disminuyó de una manera notable, y los administradores estaban sumamente complacidos.

El comedor de los niños era una gran sala, al extremo de la cual veíase una enorme caldera, junto á la que, ayudado por dos mujeres, el jefe del hospicio, cubierto con un gran delantal, repartía los puches á la hora de comer. Cada niño recibía una pequeña escudilla llena, pero nunca más, excepto los días de fiesta, en que se les daba sobre esto dos onzas de pan. Por lo que hace á las escudillas, no era necesario lavarlas, pues los niños las pulimentaban con sus cucharas hasta dejarlas brillantes, y al terminar esta operación, que nunca era larga, por ser las cucharas tan grandes como las escudillas, quedábanse contemplando la caldera con ojos tan ávidos, que parecían devorarla con sus miradas. Los chicos tienen por lo regular un apetito excelente: Oliverio y sus compañeros sufrieron durante tres meses las torturas de una lenta consunción, y el hambre concluyó por extraviarles, hasta el punto que un muchacho, grande ya por

sus años, y poco conforme con semejante existencia, dió á entender á sus compañeros, que si no le aumentaban la ración diaria, acabaría por devorar una noche al niño con quien se acostaba, que era muy joven y débil.

Al hablar así, tenía los ojos extraviados y la faz hambrienta; sus compañeros le creyeron, y en consecuencia procedióse á deliberar, resolviéndose al fin que se echarían suertes para saber quién iría aquella misma noche á la hora de cenar á pedir al jefe una ración más que la de costumbre. La suerte recayó en Oliverio Twist.

Llegada la noche, los niños ocuparon sus puestos; el jefe del establecimiento, con su traje de cocinero, se hallaba delante de la caldera; sirviéronse las puches; pronuncióse un largo *benedicite*, y poco después terminó la cena. Entonces los chicos comenzaron á cuchichear haciendo señas á Oliverio, y los que estaban más cerca le empujaron por el codo. Por niño que fuese, el hambre le había exasperado, haciéndole indiferente á todo el exceso de la miseria: dejó, pues, su puesto, y adelantándose con la escudilla en una mano y la cuchara en la otra, dijo, asustado de su propia temeridad:

—Hacedme el favor de dar un poco más si gustáis.

El jefe, hombre grueso y rechoncho, se puso pálido: estupefacto por la sorpresa, miró varias veces al pequeño rebelde, y apoyándose después sobre la caldera, quedóse mudo de estupor. Las mujeres que le ayudaban estaban embargadas por el asombro, y los niños por el temor.

—¿Qué decís? dijo al fin el jefe con voz alterada.

—Que quisiera un poco más, si gustáis, contestó Oliverio.

El jefe dirigió su cuchara á la cabeza de Oliverio, estrechóle después entre sus brazos, y llamó á gritos al bedel.

El consejo se hallaba en sesión solemne cuando Bumble fuera de sí, se precipitó en el salón, y dirigiéndose al presidente le dijo:

—Señor Limbkins, dispensad si os interrumpo: sabed que Oliverio Twist ha pedido más.

El asombro fué general; pintábase el horror en todos los semblantes.

—¿Que ha pedido más? murmuró el señor Limbkins: calmaos, Bumble, y contestadme claramente. ¿Queréis decir que ha pedido más ración después de comer la señalada por el reglamento?

—Sí, señor; replicó Bumble.

—Ese niño se hará ahorcar, dijo el señor del chaleco blanco; sí, ese niño se hará ahorcar.

Ninguno contradujo aquel pronóstico: entablóse entonces una discusión muy acalorada; Oliverio fué encerrado en un calabozo, y al día siguiente, un anuncio fijado en la puerta ofrecía una recompensa de cinco libras esterlinas al que quisiera desembarazar á la parroquia de Oliverio Twist. O en otros términos, se ofrecían cinco libras y la persona de Oliverio á cualquier hombre ó mujer que necesitase algún aprendiz para cualquier oficio ó industria, fuera la que fuese.

—En mi vida he estado tan seguro de una cosa, decía el señor del chaleco

blanco, llamando á la puerta al día siguiente y al leer el anuncio: en mi vida he estado tan seguro de una cosa, y es que ese muchacho se hará ahorcar!

Como me propongo dar á conocer en el curso de esta historia si se cumplió ó nó el pronóstico del señor del chaleco blanco, no dejaré saber desde luego á mis lectores si la vida de Oliverio Twist tuvo tan terrible desenlace, pues esto sería despojar de un golpe á mi narración del interés que pudiera tener.

*(Traducción de E. Leopoldo de Verneuil.)*

## LORD BYRON.—OSCAR DE ALBA

¿Dónde estáis, héroes de Alba? Marcial canto  
No atruena ya la bóveda sonora;  
La enlutó el tiempo con su negro manto  
Y el silencio sombrío en ella mora.

¿Por qué festones pálidos de yedra  
Son de esos muros las marchitas galas?  
¿Por qué, cual genio de animada piedra,  
Gimen, si bate el huracán las alas?

Cuando el viento del mar silba bravío,  
Ronco fragor, cual eco de una tumba,  
Exhala el seno del torreón vacío  
Y en las bóvedas lóbregas retumba.

¿Oís? De la tormenta al golpe rudo  
Resuena en su interior largo lamento,  
Y al agítar de Oscar el férreo escudo,  
Ay, de intenso dolor suspira el viento.

Llora, porque no riza su bandera  
Sobre la excelsa cumbre del peñasco,  
Ni al negro airon de la gentil cimera  
Hace besar el argentino casco.

Risueño fué de Oscar el primer día;  
Ango, su padre, le estrechó en sus brazos;  
Diz que llorar le vieron de alegría;  
¡Tan dulces son de un hijo los abrazos!

Pendones despleaban los donceles,  
Lucía en el alcázar regia pompa;  
Y el pueblo oyó de los heraldos fieles  
Convocar al placer la áspera trompa.

Y al escuchar el bélico sonido  
Un anciano exclamó: "Bendita sea  
La señal: es soldado el que ha nacido;  
Ese són es el són de la pelea".

Huyó un año: en los góticos torreones  
La trompa resonó: meció la brisa  
Otra vez oriflamas y pendones;  
Ango vió de otro hijo la sonrisa,  
Y huyó el tiempo otra vez. Ango dichoso  
Vió crecer con sus hijos su esperanza;  
Les vió domar al potro caprichoso,  
Les vió blandir la poderosa lanza,  
Y fué feliz mirando en la pradera  
Desparecer, cual rayo, sus corceles  
Tras ágil ciervo, en rápida carrera,  
Dejando atrás podencos y lebreles.

Aún gozaban los juegos de la infancia  
Y el guerrero laurel ciñó su frente;  
Pintada estaba en ella la arrogancia  
Y la osadía en su mirada ardiente.

De Oscar la negra y crespa cabellera  
Flotaba al soplo de la inquieta brisa:  
Cual los rayos del sol la de Alan era,  
Irónica y amarga su sonrisa.

El corazón de Oscar puro, radiante,  
Reflejaba su luz en la mirada;  
La de Alan era fría, penetrante;  
Sus palabras, de miel emponzoñada.

Y ambos eran valientes: los Sajones  
Temblaron de su espada á los destellos;  
Oscar nunca temió á sus campeones,  
Pero, vencidos, apiadóse de ellos.

Jamás Alan, así como se lanza  
Sobre espantadas aves el milano,  
Voló rápida siempre su venganza,  
Y el vencido infeliz le imploró en vano...

Bella, como las luces de la aurora,  
Como la estrella de la tarde, pura,  
Angel de amor y de inocencia, Mora  
Ostentó un día en Alba su hermosura.

Del feudo de Kennetl, rica heredera,  
Todos ansiaban obtener la mano  
De la virgen de blonda cabellera,  
Y á la de Oscar la unió su padre anciano.

¿No oís que entonan cánticos nupciales  
Los sacerdotes en solemne coro?  
¿Las damas no miráis con ricos biales,



Mantos de blanco armiño y broches de oro?

¿No véis centellear ferradas cotas,  
Y el sol que en los broqueles se retrata,  
Y el vaivén de fantásticas garzotas  
Sobre los cascos de bruñida plata?

Mas no brillan las lanzas; los aceros  
Del rico cinturón penden ociosos:  
Los sones que escucharon los guerreros  
Son del festín los ecos clamorosos.

¿Y Oscar? ¿No oyó la música sonora?  
Ya el ardiente licor hierve en los vasos;  
Vuelvan las risas y el placer... ¡La hora!  
¿Y Oscar?... ¡Ah! Ya llegó; suenan sus pasos.

¡Oh! ¡no es él! Es su hermano. Conmovido  
Ango, ¿Do se halla Oscar, le dice, dónde?  
Sentándose al banquete. ¿No ha venido?...  
"No le he visto en la caza", Alan responde.

"Quizás ligero gamo herir anhela  
De la vecina selva en la espesura,  
O en ligero bajel, suelta la vela,  
Rasga de las gaviotas la llanura."

Ango, temblando exclama: "De mi lado  
No le apartan las olas ni la caza;  
¿Quién detiene á un esposo enamorado  
Si de aquí el corazón no le rechaza?

Guerreros, devolvedme al hijo mío;  
Y tú también, Alan, corre á la selva,  
Las montañas cruzad, el bosque, el río;  
No volváis á mi alcázar sin que él vuelva."

Dijo; al momento servidores fieles  
Se pierden en las crestas de los montes  
En la extensa llanura los corceles,  
Las naves en lejanos horizontes.

¡Oscar! ¡Oscar! ¡Oscar! murmura el viento,  
Y ¡Oscar!, repite, ¡Oscar! la selva umbría:  
Si se apaga la luz del firmamento  
Cien antorchas esparcen nuevo día.

La noche triste, lúgubre, callada,  
De ¡Oscar! al grito agudo se estremece;  
Lo escucha al sonreirse la alborada,  
¡Y Oscar á sus destellos no aparece!...

.....

Cual iris en las nieblas de su invierno,  
El bello Alan fué su única ventura,  
Y el corazón de Mora, dulce y tierno,  
Palpitó, al arrullar de su ternura.

Sintió del joven los cabellos de oro  
Besar jugando su nevada frente;  
Y exclamó, de amor trémula: "¡Te adoro!"  
Y la imagen de Oscar surgió en su mente.

Aquel recuerdo heló su primer beso;  
Pero luego en su ausencia soñó agravios,  
Y miró al bello Alan, y en su embeleso  
Huyó otro beso de sus dulces labios.

Vió la pasión de Alan el triste anciano  
Con júbilo, y le dijo: "Si demora  
Su vuelta un año más tu pobre hermano,  
Al sacro alta: conducirás á Mora,"...

¡Qué lento el tiempo va, día tras día,  
Cuando sus horas cuentan los amantes!  
Mas sonrío en sus rostros la alegría...

¿Llegaron ya los plácidos instantes?  
¿No escucháis otros cánticos nupciales  
Resonar en los góticos torreones  
Y festivos clarines y atabales  
Henchir el viento de acordados sonos?

¿Al rojizo fulgor de cien hogueras  
En los extensos patios del castillo  
Las serranas no véis danzar ligeras  
Al compás del alegre caramillo?

Celebran el amor y los festines  
En el regio salón de trovadores;  
Beben y ríen bravos paladines  
Y les arrojan las doncellas flores.

Pero ¿por qué tan misteriosas tiende  
Aquel triste guerrero sus miradas?  
Las clava en el hogar, y en él enciende  
Sulfurosas y azules llamaradas.

En sus pliegues le encubre negro manto,  
Rojo penacho al yelmo presta sombra;  
Ronca es su voz, cual eco sin encanto;  
Nadie escuchó su pie sobre la alfombra.

Suenan las doce. Al choque estrepitoso  
De los vasos, en báquica alegría,  
Locos celebran al feliz esposo

Los brindis del placer y de la orgía.

De súbito el incógnito atraviesa  
El poblado salón; de ansiedad lleno  
Ango lo mira y tiembla: el canto cesa,  
Y palpita de Mora el blanco seno.

“— Anciano, exclama, al venturoso amante  
Aplaudid y cantad: yo no me opongo;  
Por él vacié mi copa rebosante,  
Pero á mi vez un brindis os propongo.

„Mientras canta de Alan la dulce gloria  
La loca muchedumbre conmovida,  
¿Nadie enluta, oh anciano, tu memoria?  
¡Hasta tu padre, pobre Oscar, te olvida!

„— ¡Ay!, respondió, y humedecía el llanto  
El rostro del anciano dolorido;  
Extranjero, ¡he sufrido tanto, tanto!  
Murió mi Oscar, ó de su padre ha huido.

„Desde su muerte ó su ignorada fuga  
He arrastrado tres años de agonía,  
¡Y hoy cuando Alan mis lágrimas enjuga,  
Apagáis este rayo de alegría!

„— Está bien, dice (y el fulgor incierto  
Del relámpago brilla en su mirada),  
¿Quién sabe si el que lloras aún no ha muerto?  
¿Quién sabe do se oculta su morada?

„No llores, pobre padre, su partida:  
Su peregrinación no será eterna;  
¡Oh! si escuchase vuestra voz querida,  
Quizás tornara á la mansión paterna.

„Llenad las copas de espumoso vino  
Vosotros, sus antiguos compañeros;  
Cualquiera que haya sido su destino,  
Por un héroe brindad, nobles guerreros.”

“— Yo el primero seré, dijo el anciano;  
Nadie podrá igualar su bizarría.”  
Y levantó con temblorosa mano  
El vaso, do una lágrima caía.

“— ¡Buen brindis, vive Dios! Joven esposo,  
¿La copa no apuráis? ¿Turba la gloria  
Que hoy os brinda el destino venturoso  
De vuestro pobre hermano la memoria?,”

En el rostro de Alan frío se apaga  
De la fiebre el ardor; fúnebre vela  
Pasma de muerte su mirada vaga,

Y el sudor en su frente se congela.

Tres veces levantar el vaso intenta  
Y tres veces lo aparta de su boca,  
Pues su mirada fija, macilenta,  
Otra mirada audaz reta y provoca.

“ -- Joven, ¿lloráis?... ¿Recuerdos de ternura  
Vuestro sensible corazón oprimen?  
Os infunde el cariño gran pavora;  
¡Mas no temblaréis á la voz del crimen!..”

Estremécese Alan á esta ironía,  
Y “¡Ojalá, exclama, mi querido hermano,  
Gozar aquí pudieras mi alegría!...”  
Y tiembla y cae la copa de su mano.

“ -- ¡Aquí estoy! grita súbito un fantasma.  
¡Asesino! ¡Te oí desde la tumba!..”  
Relámpago veloz á todos pasma  
Y “¡asesino!..” la bóveda retumba.

Apágase en las lámparas la lumbre;  
Desparece el fatídico embozado,  
Y mira en su lugar la muchedumbre  
Espectro que se hiergue agigantado.

Alzase negro airón en su celada;  
Mancha la sangre su desnudo pecho;  
Fija, cual de la muerte, es su mirada;  
Su sonrisa, de orgullo satisfecho.

Mira á sus pies á su rival tendido,  
Y luz siniestra en sus pupilas brilla;  
Sarcástico sonríe, y conmovido  
Ante el anciano dobla la rodilla.

El soberbio castillo se extremece;  
Retumba trueno lúgubre en sus salas;  
Brilla un rayo; el espectro desaparece  
Del huracán en las potentes alas.

Cesa el banquete; muere la alegría,  
Ango la vista con mortal desmayo  
Tiende, y arroja un grito de agonía,  
Y cae, cual si lo hubiera herido el rayo.

Y en sí vuelve y exclama: ¿Desvarío?...  
¡El fantasma!... ¿Soñaba? ¿Estoy despierto?...  
Socorred, socorred al hijo mío...  
Inútil socorrerle; ¡estaba muerto!

Entre rocas del mar en la ribera  
Pereció el noble Oscar abandonado;

Rizaba el huracán su cabellera  
Y las plumas de un dardo ensangrentado.  
¡Era el dardo de Alan! Armó su brazo  
La ambición, que guió aquella saeta;  
La envidia rodeó con torpe lazo,  
Como á la flor la oruga, su alma inquieta.  
Negra garzota ondea sobre un casco  
Y la flecha veloz el aire corta;  
Cae al suelo el airón, mancha el peñasco  
¡Sangre! ¡sangre de hermano! mas ¿qué importa?  
¿Qué importa, si de Mora vió los ojos  
Y la amó, y humillado vió su orgullo?  
¡Ay! ¿por qué ocultará tantos abrojos  
La flor de amor en cándido capullo?  
.....  
Tras denso velo de la niebla obscura,  
De la tarde á los vagos resplandores  
Se ve en el valle humilde sepultura:  
¡Ese es de Alan el tálamo de amores!

*(Traducción de D. Teodoro Llorente.)*

## GUILLERMO WORDSWORTH.-VIAJE

¿Hacia qué lueñas tierras volará aquella nave?  
ligera cual la alondra al despuntar el día  
¿orienta de sus velas la cándida alegría  
hacia el trópico ardiente ó hacia el polo? ¡Quién sabe!  
¿Y qué importa? Dejádla que el mar su quilla cave;  
ni amigos, ni enemigos le estorban la ancha vía  
que surcará segura, con la amorosa guía  
del viento que la empuja, ligera como un ave:  
Mas dó va yo quisiera indagar con certeza,  
porque evitar no puedo ¡oh nave! aunque me afano  
que al agitarla en guisa de adios, tiemble la mano,  
y que el alma, invadida de inefable tristeza,  
contemple con pavura callado al viejo Oceano  
que tus costados bate con juvenil fiereza.

*(Traducción de J. de C.)*

## PERCY BYSSHE SHELLEY.-LAON Y CYTHNA

### CANTO X

Aquel Tirano maldito supo traidoramente enmascarar con mentiras su semblante. En el mismo instante en que se libró de la muerte, por todo el globo terráqueo, con signos secretos hechos en las mil atalayas de las montañas, con humo por el día, con fuego por la noche, llamaba hacia sí las fuerzas de los reyes y de los sacerdotes, negros conspiradores, que abrazaron como suya la causa del Tirano y semejantes á lobos y sierpes, juraron con ritos aborrecidos de la tierra y del cielo una extraña tregua á sus guerras intestinas.

Miles y miles habían llegado: millones se hallaban en camino. El Tirano pasaba, rodeado por los aceros de los disfrazados asesinos, al través de la vía pública, obstruida por los muertos súbditos de él. Sus pies se escurrían en la sangre fresca... Iba sonriente. — ¡Ah! — dijo — ahora es cuando siento de veras que soy rey. — Y se sentó en la sede real é hizo llevar la rueda para el tormento y el fuego y las tenazas y los garfios y los escorpiones, todo cuapto su alma pudo inventar para verse.

— Ante todo, marchad, degollad á todos los rebeldes... ¿Por qué tornan las partidas victoriosas? — dijo — aún hay millones de ellos vivos y el más endeble, aun con una sola palabra, podría hacer vacilar la balanza de la victoria en su favor; que no sobreviviera uno solo, salvo los que están encarcelados: de éstos, uno por cada cinco pagará con su vida. Andad, marchad, destruid, asolad, matad... — ¡Oh, rey! — dijo un soldado, — perdonadme que ose alzar la voz; pero tenemos miedo de los espíritus de la noche y el alba no tardará en aparecer.

Porque estábamos matando y matando sin piedad ni reparo y yo tenía tendido á mis pies inerme al terrible jefe cuando, cabalgando un corcel negro como el infierno, un angel relumbrante como el sol, blandiendo una antorcha que en medio de las estrellas flameaba, pasó y... — Miserable, ¿te atreves á replicarme? — repuso el rey. — Esclavos, atadle á la rueda, y aquel de vosotros que me traiga á la mujer que ha aterrorizado á este malsín podrá quemar al lado de él á su más caro enemigo...

Y el oro y la gloria le pertenecerán. Andad, corred. — Precipitáronse todos por el llano. Terrible estruendo movían con sus pasos: los caballeros estremecían la tierra: los guijarros saltaban hechos chinas bajo las ruedas y corceles de la artillería: la infantería, una fila tras otra, iba derramándose como una nube sobre las más altas cumbres. Cinco días duró la matanza al través de los campos devastados: el sexto, un torrente de sangre inundó la ciudad: el séptimo, detúvose la carnicería y la paz reinó de nuevo.

¡Paz en los campos y en las desiertas aldeas, entre las fieras hartizas y los muertos desgarrados! ¡Paz en las silenciosas calles, menos cuando los gritos de las víctimas condenadas á la hoguera hacían palidecer los labios sin voz de los

espectadores, temerosos de que alguna lengua de sus más queridos parientes revelase un poco de terror mal oculto! ¡Paz en el Palacio del Tirano, donde la muchedumbre pasaba las horas en fiestas y cantos triunfales!

Día tras día el sol abrasador rodaba sobre la tierra mancillada por la muerte. Vino del Oriente algo como fuego: un ardor tórrido de Otoño llameó maldurando con su llama las escasas solitarias espigas que quedaran en pie; con el calor, el cielo parecía fundirse; una nube, un soplo de viento, languidecían y morían; el aire sediento reclamaba un poco de humedad; un vapor putrefacto que provenía de los muertos insepultos, pasaba invisible y rápido.

La miseria primero, después la peste, cayeron sobre los animales que, privados de alimento, aspiraban, ansiosos, el aire mortífero. Millones y millones, que el olor de la sangre había atraído ó que desde lejanas regiones habían seguido el rastro de los ejércitos en su triunfal aparato de guerra, lejos de sus desiertos sombríos, ahora enflaquecidos y exhaustos pululaban como sombras feroces en medio de sus presas, para ellos perdidas: y caían en repugnantes convulsiones, en torturas lentas y crueles.

Los peces perecían envenenados en los ríos; los pájaros morían en los verdes bosques: la raza de los insectos se extinguía: los rebaños dispersos y los animales domésticos que habían sobrevivido á la hambrienta persecución de las bestias salvajes, morían gimiendo, arrojándose unos á otros miradas desoladas en su irremediable agonía. En torno de la ciudad toda la noche las flacas hienas lloraban su triste suerte con lamentable canción, como niños moribundos de hambre: y más de una madre lloraba, penetrada de una compasión contra naturaleza.

Sobre los aéreos minaretes, los cuervos etiípicos caían revoloteando desde las largas líneas que sus hermanos formaban en el cielo: los que les veían caer estremecíanse. Señales eran éstas que anunciaban los terribles males cercanos. Primero hubo extraño pánico, después terror profundo y aniquilante que se señoreó de los corazones, helándolos. Como un relámpago que todo lo seca, se extendió un pensamiento de infortunio universal por el mundo entero...

*(Traducción de F. R. y F. N. L.)*

## JUAN KEATS.-Á SUS HERMANOS

La viva llama errante del carbón que chispea,  
juega, ríe y alumbrá la negra chimenea.  
En ella se oyen voces alegres y livianas  
de genios familiares, de los queridos lares  
que protegen y guían nuestras almas hermanas.  
En tanto mis hermanos clavan ávidos ojos  
en el libro, que aparta de su alma los enojos,  
yo, con mi fantasía vagabunda y errante,  
por el inmenso mundo rebusco un consonante...

¡Tomás, hoy es tu día! ¡Que el cielo nos conceda  
la presente alegría, tan reposada y leda,  
el silencio cortado por risa halagadora.  
Durad, días tranquilos, días de dulce calma,  
durad hasta que suene dentro de nuestra alma  
la voz suprema y diga: —Vamos ya, que ya es hora...

*(Traducción de F. N. L.)*

## RUDYARD KIPLING.-CONTRICIÓN

¡Oh, Dios de nuestros padres, Señor de nuestra vasta  
interminable línea de campos de batalla,  
en que, con mano fuerte, del pino y de la palma  
ganamos el dominio, manténnos en tu gracia!  
¡Señor de los Ejércitos, piedad de nuestras almas!

Todo clamor y ruido el tiempo los apaga:  
los Reyes, los guerreros, también al cabo pasan.  
Sólo, Señor, perduran tu Inmolación humana  
y aquellos corazones contritos á tus plantas...  
¡Señor de los Ejércitos, piedad de nuestras almas!

¡Nuestras naves perdidas en regiones lejanas!  
¡Incendiado el terreno por enemigas armas!  
¡Oh, ved cual nuestra pompa de ayer fué pompa vana!  
¡Vedla con Tiro y Ninive, hundidas en la nada!  
¡Oh, Juez de las naciones, piedad de nuestras almas!

Si, ahitos de conquistas, nuestras lenguas borrachas,  
olvidándote, al aire retos salvajes lanzan,  
lo mismo que gentiles ó que la innoble casta  
que de la ley se mofa, pues fuera de ella acampa,  
¡Señor de los Ejércitos, piedad de nuestras almas!

De los que siendo polvo, polvo no más levantan;  
de los que con demente frenética arrogancia  
confían en el hierro del cañón y la plancha,  
y creyendo guardarse, de tu ira no se guardan,  
¡Oh Señor, compadécete! ¡Piedad de nuestras almas!

*(Traducción de J. de C.)*



## NOVENA PARTE.—LITERATURA ALEMANA

### ÉPOCA PRECLÁSICA

#### LOS NIBELUNGOS.—RELATO DE HAGEN

Vengan de donde vengan, esos guerreros deben de ser jefes ó emisarios de los jefes. Hermosos son sus caballos de guerra y ricamente adornadas sus vestiduras. Vengan de donde vengan, son héroes muy bravos.

Cierto —añadió Hagen—yo quiero decir que aun cuando no he visto á Sigfrido, me inclino á creer, según lo que desde aquí veo, que él es el héroe que viene con tan majestuosa apostura.

El es quien nos trae nuevas. El brazo de este guerrero venció á los arditos Nibelungos, Schilbung y Nibelung, hijos del Rey poderoso. Grandes maravillas hizo por el poder de su fuerte brazo.

Cabalgando iba sólo y sin escolta, cuando encontró al pie de una montaña (así me lo han contado) junto al tesoro del Nibelungo, muchos hombres audaces que no conocía, pero que aquel día aprendió á conocer.

Todo el tesoro de Nibelungo habíanlo sacado de la montaña horadada. Escuchad, oid el relato de estas maravillas. Como los Nibelungos se hallaban repartiéndose el tesoro, Sigfrido llegó y los vió; muy espantado y suspenso.

Acercóse tanto que vió á los guerreros y los guerreros le vieron á él. Uno gritó: — He aquí Sigfrido el fuerte, el héroe del Niderland. Y entre los Nibelungos le acaecieron espantables aventuras.

Schilbung y Nibelung recibieron al valiente Sigfrido, y juntos pidieron al noble jefe mozo, al hombre hermosísimo que repartiera entre ellos el tesoro. Con tanto ardor lo deseaban, que Sigfrido oyó sus ruegos.

En aquel lugar vió tantas piedras preciosas (así me lo han contado) que cien carros de cuatro ruedas no hubieran podido llevarlas y todavía más y más cantidad de oro rojo del país de los Nibelungos. Sigfrido el valiente debía repartir todo aquello entre los dos guerreros.

Por su trabajo la dieron la espada del Nibelungo; pero no quedaron contentos del servicio que les prestaba Sigfrido, el buen héroe: no pudieron entenderse, que entrambos estaban airados.

Ni él pudo acabar de repartir el tesoro, porque los soldados de los dos reyes le movieron pendencia. Pero con la espada de su propio padre, llamada Balmung, Sigfrido tomó el país y el tesoro de los Nibelungos.

Tenían éstos por amigos doce hombres desaforados, que eran temibles gigantes. No les sirvió de nada. Con furiosa mano, Sigfrido los tendió muertos por tierra y dominó á setecientos guerreros del país del Nibelungo.

Con la fuerte espada llamada Balmung. Por el gran miedo que inspiraban á jóvenes y viejos la espada y el héroe atrevido, la tierra y las ciudades se sometieron á su poder.

Ya había muerto á los dos poderosos reyes, cuando su vida se halló en peligro, por causa de Alberico, que hizo grandes esfuerzos para vengar á sus señores, hasta que él mismo sintió la espantable fuerza de Sigfrido.

El recio enano no pudo resistirle. Como leones fieros, corrieron ambos la montaña; allí Sigfrido cogió á Alberico la *Tarnkappe* (la capa encantada) y se hizo dueño del tesoro el terrible Sigfrido.

Osaron algunos batallar con él; todos fueron vencidos. Luego hizo llevar y encerrar el tesoro en la montaña donde le habían tomado los soldados del Nibelungo. Alberico, el recio enano, fué el guardián del tesoro.

Para ello prestó juramento de que le serviría con fidelidad, y desde aquel instante, le fué siempre leal en todo. — Así habló Hagen de Troneje. — Esto es lo que hizo Sigfrido: jamás guerrero alguno conquistó más terrible poder.

Y además sé de él cosas muy maravillosas, que muy bien conozco. El héroe Sigfrido mató al dragón Fafner, y se bañó en su sangre y por ello se le puso la piel dura como cuero y muchas veces se ha visto que ningún arma podía herirle.

Recibamos lo mejor posible al jefe, para que no excitemos el furor de este arrebatado campeón. Su cuerpo es hermoso é inspira amor. ¡Con su esfuerzo ha terminado singulares hazañas!...

(Traducción de A. E.)

## KÜRENBERG.-BALADA DEL HALCÓN

Crié con mis manos  
un halcón cetrero:  
en criarle, domarle, enseñarle  
gasté un año entero:  
Cobraba la pieza  
y volvía á la mano del dueño:  
yo peinaba sus plumas... Un día,  
tendió, ingrato, el vuelo.  
se cernió muy alto,  
fué volando muy lejos, muy lejos,  
fué á países extraños, remotos,  
los aires hendiendo...  
Los días corrieron,  
huyeron los años  
y á mi lindo halcón ví cierto día  
que ligero pasaba volando,  
sacudiendo sus plumas de oro,

y en la pata llevaba aún atado  
el lazo de seda  
que en ella le puso mi mano...

.....  
¡Haga Dios que los que bien se quieren  
se junten al cabo!

(Traducción de G. H. y F. N. L.)

## WALTER DE LA VOGELWEIDE.-BALADAS

¡Oh Dios todopoderoso!  
cuántos prójimos hay, cuántos  
que llamándote *su padre*,  
no me quieren por hermano:  
¡como si después de muertos  
en el montón del osario  
distinguir fuera posible  
al escudero del amo!

\* \* \*

Oidme, escuchadme todos,  
amigos: ya tengo un feudo,  
tengo una tierra que es mía  
y de alegría reviento.  
Ya no me tiemblan las piernas  
al pensar en el Enero:  
ya á los avaros varones  
no pido lumbre ni techo.  
Para eso me ha regalado  
el príncipe noble y bueno  
árboles que en el estío  
sombra me den y sustento  
y albergue que me proteja  
contra el frío del invierno.  
Ahora todos mis vecinos  
dicen que rejuvenezco  
y hace poco se burlaban  
de mí y torcían el gesto.  
Harto tiempo he sido pobre:  
tristezas canté harto tiempo  
pero ahora, gracias al príncipe,  
oiréis mis cantos risueños.

\* \* \*

Sentada junto á los brezos,  
 sentada bajo del tilo  
 la doncella dijo amores  
 á su amante enardecido.  
 — Nadie, nadie sabrá nada —  
 la tierna doncella dijo —  
 sólo yo y mi amante estábamos...  
 Piaba allí un pajarillo,  
 mas ¡cuántos otros secretos  
 tendrá el pájaro escondidos!

(Traducción de G. H. y F. N. L.)

## ERASMO DE ROTTERDAM.-COLOQUIOS

### EL CABALLERO SIN CABALLO Ó LA NOBLEZA IMPROVISADA

*Harpalo.* — ¿Podéis ayudarme con vuestros consejos? No se los daréis á un olvidadizo ni á un ingrato. *Nestorio.* — Yo os daré un medio sencillo para ser lo que deseáis. *Harp.* — Pero el nacer nobles no depende de nosotros. *Nest.* — Si no lo sois, esforzáos con vuestras buenas acciones en comenzar por vos vuestra hidalguía. *Harp.* — Eso es demasiado largo. *Nest.* — César os venderá la nobleza por un poco de dinero. *Harp.* — La gente se burla de la nobleza comprada. *Nest.* — Pues si tan ridículo es, ¿por qué ambicionáis el título de caballero? *Harp.* — Tengo razones poderosas, que os diré cuando me hayáis indicado los medios para pasar por noble ante el público. *Nest.* — ¿Queréis el nombre y no la cosa? *Harp.* — Cuando la cosa falta, basta con la opinión. Vamos, Nestorio, aconsejadme; cuando os haya dicho mis razones conoceréis que vale la pena... *Nest.* — Pues lo deseáis, voy á deciros. Ante todo, idos de vuestra tierra. *Harp.* — Bien. *Nest.* — Andad en compañía de jóvenes nobles de veras. *Harp.* — Comprendo. *Nest.* — Porque así pensará alguien que sois tan noble como ellos. *Harp.* — Es verdad. *Nest.* — Tratad de no tener nada plebeyo. *Harp.* — ¿En qué? *Nest.* — Hablo de vuestra vestimenta y compostura. No gastéis lana, sino seda, ó por lo menos mezcchilla; no llevéis algodón, sino hilo. *Harp.* — Bien. *Nest.* — No llevéis nada estropeado: llevad bien cortados el sombrero, el justillo, las medias, los zapatos y las uñas, si podéis. Usad siempre lenguaje elevado. Si véis á uno que llega de España, preguntadle si por fin se arreglan el Papa y el Emperador; qué hace vuestro primo el conde de Nassau y cómo están los demás camaradas vuestros. *Harp.* — Perfectamente. *Nest.* — Llevad en el dedo un anillo con piedra de sello. *Harp.* — Si mi bolsillo lo permite... *Nest.* — Un anillo de cobre dorado con una piedra falsa no cuesta caro; en él debe haber un escudo de armas. *Harp.* — ¿Qué armas me aconsejáis que escoja? *Nest.* — Dos orzas de ordeñar vacas, y podéis añadir un jarro de cerveza. *Harp.* — Dejáos de bromas; hablad en serio. *Nest.* — ¿No habéis ido nunca á la guerra? *Harp.* — Ni siquiera la he

visto. *Nest.* — Pero al menos habréis descabezado los gansos y los capones de los aldeanos. *Harp.* — Eso más de una vez, y bravamente. *Nest.* — Pues poned un cuchillo de plata y tres cabezas de ganso de oro. *Harp.* — ¿En campo de qué? *Nest.* — En campo de gules para indicar la sangre vertida valientemente. *Harp.* Y ¿por qué no? La sangre de ganso es tan roja como la de hombre. Mas proseguid. *Nest.* — Tened mucho cuidado de hacer colgar el escudo á la puerta de toda posada donde os alberguéis. *Harp.* — Y ¿qué pondré en el casco? *Nest.* — Tenéis razón: ponadle un enrejado. *Harp.* — ¿Para qué? *Nest.* — Primero, para respirar, y luego para que se parezca á vuestro traje. ¿Qué pondréis en la cimera? *Harp.* — Eso me pregunto. *Nest.* — Una cabeza de perro con las orejas gachas. *Harp.* — Eso es muy vulgar. *Nest.* — Pues poned dos cuernos, que es más raro. *Harp.* — Maravilloso consejo. *Nest.* — En cuanto al nombre, importa mucho que no os dejéis llamar, como la gente baja, Harpalo el Comés, sino Harpalo de Como. Este apellido huele á nobleza; el otro es bueno para viles teólogos. *Harp.* — Comprendido. *Nest.* — ¿Poseéis alguna cosa de que podáis decirlo dueño? *Harp.* — Ni una cochiguera. *Nest.* — ¿Nacisteis siquiera en alguna ciudad famosa? *Harp.* — En una aldea miserable; no debo engañar á mí médico. *Nest.* — Bueno; pero ¿no hay, al menos, una montaña cerca de vuestro pueblo? *Harp.* — Sí. *Nest.* — Y esa montaña, ¿tiene en alguna parte una roca? *Harp.* — Una tiene, y muy escarpada. *Nest.* — Entonces sois Harpalo, caballero de la Roca de Oro. *Harp.* — Pero es costumbre de los grandes adoptar cada uno su divisa, como la de Maximiliano, *Guarda la medida*; la de Felipe, *Quien quiera*; la de Carlos, *Más allá*, y otras. *Nest.* — Pues poned *La suerte está echada*. *Harp.* — Cierto que es una divisa oportunísima. *Nest.* — Después, para mejor convencer á la opinión, fingid cartas de grandes, en las que muchas veces os califiquen de muy ilustre caballero y os hablen de grandes cosas, de feudos y de castillos, de millones de florines, de gobiernos y de una rica boda. Tendréis cuidado de que esas cartas, como caídas de los bolsillos ó bien olvidadas por vos, caigan en otras manos. *Harp.* — Eso me será muy fácil, porque tengo muy buenas manos, y he adquirido, por larga práctica, la habilidad de imitar todas las letras... *Nest.* — Hay otros talentos que debéis poseer. *Harp.* — Decidme cuáles. *Nest.* — Si no sois gran jugador, hábil falsario, libertino desenfrenado, bebedor intrépido, derrochador atrevido, arruinado y acribillado de trampas, difícilmente os crearán caballero.....

(Traducción de J. Ch.)

## GUILLERMO G. LEIBNITZ.-TEODICEA

### DEL MAL

21. El mal puede ser metafísico, físico y moral. El mal metafísico consiste en la simple imperfección, el mal físico en el padecimiento, y el moral en el pecado. Ahora bien; aunque el mal físico y el mal moral no sean necesarios, basta con que, por virtud de las verdades eternas, sean posibles. Y como esta región

inmensa de las verdades contiene todas las posibilidades, es preciso que haya una infinidad de mundos posibles, que el mal entre en muchos de ellos, y que hasta en el mejor se encuentre también; y esto es lo que ha determinado á Dios á permitir el mal.

22. Pero dirá alguno: ¿por qué nos habláis de permitir? ¿No hace Dios el mal y no lo quiere? Es indispensable exponer aquí lo que es la permisión ó permiso, á fin de que se vea que no sin razón empleamos esta palabra. Pero es preciso explicar antes la naturaleza de la voluntad, la cual tiene sus grados.

Tomada en sentido general, puede decirse que la voluntad consiste en la inclinación á hacer una cosa en proporción del bien en ella encerrado. A esta voluntad se la llama antecedente cuando está desligada, y considera cada bien aparte en tanto que es bien. En este sentido puede decirse que Dios tiende á todo bien en tanto que es bien, *ad perfectionem simpliciter simplicem*, hablando en términos escolásticos, y esto por virtud de una voluntad antecedente. Dios tiene inclinación real á santificar y á salvar á todos los hombres, á excluir el pecado y á impedir la condenación.

Puede hasta decirse que esta voluntad es eficaz de suyo (*per se*), es decir, de tal suerte que el efecto se seguiría, si no hubiese una razón más fuerte que lo impidiera, porque ésta voluntad no llega hasta el último esfuerzo (*ad summum conatum*), puesto que si llegara, no dejaría nunca de producirlo pleno, siendo Dios dueño de todas las cosas. El éxito entero é infalible sólo pertenece á la voluntad consecuente, como se la llama.

Esta es la que es plena, teniendo lugar respecto de ella la siguiente regla: que jamás deja de hacerse lo que se quiere cuando se puede. Ahora bien; esta voluntad consecuente, final y decisiva, resulta del conflicto entre todas las voluntades antecedentes, tanto de las que tienden al bien, como las que rechazan el mal, y del concurso de todas estas voluntades particulares, nace la voluntad total; al modo que en la mecánica, el movimiento compuesto resulta de todas las tendencias que concurren en el mismo cuerpo móvil, y satisface igualmente á cada una, en tanto que es posible hacerlo todo á la vez. Es como si se dividiese el cuerpo móvil entre estas tendencias, según he demostrado en otra ocasión en uno de los diarios de París (7 Septiembre 1693) al exponer la ley general de las composiciones del movimiento. En este sentido es como puede decirse que la voluntad antecedente es eficaz en cierta manera, y hasta efectiva con resultado.

(Traducción de D. Patricio de Azcárate.)

## ÉPOCA CLÁSICA

### MANUEL KANT.-CRÍTICA DE LA RAZÓN PURA

1. El Espacio no es un concepto empírico derivado de experiencias externas, porque, para que ciertas sensaciones se refieran á alguna cosa fuera de mí (es decir, á algo que se encuentra en otro lugar del Espacio que en el que yo me hallo) y para que yo pueda representarme las cosas como exteriores y juntas las unas con las otras, y, por consiguiente, no sólo diferentes, sino también en diferentes lugares, debe existir ya en principio la representación del Espacio. De aquí se infiere que la representación del Espacio no puede ser adquirida por la experiencia de las relaciones del fenómeno externo, sino que, al contrario, dicha experiencia externa sólo es posible por esta representación.

2. El Espacio es una representación necesaria *á priori*, que sirve de fundamento á todas las intuiciones externas. Es imposible concebir que no ex ste Espacio, aunque se le puede pensar sin que contenga objeto alguno. Se considerará, pues, al Espacio como la condición de posibilidad de los fenómenos, y no como una determinación dependiente de ellos: es una representación *á priori*, fundamento necesario de los fenómenos externos.

3. El Espacio no es ningún concepto discursivo ó, como se dice, un concepto general de las relaciones de las cosas, sino una intuición pura. En efecto, no puede representarse más que un sólo Espacio, y cuando se habla de muchos, se entiende sólo en ellos las partes de un mismo y único Espacio. Estas partes sólo se conciben en el Espacio uno y omnicompreensivo, sin que le puedan preceder cual si fueran sus elementos (cuya composición fuera posible en un todo). El Espacio es esencialmente uno; la variedad que en él hallamos, y, por consiguiente, el concepto universal de Espacio en general, se funda únicamente en limitaciones. De aquí se sigue que lo que sirve de base á todos los conceptos que tenemos del Espacio es una intuición *á priori* (que no es empírica). Lo mismo acontece con los principios geométricos, como cuando decimos, por ejemplo: juntas las dos partes de un triángulo, son más grandes que la tercera, cuya certeza apodíctica no procede de los conceptos generales de línea y triángulo, sino de una intuición *á priori*.

4. El Espacio es representado como un *quantum* infinito dado. Es necesario considerar todo concepto como una representación contenida en una multitud infinita de representaciones distintas (de las cuales es expresión común); pero ningún concepto, como tal, contiene en sí una multitud infinita de representaciones. Sin embargo, así concebimos el Espacio (pues todas partes coexisten en el infinito). La primitiva representación del Espacio es, pues, una intuición *á priori* y no un concepto.

(Traducción de D. José del Perojo.)

## HEGEL.-ESTÉTICA

### LA CATEDRAL GÓTICA

En una catedral gótica hay sitio para todo el mundo, porque en ella la muchedumbre de los fieles de una ciudad y de toda la comarca no debe reunirse alrededor del edificio, sino dentro de él. Asimismo todos los variados intereses de la vida que tocan á la religión, hallan allí lugar unos al lado de otros. Ninguna división fija de bancos alineados correctamente divide ni separa el espacio anchuroso. Cada cual va y viene tranquilamente, se para, coge una silla, se arroja, reza y se marcha.

A no ser á la hora de misa mayor, las cosas más diversas se hacen al mismo tiempo. Aquí predicar: allí conducir á un enfermo: una procesión pasa lentamente: más allá hay un bautizo: á otro lado, entierran á un muerto. En otro lugar, un sacerdote dice la misa de boda y bendice á los esposos: y por todas partes, el pueblo se apiña al pie de los altares y de las imágenes. Un sólo edificio encierra á la vez tantas y tan diversas acciones; pero esta multiplicidad de actos aislados desaparece ante su perpetuo cambio en la vasta extensión y grandiosidad del edificio. Nada hay que llene el conjunto. Todo pasa y se sucede rápidamente: los individuos, sus movimientos, sus hechos determinados se pierden, se diseminan como polvo viviente en la inmensidad. El hecho momentáneo no es visible sino en su inestable rapidez; y por cima de todo, elévanse espacios infinitos, construcciones gigantescas, con su firme estructura y sus inmutables formas.

Tales son los principales caracteres que distinguen el interior de la iglesia gótica. No hay que buscar en ella, hablando propiamente, conformidad alguna con un fin positivo; pero todo se apropia al recogimiento interior del alma retirada en las honduras de su naturaleza íntima, y á su elevación por cima de todo lo que es particular y finito. Así estos edificios, sombríos en su interior, están separados de la Naturaleza por un espacio cerrado por doquiera: y no son menos acabados en sus más menudos pormenores que sublimes por su grandeza y prodigiosa elevación.....

La arquitectura clásica observa una prudente mesura en la ornamentación de sus edificios. Pero como en la arquitectura gótica se trata principalmente de hacer aparecer más grandes y sobre todo más altas de lo que realmente son las masas por ella sobrepuestas, no se contenta con presentar superficies lisas, sino que las divide y las recorta por todos lados en formas que asimismo expresan la tendencia ascensional. Pilares, ojivas, y por cima de ellas, triángulos que alcanzan sus puntas, reaparecen en los ornamentos. De esta manera la unidad sencilla de las grandes masas queda dividida y labrada hasta en sus más chicos detalles y nimias particularidades, lo cual hace que el conjunto ofrezca en sí mismo un prodigioso contraste. De un lado la vista retiene las líneas fundamentales que



se dibujan en dimensiones gigantescas, pero con fácil armonía: del otro, se pierde en una multiplicidad y variedad infinita de adornos. De tal suerte, á la más alta generalidad y sencillez se oponen la más grande particularidad y variedad de pormenores: lo mismo que, en la meditación cristiana, por una oposición semejante, el alma, á medida que se sumerge en un mundo infinito, le repuebla de cosas finitas y se pierde en los detalles y particularidades de sus análisis minuciosos. Este contraste, por otro lado, debe convidar á la meditación, como esta elevación despierta el sentimiento de lo sublime. Además, lo importante, en esta manera decorativa, es no romper las líneas principales por la abundancia y variedad de adornos, sino hacerlas dominar y aparecer claramente al través de esa variedad, como lo esencial, con lo que todo se relaciona. Solo en este caso, conservan los edificios góticos la solemnidad de su seria grandeza. Lo mismo que la meditación religiosa, al recorrer las minucias del sentimiento y todas las relaciones de la vida individual, debe grabar en el corazón, con caracteres indelebles, los principios generales y fijos; también los tipos fundamentales de la arquitectura deben siempre referirlo todo á esas líneas principales, ante las que se borran las divisiones, las interrupciones y los adornos más diversos.

*(Traducción de C. B.)*

## J. G. HERDER

### FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

#### LIBRO XIII CAPÍTULO VII

1. Todo cuanto puede desarrollarse en la humanidad, en circunstancias dadas de tiempo, de lugar y de caracteres nacionales, se desarrolla en realidad.

Grecia es una prueba irrefragable de este principio.

En la naturaleza física no hay prodigios: observamos, al contrario, leyes cuya acción se reproduce siempre de igual manera. El hombre, con sus facultades, caprichos y pasiones, ¿cómo había de sustraerse á esta ley de la Naturaleza? Poblada de chinos el territorio de Grecia y no existirá Grecia tal como nosotros la conocemos. Desparramada á los griegos por los lugares á donde Darío condujo á los Eretrios cautivos y no veréis nacer á Atenas ni á Esparta. Ved la Grecia de hoy: ¿dónde están los griegos de la antigüedad? ¿dónde está siquiera su tierra? Si no oís aquí y allá algunas palabras de su armonioso lenguaje; si no tropieza vuestro pie con algunos despojos de sus monumentos, de sus artes, de sus ciudades, soterrados en el polvo; si no viérais al menos sus antiguos ríos y montañas, os sentiríais inclinados á creer que la antigua Grecia era algo así como la isla fabulosa de Calipso ó los jardines de Alcinoos; pero como en el correr de los siglos, los griegos modernos no han venido á ser lo que hoy son sino después de pasar por una serie determinada de causas y de efectos, otro tanto sucede con todos los pueblos de la tierra. La historia entera de la huma-

nidad no es más que la historia natural de un sistema de fuerzas, de acciones y de disposiciones humanas en relación con el tiempo y con el lugar.

Por sencillo que sea, este principio es de grandísima importancia para la historia de los pueblos que con potente luz ilumina. Ningún historiador podrá negarse á reconocer que no se puede dar el nombre de historia á un relato lleno de vagos prodigios y al que falta ese espíritu de penetración que debe ejercerse sobre el suceso histórico como sobre un fenómeno natural. Es evidente que en el conjunto de los sucesos, la razón buscará la verdad más rigurosa, el enlace más íntimo y lógico entre los hechos y que jamás intentará explicar una cosa *que es* ó que sucede por otra *que no es*. Con estos rigurosos principios se desvanecen todas las formas ideales, todos los fantasmas de una mágica creación. En todas las cosas, intentad ver sencilla y claramente *lo que es* y cuando lo hayais visto os explicaréis cómo en la mayor parte de los casos, lo que fué no podía haber sido de otra manera.

(Traducción de E. T.)

## G. G. LESSING.-NATHAN EL SABIO

### EL CUENTO DE LOS TRES ANILLOS

*Nathan.* -- Hace muchos años, vivía en Oriente un hombre que había recibido de manos, para él caras, una sortija de inestimable precio. La piedra era un ópalo que tornasolaban mil hermosos colores y poseía la virtud misteriosa de hacer agradable á Dios y á los hombres á quien con fe viva y firme la llevase puesta. Así, no es maravilla que aquel hombre de Oriente no la quitase jamás del dedo y que tomara todas sus precauciones para dejarla por siempre en manos de su familia.

Y ved lo que prescribió: dejaba la sortija á su hijo más amado y disponía que éste también se la dejase á aquel de sus hijos á quien quisiera más: queriendo que siempre, sin alegar derechos de mayorazgo, el hijo querido poseedor del anillo fuese el jefe de la familia. Óyeme; sultán.

*Saladino.* -- Prosigue, que te oigo.

*Nathan.* -- De generación en generación, aquella sortija llegó á manos del padre de tres hijos, los tres igualmente buenos y dóciles y á quienes el padre amaba por igual. Sólo, de vez en cuando, según que uno ú otro se encontraba á solas con él y los demás no estaban allí presentes para gozar las efusiones de su corazón, tan pronto éste como aquél, como el tercero, le parecía más digno del anillo, de suerte que tuvo la piadosa flaqueza de prometérselo á los tres. Las cosas marcharon bien en cuanto fué posible, pero llegada su última hora, el buen padre se encontraba confuso é indeciso y le afligía mucho el engañar á dos hijos que vivían fiados en su palabra. ¿Qué hacer? El hombre llamó en secreto á un artífice platero y le mandó hacer otras dos sortijas, como la que le

mostraba, encargándole que no escatimase gastos ni veladas para que fuesen completamente iguales. El artífice lo hizo y cuando volvió con los tres anillos, el padre mismo no podía distinguir el original de las copias. Contento y satisfecho, llamó secretamente á cada uno de sus hijos y á cada uno le dió su bendición y su anillo. Luego se murió. ¿Me oyes, sultán?

*Saladino, confuso y apartándose de Nathan.* — Te oigo, te oigo, pero acaba pronto el cuento. ¿Qué pasó?

*Nathan.* — Estoy acabándole: lo que sigue, ya se sobreentiende. Apenas murió el padre, cada hijo se presentó con su anillo y quiso ser jefe de la familia. Hubo detenido examen, disputas, alegatos: todo en vano, porque el verdadero anillo no era reconocible... (*se para, esperando que el sultán hable*) tan poco reconocible como lo es para nosotros en este instante la creencia verdadera.

*Saladino.* — ¡Calle! ¿Y esa es la respuesta á mi pregunta?

*Nathan.* — ¿Te parece poca disculpa de que no me atreva á decir cuál es el anillo verdadero, la intención que el padre tuvo de que no fuera posible diferenciarlos?

*Saladino.* — ¡Bah, bah! eso de los anillos es una burla tuya. Y creo que las religiones de que yo te hablaba se distinguen bastante una de otra. Hay diferencia en el traje, en el beber, en el comer...

*Nathan.* — Pero, en sus fundamentos no hay diferencia. ¿Acaso no se fundan todas ellas en la historia escrita ó tradicional? ¿No debe esta historia recibir su única sanción de la fe y de la creencia? ¿No es así? ¿Y qué fe y qué creencia es la que menos podemos poner en duda? ¿No son las de nuestros padres, que nos dieron su sangre y que, desde nuestra niñez, nos han dado tantas pruebas de amor y que nunca nos han engañado sino cuando creían saludable engañarnos? ¿Por qué he de creer yo menos á mis padres que tú á los tuyos? ó al contrario ¿puedo exigirte que acuses á los tuyos de embusteros por no contradecir á los míos? Y cambiando de supuesto, ¿no sucede otro tanto con los cristianos? ¿No es verdad?

*Saladino.* — Por Dios vivo, que este hombre tiene razón y me ha hecho enmudecer.

*Nathan.* — Volvamos á los anillos. Como te decía, los hijos pleitearon y cada uno de ellos juró ante el juez que había recibido directamente el anillo de mano de su padre, como en efecto era verdad, después de haber recibido de él — añadieron — la promesa de gozar todos los privilegios anejos al anillo: lo que no era menos cierto. — Mi padre — afirmaba cada uno de ellos — no puede haber usado de falsedad conmigo. — Y decía que antes de concebir la menor sospecha de aquel padre tan amado, y por muy inclinado que se hallase á pensar bien de sus hermanos, á no podía dejar de acusarles de superchería y juraba que como descubriese á los impostores, se vengaría de ellos.

*Saladino.* — ¿Y el juez? Me inspira enorme curiosidad lo que vas á hacer que diga el juez: sigue, sigue.

*Nathan.* — El juez dijo: Si no hacéis que al punto comparezca aquí vuestro padre, os arrojó del tribunal. ¿Pensáis acaso que yo estoy aquí para descifrar

acertijos? ¿O queréis aguardar á que la sortija verdadera tome la palabra?... Pero, esperad: me han dicho que el anillo verdadero poseía la virtud milagrosa de hacer á su dueño agradable á Dios y á los hombres. Pues bien; ¿cuál de vosotros es más amado por los otros dos? Vamos, responded... ¿Os calláis? Entonces, vuestros anillos no tienen más que una influencia interna que no se manifiesta exteriormente; entonces, cada uno de vosotros se prefiere á los demás. Entonces, los tres sois unos engañadores engañados. Luego los tres anillos son falsos. Sin duda, el verdadero se perdió y para ocultar ó reparar su pérdida, vuestro padre mandó hacer tres en vez de uno.

*Saladino.* — ¡Admirable, admirable!

*Nathan.* — Y así — continuó el juez — si no queréis que os dé un consejo en lugar de una sentencia, retiraos. Pero mi consejo es este: dejad las cosas absolutamente lo mismo que están. Cada uno de vosotros posee de su padre un anillo que cree ser el verdadero. Posible es que vuestro padre no haya querido perpetuar en su casa la tiranía de un anillo. Cierto que os amaba á los tres por igual, puesto que no quiso oprimir á dos para favorecer á uno sólo. Pues bien, que cada uno de sus hijos, libre de preocupaciones, imite su sincero amor; que cada uno se esfuerce, en competencia con los demás, para poner en evidencia el poder de que goza la piedra de su anillo y que aumente este poder con dulzura, igualdad de ánimo, beneficencia é íntima confianza en Dios. Y cuando el poder del anillo se manifieste en los nietos de vuestros nietos, para entonces, os cito de nuevo ante este tribunal, dentro de mil millares de años: entonces ocupará este tribunal un hombre más sabio que yo y él pronunciará la sentencia. — Idos. — Así habló el modesto juez.

*Saladino.* — ¡Dios de Dios!

*Nathan.* — Saladino, si tú crees que ese juez sabio prometido y anunciado eres tú...

*Saladino, cogiendo de la mano á Nathan.* — ¡Yo, polvo! ¡Yo, nada! ¡Oh, Dios mío!

*Nathan.* — ¿Qué te pasa, sultán?

*Saladino.* — Nathan, querido Nathan, los mil millares de años de tu juez aún no se han cumplido: ni yo estoy sentado en un tribunal. Anda, anda; pero no dejes de ser amigo mío.

(Traducción de G. H. y F. N. L.)

## KLOPSTOCK.-LA MESIADA

### CANTO XIII. EVA ANTE LA TUMBA DEL SALVADOR

Mana, eterna fuente, abre la piedra sepulcral, fuente divina velada aún por las sombras de la noche.

Mana, fuente de la vida bienaventurada, aplaca las almas que, como las gacelas sedientas del desierto, reclaman con anhelo tus ondas vivificantes. Fuente

que brotas del mundo mejor, trae á nosotros desde las riberas que bañas aquellos frescos hálitos que dan nuevas fuerzas al fatigado peregrino y afirman en su alma la dulce esperanza de la resurrección. ¡Esperanza, suave luz que reanimas los ojos vidriosos del moribundo, grata certidumbre de resucitar con Cristo para compartir su vida y su gloria, consuela á los que se adormecen en la paz del Señor, y destierra de sus corazones el temor de ser aniquilados! ¡Hora bendita que vas á iluminar el mundo, hora de la Resurrección, prenda de misericordia para los hijos de los hombres, salve! ¡Oh, hijos míos, qué inefable destino os espera en una vida que no tendrá fin!

Mana, eterna fuente, abre la piedra sepulcral y que tus olas amontonadas inunden la tierra y sean el Oceano del Eterno!.....

## CANTO XX. PROFECÍA DE EZEQUIEL

Semejante al Asirio era el monstruo del Nilo. Porque el Asirio fué soberbio como el cedro del Líbano cuando extiende á lo lejos su sombra protectora: como él frondoso, como él tenía la cabeza altanera y audaz.

Las aguas que bañaban su pie le hicieron crecer de prisa: en medio de las tormentas se alzó cada vez más y más: y los torrentes mugían en torno suyo, mientras que los demás árboles del valle tan sólo humildes arroyuelos los regaban.

Pero él se levantaba por cima de los otros árboles del valle y sus ramas inmensas cubrían las cercanas playas: al árbol rey sobraba agua y savia.

En medio del follaje, legiones de pájaros vinieron á hacer sus nidos y todo cuanto se agita en el polvo fué á posarse cerca de las fuentes que manaban de sus raíces, murmurando. Las mayores naciones se albergaron á su sombra.

Ninguno de los cedros del Señor le igualaba en elegancia ni en altura y junto á él las ramas del pino parecían endebles y el follaje del plátano pobre y desmedrado: era el más hermoso árbol en el jardín de Edén.

Dios le había dotado de tan espléndido verdor, de tronco tan inmenso, de tan luengas ramas, que todos los árboles del jardín le tenían envidia: su copa frondosa se perdía entre las nubes.

Y como llegaba hasta los cielos su testa audaz, su corazón estaba henchido de orgullo. Entonces, tú, oh, vengador, le hiciste sentir tu poder y le entregaste á sus poderosos enemigos. La ley del talión cayó, pesada, sobre él.

Un poder extraño le arrojó al suelo, mutilado, y le descuajó y desparramó sus despojos por montes y valles y por las orillas de los ríos: y por todas partes yacían las ramas rotas del árbol-rey.

Y ya no daba sombra á los pueblos y las naciones fueron á buscar otro albergue y las fieras se refugiaron en las ruinas del coloso caído. Las bestias fieras y los pájaros del cielo: esto es cuanto le quedó.

Su caída espantó á todos los árboles: desde entonces ninguno se alzaré tan orgulloso por cima de las aguas, ni mezclará el murmullo de sus hojas con el mugir de los torrentes. Nunca volverá á haber tan ancha y fresca sombra.

Descenderán á la tumba, en sus sepulcros dormirán cuantos han obligado á la tierra á inclinarse ante su poder de un día. Al abismo cayó el Asirio osado, y el abismo le recogió con sordos gemidos y los torrentes y los aludes callaron y las aguas dejaron de correr y el Líbano se rebozó en ancho manto de luto: y los árboles del valle se secaron.

La tempestad le precipitó al fondo de los infiernos con estruendo tal que las naciones quedaron anonadadas de terror: pero los árboles del valle se reanimaron, porque el agua de las cumbres llegaba por fin á sus raíces secas.

Con él cayeron también los tiranos, cuyo único poder en la protección del tirano consistía: desaparecieron las plantas parásitas que crecían á la sombra del árbol gigantesco: la muerte los asoló á ellos y á sus innumerables cohortes....

*(Traducción de J. H.)*

## JUAN WOLFGANG GOETHE.-FAUSTO.-PRIMERA PARTE

### EN CASA DE MARGARITA

- MARGARITA. El deseo ya me abraza  
de conocer al galán;  
por su porte y ademán  
parece de buena casa.  
Eso no se oculta, no,  
en el rostro va estampado,  
Y no fuera tan osado,  
á no ser hombre de pro. *(Váse.)*
- MEFISTÓFELES. Entra despacio.
- FAUSTO. Deseo  
estar solo.
- MEFISTÓFELES. Para ser  
aposeno de mujer,  
hay en él bastante aseó. *(Váse.)*
- FAUSTO. Grata penumbra que con tenue velo  
el templo del amor cubres sombría,  
infunde al corazón el vivo anhelo  
que la esperanza del placer rocía.  
De dicha y paz purísima fragancia  
respiro aquí, con inefable gozo.  
En esta desnudez ¡cuánta abundancia!  
¡Cuánta ventura en este calabozo!  
*(Déjase caer en el sillón de cuero, que está  
al lado de la cama.)*  
Recíbeme en tu seno, trono santo,  
do el anciano reinó, gozoso ó triste.

¡Ah! ¡Cuántos niños, con alegre encanto  
por tus robustos brazos trepar viste!

Aquí tal vez, agradecida al cielo,  
la que mi dueño es hoy, niña inocente,  
la enjuta mano del caduco abuelo  
vino á besar con labio floreciente.

Aquí, respiro, hermosa, el que te alienta,  
genio de orden, trabajo y armonía,  
cuya materna voz, que oyes atenta,  
te dicta tu deber de cada día.

Él te enseña á extender el blanco lino  
sobre la mesa del frugal banquete,  
y á tu mano, que rige mi destino,  
da el estropajo humilde por juguete.

¡Mano querida! Cual de Dios la diestra  
eres creadora, y el que audaz contemplo  
miseró hogar, de lobreguez siniestra,  
trocar supiste en luminoso templo.

*(Separa una cortina del lecho.)*

¡Qué celestial transporte me extasia!  
¡Cuál late ansioso el pecho conmovido!  
¡Cuán feliz en tu seno olvidaría  
el volar de las horas, dulce nido!

Aquí en sueños de amor, Naturaleza,  
modelaste esa angélica criatura;  
aquí cuando á latir el pecho empieza,  
la niña descansó cándida y pura.

Aquí la actividad viva y sagrada,  
porque á mi afán su perfección conteste,  
completó esa hermosura consumada,  
que imágen es de la beldad celeste.

Y tú ¿qué buscas, qué ansias, alma mía?  
Goce interior inunda el pecho exhausto...  
¿Por qué tiemblo y mi mente se extravía?  
¿Te desconozco, desdichado Fausto!

Mi ser penetra enervadora calma;  
buscaba el choque del placer violento,  
y en dulces sueños se evapora el alma!  
¿Juguete somos del fugaz momento?

¡Ay! si aquí apareciese, pura y bella,  
la pobre niña que burlar ansías,  
¡cuán pequeño, Don Juan, turbado ante ella,  
á sus pies mudo y trémulo caerías!

MEFISTÓFELES. Viene: Huyamos al instante

FAUSTO.           ¡Huyamos! No volveré.  
MEFISTÓFELES.   Esta cajita encontré;  
                          mírala, pesa bastante.  
                          Dejémosla en este armario,  
                          y por quien soy te aseguro  
                          que producirá el conjuro  
                          el efecto necesario.  
                          Baratijas son el don,  
                          para obtener otras luego;  
                          el juego, al fin, siempre es juego,  
                          y las niñas, niñas son.

FAUSTO.           — No me atrevo...

MEFISTÓFELES.           ¡Belcebú  
                          te confunda! ¿Que la engaño  
                          piensas, ó quieres, tacaño,  
                          quedarte las joyas tú?  
                          Renuncia, pues, al placer,  
                          con que tu ilusión halagas.  
                          y de ese modo no me hagas  
                          tiempo y trabajo perder.  
                          Mas no da tu gentileza  
                          en extremos tan villanos.  
                          Por mí lávome las manos  
                          y me rasco la cabeza.

*(Pone el estuche en el armario y rueda la llave.)*

Ahora salgamos de aquí,  
Conviene ver si la niña  
por sí misma se encariña  
y se enamora de tí.

¡Vamos! ¡Pronto! Va á llegar...  
Pareces, tan grave y serio,  
que hayas vuelto al ministerio  
de tu cátedra escolar,  
y que en su negro ropón  
envuelta, pálida y tísica  
esté Doña Metafísica  
dictándote la lección.  
Ven.

*(Vanse)*

MARGARITA, *con una luz en la mano.*

¡Qué calor! ¡Qué bochorno!  
Abriré.

*(Abriendo la ventana.)*



¡Me parecía  
que la noche estaba fría,  
y esto abrasa como un horno!  
Mas ¿qué tengo? ¿Qué me pasa?  
Siento un hondo escalofrío...  
¡Quisiera que ya, Dios mío,  
mi madre estuviera en casa!  
¡Ay! la angustia me sofoca;  
inquieta, turbada estoy.  
¡Bah! ¡Cuán aprensiva soy!  
¡Cuán aprensiva y cuán loca!

*(Comienza á desnudarse y á cantar.)*

Hubo en Thulé un rey amante,  
que á su amada fué constante  
hasta el día que murió;  
ella, en el último instante,  
su copa de oro le dió.

El buen rey, desde aquel día,  
sólo en la copa bebía,  
fiel al recuerdo tenaz,  
y al beber, humedecía  
una lágrima su faz.

Llegó el momento postrero,  
y á su hijo el reino entero  
cedióle como era ley;  
sólo negó al heredero  
la copa el constante rey.

En la torre que el mar besa  
por orden del rey expresa,  
— tan próximo ve su fin —  
la corte en la regia mesa,  
gozó el último festín.

El postrer sorbo el anciano  
moribundo soberano  
apuró sin vacilar,  
y con enérgica mano  
arrojó la copa al mar.

Con mirada de agonía,  
la copa que al mar caía,  
fijo y ávido siguió;  
vió cómo el mar la sorbía,  
y los párpados cerró.

*(Abre el armario para guardar los vestidos,  
y ve el estuche.)*

¿Quién ha puesto en el armario  
este cofrecillo? Abierta  
no he dejado yo la puerta...  
¡Vaya! ¡Es lance extraordinario!  
¿Qué contendrá? No lo sé;  
á mi madre alguien lo dió  
quizás en prenda. ¡Si yo  
pudiera abrir! Probaré.  
Cuelga aquí una llave de oro  
de una cintita de seda...  
¿Me atrevo? ¡Entra bien, ya rueda;  
ya está abierto!... ¡Qué tesoro!  
¡Joyas son!... Riqueza igual  
no ví; lucirlas podría  
en el más solemne día  
la dama más principal.  
Turbada, aturdida estoy;  
¿quién será su dueño, quién?  
Veré si me sienta bien  
el collar.

*(Poniéndosele al espejo.)*

¡Otra ya soy!

Si, á lo menos, fueran míos  
los zarcillos... Porque es cosa  
bien pobre un rostro de rosa  
sin ajenos atavíos.  
De juventud y beldad  
los hombres ya no hacen caso;  
si te echan flores al paso,  
es por lástima y piedad.  
¿Para qué ser bella quieres?  
Hoy sólo existe un tesoro,  
y ese tesoro es el oro;  
¡el oro! ¡Pobres mujeres!...

.....

## ESCENA EN LA CATEDRAL

### Misa cantada, con órgano.

*Margarita entre la gente. El Espíritu malo detrás de Margarita.*

ESPÍRITU MALO. ¡Cuán otra, Margarita desdichada,  
en venturosos días,  
inocente, serena, inmaculada,

- al sacro altar venías!  
En ese libro, profanado luego,  
orabas balbuciente,  
compartiendo entre Dios y el pueril juego  
tu espíritu inocente.  
Hoy, ¡miseria de tí! ¿Qué sangre esmalta  
tu puerta enrojecida?  
¿Rezas, dí, por tu madre, que tu falta  
purga en la eterna vida?  
En las entrañas, con latir extraño,  
¿no sientes, ¡infelice!,  
algo que, por tu mal y por su daño,  
su aparición predice?
- MARGARITA. ¡Oh cielos! ¡Si apartar de mí pudiera  
mis propios pensamientos,  
que todos contra mí, con saña fiera,  
revuélvense violentos!
- CORO. *Dies iræ, dies illa,  
Solvat sæclum in favilla,  
(Órgano)*
- ESPÍRITU MALO. ¡Llenen tu corazón sombras y horrores!  
Ya suena, ya retumba  
la trompeta fatal, y á sus clamores  
se estremeció la tumba.  
Sobre frías cenizas apagadas  
dormía tu alma yerta;  
hoy, entre abrasadoras llamaradas,  
de súbito despierta.
- MARGARITA. ¡Quisiera huir!... ¡Me asustan los lamentos  
del órgano sonoro;  
mi corazón desgarran los acentos  
de ese fúnebre coro!
- CORO. *Judex ergo cum sedevit,  
Quidquid eatet adparebit,  
Nil inultum remanebit.*
- MARGARITA. ¡Oh cielos! ¡Sobre mí vienen los muros  
del templo, y juntamente  
bajan los arcos lóbregos y oscuros!  
¡Qué opresión!... ¡Aire! ¡Ambiente!
- ESPÍRITU MALO. ¿Dónde te escondes? ¿Dónde te sepultas?  
Allá, donde tú fueres,  
la deshonra verán, que en vano ocultas;  
¡y aún luz, y aún aire quieres!...
- CORO. *Quid sum miser tunc dicturus?*

*Quem patronus rogaturus?  
Cum vix justus sit securus.*

ESPÍRITU MALO. ¡Pobre de tí! Los bienaventurados  
con severos enojos  
apartan de tu rostro, avergonzados,  
sus ofendidos ojos.  
Niégante ya los corazones puros  
piedad en tu ruina.  
¡Ay de tí!

CORO. *Quid sum miser tunc dicturus.*

MARGARITA. ¡El frasquito, vecina!  
(*Cae desmayada.*)

(Traducción de D. Teodoro Llorente.)

## C. F. SCHILLER.-MARÍA ESTUARDO

### ACTO III.-ESCENA IV

**María, Ana Kennedy, Isabel, El conde de Leicester.**

*Isabel.* — (A *Leicester.*) ¿Cómo se llama este sitio?

*Leicester.* — El castillo de Fotheringhay.

*Isa.* — (A *Talbot.*) Ordenad que mi comitiva regrese á Londres. El gentío se agolpa á mi paso, y ansiamos descansar en este tranquilo parque. (*Talbot ordena á la comitiva que se aleje. Isabel clava la mirada en María y continúa hablando con Pauleto.*) Mi buen pueblo me ama demasiado. Las manifestaciones de su júbilo no conocen medida y rayan en idolatría; así se honra á los dioses, no á los mortales.

*María.* — (Que durante estas palabras ha seguido apoyada sin fuerza en brazos de su nodriza, alza la frente y su mirada choca con la de Isabel. María se estremece de espanto y vuelve á echarse en brazos de Ana.) ¡Dios mío! ¡Su cara dice que no tiene corazón!

*Isa.* — ¿Quién es esta mujer? (*Silencio general.*)

*Leice.* — Señora, os halláis en Fotheringhay.

*Isa.* — (Afecta sorprenderse y dirige á Leicester una mirada sombría.) ¿Quién me ha traído aquí, lord Leicester?

*Leice.* — Esto es un hecho, señora, y pues que el cielo guió hacia aquí vuestros pasos, dejad que triunfe la piedad y la grandeza de alma.

*Talbot.* — Dejáos vencer, señora, y volved los ojos á la infortunada que sucumbe á vuestra presencia. (*María recoge sus fuerzas é intenta aproximarse á Isabel, pero se detiene; su cara revela la violenta agitación de su ánimo.*)

*Isa.* — ¡Cómo, milores! ¿Quién me habló de la sumisión de esta mujer? Tengo delante de mí á una orgullosa, á quien la desgracia no ha podido abatir.

*Ma.* — Sea; quiero someterme á este nuevo dolor. Lejos de mí el impotente orgullo de una alma elevada; voy á olvidar lo que soy y cuanto he sufrido, para prosternarme á los pies de la que fué causa de mi oprobio. (*Dirigiéndose á la reina.*) El cielo ha pronunciado en vuestro favor, hermana mía, y la victoria ha coronado vuestra dichosa frente. Adoro á la Divinidad que así os hizo grande. (*Se arrodilla delante de ella.*) Pero sed generosa conmigo, hermana mía; no me dejéis hundida en la humillación; tendedme vuestra real mano para realzarme de mi profunda caída.

*Isa.* — (*Retrocediendo.*) Este es vuestro lugar, lady María; y doy gracias á Dios por su bondad, cuando no ha permitido que me viera como vos á las plantas de mi rival.

*Ma.* — (*Con creciente emoción.*) Pensad en las vicisitudes de las cosas humanas. Existe un Dios que castiga la arrogancia; honrad y temed á la terrible Divinidad, que me arroja á vuestros pies, por respeto á los testigos de esta escena, ajenos á ella; honraos á vos honrándome á mí; no ofendáis, no profanáis la sangre de los Tudores, que corre por vuestras venas como por las mías. ¡Ah! No seais, por Dios, inaccesible y dura como la escarpada roca, á la que en vano el náufrago se esfuerza en asirse. Todo mi ser, mi vida, mi suerte, dependen de mis palabras y del poder de mi llanto; ¡abrid mi corazón para que pueda yo conmover el vuestro! Si me dirigís tan glacial mirada, trémulo de espanto se cierra, se detiene el torrente de mis lágrimas, y el terror hiela en el seno mis súplicas.

*Isa.* — (*Con ademán frío y severo.*) ¿Qué tenéis que decirme, lady Estuardo, puesto que habéis pretendido hablar conmigo? Olvidé que soy una reina cruelmente ultrajada para cumplir con el piadoso deber de hermana, y ofreceros el consuelo de verme. Cedo con ello á un impulso de generosidad, exponiéndome á justas censuras por haber descendido hasta ese punto... porque harto sabéis que quisísteis matarme.

*Ma.* — ¡Cómo empezar, cómo usar de tal modo la prudencia, que logre conmover vuestro corazón, sin ofenderle en lo más mínimo! ¡Oh, tú, Señor, comunica toda fuerza persuasiva á mis palabras, y arráncalas todo aguijón. Me es imposible hablar en mi propio favor, sin acusaros gravemente, y no lo deseo. Vuestro modo de proceder para conmigo no fué ciertamente justo, porque soy reina al par que vos, y me habéis tenido prisionera; llegué aquí suplicante, y vos despreciando en mí las sagradas leyes de la hospitalidad y el derecho de gentes, me encerrásteis entre los muros de un calabozo; habéis alejado de mí mis amigos y mis criados, y sujetádome á indignas privaciones. He sido forzada á comparecer ante un tribunal indigno;... pero, en fin, no hablemos más de semejantes crueldades. Cuantas sufrí, húndanse en el eterno olvido. Mirad; quiero atribuirlo todo al destino; ni vos sois ya culpable, ni yo tampoco. Un genio infernal surgió del fondo del abismo para inflamar en nuestros corazones el odio ardiente que nos dividió desde los primeros años, y que ha crecido con nosotras. Algunos malvados atizaron la miserable llama; algunos fanáticos pusieron el puñal y la espada en manos cuyo socorro nadie reclamó. Tal es el destino fatal

de los reyes; sus odios desgarran el mundo; sus enemistades desencadenan sobre él el tropel de las furias.—Ahora no existe ya entre nosotras ningún intermediario:—*(Se acerca á ella confiada y habla con acento cariñoso)* Henos, por fin, una enfrente de otra; hablada, hermana mía, decidme en qué falté; porque ansío daros satisfacción. ¡Ay de mí! ¡Cómo no consentisteis en recibirme, cuando con tal insistencia os lo pedía! Las cosas no hubieran llegado á tal extremo, ni ahora nos encontraríamos en tan siniestro y triste sitio.

*Isa.*—Mi buena estrella me preservó entonces de avivar la serpiente en mi propio seno. No acuséis á la suerte, mas sí á la perversidad de vuestra alma y á la ambición de vuestra familia. No había estallado aún ninguna enemistad entre ambas, cuando ya vuestro tío el prelado, arrogante y ambicioso, que atenta contra todas las coronas, os inspiró propósitos de guerra, y os persuadió locamente á tomar las armas, á usurpar mi corona, y á empeñar conmigo un duelo á muerte. ¿Qué enemigos no suscitó contra mí? La voz de los sacerdotes, la espada de los pueblos, las temibles armas del fanatismo religioso; aquí mismo, en medio de mi pacífico reino, vino á atizar el fuego de la discordia; mas Dios está conmigo, y el orgulloso sacerdote no ha triunfado; el golpe fatal amenazaba mi cabeza, y cae sobre la vuestra.

*Ma.*—Me hallo en manos de Dios; espero que no abusaréis hasta tal punto de vuestro poder.

*Isa.*—¿Y quién podría impedírmelo? Vuestro tío enseñó con su ejemplo á los reyes el modo de hacer la paz con sus enemigos. La noche de San Bartolomé, me servirá de lección. ¿Qué me han de importar á mí los vínculos de la sangre y el derecho de gentes, si la Iglesia rompe todo vínculo, y consagra el regicidio y el perjurio? No haré más que practicar lo que enseñan vuestros sacerdotes. Decidme, ¿quién saldrá fiador de vuestra conducta, si cediendo á la generosidad rompiera tales cadenas? ¿Existe por ventura un castillo donde asegurarme de vuestra fidelidad, que las llaves de Pedro no puedan abrir? ¡Sólo en la fuerza reside mi seguridad! ¡No quiero alianza alguna con la raza de las serpientes!

*Ma.*—¡Oh... qué triste, qué cruel sospecha! Me habéis tenido siempre por enemiga, por extranjera, cuando si me hubiéseis declarado vuestra sucesora, respetando los derechos de mi cuna, por gratitud y amor, hubiérais hallado en mí una fiel amiga, una fiel parienta.

*Isa.*—Lady Estuardo, vuestra amistad está en otra parte; vuestra familia es el papismo, y vuestros hermanos los frailes. ¡Que os declarase mi sucesora! ¡Pérfido lazo!... Para que aun durante mi reinado alucinárais á mi pueblo, y como Armida, prendiérais en vuestras redes seductoras la juventud del reino, convirtiendo todas las miradas hacia el nuevo sol...

*Ma.*—Reinad en paz; renuncio á toda pretensión á la corona. ¡Desdichada de mí! ¡Siento paralizados los impulsos de mi ánimo, y la grandeza no guarda ya atractivos para mí! Habéis alcanzado vuestro propósito; ya no soy más que la sombra de María. Rota la altivez de mi alma con las injurias de la cárcel, me habéis reducido al último extremo, aniquilado en la flor de mis años. Ahora acabad, hermana; pronunciad la palabra que os ha traído aquí, porque no

puedo creer que aquí os conduzca el intento de insultar cruelmente á vuestra víctima. Pronunciad esta palabra; decid, por fin: sois libre, María; habéis probado mi rigor, aprended ahora á honrar mi generosidad. Decidlo, y recibiré mi libertad y mi vida como presente de vuestra mano. Una palabra anula todo lo pasado: la aguardo. ¡Ah! no me forcéis á aguardarla por mucho tiempo. ¡Ay de vos si no se pone fin á todo con esta palabra, y no os alejáis, hermana, como divinidad gloriosa y bienhechora. ¡Ni por esta rica y poderosa comarca, ni por toda la tierra que ciñe el Océano, quisiera parecer á vuestros ojos como vos parecéis á los míos!

*Isa.* — ¡Por fin os dáis por vencida! ¿Se acabaron vuestras conjuraciones? ¿No queda ya un sólo asesino en marcha?... ¿Se acabaron los aventureros, dispuestos á ejecutar por vos una acción caballeresca? Sí; con los nuevos cuidados que preocupan al mundo, lady María, ya no seduciréis á nadie... nadie ha de aspirar al título de cuarto marido, porque así matáis á los amantes como á los maridos.

*Ma.* — (*Estallando de cólera.*) — ¡Hermana! ¡hermana!... ¡Oh, Dios mío... dadme prudencia.

*Isa.* — (*Contemplándola largo rato con orgulloso desprecio.*) Lord Leicester, ¿estos son los hechizos que ningún hombre contempla impunemente, ni hubo mujer que osara arrostrar su comparación? En verdad que semejante nombradía fué adquirida á bien bajo precio. Está visto que para ser bella á los ojos de todos, basta ser de todos.

*Ma.* — ¡Ah... esto es demasiado!

*Isa.* — (*Con risa burlona.*) Mostradnos vuestro verdadero rostro, porque hasta ahora sólo hemos visto la máscara.

*Ma.* — (*Inflamada de cólera; con noble dignidad.*) He cometido faltas; la juventud, la flaqueza humana, el poder, lleváronme fuera de camino; pero nunca me oculté en la sombra; con real franqueza he desdeñado siempre toda falsa apariencia. Cuantos delitos cometí, aun los más graves, los sabe todo el mundo, y puedo decir que valgo más que mi reputación... En cambio; ay de vos, si alguien os arranca de los hombros el manto de honor con que encubre la hipocresía los frenéticos ardores de vuestra secreta lujuria!... No habéis heredado ciertamente de vuestra madre el honor... ¡Ya sabemos por qué virtud subió Ana Bolena al cadalso.

*Talbot.* — (*Interponiéndose entre ambas.*) ¡Oh! ¡Dios! ¡A este punto habían de llegar las cosas! ¿Esta es sumisión, esta es moderación, lady María?

*Ma.* — ¡Moderación! ¡He soportado cuanto puede soportar el alma humana! ¡Basta de resignación!... Retorna al cielo, dolorosa paciencia, y tú, ira por tanto tiempo comprimida, rompe tus cadenas, sal de tu guarida... tú, que diste al basilisco irritado miradas que matan, pon en mis labios el dardo venenoso.

*Tal.* — ¡Oh!... está fuera de sí; perdonad á su arrebató su cruel irritación. (*Isabel, muda de rabia, lanza á María coléricas miradas.*)

*Leic.* — (*Vivamente agitado trata de llevarse á Isabel.*) No escuchéis su furor; alejáos de este sitio fatal.

*Ma.* — ¡El trono de Inglaterra está profanado por una bastarda! ¡El noble pueblo de Inglaterra es engañado por una bellaca, por una comedianta! Si la justicia hubiese triunfado de la suerte, os veríamos hundida en el polvo á mi presencia, porque yo... yo... soy vuestra reina.

*(Isabel se aleja rápidamente; los lores la siguen vivamente perturbados.)*

*(Traducción de D. José Yxart.)*

## JUAN PABLO RICHTER.-DEL HUMORISMO

Un crítico, del *Mercurio alemán*, que ordinariamente economiza y sólo alaba con exceso todo lo que es vigoroso, pronuncia sobre el tomo primero de los *Viajes fisiográficos*, de Museaus, el siguiente juicio: «El estilo es á lo Schubart, y tiene la pretensión de ser agradable. Es imposible recorrer este libro, etc., etc.» ¡Miserable, que en esta segunda edición, y después de tantos años, consigues incomodarme aún porque, desgraciadamente para mí, pero en provecho de la estética, he conservado palabra por palabra un extracto de tus simplezas! Y al lado de ese miserable, su hermano gemelo en la *Biblioteca universal alemana*, iba como un asno, á destruir con dientes incisivos semejantes los parterres de Museaus y á arrancar las flores; este mismo Museaus, que tenía el humor verdaderamente alemán, es decir, ese carácter de padre de familia que se sonríe benévolamente á sí mismo, esa hombría de bien que atenúa la inmixción de lo extraño del corazón entre los elementos de lo cómico. *Plura exempla sunt odiosa.*

Volvamos á la subjetividad del humor. Si el falso humor encuentra una repugnancia tan grande, es porque quiere parecer parodiar una naturaleza que es ya la suya. También, cuando el autor no está impulsado por un natural noble, no hay nada más peligroso que confiar al mismo bufón la confesión cómica; un alma vulgar, como lo es casi siempre la del Gil Blas, de Lesage, que tan pronto confiesa como es confesor, voluntariamente suspendido entre el conocimiento y la ignorancia de sí mismo, entre el arrepentimiento y el endurecimiento, entre la risa indecisa y la seria, nos deja también á nosotros en este estado de indecisión. Pigault Lebrun en su *Caballero Mendoza*, inspira aún más disgusto por su suficiencia y por la desnudez de su incredulidad vana. En la gracia de Crebillon, por el contrario, se refleja algo más elevado que los tontos que pone en acción. ¡Con qué grandiosidad surge al lado de ello el noble genio de Shakespeare, cuando dá á un necio disoluto, el humorístico Falstaff por compañero! ¡Cómo se mezcla aquí la inmoralidad, pero sólo como debilidad y costumbre, á una tontería fantástica! *La locura* de Erasmo, criticándose á sí misma, no es menos digna de represión desde luego, como yo, vacío y abstracto, es decir, como no yo, y después porque en lugar de humor lírico ó de ironía severa, esta locura no esparce más que lecciones universitarias de esta sabiduría que, desde su concha de apuntador, grita más alto que la Colombina, es decir, que la locura misma.

Como en el humor el yo se encuentra parodiado, muchos alemanes, hace



próximamente veinticinco años, han dejado á un lado el *yo* gramatical, para hacerle resaltar más fuerte con este eclipse de lenguaje.

Otro autor mejor, y más reciente en la parodia, lo ha tachado de nuevo con gruesas líneas, que hacen apercibir claramente la corrección; es el inapreciable Museaus, en sus Viajes fisionómicos, que son verdaderos viajes pintorescos y de placer de Connes y del lector. Poco después, estos *yo* abatidos fueron resucitados en masa por la no entidad, el subjetivismo y el individualismo de Fichte. Pero, ¿de qué proviene que ese suicidio gramatical del *yo* es propio para las burlas alemanas, cuando ni las lenguas más modernas y vecinas del alemán, ni las antiguas, son susceptibles de ello? Probablemente, porque somos como los persas ó los turcos, demasiado bien educados, para tener un *yo* ante los grandes personajes. Porque un alemán será con gusto todo lo que se quiera, excepto él mismo. Mientras que el inglés escribe mayúscula su *Y* (*yo*) aun en medio de una frase, hay muchos alemanes que en medio de una carta se sirven de una *i* minúscula, y que querrían tener una tan pequeña que fuese apenas visible y se pareciera más bien al punto matemático que acompaña á esta letra, que á la raya que la constituye. El inglés añade siempre *self* á su *my*, como el francés *même* á su *moi*; el alemán, por el contrario, sólo rara vez dice *ich selber*, pero dice con gusto *ich meines Orts*, es decir, *yo por mi parte*, expresión en que cree que nadie verá orgullo. No hace mucho que jamás hablaba de la parte de su persona que se extiende desde los pies hasta la cintura, sin pedir perdón de su existencia, de tal suerte, que llevaba siempre una mitad digna de ser invitada á la mesa de los grandes personajes y de formar parte de un capítulo, sobre otra mitad desgraciada, declarada plebeya, como sobre una picota. No coloca atrevidamente su *yo* más que en los casos en que puede aliarse á uno más pequeño que él; el rector de un colegio, dice modestamente al jefe del gimnasio *nosotros* (*wir*). El alemán es el único pueblo que se sirve del *el* en singular, y de *ellos* en plural, como de medio de interpelación, y esto porque lleva por todas partes su exclusión del *yo*. Hubo un tiempo en Alemania en que no venía en el correo tal vez ni una carta con la palabra *Ich* (*Yo*). Más dichosos que los franceses é ingleses, cuya lengua no permite una pura inversión gramatical, podemos, por una pura inversión del orden de los pensamientos, poner siempre al principio lo más importante, y en segundo lugar lo que tiene menos valor. Podemos escribir: "A vuestra excelencia dirige ó dedica esto.". Pero desde hace algún tiempo (lo que tal vez es uno de los buenos frutos de la revolución), está permitido escribir abiertamente: "A vuestra excelencia me dirijo; yo dedico.". La mitad de las cartas y de los discursos obtienen así un *yo* débil, pero claro, lo que sucederá difícilmente al principio ó al fin.

A esta particularidad debemos el poder ser cómicos más fácilmente que ninguna otra nación; como en la parodia humorística nos ponemos como locos poéticamente, y debemos por consiguiente atraer lo cómico, esta semejanza del *yo* se hace por esta misma omisión, no sólo como ya dijimos, más clara, sino también más cómica, porque no se conoce su uso más que en el caso de seriedad ó de política.

(Traducción de D. J. de Vargas.)

## TEODORO KOERNER.—EL CANTO DE LA ESPADA

EL CABALLERO. ¿Por qué brillas, noble espada  
de mi cintura colgada;  
por qué sobre la faz mía  
lanzas tu amante mirada  
que me llena de alegría?  
¡Hurrah!

LA ESPADA. Porque un bravo caballero  
ciñe mi talle de acero.  
No hay espada que no vibre  
de gozo cuando á un guerrero  
defiende, si es hombre libre.  
¡Hurrah!

EL CABALLERO. Libre soy, libre me llamo  
¡oh, espada buena! y yo te amo  
con pasión nunca extinguida  
y solo á tí te proclamo  
mi dulce novia querida.  
¡Hurrah!

LA ESPADA. Mi alma férrea sólo á amarte  
su vida ha de consagrarle,  
su temple y su fuerza toda:  
mas debes apresurarte,  
que hagamos pronto la boda.  
¡Hurrah!

EL CABALLERO. La trompeta con sus sonos  
ya anuncia las velaciones:  
bien es ya que te prepares  
que al tronar de los cañones  
te llevaré á los altares.  
¡Hurrah!

LA ESPADA. ¡Oh, unión dulce! ¡amor dichoso!  
Tómame ya amado esposo  
que en tu mano, fuerte y fiel,  
en el combate estruendoso  
voy á buscarte el laurel.  
¡Hurrah!

*(Traducción de F. N. L.)*

## FEDERICO RÜCKERT.-SONETO

— ¿Qué estás forjando, herrero? — Unas cadenas.  
— Son las que pronto arrastrarás contigo.  
— ¿Qué haces, labrador? — Sembrando trigo.  
— Comerá otro el producto de tus penas.  
— ¿Qué tiras, cazador? — Un ciervo sigo.  
— Cazado, en manos le verás ajenas.  
— ¿Qué tejes, pescador? — Mis redes buenas...  
— Con ellas ha de atarte tu enemigo.  
— ¿A quién velas, tú, madre? — A mis hijuelos.  
— Si crecen, seguirán bandera extraña.  
— ¿Tú que escribes, poeta? — Mis anhelos,  
la vergüenza, el horror, la triste saña  
que me da ver un pueblo aniquilado  
que de su libertad yace olvidado.

*(Traducción de F. N. L.)*

## LUIS UHLAND.-LAS TRES DONCELLAS

En lo alto de un castillo tres doncellas  
La vista vuelven hacia el hondo valle;  
Su padre en un corcel se acerca á ellas;  
Ciñe la cota su robusto talle.  
— ¡Padre y señor, muy bien venido seas!  
¿Qué traes á tus hijas?  
Fuimos juiciosas como tú deseas.  
— Hoy, hija mía de la saya gualda,  
Ausente en tí pensé. Ya sé cuán grato  
Te es el poder lucir tu rica falda;  
Tus gustos son las galas y el ornato:  
Del cuello arrebaté de un caballero  
Esta cadena de oro,  
Y en pago de ella díle muerte fiero.  
Tomó la joya la doliente niña,  
Y el blanco cuello se ciñó con ella;  
Fuése al lugar donde ocurrió la riña,  
Y al muerto halló por la sangrienta huella.

— Aquí insepulto estás como un malvado,  
Y eres un caballero,  
Y en vida te llamé mi dueño amado.

Entre sus brazos le llevó piadosa  
Hasta la iglesia del lugar vecino;  
Y le enterró en la tumba do reposa  
Su noble stirpe, de funesto sino.  
Al cuello se estrechó con nudo fuerte  
Los rojos eslabones,  
Fiel á su dulce amor hasta en la muerte.

\*  
\*  
\*

De lo alto de un castillo, dos doncellas  
La vista vuelven hacia el hondo valle;  
Su padre en un corcel se acerca á ellas;  
Cifre la cota su robusto talle.

— ¡Padre y señor, muy bien venido seas!  
¿Qué traes á tus hijas?

Fuimos juiciosas como tú deseas.

— Hoy, hija mía de la verde saya,  
En tí pensé. La caza es tu alegría,  
Y tu mayor placer tener á raya  
La rauda fiera allá en la selva umbría.  
Arrebaté de manos de un montero  
Este venablo agudo,  
Y de él en pago díle muerte fiero.

De manos de su padre la doncella  
Tomó el venablo con su diestra fuerte;  
Al monte se partió la niña bella,  
Gritando por doquier: ¡Dolor y muerte!  
Y de los tilos en la parda sombra,  
Entre sus perros fieles,  
Halló á su amante sobre roja alfombra.

— Al verde tilo acudo y á la cita,  
como te prometí, mi amado dueño.  
Clavada en el venablo, cual marchita  
Silvestre flor, cayó en eterno sueño.  
Juntos yacieron, y la brisa arroja  
Sobre los dos amantes  
Su blando aroma y la caída hoja.

\*  
\*  
\*

De lo alto de un castillo, una doncella  
Vuelve los ojos hacia el hondo valle;  
Su padre en un corcel se acerca á ella;

Ciñe la cota su robusto talle.

— ¡Padre y señor, muy bien venido seas!

¿Qué traes á tu hija?

Juiciosa he sido como tú deseas.

— Hoy, hija mía de la blanca saya,

En tí pensé. Tu gusto son las flores,

Y más te agrada su corola gayá

Que de costosas joyas los fulgores.

Quitéle á un atrevido jardinero

Esta flor candorosa,

Y en pago de ella dile muerte fiero.

— ¿Cuál fué su desacato, padre mío,

Que te movió severo á darle muerte?

Cuidar las flores en el huerto umbrío

Era su afán. ¡Cuán triste es ya su suerte!

— Quiso negarme con palabra osada

La flor de más valía,

Que destinaba al pecho de su amada.

Tomó la flor la niña candorosa

Y ornó con ella su virgíneo seno;

Bajó al jardín do un tiempo, tan dichosa,

Pasado había tanto rato ameno.

En el jardín se alzaba una colina,

Sembrada de azucenas;

Sentada en ella el rostro al suelo inclina.

— ¡Dichosa yo, si al par de mis hermanas

Pudiera darme desastrosa muerte!

Pero las hojas de la flor galanas

Herir no saben de tan fiera suerte.

Con yerta faz mirando la flor bella,

Vió cual se marchitaba,

Y cuando se agostó, murió con ella.

*(Traducción de D. Jaime Clark.)*

## ENRIQUE HEINE.-CUADROS DE VIAJE

Al día siguiente el mundo estaba otra vez completamente en orden; volvió á haber escuela como antes, y como antes había que aprender de memoria los reyes de Roma, la cronología, los nombres en *im*, los verbos irregulares, griego, hebreo, geografía, lengua alemana, cálculo oral... ¡Dios! todavía se me va la cabeza.

Todo esto había que aprenderlo de memoria. Y muchas de estas cosas podrían serme útiles en adelante, pues si no hubiera sabido de memoria los reyes de Roma, me hubiera sido después completamente indiferente, si Niebuhr probó ó no probó que jamás existieron. Si no hubiera sabido números, cómo me hubiera visto en la gran Berlín, donde una casa se parece á otra, como una gota de agua ó un granadero á otro, y donde no logra uno encontrar á sus conocidos, si no lleva en la cabeza el número de sus casas?

A cada conocido le asociaba al punto un acontecimiento histórico, cuya fecha coincidía con el número de su casa, así que me podía acordar fácilmente de éste si pensaba en aquél, y de igual manera, podía recordar siempre un suceso histórico en cuanto veía un conocido. Así, por ejemplo, si encontraba á mi sastre, pensaba al punto en la batalla de Marathón; si encontraba al acicalado banquero Cristián Gumpel, pensaba al punto en la destrucción de Jerusalém; veía á un amigo portugués plagado de acreedores, pensaba al momento en la huida de Mahoma; veía al rector de la Universidad, cuya estricta rectitud me era conocida, pensaba en la muerte de Aman; así que veía á Wadzeck, pensaba en Cleopatra... ¡Ah, santo cielo! la pobre bestia ha muerto, los lagrimales se han secado, y puede decirse con Hamlet: "Después de todo, era una anciana; aún tendremos con frecuencia iguales suyos!"

Como decía, la cronología es absolutamente necesaria; pues conozco hombres que no tenían más que un par de fechas en la cabeza, y con ellas sabían encontrar ciertas casas en Berlín, y ahora son profesores ordinarios. Pero yo pasaba muy malos ratos en la escuela con las muchas cifras. Aún me iba mucho peor con el cálculo propiamente dicho. Lo que mejor comprendía era la substracción, pues hay en esto una regla práctica capital. "Cuatro de tres no puede ser; pues tomo una." En este caso aconsejo que se tomen algunos *groschen* de más, pues no se puede saber...

Mas en cuanto al latín, no puede usted, señora, formarse una idea de lo complicado que es esto. Seguramente que á los romanos no les hubiera quedado tiempo suficiente para conquistar el mundo si hubieran tenido antes que aprender latín. Estas dichosas gentes sabían ya en la cuna qué nombres hacen el acusativo en *im*. Yo, al contrario, tenía que aprenderlo de memoria con el sudor de mi frente; pero siempre es bueno que lo sepa, porque si, por ejemplo, al sostener públicamente en el aula de Göttinga mi tesis latina el 20 de Julio de 1825 (y, señora, esto vale la pena de oírse,) hubiera dicho *sinapem* en vez de *sinapim*, acaso alguno de los *pipiolos* presentes lo hubiera notado, y esto hubiera sido para mí una deshonra eterna. *Vis, buris, sitis, tussis, cucumis amnisis, cannabis, sinapis*; estas palabras que tanto ruido han metido en el mundo, lo deben á pertenecer á una clase determinada, y no obstante constituir una excepción, por lo cual las estimo mucho, y el tenerlas á mano, cuando de pronto las necesito, me proporciona gran satisfacción y consuelo en ciertos tristes momentos de la vida.

Pero, señora, los verbos irregulares, que se distinguen de los regulares en que por su causa se reciben más palos, son horriblemente difíciles. En las som-

brías arcadas del claustro de los franciscanos, no lejos de la clase, pendía entonces un gran Cristo crucificado, de madera gris, una imagen desolada, que aún se me acerca con frecuencia de noche en mis sueños, y me mira tristemente con ojos fijos y sangrientos; pues ante esta imagen me detenía yo con frecuencia y le rogaba. ¡Oh, tú, pobre y también atormentado Dios, si por ventura te es posible, haz que retenga en la memoria los verbos irregulares!

Tampoco quisiera hablar del griego, porque me incomoda demasiado. No dejaban de tener razón los monjes de la Edad Media al afirmar que el griego era un descubrimiento del demonio. Dios sabe los sufrimientos que me ha costado. Con el hebreo iba mejor, pues siempre tuve gran predilección por los judíos, si bien ellos, hasta la hora presente, han crucificado mi buen nombre; pero tampoco podía acomodarme al hebreo, hasta el punto que mi reloj, que había contraído muchas íntimas relaciones con los prestamistas sobre prendas, y había aceptado por ello muchas costumbres judías, por ejemplo, el sábado no andaba, aprendió la sagrada lengua, y más tarde, la emprendió con su gramática, pues en noches de insomnio le ví con asombro que, por sí, martilleaba continuamente: *katal, katalta, katalti...* kitel, kitalta, kitalti... *pokat, pokadeti... pikat... pik...*

No obstante, comprendía mucho mejor la lengua alemana, y eso que ésta no es tampoco una niñería; pues los pobres alemanes, ya bastante castigados con alojamientos, servicios militares, capitaciones y otras mil gabelas, tenemos todavía que cargar con el Adelung, y atormentarnos mutuamente con el acusativo y el hablativo. Aprendí mucho alemán con el viejo rector Schallmeyer, excelente señor eclesiástico que se interesó por mí desde mi infancia. Pero también aprendí algo bueno del profesor Schramm, hombre que había escrito un libro sobre la paz eterna, y en cuya clase, mis traviesos condiscípulos andaban las más veces á mojicones.

(Traducción de D. Lorenzo González Agejas.)

## ENRIQUE HEINE.-POESÍAS

Sobre mi pecho pon tu manecita,  
le sentirás latir con inquietud;  
un traidor carpintero en él habita,  
y está claveteando mi ataúd.

Golpea sin descanso el día entero,  
y mi sueño robó su golpear;  
acaba pronto, infame carpintero,  
y déjame dormir y descansar.

(Traducción de D. Teodoro Llorente.)

Mucho, en verdad, los dos hemos sentido:  
¡tú por mí y yo por tí!... ¡y hemos vivido  
llevándonos tan bien!... y hemos jugado  
á marido y mujer, sin que arañado  
nos hayamos jamás ni sacudido.

Juntos en risa y regodeo y broma  
supimos tiernamente  
jugar á beso-daca y beso-toma.

Y—¡cosas de muchachos!— de repente  
jugar al escondite resolvimos;  
y tal jugado habemos,  
y tal maña nos dimos,  
y tan rebién, por fin, nos escondimos,  
que ya nunca jamás nos hallaremos...

*(Traducción de D. Eulogio Florentino Sanz.)*

Pasó por tu casa y miro  
cuando brilla la mañana;  
¡cuán dulcemente suspiro,  
niña hermosa, si te admiro  
asomada á la ventana!

En mí clavas complacientes  
los ojos, negros y ardientes,  
y que preguntas infiero:  
— “¿Quién eres? ¿Qué es lo que sientes,  
melancólico extranjero.”

¿Quién soy?... Un vate alemán,  
y allí me conocen bien;  
si citan con noble afán  
nombres que gloria les dan,  
citan el mío también.

¿Qué siento?... Lo que yo siento  
lo sienten muchos allí;  
cuando citan un portento  
de infortunio y sufrimiento,  
también me citan á mí!

*(Traducción de D. Teodoro Llorente.)*



# ÍNDICE

## Primera parte. — Literatura griega.

### ÉPOCA PRECLÁSICA Ó HERÓICA

	Páginas.
<i>Homero.</i> — Iliada. Canto IV. Combate de griegos y troyanos.....	5
Iliada. Canto V. Despedida de Héctor y Andrómaca.....	8
Iliada. Canto XXII. Lucha entre Héctor y Aquiles y muerte de Héctor.....	12
Odisea. Canto VI. Nausicaa.....	20
Odisea. Canto X. Circe.....	25
<i>Hesiodo.</i> — Los trabajos y los días. Libro II.....	31
La Teogonía. Las Musas.....	34
<i>Fábulas esópicas.</i> .....	36
<i>Tirteo.</i> — Oda IV.....	37
Oda I.....	38
<i>Arquilocho.</i> — Sobre la fortaleza.....	39
<i>Alceo.</i> — A Harmodio y Aristogitón.....	39
A los compañeros.....	40
<i>Safo.</i> — Oda 1. <sup>a</sup> A Venus Afrodita.....	40
Oda 2. <sup>a</sup> A su amado.....	41
<i>Odas anacreónticas.</i> — De la lira.....	42
De una taza de plata.....	42

### ÉPOCA CLÁSICA

<i>Platón.</i> — La revelación de Diótima.....	43
<i>Aristóteles.</i> — Historia natural.....	48
Lógica.....	49
Ética.....	50
La República.....	53
<i>Hipócrates.</i> — Aforismos.....	55
<i>Heródoto.</i> — Libro VII. Batalla de las Termópilas.....	55
<i>Tucidides.</i> — Historia de la guerra del Peloponeso. Oración de Pericles..	58

	<u>Páginas.</u>
<i>Jenofonte.</i> — Historia de la entrada de Ciro el Menor en Asia.....	64
<i>Isócrates.</i> — Oración social ó de la paz.....	69
<i>Demóstenes.</i> — Discurso de la corona.....	72
<i>Simónides.</i> — Sobre la vida del hombre.....	83
De los que murieron en las Termópilas.....	84
<i>Pindaro.</i> — Oda 1. <sup>a</sup> Olímpica.....	84
<i>Esquilo.</i> — Los siete sobre Tebas.....	89
<i>Sófocles.</i> — Electra.....	94
<i>Eurípides.</i> — Medea.....	99
<i>Aristófanes.</i> — Las nubes.....	102

#### ÉPOCA POSTCLÁSICA Ó ALEJANDRINA

<i>Polibio.</i> — Historia universal. Sobre los traidores.....	105
<i>Plutarco.</i> — Vidas paralelas. Carácter de Pericles.....	107
<i>Orígenes.</i> — Sermón de la Resurrección.....	109
<i>San Basilio.</i> — Homilia de los cuarenta mártires.....	111
<i>San Juan Crisóstomo.</i> — Del Sacerdocio. Libro VI.....	111
<i>Téocrito.</i> — Los pastores. Idilio IV.....	115
<i>Bión.</i> — Idilio III.....	118
<i>Mosco.</i> — Idilio IX. Amor arando.....	119
<i>Luciano.</i> — Diálogos de los dioses. Cupido y Júpiter.....	120
Diálogos de los muertos. Mercurio y Carón.....	121
" " " Menipo y Mercurio.....	121

### Segunda parte. — Literatura romana.

#### ÉPOCA PRECLÁSICA

<i>Catón.</i> — De re rústica.....	122
<i>Plauto.</i> — El soldado fanfarrón.....	123
<i>Terencio.</i> — La Andriana.....	125

#### ÉPOCA CLÁSICA. — PRIMER PERÍODO

<i>Varrón.</i> — De Agricultura. De las abejas.....	127
<i>Cicerón.</i> — Cuestiones tusculanas.....	128
De la vejez.....	131
<i>César.</i> — Comentarios de la guerra de las Galias. César en Bretaña.....	132
<i>Salustio.</i> — La conjuración de Catilina.....	135
<i>Cicerón.</i> — Primera catilinaria.....	138
<i>Lucrecio.</i> — De la naturaleza de las cosas.....	144

	Páginas.
<i>Catulo.</i> — Elegía á sí mismo.....	148
Epigrama á Lesbía.....	148

ÉPOCA CLÁSICA. — SEGUNDO PERÍODO Ó SIGLO DE AUGUSTO

<i>Tito Livio.</i> — Las Décadas. Libro XXI. Aníbal.....	149
<i>Virgilio.</i> — La Eneida. Libro I.....	153
Égloga primera.....	156
Las Geórgicas.....	160
<i>Horacio.</i> — Oda II del libro II. A Crispo Salustio.....	163
Oda II del Epodon. <i>Beatus ille</i> .....	164
<i>Tíbulo.</i> — Elegía III. Libro II.....	165
<i>Ovidio.</i> — Heróidas. Dido á Eneas.....	166
Las Metamorfosis. Las edades del mundo.....	168
Tristes. Elegía primera.....	171

ÉPOCA POSTCLÁSICA

<i>Séneca.</i> — De la Divina Providencia.....	174
De la vida bienaventurada.....	176
<i>Quintiliano.</i> — De la enseñanza de la oratoria.....	177
<i>Pomponio Mela.</i> — Del lugar de la tierra.....	178
<i>Columela.</i> — De Agricultura. Libro X. Del cultivo de los jardines.....	179
<i>Plinio el Viejo.</i> — Historia natural.....	180
<i>Tácito.</i> — Muerte de Vitelio.....	181
De las costumbres de los alemanes.....	184
<i>Plinio el Joven.</i> — Carta IX. Libro I.....	186
<i>San Agustín.</i> — La ciudad de Dios.....	187
<i>Lucano.</i> — La Farsalia. La selva mágica.....	191
<i>Persio.</i> — Sátira IV. De la soberbia y liviandad de los próceres.....	193
<i>Marcial.</i> — Epigramas.....	194
<i>Juvenal.</i> — Sátira primera.....	195

**Tercera parte. — Literatura bíblica.**

I. — ANTIGUO TESTAMENTO

<i>El Exodo.</i> — Capítulo XIX.....	197
Capítulo XX.....	198
<i>Libro de Job.</i> — Capítulo XIV.....	199
<i>Isaías.</i> — Capítulo XXXI.....	199
Capítulo XXXII.....	200
<i>Ezequiel.</i> — Capítulo XXXIV.....	201

<i>David.</i> — Salmo CXXXVI. Super flumina.....	202
<i>Salomón.</i> — El cantar de los Cantares.....	204

II. — NUEVO TESTAMENTO

<i>San Lucas.</i> — Evangelio. La Cena.....	205
<i>San Juan.</i> — Evangelio. La muerte de N. S. J. C.....	206
<i>San Pablo.</i> — Epístola primera á los Corintios.....	207

**Cuarta parte. — Literatura arábica.**

<i>El Alcorán.</i> — Capítulo XVIII. La caverna.....	208
<i>Algazel.</i> — Ihía.....	209
<i>Aben Tofail.</i> — El Filósofo autodidacto.....	213
<i>Averroes.</i> — Sobre el origen de los séres.....	215
<i>Mohidín.</i> — Fragmentos del Alfotuhat.....	217
<i>Aben Abib.</i> — Muza y Tharic.....	218
<i>Aben Hazam.</i> — Tratado sobre el amor.....	219
<i>Aben Jaldún.</i> — Muerte de Aben Al Jathib.....	221
Prólogo de la obra Intérprete de las lecciones de la experiencia...	223
<i>Aben Hazam.</i> — Amorosa.....	225
<i>Abul Beka.</i> — Elegía por la pérdida de Sevilla.....	225
<i>Al Motamid.</i> — En vez de las gallardas cantadoras.....	229
Pasar volando en libertad os veo.....	230
<i>Aben Zaidún.</i> — Si tú quieres, nunca, nunca.....	231
Vivo de mis amigos separado.....	231
<i>Aben Al Jathib.</i> — A la tumba de Al Motamid.....	234

**Quinta parte. — Literatura judáica.**

<i>Salomón ben Gebirol.</i> — La Fuente de la vida.....	234
<i>Maimónides.</i> — Guía de los descarriados.....	236
<i>Judá Leví.</i> — Himno de la creación.....	237

**Sexta parte. — Literatura italiana.**

ÉPOCA PRIMITIVA

<i>San Francisco de Asís.</i> — El hermano Sol.....	242
---	-----

ÉPOCA PRECLÁSICA

<i>Dante Alighieri.</i> — La Divina Comedia. Francesca da Rimini.....	244
La Divina Comedia. El Conde Ugolino.....	246
La vida nueva.....	248

	<u>Páginas.</u>
<i>Petrarca.</i> — Sonetos .....	249
Canción XI .....	250
Canción VIII á nuestra Señora .....	252
<i>Boccacio.</i> — El Decamerón. Novela VII. Jornada IV. ....	254
<i>Poliziano.</i> — La honrada pobreza .....	256

#### ÉPOCA CLÁSICA

<i>Ariosto.</i> — Orlando furioso. Retrato de Isabel .....	257
"    "    Canto XIV .....	258
Soneto .....	259
<i>Bembo.</i> — En alabanza de amor .....	260
<i>Sannazaro.</i> — La caza .....	264
<i>Tasso.</i> — Aminta .....	265
Soneto .....	269
<i>Bandello.</i> — Novelas .....	269
<i>Maquiavelo.</i> — Historias florentinas. Libro VI. ....	271
Del Príncipe. Capítulo XVIII. ....	272
<i>Guicciardini.</i> — Historia de Italia. Prisión y muerte de Savonarola. ....	273

#### ÉPOCA POSTCLÁSICA

<i>Goldoni.</i> — La enferma fingida .....	276
<i>Metastasio.</i> — El primer amor .....	279

#### ÉPOCA MODERNA

<i>Alfieri.</i> — Orestes .....	280
Mirra .....	281
<i>Monti.</i> — La muerte de Judas .....	285
<i>Manzoni.</i> — Pentecostés .....	286
Los novios .....	289
<i>Leopardi.</i> — Canto nocturno del pastor errante .....	292
El vendedor de almanagues .....	295
<i>Carducci.</i> — Panteísmo .....	296
El buey .....	297
Santa María de los Angeles .....	297

### Séptima parte.—Literatura francesa.

#### ÉPOCA PRIMITIVA

<i>Canción de Roldán.</i> — Muerte de Roldán .....	298
<i>Juan de Meung.</i> — Novela de la Rosa .....	301

	<u>Páginas.</u>
<i>Poema del Zorro.</i> — Muerte y entierro de la gallina Copée.....	302
<i>Fabliau</i> del villano abogado.....	303
<i>Joinville.</i> — Historia de San Luis.....	305
<i>Froissart.</i> — Crónicas.— Prisión de D. Pedro el Cruel.....	306

#### ÉPOCA PRECLÁSICA

<i>Marot.</i> — A una dama que le amó antes de verle.....	307
<i>Rabelais.</i> — La vida de Gargantúa y Pantagruel. Capítulo V. Los dichos de los bebedores.....	309
<i>Montaigne.</i> — Ensayos. Capítulo XI. De la vanidad.....	311

#### ÉPOCA CLÁSICA Ó SIGLO DE LUIS XIV.

<i>Descartes.</i> — Tratado de las pasiones.....	315
<i>Pascal.</i> — Pensamientos.....	316
<i>La Rochefoucauld.</i> — Máximas.....	317
<i>El cardenal de Retz.</i> — Retrato de la Rochefoucauld.....	318
<i>Madama de Sevigné.</i> — Cartas.....	319
<i>La Bruyère.</i> — Caracteres.....	321
<i>Fenelón.</i> — Carta sobre las ocupaciones de la Academia francesa.....	322
<i>Bossuet.</i> — Discurso sobre la Historia Universal.....	323
<i>Massillon.</i> — Sermón del Domingo de Ramos.....	325
<i>La Fontaine.</i> — Fábula VI del libro V. La olla de barro y la olla de hierro.....	327
<i>Boileau.</i> — Arte Poética.....	329
<i>Corneille.</i> — El Cid.....	330
<i>Molière.</i> — El Médico á palos.....	333
<i>Racine.</i> — Fedra.....	338

#### ÉPOCA POSTCLÁSICA

<i>Saint Simón.</i> — Memorias.....	340
<i>Montesquieu.</i> — Cartas persas.....	342
<i>Voltaire.</i> — Diccionario filosófico.....	343
El hombre de los cincuenta ducados.....	344
<i>Diderot.</i> — Pensamientos sobre la interpretación de la Naturaleza.....	346
Esto no es cuento.....	348
<i>Rousseau.</i> — Del contrato social.....	350
Las confesiones.....	352
<i>Buffon.</i> — Historia Natural. Del caballo.....	354
<i>Beaumarchais.</i> — La boda de Fígaro.....	355
<i>Madama de Stael.</i> De la Alemania.....	357
<i>Chateaubriand.</i> Cuadros de la Naturaleza.....	359
El genio del cristianismo.....	360

ÉPOCA MODERNA

<i>Lamartine.</i> —La caridad .....	362
<i>Victor Hugo.</i> —La oración por todos .....	363
El Rey se divierte .....	367
Nuestra Señora de Paris.....	372
<i>Stendhal.</i> —La Cartuja de Parma.....	376
<i>Renan.</i> —Marco Aurelio.....	378
<i>Sainte Beuve.</i> —La Fontaine.....	380
<i>Taine.</i> —Viaje á Italia.....	382
<i>Balzac.</i> —El padre Goriot.....	383
<i>Flaubert.</i> —Un corazón sencillo.....	386
<i>Daudet.</i> —Tartarín en los Alpes.....	388
<i>Maupassant.</i> —La loca.....	391

**Octava parte.—Literatura inglesa.**

ÉPOCA PRECLÁSICA

<i>Chaucer.</i> —La flor y la hoja.....	394
---	-----

ÉPOCA CLÁSICA

<i>Bacon.</i> —Novum organum.....	395
<i>Shakespeare.</i> —Hamlet.....	396
<i>Milton.</i> —El paraíso perdido.....	398

ÉPOCA POSTCLÁSICA

<i>Hume.</i> —Historia de Inglaterra.....	400
<i>Bentham.</i> —Sofismas parlamentarios.....	401
<i>Johnson.</i> —El vagabundo.....	403
<i>Defoe.</i> —Robinson Crosué.....	405
<i>Swift.</i> —Gulliver en el país de los enanos.....	406
<i>Sterne.</i> —Viaje sentimental á Francia.....	409
<i>Goldsmith.</i> —El vicario de Wakefied.....	410

ÉPOCA MODERNA

<i>Stuart Mill.</i> —Sistema de lógica.....	411
<i>Ruskin.</i> —Pintores modernos.....	413
<i>Macaulay.</i> —Dante y su época.....	414
<i>Carlyle.</i> —La Revolución francesa.....	416
<i>Walter Scott.</i> —Los puritanos de Escocia.....	419
<i>Thackeray.</i> —Pendennis.....	422

	<u>Páginas.</u>
<i>Dickens.</i> — Oliverio Twist.....	425
<i>Byron.</i> — Oscar de Alba.....	429
<i>Wordsworth.</i> — Viaje.....	435
<i>Shelley.</i> — Laón y Cythna.....	436
<i>Keats.</i> — A sus hermanos.....	437
<i>Kipling.</i> — Contrición.....	438

### **Novena parte. — Literatura alemana.**

#### ÉPOCA PRECLÁSICA

<i>Los Nibelungos.</i> — Relato de Hagen.....	439
<i>Kürenberg.</i> — Balada del halcón.....	440
<i>Walter de la Vogelweide.</i> — Baladas.....	441
<i>Erasmus.</i> — Coloquios. El caballero sin caballo.....	442
<i>Leibnitz.</i> — Teodicea. Del mal.....	443

#### ÉPOCA CLÁSICA

<i>Kant.</i> — Crítica de la razón pura.....	445
<i>Hegel.</i> — Estética. La catedral gótica.....	446
<i>Herder.</i> — Filosofía de la Historia de la Humanidad.....	447
<i>Lessing.</i> — Nathan el Sabio.....	448
<i>Klopstock.</i> — La Mesíada.....	450
<i>Gæthe.</i> — Fausto.....	452
<i>Schiller.</i> — María Estuardo.....	458
<i>Richter.</i> — Del humorismo.....	462
<i>Koerner.</i> — El canto de la espada.....	464
<i>Rückert.</i> — Soneto.....	465
<i>Uhland.</i> — Las tres doncellas.....	465
<i>Heine.</i> — Cuadros de viaje.....	467
Poesías.....	469

---

### **ERRATA IMPORTANTE**

En la pág. 107, donde dice

CARÁCTER DE PERICLES

debe decir

PLUTARCO — VIDAS PARALELAS

CARÁCTER DE PERICLES



SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN MADRID, EN LA IMPRENTA  
ALEMANA, CALLE DEL ES-  
PÍRITU SANTO, 18, Á XX  
DÍAS DE SEPTIEM-  
BRE DE MCMIII  
AÑOS  
D. M. S.





## Obras de F. Navarro y Ledesma.

---

**Lecciones de Literatura.** — *Primera parte: Preceptiva general.* — 3.<sup>a</sup> edición.

**Lecciones de Literatura.** — *Segunda parte: Preceptiva de los géneros literarios.*  
3.<sup>a</sup> edición.

**Lecciones de Literatura.** — *Tercera parte: Resumen de Historia Literaria.*  
2.<sup>a</sup> edición.

**Nociones de Gramática práctica de la Lengua castellana.**

**Lecturas literarias.** — *Libro de ejemplos:* 3.<sup>a</sup> edición.

**Programa de Lengua castellana.**

**Programa de Preceptiva y Composición literarias.**

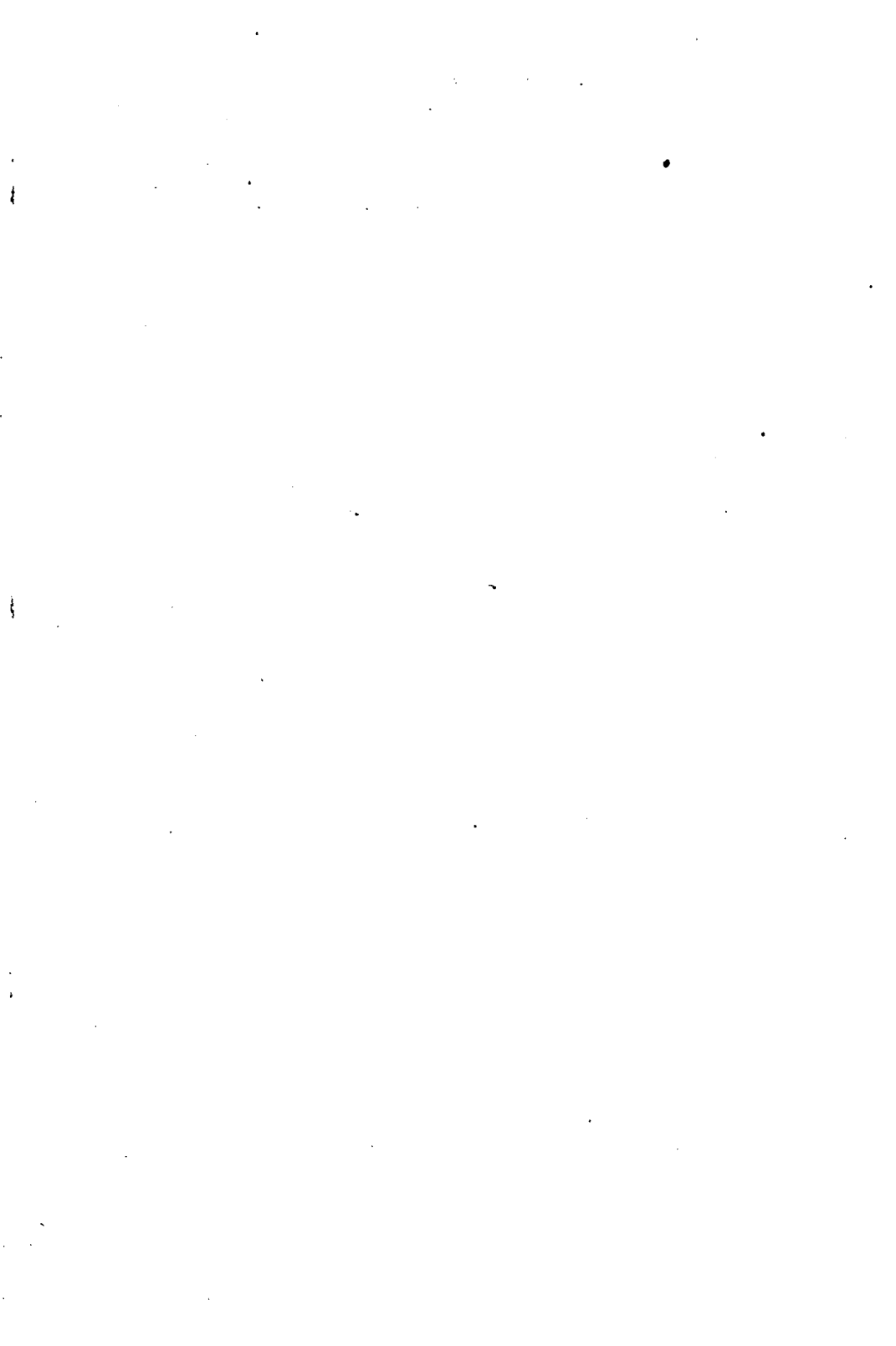
**Programa de Elementos de Historia general de la Literatura.**

### EN PREPARACIÓN

**Resumen de Historia crítica de España.**

---

Se hallan de venta dichas obras en la *Administración, Hortaleza, 132, bajo, Madrid*, á donde deberán dirigirse los pedidos.





2017